Ana Comneno fue la hija primogénita del emperador bizantino Alejo I Comneno (1081-1118). Mujer de extensa cultura y profunda formación intelectual, tras un último y frustrado intento de derrocar a su hermano, el emperador Juan Comneno, dedicó su vida a la tarea de legarnos un detallado y épico relato de las campañas que su padre llevó a cabo contra turcos, pechenegos, cumanos, normandos y cruzados. La Alexiada es una obra importante tanto por presentarnos la única versión bizantina del fenómeno de la Primera Cruzada y del impacto que ésta supuso en el mundo del Imperio de Oriente, como por ser una fuente de primera mano acerca de la situación de Bizancio durante el período de la vida de este emperador Comneno, que hubo de enderezar la situación desastrosa en que se hallaba el imperio en el momento de su ascenso al trono.

CLASICOS UNIVERSALES

Ana Comneno

La Alexiada

Premio Nacional de Traducción

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA

ANA COMNENO

LA ALEXIADA

Estudio preliminar
y traducción de Emilio Díaz Rolando

Clásicos Universales *núm. 3*

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA

La presente traducción fue una de las obras subvencionadas con una Ayuda a la Creación Literaria del Ministerio de Cultura en su convocatoria del año 1986.

(c) Emilio Díaz Rolando.
Edita: Editorial Universidad de Sevilla.
Imprime: Gráficas San Jacinto, S.A., Pol. Ind. La Chaparrilla, c/ 2, núm. 45, nave III, Sevilla.
D.L.: SE-442-1989.
I.S.B.N.: 84-7405-433-8.

A CARLOTA

AMORIS PATIENTIAEQVE GRATIA

INDICE

ESTUDIO PRELIMINAR 9
1. La autora 11
2. La obra 25
3. La realidad histórica 37
4. El texto 61
5. Bibliografía 71

TRADUCCIÓN 77
Proemio 79
Libro I 87
Libro II 137
Libro III 173
Libro IV 209
Libro V 233
Libro VI 263
Libro VII 303
Libro VIII 337
Libro IX 363
Libro X 389
Libro XI 433
Libro XII 473
Libro XIII 501
Libro XIV 547
Libro XV 585

INDICE DE NOMBRES PROPIOS 635

CUADROS 699

ESTUDIO PRELIMINAR

1. La autora.

1.1. Introducción.

Si existe un matiz que destaque por encima de cualquier otro en la vida de nuestra autora, éste es, sin duda, la intensa frustración que supuso para ella no poder acceder al trono del imperio. Aunque toda simplificación en el momento de analizar un objeto es siempre engañosa, sin embargo, en el caso de Ana Comneno no creemos descabellado propugnar un propósito único en su vida y, en consecuencia, un único gran fracaso, ya que, como sabemos, no logró los fines que se fijara.

Esta triste amargura se trasluce a lo largo de su obra en acotaciones incrustadas dentro del cuerpo de la historia, pero muy poco ortodoxas para el género que cultiva, si atendemos a las normas básicas del mismo, que, por otro lado, ella insiste reiterativamente en cumplir con exactitud [cfr. Proemio, II, 3 y IV, 3; I, XII, 3; I, XVI, 7; III, VI, 3; III, VIII, 1, 5 y 11; IV, VIII, 1, etc.].

Otra secuela destacable de la frustración fue el odio que reservó perpetuamente a determinados miembros de su familia, en concreto su hermano Juan, que pasaría a la historia con el nombre de Juan II y que le "arrebató" el trono con su venida al mundo.

1.2. Trayectoria vital de Ana Comneno.

Ana Comneno nació un sábado dos de diciembre de 1083 [cfr. DALVEN, R.- *Anna Comnena*, New York, 1972, p. 67; KURTZ, E.- "Unedierte Texte aus der Zeit des Kaisers Johannes Komnenos", *Byzantinische Zeitschrift*, 16 (1907), p.94]. Su nacimiento viene rodeado del toque fantástico que ella misma cita y de acuerdo con la larga tradición historio-

gráfica que hace coincidir en el tiempo la venida al mundo de grandes figuras con acontecimientos extraordinarios. La madre de Ana, Irene Ducas, viendo próximo el parto y ante la ausencia de su marido, que se hallaba luchando contra Roberto Guiscardo, hizo la señal de la cruz sobre su vientre y le pidió a su hija que aguardara para nacer al regreso de su padre. A pesar de la reconvención de la madre de la emperatriz por lo incierto de la fecha del retorno de Alejo, los deseos de Irene se cumplieron y Ana nació en la sala Púrpura del gran palacio dos días después del gesto de la emperatriz y cuando su esposo se hallaba ya en Constantinopla. Este hecho lo interpreta Ana como muestra del cariño que siempre tuvo a sus padres [cfr. VI, VIII, 1-3]. Durante toda su vida nunca olvidará que había nacido en la Púrpura, lugar donde veían la luz por vez primera los hijos de los emperadores, acontecimiento que les confería el título de Πορφυρογέννητος. Este punto de orgullo será traído a colación convenientemente ya incluso desde el principio mismo de la obra y será destacado en aquellos de sus personajes que gozaron de esta fortuna [cfr. Proemio I, 2; DALVEN, R.- *Anna...*, p. 68].

Continúa la princesa en el mismo capítulo octavo del libro sexto aclarando cómo ella fue honrada con la corona y la diadema imperiales nada más nacer. Posteriormente, fue prometido a ella e introducido en la aclamación Constantino Ducas, hijo del antiguo emperador Miguel VII Ducas y de María de Alania, ya que desde el momento de su nacimiento había figurado como coemperador al lado de padre [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, p. 68] y ello confería un grado más de afianzamiento en el trono.

Conviene aclarar que la política de unión con la familia Ducas formaba parte de la estrategia política de Alejo para no perder el trono. Los Ducas constituían un poderoso clan y el matrimonio de Alejo con Irene Ducas no fue más que el intento de ganarse el apoyo de tan influyentes personajes. El compromiso de la hija primogénita de Alejo con el heredero del emperador Miguel era otro paso adelante en estos objetivos. Sin embargo, parece ser que esta unión no contaba con las simpatías de elementos de ambos bandos.

La misma Ana nos deja entrever, aunque un tanto veladamente, los conflictos que estas alianzas provocaron y el clima de enfrentamiento entre las dos casas nobles, incluido el odio hacia los Ducas de Ana Dalaseno, madre de Alejo, a quien nuestra autora denomina en una maestra pincelada de saber histórico "madre de los Comneno" [cfr. III, II, 1-3; DIETERICH, K.- *Figuras bizantinas*, Madrid, 1927, p. 185; LEIB, B.- "Introduction Générale", en su edición de la *Alexiada*, Paris, 1967, tomo I, p. X].

El cariño de Alejo por su madre fue proverbial, hasta el punto de que el gobierno del Imperio fue compartido e incluso monopolizado, en ocasiones, por ese personaje. Alejo, nada más comenzar su reinado promulgó un crisóbulo [cfr. III, VI, 1 y ss.] por el que confería a su madre plenos poderes. Es de suponer que esta preponderancia de Ana Dalaseno llevaría la contrapartida del oscurecimiento de la facción de los Ducas, y era una muestra más del importante papel que la emperatriz madre había cumplido para el ascenso al trono de su familia. Finalmente, en 1100 la abuela de Ana fue recluida en el monasterio de Pantepoptes y la madre de nuestra historiadora pudo acceder al puesto que le correspondía como emperatriz [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, p. 44-50].

La vida de Ana continuó plácidamente a la espera del momento de la sucesión en el trono. Sin embargo, pronto comenzó a ensombrecerse el panorama de tan halagüeña existencia. En 1094 murió Constantino Ducas. Previamente, había nacido su hermano Juan, primer varón y tercer hijo de la pareja imperial, en una fecha entre el 1 de septiembre de 1087 y el 31 de agosto de 1088 [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, p. 69] y al que ya su padre consideró heredero del trono. La princesa odió toda su vida a su hermano. Sólo su descripción de recién nacido está llena de un cierto toque malicioso que contrasta, por lo que dice, por lo que no dice y por cómo lo dice, con el resto de personajes heroicos de la *Alexiada*. Ana no tiene que atacar directamente a su hermano, simplemente, en un sesgo de temperamento muy femenino, con ignorarlo y no elogiar sus trabajos es bastante. Evidentemente, esta visión provoca un llamativo contraste con el

conjunto, abiertamente encomiástico, de la familia Comneno [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, p. 89; HUNGER, H.- *Die hochsprachliche profane Literatur der Byzantiner*, München, 1978, tomo I, p. 401]. Ana veía cómo sus aspiraciones dentro del imperio en su calidad de porfirogéneta y prometida de un coemperador se iban desvaneciendo [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, p. 80; KURTZ, E.- "Unedierte"..., p. 94].

En el año 1097 ó 1099 Ana se casó con Nicéforo Brienio, descendiente de un antiguo pretendiente al trono y rival de Alejo. No es este el lugar para discutir el controvertido asunto del parentesco que unía a este Nicéforo Brienio con el que se reveló contra Nicéforo Botaniates y al que venció Alejo, cuando estaba al servicio de este emperador. Nosotros nos inclinamos por considerarlo nieto de aquél, siguiendo los criterios de R. Dalven y B. Skoulatos. Éste último, en su libro *Les personnages byzantins de l'Alexiade* [Louvain, 1980, pp. 224-232, nota 1] da cuenta del estado de esta cuestión.

La elección de este hombre como marido de Ana demostraba claramente que la porfirogéneta había pasado de ser heredera del trono a sujeto de un papel más acorde con lo que se esperaba de una mujer de esta alcurnia en Bizancio, esto es una pieza más que mover en el juego de la diplomacia [cfr. BUCKLER, G.- *Anna Comnena. A Study*, London, 1968, p. 33; Idem.- "Women in Byzantine Law About 1100 A.D.", *Byzantion*, 11 (1938), p. 413; DALVEN, R.- *Anna...*, p. 80-81], ya que con estas medidas se deseaba atraer al sector que sustentó a la familia Brienio en sus planes para alcanzar el mando del imperio.

El matrimonio con Nicéforo Brienio duró cuarenta años. De la vida privada de la pareja nada podemos saber a través de la obra de Ana Comneno o de la de su marido; según R. Dalven [cfr. *Anna...*, p. 83], evidentemente, consideraban que no era pertinente exponerla en un trabajo de talante histórico.

Tanto G. Buckler [cfr. *Anna...*, p. 35], como R. Dalven [cfr. *Anna...*, 82-83] apoyadas en las propias manifestaciones de Ana Comneno, que suele referirse a su esposo en tonos

elogiosos y tristes, lamentando su muerte como una pérdida irreparable, confían en que esta unión fue feliz. Para nosotros esta aseveración resulta controvertible.

De un lado, no podemos olvidar el carácter fuerte de la historiadora frente al temperamento apacible y flemático de su esposo [cfr. BUCKLER, G.- *Anna...*, p. 35; DALVEN, R.- *Anna...*, p. 82-83]. Si a esto unimos su enorme capacidad de rencor (nunca perdonó a su hermano Juan), nos resulta creíble que la relación que uniera a ambos cónyuges no fuera más que la imprescindible en una clase social, donde el matrimonio no era más que un asunto de estado y, como consecuencia, los requisitos mínimos exigibles se limitaban a guardar las formas ante la opinión. Las múltiples declaraciones de Ana sobre el amor a su marido y su dolor por la pérdida de tan adorado compañero no dejan de ser, en nuestra opinión, más que puro ejercicio de retórica. Si a estas consideraciones sumamos que manifestar y exaltar la bondad de todo lo que la rodeaba era un instrumento para marcar el contraste con la pésima política y el nefasto estado del imperio en tiempos del emperador Juan II y su hijo Manuel, no se nos antoja extraño el que Ana deseara añadir un elemento más de "acusación". Por otra parte, Ana suele callar aspectos que no le interesa revelar, porque podrían deteriorar la buena fama de aquellos que desea salvaguardar. Así, pasa como sobre ascuas por encima de las desavenencias entre los Comneno y los Ducas, omite el desagradable final de la vida de su padre, que sí nos cuentan Juan Zonaras y Nicetas Coniates, con Irene y Ana a la expectativa del final decantamiento del emperador moribundo por su hija y su yerno en la sucesión.

Ana y Nicéforo tuvieron cuatro hijos: Alejo, Juan, Irene y una cuarta hija, cuyo nombre desconocemos. De éstos, el primero tomó el apellido Comneno y los dos restantes, el de Ducas [cfr. KURTZ, E.- "Unedierte"..., p. 95; PRODROMO, T.- *Epitalamio*, P.G. 133, 1401, donde se celebra las bodas simultáneas de los dos hijos varones de Ana en el año 1122 y donde sólo se cita a una hermana, viuda, de ellos; véase también, el Τυπικόν del convento de Κεχαριτωμένη, en P.G. 127, 985-1120, en el que Irene Ducas, fundadora del monas-

terlo, cede el patronazgo del mismo a Ana y tras su muerte, a su hija María, hermana de Ana, y a su nieta Irene Ducas y, en el caso de fallecimiento de ésta última, a la otra hija de Ana, sin citar su nombre].

Antes de que Juan cumpliera un año de reinado, la princesa intentó arrebatarle el trono mediante una conspiración que contenía entre sus planes el asesinato del emperador. Las pretensiones al trono se basaban en la primogenitura que, a pesar de su condición de mujer, no le parecía un derecho que debiera ser ignorado. G. Buckler, en su artículo arriba citado "Women in Byzantine Law About 1100 A.D.", nos ofrece una clara y rápida visión del papel de la mujer en el Bizancio del siglo XII. Sólo el aspecto literario (apenas dos mujeres, Casia y Ana Comneno, aparecen como escritoras en la historia de la literatura bizantina) y la opinión popular, expresada en proverbios, parecen desmentir una decorosa posición de la mujer en el mundo bizantino. Las mujeres de alta alcurnia mantenían tratos con hombres de todo tipo. Así, y por ceñirnos a personajes de la *Alexiada*, Ana Dalaseno sentaba a su mesa a monjes y fundó la iglesia de Cristo Pantepoptes, e Irene Ducas causaba la admiración de su hija por su saber teológico. Estas dos mujeres también colaboraron en el gobierno con los hombres de la familia. A lo largo, asimismo, de la historia de Bizancio, la mujer participa en numerosas conjuras y conspiraciones y en cualquier aspecto de la vida pública la figura de la *augusta* era esencial en el ceremonial de la corte y del imperio. Una muestra de ello la tenemos en las aclamaciones oficiales del pueblo, dirigidas a la pareja imperial, no al emperador sólo [cfr. **WELLESZ, E.**- *Música bizantina*, Barcelona, 1930, p. 96-97, con la transcripción musical de una canción de εὐφήμησις para Juan Paleólogo y su mujer María; véase también III, II, 1 y ss. y **BEAUCAMP, J.**- "La situation juridique de la femme à Byzance", dentro del tomo *La femme dans les civilisations des Xe-XIIe siècles. Actes du colloque tenu à Poitiers les 23-25 septembre 1976*, Poitiers, 1977, pp. 55-86].

Nicéforo Brienio debía ocupar el puesto de Juan II. La conjura estaba planeada para llevarse a cabo aprovechando la estancia de Juan en el Hipódromo de Filopation. Ya había

sido sobornada la guardia. Pero Nicéforo Brienio no colaboró como se esperaba en el plan, debido a su carácter, al escarmiento que ya viera en su familia y a posibles reflexiones morales [cfr. **HUNGER, H.**- *Die hochsprachliche...*, tomo I p. 402] y la conspiración fue descubierta, hecho que probablemente provocara las iras de Ana [cfr. ΠΑΠΑΔΟΠΟΥΛΟΥ, Ι. – Ἄννης Κομνηνῆς Ἀλεξιάς, Ἀθῆναι, 1938, "Εἰσαγωγή", p. 8]. Parece ser que Nicéforo tuvo buenas relaciones con el emperador Juan, ya que lo siguió en diferentes campañas, a la vuelta de una de las cuales murió en 1138, a los cincuenta y siete años de edad [cfr. **DALVEN, R.**- *Anna...*, p. 99; **SKOULATOS, B.**- *Les personnages...*, p. 231-232; Proemio, III, 2]. Todas las propiedades de los miembros involucrados fueron confiscadas. Gracias, no obstante, a la mediación del Gran Doméstico y amigo de Juan Comneno, Juan Axuco, persona, además con intereses intelectuales, se logró el perdón imperial y fue concedida la devolución de los bienes [cfr. **DALVEN, R.**- *Anna...*, p. 95].

Ana Comneno vivió, según G. Buckler [cfr. *Anna...*, p. 45-46] cómodamente el resto de su existencia, lo que hace más incomprensible su amargura. Dedicó su vida, desde que fuera retirada de la vida pública, al estudio y al fomento de las letras y las ciencias. Solía pasar temporadas en el monasterio de Κεχαριτωμένη. Ana tuvo tratos con personajes de la intelectualidad bizantina del momento: Jorge Tornices, que escribió una oración fúnebre a su muerte [cfr. **DALVEN, R.**- *Anna...*, p. 99], Miguel de Éfeso, encargado por ella de comentar obras de zoología, antropología, la *Retórica* y la Política, todas de Aristóteles, y parece ser que Eustratio de Nicea le dedicó su comentario [cfr. **DALVEN, R.**- *Anna...*, p. 99; **HUNGER, H.**- *Die hochsprachliche...*, tomo I, p. 402].

Tras las muertes de Nicéforo Brienio, de su hermano favorito Andrónico, que había adoptado las posiciones de Ana en sus aspiraciones al trono [cfr. XV,V,4] en 1129 durante una expedición contra los búlgaros [cfr. **DALVEN, R.**- *Anna...*, p. 88; **SKOULATOS, B.**- *Les personnages...*, p. 16-18], de su madre, muerta el 19 de febrero de 1123 [cfr. **KURTZ, E.**- "Unedierte"..., p. 94], Ana se decide, a sus sesenta y cinco años, treinta después del fallecimiento del protagonista de

su obra, y recluida en el monasterio [cfr. BUCKLER, G.- *Anna...*, p. 49] a continuar la Ὕλη ἱστορίας de su césar Nicéforo, que, como ella misma declara [cfr. Proemio, III, 1-3] pretendió relatar a instancias de la emperatriz Irene la historia del reinado y las hazañas de los Comneno; pero se quedó antes de la llegada de Alejo al poder [cfr. IORGA, N.- "Médaillons d'histoire littéraire byzantine", *Byzantion*, 2 (1955), p. 280-281; HUNGER, H.- *Die hochsprachliche...*, tomo I, p. 394-400].

En estos menesteres transcurrieron los años finales de su existencia. La fecha de su muerte resulta controvertida. Contamos con dos datos. En el año 1148 concluye la elaboración de la Alexiada, momento a partir del cual se puede fijar su fallecimiento. Sin embargo, con su nombre y fechados en 1153, dos sellos parecen afirmar la idea de que ocurriera en torno a este último año [cfr. LEIB, B.- "Introduction Générale"..., p. IX; ΤΣΟΛΑΚΗΣ, Ε.Κ. – Βυζαντινοὶ ἱστορικοὶ καὶ χρονογράφοι 11ου καὶ 12ου αἰῶνα, Θεσσαλονίκη, 1984, p. 47; HUNGER, H.- *Die hochsprachliche...*, tomo I, p. 403]. La fecha puede establecerse entre 1153 y 1155 [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, p.100] y en el lecho de agonizante tomó finalmente los hábitos.

1.3. Carácter de Ana Comneno.

El carácter de Ana Comneno llama la atención por las aparentes contradicciones que marcan su vida con el reflejo lógico en su obra. Ana era una personalidad compleja. En la introducción al testamento que publicó E. Kurtz [cfr. "Unedierte"..., p. 94] se resalta la voluntad de la princesa de recluirse en un convento desde los primeros momentos. No obstante, si algo sobresale claramente de su trayectoria vital es el deseo desesperado por ser emperatriz.

La contradicción es salvada por E. Kurtz adjudicando este anhelo de vida retirada a los primeros años de su vida, sobre todo, tras la muerte de Constantino Ducas. De todos modos, los fragmentos conservados y editados por E. Kurtz que corresponden sólo al prólogo del testamento, parecen no ser originales de Ana Comneno y pueden no haber sido

más que un mero ejercicio retórico sin más valor como información sobre la personalidad de nuestra autora.

Ana amaba a su familia, pero sentía una profunda animadversión hacia su hermano Juan hasta el punto de conjurar para su muerte; declara en numerosas ocasiones a lo largo de su historia la intención de escribir una obra imparcial, pero no puede evitar caer en el juego simpatía/antipatía al describir los personajes que trata. Es decir, Ana no era un espíritu tan noble como parece desprenderse de sus propias confesiones. K. Dieterich da una descripción algo correcta de su personalidad. Para este autor ella era un típico personaje secundario con aspectos trágicos. La interpreta como un ser frío y calculador, de pose estudiada y autocomplaciente, testaruda y un tanto fanática [cfr. *Figuras...*, p. 185-205].

Ella misma se goza de modo morboso en hacernos ver su vida como un camino de espinas, donde sólo parecen brillar los años iniciales de su existencia.

Creemos más bien que Ana Comneno no debe engañarnos con sus innumerables muestras de autocompasión morbosa que tan bien analiza G. Buckler [cfr. *Anna...*, p. 35-45] y que no acaba de entender del todo. Nosotros creemos que es perfectamente comprensible, si pensamos en una mujer de gran carácter que, frustrada en sus ambiciones, por las que había apostado fuertemente, sólo le quedaba escribir una obra, donde magnificando las hazañas de todos los que la rodearon minimizara las tareas de su hermano Juan, el gran detestado, y de su sucesor, Manuel (1143-1180), de quien fue contemporánea durante unos años. Llega incluso a engrandecer a su padre, que la había apartado del trono, a su esposo, que la traicionara. Sin embargo, de sus otros "enemigos" no habla. De su hermana Teodora no dice nada, tal vez porque fuera del partido de Juan; la mención a Eudocia, su tercera hermana, es indiferente, puede ser por haber apoyado a Juan o estar al margen de la querella [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, p. 88]. Parece evidente que este contraste se explica, como dijimos, según el criterio de que la amplifi-

cación de las figuras de Alejo y Nicéforo es válida para anular las hazañas de su hermano.

Frente a este panorama, las declaraciones de autocompasión en las que, de paso, como carácter fuerte que es, proclama su capacidad de superación del sufrimiento (H. Hunger declara con acierto "ella no quiso ni el retiro ni el hijo, como otras mujeres, sino que disponía de su vida para luchar prolongadamente contra cansancios y pesares" [cfr. *Die hochsprachliche...*, tomo I, p. 403]), tanto como las de amor y cariño filial y conyugal nos suenan, de nuevo, a pura retórica.

1.4. La formación de Ana Comneno.

Otro de los aspectos que más llama la atención en la persona de la princesa Comneno es su imponente formación intelectual, que junto con su natural inteligencia configuraron un personaje de alta valía y erudición para su época [cfr. DIETERICH, K.- *Figuras...*, p. 193 y 196].

Ya desde el comienzo, nuestra autora confiesa sin sombra de modestia (es más, considera justo revelarlo) su conocimiento de los autores clásicos y sus prácticas dentro de los dos programas de estudios superiores del medievo, el *trivium* y el *quadrivium* [cfr. Proemio, I, 2].

Aunque apenas dentro de su obra se refiera Ana al proceso de su formación intelectual y "conozcamos poco de la educación del hombre corriente bizantino y menos aún de la educación de la mujer" [cfr. BUCKLER, G.- *Anna...*, p.184], podemos suponer, como hace R. Dalven [cfr. *Anna...*, p. 75] que bien pudiera haber recibido lecciones de un tutor particular, hecho frecuente en los niños de la época pertenecientes a las clases más beneficiadas. Sin embargo, parece ser que al principio sus padres prefirieron una educación exclusivamente religiosa para su hija. Este hecho concuerda perfectamente con la conducta de Alejo I, quien, como se dice en la *Alexiada*, aunque fomentaba todo tipo de cultura, procuraba, no obstante, aconsejar al estudioso que prestara su

atención antes a la sabiduría sagrada que a la profana [cfr. V, IX, 4; BRÉHIER, L.- *La civilisation byzantine*, Paris, 1970, p. 399]. A pesar de todo, sin el consentimiento paterno Ana se hizo instruir en la gramática a la edad de trece años por un eunuco de palacio; posteriormente, su madre cedió a estos intereses de su hija [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, p.75].

Las aficiones de Ana no se ciñeron exclusivamente a las materias tradicionales. En su obra hay muy claros destellos de sus conocimientos sobre medicina [cfr. BUCKLER, G.- *Anna...*, p. 215-221]. Es ella la que forma parte del consejo médico que asiste a su padre en la postrera enfermedad [cfr. XV, XI, 1 y ss.] e incluso sus opiniones son aceptadas y llevadas a cabo. Del mismo modo se permite, gracias a su conocimiento de la materia, emitir juicios críticos sobre el equipo de doctores. Previamente, había ido dando cuenta de las enfermedades del emperador. La descripción de los últimos días y momentos de éste tiene toda la exactitud de un informe médico [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, p. 75; IORGA, N.- "Médaillons"..., p.282]. En esto recuerda a uno de sus grandes maestros, Tucídides.

Junto con la medicina, sus otras aficiones iban encaminadas a los clásicos y a la Biblia. Los primeros constituían el núcleo básico de conocimiento del bizantino culto y la segunda era el fundamento doctrinal y religioso. Ana estuvo familiarizada con Homero, cuyas numerosas citas jalonan el texto de la *Alexiada* con una función en su mayor parte puramente erudita y cuya influencia también se refleja en lo sublime de algún párrafo y en el tono general épico de la obra, como muy bien ha notado R. Katicic [cfr. BUCKLER, G.- *Anna...*, p. 197; KATICIC, R.- "Ἄννα ἡ Κομνηνὴ καὶ ὁ Ὅμηρος", Ἐπετηρὶς Ἑταιρείας Βυζαντινῶν Σπουδῶν, 27 (1957), p. 213-223]. Conoce a Aristóteles, Platón, Polibio, diversos historiadores secundarios, los trágicos, oradores, etc. [cfr. BUCKLER, G.- *Anna...*, p. 193-208].

Las disciplinas relacionadas con adivinaciones y augurios también entraban dentro del ámbito de intereses de Ana Comneno. Muestra, no obstante, una curiosa ambivalencia en cuanto a estos asuntos. De un lado suele detallar cui-

dadosamente las intervenciones de personajes y los hechos que tenían que ver con astrologías o mánticas, pero seguidamente los hace objeto de una dura crítica [cfr. VI, VII, 1 y ss.; X, V, 7-8; XII, IV, 5, etc.]. Se ve que este tipo de conocimientos la atraía con cierta fuerza, fenómeno en absoluto extraño, ya que nos encontramos frente a una persona de estirpe helénica. Véase lo que dice respecto a este particular Antonio Bravo: "la especial aceptación que los libros de sueños tuvieron entre los bizantinos no es sino una faceta más de la mentalidad de este pueblo en el que arraigó extraordinariamente la creencia en la magia y toda clase de supersticiones provenientes del mundo greco-romano, enriquecida, si cabe, con elementos orientales" [cfr. BRAVO, A.- "La interpretación de los sueños en Bizancio", *Erythia*, 5 (1984), p. 64].

Sin embargo, también era consciente de que no entraba dentro de la ortodoxia confiar en oráculos, adivinaciones y demás expresiones del saber "oculto". De ahí ese atisbo de esquizofrenia en la vertiente que estamos tratando y que se deja traslucir con cierta facilidad [cfr. IORGA, N.- "Médaillons"..., p. 282; DALVEN, R.- *Anna...*, p. 78-79].

Dentro del ámbito de su formación señalaremos, asimismo, su evidente experiencia en artes plásticas, especialmente la pintura, que la dota de un eficaz instrumento de sensibilidad patente en sus descripciones del físico de determinados personajes de la *Alexiada*, como María de Alania, Irene Ducas, Constantino, su hijo, Alejo I, Bohemundo, etc. [cfr. IORGA, N.- "Médaillons"..., p. 281-282; véase también el libro de BUCKLER, G.- *Anna...*, p 209-221, donde hace un detallado repaso de los conocimientos de la princesa en artes y ciencias como la geografía, la medicina, la historia natural y otras].

En cuanto a la opinión de la propia Ana sobre la educación destacaremos el interés que demuestra en su correcta aplicación a los coetáneos. Es sintomático que, con un pensamiento cercano a la de los ilustrados achaque a la falta de una educación eficaz la presencia de males para la humanidad como la herejía [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, p. 73]. Su

interés por estos aspectos se hace patente en su descripción del orfanato, que Alejo mandó erigir para recoger a niños, cuyos padres perecieron y que reunía de todas partes del imperio. Ana detalla el método didáctico seguido por los maestros y de éste se extrae la indudable orientación civilizadora y de expansión del helenismo medieval que marcó los horizontes del mundo bizantino dentro de los pueblos en contacto con él [cfr. XV, VII, 1 y ss.]. En este mismo capítulo se vierte su opinión acerca de la decadencia de los estudios clásicos en su época (es reconfortante observar la "mala salud de hierro" de la que siempre ha gozado el estudio de los clásicos) y la inutilidad del método de la σχεδογραφία [cfr. nota 6 a la traducción del libro XV; IORGA, N.- "Médaillons"..., p. 282].

Para terminar, haremos notar el prestigio del que gozó Ana entre la intelectualidad contemporánea. Teodoro Pródromo, Juan Zonaras o Nicetas Coniates la alabaron, en algunos casos por encima de sus opiniones personales más o menos favorables, la calificaron de "cuarta Gracia", "décima Musa" y destacaron su vasta formación y su sólido saber [cfr. BUCKLER, G.- *Anna...*, p. 178-179; DALVEN, R.- *Anna...*, p. 73-74].

2. La obra.

2.1. *La Alexiada*, épica e historia. Ideología.

El investigador A. Garzya en un artículo titulado "Visages de l'hellénisme dans le monde byzantin, IV-XII siècles", [*Byzantion*, 55 (1985), p. 466] afirma textualmente: " la configuración de la grecidad antigua tardía y bizantina como producto del encuentro del helenismo y del cristianismo es una noción asumida, que debe ser, no obstante, precisada (...). El helenismo en cuestión es el helenismo post-clásico, en el sentido que le ha dado Droysen, pero con la inclusión del componente romano (...)." Resaltamos estos conceptos por el valor clarificador que aporta a la cuestión, muy debatida, de si la *Alexiada* pertenece al género histórico o se trata de un tipo diferente de épica en prosa [cfr. HUNGER, H.: *Die hochsprachliche...*, tomo I, p. 404].

Para comprender este punto debemos prestar atención al influjo indudable que en Ana Comneno tuvieron los clásicos, pero como muy bien nota A. Garzya, estos clásicos llegaron a Bizancio a través de la lente del helenismo tardío y teñido de la óptica romana. Es precisamente en el helenismo, cuando se produce esa culto a la personalidad (con el punto de partida en la figura de Alejandro Magno) generalmente centrado en torno a un caudillo o rey y, posteriormente, en torno a emperadores, en época romana. Este culto a la personalidad encuentra su plasmación en el género biográfico, que con tanta maestría cultivara Plutarco en sus series de *Vidas Paralelas*. Es sabido que Ana Comneno conocía a Plutarco [cfr. BUCKLER, G.: *Anna...*, p. 201-208]. Del mismo modo, L. Bréhier [cfr. *La civilisation...*, p. 297] entronca la historiografía cuyo núcleo central es la figura del emperador con la obra de historiadores como Tácito, Suetonio y Plutarco. Igualmente, A. Lesky [cfr. *Historia de la Literatura Griega*, Madrid, 1976, p. 800] corrobora lo antes expresado de la siguiente manera: "sólo en Roma alcanzó el

retrato individual su plenitud." Todas estas aportaciones estructuran un conjunto coherente de influencias mutuas que actúan como precursoraa de una obra como la *Alexiada*, donde el protagoniamo se encarna en la persona del emperador Alejo I Comneno.

La *Alexiada* posee una intención histórica, pero una realización épica, Ana Comneno quiere combinar la historia con el encomio de su padre. Esta síntesis no siempre reaulta feliz. El simple hecho de las innumerablea explicaciones, que jalonan la obra, y sus declaracionea de intenciones nos dejan entrever que ella misma no estaba muy aegura de responder a sus propias expectativas. Ana era una persona muy culta y, con toda probabilidad, fuera ella misma el primer lector al que convencer de que realmente eataba empeñada en trabajar con un género que, aunque sólo sea en sus fundamentos, debe ser imparcial.

Nuestra autora deseaba realmente encomiar a su padre, hacer su panegírico, pero también era consciente de que siguiendo las vías tradicionales de esos subgéneros su vida y sus trabajos no quedarían suficientemente resaltados. Probablemente, rebuscando en el gran caudal de conocimientoa clásicos de que gozaba, notó que la única manera de engrandecer decorosamente la vida de au padre era recurrir a los modelos de un género literario de tan enjundiosa tradición como la épica.

Como R. Katicic recoge muy bien en su artículo arriba citado [cfr. "Ἄννα"..., p. 215], la épica en la *Alexiada* no hay que reducirla sólo a los aspectos formales de presencia de citas directas de Homero o a la elección del título imitado de la *Iliada* [cfr. HUNGER, H.- *Die hochsprachliche...*, t. I, p. 404; KATICIC, R.- "Ἄννα"..., p. 214], sino a un aliento general, a un tono épico presente en la obra. De este modo, resalta cómo "en los relatos de las batallas no se destacan tanto los movimientos de los ejércitos y sus resultados (aunque ciertamente también éstos son descritos), cuanto las hazañas y peripecias de los diferentes y destacados combatientes. Y no se exponen sólo las evoluciones opuestas de los movimientos militares y los enfrentamientos, sino que se

pinta el empuje, la intensidad, la valentía, el ruido, la huida (...) [cfr. KATICIC, R.- "Ἄννα"..., p. 218]. Este no es más que uno de los aspectos llamativos del tono épico imperante en la *Alexiada*. Los rasgos, sin embargo, se extienden profusamente a lo largo de toda la obra.

Otra de las razones del influjo épico en la historia de Ana Comneno (y en esto coinciden todos los investigadores consultados) estriba en el ambiente feudal que vivía Bizancio en esta época. Ana Comneno aprovecha también para glorificar su clase social mediante un instrumento apropiado para sus propósitos.

Finalmente, no estamos de acuerdo con R. Katicic en lo que respecta a su opinión sobre la ignorancia de Ana Comneno de la diferencia existente entre épica e historia [cfr. "Ἄννα"..., p. 223], ya que el simple hecho de las reiteradas alusiones a su deseo de hacer historia objetiva y de alejarse del elogio nos impulsa a considerar la perfecta conciencia de lo que se tenía entre manos. El que posteriormente consiguiera historiar solamente o aderezar su trabajo con aspectos ajenos al género que afirmaba cultivar, es ya otra cuestión. La misma Ana declara que es φιλαληθής y φιλοπάτωρ, dos propiedades que, creemos, son de difícil conjunción [cfr. BUCKLER, G.- *Anna...*, p. 233; XV, III, 4].

Demos ahora un somero repaso a las deficiencias que presenta la *Alexiada* desde el punto de vista histórico. Así, oculta hechos que pueden afectar al buen nombre de su padre o bien los suaviza [cfr LEIB, B.- "Introduction"..., p. XLII], como el pillaje de Constantinopla tras la toma de la ciudad por los Comneno; confunde el personaje de Pedro el Ermitaño con Ademaro de Puy y un clérigo provenzal llamado Pedro [cfr. LEIB, B.- "Introduction"..., pp. XLVI-XLVII; XI, VI, 7], llama León al miembro de la familia Diógenes muerto en Antioquía, cuando en realidad su nombre era Constantino [cfr. X, II, 2], etc. G. Buckler opina que Ana Comneno nunca falsificó voluntariamente los hechos e intentó ser imparcial en todo momento; la razón de los citados fallos estaría más bien en la serie de prejuicios de diverso tipo de los que adolecía la autora y que, al enfocar de forma

particular su visión de la realidad, provoca un reflejo en su historia de la misma con variaciones respecto a los hechos [cfr. BUCKLER, G.- *Anna...*, p. 233]. Esta opinión también la corrobora H. Hunger [cfr. *Die hochsprachliche...*, t. I, p. 408].

En Ana podemos ver, como arriba adelantamos, la representación ideológica de las clases aristocráticas y feudales bizantinas [cfr. también DALVEN, R.- *Anna...*, p. 153], donde aparecen su desprecio por lo occidental y su acendrada fe ortodoxa, en la que se reconocía uno de los pilares fundamentales de esta sociedad ante enemigos tan caracterizados en el campo religioso como musulmanes o los estados occidentales de rito romano. Este apoyo a la religión se destaca en hechos tan significativos como la elección divina de Alejo Comneno para el trono y su misión restauradora del poderío del imperio, siempre bajo la égida complaciente de la Providencia [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, p. 154; II, VII, 4; VI, XI, 3].

Finalmente, señalaremos que, como una prueba más de la exclusiva proyección aristocrática de la *Alexiada*, Ana no se preocupa de otros estamentos sociales de Bizancio e incluso llega a expresarse en tono despectivo con comentarios muy singulares acerca de los súbditos o la masa [cfr. VI, VIII, 4].

2.2. Fuentes históricas y método.

Hemos considerado oportuno organizar todas las aportaciones de datos sobre las fuentes históricas de la *Alexiada* de la siguiente manera:

-La propia memoria de Ana Comneno de acontecientos en los que estuvo presente y fue testigo [cfr. XIV, VII, 4]. Su posición social facilitaría bastante su presencia en los mismos.

-Fuentes orales.

*Familiares:

.Su padre.

.Su madre [cfr. VI, VIII, 2].

.Sus tíos, como Jorge Paleólogo [cfr. XIV, VII, 5].

.Ana Dalaseno [cfr. III, VIII, 11].

.Nicéforo Brienio, abuelo de su esposo [cfr. I, VI, 9].

.María de Alania [cfr. III, I, 4].

*Testigos ajenos a la familia:

.Padres y abuelos de los contemporáneos de Ana [cfr. Pr. II, 3].

.Antiguos soldados de Alejo, bateleros, correos e incluso enemigos o ex-enemigos [cfr. III, IX, 1; IV, VI, 8; VIII, II, 5; II, VII, 1; III, XII, 8; XIV, VII, 8].

.Las memorias redactadas por veteranos convertidos en monjes en el momento de la composición de la *Alexiada* [cfr. XIV, VII, 4-7].

-Fuentes escritas.

*Historiadores y otros:

.M. Pselo: Χρονογραφία, abarca del año 976 al 1077. Trata desde el ascenso al trono de Basilio II hasta el ascenso de Nicéforo Botaniates. Hay pasajes copiados literalmente [cfr. LINNER, S.- "Psellus' Chronography and the Alexias. Some Textual Parallels", *Byzantinische Zeitschrift*, 76 (1983), pp. 1-9; NEUMANN, C.- "Über zwei

unerklärte Völkernamen in der byzantinischen Armee", *Byzantinische Zeitschrift*, 3 (1894), pp. 376-378].

.N. Brienio: Ὕλη ἱστορίας, según G. Buckler [cfr. Anna..., p. 230] aporta datos para los doa primeros libros de la *Alexiada*, ya que termina antes de la llegada al trono de Alejo. También influye al fijar el modelo en líneas generales para la obra de Ana.

.J. Zonaras: Ἐπιτομὴ ἱστοριῶν, que trata desde la creación del mundo hasta la muerte de Alejo I.

.J. Escilitzes: Σύνοψις ἱστοριῶν, que va desde al año 811 al 1057.

.M. Ataliates: Ἱστορία, que va del 1034 al 1079.

.E. Zigabeno: Δογματικὴ Πανοπλία, recopilación encargada por Alejo a este monje. Recoge todas las herejías de su tiempo con su subsiguiente refutación [cfr. XV, IX, 1].

*Documentos oficiales, a los que tendría fácil acceso por su condición social.

.Crisóbulos:

De la regencia de Ana Dalaseno [cfr. III, IV, 3 y ss.].

De la concesión de privilegios a Venecia.

Del acuerdo con Bohemundo [cfr. XIII,XII, 1 y ss.].

.Correspondencia diplomática como la carta al emperador Enrique IV [cfr. III,X, 3 y ss.]

.Decretos conciliares.

Aparte de estas fuentes, hay hechos como la guerra contra los pechenegos, en las que Ana es la única fuente. Respecto a la Cruzada, según G. Buckler [cfr. *Anna...*, p. 231], parece improbable que utilizara fuentes de historiadores del ámbito latino, más que por otras razones, por el odio que sentía contra ellos y su opinión de tratarse de bárbaros incultos [cfr. también los artículos arriba citados de S. Linner y C. Neumann]. Durante un tiempo se pensó que había utilizado una obra perdida sobre las hazañas de Roberto Guiscardo; pero hoy día esta creencia se considera fuera de lugar [cfr. HUNGER, H.- *Die hochsprachliche...*, t. I, p. 406; ΤΣΟΛΑΚΗΣ, Ε.Θ. – Βυζαντινοὶ..., p. 52].

La recopilación de testimonios de primera mano procedería del período anterior a la muerte de su padre, si bien su historia se escribe treinta años después, durante el reinado de Manuel Comneno [cfr. BUCKLER, G.- *Anna...*, p. 232; DALVEN, R.- *Anna...*, p. 153; XIV, VII, 3].

El método histórico seguido por Ana Comneno se apoya en la comparación de las diferentes informaciones. De este cotejo surge, según la historiadora, la verdad que desea exponer a los ojos de sus lectores [cfr. XIV, VII, 8].

2.3. Contribución.

Como señala H. Hunger [cfr. *Die hochsprachliche...*, t. I, p. 407], no debemos esperar de Ana Comneno que posea una concepción moderna de la historia. Ya vimos las razones que no permiten esperar de ella una imparcialidad aconsejable al historiador. Sin embargo, su obra ofrece abundantes aportaciones para el conocimiento de su época. Entre ésas destaca el retrato de su padre el emperador [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, p. 152], quien encabezará una dinastía cuyos objetivos van a ser la restauración del perdido poder del imperio; debemos resaltar también el valor que posee su narración de los hechos relacionados con la clase aristocrática y que ilumina el carácter feudal y su manera de proceder, sus intrigas y conjuras. No olvidamos el relato de la Cruzada, que ella nos lega casi de primera mano y que

contribuye a examinar este fenómeno desde una óptica distinta a la acostumbrada en la tradición historiográfica occidental [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, p. 149-151]; o el conocimiento que adquirimos gracias a ella de las relaciones del imperio con sus vecinos turcos y nómadas [cfr. HUNGER, H.- *Die hochsprachliche...*, t. I, p. 407]; sus informaciones sobre la política eclesiástica de Alejo Comneno son inestimables, tanto como sus detalles sobre el nivel científico de su tiempo en materias como medicina, geografía o disciplinas humanísticas. Para resumir, citaremos a S. Runciman [cfr. *Historia de las Cruzadas*, Madrid, 1956, tomo I, p. 320], que dice, hablando del valor de la *Alexiada* para conocer los acontecimientos relacionados con las Cruzadas: "fácil es hacer concesiones en cuanto a su piedad y prejuicios, pero, una vez salvado este punto, su testimonio debe ser preferido a cualquier otro en todos los asuntos que conciernen directamente a Bizancio."

2.4. Estilo y lengua.

A. Garzya, en el artículo citado arriba, caracteriza el siglo XII como una *actas rhetorica*, frente al siglo XI, que fue predominantemente una *actas philosophia* [cfr. "Visages"..., p. 480] y es en este debate general sobre la retórica y su importancia donde se inscribe la riqueza literaria de este siglo.

Ana Comneno vive en el siglo XII y no puede desprenderse de la retórica. Esta marcada tendencia también se debe al empeño por demostrar su erudición y su dominio de la lengua y los recursos literarios. En este sentido B. Leib afirma que el retoricismo de Ana Comneno puede ser negativo desde el punto de vista literario, pero añade que también sabe evitarlo cuando presta atención [cfr. "Introduction"..., p. XXVIII]. Sin embargo, no debemos olvidar, mientras tratemos este asunto, que la retórica es "un elemento de base que asegura, por un sólido hilo conductor, la continuidad, incluso la diversidad y, a veces, la oposición, de la presencia en Bizancio a la vez de lo antiguo y de lo cristiano" [cfr. GARZYA, A.- "Visages"..., p. 469]. La retórica no constituye así, como parece pensar B. Leib, una rémora en el bagaje literario de la *Alexiada*, sino una de las características que la enmarcan dentro de las señas de identidad y corrientes de una determinada cultura.

Por otro lado, la temática que trataba Ana Comneno, independientemente del poder de la retórica en Bizancio y en su época, cuadraba perfectamente con la intención ampulosa, culta y recargada [cfr. KATICIC, R.- " Ἄννα"..., p. 213].

B. Leib facilita, también, una amplia caracterización de su estilo. Según este autor [cfr. "Introduction"..., p. XXVIII- XL], Ana Comneno hace gala de un gusto por las imágenes que a veces la extravía en el laberinto de amplificaciones diversas [cfr X, VI, 4], usa un tono poético [cfr. II,IV, 2; XII, II, 1], o dramático [cfr. IV, VII; V, VIII-IX; XI, X; XV, IX-X; cfr. también HUNGER, H.- *Die hochsprachliche...*, t. I, p. 408], eleva a veces su estilo mediante metáforas originales o comparaciones influidas por el lenguaje homérico [cfr. IX, V, 2; X, VIII, 4].

Ana Comneno se jacta de emplear una lengua purista e impregnada de aticismo. Tratar por extenso la caracterización de la lengua que usa sobrepasa los límites de este trabajo y daría pie a una investigación bastante extensa, que aún no se ha llevado a cabo.

Ana Comneno emplea una lengua que ha aprendido artificialmente. G. Buckler señala cómo los cultivadores de un estilo purista en la lengua contaban con la desventaja de manejar un medio de comunicación que ya no era usado en el lenguaje coloquial. De ahí que, aunque un autor como Ana Comneno pretenda responder por entero a los presupuestos lingüísticos que estima convenientes, no pueda evitar ser influida por la lengua que, probablemente, hablara a diario.

En esto, de nuevo las palabras de A. Garzya [cfr. "Visages"..., p. 473] nos aportan claridad: "se considera aún el griego bizantino como un caso raro de lengua fijada desde siglos (...). Expresiones modernas como "lengua culta" y "lengua popular" opuestas entre sí, se revelan poco adecua-

das, cuando se pasa de la sincronía a la diacronía. Lo que caracterizó a la lengua literaria fue más la mezcla que la separación de ingredientes."

Por ello, no es nada extraño que S. Antoniadis analice la presencia del griego moderno en la *Alexiada*. La elección del adjetivo moderno se explica, en propias palabras de la autora, por el hecho de que "la experiencia me ha enseñado que en algunos casos, transcribir el pasaje difícil al griego moderno, dándole a las palabras el sentido actual, llevaba a la solución" [cfr. "Présence de la langue grecque moderne dans l' Alexiade d'Anne Comnène", *Actes du XIVe Congrès International des Études Byzantines*, Bucarest, 1971 (1976), III, p. 683] y es más, llega a declarar convencida que el vocabulario del griego moderno es necesario para una comprensión completa de los textos bizantinos. Añadamos que a lo largo del proceso de traducción de la *Alexiada* al castellano, el diccionario de griego moderno nos ha sacado de apuros en el momento en que el tradicional de griego clásico ofrecía una versión que no encajaba en el contexto.

Sin embargo, esta penetración de la lengua hablada en la escrita nunca es consciente y sólo en una ocasión da entrada nuestra autora a un texto transcrito de la lengua hablada, una canciocilla que, *ipso facto* "traduce" al griego culto por mor de la dignidad del texto histórico [cfr. II, IV, 9].

El purismo la obliga a pedir perdón en numerosas ocasiones por la inclusión de nombres bárbaros en el "cuerpo" de la historia, ya que considera que éste se "mancha" con la presencia de tales términos [cfr. VI, XIV, 1]; en esta misma línea sustituye con frecuencia la denominación actual de pueblos bárbaros por una artificial y de corte clásico: los latinos corresponden a francos o normandos, los escitas a pueblos de la estepa como pechenegos y cumanos.

La lengua de la *Alexiada* presenta, en consecuencia, numerosas "anormalidades" respecto a lo que esperaríamos de un griego ático. Citaremos su confusión en el valor temporal del perfecto y del aoristo, de los valores modales, los

neutros plurales a veces llevan el verbo concordando en plural, los participios absolutos no lo son tanto por compartir su sujeto con la oración principal o, viceversa, por no ir en genitivo; hay confusiones en el uso de las preposiciones ἐν / εἰς, por influencia de la lengua hablada; del mismo modo, tenemos el empleo de ὡς, ἵνα sin valor final, causal o consecutivo, etc. [cfr. BUCKLER, G.- *Anna...*, p. 483-484].

Abundantísimos son los cambios de significado en numerosos términos, de los que también G. Buckler da una pormenorizada relación [cfr. *Anna...*, p. 485-497].

Como defectos de estilo podemos señalar el cambio de sujeto en medio de un largo párrafo, la no presencia de verbo principal, las repeticiones de palabras o frases enteras muy cercanas unas de las otras, el empleo, abusivo en ocasiones, de superlativos. G. Buckler cree [cfr. *Anna...*, p. 501] que, probablemente, Ana Comneno escribiera su obra en intervalos de tiempo a veces amplios, lo que provoca la presencia en partes más o menos extensas de su obra de términos repetidos que van poco a poco dejando se usarse hasta desaparecer en el resto de la obra. Finalmente, también junto con G. Buckler, [cfr. *Anna...*, p., 594], creemos que, con cierta probabilidad, Ana Comneno no hubiera tenido tiempo para corregir su historia todo cuanto hubiera deseado.

3. La realidad histórica.

3.1. Generalidades.

Alejo I Comneno accedió al trono en el mes de abril del año 1081. Hubo de recurrir a la rebelión abierta para conseguir sus objetivos y destronar a un anciano Nicéforo Botaniates que sólo aspiraba ya a la tranquilidad y el reposo [cfr. II, II,1 y XII, 1-3]. Tras él quedaban unos años (del 1025 al 1081) de ruina y desolación internas junto a un retroceso de la presencia bizantina en el mundo. Este triste panorama fue la consecuencia del manejo de torpes emperadores, no siempre a la altura del que fuera el último gran monarca anterior al reinado de Alejo I, nos referimos a Basilio II, muerto en 1025.

"Basilio II, al morir, dejó a sus sucesores un estado poderoso y un tesoro repleto", afirma I. Papadópulo [cfr. "Εἰσαγωγή"..., p.3]. Alejo Comneno intentaría durante su reinado recuperar la hegemonía bizantina. Pertenecía a una familia aristocrática cuyas raíces se asentaban en la región de Adrianópolis y que durante el reinado de Basilio II había llegado a la cumbre en la escala social [cfr. MAIER, F.G.- *Bizancio*, p.232]. En el período que va de 1057 a 1059, un representante de la familia, Isaac Comneno, tío de Alejo, ocuparía el trono. Una trama de relaciones matrimoniales, unidas a las características políticas del momento, garantizaban a la familia el apoyo del que gozó durante bastante tiempo. Steven Runciman nos dice [cfr. *Historia*..., I, p.55] "Isaac Comneno, igual que muchos otros nobles en Bizancio, era un aristócrata con un abolengo de sólo dos generaciones. Su padre era un militar tracio, probablemente un viajero, que se había granjeado el favor de Basilio II y a quien el emperador había donado tierras en Paflagonia, donde erigió un gran castillo conocido como Κάστρα Κομνηνῶν, y llamado hasta nuestros días Kastamuni. Isaac y su hermano Juan heredaron las tierras de su padre y su destreza mili-

ter, y ambos se casaron con damas de la aristocracia bizantina. La esposa de Isaac era una princesa de la antigua casa real de Bulgaria; la de Juan era una heredera de la gran familia de los Dalaseno." [cfr. BRAVO GARCÍA, A. y ALVAREZ ARZA, M.J.- "La civilización bizantina de los siglos XI y XII: notas para un debate todavía abierto", *Erytheia*, 9.1 (1988), p.93 y ss. sobre la aristocracia bizantina de la época; para lo relacionado con los *vlaquios* que cita Runciman, véase, GYONI, M.- "Le nom de Βλάχοι dans l'Alexiade d'Anne Comnène", *Byzantinische Zeitschrift*, 44 (1951) pp. 241- 252].

El prolongado enfrentamiento entre la aristocracia civil y militar habíase resuelto en favor de la segunda [cfr. HUSSEY, J.M.- *Cambridge Medieval History*, vol.IV, 1966, p. 212]. La aristocracia militar, de la que los Comneno constituían un no despreciable sector, cerró filas en torno a esta familia y la alzó al primer puesto del imperio como reacción a la política nefasta del período precedente y en especial de Nicéforo Botaniates [cfr. AHRWEILER, H.- *L'idéologie politique de l'Empire byzantin*, Paris, 1975, p.65]. Añade también H. Ahrweiler "los Comneno acentuaron aún más la política aristocrática y familiar llegando a constituir verdaderos clanes que controlaban los órganos de decisión del gobierno y dictaron así su política." [cfr. AHRWEILER, H.- *L'idéologie...*, p.72]. Finalmente, esta misma autora denomina al período que comienza en estos momentos como patriotismo aristocrático, ya que con el acceso al poder de esta nobleza comenzó a estructurarse un sentimiento nacionalista bizantino que giraba ideológicamente en torno a la ortodoxia y a la herencia cultural griega.

3.2. Política exterior.

3.2.1. Conflictos con pechenegos, cumanos y turcos.

A su llegada al trono, Alejo Comneno se halló con la presencia de los turcos en toda Asia Menor. El sultán selyúcida de Iconio, Suleimán, había ocupado Nicea, ciudad a sólo setenta millas de la capital [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, p.113] y se dedicaba a asolar las regiones circundantes. La pérdida

de Anatolia producía en el imperio terribles resultados, ya que suponía carecer de una importante fuente de recursos de todo tipo. La reconquista de los territorios de Asia Menor constituía uno de los objetivos fundamentales de la política exterior de Alejo I. Sin embargo, hubo de postponer este apartado de su programa ante el peligro mucho más inminente de los normandos.

Éstos, al poco de acceder al trono el emperador, habían protagonizado un proceso de expansión que los había situado en la costa adriática del imperio. Alejo I, con medios ya utilizados secularmente, aceptó la presencia de los turcos en Asia Menor, considerándolos poblaciones aliadas, asentadas en zonas anteriormente bizantinas y admitidas por consentimiento imperial. De este modo, la situación resultaba igualmente desastrosa, pero se salvaba un tanto el honor.

Después del tratado y tras las actuaciones -que posteriormente veremos- de Alejo contra los normandos, el siguiente objetivo fue el enfrentamiento con los pechenegos en el período que va de 1086 a 1091 [cfr. DIETER, K.- "Zur Glaubwürdigkeit der Anna Komnena", *Byzantinische Zeitschrift*, 3 (1894), p.386-390; FERRARI D'OCHIEPPO, K.- "Zur Identifizierung der Sonnenfinsternis während des Petschenegenkrieges Alexios' I Komnenos (1084)", *Jahrbuch der Österreichischen Byzantinistik*, 23 (1974), p.179-184]. En principio, los pechenegos (tribus nómadas procedentes del norte del Caspio que se instalaron a lo largo del siglo XI entre el Don y el Danubio [cfr. BUCKLER, G.- *Anna...*, p.434-435]), aliados con los herejes maniqueos descontentos de las provincias búlgaras, penetraron en territorios del imperio tras cruzar el Danubio y los asolaron. Las campañas se sucedieron con diversa suerte a lo largo de los años 1087 y 1088.

En la primavera de 1087 [cfr. DIETER, K.- "Zur Glaubwürdigkeit...", p.390] o en 1088 [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, pp. 115-116], el emperador sufrió una tremenda derrota en Dristra, ciudad danubiana que abría el paso a las fortalezas fronterizas del imperio. La derrota no llegó a tener más graves consecuencias graciás a los enfrentamientos que los pechenegos tuvieron con sus aliados cumanos a cau-

sa del reparto de botín [cfr. HUSSEY, J.M.- *Cambridge...*, p.213]. Finalmente, este mismo año, Alejo concluyó un tratado de paz con los pechenegos, tratado que no fue cumplido por éstos.

En torno a 1089-1090, los pechenegos de nuevo invadieron el imperio y devastaron los territorios adyacentes a Cariópolis. En este momento, el emir de Esmirna, Tzacas (también denominado Chaka) aprovechó las difíciles circunstancias por las que atravesaba Alejo y, tras ponerse en contacto con los pechenegos y aliarse con ellos, inició una ofensiva que lo condujo a las mismas puertas de Constantinopla, después de haberse apoderado de Clazomene, Focea, Mitilene y Quíos [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, p.116]. Tzacas se encargó del asedio naval de la capital y los pechenegos del sitio por tierra. El emir de Esmirna, que estuviera prisionero anteriormente de los bizantinos, era conocedor de las tácticas militares del imperio y deseaba dar el golpe decisivo por mar [cfr. OSTROGORSKY, G.- *Historia del estado bizantino*, Madrid, 1984, p.354]. En el invierno del año 1090-1091, Constantinopla hubo de sufrir un clima bastante crudo y que aumaba nuevo desánimo. Alejo recurrió a la petición de ayuda a occidente y obtuvo respuesta con la llegada de quinientos caballeros del conde de Flandes. Recurrió asimismo a la tradicional maniobra estratégica de enfrentar las facciones del enemigo entre sí; en este caso contó con los cumanos. Apoyado por este pueblo nómada, en abril de 1091, Alejo derrotó a los pechenegos en Lebunio. El asedio naval de Tzacas hubo de romperse y, gracias a las labores diplomáticas del emperador ante Kilidj-Arslan y al choque de Abul Casim, emir de Nicea, con Tzacas, este último, herido en la corte del sultán y víctima de una conjura, dejó de ser un problema para Bizancio.

Más tarde, en 1094, los antiguos aliados cumanos irrumpieron de nuevo en territorios del imperio. Esta vez iban encabezados por un impostor que se hacía pasar por Constantino Diógenes, hijo de Romano IV, que había muerto en Antioquía hacía años. Este acontecimiento obligó a Alejo a abandonar con una solución provisional la campaña contra el zupán de Rascia, Vucan, que estaba devastando las regio-

nes de Serbia con sus invasiones. Alejo I apresó mediante una treta al impostor y dispersó a los cumanos.

Una vez pacificada la parte europea del imperio, Alejo volvió su mirada hacia Asia Menor. Deseaba continuar con sus campañas de reconquista de Anatolia. Aprovechando una vez más los conflictos internos por los que atravesaban los enemigos seljúcidas, la labor de Alejo parecía ser fácil. Efectivamente, la muerte del gran sultán Malik-Shah en 1092 provocó numerosos conflictos en el territorio dominado por los seljúcidas y una dura lucha por el poder, que Alejo pretendía fomentar para expandir sus dominios por Anatolia. No era más que un proceso iniciado a la muerte del sultán Suleimán (1086) y el consiguiente reparto de su herencia [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, p.112-118]. Alejo se disponía a ayudar al nuevo sultán Kilidj- Arslan, cuando sobrevino un acontecimiento inusitado: la Cruzada. Hasta entonces Alejo había reconquistado el territorio a todo lo largo de la franja costera del mar de Mármara, incluida la ciudad de Cízico [cfr. HUSSEY, J.M.- *Cambridge...*, p.214].

Alejo mantuvo el plan de recuperar Asia Menor hasta el final de su vida. En el año 1114 una incursión de cumanos fue rechazada sin combatir al enterarse éstas de que Alejo en persona iba al frente de las tropas. La figura de Alejo se había convertido ya en legendaria.

3.2.2. Conflictos con el occidente latino.

3.2.2.1. Los normandos.

Ya hemos visto cómo una de las medidas adoptadas por Alejo nada más acceder al trono y enfrentarse con las duras tareas de gobierno que un imperio debilitado y acosado le presentaban, fue la cesión de territorios de Asia Menor a los turcos en una operación destinada a salvaguardar el honor del imperio y reconocer al tiempo legalmente una situación que de hecho ya existía. Esta cesión a los turcos, como "aliados", de territorios anatólicos tenía por finalidad la liberación de la carga que suponía un frente oriental en sus

luchas por plantar cara al peligro occidental, que en esta ocasión se encarnaba en los normandos [cfr. MAIER, F.G.- *Bizancio*, p.233; OSTROGORSKY, G.- *Historia...*, p.351].

La presencia de los normandos en suelo del imperio (concretamente, Dirraquio) obedecía a una política cuyos antecedentes hay que buscarlos en época del emperador Romano IV Diógenes. El mismo año en que este emperador fue derrotado en Mantzikert (1071), Roberto Guiscardo, personaje que de mercenario había pasado a ser duque de Calabria y Apulia durante un concilio en Melfi (año 1059) [cfr. KOLIAS, G.- "Le motif et les raisons de l'invasion de Robert Guiscard en territoire byzantin", *Byzantion*, 56 (1986), pp.425-426] acababa de terminar la conquista de los últimos reductos bizantinos del sur de Italia. Los normandos del sur de la península italiana y Roberto a la cabeza se sintieron atraídos por la organización estatal que hallaron en estos territorios. Lengua y costumbres griegas subsistían y Roberto acabó por considerarse un reflejo del emperador en las regiones bizantinas por él conquistadas [cfr. KOLIAS, G.- "Le motif...", p.426; McQUEEN, W.B.- "Relations between the Normans and Byzantium 1071-1112", *Byzantion*, 56 (1986), p.439].

Ello no obstante, Romano Diógenes propuso a Roberto un matrimonio de estado que beneficiaría a ambas partes. El imperio precisaba hombres de armas con los que hacer frente a las acometidas de turcos en oriente y pechenegos, cumanos y serbios en occidente. Los pretendidos derechos de Bizancio sobre los territorios conquistados por los normandos fueron obviados y subordinados a la necesidad de recuperar los sectores perdidos en los Balcanes y en Anatolia. Romano IV propuso el matrimonio de uno de sus hijos con una hija de Roberto. Esta propuesta no tuvo resultados. Posteriormente, Miguel VII Ducas volvería de nuevo a solicitar la alianza de los normandos mediante el establecimiento de vínculos familiares. Lo intentó epistolarmente a fines de 1071 o principios de 1072; posteriormente, en 1072/73 propuso a su hermano Constantino como esposo de una hija de Roberto. No hubo tampoco respuesta a estas solicitudes del emperador. Sin embargo, en el año 1074, Roberto accedió a

desposar a su hija con el hijo de Miguel VII, Constantino. Como resultado, el emperador emitió un crisóbulo, donde se establecían los términos del compromiso [cfr. CHARANIS, P.- "Byzantium, the West and the Origin of the First Crusade", *Byzantion*, 19 (1949), pp.17-21; KOLIAS, G.- "Le motif...", pp. 427-428]. En dicho crisóbulo destaca, por parte de ambos mandatarios, la obligación de tener iguales enemigos y amigos. Las intenciones del emperador durante estas negociaciones tenían dos objetivos, introducir a los normandos en la órbita de Bizancio como mercenarios contra los enemigos de oriente y occidente, y, de otro lado, prevenir un proceso de expansión dentro del territorio bajo administración bizantina en los Balcanes [cfr. CHARANIS, P.- "Byzantium...", p. 431; McQUEEN, W.B.- "Relations...", p. 19]. De este modo, el imperio hacía uso nuevamente del viejo sistema de reconocer legalmente como aliados a aquellos que le habían arrebatado parte de sus posesiones, intentando, simultáneamente, situarlos bajo su influencias. Todas estas medidas creaban una extraña sensación de unidad de intereses.

El cambio de actitud que manifestó Roberto entre su primera negativa y su final aceptación es detallado certeramente por P. Charanis y W.B. McQueen en los artículos arriba citados. Aquí podemos resumir brevemente que la razón de su giro político estaba relacionada con las actividades del papa Gregorio VII, cuyos tratos con los normandos no fueron, en un principio, todo lo amistosos que se desearía. Roberto, gracias a su tratado con los bizantinos, recibiría también apoyo contra el papa. Según Charanis, el despecho del papa ante la adversa marcha de sus intereses en el imperio provocó la bendición de la ofensiva contra sus costas adriáticas. El papa había visto cercanos determinados rumbos favorables en sus intenciones de atraerse el imperio. Fue cuando los bizantinos, rechazados por Roberto en la primera ocasión, se dirigieron a Roma. Posteriormente, el recurso al papa fue desechado, ya que se había llegado a acuerdos con el caudillo normando. Los motivos más próximos fueron los deseos de Roberto de intervenir en Bizancio tras el derrocamiento de Miguel Ducas por Nicéforo Botaniates y de éste, a su vez, por Alejo Comneno.

En efecto, la interpretación de los lazos de alianza que unían a Roberto con Miguel Ducas eran tanto políticos, como personales. El que un pariente cercano perdiera el trono de Bizancio a manos de un tercero exigía de Roberto la reparación de una ofensa hecha, no sólo a su aliado, sino a su propio yerno Constantino. Por otro lado, como W.B. McQueen señala "el ataque de Guiscardo contra Albania no era tanto una demostración de poderío, como el resultado de la necesidad de mantener su autoridad" [cfr. "Relations..." p.447]. Este investigador nos da también la clave de las razones más íntimas de esta política. La sociedad normanda precisaba de una constante actividad bélica, ya que la autoridad del caudillo se fundamentaba en su capacidad para recompensar con tierras y feudos a los señores que lo seguían. Ello requería una permanente actitud de guerra de conquista. Por otro lado, Bohemundo, hijo mayor de Roberto, carecía de una herencia que recibir por parte de su padre, puesto que las posesiones del sur de Italia habían sido ya cedidas a su segundo hijo Roger. A falta de un principado que ofrecerle, se embarcaron ambos en una guerra con el objetivo de conseguir tierras. Estas motivaciones son fundamentales a la hora de entender, no ya la futura actuación de Bohemundo, cuanto, posteriormente, la del resto de los cruzados [cfr. también GANSHOF, F.L.- "Robert le Frison et Alexis Comnène", *Byzantion*, 31 (1961), pp.57-74].

Estas líneas de interpretación coinciden con las del historiador de orientación marxista M. Zaborov [cfr. *Historia de las Cruzadas*, Madrid, 1985, pp.32-33] y con S. Runciman [cfr. *Historia...*, I. pp.89-90, que añade también determinados motivos religiosos, basados en sentimientos de culpabilidad de los caballeros por sus mutuos conflictos], quienes responsabilizan a los caballeros segundones del fenómeno de las cruzadas.

Por otro lado, la sociedad normanda, según McQueen, llevaba en sí el germen de su propia inestabilidad. Los lazos que unían a los caballeros con su señor no eran del todo firmes y ello provocaba numerosas deserciones al bando bizantino, que veían cómo un punto de destino beneficioso y enriquecedor. Esta visión del mundo bizantino era fomentada

por los propios emperadores, que recompensaban muy generosa y liberalmente a quienes se pasaban a su lado. Del mismo modo, dentro de los propios dominios normandos abundaban las facciones y personajes como Roberto y su hijo Roger debieron enfrentarse en su propio campo a continuas revueltas [cfr. "Relations...", p.467 y ss.].

La situación del imperio, cuya administración asumía Alejo, no soportaría un enfrentamiento en solitario con los normandos. Alejo intentó la alianza con el papa y el emperador alemán Enrique IV. Pero sólo Venecia, a la que también acudiera, se prestó para ofrecer ayuda al imperio. Las razones, características e interpretaciones las veremos más adelante. Asimismo, confiscó los bienes de la iglesia, que lo había apoyado en su lucha por el trono, para suministrar los fondos precisos. La escuadra veneciana rompió por mar el cerco del ejército normando. Esta victoria no pudo evitar, sin embargo, que Dirraquio fuera tomada en 1081 y que Roberto Guiscardo avanzara imperablemente hasta Tesalia [cfr. OSTROGORSKY, G.- *Historia...* p.352]. Pero unas revueltas promovidas por los bizantinos en el sur de Italia alejaron a Roberto de los territorios griegos [cfr. McQUEEN, W.B.- "Relations...", pp.443-444]. Los bizantinos supieron aprovechar los rasgos de debilidad que ofrecía la constitución social de los normandos. Igualmente, Roberto fue requerido por el papa para que lo apoyara en su lucha contra Enrique IV. Sea como fuere, en 1082 Roberto abandonó la campaña, la cedió a su hijo Bohemundo y retornó a Italia. Los bizantinos aprovecharon esta coyuntura y fueron recuperando terreno, hasta que los venecianos lograron conquistar Dirraquio. Roberto murió en 1085, tras iniciar una nueva campaña en los territorios imperiales. Los normandos se retiraron y dejaron, por el momento, de ser un peligro.

3.2.2.2. La Cruzada.

Occidente volvió a irrumpir violentamente en la vida de Bizancio con la primera Cruzada. Según H. Ahrweiler, el choque y el contraste entre oriente y occidente en el siglo XI ayudaría a configurar el patriotismo bizantino [cfr.

L'idéologie..., p.75]. Se ha repetido hasta la saciedad que el concepto de Cruzada no cabía en la mentalidad griega oriental. Y esto por varias razones. En primer lugar, como señala G. Ostrogorsky [cfr. *Historia...*, p.355], la lucha contra los infieles era vista por los bizantinos como algo natural y la recuperación de los Santos Lugares era una cuestión que les afectaba exclusivamente a ellos, pues de su poder fueron arrebatados en los albores del apogeo musulmán. Por otro lado, como señala nuevamente H. Ahrweiler, los bizantinos estaban ligados a la tradición patrística, que veía la iglesia como un instrumento puramente espiritual y les extrañaba que fuera precisamente el papa quien alentara la guerra. Ésta era un asunto exclusivo del poder laico: "Así, la Cruzada (...), organizada por el papa, era ante todo para los bizantinos el símbolo de la usurpación de un poder imperial por la autoridad espiritual." [cfr. *L'idéologie...*, pp.77-78]. También para esta investigadora, el origen de los sentimientos antilatinos en Bizancio tienen su origen, no en el clima de 1054, que no fue sentido en su momento como un hecho de la importancia que posteriormente se la dio, sino, más bien, en las sucesivas agresiones normandas, expresión de un proyecto más amplio y oculto del papado, cuyo objetivo era reducir al mundo ortodoxo [cfr. p.82]. Para S. Runciman [cfr. *Historia...*, I, pp.81-83 y 85] existía una radical oposición entre las mentalidades oriental y occidental respecto al hecho bélico. En oriente la guerra no estuvo nunca justificada y, a pesar de la lógica glorificación de lo militar, el conflicto armado era sentido como la más patente muestra de un fracaso en el objetivo de resolver los problemas planteados con otros pueblos o facciones. En occidente, sin embargo, el propio papado supo encauzar para su provecho el ímpetu de unas concepciones ideológicas que consideraban al soldado un héroe; es más, la muerte del combatiente en defensa de intereses relacionados con la religión lo elevaba a la suprema categoría de mártir. Finalmente, el propio carácter caballeresco que surgía en Europa durante aquellos tiempos servía de excelente caldo de cultivo para actuaciones como las que secundaron los cruzados.

Nuestra autora, Ana Comnano, hace hincapié en esta divergencia de opiniones dentro de un pasaje de su obra

[cfr. X, VIII, 7-9], al mostrar su asombro con un relato sobre la conducta de una sacerdote latino.

En el concilio de Clermont (noviembre de 1095), el papa Urbano II predicó la Cruzada. No entra en los fines de este trabajo estudiar las causas profundas de este fenómeno; sin embargo, analizaremos algunos de los puntos que más tinta han hecho correr en este asunto.

Aparentemente, el papa respondía con la predicación de la guerra santa a las peticiones de ayuda con las que el imperio de oriente había requerido a las potencias occidentales. En efecto, la petición de apoyo se había realizado desde mucho tiempo atrás. Pero su función consistía en el reclutamiento de mercenarios con vistas a ir reconquistando territorios perdidos en manos de los infieles. Entre estos proyectos, como uno más, se incluía la reimplantación del poder de la cruz en Tierra Santa; pero siempre bajo la titularidad de sus legítimos señores, los bizantinos. Estos objetivos habían llevado a unas líneas de actuación política en las que primaba una reconciliación con la iglesia latina. S. Runciman saca a colación también un tratado del arzobispo de Bulgaria, Teofilacto de Ocrida, que pide a sus lectores no den tanta importancia al formalismo y a la igualdad de manifestaciones religiosas, al tiempo que quitaba relevancia a aspectos tradicionalmente conflictivos como la inclusión de la palabra *Filioque* en el Credo, adjudicando esta tergiversación de la fe ortodoxa a la pobreza del latín [cfr. *Historia...*, I, pp.101- 103].

Para P. Charanis, en el artículo arriba citado, Alejo I y Urbano II mantenían buenas relaciones con la finalidad de unir las iglesias y colaborar también en la recuperación de los Santos Lugares. Existen textos de la época que atestiguan peticiones de apoyo por parte de Alejo I al papado o a Roberto, conde de Flandes, si bien en este último caso, procedentes de una carta falsa, pero posiblemente basada en un original [cfr. también ZABOROV, M.- *Historia...*, p.54, nota 38]. Existe, además, otro texto, ésta en griego, la Σύνοψις Χρονική, del siglo XIII, atribuido a Teodoro Escutariotes, donde, siempre según Charanis, el emperador, parecido de

la imposibilidad de reconquistar en solitario Asia Menor y sabedor de que occidente no soportaba el dominio de los infieles sobre Tierra Santa, convenció a los caudillos occidentales para que despacharan a los turcos de Anatolia, como motivo real, y para liberar Tierra Santa, como pretexto. Según Charanis, tanto Urbano II, como Alejo I fueron responsables de la primera Cruzada. El primero quizás para recuperar un poder mermado y cuestionado por el conflicto de las investiduras, el segundo por los motivos ya expuestos.

Autores como G. Ostrogorsky [cfr. *Historia...*, p.356] arguyen que el imperio en el momento de la llegada de los cruzados estaba en un buen momento y podía emprender la empresa en oriente. Ostrogorsky, a su vez, rechaza las tesis de Charanis [cfr. p.356, nota 37]. S. Runciman suma a los condicionantes que anulan un interés puramente religioso, la tranquilidad que reinaba en Tierra Santa a fines del siglo XI y facilitaba las peregrinaciones [cfr. *Historia...*, I, p.37].

De todos modos, los cruzados aprovecharon las tradicionales peticiones de ayuda y penetraron en el imperio con sus miras puestas en la recuperación de los Santos Lugares, pero dispuestos también a pasar por encima del propio estado bizantino; los bizantinos, a su vez, nunca vieron con buenos ojos esta auténtica invasión procedente del mundo que ellos denominaban latino [cfr. RUNCIMAN, S.- *Historia...*, I, pp.113- 114].

El primero en llegar a territorio bizantino y solicitar el paso hacia Asia Menor fue Pedro el Ermitaño. A mediados de 1096 y tras un viaje lleno de saqueos y pillajes, la masa de harapientos y mal armados hombres arribó a Constantinopla y pasó a zona selyúcida. Su fin fue el casi total exterminio a manos de los turcos, cerca de Nicea [cfr. ZABOROV, M.- *Historia...*, p.69]. Sólo unos pocos se salvaron, entre quienes se encontraba el propio Pedro.

A fines de 1096, comenzaron a llegar los caballeros: Godofredo de Bouillon, Raimundo de Tolosa, Hugo de Vermandois, Roberto de Normandía, Roberto de Flandes y Bohemundo, hijo de Roberto Guiscardo. Alejo I logró el juramento de vasallaje de todos ellos, salvo de Raimundo de Tolosa y de Tancredo, sobrino de Bohemundo, quien había eludido Constantinopla y llegado a Asia Menor sin tener que someterse al emperador [cfr. BUCKLER, G.- *Anna...*,p.462-463 y GANSHOF, F.-L.- "Robert...", p.66 y ss. detallan en qué consistían esos juramentos. Cfr. también HUSSEY, J.M.- *Cambridge...*, p.215].

Alejo les aseguró su apoyo y suministros. Los cruzados se comprometieron a ceder al emperador las ciudades conquistadas que hubieran pertenecido alguna vez al imperio.

En junio de 1097, los cruzados tomaron Nicea. Fue cedida al emperador y éste aprovechó el éxito para recuperar las zonas occidentales de Asia Menor. Pero la toma de Antioquía en junio de 1098 originó una disputa entre Raimundo de Tolosa y Bohemundo sobre la posesión de la ciudad. Tras la victoria de Bohemundo, éste rompió los lazos con el emperador y se proclamó príncipe de la ciudad. Sólo Raimundo de Tolosa era partidario de la entrega a Alejo: fue el único cruzado que, aunque no prestara juramento, iba cediendo a los delegados del emperador las ciudades que conquistaba, mientras los caballeros que sí estaban ligados por vasallaje al monarca se establecían como soberanos independientes en los territorios que ganaban [cfr. OSTROGORSKY, G.- *Historia...*, p.358; MAIER, F.G.- *Bizancio*, p.237]. Una vez tomada Antioquía, fueron surgiendo estados como el Reino de Jerusalén, el condado de Edesa y el de Trípoli [cfr. HUSSEY, J.M.- *Cambridge...*, p.215].

Bohemundo, ahora abiertamente en contra de Bizancio, sufrió diversos reveses, tanto por parte de turcos (su cautiverio como prisionero en 1101, del que fue rescatado, la batalla de Harrán en 1104), como de bizantinos (las reconquistas de Tarso, Laodicea y la franja costera hasta Trípoli). Tras estos acontecimientos, Bohemundo regresó a Italia con intenciones de arrastrar a todo el occidente contra Bizancio y en una intensa labor de propaganda antibizantina envolvió hasta el mismo patriarca de Jerusalén, Daimberto. McQueen alude a los movimientos de ambos personajes en

la corte papal. Su objetivo consistía en mantener los estados ya existentes, puesto que con ello se conseguiría también el sostenimiento de la égida del patriarca latino que había legitimado el poder de Bohemundo sobre Antioquía. Una caída bajo la órbita bizantina habría supuesto la pérdida de los territorios que la concepción ideológica normanda hacía imprescindible para un caudillaje como el de Bohemundo. De ahí su interés en acabar con Bizancio.

En 1107 desembarcó en Aulón y puso sitio a Dirraquio. Pero el emperador logró derrotarlo y en 1108 se firmó un tratado en el que se especificaba la sumisión de Bohemundo y su vasallaje. Alejo I, según M. de la Force [cfr. "Les conseillsurs latins du baalleus Alexis Comnène", *Byzantion*, 11 (1936), pp.163-164], eligió como testigos de este tratado a personajes relevantes entre los caballeros occidentales a su servicio. Su deseo era humillar a Bohemundo y presentarle a vasallos y parientes suyos bien situados y partidarios del emperador. No obstante, al morir Bohemundo en 1111, su sobrino Tancredo no devolvió (como estipulaba el pacto) Antioquía a Alejo. Y éste dejó de lado la cuestión, después de algunos intentos fallidos de recuperar la ciudad.

Con este acontecimiento acaban los contactos entre Alejo I y los cruzados. No obstante, la política bizantina se orientó en esta zona durante los tiempos posteriores hacia la recuperación de los principados cristianos fundados por los cruzados [cfr. MAIER, F.G.- *Bizancio*, p.237].

3.2.2.3. Venecia y Pisa.

Nos queda por examinar en este superficial repaso sobre la política exterior de Alejo I las relaciones con las ciudades italianas de Venecia y Pisa.

Tradicionalmente, se ha venido interpretando la petición de ayuda a Venecia en la lucha contra la primera incursión normanda a la costa del Ilírico, como una muestra de la total impotencia del Imperio para encargarse de su propia defensa. Asimismo, las grandes concesiones que los tratados

hacían para con la República eran señal de la inminente necesidad de socorro por parte de una flota potente como lo era la veneciana.

Para los italianos, era evidente el temor de Venecia a ver su salida del Adriático atenazada por un poder normando asentado en ambas orillas del estrecho. Impedir la ocupación de la costa ilírica se volvía un objetivo irrenunciable en la expansión comercial veneciana. Por ello no planteó dudas la intervención a favor de Alejo, cuando éste acudió a su lado en petición de apoyo [cfr. OSTROGORSKY,G.- *Historia...*, pp.352- 353; MAIER, F.G.- *Bizancio...*, pp.233-235; HUSSEY, J.M.- *Cambridge...*, p.213; DALVEN, R.- *Anna...*, pp.109-110].

Alejo le concedió una serie de privilegios: unos personales, dirigidos al patriarca y al dux; otros institucionales, a la iglesia de San Marcos y al propio comercio veneciano. Destaca la cesión de un barrio en Constantinopla, la licencia de comerciar en los territorios bajo dominio bizantino, incluida la exención de todo tipo de impuestos.

Venecia intervino en 1081 en el sitio de Dirraquio y venció a los normandos con su flota. Estas actuaciones no impidieron que Roberto Guiscardo en tierra tomara la ciudad y avanzara imparable hacia el interior. Sólo los problemas internos entre los normandos y con los reductos probizantinos cesaron, como hemos visto, la partida del caudillo normando hacia sus posesiones del sur de Italia. Bohemundo no pudo evitar que las tropas bizantinas ganaran terreno y que Venecia reconquistara Dirraquio para el emperador.

Contra la interpretación que descarga en las razones políticas todo el peso de la explicación del hecho mismo del crisóbulo, en el que Alejo otorgaba a los venecianos tan grandes privilegios, se levanta un investigador como A.R. Gadolin [cfr. "Alexis I Comnenus and the Venetian Trade Privileges. A new Interpretation", *Byzantion*, 50 (1980), pp.439-446]. Para este autor, además de la desastrosa situación política del imperio, la actuación de Alejo venía dada por el deseo de recuperar los mercados que el caótico estado de Asia Menor había desviado de sus rutas hacia otras zonas

que desbordaban los límites del imperio. Tanto Alejo como sus consejeros presionaron en este sentido: Venecia debería revitalizar estos territorios y con él el movimiento económico dentro del imperio. Señala con A.R. Lewis [cfr. *Naval Power and Trade in the Mediterranean A.D. 500 To 1100*, Princeton, 1951, p.245] que la idea de la libertad de comercio ya había sido abandonada por el gobierno bizantino antes de la llegada de Alejo Comneno al trono. De este modo, las cesiones a los venecianos no serían tan insólitas a ojos de sus contemporáneos. Igualmente, A. Bravo y M.J. Alvarez [cfr. "La civilización...", p.117] exponen compendiadamente las opiniones de A. Kazhdan y G. Constable [cfr. *People and Power in Byzantium. An Introduction to Modern Byzantine Studies*, Washington, 1982, pp.48-49] respecto a estos beneficios recibidos por Venecia. Alejo I no hacía más que continuar el método tradicional de concesión de privilegios comerciales a aliados. El posterior desarrollo económico de la República del Adriático y las consecuencias que provocó eran imponderables que en absoluto pueden culpar a Alejo I de las decisiones que tomara.

Incluso la propia aristocracia terrateniente presionaba también para estrechar las relaciones con Venecia, ya que de ella se importaban artículos de lujo que agradaban a esa clase y ésta, a su vez, exportaba a la ciudad adriática sus productos agrícolas [cfr. FRANCES, E.- "Alexis I Comnène et les privilèges octroyés à Vénise", *Byzantinoslavica*, (1968), pp.17- 23; GADOLIN, A.R.-"Alexis I Comnenus"..., pp. 440-441].

Para Gadolin, el hecho de que en 1111 se cerrara con Pisa un tratado (no tan ventajoso como el concertado con Venecia) parece dar a entender que los resultados de las relaciones con Venecia fueron positivos [cfr. "Alexis I Comnenus"..., p.444]. De todos modos, la aparición de los cruzados y su intervención directa en el mundo musulmán supuso el final del monopolio bizantino en el comercio con oriente. No hemos de olvidar que la concesión de privilegios a Pisa por parte de Alejo I fue una respuesta a las mismas medidas adoptadas por los cruzados con Génova.

Aun cuando la versión de estos autores no contradice la interpretación tradicional, lo cierto es que, como señala H. Ahrweiler [cfr. *L'idéologie...*, p.84], la actitud de los venecianos instalados en el imperio "será para Bizancio el signo de una nueva forma de agresión occidental, la agresión económica, que añadió como enemigos del imperio a las temibles ciudades marítimas de Italia; ya que el ejemplo de Venecia fue rápidamente imitado por Pisa y, sobre todo, por Génova (...). Se comprende por qué consideramos que la fecha de promulgación del crisóbulo de Alejo I en favor de los venecianos marca el inicio de la capitulación de Bizancio e inaugura, igualmente, la agresión económica de occidente contra el imperio..."

3.3. Política interior.

3.3.1. La iglesia.

Uno de los aspectos de gobierno a los que Alejo dedicó más abierta atención fueron los asuntos eclasiásticos, si bien se denota de su actitud respecto a estas instituciones y la ortodoxia una postura tornadiza, que transparentaba la talla de gran político del emperador.

De un lado, Alejo tiene en su programa la restauración de un imperio decaído. La religión es, sin duda, uno de los movimientos humanos que más cohesiona a la multitud. Como muy señala H. Ahrweiler [cfr. *L'idéologie...*, p. 63] la fe ortodoxa se convierte en esta época en un sello que junto con el helenismo dotará de identidad común a las masas dependientes administrativamente de Bizancio. Su concepción del cristianismo las separarán ostensiblemente del occidente cristiano latino y del islam.

Independientemente, por tanto, de la devoción que, como cualquier bizantino, sintiera Alejo por sus creencias, consideramos que su actitud en el interior del imperio estuvo destinada a fomentar un importante elemento de unidad como es la religión.

Los estudiosos destacan que Alejo tuvo un interés especial en los asuntos eclesiásticos y que existió una evidente colaboración entre ambos poderes [cfr. OSTROGORSKY, G.- *Historia...*, p. 367; MAIER, F.G.- *Bizancio*, p. 240; DALVEN, R.- *Anna...*, p. 143].

La tradición jugaba un papel preponderante en la política religiosa de Alejo [cfr. HUSSEY, J.M.- *Cambridge...*, p. 217]. En esta línea y, siguiendo el norte de la unidad, el emperador se entregó a fondo contra las distintas herejías que proliferaban en los territorios del imperio. Se enfrentó y sometió a los paulicianos, maniqueos, bogomilos y a personajes como Nilo [cfr. X, I, 1-6], que mantenía concepciones erróneas respecto a la unión hipostática. Contra los primeros, según cuenta Ana Comneno, su padre empleó las armas y la palabra; en efecto, los venció y los evangelizó [cfr. LEIB, B.- "Introduction"..., p. CXLIX; VI, XIV, 2; XIV, IX, 3-5; XIV, VIII, 4]. A los bogomilos, tras una astuto proceso de investigación y búsqueda de sus cabecillas, que habían conseguido extender sus doctrinas por sectores cada vez más amplios de la sociedad, Alejo los llevó a la hoguera [cfr. OSTROGORSKY, G.- *Historia...*, p. 367; LEIB, B.- "Introduction"..., p. CXLIX; HUSSEY, J.M.- *Cambridge...*, p. 217; DALVEN, R.- *Anna...*, p. 143; XV, VIII, 1 y ss.].

También marchó contra aquellos movimientos intelectuales que, no tanto daban una nueva versión de la religión tradicional, cuanto se apartaban de ella y pretendían interpretar el mundo desde creencias basadas en la filosofía pagana. Fue éste el caso de Juan Italo, recogido en la *Alexiada* [cfr. V, IX, 1 y ss.]. En la doble tradición griega y cristiana que conformaban la cultura bizantina, con frecuencia, el magnetismo de la primera arrastraba a su campo a intelectuales que, posteriormente, debían retractarse y volver al redil. Ana Comneno muestra escasa simpatía por Italo y tanto su retrato como la narración del proceso denotan el desprecio que sentía hacia este intelectual.

Juan Italo fue discípulo de Miguel Pselo y llegó a ocupar una estimable posición entre la intelectualidad bizantina; sin embargo, se dejó arrastrar hacia posturas poco ortodoxas donde las influencias, fundamentalmente platónicas y neoplatónicas, además de aristotélicas, tomaron carta de naturaleza. Sus concepciones sobre la metempsicosis y las ideas lo llevaron a presencia del sínodo, que lo anatematizó [cfr. OECONOMIDES, L.- *La vie religieuse dans l'Empire byzantin aux temps des Comnènes et des Anges*, Paris, 1918, pp. 18-37; TATAKIS, B.- Filosofía bizantina, Buenos Aires, 1952, pp. 201-207; TATAKHS, B.N.- "Ἡ ἑλληνικὴ πατερικὴ καὶ βυζαντινὴ φιλοσοφία", Δευκαλίων, 14 (1975), pp. 196-200; LEIB, S.- "Introduction"..., p. CXLVIII]. El proceso contra Juan Italo también pudo haber sido augerido por la simpatía de que gozaba este filósofo entre la familia de los Ducas [cfr. HUSSEY, J.M.- *Cambridge...*, p. 217; OSTROGORSKY, G.- *Historia...*, p. 367].

Sin embargo, no todo fue fácil en las relaciones de Alejo con la iglesia, si bien su maestría política supo capear los temporales diestramente. Dos cuestiones no concuerdan con el tono general de estas distendidas relaciones del emperador con la iglesia. De un lado, el famoso asunto de la confiscación de bienes eclesiásticos para financiar la guerra contra los normandos y pechenegos. Este recurso es ilustrativo del estado general de las finanzas en el imperio a la llegada del emperador Comneno.

Este asunto fue objeto de controversia en su época y Alejo hubo de pasar por un juicio [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, p. 144]. Sin embargo, parece ser que la actuación de Alejo no contó con tanta oposición como cabría esperar. La diplomacia pudo superar lo que habría supuesto un conflicto con la jerarquía eclesiástica y todo quedó en un débil argumento para sus detractores.

Alejo anunció oficialmente en 1082 que no volvería a requisar los bienes de la iglesia [cfr. GRUMEL, V.- "Le chrysobulle d'Alexis I Comnène sur les objets sacrés", *Revue des Études Byzantins*, 2 (1944), pp. 126-133], aunque posteriormente acudiría de nuevo a este recurso para procurarse fondos [cfr. OSTROGORSKY, G.- *Historia...*, p. 367; V, I-II]. El sesgo que fue tomando este conflicto le costó a León, obispo de Calcedonia, su más acérrimo adversario, el puesto

y el exilio a Sozópolis del Ponto [cfr. DALVEN, R.- *Anna...*, p. 144].

De otro lado, ya hemos visto anteriormente, cómo los deseos de Alejo por ganarse el apoyo de occidente lo obligaron a adoptar una postura, en principio, no muy beligerante contra él. La inclinación hacia Roma también provocó algunas reticencias en Bizancio. Además de las opiniones de Teofilacto de Bulgaria, tenemos como prueba la aparición del nombre del papa en los dípticos y el permiso a los occidentales para construir monasterios dentro del Imperio. En el año 1112 Pietro Grossolano, arzobispo de Milán, llegó a Constantinopla para tratar el asunto de la unidad y Alejo dejó ver que se sentía inclinado por los argumentos del emisario [cfr. MAIER, F.G.- *Bizancio...*, p.240-241].

Tanto Alejo como su familia fomentaron el monacato y crearon conventos contemplativos y de asistencia social. El emperador en persona trató problemas de disciplina en las comunidades del monte Atos y alentó las actividades de monjes como Cristódulo, quien reformó la vida monástica de la isla de Patmos [cfr. HUSSEY, J.M.- *Cambridge...*, p. 218; OSTROGORSKY, G.- *Historia...*, p. 368], llegando a constituir gracias a los grandes derechos de inmunidad una especie de estado paralelo de la península del monte Atos.

En resumen, la política eclesiástica de Alejo estuvo marcada, a pesar de sus aparentes contradicciones, por el objetivo primordial de su política, la restauración del Imperio [cfr. AHRWEILER, H.- *L'idéologie...*, p. 71]. Alejo fomenta la unidad religiosa, pero, al tiempo, con sabia diplomacia maneja los bienes materiales de la Iglesia y tiene escarceos con Roma. Interiormente, la política de refuerzo de la ortodoxia le reporta los beneficios que da la cohesión; exteriormente, la política de acercamiento a Roma ofrece el apoyo de sus fuerzas.

3.3.2. La sociedad.

En época de Alejo I tiene lugar el desarrollo del fenómeno social de la πρόνοια. Este recurso de pago a personas por parte del estado tenía una existencia prolongada de tiempo atrás. Sin embargo, bajo el emperador Comneno y ya hasta el fin del Imperio la πρόνοια adquiere un marcado carácter militar que la convierte en pieza clave de un proceso de feudalización sin influencias occidentales y autóctono de Bizancio [cfr. HUSSEY, J.M.- *Cambridge...*, p. 219].

Mediante la πρόνοια el emperador hacía entrega de tierras propiedad del estado (no de su fortuna personal [cfr. BRAVO, A., ALVAREZ, M.J.- "La civilización"..., p. 98]) a aquellos hombres que merecieran, en su opinión, una recompensa. El pronoiario, o beneficiario de la πρόνοια, también llamado στρατιώτης, quedaba a cargo de los bienes de las fincas concedidas, con inclusión de los campesinos (πάροικοι) que la trabajaban. Las tierras, sin embargo, no le eran cedidas en propiedad. El pronoiario usufructuaba las posesiones del estado y percibía directamente las cargas tributarias de las mismas, así como sus beneficios; pero el emperador podía enajenarlas cuando lo considerara oportuno. Del mismo modo, no eran transmisibles a herederos del señor.

El pronoiario, igualmente, estaba obligado a contribuir con hombres, según las dimensiones de sus tierras, al ejército imperial [cfr. OSTROGORSKY, G.- *Historia...*, p. 384-386; BRAVO, A., ALVAREZ, M.J.- "La civilización"..., p. 95; HUSSEY, J.M.- *Cambridge...*, p. 219].

La institución de la πρόνοια con una orientación plenamente militar se dirigía hacia dos propósitos fundamentales. De un lado, completar las filas de un ejército propiamente bizantino que, a causa de la evolución histórica de los tiempos precedentes a los Comneno, había ido cediendo su plaza de manera alarmante a las tropas mercenarias. Se trataba de hacer convivir ambos sistemas de reclutamiento y dotar de este modo al Imperio de un instrumento esencial

para la restauración y mantenimiento del antiguo esplendor [cfr. OSTROGORSKY, G.- *Historia...*, p. 364].

De otro lado, la πρόνοια era el sistema de creación de una nueva jerarquía aristocrática [cfr. BRAVO, A., ALVAREZ, M.J.- "La civilización"..., p. 96] y la dotación a la misma de un poder económico. Se recompensaba y se fortalecía a la par ese sector social de propietarios de tierras y latifundistas, que auparon al trono a los Comneno.

Con todas estas medidas se cerraba lentamente el círculo de poder en torno a las familias aristocráticas de marcado carácter militar y feudal frente a la antigua nobleza burocrática y civil que fue progresivamente relegada [cfr. BRAVO, A., ALVAREZ, M.J.- "La civilización"..., p. 103-104].

La πρόνοια y el proceso de feudalización bizantina no acabó, sin embargo, del todo con las pequeñas propiedades libres, aunque este tipo de organización rural quedó a punto de extinción. Alejo I tomó medidas, que venían de un proceso previo, para ir sujetando al campesino a la tierra y al señor que le tocara en suerte [cfr. BRAVO, A., ALVAREZ, M.J.- "La civilización"..., p. 93-94].

La institución del χαριστίκιον, también al arbitrio del emperador, se incluye asimismo en este deslizamiento feudalizante del imperio. Por ella, un laico se hacía cargo de la administración de bienes eclesiásticos pertenecientes a monasterios. Del total de recursos obtenidos se cedía al monasterio lo necesario para su sustento y lo demás pasaba a manos del caristicario. Este instrumento económico recibió críticas de un sector de la iglesia por los abusos a que daba lugar, si bien, otros sectores lo admitían, tal vez porque de ese modo se "ofrecía una válvula de escape para la economía monástica que se encontraba restringida por el principio de inalienabilidad del patrimonio eclesiástico" [cfr. OSTROGORSKY, G.- *Historia...*, p. 366; HUSSEY, J.M.- *Cambridge...*, p. 219; BRAVO A., ALVAREZ. M.J.- "La civilización"..., p. 99].

La burocracia civil fue objeto, dentro de estas líneas de gobierno, de una reforma administrativa por parte de Alejo. Se transformó la jerarquía cortesana con la aparición de unos títulos, generalmente adjudicados a miembros de la familia imperial, y se aplicaron a antiguas personas vinculadas con las clases aristocráticas simpatizantes de los Comneno. El λογοθέτης τῶν σεκρέτων se hizo cargo de las tareas burocráticas en general y concentró en sí lo que anteriormente había estado en manos de varios funcionarios. Del mismo modo, fue reformada la administración de las provincias. El στρατηγός desaparece y el sistema de θέματα deja lugar a una nueva distribución, al verse aumentado su número a costa de la reducción de sus terrenos, y a la aparición de grandes circunscripciones militares que se desarrollarán hasta el siglo XII [cfr. BRAVO, A., ALVAREZ, M.J.- "La civilización"..., p. 104-105; OSTROGORSKY, G.- *Historia...*, p. 361-362].

Finalmente, haremos mención a la devaluación de la moneda, que C. Cheynet [cfr. "Dévaluation des dignités et dévaluation monétaire dans la seconde moitié du XIe siècle", *Byzantion*, 53 (1983), pp. 453-477] pone en relación con la aparición de nuevas dignidades y las rentas o ῥόγαι que les corresponden a cada escalafón de la jerarquía cortesana.

Alejo siguió devaluando la moneda, en un proceso que venía ya de mediados del siglo XI. Esta devaluación ha sido interpretada a veces como símbolo de prosperidad económica, basándose en el hecho de que el recurso a esta medida tenía su origen en la necesidad de más moneda para una actividad económica floreciente [cfr. BRAVO, A., ALVAREZ, M.J.- "La civilización"..., p. 81]. De todos modos, las devaluaciones provocaron confusión entre los bizantinos y dieron lugar a irregularidades en el cambio de moneda antigua por la nueva, de las que el fisco solía sacar provecho [cfr. CHEYNET, C.- "Dévaluation"..., p. 467-477; OSTROGORSKY, G.- *Historia...*, p. 363].

4. El texto.

4.1. Manuscritos.

Los manuscritos que nos han transmitido el texto de la *Alexiada* pueden dividirse según el lugar de su hallazgo en tres grandes grupos:

a) Florencia: *Florentinus*, 70 (F).

b) París: *Coislinianus*, 311 (C); *Parisinus graecus*, 400 (P).

c) Vaticano: *Vaticanus graecus*, 1438 (V1); *Barberinianus*, 235 y 236 (B); *Ottobonianus graecus*, 131 y 137 (O); *Vaticanus graecus*, 981 (V).

Además de estos manuscritos también poseemos uno cuya filiación reside en Munich [*Monacensis graecus*, 235 (A)] y otro de Leiden (*Apographum Gronovii*).

De los manuscritos citados, tres son epítomes de la obra completa:

-*Vaticanus gr.*, 981.

-*Monacensis gr.*, 355.

-*Parisinus gr.*, 400.

4.1.1. Textos completos.

a) *Florentinus (Medic.-Laurent.)*, 70, cod. 2, (F). Consta de 210 folios, en los que se conserva toda la obra hasta el libro XIV y éste último ya incompleto. El texto se inicia al final de la introducción. Procede del siglo XII. Sirvió de texto

fundamental para la edición de A. Relfferscheid en la Teubner en 1884 y para la edición del tomo II en el *Corpus* de Bonn, de 1878, ésta hecha para completar el tomo I, elaborado por J. Schopen.

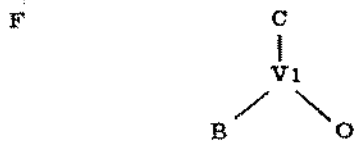
b) *Coislinianus* 311 (C), del siglo XII, consta de 247 folios. Contiene el texto desde el libro II al XV. Tanto el principio como el final están deteriorados. Sufre bastantes lagunas y más faltas ortográficas que el *Florentinus*. J. Schopen lo tomó de base para la edición del tomo I del *Corpus* de Bonn, en 1839.

c) *Vaticanus graecus*, 1438 (V1), procede del siglo XVI, en un solo volumen. Consta de 392 folios. Su comienzo sufre mutilaciones, pero el final está íntegro. Presenta con el *Coislinianus* bastantes coincidencias, como la semejanza en el comienzo y en el final, las lagunas e incorrecciones.

d) *Barberinianus*, 235 y 236 (B). El primero consta de 169 folios y el segundo de 257. El 235 contiene del libro I al VIII y el 236, del IX al XV. El inicio del manuscrito ya señala que es copia del V1, presenta un comienzo y un final idénticos a ése. Comete errores que no existen ni en C ni en V1. Fue empleado por Poussines para su edición de 1649. Las lagunas las completó con la ayuda del F y de la edición de Hoeschel -1610-.

e) *Ottobonianus graecus*, 131 y 137 (O). Se remonta al siglo XVII. El 137 consta de 190 folios y contiene los libros I al V; el 131, consta de 597 y contiene los libros VI al XV. Coincide con el V1 en el comienzo, en el final y en las incorrecciones.

Vistos estos datos, las relaciones entre toda esta serie de manuscritos podrían configurarse del siguiente modo:



El *Apographum Gronouii*, Bibl. Univ. Gronov., 61 (XXIII, Gronov. 26) pertenece al siglo XVII y consta de 245 folios. Se debe a la figura de J.F. Gronow, quien copió en Italia la *Alexiada*. Sigue los pasos del manuscrito C; pero añade del F al comienzo las últimas líneas del proemio y el libro I e incluye en adelante anotaciones con las variantes del F. Asimismo, contiene una paráfrasis en griego vulgar.

4.1.2. Epítomes.

El interés que nos ofrecen las epítomes reside en que son el único legado del Proemio de la *Alexiada*. Por lo demás, estos resúmenes no siguen criterios rigurosos en su selección y con sus arbitrarios recortes, llegan a originar problemas para la comprensión de la obra y el seguimiento de su línea narrativa.

a) *Vaticanus graecus*, 981 (V). Los fragmentos correspondientes a nuestra obra van del folio 197 r° al 249. Procede de los siglos XIII-XIV. El resumen consta de nueve libros. Posee lagunas, omisiones y está deteriorado.

b) *Monacensis graecus*, 355 (A), procede del siglo XV; consta de 148 folios y se distribuye a lo largo de ocho libros. Presenta concordancias con el V: hay partes ilegibles en el A que corresponden a omisiones del V y los errores del A suelen coincidir con términos de lectura dificultosa en el V; por último, hay lagunas en A que corresponden con partes deterioradas del V.

c) *Parisinus graecus*, 400 (P) procede del siglo XIV. Contiene fragmentos de otros autores, profanos, sagrados y anónimos. Transmite el inicio del proemio.

4.2. Ediciones y traducciones.

4.2.1. Ediciones.

-**HOESCHEL**, D.- *Alexiados libri VIII ab Anna Comnena de rebus a patre gestis scripti*, Augustae Vindelicorum, 1610. Se

trata de una edición de la epítome conservada en el manuscrito *Vaticanus graecus* 981 y *Monacensis graecus*, 355. El valor real de la epítome radica, como dijimos, en la transmisión total del Proemio.

-POUSSINES, P.- *Annae Comnenae Alexiadis libri XV*, Lutetiae, 1649. Edición publicada en el *Corpus* de París junto a una paráfrasis latina. Posteriormente, vería dos reimpresiones, en 1729, en el *Corpus* de Venecia y en 1864, dentro de la *Patrología Griega* de Migne, en el tomo 131, col. 59-1244 con notas de Ducange.

-SCHOPEN, J. y REIFFERSCHEID, A.- *Annae Comnenae libri XV*, tomo I (libros I-IX) por J. Schopen, 1839 y tomo II (libros X- XV) por A. Reifferscheid, 1879. Ambos publicados en Bonn. Viene acompañada por un traducción latina, con notas de Ducange e índices.

-REIFFERSCHEID, A.- *Annae Comnenae Alexias (libri XV)*, tomos I-II, Leipzig, Bibliotheca Teubneriana, 1884.

-LEIB, B.- *Anne Comnène. Alexiade*, París, Collection Byzantine, Société d'Édition "Les Belles Lettres". Tomo I con introducción, proemio y libros I-IV, 1937; tomo II, libros V-X, 1943; tomo III, libros XI-XV, 1945. Existe un cuarto tomo, editado por P.Gautier con un extenso índice de nombres, en 1976. De esta obra completa hay una reedición de 1967. Lleva traducción francesa.

-ΠΑΠΑΔΟΠΟΥΛΟΥ, Ι. y ΚΩΝΣΤΑΝΤΟΠΟΥΛΟΥ, Ν.Κ. – Ἄννης Κομνηνῆς Ἀλεξιάς, Ἀθῆναι, 1938. La introducción está a cargo de I. Papadópulo y la traducción y anotaciones, de N.K. Constandópulo.

-MILLER, E.- *Les fragments concernants à la Croisade. Recueil des Historiens de Croisades. Historiens Grecs*, tomos I-II, París, 1875. En su parte segunda 3-204 figura la Alexiada en fragmentos. De 65 a 179 figura la paráfrasis en griego vulgar.

4.2.2. Traducciones.

Latín

En latín tenemos las ediciones arriba citadas de P. Poussines y de J. Schopen-A. Reifferscheid.

Francés

-COUSIN, L.- *Histoire de Constantinople*, IV, París, 1672.

-LEIB, B.- Cfr. supra.

Inglés

-DAWES, E.A.S.- Publicada en Londres, en 1928.

-SEWTER, E.R.A.- Publicada en Harmondsworth, en 1969.

Alemán

-SCHILLER, F.- *Allgemeine Sammlungen historischen Memoirs vom 12. Jh. bis auf die neusten Zeiten*, I, 1-2, Jena, 1790. Véase lo que dice K. Dieterich [cfr. Figuras..., p. 182] acerca de esta traducción: "la traducción tiene, por lo demás, poco valor, porque Schiller no la hizo según el original griego, sino según la refundición latina y francesa; y, por añadidura, más recurriendo a la memoria después de la lectura reciente, que traduciendo; porque apenas hay una cláusula que corresponda fielmente al original".

-DIETERICH, K.- Selección extraída de la edición de A. Reifferscheid:

Tomo I: 28, 21-30; 84, 26-31; 169, 18-23; 231, 33-31.

Tomo II: 8,12; 72, 13-30; 75, 8-15; 83, 8-84,1; 84, 15-25; 205, 13-18; 256, 11-17; 256, 28-257, 6; 258, 12-21.

Italiano

-ROSSI, G.- Tomos I y II, Milán, 1846.

Danés

-HOVGAARD, O.A.- Tomos I y II, Copenhague, 1879 y 1882.

Ruso

En la colección de la Academia Eclesiástica de San Petersburgo. Historiadores Bizantinos, 1859.

Selecciones en GRACIANSKY-SKAZKIN y en SBORNIK LIUBARSKY, Ia. N., Moscú, 1965.

Húngaro

-PASSUTH, LASZLO.- (Selección) *Komnena Anna, Alexias. Fordította és bevezetövel ellátta*, Budapest, 1943. Resúmenes en Világirodalmi Antológia, II, Budapeat, 1955.

Rumano

-MARINESCU, M. (traducción), TASANOVA, N.S. (prefacio y notas)- *Anna Comnena, Alexiada*, I y II, Bucarest, 1977.

Griego moderno

Véase la edición, arriba citada, de I. Papadópulo-N. K. Constandópulo.

4.3. La presente traducción.

Muchos son los obstáculos con los que se encuentra la persona que, armado de una formación en lengua y cultura griegas clásicas -como es nuestro caso-, se enfrenta a la

tarea de traducir y transferir al castellano de fines del siglo XX los textos de una autora bizantina del siglo XI.

Ya en el apartado de lengua y estilo hemos destacado las diversas particularidades de la expresión de Ana Comneno y éstas deben estar continuamente presentes en nuestras traducciones.

Nos enfrentamos, en primer lugar, a una traducción pionera en nuestra lengua, ya que nunca antes ha sido vertida al castellano la *Alexiada*. La ausencia de puntos de referencia en nuestra lengua supone, indiscutiblemente, un precedente que puede provocar más de una interpretación errónea del texto griego. Gracias a las traducciones en otras lenguas, estos inconvenientes pueden ser soslayados.

Nos hemos servido, fundamentalmente, de una línea directriz, recogida en la cita de V. García Yebra [cfr. *En torno a la traducción*, Madrid, 1983, p.106, citando a TABER, R. y NIDA, E.A.- *La traduction: théorie et méthode*, Londres, 1971, p.11], "la traducción consiste en reproducir en la lengua receptora el mensaje de la lengua fuente mediante el equivalente más próximo y más natural, primero en cuanto al sentido y luego en cuanto al estilo." Con esta base pretendemos haber aproximado a una lengua lo más cercana posible al castellano habitual de nuestra época la obra de Ana Comneno. Para obtener un resultado final que fuera perfectamente asequible a un hablante medio del castellano, hemos olvidado ocasionalmente, la configuración original del texto griego, al que hemos añadido aclaraciones, dentro de una lógica mesura. De todas formas creemos que el estilo propio de la autora ha quedado suficientemente reflejado en nuestra versión.

Pasando a aspectos concretos, diremos que hemos traducido sistemáticamente los presentes históricos en el texto griego por pretéritos indefinidos en castellano; también hemos reiterado idénticos términos, cuando Ana Comneno hacía lo mismo, sin temor a las redundancias.

Un aspecto interesante y que ha planteado ciertos problemas ha sido el de la transcripción de los nombres propios bizantinos y de los términos proplamente administrativos y cortesanos correspondientes a la intenaa burocracia y vida áulica de las que el imperio de Constantinopla siempre lizo gala.

Hemos de confesar que en este punto hemos sufrido un proceso. La primera versión de la *Alexiada* aeguía para la transcripción de nombres proplos diferentes criterloa, según fueran su origen geográfico y cultural. Escribimos un artículo publicado en Erytheia [cfr. "La *Alexiada* de Ana Comneno", 9.1. (1988), pp.23-33] donde expusimos estos criterios. Pero en el momento de llevar a cabo la veraión final de la *Alexiada* en castellano, hemos optado por seguir un criterio más uniforme. La desventaja del primer aistema de transcripciones es su complejidad y poca claridad, ya que un mismo signo gráfico podía ser transliterado según su origen de distinto modo. Por ejemplo: Γρηγόριος era Gregorio; pero Ἀπελλαστήμ era Apeljasím, Ταρχανειώτης, Tarcaniotes y Παργιαρούχ, Paryaruj.

Por otro lado, simplificar todas las transcripciones según un criterio fonético, crearía productos opuestos a la tradición, así Κομνηνός, Κομνηνή sería Comninós y Comninf; Δαλασσηνός, Νικηφόρος Βοτανειάτης serían Dalasinós y Nlqulforos Votaniatis [cfr. BADENAS DE LA PEÑA, P.- "La transcripción del griego moderno al español", *Revista Española de Lingüística*, 14.2 (1984), pp.271-289]. Eate criterio nos parece acertadísimo para nombrea que no poseen una tradición tras ellos en el momento de su transliteración y, por tanto, ideal para los que proceden del griego moderno. Pero aplicado a términos bizantinoa, de los que una mayoría tiene ya un modo secular de verterse al castellano y consolidado generalmente a través de una transcripción que ha paaado por el latín, nos parece ya menoa aceptable.

Finalmente, como hemos dicho, ya que la mayoría de estos nombres ha pasado por el latín antes de llegar a nosotros, a él hemos recurrido para ofrecer un equivalente en castellano, incluido en este grupo aquellos nombres de nula

tradición en caatellano. Así, Τζάχας, Παργιαρούχ aon Tzacas y Pargiaruc, ya que antes fueron *Tzachas* y *Pargianich*.

En cuanto a laa denominaciones de cargos adminiatrativos y de la titulatura áulica e imperial, hemos optado por la transcripción según loa criterioa arriba expueatoa, sin intentar traducirloa por términos que recordaran en la tradición cortesana de occidente su función en la bizantina. Creemos haberle dado así un tinte más cercano al original, para no perder de viata que nos hallamos ante una obra adacrita al ámbito cultural del imperio de oriente.

Los apellidos, que varían para las mujeres respecto del que llevan los hombrea, del mismo modo que en el caao de referirae a más de un miembro de la miama familia y hallarse eacrito en plural, los hemos conaervado aiempre en su forma de maaculino singular, ya que en castellano esa diferenciación no existe. Hemoa aplicado sólo al emperador el título de *Majestad* y el tratamiento de *Vos* aun cuando en el texto griego se emplee la aegunda persona del singular. Con ello hemos procurado ofrecer un aspecto más reverente al tratar la figura del βασιλεύς y destacarla del resto de los mortales. Creemos, además, que el uso del *tú* quedaba alejado de lo que es corriente en castellano.

Loa nombrea geográficos han sido también transcritos. En algún caao, han aido trasladados a su equivalente en castellano o a au nombre actual. De todos modos, hemos optado en la inmenaa mayoría de los casos por la simple transcripción.

La aparición de (...) señala la preaencia de una laguna en el texto griego.

En auma, hemoa intentado cumplir con la fidelidad que la tarea del traductor le debe al texto original, pero poniendo por delante la aumisión a la lengua terminal. Por aupuesto, no creemos haber llevado a cabo una obra definitiva ni inmejorable. Simplemente deseamos acercar en nuestra lengua a los interesados una obra de indudable importancia literaria e histórica. A esta nuestra primera traducción aape-

ramos que sigan otras mucho mejores, que superen los logros que ésta haya podido tener y corrijan los fallos que sin duda tendrá. En última instancia, no nos corresponde a nosotros celebrar los primeros ni juzgar los segundos.

Finalmente, el texto utilizado para la traducción corresponde a la edición de B. Leib para la Société d'Édition "Les Belles Lettres", con consultas a la de P. Poussines en la *Patrología Griega*, ambas obras citadas anteriormente.

5. Bibliografía.

AHRWEILER, H.- *L'idéologie politique de l'Empire byzantin*, **Paris, 1975.**

ANTONIADIS, S.- **"Présence de la langue grecque moderne dans l'Alexiade d'Anne Comnène"**, *Actes du XIVe Congrès International des Études Byzantins*, **Bucarest, 1971 (1978), t. III, pp. 883- 887.**

BADENAS DE LA PEÑA, P.- **"La transcripción del griego moderno al español"**, *Revista Española de Lingüística*, **14.2 (1984), pp. 871-889.**

BEAUCAMP, J.- **"La situation juridique de la femme à Byzance"**, en *La femme dans les civilisations des Xe-XIIe siècles*, **Poitiers, 1977, pp. 55-86.**

BOMPAIRE, J.- **"La notion de liberté chez Anne Comnène"**, *La notion de liberté au Moyen Age. Islam, Byzance, Occident*, **París, 1985.**

BRAVO, A.- **"La interpretación de los sueños en Bizancio"**, *Erytheia*, **5 (1984), pp. 63-82.**

BRAVO, A. y ALVAREZ, M.J.- **"La civilización bizantina de los siglos XI y XII: notas para un debate todavía abierto"**, *Erytheia*, **9.1 (1988), pp. 77-132**

BRÉHIER, L.- *La civilisation byzantine*, **París, 1970.**

BROWNING, R.- *Medieval and Modern Greek*, **Cambridge, 1983.**

BUCKLER, G.- *Anna Comnena. A Study*, **London, 1968.**

-------.- "Women in Byzantine Law About 1100 A.D.", *Byzantion*, 11 (1936), pp. 391-416.

BURY, J.B.- "Some Notes on the Text of Anna Comnena", *Byzantinische Zeitschrift*, 2 (1893), pp. 76-78.

CODINO, J.- "De officiis constantinopolitania", *Patrologia Griega*, 157, col. 25-1242.

CONCA, F.- "Aspetti tradizionali nella tecnica storiografica di Anna Comnena", *Acme*, 33 (1980), pp. 139-148.

CHARANIS, P.- "Byzantium, the West and the Origin of the First Crusade", *Byzantion*, 19 (1949) pp. 17-36.

CHEYNET, C.- "Dévaluation des dignités et dévaluation monétaire dans la seconde moitié du XIe siècle", *Byzantion*, 53 (1983) pp. 453-477.

DALVEN, R.- *Anna Comnena*, New York, 1972.

DIETER, K.- "Zur Glaubwürdigkeit der Anna Komnena", *Byzantinische Zeitschrift*, 3 (1894) pp. 386-390.

DIETERICH, K.- *Figuras bizantinas*, Madrid, 1927.

DUJCEV, I.- "Une interpolation chez Anne Comnène", *Byzantion*, 10 (1935) pp. 107-115.

FERRARI D'OCHIEPPO, K.- "Zur Identifizierung der Sonnenfinsternis während dea Petschenegenkriegea Alexios' I Komnenos (1084)", *Jahrbuch der Österreichischen Byzantinistik*, 23 (1974) pp. 179-184.

FORCE, M de la.- "Les conseilleura latins du basileus Alexis Comnène", *Byzantion*, 11 (1936) pp. 153-165.

GADOLIN, A.R.- "Alexis I Comnenus and the Venetian Trade Privilege. A New Interpretation", *Byzantion*, 50 (1980) pp. 439- 446.

GANSHOF, F.L.- "Robert le Frison et Alexis Comnène", *Byzantion*, 31 (1961) pp. 57-80.

GARCIA YEBRA, V.- *En torno a la traducción*, Madrid, 1983.

GARZYA, A.- "Visages de l'hellénisme dans le monde byzantin, IV-XII siècles", *Byzantion*, 55 (1985) pp. 463-482.

GRÉGOIRE, H.- "Notes sur Anne Comnène", *Byzantion*, 3 (1927) pp. 311-317.

GRUMEL, V.- "L'affaire de Léon de Chalcédonie: le chrysobulle d'Alexis I Comnène aur les objets sacrés", *Revue des Études Byzantins*, 2 (1944) pp. 126-133.

GYONI, M.- "Le nom de Βλαχοι dans l'Alexiade d'Anne Comnène", *Byzantinische Zeitschrift*, 44 (1951) pp. 241-252.

HOUTS, E.M.C. van.- "Normandy and Byzantium in the Eleven Century", *Byzantion*, 55 (1985) pp. 544-559.

HUNGER, H.- *Die hochsprachliche profane Literatur der Byzantiner*, München, 1978, 2 vol.

HUSBEY, J.M.- *Cambridge Medieval History*, Cambridge, 1966, vol. 4, pp. 212-219.

IORGA, N.- "Médaillons d'histoire littéraire byzantine", *Byzantion*, 2 (1955) pp. 279-283.

KAMBYLIS, A.- "Textkritisches zum 15.Buch der Alexiaa der Anna Komnena", *Jahrbuch der Österreichischen Byzantinistik*, 19 (1970) pp. 121-134.

KOLIAS, G.- "Le motif et les raisons de l'invasion de Robert Guiscard en territoire byzantin", *Byzantion*, 36 (1966) pp. 424- 430.

KURTZ, E.- "Unedierte Texte aua der Zeit des Kaisera Johannes Komnenos", *Byzantinische Zeitschrift*, 16 (1907) pp. 93-101.

LAMPROS, S.- "Zu Anna Komnena", *Byzantinische Zeitschrift*, 1 (1892) p. 282.

LASCARIS, C.- "Observaciones sobre el texto de la 'Alexiada'", *Emérita*, 19 (1951-52) pp. 229-231.

LEIB, B.- "Introduction" en su edición de la Alexiada, París, 1967, 4 vol.

LEROY-MOLINGHEN, A.- "Les deux Jean Taronite de l'Alexiade", *Byzantion*, 14 (1939) pp. 147-153.

LESKY, A.- *Historia de la Literatura griega*, Madrid, 1978.

LEWIS, A.R.- *Naval Power and Trade in the Mediterranean A.D. 500 to 1100*, Princeton, 1951.

LINNER, S.- "Psellus' Chronography and the Alexias. Some Textual Parallels", *Byzantinische Zeitschrift*, 76 (1983) pp. 1- 9.

MAIER, F. G. (ed.)- *Bizancio*, Madrid, 1974.

McQUEEN, W.B.- "Relations Between the Normans and Byzantium 1071-1112", *Byzantion*, 56 (1986) pp. 427-476.

MORAVCSIC, G.- *Byzantinoturcica*, Berlín, 1958.

NEUMANN, C.- "Über zwei unerklärte Völkernamen in der byzantinischen Armee", *Byzantinische Zeitschrift*, 3 (1894) pp. 378-378.

OECONOMIDES, L.- *La vie religieuse dans l'Empire byzantin aux temps des Comnènes et des Anges*, París, 1918.

OSTROGORSKY, G.- *Historia del Estado Bizantino*, Madrid, 1984.

RUNCIMAN, S.- *Historia de las Cruzadas*, Madrid, 1956, 2 vol.

SKOULATOS, B.- *Les personnages byzantins de l'Alexiade*, Louvain, 1980.

STAQUET, J.- "Anne Comnène. Alexiade X,8: Ἡ τζάγγρα: τόξον βαρβαρικόν", *Byzantion*, 13 (1938) pp. 505-512.

TATAKIS, B.- *Filosofía bizantina*, Buenos Aires, 1952.

WELLESZ, E.- *Música bizantina*, Barcelona, 1930.

ZABOROV, M.- *Historia de las Cruzadas*, Madrid, 1985.

En griego:

DUCAS, I.- "Τυπικόν del convento de Κεχαριτωμένη, *Patrologia Griega*, 127, col. 985-1120.

KATICIC, R.- "Ἄννα ἡ Κομνηνὴ καὶ ὁ Ὅμηρος", Ἐπετηρὶς Ἑταιρείας Βυζαντινῶν Σπουδῶν, (1957), pp. 213-223.

ΠΑΠΑΔΟΠΟΥΛΟΣ, Ι.– "Εἰσαγωγή" en Ἄννης Κομνηνῆς Ἀλεξιάς, Ἀθῆναι, 1938.

ΤΑΤΑΚΙΣ, Β.Ν.– "Ἡ ἑλληνικὴ πατερικὴ καὶ βυζαντινὴ φιλοσοφία", Δευκαλίων, 14 (1975) pp. 146-202.

ΤΣΟΛΑΚΙΣ, Ε.Θ.– Βυζαντινοὶ ἱστορικοὶ καὶ χρονογράφοι 11ου καὶ 12ου αἰῶνα, Θεσσαλονίκη, 1984.

TRADUCCION

PROEMIO

PRESENTACIÓN DE LA AUTORA Y PROPÓSITOS DE SU OBRA

I. La historia como género que conserva la verdad y la transmite. Presentación de la autora.

1. El tiempo, fluyendo inconteniblemente y moviéndose siempre, arrastra y lleva todo lo engendrado y lo sumerge en el abismo de la oscuridad, donde no existen hechos dignos de mención, ni donde los hay grandes y dignos de memoria, haciendo surgir lo que está oculto, como dice la tragedia [1] y escondiendo lo que es patente. Sin embargo, la narración de la historia se convierte en una muy poderosa defensa contra la corriente del tiempo y detiene, de algún modo, el flujo incontenible de éste; y todo lo acontecido dentro de él, que ha recogido superficialmente, lo contiene, lo encierra y no permite que se deslice a los abismos del olvido.

---

(1) Sófocles, Ayax, 646. Debemos hacer constar aquí nuestra total deuda con las notas de B. Leib y con los comentarios de Ducange-Dufresne a la Alexiada. Podemos decir sin dudas que casi todo está dicho en cuanto a la aclaración de la obra que aquí presentamos. A ambos trabajos remitiremos continuamente y ambos nos servirán de enorme ayuda a la hora de anotar nuestra versión de la Alexiada. Finalmente, aclarar que citaremos en adelante la edición de Leib en Les Belles Lettres con su apellido, seguido del número del tomo en que está la referencia, de las páginas y del número de la nota. Si la nota abarca más de una página, todas ellas estarán expresas, pero el número de la nota se entiende aplicado a la primera. Del mismo modo obraremos con los comentarios de Ducange-Dufresne en la Patrología Griega, tomo 131. En este caso, el número de páginas será sustituido por el de columna (col.), seguido del número de nota. En el caso de abarcar la extensión de la nota más de una columna, el criterio será similar al aplicado en las citas de la edición de Leib. Finalmente, el esencial libro de Georgina Buckler, vendrá citado como BUCKLER,G.- Anna..., seguido del número de página.

2. Puesto que tengo conciencia de eso, yo, Ana, hija de Alejo e Irene, vástago y producto de la púrpura [2], que no sólo no soy inculta en letras, sino incluso he estudiado la cultura griega intensamente, que no desatiendo la retórica, que he asimilado las disciplinas aristotélicas y los diálogos de Platón y he madurado en el quadriuium de las ciencias (debo revelar que poseo estos conocimientos -y no es jactancia el hecho- todos los cuales me han sido concedidos por la naturaleza y por el estudio de las ciencias, que Dios desde lo alto me ha regalado y las circunstancias me han aportado) quiero por mediación de este escrito contar los hechos de mi padre, indignos de ser entregados al silencio ni de que sean arrastrados por la corriente del tiempo, como a un piélago de olvido; serán éstos todos los hechos que llevó a cabo tras tomar posesión del cetro y los que realizó al servicio de otros emperadores antes de ceñirse la diadema.

II. La objetividad como norte de la obra de Ana Comneno.

1. Al contarlos, vengo no con el interés de ofrecer una cierta muestra de mi pericia literaria, sino para que tamaña gesta no sea legada sin testigos a los que nos seguirán; dado que incluso las más grandes obras, si de alguna manera no se conservan a través de la narración histórica y se entregan a la memoria, se apagan en la sombra del silencio. Era, pues, mi padre, como los hechos mismos demostraron, experto en mandar y en obedecer, cuanto es preciso, a los que mandan.

2. Pero también, al optar por la descripción de sus obras temo quedarme anclada e interrumpirla, no sea que en cierto modo pueda pensarse que alabo mis propios actos al describir los de mi padre, y que parezca una falsedad todo el contenido de mi historia, o parezca un abierto encomio, si admiro alguna de sus hazañas. Mas, si en algún momento

(2) La púrpura era el nombre de la estancia donde nacían los hijos de los emperadores; de ahí que el calificativo de Porfirogéneto se aplique sólo a los hijos de emperadores que ocupaban el trono en el momento de su nacimiento. Ana Comneno distingue entre hijos porfirogénetos de emperadores y no porfirogénetos.

su misma personalidad me llevara a ello o el curso de la obra me obligara a tocar alguna gesta, temo de nuevo, no por él, sino por la naturaleza de sus actos, que los amigos de las burlas me recuerden al hijo de Noé, Cam, [3] lanzando todos ellos miradas de envidia a los demás, sin fijarse en lo que está bien a causa de su maldad y sus celos, y acusen al inocente, según dice Homero [4].

3. Pues cuando se asume el carácter del género histórico, es preciso olvidar los favoritismos y los odios y adornar muchas veces a los enemigos de los mejores elogios, cuando sus acciones lo exijan, y otras muchas veces descalificar a los más cercanos parientes, cuando los errores de sus empresas lo manden. Por lo que no se debe vacilar ni en atacar a los amigos ni en elogiar a los enemigos [5]. En lo tocante a mí, a éstos y a aquéllos, a los que desagrademos y los que nos acepten, podría tranquilizarlos fundamentada en las obras mismas y en los que las han visto por su testimonio en favor de la veracidad de esas acciones. Pues los padres y los abuelos de los hombres que viven ahora fueron testigos de esos hechos.

III. Motivos de la autora para escribir su historia.

1. Ante todo, he venido a historiar las acciones de mi padre por la siguiente razón. El césar Nicéforo, descendiente del tronco familiar de los Brienio, hombre que largamente sobrepasaba a sus coetáneos por la exageración de su belleza, la agudeza de su inteligencia y por la exactitud de sus palabras, se había convertido en mi legítimo esposo. Era maravilloso tenerlo enfrente y oírlo hablar. Pero a fin de que nuestra historia no se aparte de su ruta, continuemos con nuestro asunto.

(3) Gén., 9, 18-27.
(4) Il., XI, 653; XIII,775; Od., XX, 135.
(5) Cfr. Polibio, I, 14.

2. Era, pues, el hombre más escalarecido de todos y acompañó a mi hermano, si soberano Juan, cuando organizó una campaña contra diversos bárbaros, cuando se lanzó contra los sirios y puso de nuevo bajo su autoridad la ciudad de Antioquía. Pero el césar, que no podía desatenderse su afición por las letras, incluso entre dificultades y trabajos, redactaba también otro tipo de escritos dignos de mención y recuerdo, y se encargó ante todo, por orden de la emperatriz [6], de describir los hechos de Alejo, soberano de los romanos y padre mío, y de llevar a las páginas las acciones de su reinado, cuando, alejado momentáneamente de las armas y la guerra, el tiempo le permitía dedicarse a los escritos y a sus labores literarias. Comenzó, por tanto, su escrito llevando el inicio de su historia a la época previa a la del soberano, obedeciendo también en esto las órdenes de nuestra señora, y empezó por el soberano de los romanos Diógenes [7], para descender hasta aquel cuya vida informaba el plan de la obra. Fue durante aquel reinado cuando la edad presagiaba en mi padre una floreciente adolescencia. En cuanto a su vida previa, ni siquiera era un adolescente y nada había realizado digno de escribirse, a no ser que se presentara su infancia como argumento para un elogio.

3. Ésos eran, pues, los objetivos del césar, como nos muestra su obra. Sin embargo, no resultó lo que esperaba ni concluyó toda su historia y detuvo su redacción tras llegar hasta la época del soberano Nicéforo Botaniates: las circunstancias no le permitieron avanzar en su escrito, causando un perjuicio al tema de su trabajo y privando del placer a los lectores. Por eso, yo misma opté por escribir cuanto mi padre hizo, para que semejantes obras no escaparan a nuestros descendientes. Además, qué armonía, cuánta gracia tenían las palabras del césar las conocen todos los que han leído sus escritos.

(6) La emperatriz que aquí cita Ana Comneno es su madre, Irene Ducas. Nicéforo Brienio compuso una Hyle Historias.
(7) Romano IV Diógenes (1068-1071). Durante su reinado tuvo lugar la batalla de Mantzikert (1070), que marcó el inicio del fin de la hegemonía bizantina en Anatolia y el comienzo del irresistible avance turco.

4. Cuando había llegado a aquel capítulo, como dije, cuando tenía pergeñada su obra y nos la remitía inacabada desde la frontera, contrajo al tiempo hay de mí una enfermedad mortal, tal vez originada por las innumerables fatigas, tal vez por las demasiado frecuentes campañas, o por su indecible dedicación a nosotros. Pues la dedicación era algo innato en él y el trabajo, incesante. Además, el continuo cambio de aires y los climas adversos le sirvieron una bebida mortal. Por ello, aunque se encontraba terriblemente enfermo, realizaba campañas contra sirios y cilicios: Siria entregó a este hombre debilitado a los cilicios, los cilicios a los panfilios, los panfilios a los lidios, Lidia a Bitinia y Bitinia a la emperatriz de las ciudades [8] y a nosotros con sus entrañas hinchadas por la gran dolencia. Pero, aunque se hallaba así de débil, deseaba narrar emocionadamente los sucesos que había vivido, aunque no pudiera hacerlo tanto por su enfermedad, como por los obstáculos que nosotros le poníamos con intención de evitar que sus heridas se abrieran al describirlos.

IV. Lamentos de Ana Comneno por el rumbo que tomó su vida.

1. Cuando llego a este punto, se me llena de vértigo el alma y se humedecen mis ojos con los torrentes de mis lágrimas. ¡Qué consejero perdió el imperio de los romanos! ¡Qué acertadísima experiencia tuvo él en la vida y de qué amplitud: sus conocimientos literarios, su saber polifacético, es decir, el profano y el sagrado! ¡Qué gracia también le corría por los miembros y qué aspecto no digno de un reino de aquí, sino, como algunos dicen, de uno más divino y mejor! Yo misma, no obstante, ya me había relacionado con otras muchas circunstancias funestas desde mi cuna de la Púrpura, por decirlo de alguna manera, y traté con una fortuna no favorable, aunque nadie consideraría suerte adversa

(8) Constantinopla es denominada indistintamente "la emperatriz de las ciudades (otros traducen "reina de las ciudades"), "la capital" ("metrópolis") o simplemente "la ciudad".

y no sonriente la que me regaló una madre y un padre emperadores y la sala Púrpura en que nací. Pues en cuanto a los demás dones, ¡ay de las calamidades y ay de las revueltas! En fin, Orfeo, cantando movía incluso las piedras, los bosques y hasta la naturaleza inanimada; Timoteo el flautista, con tocar una vez el ortio [9] para Alejandro, impulsaba enseguida al macedonio a las armas y a la espada; mas, ojalá mis relatos no originen un movimiento tópico hacia las armas y las batallas, sino que muevan al lector a las lágrimas y obliguen al sufrimiento no sólo a la naturaleza sensible, sino también a la que carece de hálito vital.

2. El dolor que experimentaba por el estado del césar y su inesperada muerte alcanzaron mi alma y me causaron una profunda herida. Creo que las precedentes desgracias frente a esta insoportable desgracia son como gotas en comparación con todo el océano Atlántico o las olas del mar Adriático. Es más, según parece, eran aquéllas preludio de ésta y se apoderaba de mí el humo de ese fuego propio de un horno, la quemadura aquella de llama indescriptible y las antorchas diarias de un indecible ardor. ¡Oh fuego sin materia, que reduces a cenizas, fuego que iluminas con furor inexpresable y que ardes, pero sin consumir y quemas el corazón, pero con la apariencia de que no nos quemamos, aunque recibamos el rojo vivo hasta los huesos, la médula y los pedazos del alma!

3. Pero soy consciente de que me aparto de mi propósito y, al dominarme el recuerdo del césar y del sufrimiento del césar, un inmenso sufrimiento se destila en mí. Así pues, tras enjugarme el llanto de mis ojos y recuperarme de mi dolor, soportaré lo que viene a continuación ganando según

(9) El orthion es una de las "estructuras melódicas definidas, cada una de las cuales debía servir para una determinada ocasión ritual: cada nomos mencionaba en el título su lugar de origen (...) o sus características formales, como los nomoi ortio, trocaico y agudo (en los cuales la denominación hace referencia a la forma rítmica o a la extensión tonal) o a la destinación sacral (...)" en COMOTTI, Giovanni.- La música en la cultura griega y romana, Madrid, 1988, pág. 18. Respecto a los poderes de Orfeo, véase también GUTHRIE, W.K.C.- Orfeo y la religión griega, Buenos Aires, 1970, especialmente pág. 42 y ss. y APOLONIO DE RODAS, Argonáuticas, I, 4292 y ss., donde Orfeo calma con su canto una reyerta.

dice la tragedia [10], dobles lágrimas, como si me acordara de la desgracia en la desgracia. Pues exponer en público la vida de semejante emperador supone rememorar su virtud y sus gestas, lo que me hace brotar las más cálidas lágrimas en un llanto que se une al de todo el universo. Recordarlo y explicar públicamente su reinado es un esfuerzo que provoca en mí lamentoa y en los demás, pena. Comience, pues, la historia de mi padre desde el momento en que es más adecuado comenzar; y el momento más adecuado es aquél desde donde nuestra obra sea más clara y más histórica.

(10) Eurípides, Hécuba, 518.

LIBRO I

úLTIMAS ETAPAS DE LA VIDA DE ALEJO PREVIAS A SU PROCLAMACIÓN COMO EMPERADOR. INICIO DE LAS INVASIONES NORMANDAS

I. Primeras actuaciones de Alejo. Su nombramiento como estratego autocrátor para combatir al rebelde Urselio.

1. El emperador Alejo, mi padre, fue de gran utilidad al imperio de los romanos incluso antes de haber asumido el cetro del imperio. Comenzó a salir en campaña durante el reinado de Romano Diógenes. En opinión de quienes lo rodeaban parecía un ser admirable y muy arrojado. Cuando contaba catorce años de edad corría a acompañar al emperador Diógenes, que dirigía una expedición muy importante contra los persas, y suponía una amenaza para ellos con su ímpetu, ya que, si se enfrentaba a los bárbaros, su espada se emborracharía de sangre: tan guerrero talante poseía este joven. Sin embargo, el soberano Diógenes no cedió en aquella ocasión a sus deseos de acompañarlo, porque un dolor muy profundo tenía sobrecogida a la madre de Alejo. Lloraba la muerte reciente de su hijo primogénito Manuel, varón que había sido protagonista de grandes y admirables hazañas para el imperio de los romanos. Y para que ella no se quedara sin consuelo, al dejar ir a uno de sus hijos a la guerra sin saber aún dónde iban a enterrar a otro, y temiendo que el joven sufriera alguna funesta desgracia y no supiera ella en qué tierra había caído, por todas estas consideraciones el emperador obligó al joven Alejo a regresar junto a su madre. Entonces fue apartado, contra su voluntad, de los que marchaban a la campaña, pero a continuación el tiempo le abrió inconmensurables posibilidades. Efectivamente, du-

rante el reinado del emperador Miguel Ducas [1], tras el derrocamiento del emperador Diógenes, la revuelta que dirigió Ursello le dio motivos para demostrar de cuánto valor hacía gala.

2. Era ése un celta que había estado sirviendo desde tiempo atrás en el ejército de los romanos y que, envalentonado por su gran suerte, cuando hubo acumulado a su alrededor poder y un ejército considerable, que había sido reclutado entre los que eran oriundos de su mismo lugar de origen y los que provenían de cualquier otra procedencia, desde ese momento logró convertirse en un grave provocador de revueltas. Justo en el instante en que el poderío de los romanos sufría numerosos reveses y los turcos aplastaban con su suerte favorable la de los romanos, obligándolos a retroceder como cuando la arena cede a los pies, en ese preciso instante atacó también él al imperio de los romanos. Es máa, por su muy despótico carácter se inclinaba entonces con más claridad hacia la rebelión, aprovechando el mal camino que llevaban los intereses del imperio y devastó casi todos los dominios de oriente. Aunque lea fuera confiada la guerra contra él a muchos generales famosos por su valentía y que aportaban abundantísima experiencia sobre la guerra y las batallas, éste, evidentemente, superaba la mucha experiencia de aquéllos. Ya fuera recurriendo al ataque directo, a la retirada y posterior ofensiva sobre sus adversarios con el ímpetu de un vendaval, ya fuera aceptando la alianza de los turcos, era tan completamente irresistible cuando atacaba, que llegaba a hacer prisioneros a algunos de los personajes más notables y poner tumultuosamente en fuga sus falanges.

3. Mientras mi padre Alejo estuvo a las órdenes de su hermano durante sus funciones como general en jefe de todas las tropas de oriente y occidente, lo hizo con el cargo de lugarteniente. Pero ante las difíciles circunstancias por las que atravesaban los romanos a causa de las continuas incursiones con las que, como un relámpago, nos acosaba ese

(1) Miguel VII Ducas (1071-1078), primer esposo de María de Alania de la que tuvo a Constantino Ducas, primer prometido de Ana Comneno.

bárbaro, se pensó en el admirado Alejo para la confrontación bélica con éste, por lo que fue designado por el emperador Miguel estratego autocrátor [2]. Él, en efecto, puso en marcha toda su inteligencia y experiencia estratégica y militar, que, además, había acumulado en no mucho tiempo (por la esforzada actitud de esta hombre y su espíritu atento en toda ocasión les pareció a los militares más expertoa de los romanos que había llegado a la cima de la experiencia estratégica, tal como el famoso romano Emilio, como Escipión, como Aníbal el cartaginés; era por aquel entoncea muy joven y con el bozo recién salido, como suelen decir) y capturando al dicho Urselio, que continuamente acometía a los romanos, restableció el orden en oriente sin necesitar mucho tiempo. Era, asimismo, sagaz para discernir lo que era conveniente y muy sagaz para ponerlo en práctica. Cómo logró capturarlo, lo cuenta con mayor detalle el césar en el segundo libro de su historia, aunque también lo contaremos nosotros en cuanto que se trata de un episodio que concierne a nuestra historia.

II. Recursos de Alejo para capturar a Ursallo.

1. El bárbaro Tutac acababa de llegar de los confines de oriente con un muy numeroso ejército para devastar los territorios de los romanos; entre tanto Ursello era vencido gracias a las habilidades de mi padra Alejo, viéndose con frecuencia en aprietos por causa del estratopedarca [3] y perdiendo progresivamente una fortaleza tras otra, aunque acaudillara un abundante ejército todo él brillante y correctamente armado; por tanto, en ese momento le pareció conveniente buscar una vía de escape con la maniobra que referiremos seguidamente. Ya que había agotado hasta el límite todos sus recursoa, tuvo un encuentro con Tutac, lo convirtió en amigo y le suplicó que suscribiera una alianza con él.

(2) Cfr. Leib, I, p. 10, "general en jefe con plenos poderes civiles y militares".
(3) El estratopedarca es un cargo con las mismas atribuciones que el estratego autocrátor.

2. Pero el estratopedarca planeó a su vez una táctica contra aquella maniobra y, tras llegar a una familiaridad con el bárbaro más cercana que la del otro, se lo atrajo con palabras, regalos y toda clase de medios y argucias. Pues era más astuto que ningún otro y hallaba alternativas a las situaciones más angustiosas. Por tanto, en su opinión el plan más efectivo consistía, para decirlo con brevedad, en acoger amistosamente a Tutac, y por ello le dijo: "Son ambos, tu aultán y mi soberano, amigos mutuos. Sin embargo, ese bárbaro Uraello levanta sus manos contra ambos y se alza en un enemigo muy peligroso para uno y otro, ya que ataca al soberano y la arranca poco a poco partes del Imperio de los romanos y, de otro lado, priva a Perala de las posesiones que le sería legítimo gobernar. Y persigue todos sus propósitos con artimañas, amparándose ahora bajo la sombra de tu fuerza, para en otro momento, cuando la ocasión se le presente favorable y se vea libre de peligros, dejarme en paz y levantar contra ti su mano desde el otro bando. No obstante, si me haces algún caso, cuando se dirija nuevamente a vosotros, aprisa a Urselio como contrapartida de las muchas riquezas que te daré y envíanoslo prisionero. Pues" añadió "de ello obtendrás tres ganancias: la primera, una cantidad de riquezas como nunca antes lograste; la otra, que te atraigas el favor de mi soberano, con lo que habrás conseguido llegar a la cima de la felicidad, y la tercera, que el aultán se regocije grandemente, al ser eliminado un peligroso enemigo que está actuando contra unos y otros, romanos y turcos."

3. Con el envío simultáneo de esta embajada al arriba citado Tutac y de algunos prestigiosos rehenes en una fecha convenida junto con una cantidad de dinero, mi padre, y jefe en aquel entonces del ejército romano, convenció a los bárbaros de Tutac para que apresaran a Uraelio. Cuando esta exigencia fue llevada a cabo, Tutac remitió el prisionero al estratopedarca, que estaba en Amasea.

4. Sin embargo, el dinero tardaba en llegar, Alejo no tenía fondos con los que cubrir el pago y el que debía venir del emperador sufría las consecuencias de su desidia; no era

que, como dice la tragedia [4], marchara a paso lento, es que no aparecía por ningún lado. Los hombres de Tutac lo presionaban reclamando su parte del dinero o de lo contrario pondrían en libertad inmediatamente al hombre que iban a vender y le permitirían regresar al lugar donde se le había capturado; pero Alejo seguía sin tener fondos con los que pagar el precio del hombre que había comprado. En medio de la angustia provocada por todas estas adversidades, estuvo reflexionando durante toda una noche y decidió recolectar la suma entre los habitantes de Amasea.

5. Cuando amaneció el día, aunque la parecía difícil su plan, sin embargo convocó a todos los habitantes, especialmente a los que ostentaban los primeros rangos y los que poseían riquezas. Mirando principalmente a éstos, dijo: "Sabéis todos cómo este bárbaro ha tratado a todas las ciudades del tema Armeníaco [5], cuántas aldeas ha saqueado, a cuántos ha maltratado arrojándoles insoportables desgracias y cuántas riquezas le habéis tenido que suministrar. Pero ha llegado el momento de libraros de los males que él origina, al ser que así lo queréis. Por tanto, debemos impedir que se nos escape. Estáis viendo que tenemos prisionero a este bárbaro gracias al auxilio de Dios y a nuestros esfuerzos. Sin embargo, Tutac, que es quien lo ha capturado, nos reclama el pago. Y nosotros carecemos por completo de recursos, porque al estar en un país extranjero y llevar luchando mucho tiempo contra los bárbaros, hemos agotado los fondos. Si el emperador no estuviera tan lejos y el bárbaro diera un plazo de espera, me hubiera apresurado a transportar el dinero desde la capital. Pero, ya que ninguna de estas posibilidades es factible, como sabéis, tenéis vosotros que aportar su precio con vuestro dinero, y acabaréis recobrando la aportación entera a través de nosotros, que actuaremos como intermediarios del emperador."

(4) Eurípides, Inc. 969 N.
(5) El tema era una unidad local administrativa y militar consolidada por el emperador Heraclio (610-640) y cuya estructuración y número varió a lo largo de la historia de Bizancio.

6. Nada más decir esto, fue abucheado y se originó un violentísimo tumulto entre los amasianos, que se decantaban por la rebelión. Pues había hombres muy pérfidos que los incitaban al motín, agitadores que saben precipitar al pueblo en las revueltas. Se levantó, entonces, un gran tumulto, tanto por parte de los que querían quedarse con Urselio y excitaban a la masa a apoderarse de él, como de los que pugnaban agitados (así es la masa del populacho) por arrebatar a Urselio de su cautiverio y liberarlo de las cadenas. El estratopedarca veía que el pueblo estaba tan enloquecido y reconocía que su situación era completamente apurada, pero a pesar de ello no se abatió lo más mínimo e infundiéndose valor, intentaba silenciar con los gestos de su mano aquel tumulto.

7. Cuando más tarde y con esfuerzo los hizo callar, les dirigió la palabra, diciendo: "Me llena de asombro, amasianos, que no os percatéis en absoluto de la treta de estas personas que os quieren engañar y que, comprando su propia salvación con vuestra sangre, siempre os causan el mayor perjuicio. ¿Qué clase de ventaja extraéis de la tiranía de Urselio, a no ser degüellos, cegueras y mutilaciones de miembros? Éstos, que son para vosotros la causa de semejantes desgrscias, preservan intactas sus propiedades gracias a su servilismo para con el bárbaro y, al mismo tiempo, se apropian de los regalos provenientes del emperador, ganándose su gratitud por no haber abandonado ni a vosotros ni a la ciudad de Amasea a merced del bárbaro; y esto sin haceros nunca ningún caso. Por ello, mientras quieren conservar la tiranía adulando al tirano con expectativas halagüeñas y mantener intactas sus propiedades, a la vez piden al emperador honores y regalos. Pero si la situación sufriera algún tipo de cambio, ellos abandonarían esta actitud e inflamarían el ánimo del emperador contra vosotros. Por consiguiente, si queréis obedecerme, despedid por el momento a los que os incitan al motín y que cada uno de vosotros analice en su casa lo que os he dicho y os daréis cuenta de quién es el que os aconseja lo más conveniente."

III. Alejo se hace con Urselio. Revelación del ardid a Dociano.

1. Cuando hubieron oído estas palabras, como una concha que cambia de lado al caer, modificaron sus opiniones y se retiraron a casa. Pero el estratopedarca, conocedor de que el pueblo suele cambiar de opinión en un instante, sobre todo si está inspirado por gente maléfica, y temeroso de que durante la noche pusieran en práctica su proyecto de ir contra él y dejasen escapar a Urselio tras sacarlo de su prisión y liberarlo de sus cadenas, como carecía de suficientes fuerzas para oponerse a tantos adversarios, concibió entonces un ardid propio de Palamedes. Mandó cegar, aparentemente, a Urselio: estaba tendido en tierra, el verdugo le acercó el hierro y él gritaba y gemía como un león rugidor. Pero todo este montaje de la privación de su vista era una falacia; el que iba a ser cegado en apariencia fue advertido de que debía gritar y vociferar y el encargado de simular la privación de su vista fue también advertido de que debía dirigirle una agria mirada, ejecutar todos sus actos con furia y, sobre todo, fingir la acción de cegarlo. Entonces, mientras aquél era cegado sin ser cegado, el pueblo aplaudía y difundía por doquier que Urselio había sido privado de la vista.

2. Esta actuación, representada como si fuera sobre un escenario, convenció a toda la muchedumbre, tanto la del lugar como la foránea, a aportar su donativo como abejas. Y todo esto fue producto de la inteligencia de Alejo para que los remisos a entregar dinero y los que pretendían liberar a Urselio de las manos de Alejo, mi padre, perdieran las esperanzas en sus ya inútiles planes y se pusieran inmediatamente de parte del estratopedarca, dado que sus primitivos proyectos habían fracasado; actuando de esa manera se lo ganarían como amigo y esquivarían las iras del emperador. De este modo, pues, el admirado general era dueño de Urselio, a quien mantenía encerrado como un león en una jaula, mientras aún llevaba sobre sus ojos las vendas que eran símbolo de su reciente privación de la vista.

3. Sin embargo, no estaba satisfecho con su labor, como tampoco se había desentendido del resto de su misión por el simple hecho de haber logrado la gloria, antes bien, recuperó y puso bajo la autoridad del imperio muchas otras ciudades y fortalezas que habían tenido un comportamiento innoble durante el auge de Urselio. Entonces, pues, volvió las riendas y se dirigió enseguida a la ciudad imperial. En el camino llegó a la ciudad de su abuelo [8] y, mientras reposaban de las muchas fatigas él mismo y todo su ejército, fue visto realizando una hazaña parecida a la que hizo el famoso Heracles por Alcestis, la mujer de Admeto.

4. Cuando Dociano, sobrino del anterior emperador Isaac Comneno [7] y primo de Alejo (hombre que pertenecía a una clase ilustre por su linaje y posición social) vio que Urselio mostraba las señales de haber sido cegado y que era conducido con el auxilio de un hombre, profirió un hondo gemido y entre las lágrimas provocadas por el estado de Urselio acusaba de crueldad al general. Le reprochaba en su enojo que hubiera dejado sin vista a un hombre tan noble, a un auténtico héroe y merecedor de haber sido preservado sin castigo; fue entonces cuando el general dijo: "Pronto podrás enterarte de los motivos de la ceguera, querido primo." Tras un breve lapso de tiempo condujo a éste y a Urselio a una sala, donde le descubrió el rostro y mostró los ojos de Urselio brillando fogosamente. Cuando Dociano vio esto, se quedó estupefacto, asombrado, sin saber qué hacer ante la magnitud del milagro. Al tiempo, se echó las manos a los ojos por si era algo parecido a un sueño lo que estaba viendo o un prodigio mágico o algún raro y novedoso artificio. Cuando se percató de la humanidad que había demostrado su primo para con ese hombre y además de humanidad, de su astucia, le invadió la alegría y transformó el asombro en gozo, mientras abrazaba y besaba repetidamente el rostro de su primo. Los mismos sentimientos experimentaron la

(8) Castamuni, en Paflagonia, Asia Menor; cfr. Leib, I, p.18. En general, las aclaraciones sobre la localización actual de los lugares citados por Ana Comneno se hallan recogidas en el índice de nombres propios situado al final de la obra. Igualmente, allí se encontrarán las equivalencias originales de los nombres bárbaros mencionados en la Alexiada.
(7) Isaac I Comneno (1057-1059), primer emperador de la familia Comneno.

corte del emperador Miguel, el emperador mismo y todo el mundo.

IV. Alejo es encargado de someter a Nicéforo Brienio.

1. Todavía se le encomendó a Alejo en occidente otra misión por el entonces soberano Nicéforo [8], poseedor ahora del cetro de los romanos, esta vez contra Nicéforo Brienio, que estaba agitando todo el occidente tras ceñirse la diadema y autoproclamarse emperador de los romanos. El soberano Miguel Ducas acababa de ser depuesto del trono y de vestir en lugar de la diadema y la corona, la indumentaria talar y la epómide arzobispal; Botaniates, tan pronto se hubo sentado en el trono imperial, como nuestra obra expondrá en su desarrollo con mayor detalle, desposó a la emperatriz María [9] y se dispuso a dirigir los asuntos del imperio.

2. Nicéforo Brienio [10], siendo duque de Dirraquio en época del emperador Miguel, antes del reinado de Nicéforo, comenzó a plantearse la posibilidad de acceder al trono y organizó la rebelión contra Miguel. No hay razón para que expliquemos aquí las causas y el modo como lo hizo, pues la historia escrita por el césar ya hace constar las motivaciones de la rebelión. Pero sí hemos de relatar brevemente el hecho de que, tomando como punto de partida la ciudad de Dirraquio, recorriera desde allí los dominios de occidente para ponerlos bajo su propio mando y cómo fue capturado. Al interesado en poseer más exactos informes de este episodio lo remitimos al césar.

3. Este hombre merecía realmente el imperio por su maestría en el arte de la guerra, por su pertenencia a uno

(8) Nicéforo III Botaniates (1078-1081)
(9) María de Alania. Tras el derrocamiento de Miguel Ducas, Nicéforo Botaniates se casó con su antigua esposa María de Alania.
(10) El título de duque no tenía por qué ser hereditario. Corresponde aproximadamente al cargo de gobernador, tanto de ciudades, como de otros organismos administrativos. Asimismo, el jefe de la flota recibía la denominación de gran duque.

de los linajes más ilustres, y por las cualidades personales que lo adornaban: su elevada estatura, la belleza de su rostro y la superioridad que manifestaba sobre sus contemporáneos gracias a la seriedad de carácter y la fuerza de sus brazos. Era tan diestro en persuadir a la gente y tan capaz de atraerse a todos desde su primera mirada y su primera conversación, que todos en masa, soldados y civiles, lo auparon a los primeros puestos y lo consideraron digno de reinar sobre todos los dominios orientales y occidentales. Y efectivamente, cuando marchaba sobre las ciudades, todas lo acogían con las manos alzadas y en medio de los aplausos una ciudad dejaba paso a otra. Las noticias de estos acontecimientos perturbaban a Botaniates, trastornaban también al ejército que le era fiel y precipitaban al imperio entero en la inestabilidad.

4. Así pues, se decidió enviar contra Brienio a mi padre Alejo Comneno, que acababa de ser designado doméstico de las escolas (11), al frente de las fuerzas disponibles; pues con esta coyuntura el imperio de los romanos había llegado a su punto extremo. Los ejércitos de oriente estaban dispersos cada uno por un lado a causa de la expansión de los turcos y su hegemonía sobre casi todo cuanto hay entre el Ponto Euxino y el Helesponto, el Egeo y el mar de Biria, el Saro y los demás ríos, especialmente, los que, surcando Panfilia y Cilicia, desembocan en el mar de Egipto. Así se hallaban los ejércitos de oriente; los de occidente, que se habían unido a Brienio, habían dejado al imperio de los romanos con un ejército muy reducido y escaso. Le quedaban algunos inmortales (12), que, como quien dice, ayer mismo habían empu-

(11) El doméstico de las escolas es el jefe de uno de los escuadrones de la guardia imperial, acantonada en la capital. El título de doméstico corresponde al de jefe militar. También existen los cargos de doméstico de occidente y de oriente: al primero se le confería el mando de las tropas estacionadas en la parte europea del imperio, al segundo se le daba el mando sobre los ejércitos de la parte asiática.

(12) Tropas creadas con inspiración persa por Miguel VII Ducas. Cfr. Leib, I, p.18; Ducange-Dufresne, col.131, n.17. "... el famoso tagma (contingente militar, batallón) de los Athanatoi (los inmortales) que, como su nombre indica, estaba compuesto por las élites del ejército; señalemos algunos aspectos relevantes de este tagma: lleva el nombre del cuerpo de élite del emperador Tzimiscés, lo que evoca toda la gloria militar del siglo X, está compuesto por hombres que

ñado lanza y espada, unos pocos soldados de Coma y un ejército celta, que se mantenía con unos pocos hombres. Estas fuerzas le asignaron a mi padre y, mientras llamaban a aliados turcos, los generales del emperador le ordenaron partir y enfrentarse a Brienio, confiando no tanto en el ejército que lo seguía, como en la inteligencia del hombre y su habilidad para hacer frente a guerras y batallas.

5. Pero Alejo, al enterarse de que el enemigo avanzaba imparable, sin esperar a que se ultimara la alianza con los turcos salió de la emperatriz de las ciudades tanto él como sus hombres perfectamente armados y, cuando hubo llegado a Tracia, acampó en torno al río Halmiro sin foso ni empalizada. Como sabía que Brienio estaba asentado en las llanuras del Cedocto, deseaba que una distancia apreciable separara cada uno de los dos ejércitos, el suyo y el de los adversarios. En efecto, no podía oponerse frontalmente a Brienio, ya que serían perceptibles las características de sus fuerzas y suministraría al enemigo noción de las dimensiones de su ejército. Pues iba a lanzarse con unos pocos contra muchos, con bisoños contra veteranos; por ello quería arrebatarle por sorpresa la victoria al enemigo sin recurrir a la audacia y al ataque frontal.

V. Encuentro bélico con las tropas de Nicéforo Brienio. Valor de Alejo.

1. Después de que mi relato ha situado en el momento del combate a estos dos gallardos personajes, Brienio y mi padre Alejo (ninguno era inferior al otro en valentía, ni el uno tenía menos experiencia que el otro), merece la pena

no han podido soportar el yugo turco, así pues, verdaderos patriotas, acoge a la juventud de Asia Menor, el país que fue, es sabido, la cuna de la aristocracia bizantina. Así, encargados de perpetuar la obra de sus ilustres predecesores, los Athanatoi fue prácticamente el único cuerpo militar puramente bizantino que Alejo I encontró en 1081 (...). En sus esfuerzos por rehacer el ejército imperial, Alejo se inspirará en los principios que animaron al cuerpo de los Athanatoi para crear el cuerpo de los Arcontópulos cuya constitución inaugura el esfuerzo de este emperador para la reorganización del ejército imperial." AHRWEILER, H.: L'idéologie politique de l'Empire byzantin. París, 1975, pág. 73.

examinar el curso del combate, una vez estuvieron dispuestas las falanges y las respectivas formaciones de batalla. Pues estos dos hombres eran nobles, gallardos y parecidos en fuerza y experiencia, de modo que si se hubieran colocado cada uno en un plato de la balanza, la hubieran equilibrado; pero debemos ver de qué lado se inclinaron los designios de la fortuna. Brienio, además de confiar en sus fuerzas y experiencia, era superior en el orden correcto de su formación; Alejo, por otro lado, tenía pocas y muy escasas esperanzas en cuanto a su ejército, pero era superior, a su vez, en el poder de su habilidad y en los recursos de su sentido estratégico.

2. Cuando se percataron de su mutua presencia y de que había llegado ya la ocasión del combate, Brienio, enterado de que Alejo Comneno se adelantaba a cortar el camino y que estaba acampado en Calaure, dispuso sus tropas en formación y emprendió el ataque. Tras ordenar el ejército en sus alas derecha e izquierda, confirió el mando de la derecha a su hermano Juan; cinco mil hombres eran los que integraban esta parte, entre italianos, soldados de las tropas del célebre Maniaces [13], jinetes de Tesalia en no menor cantidad y un sector no despreciable de la hetería [14]. De otra parte, el ala izquierda la constituían Catacalon Tarcaniotes con macedonios y tracios perfectamente armados, sumando todos juntos unos tres mil. Brienio en persona mandaba el centro de la falange formada por macedonios, tracios y lo más selecto del arcontado en pleno [15]. Todos iban cabalgando sobre sus caballos tesalios, restellando con sus corazas de hierro y los yelmos de sus cabezas; y cuando los caballos alzaban sus orejas y los escudos chocaban unos contra otros, ellos y sus yelmos despedían terroríficamente un enorme fulgor. Evolucionando en medio como un Ares o

(13) Jorge Maniaces. Leib, I, p.20, n.2: "General vencedor de los árabes en Asia (toma de Edesa en 1032), posteriormente, de los musulmanes en Sicilia, se sublevó y fue vencido en 1043. Aquí se trata de francos que había alistado." Cfr. también Ducange-Dufresne, col.107, n.22.
(14) Cuerpo de guardia compuesto de extranjeros, al mando de un heteriarca. Leib, I, p.20, n.3.
(15) El término arconte recoge la denominación genérica de la nobleza bizantina (y extranjera vinculada al imperio) y de los altos funcionarios.

un Gigante, Brienio, que superaba en un codo a partir de sus hombros a todos los demás, provocaba gran estupor y miedo a los que lo observaban. Fuera de toda la formación, como a dos estadios de distancia, se hallaban unos aliados escitas armados a la manera de los bárbaros. Se les había ordenado que, una vez los enemigos se hicieran visibles y la trompeta diera la señal del combate, cayeran sobre la retaguardia y se arrojaran sobre los enemigos, mientras los acosaban con una densa y continua nube de dardos; luego el resto del ejército, formado en filas compactas, atacaría con vigoroso ímpetu.

3. Así organizó Brienio a los suyos; mi padre Alejo Comneno, a su vez, tras reflexionar sobre la índole del lugar, situó una parte del ejército en un barranco y desplegó la otra frente al ejército de Brienio. Cuando estuvieron organizadas ambas partes y hubo alentado a cada hombre con sus palabras animándoloa a comportarse valerosamente, ordenó a la una, la sección emboscada, que, cuando estuvieran a espaldas del enemigo, atacaran de improviso con el mayor arrojo posible y concentraran sus esfuerzos sobre el ala derecha. A los llamados inmortales y a algunos de los celtas los mantuvo a su lado para ponerlos bajo su mando; emplazó a Catacalon como comandante de los comatenos y turcos y les encomendó que prestaran toda su atención al contingente escita a fin de repeler sus embestidas.

4. Así estaban las cosas. Tan pronto como el ejército de Brienio hubo llegado a la altura del barranco, nada más dar mi padre la señal convenida saltaron entre clamores y gritería las tropas que estaban emboscadas y dejaron estupefactos a los enemigos con su repentina intervención, circunstancia que aprovechó cada uno acometiendo y matando al primero que encontraba hasta que los pusieron en fuga. Pero Juan Brienio, hermano del caudillo, rememorando su ímpetu guerrero y su valor, hizo volver su caballo con el freno, abatió de un único golpe al soldado de los inmortales que lo seguía, detuvo a la falange que huía en plena confusión y, tras reorganizarla, repelió a los enemigos. De ese modo, los inmortales emprendieron la huida en desorden

con un cierto desbarajuste, masacrados por los soldados que iban siempre en pos de ellos.

5. Entonces mi padre se arrojó en medio de los enemigos y, combatiendo valientemente, desbarató el orden de la formación en el sector donde se había presentado, acometiendo a todo el que se le aproximaba y derribándolo al punto. En la confianza de que algunos soldados lo seguían para protegerlo sostenía incansable el combate. Pero, al darse cuenta de que su falange había sido rota y estaba ahora dispersa por todas partes, reagrupó a los de mayor presencia de ánimo (seis eran en total) y decidió que, una vez estuvieran próximos a Brienio, cargarían contra él sin vacilación y, si era necesario, aquéllos morirían con él. Sin embargo, Teodoto, un soldado que había servido a mi padre desde pequeño, desaconsejó esa decisión, alegando que el intento era manifiestamente descabellado. Cambió, pues, de opinión y pretendía apartarse a corta distancia del ejército de Brienio para iniciar de nuevo la acción, cuando hubiera reagrupado y reorganizado a algunos conocidos de entre los soldados que se habían dispersado.

6. Aún no se había apartado de allí mi padre y ya los escitas estaban desbaratando las filas de los comatenos de Catacalon, mediante el empleo de un enorme griterío. Una vez que los hubieron repelido y puesto fácilmente en fuga, dirigieron su atención al pillaje; finalmente se fueron en busca de su campamento. Pues así es la raza escita: cuando aún no han terminado de batir claramente al contrario y poseer el dominio de la batalla, arruinan su victoria con el pillaje. Toda la servidumbre que componía la retaguardia del ejército de Brienio se mezclaba con las filas de sus soldados a causa del miedo a los escitas y para no sufrir ninguna calamidad por culpa de ellos; como no paraba de presentarse gente que huía de las manos escitas, se originó una no pequeña confusión en las filas de Brienio, donde acabaron mezclándose unos estandartes con otros.

7. Entre tanto mi padre, que estaba rodeado, como decíamos antes, por el ejército de Brienio, vio a uno de los caballos imperiales, engalanado con el manto púrpura y los

fálaros dorados [16] y también vio que los portadores de las picas terminadas en doble hacha, los tradicionales acólitos del emperador, corrían cerca de él. Al ver esto, ocultó su rostro con la visera que pendía en torno a su casco y, lanzándose contra ellos con sus seis soldados, de los que antes hemos dado cuenta, derribó al escudero, capturó el caballo imperial, arrebató también al tiempo las hachas de doble filo e inadvertidamente abandonó el ejército. Cuando estuvo fuera de peligro, despachó aquel caballo de dorados fálaros y las picas con hachas de doble filo que marchan a ambos lados de la imperial persona, junto con un heraldo de voz muy potente con la orden de que recorriera todo el ejército gritando que Brienio había caído.

8. Esta estratagema, cuando fue realizada, logró que se reagruparan soldados del disperso ejército de mi padre, el gran doméstico de las escolas y los hizo retornar, mientras que animaba a otros a que se mantuviesen firmes. Éstos se quedaron inmóviles en el lugar que ocasionalmente ocupaban y, volviendo sus miradas hacia atrás, no daban crédito a tan insólito espectáculo. Se pudo entonces observar la nueva situación que se creó entre ellos: las cabezas de los caballos que montaban miraban hacia adelante, pero sus rostros estaban vueltos hacia atrás, sin que avanzaran hacia adelante y sin querer volver las riendas hacia atrás, por el contrario, estaban estupefactos y como desorientados por lo que ocurría.

9. Los escitas, que preferían regresar y emprendían la marcha hacia sus hogares, no perdían el tiempo persiguiéndolos, y con su botín erraban por aquella zona lejos de ambos ejércitos. El anuncio de que Brienio había sido capturado y muerto iba envalentonando a los que hasta entonces se habían comportado como cobardes y fugitivos; la noticia ofrecía las pruebas de su veracidad con la presencia en todas partes del caballo adornado de insignias imperiales y con el anuncio, que las solitarias picas con hachas de doble

(16) Atributos del emperador.

flio hacían, de que Brienio, al que ésas veíaban, había caído víctima de una mano enemiga.

VI. Victoria de Alejo y captura de Nicéforo Brienio.

1. Luego, la suerte del combate cambió de bando de la siguiente manera. Un deatacamento del contingente aliado turco alcsnzó al doméstico de las escolas Alejo y se percató de que había enderezado el curso del combste; mientras preguntsban dónde estaban los enemigos acompañaron a Alejo Comneno, mi padre, a una colins y a una señai de au mano sobre el ejército enemigo lo contemplaron como desde un pueato de observación; y éste era su estado: se hallaban confundidos sin haberse reagrupsdo sún y se comportaban con altivez, porque con ls victoria ya lograda se creísn fuera de peligro. Habían relajado su ímpetu sobre todo cuando loa francos que acompsñaban s mi psdre se pasaron a Brienio durante la anterior desbandada. En efecto, cuando estos francos hubieron bajado de los csballoa y le ofrecieron la mano, como es costumbre de su patria a la hors de rendir vasallaje, cada uno desde su puesto acudió junto a Brienio para observar lo que sucedís. Las trompetss proclamsron por todo el ejército la noticia de que los francoa se habían sumado a ellos tras abandonar al general en jefe Alejo.

2. Cuando los hombres de mi padre y los turcos recién llegsdos vieron que squéllos estabsn en una situación tan confusa, se dividieron en tres secciones y ordenaron que las dos primeras permaneciersn emboscsdas allí y que la tercera avanzara aobre el enemigo. Mi padre fue el responsable de la totalidad de ese plan de combate.

3. Los turcos no marchaban ordensdsmente en falange, sino por separado y en grupos que se msntenían por cada isdo a cierta distancia unos de otros. Luego, cada pelotón atacaba a los enemigos con uns csrga a caballo mientras lanzaban una densa nube de flechas. Los acompañaba también mi padre Alejo, que hsbís idesdo esa táctica completa, con todos loa soldados que las circunstancias le habían permitido reagrupar de entre los que estabsn dispersos. Entonces, uno de los inmortales que rodeaban a Alejo y que era valeroso y audaz se destacó con su cabsilo del resto de la formación y avanzó a galope tendido directamente contra Brienio. Y arremetió fuertemente con su lanza contra su pecho; pero Brienio desenvainó vehementemente su espada cuando la lanza sún no había logrado apoyarse con firmeza y la psrtió enseguida de un fuerte mandoble; al que intentaba alcanzarlo lo atacó con su espada en ls clavícula, le hizo impacto con todo su poder y le seccionó el brazo entero, coraza incluida.

4. Los turcos, que venían en oleadas, ensombrecísn el ejército enemigo con sus constantes disparos de dardos. Los hombres de Brienio estsban estupefactoa por este repentino ataque; sin embargo, tras reagruparse y recomponer las líneas, encajaban la intensidad del combate exhortándose mutuamente s comportsrse valientemente. No obstante, los turcos y mi padre tras un breve enfrentsmiento con los enemigoa fingieron huir, lo que arrastró pronto a los adversarios a una emboscada gracias a la artimaña con que los estaban atrayendo. Uns vez llegaron al lugar donde estaba prevists la primera celada, de un giro se pusieron frente a los hombres de Brienio y a una señai convenida, los emboscados salieron inmedistamente cabalgando de todas partes como enjambres y con mucho griterío y cismor y un constante lanzamiento de dardos enaordecieron los oídos de los partidsrios de Brienio y cubrieron de tinieblas sus ojos por el denso número de dardos que llovía de todas psrtes.

5. Entonces, por is imposibilidad del ejército de Brienio de ofrecer resistencia (todos los hombres y caballos estaban ya heridos), éste inclinó su estandarte indicando la retirada y dio la espalda a sus enemigos psra que arremetiesen contra ella. Sin embsrgo, Brienio a pesar del agotamiento del combate y de la intensa presión que sufrís mostraba su valor y su generosidad acometiendo sin cesar en una y otra dirección al adversario y organizando también sin cesar las medidas precisss psra la huida de modo correcto y valeroso. Contendían, asimismo, a csda uno de sus lados su hermano y su hijo, que en aquellos momentos dieron admi-

rables muestras a los enemigos de su heroico comportamiento.

6. Cuando ya su caballo estaba exhausto y no podía emprender ni la fuga ni la persecución (estaba próximo a expirar a causa de las sucesivas galopadas), reteniéndolo con la brida como un valeroso atleta, se plantó en posición de recibir y desafió a dos valientes turcos. Uno de ellos lo acometió con la lanza, pero no logró darle un golpe decisivo e iba a recibir de la derecha del turco otro más potente, cuando ya Brienio le había cortado con su espada la mano, que rodó por tierra aferrada a la lanza. El otro, saltando de su caballo como un leopardo, se precipitó sobre el caballo de Brienio y se agarró a su costado. Aquél estaba firmemente enganchado a éste, procurando subirsele a la espalda; y éste, revolviéndose como una fiera sobre sí mismo, quería clavarle a aquél su espada. Sin embargo, su empeño no encontraba la ocasión propicia y el turco que estaba aferrado a su espalda se agachaba siempre y esquivaba los mandobles. Finalmente, su derecha se dio por vencida de dar mandobles al aire y el atleta renunció; se puso entonces por entero a disposición de sus enemigos. Ellos lo cogieron y, como si hubieran alcanzado enorme gloria, lo llevaron a Alejo Comneno, que no se había situado muy lejos del lugar donde se capturó a Brienio y que estaba ordenando las falanges de los bárbaros y las suyas propias, mientras las excitaba para el combate.

7. Primero unos mensajeros habían anunciado a Alejo la captura de este hombre, después lo presentaron al general; y era realmente un espectáculo temible tanto durante la lucha, como cuando estaba cautivo. Dueño, pues, así de Brienio, Alejo Comneno lo envió prisionero al emperador Botaniates, sin tocarle para nada los ojos a este hombre. Pues no era Comneno de ese tipo de personas que se ensañan con sus oponentes tras su captura y consideraba suficiente castigo ser prisionero de guerra. Fueron, por tanto, sus grandes cualidades de nobleza, humanidad y generosidad las que también mostró con Brienio.

8. En efecto, tras su captura, durante una ocasión en que llegaron a un lugar llamado (...) después de haber recorrido un trecho bastante grande de camino, le dijo a Brienio con intención de que el hombre se recuperara de su pena dándole favorables expectativas: "Bajemos del caballo y sentémonos un poco para descansar." Pero él, temeroso del peligro que corría su vida, estaba como loco y no necesitaba reposo alguno. ¿Pues cómo podría hacerlo quien da por perdida su propia existencia? No obstante, pronto se doblegó al deseo del general. Pues si la persona sometida obedece a todo lo ordenado, en el caso de que sea un prisionero de guerra, lo hace aún más.

9. Los caudillos, por consiguiente, desmontaron de los caballos; Alejo yacía recostado sobre la verde hierba como sobre un lecho de follaje, y Brienio mantenía la cabeza apoyada sobre la raíz de una encina de alta cabellera. El uno dormía y al otro no lo vencía el dulce sueño, como se expresa la amable poesía [17]. Pero se fijó en la espada de Alejo y la estuvo contemplando colgada de las ramas; como no veía a nadie por ningún lado en ese momento, rehaciéndose de su desazón, se le ocurrió una idea bastante audaz que consistía en matar a mi padre. Rápidamente hubiera llevado a cabo su resolución, si no hubiera sido porque una fuerza divina procedente de lo alto se lo impidió, le calmó la furia de su ánimo y lo inclinó a observar con benevolencia al general. Yo misma pude oírle frecuentemente contar este relato. Le es legítimo, a quien quiera, pensar por ello que Dios guardaba a Comneno para un puesto de mayor rango, ya que era su deseo que el cetro de los romanos fuera honrosamente reclamando por él. Si le ocurrió a Brienio después de esto alguna desgracia no deseada, es responsabilidad de algunos que rodeaban al emperador. Mi padre es inocente [18].

(17) Il., XIV, 398; Il., II, 2.
(18) Según Nicéforo Brienio, Borilo, de quien se hablará por extenso en el libro II (Leib. I, p.28, n.1). Obsérvese el hincapié en declarar la elección divina de la persona del emperador

VII. Basilacio se rebela contra Botaniates. Alejo es encargado de someterlo.

1. Así concluyó, por tanto, el episodio relacionado con Brienio; pero mi padre Alejo, el gran doméstico, no iba a permanecer tranquilo e iría de contienda en contienda. Borilo, el bárbaro más próximo a Botaniatas de los que formaban su círculo, salió de la ciudad, se encontró con mi padre, al gran doméstico, y tras arrebatarle a Brienio de sus manos, hizo lo que hizo. Ordenó también a Alejo de parte del emperador que marchara contra Basilacio, que ahora se ceñía la diadema del imperio y sublevaba occidente sin cortapisas después de la rebelión de Brianio. En efecto, aste Basilacio era uno de los hombres más admirados por su valentía, coraje, audacia y fuerza; además, esta hombra por sus ansias de poder fue acaparando cargos y títulos de muy elevado rango, intrigando para conseguir unos y usurpando otros. Cuando Brienio fue sometido, Basilacio, como si fuese su sucesor, asumió todos los presupuestos de la rebelión.

2. Comenzando desde Epidamno (la capital del Ilírico) había llegado hasta la ciudad de los tesalios [19], tras haber sometido por sí mismo toda la región y haberse elegido y proclamado emperador, mientras trasladaba el ejército errante de Brienio a donde quería. Este hombre era también admirado por las dimensiones de su cuerpo, la fuerza de sus brazos, la severidad de su rostro, cualidades que cautivan antes que otras a esa grosera clase de los soldados. Ésta no para mientes en el alma, ni se fija en la virtud, sino que se detiene en las virtudes del cuerpo admirando la osadía, la fuerza, la agilidad y la estatura, juzgándolas dignas de la púrpura y de la diadema. Basilacio, que poseía estas cualidades no sin nobleza, poseía también una valentía inconmovible; ésta tenía un cierto aire y aspecto digno por entero de ostentar el poder. Poseía una voz tonante, capaz de aterrar a todo un ejército y un grito suficiente para congelar el valor en el alma. Era invencible en sus arengas cuando intentaba, indistintamente, animar al soldado al combate o desanimarlo para que huyera. Como este hombre salió en campaña con tan ventajosas cualidades, tomó, como decíamos, la ciudad de los tesalios y reunió en torno a sí un ejército imbatible.

(19) Tesalónica.

3. Pero mi padre Alejo Comneno, como si fuera a enfrentarse a un enorme Tifón o un Gigante de cien brazos, tras despertar toda su astucia militar y su valiente inteligencia, estaba listo para combatir con su contrincante. Y aunque todavía no se había sacudido el polvo de sus últimas acciones ni había lavado la sangre de la espada ni de sus manos, marchaba como un terrorífico león hacia Basilacio, un jabalí de salientes colmillos, con su cólera despierta. Llegó, en efecto, al río Bardario, pues así lo denominan en el lugar. Éste fluye desde lo alto de los montes cercanos a Misia y tras cruzar muchos lugares y separar en una parte oriental y otra occidental las carcanías de Berrea y Tesalónica, desemboca en nuestro mar meridional. Algo semejante les ocurre a los ríos mayores. Una vez que mediante un cúmulo de tierras de aluvión ascienden a un nivel importante, entonces fluyen sobre tierras bajas, como si cambiaran sus primeros lechos, y abandonando su antiguo curso seco de humedad y falto de agua, cubren el que recorren ahora de caudalosas corrientes.

4. Así pues, como existían dos cauces, el antiguo lecho y el curso recién creado, después de contemplar al terreno entre ambos, al gran estratega Alejo, mi padre, fijó como barrera de seguridad al torrente del río y utilizó el antiguo curso, que se había convertido en un foso por el flujo de la corriente, como una trinchera natural; tras esto montó el campamento. No había más de dos o tres estadios de distancia entre uno y otro cauce. Pronto todos estuvieron enterados de que el momento para descansar sería el día, durante el que harían reposar sus cuerpos con el sueño y darían a los caballos suficiente forraje, pues durante la noche permanecerían en vela esperando un ataque por sorpresa de los enemigos.

5. Creo que estas disposiciones las había adoptado mi padre por sospechar durante esa noche alguna peligrosa

tentativa proveniente de los enemigos. Esperaba que éstos lo atacaran, ya sea porque lo previera gracias a su abundante experiencia, ya sea por conjeturas de otra índole. El caso es que no dio largas a las disposiciones que pedía su predicción, como tampoco sucedió que su pronóstico no tuviera la contrapartida de la puesta en práctica de aquéllas, y una vez levantada su tienda, salió al lado de sus hombres con armas, caballos y toda la impedimenta necesaria para la batalla; dejó en el campamento lámparas encendidas por todas partes y confió su tienda con su equipaje completo y con el material que llevaba dentro y que preciaba para avituallarse a un tal Yoanicio, uno de sus familiares más cercanos, que hacía tiempo había escogido la vida monástica. El general se alejó un buen trecho y ocupó sus posiciones con el ejército armado, aguardando el curso de los acontecimientos; había tramado esto con idea de que Basilacio, cuando viera las hogueras encendidas por todas partes y la tienda de mi padre iluminada, creyese que éste se encontraba descansando en ella y, como consecuencia, que podía capturarlo y someterlo.

VIII. Primer enfrentamiento con las tropas de Basilacio tras una estratagema de Alejo.

1. No erró mi padre en su predicción, tal como la hemos relatado. Efectivamente, como se esperaba, Basilacio atacó de repente el campamento a la cabeza de un ejército de jinetes e infantes que contaba con unos diez mil hombres aproximadamente. Encontró por doquier tiendas iluminadas con hogueras y, cuando vio también la tienda del general iluminada, entró con ímpetu en ella gritando agitada y tumultuosamente. Como no aparecía por ningún sitio la persona que esperaba hallar y no se presentaban ni soldados ni general, sino unos pobres sirvientes abandonados, todavía gritaba más y preguntaba estentóreamente: "¿Dónde está el tartamudo?" Con esas palabras pretendía burlarse del gran doméstico. Sin embargo, mi padre, con ser elocuente y original como ningún orador en sus ocurrencias y argumentaciones, cuando pronunciaba la ere la lengua se le descontro-

laba levemente y se le replegaba de modo imperceptible; en los demás sonidos hacía gala de una pronunciación fluida.

2. Mientras Basilacio le gritaba esos insultos, buscaba y revolvía todas las cosas, cofres, divanes, equipajes y hasta la propia cama de mi padre, no fuera que el general estuviera oculto entre alguno de estos enseres. Simultáneamente, miraba al monje llamado Yoanicio; en efecto, la madre de Alejo se preocupaba afanosamente de que en todas sus campañas tuviera como compañero de tienda a alguno de los más honorables monjes, y aquel complaciente hijo obedecía la voluntad materna como lo había venido haciendo desde su infancia y su juventud y hasta que se unió a una mujer. Basilacio buscaba entre todos los objetos de la tienda y, según palabras de Aristófanes [20], mientras escudriñaba las tinieblas del Erebo, no dejaba de interrogar a Yoanicio sobre el doméstico; pero el monje sostenía con firmeza que había salido antes con todo el ejército. Cuando reconoció que era víctima de un enorme error, se retractó de sus intenciones y cambiando de un tono de voz a otro, gritaba: "Soldados y compañeros, hemos sido engañados: el combate se entablará fuera de este sitio."

3. No había concluido sus palabras, cuando mi padre Alejo Comneno los atacó mientras estaban saliendo del campamento, asaltándolos enérgicamente con unos pocos soldados de su ejército. Al percatarse de que alguien estaba colocando en orden las falanges (en efecto, como la mayor parte de los soldados de Basilacio se habían entregado al pillaje y a la recogida de botín -hecho que entraba dentro de las primeras predicciones de mi padre-, aún no habían logrado reagruparse y restablecer sus líneas, cuando desgraciadamente para ellos los atacó el gran doméstico de improviso), una vez identificado el hombre que se dedicaba a restablecer la formación, y pensando bien por su estatura bien por la brillantez de sus armas (le refulgían las armas por el reflejo de las estrellas) que aquél era el famoso Basilacio, se lanzó a su encuentro e impetuosamente le alcanzó de un mandoble en

(20) Aristófanes, Nubes, 192.

la mano. Ésta, al instante, cayó con la espada por tierra, lo que turbó grandemente a la falange. Pero no se trataba de Baallacio, alno de uno de loa más vallentea partidarloa de Baallacio, que en nada deamerecía de Baallacio en laa manifestacionea de su valentía.

4. Aaí puea, Alejo ae batía duramente contra ellos, loa alcanzaba con sua dardos, los hería con su lanza, profería aullidos de guerra, ae hundía en la noche, aprovechaba todo lugar, ocaalón e inatrumento para la victoria y se aervía de todoa estos recuraoa vallentemente, con imperturbable preatancia y firme intención; y, aunque se encontraba con gente que huía en todaa direcciones, aiempre sabía diatingulr al enemigo del amigo. Cuando un capadocio llamado Gulea, voluntarioao aervidor de mi padre, diestro con au mano, de ímpetu invencible en el combate vio a Baallacio y lo reconoció con flabilidad, le propinó un mandoble en el yelmo. Pero le pasó lo que a Menelao frente a Alejandro: au eapada, rota en trea o cuatro partes, cayó de aua manos dejando la empuñadura en la mano. Cuando el general lo vio, al momento ae puao a inaultarlo por no tener eapada y lo llamó cobarde; pero el soldado, mostrando la empuñadura, lo único que le quedaba de su eapada, procuraba calmar al gran doméatico.

5. Otro, un macedonio de nombre Pedro y de apellido Tornicio, cayó en medio de los enemigos y mató a muchos de ellos. La falange de Baallacio seguía ignorando los aconteclmientos, puea, como el combate ae había entablado en la oscuridad, nadie era capaz de ver lo que eataba ocurriendo. Comneno ae arrojó contra la sección de la falange que aún no se había diaperaado, hiriendo a loa que ae le enfrentaban. Luego se volvió hacia sua aoldadoa y de nuevo ae afanaba para que deatruyeran lo que aún realstía de la falange de Baallacio, mientras mandaba emisarios a los de retaguardia y les ordenaba no vacilar y que lo siguieran rápidamente hasta darle alcance.

6. En eato, un celta de la guardia del doméstico, por contarlo brevemente, valerpao aoldado y lleno del espíritu de Ares, al ver que mi padre acababa de salir de entre loa enemigos, con la espada desnuda, exhalando una cálida

transpiración de sangre y, considerándolo uno de los enemigoa, cayó a peso aobre él, lo acometió con la lanza sobre el pecho y pronto hubiera desplazado al general de la silla, al no es porque él mismo, aimultáneamente, ae afirmó en la alla y llamó al celta por au nombre, amenazándolo con cortarle enaeguida la cabeza con au espada. Él siguió contándose entre loa vivos gracias a que se excusó alegando el desconocimiendo de au identidad y la confuaión provocada por la noche y el combate.

IX. Alejo derrota a Baallacio y es nombrado sebasto por el emperador.

1. Éaos fueron los hechos que realizó de noche el doméstico de laa eacolas en colaboración con unos pocos. Cuando acababa de sonreír el día y el aol aobrepasaba el horizonte, loa jefes de las falanges de Baallacio ae afanaron con todas sua fuerzas en reagrupar a los que se habían dedicado al pillaje y habían abandonado la batalla. El gran doméatico, por au parte, había recompueato su ejército y se lanzaba de nuevo contra Baallacio. Los hombres del doméatico vieron entonces de lejoa a algunos soldados de Baallacio y traa una impetuosa ofensiva, retornaron junto a su jefe trayendo consigo algunos prialoneroa.

2. Manuel, el hermano de Baallacio, animaba al ejército desde una colina gritando estentóreamente iza alguientes palabras: "Hoy ea el día de la victoria de Baallacio." Un hombre llamado Baallio y de apellido Curticio, gran amigo del famoso Nicéforo Brienio, cuyaa peripecias ha contado nuestra hiatoria y como éate también incontenible cuando de la guerra ae trataba, avanzó a la carrera y dejó las filaa de Comneno en dirección a la colina. Manuel Baallaolo, a su vez, aacó la espada de la vaina y, sueltas todaa las riendaa, se lanzó impetuosamente contra él. Curticio le aseató un golpe en el yelmo no con la eapada, alno sacudiendo la maza que colgaba de au silla de montar y el adveraario al inatante cayó derribado del caballo; luego, arrastrándolo prialonero, se lo llevó a mi padre como botín. Entre tanto, los reatos del ejército de Baallacio, al ver que Comneno aparecía con sua

propias tropas, se dieron a la fuga tras una corta resistencia. Basilacio huía delante y Alejo Comneno lo perseguía.

3. Cuando alcanzaron Tesalónica, los tesalonicenses no vacilaron en acoger a Basilacio y abrieron enseguida las puertas al general. Pero tampoco a pesar de esta contrariedad desistió mi padre de su propósito, ni se desprendió de la coraza, ni se despojó del yelmo, ni quitó el escudo de sus hombros, ni arrojó la espada; por el contrario, tan pronto como hubo acampado, amenazó sin miramientos a la ciudad con someterla al asedio y al pillaje. Como quería salvar al hombre, le propuso la paz a Basilacio por mediación de su acompañante Yoanicio (hombre de reconocida virtud) con unas condiciones que ofrecían a Basilacio la seguridad de no sufrir ninguna represalia a cambio de su entrega y la de Tesalónica. A pesar de la desconfianza de Basilacio, los tesalonicenses decidieron dejar el paso franco a Comneno por temor a que tomara la ciudad y a tener que soportar terribles calamidades.

4. Sin embargo, Basilacio, cuando se enteró de lo que estaba haciendo la población, se trasladó a la acrópolis, a la que ascendió desde la ciudad. Y ni aún en estas circunstancias renunciaba al combate y a las batallas, por más que el doméstico le asegurara que no le sucedería nada irremediable. Antes al contrario, Basilacio solía comportarse como un hombre íntegro en los momentos críticos y apurados. No consintió en empañar su valor y gallardía, hasta que ocupantes y defensores de la acrópolis, tras expulsarlo de común acuerdo, lo entregaron a su pesar y por la fuerza al gran doméstico.

5. Cuando Alejo hubo informado al emperador de la captura de Basilacio, permaneció un poco de tiempo en Tesalónica y restableció la situación en la ciudad para emprender finalmente el regreso brillantemente coronado. Pero unos enviados del emperador llegaron a mi padre entre Filipos y Anfípolis y, tras ponerle en la mano las órdenes dictadas por el emperador sobre aquel hombre, se hicieron cargo de Basilacio, lo condujeron a un lugar llamado Clempina y cerca de la fuente que hay allí lo privaron de la vista; desde

el momento en que se produjo este hecho y hasta hoy la fuente se llama fuente de Basilacio.

6. Éste fue para el gran Alejo, como si fuera un Heracles, el tercer trabajo previo a su ascenso al trono. No faltaríamos a la verdad si identificáramos a Basilacio con el jabalí de Erimanto y a mi padre Alejo con un valerosísimo Heracles vivo entre nosotros. Queden, pues, ahí los éxitos y las hazañas de Alejo Comneno, por todos los cuales recibió como recompensa del soberano la dignidad de sebasto [21] con una proclamación pública de este cargo ante el senado.

X. Comienzo del análisis del peligro normando. Descripción de Roberto Guiscardo.

1. Según creo, igual que hay cuerpos que padecen enfermedades por causas externas e igual que en algunos otros las causas de las enfermedades se generan en su mismo interior, y de acuerdo con uno u otro motivo acusamos con frecuencia a las irregularidades del clima o a algunas cualidades de los alimentos los orígenes de las fiebres y, en otras ocasiones, achacamos la enfermedad a la descomposición de los humores, del mismo modo el débil organismo de los romanos en aquella ocasión generó, como una mortal enfermedad, o bien a esos mencionados hombres, es decir los Urselios, Basilacios y cuantos componen la masa humana ansiosa de poder, o bien los vaivenes de la fortuna nos trajeron del exterior a unos déspotas, como si fueran un mal irremediable y una enfermedad incurable, es decir el famoso Roberto, conocido por sus tiránicas intenciones, hombre jactancioso al que generaron las tierras de Normandía y que parió y crió una perversidad sin límites.

(21) "Los títulos, puras dignidades honoríficas, conferidas por la entrega de una insignia, con o sin diploma,(...) se dividían en dos grandes categorías: las reservadas a los "hombres con barba" y a los eunucos." (CONSTANTIN PROPHYROGÉNETE. Le livre des cérémonies, ed. de A. Vogt. París, 1967, tomo I (comentarios), p. 10 y ss. Para la titulatura de la corte bizatina ver también, CODINO, Jorge. De officiis, P.G. 157, col. 29 y ss.

2. El imperio de los romanos se atrajo una enemistad de tal importancia por el pretexto que le habían dado para sus guerras contra nosotros un compromiso matrimonial concertado con los bárbaros y no ajustado a nuestros intereses y, en especial, la negligencia del entonces reinante Miguel, perteneciente al linaje de los Ducas. Y si acuso a algunos de mis parientes consanguíneos (en efecto, la familia de mi madre procede de los Ducas), que nadie se enoje; he decidido escribir la verdad de todos los acontecimientos y en lo que a ese hombre respecta no hago más que reflejar los reproches que todos le han hecho. Dicho soberano, Miguel Ducas, comprometió a la hija de ese bárbaro con su propio hijo Constantino y este hecho fue el que provocó los ulteriores conflictos. Sobre Constantino, hijo de este emperador, sobre su compromiso matrimonial y, en suma, sobre el matrimonio con la bárbara y, lógicamente, sobre qué grado de belleza, qué estatura tenía este hombre, qué carácter y de qué clase, hablaremos en su momento, cuando deba lamentar las desgracias que sufrí, es decir, tan pronto como esté concluida la exposición de los hechos relacionados con este matrimonio y con la destrucción total del poderío de los bárbaros, seguida de la consiguiente ruina de los tiranos normandos, que fueron víctimas de una irracionalidad que los alentaba a ir contra el imperio de los romanos.

3. Sin embargo, antes debo volver atrás en la historia y detallar la peripecia vital de Roberto, esto es, aclarar su linaje, su categoría social, el poder y el rango a que lo elevó el curso de los acontecimientos, o por expresarme mejor y de forma piadosa, el puesto hasta el que lo dejó avanzar la providencia, consintiendo sus malas artes y tretas.

4. Roberto era de origen normando y de irrelevante cuna; tenía pensamientos propios de un tirano, un temperamento astuto y una fuerza considerable; era muy hábil para obtener la riqueza y el rango de las personas importantes y el más irrefrenable a la hora de actuar por su implacable perseverancia en la consecución de los objetivos que se marcaba. En lo relativo a su talla, su cuerpo era tan alto que superaba a los hombres de mayor altura, su tez era rubicunda, su cabellera rubia, tenía anchas espaldas, sus ojos eran (...), pero no sólo destelia-

ba el fuego desde ellos. Donde la naturaleza exigía anchura era proporcionado y donde exigía estrechez, se conservaba la misma tendencia a la armonía, tal como he oído a muchos decir en numerosas ocasiones. En cuanto a su voz, Homero dijo lo mismo respecto a Aquiles: una vez que él había terminado de hablar, los que oían se quedaban con la impresión de un tumulto producido por mucha gente y su grito, según dicen, puso en fuga a millares de hombres. Gracias a estas cualidades, tanto físicas como psicológicas, con que la fortuna lo había dotado, era indomable, como es lógico, y no aceptaba ningún tipo de subordinación a nadie; pues estas son las características que adornan a las personalidades fuertes, aunque sean de baja extracción social.

XI. Inicios de las fechorías de Roberto Guiscardo. La traición que cometió con su suegro Guillermo Mascabeles.

1. Como tenía esa forma de ser y no soportaba que nadie lo mandase, partió de Normandía con algunos caballeros (cinco eran los caballeros y treinta todos los infantes), salió de su patria y se dedicó a merodear por las colinas, las cuevas y los montes de Longibardía al mando de una partida de bandidos, con los que asaltaba a los viandantes y tan pronto capturaba caballos, como otro botín o armas. El prólogo de su vida estuvo teñido de derramamientos de sangre y de numerosos asesinatos.

2. Mientras consumía el tiempo por los andurriales de Longibardía, reparó en él Guillermo Mascabeles, que era en aquella época señor de la mayor parte de los territorios colindantes con Longibardía y de donde recaudaba anualmente grandes impuestos, con los que podía ejercer su autoridad sobre abundantes fuerzas militares; era, en suma, un ilustre caudillo. Como se daba cuenta del tipo de persona que era Roberto en ambos aspectos, es decir, su carácter y su físico, se fue aproximando irreflexivamente a este hombre y acabó por comprometerlo con una de sus hijas. Al poco tiempo de haberse celebrado el matrimonio y a pesar de la admiración que Guillermo sentía por su temperamento y

su experiencis de los asuntos militares, frscssó sin remisión en los pisnes que habís conceibido.

3. En efecto, Guillermo le hsbía regaisdo como dote una ciudad y lo había honrado con otrss muestras de smistsd. Pero Roberto, que abrigaba intenciones hostiles para con él, planeó una rebellón contra su suegro; primero estuvo fingiendo su buena disposición, mientrss aumentabs sus fuerzss hsta triplicar el número de sus cabsiieros y procurarse el doble de infantes de los que tenía antes. Tan pronto como hubo llegado a este nivel de poder, empezó a agotarse la fuente de la que manaban sus buenss disposiciones e iba desenmascarando psulatinamente su perversidsd.

4. No dejsba de dar y recibir motivos de escándalo y de tener continuamente actitudes de las que suelen surgir luchas y guerras. Como el citsdo Guillermo Msscabeles lo supersbs holgadsmente en riqueza y poder, Roberto rechszó la idea de hacerle frente en una batalla cara a cara y tramó un malévolo plan. Simuló buena voluntad, figuró arrepentimiento y planeó un ingenioso y pérfido engaño en contrs de su suegro que consistís en adueñarse de sus ciudades y convertirse en señor de todss las posesiones de Mascsbeles.

5. Primeramente, pidió la paz y envió una embajada pars concertar uns reunión de smbos frente a frente; Guillermo acogió favorablemente las propuestas de paz por el extraordinario amor que sentia hacia su hija y concertó el encuentro pars uns fecha próxims. Roberto, a su vez, le señaló el lugar donde convendrla reunirse pars dialogar y ponerse de acuerdo en los puntos concretos del trstsdo. Ers un sitio donde había dos colinas que sobresalían con pareja altura sobre una llanura y que estsban opuestas dismetralmente. La zons intermedia ers pantanosa y se proyectsbs en ella la sombra de diversos árboles y arbustos. En aquel mismo sitio emplazó Roberto a cuatro valerosos hombres armados y emboscados con la orden de que vigilaran atentamente en todas direcciones y cusndo viersn que él reñís con Guillermo, saltaran inmediatamente sobre éste sin la más mínims pérdida de tiempo. Una vez, pues, concluidos los

preparstivos de la trampa, aquel malvadisimo Roberto abandonó una de iss colinas, la que había indicado a Mascabeles como apropisda para entabisr las negociaciones, y se apropió en cierto modo de la otra; tomó consigo quince jinetes y unos cincuenta y seis infantes, ascendió a la colins, los orgsnizó en esta posición, les comunicó todo su pisn a los más destacados de los soldados y le ordenó a uno que llevars sus armas, es decir, su escudo, su yelmo y su espada, s fin de poder armarse con facilidad llegado el momento; finalmente relteró a los custro emboscados la orden de que, cuando vieran que reñía con Mascabeles, corrieran rápidamente hacia él.

6. En el día señalado Guillermo llegó, con intención de ultimar su tratsdo con Roberto, a las proximidades de la elevación que prevismente éste le hsbía indicado. Cuando Roberto vio que aquél se iba acercsndo, ssiió a su encuentro montado en su caballo y lo saludó abrazándolo muy calurossmente. Luego, ambos se situaron en una pendiente que estaba un poco por debajo de la cima de la colina y comenzaron a tratsr lo que pensaban hacer. Aquel hábil Roberto iba consumiento el tiempo, entrelszando discurso tras discurso hasta que dijo a Guillermo: "¿Por qué seguimos cansándonos montadps a caballo? Desmontemos, sentémonos en el suelo y trataremos con mayor comodidad los ssuntos que sea menester." Mascabeles secundó sus psisbrss, el ingenuo, desconociendo el engaño y la trampa a que era llevado. Nada más ver a Roberto desmontar del csballo, también él descendió a tierrs, clavó su codo en el suelo y continuó la conversación. Roberto reconoció su vasallaje a Mascabeles y su fidelidad, llamándolo señor y bienhechor. Algunos de los hombres de Mascabeles, tan pronto como vieron que aquéllos desmontabsn y que emprendlan sparentemente otra charla, ataron las rlendas alrededor de las rsmas de los arbustos y se reclinaron en el suelo pars refrescsrse a la sombra de caballos y árboles, fstigados por el cslor y la fslta de comida y bebida (era verano, la estación en que el sol suele arrojsr sus rayos en vertical y el calor se convierte en insoportable) y otros se marcharon s casa.

7. Así estaban los hombres de Mascabeles; a su vez, el siempre hábil Roberto, que tenía prevista esta reacción, se precipitó de repente sobre Mascabeles, abandonó la mirada que hasta entonces había mantenido, la cambió por otra llena de furor y le puso encima a Mascabeles su mano asesina. Se produjo entonces una refriega: tan pronto atacaba Roberto, como era atacado, o arrastraba y era arrastrado; al final ambos cayeron rodando pendiente abajo. Cuando los cuatro hombres emboscados los vieron, salieron del pantano y cayeron a la carrera sobre Guillermo; una vez lo tuvieron bien atado, corrieron al encuentro de los caballeros de Roberto situados en la otra elevación, si bien ellos ya venían cabalgando en su dirección por la pendiente, seguidos a distancia por hombres de Guillermo. Roberto subió al caballo, tomó yelmo, lanza, los aferró fuertemente y, cubriéndose con el escudo, se volvió y acometió con su lanza a uno de los hombres de Guillermo, que perdió la vida al tiempo de recibir el lanazo.

8. Tras repeler en el mismo instante el ataque de los jinetes de su suegro y frustrar el auxilio que venían a prestarle (los restantes dieron enseguida la espalda, al ver que los jinetes de Roberto estaban por encima de sus cabezas y que estaban apoyados por la naturaleza del terreno), tras frustrar de esta manera Roberto el ataque de los caballeros de Mascabeles, éste fue conducido prisionero y encadenado a la fortaleza que Mascabeles había dado a Roberto como regalo de boda en el momento de comprometerlo con su hija. En consecuencia, la plaza fuerte retuvo a su propio señor como cautivo, por lo que fue llamada Prisión, como es lógico, a partir de aquel momento. Pero nada es peor que relatar la crueldad de Roberto, porque, una vez convertido en dueño absoluto de Mascabeles, se dedicó primero a arrancarle todos los dientes y a pedir por cada uno de ellos una importante cantidad de monedas, al tiempo que se informaba de dónde estaban depositadas. Como no cesó de desdentarlo hasta que se hubo apropiado de todo su dinero, las riquezas y los dientes abandonaron simultáneamente a Mascabeles; luego, fijó su mirada en los ojos de Guillermo y lo privó de la vista, porque le envidiaba hasta la mirada.

XII. Roberto concibe el plan de apoderarse del imperio y engaña a su gente para que lo secunden.

1. Una vez convertido en dueño de todas las posesiones de su suegro, a partir de este instante empezó a medrar día a día y, por su natural inclinación a acumular mayor poder, iba sumando a las ciudades que ya poseía otras nuevas ciudades y a sus riquezas otras riquezas. En breve ascendió a la dignidad de duque y se denominaba duque de Longibardía. Como consecuencia, a partir de ese momento todos se exaltaban de envidia en contra de él. Pero Roberto, que era un hombre inteligente, acabó por asumir el control total sobre Longibardía y sobre las regiones colindantes, bien sirviéndose de la adulación con sus adversarios, bien aplacando con regalos los tumultos del pueblo, o reprimiendo con su ingenio la envidia de los notables contra él y, en alguna ocasión, apelando a las armas.

2. Roberto, que siempre aspiraba a tener mayor poder y que estaba proyectando sus pensamientos sobre el imperio de los romanos, con el pretexto de su parentesco con el emperador Miguel, como dije, se lanzó a la guerra contra los romanos. Habíamos dicho antes que el soberano Miguel, no sé cómo, prometió a su hijo Constantino con la hija de ese tirano (Helena se llamaba).

3. Me emociono y se me turban el alma y los pensamientos, cada vez que me acuerdo de este joven; pero dejo pendiente la narración de los hechos relacionados con él hasta que llegue el momento oportuno. Solamente no me resisto a decir lo que sigue, aunque esté fuera de lugar: aquel muchacho era un prodigio de la naturaleza y un regalo de las manos de Dios, por así decir. En efecto, sólo con mirarlo se hubiera llegado a la conclusión de que era una pervivencia de la poetizada edad de oro de los griegos [22], tan arrebatadora belleza tenía. Cuando recuerdo a este joven después de tantos años, yo me cubro de lágrimas; pero contengo mi llanto y lo administro pensando en ocasiones más

(22) Se trata de Constantino Ducas, hijo de Miguel Ducas y de María de Alania. Cfr. nota 1.

adecuadas y para no confundir la historia mezclando los elogios dedicados a los míos con los relatos históricos.

4. Este joven, de quien hemos hablado aquí y en otras partes, era mayor que nosotros en edad y antes de que nosotros viéramos la luz del sol, se convirtió en prometido puro e inmaculado de Helena, la hija de Roberto; la promesa de matrimonio quedó por escrito, a pesar de lo cual no llegó a cumplirse y quedó sólo en promesa, ya que este muchacho era aún impúber por la edad que tenía. Dicha promesa fue rota en el momento en que el emperador Nicéforo Botaniates accedió al Imperio. Pero me he desviado del curso de mi narración; volveré de nuevo al punto en que me desvié.

5. En suma, el famoso Roberto, que había pasado de tener un origen muy oscuro a ser hombre de ilustre linaje y que había acumulado un inmenso poder en su persona, conjuraba para convertirse en monarca de los romanos. Se inventó, en consecuencia, una serie de pretextos creíbles para su odio y sus guerras contra los romanos. De estos hechos se da una doble interpretación.

6. Una, que corría de boca en boca hasta que llegó a nuestros oídos, decía que un monje llamado Réctor, haciéndose pasar por el emperador Miguel, desertó al bando de Roberto y en calidad de consuegro se lamentaba de sus personales desgracias. El citado Miguel había recogido el cetro de los romanos tras el reinado de Diógenes y, después de estar al mando del Imperio durante un breve tiempo, fue derrocado por Botaniates, que se había rebelado contra él; entró, entonces, en la vida monástica para posteriormente vestir el hábito episcopal, la tiara y, si se quiere, incluso la epómide. Este fue el consejo que le dio el césar Juan, su tío por parte de padre, que conocía el carácter voluble del que entonces gobernaba y temía que Miguel sufriese algún daño.

7. El mencionado monje Réctor, al que llamaríamos mejor el actor más atrevido de todos los tiempos, fingió ser Miguel. Acudió al lado de Roberto como consuegro y lo puso al corriente de los hechos relacionados con la injusticia que

se había cometido contra él, es decir su derrocamiento del trono imperial y el infortunio que lo tenía reducido al estado que presentaba. Por todos estos agravios invocaba al bárbaro en su defensa; y añadió que había dejado sin recursos y sin prometido alguno a la hermosa y joven doncella Helena, mientras decía enojado que la emperatriz María [23] y su hijo Constantino habían sido arrastrados al partido de Botaniates contra su voluntad y obligados por el despotismo de éste. Con estas palabras iba excitando la cólera del bárbaro e iba ofreciéndole las armas que precisaba para la guerra contra los romanos. Cuando semejante relato llegó a mis oídos, no me asombré de que algunos personajes de muy oscuro linaje se fingieran seres ilustres y de noble origen.

8. Tengo presente, sin embargo, otra interpretación más creíble que proviene de otras fuentes; no hubo ningún monje que se fingiera el emperador Miguel, ni nada parecido que incitara a Roberto a combatir contra los romanos, sino que el bárbaro mismo, que era muy astuto, elaboró el citado plan sin dificultad. Esta versión continúa así: el mismo Roberto, según dicen, persona carente de cualquier tipo de escrúpulos, había estado gestando la idea de emprender la guerra contra los romanos y había estado preparándose desde mucho tiempo atrás para el combate, pero algunos de sus más señalados partidarios, incluida Gaita, su propia mujer, había puesto impedimentos a su plan porque pensaban que iba a encabezar una guerra injusta y que estaba haciendo preparativos bélicos contra cristianos; por ello debían retenerlo con frecuencia en el momento en que estaba a punto de intentar semejante empresa. Roberto, a su vez, con el deseo de dar un fundamento convincente a la excusa de la guerra, envió unos hombres a Cotrone que estaban al corriente de sus secretos proyectos y que tenían órdenes de acoger, confraternizar y conducir a su presencia al primer monje que vieran con intención de cubrir la travesía hacia Italia, para ir en peregrinación al templo de los dos principales apóstoles y patronos de Roma [24] y que por su aspecto no pareciera excesivamente vulgar. Tan pronto como

(23) María de Alania. Cfr. nota 10.
(24) San Pedro y San Pablo.

encontraron al citado Réctor, hombre taimado y de inigualable perversidad, le indicaron por carta a Roberto, que estaba en Salerno, lo que sigue: "Tu deudo Miguel, el que ha sido despojado del poder imperial, ha llegado para solicitar tu auxilio." En efecto, Roberto les había ordenado que redactaran en esos términos la carta que iba a ser dirigida a él.

9. Nada más tenerla en sus manos, se la leyó inmediatamente a su esposa; luego convocó a todos los condes y también les enseñó la carta a fin de verse libre de obstáculos provenientes de ellos con el pretexto de haber asumido sin dilación una causa justa. Muy pronto todos se mostraron de acuerdo con la decisión de Roberto y de este modo se presentó ante el monje y concluyó un convenio. Roberto organizó entonces una auténtica obra de teatro con todos estos elementos y montó una puesta en escena; fingió que aquel monje era el emperador Miguel, que éste había sido despojado del trono, privado de su mujer, de su hijo y de todos los demás bienes por el tirano de Botaniates y que, injustamente y contra toda razón justa, lo habían obligado a vestir el hábito monástico en lugar de las bandas y la diadema. Finalmente, añadió: "Ahora ha llegado suplicante a nuestra presencia."

10. Roberto se expresaba así públicamente, mientras tomaba medidas para restituirlo en el imperio debido a su parentesco y mientras hacía diariamente a aquel monje objeto de honores, como si se tratase en realidad del emperador, concediéndole la presidencia en los actos públicos, los asientos de mayor altura y extraordinarias muestras de respeto; y estructurando sus intervenciones públicas de diversas maneras, tan pronto buscaba la compasión por los sufrimientos de su hija, como deseaba ahorrarle a su consuegro el recuerdo del daño que había sufrido o alentaba y excitaba a los bárbaros que lo rodeaban para la guerra con astutas promesas de montañas de oro que, les anunciaba, obtendrían del imperio de los romanos.

11. En fin, gracias a que atrajo su atención, logró alzar en armas tanto a los más ricos como a los más pobres de Longibardía y, aprovechando su caudillaje, se apoderó

de Salerno, la capital de Melfi, desde la que, tras ultimar las bodas de sus otras hijas, planeó la guerra magníficamente. Respecto a sus hijas, tenía dos aún con él, pues la tercera residía infeliz en la emperatriz de las ciudades desde el mismo momento del matrimonio. Pues sucedió que Constantino, dada su condición de impúber, escapó desde el principio de estas nupcias como los niños pequeños escapan de los fantasmas. De las otras dos hijas, a una la prometió a Raimundo, hijo del conde de Barcelona y a otra la casó con Eubulo, también un conde muy ilustre. Ni siquiera estos compromisos los planeaba Roberto sin sacarles provecho y por todos los medios ganaba e incrementaba su poderío, ya fuera por el linaje, por la prepotencia, por el parentesco, o por otros medios de diversa índole que nadie podría siquiera imaginar.

XIII. Enfrentamiento entre el papa y el rey de Alemania y el papel desempeñado por Roberto en este conflicto.

1. Entre tanto se produjo también el siguiente suceso digno de relatarse, porque se refiere a algo que incrementaba su buena suerte. Efectivamente, el hecho de que todos los caudillos de occidente reprimieran cualquier tipo de actitud contraria a él podemos incluirlo entre las causas que provocaron la gran prosperidad de los intereses del bárbaro, ya que además la suerte era su colaboradora, lo elevaba al poder y le facilitaba toda clase de ayuda. Consecuentemente, el papa de Roma [25] (que ejerce un cargo noble y reforzado por ejércitos de toda índole), a causa de algunos conflictos que le habían surgido con Enrique, el rey de Alemania, [26] quería atraerse a Roberto mediante una alianza por la celebridad que había logrado y la aspiración que sentía de poseer grandes dominios.

2. La disputa entre el rey y el papa consistía aproximadamente en lo siguiente. Éste acusaba al rey Enrique de no cederle gratuitamente el control de las iglesias, de que-

(25) Gregorio VII
(26) Enrique IV

rer vendérselas a cambio de dinero y también de conferir en cierto modo la dignidad de obispo a hombres indignos: éstas eran las reclamaciones que le hacía el papa y por las que lo perseguía. El rey de Alemania, por su parte, acusaba al papa de usurpación, ya que había arrebatado el trono apostólico sin su consentimiento. Igualmente, adoptaba una actitud desvergonzada con el papa amenazándolo muy osadamente con expulsarlo de su sede y humillarlo si no la abandonaba de buen grado [27].

3. Cuando el papa se hubo enterado de estas exigencias, no tardó en enfurecerse contra los embajadores, a quienes primero torturó y luego les peló a rape la cabeza con unas tijeras y les rasuró las barbas con una navaja de afeitar; finalmente, les permitió marcharse tras realizar con ellos una última e insólita prueba de su iniquidad, que superaba incluso a las vejaciones de las que suelen hacer gala los bárbaros. Yo detallaría también este ultraje, si no me retuviera el pudor propio de una mujer y de una princesa imperial. Porque el acto que llevó a cabo no sólo era indigno de un pontífice, sino incluso de cualquier persona que se hiciera llamar cristiano. Quedé horrorizada cuando me enteré de cómo pensaba este bárbaro, más que por la propia importancia del hecho en sí y por ello, si hubiera descrito en detalle aquel acto, habría mancillado mis instrumentos de escritura. Baste como muestra del ultraje que les infligió el bárbaro y de que el tiempo en su curso engendra toda clase de caracteres humanos dispuestos a atreverse con la maldad más absoluta, el que ni siquiera nosotros soportemos desvelar o narrar el más mínimo detalle de lo que se realizó.

4. ¿Y éstos son los actos de un pontífice, oh justicia, éstos son los actos del primer pontífice, éstos son los actos de la que es primera sede de todo el mundo, según afirman y piensan los latinos, pues se jactan de ello? Cuando se trasladaron de Roma a Constantinopla, a nuestra tierra y a nuestra ciudad imperial, el cetro, el senado y, al mismo tiempo, la administración estatal, se transformó también la

(27) Se trata del famoso conflicto de las investiduras, que enfrentó al papado con el emperador alemán.

jerarquía de las sedes episcopales. Los emperadores que reinaron anteriormente concedieron la primacía a la sede de Constantinopla y, principalmente, el sínodo de Calcedonia en pleno, que, al elevar el trono de Constantinopla a la primerísima dignidad, le subordinó todas las diócesis del mundo.

5. No hay duda, pues, de que el ultraje iba dirigido no tanto contra los embajadores, como contra el que los había enviado y por ello, además de castigarlos, el papa en persona descubrió una especie de nuevo ultraje que empleó contra ellos. En efecto, con sus actos comunicó, según creo, de forma simbólica al rey que las exigencias planteadas le importaban un comino, igual que si un semidiós pretendiera dialogar con un mulo a través de los embajadores que fueron víctimas de la citada vejación.

6. Tan pronto como el papa hubo concluido con estos actos, como dije, y hubo remitido al rey sus embajadores reducidos a ese lamentable estado, le declaró una violentísima guerra. Para evitar que el rey llegara a ser imbatible por su unión con Roberto, se adelantó a proclamar sus pacíficas intenciones a Roberto, cuando ni siquiera previamente poseía lazos de amistad con él. Al enterarse de la llegada del duque Roberto a Salerno, el papa partió de Roma y se presentó en Benevento. Tras unas conversaciones a través de embajadores, concertaron un encuentro personal. De este modo después de que uno saliera de Benevento con su guardia y otro de Salerno con un ejército, tan pronto como las tropas de ambos se hubieron divisado a una prudente distancia, cada uno de ellos se destacó de sus filas, se encontraron en un mismo sitio, se intercambiaron mutuos juramentos de lealtad y se volvieron. El juramento establecía que el papa debía conferir a Roberto la dignidad de rey y firmar con él una alianza en el momento oportuno contra los romanos; el duque, a su vez, juró al papa, que lo apoyaría en lo que deseara. Sin embargo, estos juramentos nunca se hicieron realidad. El papa estaba muy enojado contra el rey y el enfrentamiento contra éste le corría mucha prisa; y el duque Roberto, por su parte, tenía su mirada puesta sobre el imperio de los romanos, contra el que rechinaba los dientes como un ja-

bali salvaje y desfogaba su cólera; por tanto, los juramentos se quedaron sólo en las palabras. Estos bárbaros no bien habían terminado de jurar el cumplimiento de sus mutuos acuerdos, cuando ya los tenían revocados.

7. El duque Roberto, volviendo riendas, se dirigió a Salerno y ese despreciable papa (no sé de qué otro modo llamarlo ante el recuerdo de aquel inhumano ultraje a los embajadores) marchó a la guerra, una guerra civil, asistido por la gracia espiritual y la paz evangélica, con todo convencimiento y con todas sus fuerzas, el muy déspota, el pacífico y el discípulo del pacífico. El papa pronto despachó embajadores a los sajones y a Landulfo y Veico, caudillos de los sajones, con promesas de muchos y diversos beneficios y con el anuncio de que los haría reyes de todo el occidente; con dichas ofertas se atrajo a estos hombres a su partido. Tan pronta tenía él su dieatra para nombrar reyes, haciendo oídos sordos, según parece, a San Pablo, cuando decía: "No impongas a nadie las manos con ligereza [28]." Ceñía la diadema al duque de Longibardía y coronaba a aquellos sajones.

8. Cuando ambos, Enrique, el rey de Alemania, y el papa coincidieron en el campo de batalla con sus fuerzas y las tuvieron alineadas unas frente a otras, la trompeta dio la señal convenida y la batalla provocó en cada uno de los dos bandos un violento y continuo alboroto. Tan valientemente se portaban ambas facciones y encajaban las heridas de lanzas y la nube de dardos, que en breve toda la extensa llanura quedó encharcada con la sangre de la matanza hasta el punto de que los supervivientes debían luchar nadando en una masa de sangre mezclada con polvo. Incluso en ocasiones, al pisar los cuerpos de los muertos, algunos caían y se ahogaban en los ríos de sangre. Porque si es verdad, como dicen, que cayeron más de treinta mil hombres en aquella batalla, qué grandes torrentes de sangre debieron de fluir, qué gran extensión de tierra debió de mancharse con el polvo y la sangre.

(28) I Timoteo, V, 22.

9. Ambas partes estuvieron manteniendo las cabezas igualmente altas en el combate, por decirlo de alguna manera, hasta que la muerte de Landulfo, el caudillo de los sajones, decidió el final de la contienda. Tan pronto como éste recibió una herida mortal y dejó de vivir, cedió la falange del papa y ofreció la espalda a los enemigos en una huida no exenta de sangre ni de heridas. Lo siguió Enrique excitando y animando a la persecución desde el mismo instante en que se enteró de que Landulfo había caído por obra de una mano enemiga. Sin embargo, acabó por detener su carrera y ordenar que su ejército descansara; cuando volvió a armarse ya descansado, se apresuró en dirección a Roma con intención de asediarla.

10. Recordó entonces el papa los tratados y juramentos con Roberto y le mandó una embajada para solicitar su ayuda. Y he aquí que, simultáneamente, también Enrique buscó su apoyo con el envío de emisarios en el momento de marchar sobre la vieja Roma. A Roberto, sin embargo, le parecieron ambos igualmente idiotas al requerir un pacto de tal índole; entonces respondió al rey de palabra, sin ningún escrito y al papa le redactó una carta. La carta decía, más o menos, así: "Carta para el gran pontífice y señor mío, de Roberto, duque por la gracia de Dios. Aunque conozco de oídas la ofensiva que unos enemigos han realizado contra ti, no he dado ningún crédito a ese rumor, porque sé que nadie se atrevería a levantarte la mano. ¿Quién, a no ser que estuviera loco, intentaría algo contra tan magnífico padre? Por otra parte te comunico que yo me estoy armando para una muy dura campaña contra un pueblo dificilísimo de batir: los romanos, que han llenado toda la tierra y el mar con sus triunfos. Sin embargo, soy deudo, desde el fondo de mi alma, de mi lealtad hacia ti, que te brindaré cuando la ocasión lo requiera." De este modo despachó a los embajadores de los gobernantes que solicitaban su auxilio, a unos lo hizo con esta carta, a otros con una despedida repleta de buenas palabras.

XIV. Roberto se apresta a cruzar en dirección a Aulón. Actuaciones previas de su hijo Bohemundo en el Ilírico.

1. Pero no omitamos las acciones que realizó él en Longibardia hasta su llegada a Aulón acompañado del ejército. Porque era además una persona de carácter tiránico y muy cruel, fue en aquellos momentos cuando imitó la locura que arrebató a Herodes. Efectivamente, no satisfecho con los hombres ya alistados desde antes y veteranos en las batallas, consiguió poner en armas un ejército de nuevos reclutas sin reparo ninguno respecto a su edad; antes al contrario, se atrajo a su bando al que pasaba por su edad y al que no la alcanzaba, y los reunió de todas las procedencias de Longibardía y Apulia. Era penoso ver a niños, jóvenes y pobres ancianos, que ni siquiera en sueños habían visto un arma, cubiertos entonces por una coraza, aferrando un escudo, tensando un arco del modo más torpe e incorrecto y cayéndose de boca cuando había que caminar.

2. Precisamente esta actitud era origen de incesantes alborotos en la región de Longibardía y por todas partes se elevaban lamentos de hombres y gemidos de mujeres que participaban también en las desgracias familiares. De éstas, una se lamentaba por su marido que pasaba la edad militar, otra por su hijo que ignoraba los entresijos de la guerra y otra por su hermano que era labrador o que se había ocupado en otras tareas menos en la milicia. Esta actitud, como dije, era totalmente característica de una locura como la de Herodes, o incluso mayor que la de Herodes. Pues éste sólo hizo víctimas de su cólera a los recién nacidos y aquél también tomó como víctimas a niños y mayores. No obstante, a pesar de tener tan poca práctica, diariamente, por así decir, los entrenaba y obligaba a los nuevos reclutas a que ejercitasen sus cuerpos.

3. Esto le sucedía a Roberto en Salerno, antes de llegar a Hidrunte. Hacia allí envió por delante un ejército bastante numeroso para que esperase su venida que se produciría cuando estuvieran ultimadas las cuestiones referentes a la región de Longibardía y hubiera ofrecido a los embajadores las respuestas apropiadas. A todo lo que le había comu-

nicado al papa, le añadió, no obstante, que había ordenado a su hijo Roger, nombrado gobernador de toda la Apulia, y a Boritilas, su hermano, que cuando el trono de Roma los requiriese para auxiliarlo contra el rey Enrique, acudieran rápidamente a su presencia y le prestaran el apoyo de su poderosa alianza.

4. A Bohemundo, el más joven de sus hijos y parecido a su padre en audacia, fuerza, valentía y temperamento incontenible (era una copia perfecta del padre y poseía la viva impronta del carácter de éste) lo destacó con un potentísimo ejército para que asolara dentro de nuestro territorio los lugares que rodean a Aulón. Él, tras caer seguida amenazadoramente y con el incontenible ímpetu de un relámpago sobre Canina, Jericó y Aulón, se apoderó de todas estas localidades, siguiendo siempre la táctica de tomar los alrededores de su próximo objetivo e incendiarlos mientras combatía en el anterior. Realmente provocaba con esta actitud tanto una humareda muy penetrante que auguraba un próximo incendio, como un anuncio de asedio que auguraba el auténtico gran asedio. Se podría identificar a estos dos bárbaros, padre e hijo, con las langostas y con las larvas, porque aquello que le sobraba a Roberto, su hijo Bohemundo lo agarraba y se lo comía. Pero no hagamos pasar todavía a Roberto en dirección a Aulón y examinemos lo que hizo por tierras de la costa italiana.

XV. Raúl, un embajador enviado por Roberto a Constantinopla, regresa y desbarata el pretexto de la guerra.

1. Tras abandonar Salerno llegó a Hidrunte; después de permanecer en este lugar unos pocos días y recibir a Gaita, su mujer (efectivamente, ella acompañó a su marido en la campaña; ésta era algo terrible cuando aparecía recubierta con las armas). Tan pronto como la hubo abrazado a su llegada, salió nuevamente de allí con todo su ejército y llegó a Brindisi, que es el mejor puerto de toda Yapigia. Una vez allí, esperó impaciente que se reunieran en este punto el ejército y todos los navíos, tanto los mercantes, como los

largos y los de guerra; parecía, en efecto, que iba a emprender desde allí la travesía hacia nuestro territorio.

2. Mientras estaba en Salerno, envió un embajador que escogió entre hombres más destacados, de nombre Raúl, al emperador Botaniates, que ahora estaba al frente del imperio tras derrocar al soberano Ducas, y esperó con impaciencia sus respuestas, pues le había dirigido una serie de acusaciones, en apariencia razonables, que lo habían forzado a emprender la presente guerra; éstas consistían en que, como hemos dicho anteriormente, había separado a su hija, que estaba prometida al emperador Constantino, de su novio, a quien le había arrebatado el imperio; y que él se movilizaba en defensa de éste por culpa de los ultrajes que le había infligido al joven. También había enviado algunos regalos y una carta al que entonces tenía el cargo de gran doméstico y exarca de los ejércitos de occidente (esto es, a mi padre Alejo) con la promesa de su amistad. Así, esperando con impaciencia las respuestas a sus mensajes, permanecía en Bríndisi.

3. Cuando aún no estaban congregadas todas las tropas y la mayoría de las naves no habían sido botadas, regresó Raúl de Bizancio. Como no traía ninguna respuesta a sus denuncias reavivó la cólera del bárbaro, tanto más cuanto que alegaba los siguientes argumentos en su discurso para hacerlo desistir de la guerra contra los romanos: primero, que el monje que los seguía era un impostor, un comediante, que estaba suplantando al soberano Miguel y que sus pretensiones eran pura ficción. Raúl afirmaba, en efecto, que había visto a Miguel después de derrocado en la ciudad imperial vestido con un mísero manto gris y viviendo en un monasterio, ya que se había tomado la molestia de ir a ver con sus propios ojos al emperador destronado. Luego, añadió también la noticia que había llegado a sus oídos durante el camino de vuelta: que mi padre, tras apoderarse del imperio, como más adelante contaré, arrojó a Botaniates del palacio imperial e hizo llamar a Constantino, el hijo de Ducas, el más ilustre de los hombres que habitan bajo el sol, para asociarlo al trono imperial.

4. Al enterarse Raúl de estos acontecimientos por el camino, añadía este hecho como un persuasivo argumento a fin de desbaratar los preparativos para la guerra. "¿Pues qué razón justa nos amparará" dijo "en nuestra lucha contra Alejo, si fue Botaniates el que dio base a la injusticia y privó del cetro de los romanos a tu hija Helena? Los actos que unos han realizado en perjuicio nuestro no pueden ser el origen de una guerra según derecho contra otros que en nada nos han ofendido. Dado que la guerra no tiene una causa justa, todo lo que estamos haciendo carece de sentido, la construcción de naves, la acumulación de armas y hombres y, en suma, todos los preparativos militares."

5. Cuando Raúl terminó su intervención, Roberto estalló en cólera y pretendió echarle mano enloquecido. Por otro lado, el falso emperador Miguel, que fingía ser un Ducas y al que también hemos llamado Réctor, estaba enfadado y lleno de irritación sin poder contener su ira, ya que había quedado claramente probado el hecho de que no era el famoso emperador Ducas, sino un fingido pseudo-emperador. Como aquel tirano estaba además molesto con Raúl porque su hermano Roger se había pasado voluntariamente al bando de los romanos y les había revelado todos los planes de la guerra que se preparaba, quiso castigar de alguna manera a Raúl amenazándolo con una muerte instantánea. Pero él, sin esperar ni un instante para huir, escapó junto a Bohemundo, en el que halló una especie de refugio gracias a que estaba cerca.

6. Réctor entonaba trágicamente la letanía de sus sangrientas amenazas contra el hermano de Raúl, que había desertado al bando de los romanos, y mientras profería grandes gritos, golpeándose el muslo con la diestra, reivindicaba ante Roberto lo siguiente: "Una sola cosa es la que pido: que si no le doy rápidamente una muerte miserable, crucificándolo en medio de la ciudad, que Dios haga conmigo lo que quiera." Cuando cuento estas cosas, me río a carcajadas de la idiotez de estos hombres, de su simpleza y todavía más de la mutua fanfarronería que mostraban unos con otros. Roberto manejaba a ese truhán como pretexto, como cebo y como una ficción de consuegro y emperador, lo mostraba a las

ciudades y alzaba en rebelión a aquéllos ante los que se presentaba y que podía convencer; pero sus intenciones profundas eran otras: cuando le fueran favorables el curso de la guerra y la suerte, le daría un capón en el cogote y lo despacharía entre carcajadas, pues es costumbre reírse del cebo, cuando la presa es nuestra. Héctor, por su parte, se alimentaba con las falsas esperanzas de que lograría tener alguna parte en el poder, como suele suceder inesperadamente en muchas ocasiones. Éste contaba con acabar como dueño absoluto del imperio, ya que ni el pueblo ni el ejército romano aceptarían al bárbaro Roberto en el trono imperial; entre tanto lo utilizaría como un instrumento para el desarrollo de sus intrigas. Cuando pienso en esto, esbozo una sonrisa y la carcajada se dibuja en mi rostro, mientras voy deslizando mi pluma en dirección a una lámpara.

XVI. Actuación de Monomacato, duque de Dirraquio, en los conflictos planteados por la invasión de Roberto y la rebelión de Alejo.

1. Sin embargo, Roberto había congregado en Brindisi todas sus fuerzas, tanto las naves como los soldados (las primeras ascendían al número de ciento cincuenta y la totalidad de los soldados se contaba en treinta mil con doscientos hombres por cada nave, incluidos armas y caballos) y estaban dotados con este equipo porque los hombres a los que debían enfrentarse estarían pertrechados con iguales armas e irían a caballo; pensaba desembarcar en la ciudad de Epidamno, a la que llamaremos Dirraquio de acuerdo con la costumbre actual. Su plan primitivo consistía en atravesar desde Hidrunte hasta Nicópolis y tomar las poblaciones y fortalezas vecinas a Naupacto. Sin embargo, dado que la distancia por mar es mayor desde Hidrunte hasta esas dos localidades que desde Brindisi a Dirraquio, escogió esta ruta antes que aquélla, porque prefería a un tiempo hacer la travesía por el camino más rápido y procurar una fácil navegación a la flota. En efecto, era invierno en aquella época y el sol, con su marcha hacia círculos meridionales y su aproximación a Capricornio acortaba la duración del día. Por consiguiente, para no navegar de noche, tras haber zarpado de

Hidrunte al amanecer, y meterse en alguna tormenta, decidió viajar a toda vela desde Brindisi hasta Dirraquio. La distancia de la travesía es más reducida en aquel lugar porque el mar Adriático se estrecha. Y a pesar de su primitivo deseo de dejar a su hijo Roger como señor de Apulia, no sé cómo, cambió de opinión y se lo trajo consigo.

2. Durante la travesía hacia Dirraquio tomó al primer asalto la muy fortificada ciudad de Corifó y algunas otras fortalezas nuestras. Tras haber cogido rehenes de Longibardía y Apulia e imponer contribuciones y tributos por todo el país, se esperaba que pusiera su atención sólo en Dirraquio. Era en aquellos momentos duque de todo el Ilírico Jorge Monomacato, que había sido enviado a esta región por el soberano Botaniates. Este hombre había rehusado en principio hacerse cargo de la misión y no estaba en absoluto convencido de aceptar ese cargo; pero los esclavos bárbaros del soberano (Borilo y Germano eran escitas) estaban profundamente enojados con Monomacato y, como siempre estaban tramando infligirle tremendos castigos, dieron malos informes de este hombre al soberano. Con estas intrigas destinadas a conseguir sus objetivos excitaron tanto el ánimo del emperador contra Monomacato, que Botaniates se dirigió a la emperatriz María con las siguientes palabras: "Sospecho que Monomacato es enemigo del imperio de los romanos."

3. Cuando Juan de Alania, que era muy amigo de Monomacato y que conocía la inquina de los escitas y las continuas intervenciones contra él, se enteró de esta conjura, partió a su lado, reveló a Monomacato las palabras del emperador y las de los escitas y le aconsejó que adoptara las medidas oportunas. Él, que era prudente, acudió a presencia del emperador y aceptó el cargo de duque de Dirraquio, mientras se ganaba su simpatía sirviéndose de términos aduladores. Tras recibir la orden de partida en dirección a Epidamno y tomar las instrucciones escritas para el gobierno del territorio ducal, se apresuró a salir dos días después de la ciudad imperial rumbo a Epidamno y al país del Ilírico, porque los escitas Borilo y Germano le daban prisa para que partiera.

4. En torno más o menos al lugar conocido por la Fuente, donde hay un templo dedicado a Nuestra Señora la Virgen Madre de Dios que es famoso entre los templos de Bizancio, se tropezó con mi padre Alejo. Tras reconocerse mutuamente, Monomacato comenzó a hablar muy afectado al gran doméstico; le dijo que se había exilado por él y por su amistad, que los escitas Borilo y Germano sentían envidia de todos y, poniendo en funcionamiento toda la fuerza del odio que le tenían a él, habían logrado apartarlo de su familia y de esta hermosa y amada ciudad. Tan pronto hubo narrado detalladamente todas sus desventuras, todas las calumnias que habían levantado ante el emperador y que había padecido por culpa de estos esclavos, el doméstico de occidente le proporcionó todo el consuelo que podía darle, ya que era capaz de aliviar el alma apesadumbrada por las desgracias. Finalmente, tras afirmar Alejo que Dios sería el vengador de esas injusticias y advertirle que recordaría su amistad, despidió a Monomacato, que se encaminaba hacia Dirraquio, y él avanzó en dirección a la ciudad imperial.

5. Cuando Monomacato llegó a Dirraquio y se enteró tanto de los preparativos del tiránico Roberto, como del levantamiento de Alejo, comenzó a ponderar su reacción. En público se mostraba hostil a ambos, pero daba claros indicios de un conflicto interno más profundo de lo que parecía. El gran doméstico le había advertido por carta de lo ocurrido; es decir, que lo amenazaba la privación de la vista y que ante esta perspectiva no tuvo más remedio que oponerse a los tiranos con prácticas propias de una tiranía, que él debía sublevarse por su amigo y que asumiera la misión de enviarle dinero recaudado por cualquier medio. "En efecto," dijo "necesito dinero y sin éste no es posible hacer nada de lo que debe hacerse."

6. Pero Monomacato no envió el dinero y, tras una amistosa recepción a los emisarios de Alejo, les ofreció en lugar de dinero una carta que contenía el siguiente mensaje: él conservaba la primitiva amistad hasta ese día y se comprometía a cuidarla en adelante; en lo concerniente al oro requerido deseaba vivamente enviarle cuanto dinero quisiera. "Sin embargo," dijo "me ha retenido un motivo justo. En

efecto, yo he sido enviado a esta plaza por el emperador Botaniates y le he jurado fidelidad; por tanto, ni siquiera a ti te parecería una persona honesta y leal a los emperadores, si cediera enseguida a tus órdenes. Pero si la providencia divina te recompensa con el imperio, del mismo modo que antes fui un amigo fiel, también seré luego tu más fiel vasallo."

7. Ante una actitud tan irresponsable por parte de Monomacato con respecto a mi padre basada en su pretensión de ganarse al mismo tiempo a mi padre y a Botaniates y dado que además de cruzar mensajes con éstos dos, también lo hacía abiertamente con el bárbaro Roberto y acabó por caer en la rebelión, es mi deber colmarlo de acusaciones. Parece que esos caracteres humanos son tornadizos y que cambian muchas veces de partido según el curso de las circunstancias; para la comunidad esas personas, sin excepción, son desaconsejables, pues obran con suma prudencia para su propio interés y miran por lo que les concierne sólo a ellos, aunque fracasen la mayor parte de las veces. En fin, por culpa de estas disquisiciones, se me salió del camino el caballo de la historia; conduzcámoslo de nuevo a su anterior ruta, porque se hallaba sin freno.

8. Roberto, pues, que anteriormente se había agitado convulso por el ansia de hacer la travesía hacia nuestro territorio y que sólo pensaba en Dirraquio, más se enardecía ahora, y ante la sola imaginación de sus proyectos se le descontrolaban sus manos y sus pies; apremiaba por ello a los soldados y los animaba con ardientes arengas. Monomacato, por su parte, tras comportarse como dijimos, se construía además otra vía de escape. Se ganó por cartas la amistad de Bodino y de Micaelas, exarcas de los dálmatas, y consolidó su apoyo con regalos que le sirvieron para abrirse una nueva puerta por donde tener escapatoria. En efecto, al sus planes sobre Roberto y Alejo fracasaran con el subsiguiente rechazo por parte de ambos, se marcharía sin perder un instante a Dalmacia para presentarse como desertor ante Bodino y Micaelas. Si aquellos dos se revelaban como enemigos, lo esperarían tanto Micaelas, como Bodino, junto a quienes había previsto huir, cuando las intenciones de Roberto y de Alejo fueran evidentemente contrarias a él.

9. Terminemos aquí este libro. Tiempo es ya de aplicarnos al reinado de mi padre y exponer cómo y por qué motivos fue empujado a reinar, pues no sólo es mi propósito contar los acontecimientos anteriores a su reinado, sino cuantos aciertos y errores tuvo durante su gobierno, si es que vemos que él erró en las obras que vamos a repasar. Pues el hecho de que sea mi padre no constituirá motivo suficiente para omitir los actos que no fueron realizados acertadamente, si es que los hay; como tampoco pasaremos por alto las hazañas que llevó a cabo, por el simple hecho de que el protagonista de nuestra historia sea mi padre y se sospeche mi parcialidad. En cada uno de los dos casos ultrajaríamos a la verdad. Yo, como he reiterado en muchas ocasiones más arriba, me he fijado el objetivo de tratar sobre mi padre y emperador. Dejemos, pues, a Roberto en el sitio adonde lo ha llevado nuestra historia y examinemos a continuación los acontecimientos relacionados con el emperador; reservaremos las guerras y las batallas contra Roberto para otro libro.

LIBRO II

REBELIÓN DE LOS COMNENO Y ASCENSO AL TRONO DE ALEJO

I. Los Comneno son víctimas de las intrigas tramadas por Borilo y Germano.

1. A los interesados en saber de dónde era originario el emperador Alejo y de qué linaje, los remitimos a los escritos del césar; aunque también se pueden conocer en esa obra los acontecimientos sucedidos durante el reinado del emperador Nicéforo Botaniates. Así pues, Miguel, el hermano primogénito de Isaac, de Alejo y de los restantes hijos de Juan Comneno, mi abuelo paterno, fue estratego autocrátor de toda el Asia por nombramiento del anterior emperador Romano Diógenes, y a su vez, la ciudad de Antioquía le correspondió a Isaac con el cargo de duque, ya que habían combatido en muchas guerras y batallas y habían obtenido muchos triunfos sobre los enemigos. Tras ellos, mi padre Alejo fue ascendido a estratego autocrátor y enviado contra Urselio por el entonces reinante Miguel Ducas.

2. Del mismo modo, cuando el emperador Nicéforo se percató de que Alejo demostraba gran habilidad en los asuntos de la guerra y cuando se enteró de cómo se había comportado por encima de su edad en diversos combates, actuando como un héroe, con ocasión de la campaña por oriente en la que había acompañado a su hermano Isaac, y cómo había sometido a Urselio, comenzó a estimarlo de manera especial y no menos que a su hermano Isaac. Era feliz con ambos hermanos presentes en su corazón y por ello en algunas ocasiones los consideraba dignos de compartir su mesa.

3. Estos favores excitaban la envidia contra ellos, en particular la de aquellos dos bárbaros ya mencionados y originarios de Eslavonia, es decir, Borilo y Germano. En efecto, se consumían de envidia al ver la buena disposición del emperador hacia ellos y su invulnerabilidad ante sus envidiosos dardos a pesar de que los atacaran sin descanso. Pues el emperador nombró a Alejo por su extendida fama y aunque todavía no estaba crecida su barba, estratego autocrátor de occidente, tras haberlo honrado con la dignidad de protedro. Ya hemos hablado bastante sobre los triunfos que obtuvo en occidente y sobre todos los rebeldes que, tras derrotarlos, condujo como prisioneros ante el emperador. Eran precisamente estos éxitos los que no agradaban a los esclavos y encendían más aún su llameante envidia. Ellos propagaban muchas murmuraciones y conjuraban en secreto contra los Comneno, contando muchas historias al emperador, ya en privado, ya en público, ya a través de intermediarios, y empleando diversas argucias para que se los alejara.

4. Presionados por esta apurada situación, los Comneno planearon por necesidad ganarse a los miembros del gineceo y a través de ellos conseguir el favor de la emperatriz [1]. Sabían atraerse a las personas y eran capaces de ablandar un alma de piedra con toda clase de recursos. Isaac hacía tiempo que había sacado fruto de estas virtudes, al ser elegido por la emperatriz para marido de su sobrina gracias a la extraordinaria distinción de la que hacía gala tanto en sus palabras como en sus actos, cualidades todas en las que se parecía bastante a mi padre. Cuando los intereses de Alejo estuvieron bien encauzados, empezó a prestar gran atención a su hermano y tanto colaboró entonces aquél con éste en lo relacionado con el matrimonio, como se afanaba Isaac para que su hermano no se hallara lejos de la emperatriz. Se dice que tanto afecto se tenían Orestes y Pílades por su mutua amistad, que en el momento de la batalla cada uno se despreocupaba de sus propios enemigos para defender al otro de los que lo acometían y uno ponía el pecho para apar-

(1) María de Alania.

tar los dardos destinados al otro. Esta actitud también podía verse en ellos. Ambos hermanos también querían apartarse los peligros, y las hazañas, los honores y, en general, el bien del uno el otro los sentía como propios y viceversa; tan gran devoción mutua se tenían.

5. Así disponía la providencia los intereses de Isaac; no mucho tiempo después, los funcionarios del gineceo a sugerencia de Isaac convencieron a la emperatriz para que adoptase a Alejo. Ésta secundó sus recomendaciones y el día señalado ambos se encontraron en palacio; entonces la emperatriz adoptó a Alejo según el ceremonial seguido desde antiguo para estos casos. Así pues, el gran doméstico de los ejércitos de occidente quedó libre de sus enormes preocupaciones. De ahí en adelante los dos acudían frecuentemente a palacio y, tras hacer la prosternación debida a los emperadores y aguardar un breve rato, se aproximaban a la emperatriz; estas costumbres avivaban más la envidia en contra de ellos.

6. Sin embargo, los Comneno eran informados por muchos partidarios suyos de sus reacciones y, ante el temor de caer atrapados ambos en las redes de sus enemigos y no tener a nadie que pudiera ayudarlos, buscaban con la ayuda de Dios el modo de afianzar su seguridad. En consecuencia, tras laboriosas reflexiones e intensos exámenes de la situación junto a su madre encontraron una única esperanza humana de salvación; consistía en acercarse a la emperatriz, cuando hubiera un motivo razonable para hacerlo, y revelar lo que hasta entonces guardaban en secreto. Mantenían oculta, no obstante, sus intenciones y no desvelaron a nadie sus proyectos. Estaban atentos como los pescadores, no fuera que perdiesen la pesca. Su plan definitivo consistía en huir, pero temían descubrírselo a la emperatriz, por miedo a que ella se presentara ante el emperador y le comunicara las intenciones de los Comneno, obligada como estaba al respeto hacia ambas partes, ellos y el emperador. Por tanto, renunciaron a su primitivo plan y dirigieron hacia otra dirección sus reflexiones, pues eran unos maestros en aprovecharse de las circunstancias que se les presentaban.

II. Los Comneno se ganan a la emperatriz María gracias a su sagacidad.

1. El emperador, temeroso del ineludible golpe de la muerte, estaba preocupado por su sucesión, ya que no acababa de engendrar hijos a causa de la vejez. Había por aquel entonces un tal Sinadeno, originario de oriente, de brillante linaje, de hermoso aspecto, gran inteligencia y fuerte físicamente, que estaba en el preludio de la juventud y era además familiar del emperador. Tenía previsto dejarle el imperio en herencia a él más que a otros como si fuera un patrimonio particular, elección ésta que fue un grave error. En efecto, podría haber conseguido una seguridad total hasta el final de sus días y al tiempo cumplir con lo que era justo legando el gobierno del imperio al hijo de la emperatriz, Constantino, transmitiéndoselo como un patrimonio perteneciente en origen a su abuelo y luego a su padre; con ello también la emperatriz confiaría en él y aumentaría su lealtad. El anciano no se percató de que estaba cometiendo una injusticia y un error y de que echaba piedras sobre su propio tejado.

2. La emperatriz se dio cuenta de esos planes por los rumores que corrían y estaba muy apesadumbrada al sospechar el peligro que se cernía sobre su hijo. Se encontraba desanimada, porque no podía comunicar a nadie su pesar. Pero los Comneno repararon en esta actitud. Cuando encontraron la oportunidad que buscaban, decidieron acercarse a la emperatriz. Su madre confió a Isaac el modo de iniciar la conversación con la emperatriz, valiéndose de la compañía de su hermano Alejo. Cuando estuvieron a su lado, Isaac dijo a la emperatriz: "No os vemos, señora, como ayer y antes de ayer, sino como acosada y obsesionada por íntimos pensamientos, hasta el extremo de no mostrar confianza en aquél al que Vos podríais revelar vuestros secretos." Pero ella no deseaba revelarlos por el momento y, suspirando profundamente, dijo: "No se debe preguntar a los que habitan una tierra extraña, porque esto sólo es suficiente para su dolor. En cuanto a mí, ay, qué gran cantidad de desgracias me van a sobrevenir en breve, según parece." Los Comneno se apartaron sin añadir más palabras; clavaron sus ojos en tierra, cu-

brieron sus manos y estuvieron pensativos un rato. Luego, tras hacer la acostumbrada reverencia, volvieron a casa inquietos.

3. Al día siguiente, llegaron de nuevo para hablar con ella; pero al ver que la emperatriz los miraba con mayor alegría que el día anterior, se le acercaron los dos y dijeron: "Vos sois nuestra señora y nosotros vuestros obedientes siervos, dispuestos a sufrir todo por Vuestra Majestad. Que ningún pensamiento os turbe ni os hunda en un total desaliento." Con estas palabras dieron fe de su lealtad a la emperatriz y alejaron de ellos toda sospecha; en efecto, habían adivinado el secreto gracias a su agudeza, su inteligencia y su capacidad para captar a las pocas palabras los pensamientos humanos que yacen ocultos y que eran secretos hasta el momento. Pronto fueron más estrechas sus relaciones con la emperatriz y junto a sus muchas muestras de su lealtad prometieron apoyarla en todo aquello que exigiera su presencia. De forma generosa se dispusieron, de acuerdo con el mandato divino, a alegrarse con la que se alegraba y a entristecerse con la que penaba [2]. Pedían que se los considerara familiares e íntimos amigos suyos, oriundos del mismo país que ella, pidiendo sólo a cambio que, si algo les era comentado a la soberana o al emperador por quienes los envidiaban, se lo comunicase sin tardanza, para no caer por desconocimiento en las trampas de sus enemigos. Se lo pedían junto con una exhortación a la confianza, añadiendo que, con la ayuda de Dios, le ofrecerían sin reservas su ayuda y su lealtad, para que con el apoyo de ellos su hijo Constantino no perdiera el imperio. Por último expresaron su deseo de confirmar estos compromisos con un juramento, pues no podían permitirse ninguna distracción frente a quienes los envidiaban.

4. Estos dos hombres se vieron libres de su enorme inquietud, recobraron los ánimos y desde aquel momento conversaban con el emperador luciendo un rostro más alegre; tanto más, cuanto que eran capaces, en especial uno de

(2) Rom., 15.

ellos, Alejo, de ocultar en su interior los pensamientos más recónditos y las intenciones íntimas, manteniendo al tiempo las apariencias. Como la llama de la envidia se iba convirtiendo en una gran hoguera y no ignoraban nada de lo que se decía al emperador en contra de ellos, según lo convenido previamente, conocían, asimismo, que los dos prepotentes esclavos planeaban exilarlos. A partir de entonces ya no marchaban juntos al palacio, como tenían acostumbrado, y cada uno de los dos se presentaba diariamente por separado. Éste era un plan inteligente y digno de Palamedes; porque, si sucedía que uno de ellos era apresado por culpa de las secretas intrigas de aquellos dos poderosos escitas, el otro podría huir y no caerían ambos al mismo tiempo en la trampa de los bárbaros. Ése era su plan; sin embargo, el hecho que ellos esperaban no llegó a producirse. Al final se convirtieron en más poderosos que los intrigantes, como demostraremos en detalle a partir de ahora.

III. Isaac y Alejo van asegurando sus posiciones en el palacio imperial.

1. Cuando el emperador fue informado de la toma de la ciudad de Cízico por los turcos, llamó inmediatamente a Alejo Comneno. Se daba la circunstancia de que aquél era el día en que acudía a palacio Isaac. Al ver Isaac que su hermano, contra lo convenido, también estaba a punto de entrar, se le aproximó y le preguntó la razón de su presencia. Él le aclaró la causa: "Porque" dijo "el emperador me ha llamado." Tras entrar ambos y cumplimentar al emperador, hubieron de esperar un poco por orden suya; finalmente les mandó que lo acompañaran a la mesa ya que era la hora de la comida. Al distribuir los puestos, el uno se sentó a la derecha de la mesa y el otro a la izquierda, uno frente a otro. Al poco empezaron a prestar atención a los presentes y los veían murmurando con rostro sombrío. Temiendo, por tanto, que los esclavos hubieran tramado algo perjudicial para ellos y que hubiera un peligro en ciernes, se miraban uno a otro fija y furtivamente sin saber qué hacer.

2. Pero desde mucho tiempo atrás se habían ganado con sus palabras aduladoras, sus atenciones y afabilidad a todos los que servían al emperador, incluido el cocinero, a quien habían tratado con deferencia y habían convencido para que estuviese a bien con ellos. Entonces uno de los servidores de Isaac Comneno se le acercó y le dijo: "Ve y anuncia a mi señor la toma de Cízico; pues una carta ha llegado desde allí con este mensaje." El cocinero pronto distribuyó los manjares por la mesa, mientras daba a conocer con sigilo a Isaac la noticia traída por su servidor. Y él, con un ligero movimiento de labios, comunicó a su hermano lo que le habían dicho. Gracias a su aguda inteligencia y su viveza, mayor que la del fuego, Alejo captó pronto el mensaje. Respiraron, por tanto, ambos sintiéndose libres de la angustia que los atenazaba. Y, ya recuperados, meditaron sobre la respuesta con la que contestarían ágilmente, si alguien les preguntaba sobre este asunto, y sobre el consejo que prestarían como el más adecuado, si el emperador se lo pedía.

3. Mientras ellos se entretenían con tales pensamientos, el emperador, apartando su mirada hacia los hombres en la creencia de que desconocían lo de Cízico, les comunicó su toma. Ellos, que estaban también dispuestos a cuidar del alma del emperador, agitada por los saqueos de nuestras ciudades, levantaron su ánimo decaído y lo confortaron con hermosas esperanzas, garantizándole que la ciudad sería recuperada fácilmente: "Ante todo, que Vuestra Majestad se halle bien;" dijo "en cuanto a los que han tomado la ciudad, recibirán para su escarmiento el séptuplo de los males que han cometido." Se maravilló entonces de la presencia de ánimo de ellos dos y, tras despedirlos de su mesa, quedó tranquilo durante el resto del día.

4. Así pues, a partir de entonces los Comneno tuvieron la precaución de acudir a palacio y frecuentar más a los que estaban próximos al emperador para no darles ninguna clase de oportunidad a los intrigantes, ni ganarse ningún tipo de enemistad, sino convencer a todos para que les tuviesen estima y pensaran y hablaran en su favor. Proyectaban ellos atraerse algo más a la emperatriz María, mirando y viviendo sólo por ella. Isaac, con la excusa de su boda con la

sobrina de la emperatriz, ampliaba su libertad de acción junto a ella y mi padre, no menos, a causa de su estrecho parentesco, sobre todo gracias a que su ilustre adopción le había facilitado la excusa para tener acceso a la emperatriz; por todo ello, su conducta aparecía como intachable y ensombrecía la envidia de los perversos: en efecto, no desconocía el espíritu vengativo de aquellos esclavos bárbaros ni la ligereza del emperador. Se preocupaban, lógicamente, de no perder aquella buena disposición, para no ser presa de sus enemigos. Pues los caracteres muy ligeros son inestables y vacilantes como el flujo y reflujo del Euripo.

IV. Ante el peligro inminente que suponen las actividades de los esclavos bárbaros, los Comneno deciden rebelarse como última solución.

1. Los esclavos, al ver estas actuaciones, cómo no avanzaban sus planes según los objetivos y que la destrucción de tales hombres no era fácil, porque la buena disposición del emperador hacia ellos aumentaba día a día, cambiaron el rumbo de sus propósitos después de haber adoptado y abandonado numerosos proyectos. ¿Cuál era el nuevo plan? El siguiente: una noche, tras hacerlos venir sin la autorización del emperador, los privarían de la vista y los desterrarían con el pretexto de una falsa acusación.

2. Los Comneno no ignoraban esta conspiración. Cuando, después de haber discutido muchas alternativas, se percataron de que el peligro era insalvable, creyeron que la única vía de escape era la rebelión, ya que habían sido forzados a caer en ella por una irremediable fatalidad. ¿Pues por qué debían aguardar a la persona que iba a acercar a sus ojos un hierro candente para apagar la luz que recibían? Así pues, guardaron en sus corazones esta decisión. Cuando, al poco tiempo, se le ordenó a Alejo acaudillar una expedición de castigo contra los agarenos saqueadores de Cízico (era por aquel entonces doméstico de occidente), hizo llamar por escrito, aprovechando una ocasión tan propicia, a los jefes del ejército que eran partidarios suyos junto con los hombres a su mando. Tan pronto como estuvieron todos movilizados, marcharon apresuradamente en dirección a la capital.

3. Entre tanto, alguien por consejo de uno de los esclavos, Borilo concretamente, preguntó al emperador si el gran doméstico conducía a la ciudad todas las fuerzas por voluntad imperial. El emperador hizo llamar enseguida a Alejo y le preguntó si era cierto lo que se decía. Alejo no negó que se había ordenado venir a un ejército por mandato del emperador; pero rechazó con términos convincentes que estuviera reuniendo a todas las fuerzas del imperio, haciéndolas venir a la ciudad desde todos sus puntos de origen. "Pues el ejército" dijo "que ha recibido la orden se está concentrando aquí procedente de sus diferentes acuartelamientos, porque se hallaba disperso. Si los que ven esta movilización desde los distintos puntos del imperio de los romanos creen que vienen las fuerzas completas para reunirse aquí convocados por una orden, se engañan al confiar sólo en lo que ven." A pesar de las muchas réplicas que Borilo dirigía a estas palabras, también en este asunto fue más poderoso Alejo y se ganó la aprobación general. En lo que respecta a Germano, como era más simple, no atacó mucho a Alejo. Sin embargo, como ni siquiera estas acusaciones contra el doméstico habían turbado el ánimo del emperador, decidieron preparar una celada a los Comneno aprovechando la seguridad que les daba el atardecer.

4. Por naturaleza es la servidumbre enemiga de sus señores y cuando se emancipa de ellos, aferrándose a su éxito, se torna insoportable para sus compañeros de esclavitud. Esa clase de conducta y de temperamento fue el que sufrió Alejo Comneno por parte de los dos citados esclavos. Dichos personajes no estaban airados contra los Comneno por su celo en el servicio del soberano, sino porque Borilo codiciaba el trono, como dicen algunos, con la complicidad en la conjura de Germano, que colaboraba afanosamente para la encerrona. Entre ellos discutían las decisiones que debían tomar para lograr sus objetivos; y empezaban a actuar abiertamente de acuerdo con los planes que antes sólo murmuraban entre dientes.

5. Alguien de origen alano escuchaba lo que se decía; tenía la dignidad de magistro [3] y estaba emparentado desde hacía mucho tiempo con el emperador e incluido entre sus familiares. Salió, pues, en la guardia central de la noche y corrió al encuentro de los Comneno para comunicar todo al gran doméstico. Algunos dicen que la emperatriz no ignoraba del todo la marcha del magistro junto a los Comneno. Alejo lo condujo ante su madre y su hermano. Tras oír aquella detestable noticia, creyeron preciso sacar a la luz lo que habían mantenido oculto hasta entonces y, con la ayuda de Dios, procurarse la salvación.

6. Cuando dos días después supo que el ejército había tomado Tzurulo (una ciudadela situada en algún lugar de Tracia), el doméstico marchó al encuentro de Pacuriano (hombre de corta estatura, pero un poderoso guerrero, como dice el poeta [4] que era de origen armenio) en la primera vigilia de la noche y lo puso al corriente de todo, de la cólera de los esclavos, de su envidia, de su prolongado empeño por perjudicarlos y del reciente plan que consistía en privarlos de la vista. Y añadió que no debía aceptar estos ataques como si fuera un prisionero, sino saber morir como un valiente, si fuera necesario; pues esta es la conducta propia de quien tiene un carácter firme, decía.

7. Pacuriano, cuando hubo escuchado todo y comprendido que no debía haber ningún retraso en semejantes circunstancias, sino que era necesario llevar a cabo una acción más audaz, dijo: "Si, cuando amanezca mañana, sales de aquí, yo te seguiré para combatir con energía a tu lado. Pero si dilatas tu decisión más tiempo, entérate bien de que yo mismo, yo, iré al emperador y te denunciaré a ti y a los que están contigo sin perder un instante." Alejo repuso: "Como veo que te preocupas de mi salvación, y esto es obra enteramente de Dios, no ignoraré tu consejo; pero tenemos que re-

(3) "Los magistri ostentaban el más alto título nobiliario de la corte tras los que estaban reservados a la familia imperial. Los magistri, por lo demás, tenían frecuentemente lazos de parentesco directos o indirectos con el emperador, la emperatriz o sus más próximos allegados." Cfr. CONSTANTIN P.- Le livre..., tomo I, comentarios, p. 82.
(4) Il., V, 801.

forzar nuestro mutuo compromiso con un juramento." Allí, en efecto, se prometieron fidelidad el uno al otro mediante un juramento, de tal modo que, si Dios elevaba a Alejo al trono imperial, Pacuriano sería honrado con la dignidad de doméstico, que ahora poseía él. Tras despedirse de Pacuriano, Alejo Comneno salió de allí y marchó junto a otro hombre, también él valiente, Umbertópulo. Lo hizo partícipe de su proyecto y le refirió la causa por la que invocaba su ayuda, ya que deseaba huir de la ciudad. Éste accedió enseguida y le dijo: "Me tendrás dispuesto para servirte sin reservas, sobre todo en los momentos de peligro."

8. Estos hombres que hemos mencionado se sumaban al partido de Alejo especialmente porque él era superior a los demás en valor e inteligencia. Lo querían mucho también porque era el más generoso y porque no tenía quieta la mano repartiendo regalos, aunque no poseía una gran fortuna. No era él de los que rapiñaban y se pasmaban ante la riqueza. Pues no se suele valorar la generosidad por el montante de las entregas de dinero, sino que se juzga según la intención del donante; puede darse el caso de que alguien, poseyendo escasos bienes y donándolos según sus capacidades económicas, sea generoso, pero el que tiene mucho dinero y lo entierra y no lo distribuye según sus posibilidades al necesitado, nadie se equivocaría al llamarlo un nuevo Creso o un Midas avaro, enloquecido por el oro y sórdido, capaz de aprovechar un grano de comino partido. Como los hombres mencionados sabían que Alejo estaba adornado de todas esas virtudes, hacía tiempo que deseaban su ascenso al trono y oraban por él.

9. Alejo, tras pedir a Umbertópulo un juramento y obtenerlo, marchó rápidamente a su casa para comunicarle todo a los suyos. La noche durante la que mi padre realizó estos hechos era la del domingo de la Tirofagia [5]. Al día siguiente, con el nacimiento del alba, salió de la ciudad con los suyos. El pueblo aceptó a Alejo por su arrojo y su intell-

(5) "Domingo en que finalizaba la semana durante la cual se puede tomar leche, mantequilla y queso, alimentos prohibidos a continuación: quincuagésima." (Leib, I, p.75, n.1.)

gencia y por ello compuso en su honor una cancioncilla en lengua vulgar, inspirada en estos acontecimientos, que refería con mucho donaire la trama de este asunto y revelaba el presentimiento de la intriga en contra de ellos y la réplica ingeniada por él. La cancioncilla, con sus mismas palabras, decía así: "El sábado de la Tirofagia ¡bravo Alejo! lo supiste; y el lunes por la mañana, arriba, halcón mío, bien." El sentido de dicha cancioncilla era algo así como que "el sábado de la Tirofagia, muy bien por tu inteligencia, Alejo, y el lunes después del domingo, como un halcón que vuela elevado, volaste por encima de los bárbaros que se conjuraban [6]."

V. Valiente actuación de las mujeres de la familia Comneno, en especial de Ana Dalaseno.

1. Como Ana Dalaseno, la madre de los Comneno, acababa de ultimar el compromiso matrimonial de un pariente de Botaniates con la hija de Manuel, su primogénito, y temerosa de que el preceptor del joven se enterase de la conjura y la desvelase al emperador, trazó un plan muy inteligente. Ordenó a todos que se reunieran por la tarde para ir a celebrar el culto en la santa iglesia de Dios, pues solían acudir a los sagrados templos. Así se hizo. Todos, en efecto, como es costumbre, se presentaron, sacaron los caballos de las cuadras y pusieron las sillas de montar para las mujeres. El pariente de Botaniates, por su parte, dormía junto a su preceptor, pues se les había asignado una misma habitación separada de las demás.

2. En torno a la primera vigilia, los Comneno, que pensaban tomar ya sus armas y dirigirse a caballo fuera de la ciudad imperial, cerraron las puertas y le entregaron a su madre las llaves. Antes habían cerrado sin ruido las puertas de la estancia donde dormía el familiar de Botaniates prometido de su nieta, aunque no las cerraron totalmente con las dos hojas ajustadas con idea de evitar algún ruido que

(6) Cancioncilla escrita en lengua vulgar y "traducida" amplificadamente a continuación. Es el único caso de transcripción de la lengua vulgar en la Alexiada.

los despertase. La mayor parte de la noche transcurrió en la realización de estas tareas. Antes del canto del gallo, abrieron las grandes puertas, tomaron consigo a su madre, hermanas, sus propias mujeres e hijos todos juntos y marcharon a pie hasta el foro de Constantino. Desde allí, tras despedirse de ellas, los hombres salieron de prisa en dirección al palacio de Blaquernas y las mujeres corrieron rápidamente a la iglesia de Santa Sofía.

3. Pero el preceptor del familiar de Botaniates, tras despertarse y notar lo que había sucedido, partió tras ellos con una antorcha en sus manos y no tardó en alcanzarlos cuando aún no estaban cerca de la iglesia de los Cuarenta Santos. Al verlo, Ana Dalaseno, la madre de aquellos nobles hijos, se dirigió a él: "Algunas personas nos han denunciado al emperador, según unos informes que he recibido. Me marcho, pues, a las santas iglesias para aprovechar como pueda su derecho de asilo; y cuando amanezca, iré desde ellas a palacio. Tú, vete para que tan pronto como los porteros abran las puertas les anuncies nuestra llegada." El preceptor, por su parte, se apresuró a cumplir la orden.

4. Las mujeres llegaron al templo del patriarca Nicolás, conocido normalmente como el Refugio, que se halla cerca de la gran iglesia y que fue construido hace tiempo para asilo de los que han sido objeto de denuncias. La intención, creo, de nuestros antepasados era habilitar una parte de la gran iglesia para que cualquier persona que hubiera sido denunciada y lograra entrar en su interior, se viera libre automáticamente del castigo impuesto por las leyes. En efecto, los antiguos emperadores y césares pensaban que sus súbditos merecían gran atención. El cuidador de dicho templo no abrió inmediatamente la puerta a las mujeres, sino que les preguntó quiénes eran y de dónde venían. Uno de los que componían el grupo dijo: "Mujeres de oriente. Han gastado todo el dinero en lo que necesitaban y se apresuran ahora a hacer sus devociones antes de salir para casa." El hombre, tras abrir las puertas sin dilación, les dejó libre la entrada.

5. Al día siguiente, el emperador convocó al senado porque ae habia enterado de la maniobra de los Comneno y, lógicamente, estuvo hablando contra ellos y con especial hostilidad hacia el doméstico. Envió también entonces al llamado Estraboromano y a un tal Eufemiano junto a laa mujeres, para hacerlas venir a palacio. Pero Ana Dalaseno les respondió: "Decid ésto al soberano: mis hijos son leales servidores de Vuestra Majestad y por servirla animosamente en todas circunstancias no escatimaron ni sus vidas ni sus cuerpos, afrontando continua y gallardamente los peligros por el bien de Vuestro imperio. Pero la envidia erigida contra ellos, que no soportaba la solicitud y la buena disposición de Vuestra Majestad hacia ellos, les ha estado creando en cada momento serios riesgos y, cuando se enteraron de que habia planes para cegarlos, sin poder soportar ya tan injusta amenaza salieron de la ciudad, no como sedicioaos, sino como fieles servidores, para huir de un peligro inminente y al mismo tiempo también para dar a conocer a Vuestro imperio la trama que ae urdia contra ellos y pedir el socorro de Vuestra Majestad."

6. Los emisarios insistían con pertinacia para que los acompañara. La mujer les replicó airada: "Al menos permitidme que ore, ya que estoy en una iglesia conaagrada a Dios. Es absurdo que haya llegado a sus puertas sin entrar ni suplicar la mediación de Nuestra Señora, la Inmaculada Madre de Dios, ante el mismo Dios y el corazón del emperador." Avergonzados los emisarios por la piadosa petición de la mujer, le permitieron el acceso. Ella marchaba a paso lento, como cansada por la vejez y las penas; pero la realidad era que fingía este cansancio. Se acercó a las puertas mismas del santuario, realizó doa genuflexiones y a la tercera se sentó en el suelo, mientras se aferraba con fuerza a las sagradas puertas gritando: "No saldré de este santo templo, a menos que me corten las manos o que reciba la cruz del emperador como garantía de mi salvación."

7. Estraboromano se arrancó la cruz que portaba en torno a su cuello e intentó ofrecérsela. Pero ella le replicó: "No os pido la garantía a vosotros, sino que es al emperador mismo a quien reclamo el amparo que he mencionado. Y no

estoy diapuesta a aceptar que se me entregue una cruz pequeña, sino una de un tamaño digno." Estas exigencias tenían como fin lograr que el juramento que se le hiciera fuera claro; en efecto, podría ocurrir que a la gente le pasaran inadvertidos los compromisos porque la promesa se hubiera hecho sobre una pequeña crucecita. "Así pues, apelo a la decisión y a la piedad del emperador. Marchaos y anunciádselo."

8. Su nuera, la esposa de Isaac (que había entrado anteriormente, cuando se abrían las puertas para el canto de maitines) dijo, después de retirar el velo que le cubría el rostro: "Que ella se marche, si quiere; nosotras no saldremos del templo sin garantías, aunque ello nos suponga la muerte." Por tanto, los representantes del emperador, al ver que la actitud de las mujeres era más obstinada y su comportamiento más arrojado que antes, temieron que se produjera un alboroto y comunicaron todo al emperador tras marcharse del templo. Éste, que era bueno por naturaleza, se plegó también a las exigencias de la mujer y le envió la cruz requerida con la promesa de que podía estar completamente tranquila. De este modo, cuando abandonó la santa iglesia, el emperador ordenó que fuera confinada con sus hijas y sus nueras en el monasterio de mujeres de Petria, que se encuentra cerca de la Puerta de Hierro. Hizo llamar también a la nuera del césar Juan [7] (tenía la dignidad de protovestiaria) [8] del templo de Blaquernas, que había sido fundado bajo la advocación de Nuestra Señora la Madre de Dios, y le ordenó que ella también ingresase en el citado monasterio de Petria. Y ordenó que sus bodegas, sus campos de trigo y todos sus tesoros fueran conservados intactos.

9. Cada mañana, pues, ambas se acercaban a sus vigilantes y les preguntaban si tenían alguna noticia sobre sus hijos. Ellos les comunicaban bondadosamente todo lo que oían. Y la protoveatiaria, que era generosa con su mano y

(7) Juan Ducas, hermano de Constantino X y tío de Miguel VII.
(8) Cargo relacionado con el guardarropa de la emperatriz. Cfr. CONSTANTIN P. Le livre..., tomo I, comentarios, p.10 y ss.; Ducange-Dufresne, col.207, n.30.

su corazón, a fin de ganarse a los guardianes para su causa, los animaba a que cogiesen todo lo que quisieran de los comestibles traídos para su consumo particular, pues les estaba permitido introducir sin obstáculos aquellos productos que necesitaran. A partir de entonces, los guardianes se hallaban mejor dispuestos a facilitar las noticias y cuando los Comneno realizaban alguna hazaña, ningún detalle de éstas les pasaba desapercibido.

VI. Los Comneno se ganan a Jorge Paleólogo y al césar Juan Ducas. Triunfal marcha sobre Constantinopla.

1. Así evolucionaron los acontecimientos relacionados con estas mujeres. Entre tanto, los rebeldes habían alcanzado la puerta que estaba junto a la barbacana de Blaquernas, habían roto los cerrojos y se habían encaminado sin obstáculos hacia los establos imperiales. Dejaron a algunos de los caballos que allí se encontraban, tras cortarles las articulaciones de las patas traseras con sus espadas, y se llevaron a otros que les podían ser útiles; tras salir de allí, ganaron rápidamente el monasterio llamado Cosmidio, que se halla cerca de la capital. Para aclarar un tanto nuestra historia, añadiremos que fue allí donde encontraron a la arriba citada protovestiaria, antes de que fuera llamada por el emperador, como hemos contado previamente, y se despidieron de ella en el momento en que se iba a marchar de aquel lugar, y donde también encontraron a Jorge Paleólogo, a quien convencieron para que los acompañara y presionaron para que se fuera con ellos.

2. Aún no le habían confiado sus proyectos, porque recelaban del hombre debido a una lógica sospecha: el padre de Jorge Paleólogo era leal al emperador en sumo grado y desvelarle la rebelión no carecía de riesgos. Consecuentemente, en un primer momento no era fácil llevar a Paleólogo a donde los Comneno querían, mientras les ponía numerosas objeciones y les reprochaba su infidelidad al emperador. Al día siguiente ocurrió lo que dice el proverbio: "tras reflexionar, ellos se retractarán." Gracias a la insistencia de la protovestiaria, que era la suegra de Paleólogo, para que

se uniera a ellos y a sus fuertes presiones acompañadas de las más duras amenazas, se volvió más dócil.

3. Comenzó a preocuparse entonces de las mujeres: su esposa Ana y su suegra María, cuyo linaje se enlazaba con las primeras estirpes búlgaras; tan agraciada era y tanta belleza y armonía tenía su físico, que ninguna parecía en aquel tiempo más hermosa que ella. Paleólogo y Alejo, pues, no se desentendieron de las suerte que ella pudiera correr. Los compañeros de Alejo sostenían la opinión de sacar a las mujeres del lugar donde estaban, unos decían que para conducirlas a una fortaleza y Paleólogo decía que a la iglesia de la Virgen de Blaquernas. Finalmente prevaleció la opinión de Jorge. Así pues, tras partir con ellas sin perder un instante, las dejaron bajo la protección de la Inmaculada Madre del Verbo, que contiene todas las cosas. Ellos volvieron después al sitio de donde habían partido y se dedicaron a discutir las acciones que debían llevarse a cabo seguidamente. Paleólogo dijo: "Vosotros tenéis que iros; yo os alcanzaré enseguida con todo el dinero disponible." Pues en aquellos momentos toda su fortuna, incluidos los recursos mobiliarios, estaban allí a mano. En consecuencia, siguieron sin retrasarse el camino previsto; Jorge Paleólogo, después de cargar en las acémilas de los monjes sus riquezas, se apresuró a ir tras ellos. Cuando estuvieron a salvo en Tzurulo (aldea de Tracia), se unieron al ejército que se había concentrado allí por orden del doméstico.

4. Juzgaron que era necesario informar al césar Juan Ducas, residente en sus posesiones de Morobundo, de lo que les estaba ocurriendo y le enviaron a alguien que lo pusiera al corriente de la rebelión. Al llegar por la mañana el mensajero, se detuvo a las puertas de la residencia y pidió ver al césar. Cuando se hubo percatado de la presencia del mensajero su nieto Juan, que aún era un muchachito sin rayar en la adolescencia y que por ello convivía ininterrumpidamente con el césar, entró veloz y despertó a su abuelo con las noticias de la rebelión. Éste enseguida se sobresaltó por lo que estaba oyendo y golpeó a su nieto en la mejilla, mientras lo echaba con la advertencia de que no debía decir idioteces. Pero el muchacho volvió a entrar pocos instantes después

con la misma noticia, a la que añadía esta vez el mensaje dirigido a él por los Comneno.

5. El mensaje empleaba de manera genial un doble sentido que ocultaba la rebelión: "Nosotros" decía "hemos preparado un abundante banquete que no carecerá de especias; si tú quieres tomar parte del festín, ven lo más rápido posible a participar en la comida." El césar se incorporó y, apoyado en su codo, derecho, ordenó que condujeran a su presencia al mensajero procedente de allí. Cuando éste hubo explicado todo lo relativo a los Comneno, el césar se echó las manos a la cara, diciendo: "Ay de mí". Al poco, echó mano al bigote, como quien disimula mucho, y se inclinó por una sola postura: colaborar también con la rebelión. Entonces, hizo llamar sin tardanza a los escuderos, montó a caballo y emprendió el camino que llevaba a los Comneno.

6. Tropezó en ruta con un tal Bizancio, que portaba una bolsa repleta de oro y que iba rumbo a la capital; y le preguntó al modo homérico: "¿Quién eres y de dónde vienes?" (9). Cuando se enteró de que transportaba mucho oro procedente de unos cobros de impuestos y con destino al fisco, lo forzó a hacer alto con él, mientras le prometía que lo dejaría marchar a donde quisiese cuando amaneciera. Sin embargo, como éste mostraba resistencia y aguantaba mal este procedimiento, el césar insistió con mayor interés y acabó por convencerlo mediante su charla, tal como era él con su soltura a la hora de expresarse, su habilidad para utilizar el pensamiento y lo persuasivo de su discurso, como si fuese un nuevo Esquines o Demóstenes. Se llevó, pues, a este sujeto, lo hospedó en una posada, le dispensó todo tipo de atenciones, lo invitó a compartir su mesa y con este excelente trato logró retenerlo.

7. Al alba, cuando el sol se apresura a alcanzar el horizonte oriental, Bizancio amarró las sillas a los caballos y se apresuraba a cabalgar hacia la capital. Al observarlo, el césar dijo: "Vamos, vente con nosotros." El recaudador, que

(9) Od., XIX, 105.

no conocía siquiera adónde iban e ignoraba totalmente la causa por la que se le honraba tan solícitamente, de nuevo mostraba su reticencia a las propuestas y sospechaba del césar y de sus atenciones. Éste estaba a su lado y tiraba de él; pero como no obedecía, cambió el tono y empleó con él palabras más rudas que contenían amenazas en el caso de que no hiciera lo ordenado. No obstante, el recaudador se resistía a obedecer. Entonces, el césar mandó que todo su equipaje se uniera al de sus acémilas y se transportara en ellas el resto del camino; en cuanto a Bizancio, le dio permiso para que se fuera a donde quisiese. Pero éste se negó a ir en dirección al palacio imperial ante el temor de acabar encarcelado por los funcionarios del tesoro imperial, cuando vieran que regresaba con las manos vacías y siguió contra su voluntad al césar, puesto que no deseaba tampoco volver sobre sus pasos debido a la inestabilidad que se cernía sobre el imperio y a la confusión que la ya proclamada rebelión de los Comneno provocaría.

8. A continuación sucedió un hecho casual: el césar se topó con unos turcos que atravesaban el río Euro. Retuvo la brida y se informó de dónde venían y adónde iban; les prometió entonces mucho dinero y hacerlos objeto de honrosas y diversas atenciones, si se unían a él y a Comneno. Así se acordó y exigió, por tanto, un juramento de sus jefes con la intención de reforzar el acuerdo. Los turcos pronunciaron inmediatamente según su costumbre el juramento de luchar como aliados de Comneno con ánimo muy firme.

9. Partió entonres junto con los turcos al encuentro de los Comneno. Cuando éstos vieron venir de lejos al césar, quedaron asombrados por el nuevo botín y no sabían qué hacer de alegría, especialmente mi padre Alejo. Cuando se encontraron, se abrazó al césar y lo besó. ¿Qué pasó a partir de entonces? De acuerdo con las recomendaciones y las prisas del césar, emprendieron el camino hacia la ciudad imperial.

10. Los habitantes de todas las poblaciones lo iban aclamando espontáneamente emperador, salvo los de la región de Orestiada, porque se sumaban al partido de Botania-

tes, enojados como estaban desde hacía tiempo con él por la prisión que había hecho sufrir a Brienio. Tras llegar a Atira, descansaron allí; al día siguiente ganaron Esquizas (una aldea de Tracia) y levantaron en ese sitio su campamento.

VII. Alejo es proclamado emperador por el ejército. Apoyo prestado por la familia Ducas.

1. Estaban todos expectantes, aguardando el futuro y deseando ver que era proclamado emperador el que esperaban. La mayoría rezaba para que Alejo asumiera el poder, pero los partidarios de Isaac dentro de sus posibilidades tampoco se daban reposo en su empeño por ganarse a todos. La situación era inviable, según parecía, a tenor de los unos, que ansiaban que aquél se convirtiera en timonel de la nave del imperio, y de los otros que lo deseaban de éste. También se encontraban presentes entonces junto a Alejo personas cercanas a él por su parentesco: el arriba citado césar Juan Ducas, hombre capaz de dar buenos consejos y hábil en el momento de actuar, a quien yo misma hace tiempo alcancé a ver brevemente; estaban asimismo sus cuñados Miguel, Juan, los nietos de éstos, y, no menos aun, su también cuñado Jorge Paleólogo, quienes se coordinaban, trabajaban y encauzaban las opiniones de la gente en el sentido de sus deseos. Y moviendo todos los hilos, como se suele decir, manipulaban todos los recursos diestramente con vistas a la proclamación de Alejo. Consecuentemente, fueron transformando los pensamientos de la gente para llevarlos al terreno deseado, por lo que, en efecto, tres breve plazo llegó a suceder que los partidarios de Isaac empezaron a disminuir.

2. Nadie podía oponerse al césar Juan en la posición que ocupaba; era imbatible por su gran inteligencia, por la talla de su cuerpo y por su aspecto propio de un soberano. ¿Qué no hacían, en consecuencia, los Duces? ¿Qué no decían? ¿Qué favores no prometían a los jefes y al común del ejército, si Alejo ascendía al trono imperial? Afirmaban: "Con inmensos regalos y honores os recompensará, de acuerdo con lo que sea apropiado para cada uno, no según se le antoje, como hacen los caudillos ignorantes e inexper-

tos; porque durante una larga temporada ha estado desempeñando el cargo de estratopedarca vuestro y gran doméstico de occidente, porque ha compartido la sal con vosotros, luchando valientemente a vuestro lado en emboscadas y en combates ordenados sin fijarse en su integridad ni en sus miembros ni en su propia vida por vuestra salvación, atravesando montes y llanuras con vosotros en numerosas ocasiones, sabiendo de los sufrimientos de los combates, conociendo exactamente por igual a todos y cada uno de vosotros, siendo amigo del dios Ares y sintiendo una extrema devoción por los soldados valientes."

3. Así se expresaban los Ducas; pero Alejo estimaba mucho a Isaac y lo anteponía en todo momento, ya por el cariño fraternal o, mejor aún, todo hay que decirlo, porque el ejército al completo se inclinaba por Alejo y se empeñaba en su reinado y no mostraba ningún interés por Isaac; como poseía por ello el poder y la fuerza y como veía que sus pretensiones iban por buen camino, intentaba consolar al hermano con la subordinación a su candidatura, a pesar de que no tendría ninguna experiencia no deseada si el ejército lo encumbraba a la cima de los honores, mientras él utilizaba palabras cariñosas con su hermano y simulaba renunciar abiertamente al poder.

4. Dado que el tiempo se estaba agotando en estas disquisiciones, un día fue reunido el ejército entero alrededor de su tienda; todos estaban expectantes y rogaban que se cumpliera su propio deseo. Entonces, Isaac se levantó, tomó los borceguíes de color púrpura e intentó calzárselos a su hermano. Ante la reiterada negativa de éste, Isaac dijo: "Déjame hacerlo; es la voluntad de Dios llamar a nuestra familia a través de ti." Con estas palabras le recordaba la predicción que le había hecho en un ocasión un aparecido en los alrededores del lugar llamado Carpiano, cuando ambos hermanos volvían a casa del palacio imperial.

5. En efecto, al llegar allí se encontraron con un hombre que o bien era un ser superior, o bien, hablando sinceramente, un hombre con extraordinarias dotes para profetizar el futuro. El ser que se les aproximaba con la cabeza descu-

blerta, los cabellos canos y la barba poblada tenía aspecto de sacerdote; cogió la pierna de Alejo y, como iba a pie, se atrajo a sí al jinete y le dijo al oído las siguientes palabras, pertenecientes a los salmos de David: 'Estate atento, crea prosperidad y reina con la verdad, la dulzura y la justicia (10)." Y añadió a sus palabras: "Soberano Alejo." Cuando hubo dicho estas palabras y como si hubiera hecho una profecía, desapareció. Ni siquiera Alejo pudo cogerlo a pesar de sus miradas a todas partes, por si lo veía en algún sitio, y de su cabalgada a rienda suelta en pos de él para saber con mayor exactitud, si lo alcanzaba, quién era y de dónde venía. Antes al contrario, la aparición se hizo completamente invisible.

6. Cuando volvió de la búsqueda, su hermano Isaac le hizo muchas preguntas sobre el aparecido y le pedía que le desvelara las palabras dichas en secreto; como Isaac insistía en preguntar, Alejo, tras un primer intento de rechazarlo, acabó por hacerle saber las palabras que habían sido pronunciadas confidencialmente. Y él hablaba al hermano sin tapujos interpretando aquel mensaje como una ficción, como un engaño, pero en su interior le daba vueltas al asunto y encontraba semejanzas entre el venerable aspecto de la aparición y del teólogo hijo del trueno (11).

7. Puesto que Isaac estaba observando hechas realidad las palabras que había dicho y con las que había profetizado el futuro aquel anciano, insistió gallardamente en obligarlo a aceptar el trono hasta que logró calzarle los borceguíes de color púrpura; esta decisión estaba aún más justificada si se veía la ardiente adhesión que todo el ejército mostraba a Alejo. A partir de ese instante, los Ducas iniciaron la aclamación; éstos habían aceptado al candidato al trono porque Irene, pariente suya y madre mía, era la legítima esposa de mi padre. Junto con ellos también los parientes consanguíneos de su linaje actuaban animosamente del mismo modo. El resto del ejército, tras aceptar la aclamación, alzó sus voces hasta casi el cielo. Pudo contemplarse entonces un

(10) Salmos, XLIV, 6.
(11) San Juan Evangelista.

raro fenómeno: los que antes disentían en su opinión y hubieran preferido afrontar la muerte a renegar de su voluntad, se volvieron en un instante tan acordes a los demás que no había forma de reconocer si hubo una vez una divergencia de opiniones entre éstos.

VIII. Nicéforo Meliseno también se rebela en Asia. Solución que adoptan los Comneno.

1. Tan pronto pasaron estos acontecimientos, corrió un rumor en el sentido de que Meliseno había avanzado hasta los alrededores de Damalis con un importante ejército, que ya se había hecho aclamar emperador y que iba vestido de púrpura; sin embargo, los Comneno no podían dar crédito a lo que entonces se estaba diciendo. Como Meliseno conocía los acontecimientos por los que estaban atravesando los Comneno, les envió rápidamente unos embajadores que nada más llegar a su presencia les entregaron una carta cuyo contenido era, aproximadamente, éste:

2. 'Dios me ha conservado incólume con el ejército que está bajo mi mando hasta Damalis. Me he enterado también de lo que os ha ocurrido: que, gracias a la protección que Dios os ha dispensado en contra de la perversidad de aquellos esclavos y de sus temibles intrigas, pudisteis planear vuestra salvación. Como, gracias a Dios, yo también soy pariente y aliado vuestro (12) y como por mis opiniones y por mi firme alineamiento a vuestro lado no desmerezco de ninguno de los que son parientes vuestros por la sangre, como bien sabe Dios, que todo lo juzga, debemos mirar por nuestro bien común, procurarnos seguridad y fortaleza para no ser sacudidos por cualquier viento y marchar sobre posiciones seguras mediante la correcta dirección del imperio. Todos estos objetivos estarán a nuestro alcance, si, tras la toma de la ciudad, con el consentimiento de Dios, uno de vosotros es proclamado emperador y gobernáis mediante él la parte occidental, y permitís que me sea cedido el gobierno

(12) Marido de Eudocia, hermana de Alejo. Se había rebelado en Asia y aliado con los turcos.

de Asia junto con el derecho a portar la corona, vestir la púrpura y ser aclamado según el protocolo habitual de los emperadores en compañía de aquél que haya sido proclamado de vosotros, de modo que nuestra aclamación sea común y, aunque hayamos dividido espacios y competencias, el criterio de gobierno sea uno y el mismo. Si nos organizamos así, podríamos los dos administrar el imperio sin revueltas."

3. Los embajadores no recibieron ninguna respuesta definitiva al término de su mensaje. Al día siguiente, los hicieron llamar y durante largo rato intentaron demostrarles la imposibilidad de acceder a las pretensiones de Meliseno; los Comneno, por su parte, al día siguiente les darían a conocer su parecer por mediación del llamado Jorge Manganes, a quien habían encargado de su cuidado. Aunque estuvieran así las cosas, no desatendían en absoluto el asedio e intentaban con escaramuzas ganar dentro de sus posibilidades las murallas de la ciudad. Al día siguiente, tras hacerlos llamar, les comunicaron su decisión. Esta consistía en honrar a Meliseno con el título de césar, dignarlo con el uso de la diadema, la aclamación y todos los demás honores que son protocolarios para semejante dignidad y en concederle el gobierno de la muy grande ciudad de Tesalónica, donde existe un bellísimo templo construido bajo la advocación del gran mártir Demetrio de cuyo ataúd fluye un líquido perfumado que siempre concede grandes curaciones a quienes se le acercan con fe.

4. Los embajadores se molestaron ante estas propuestas y como no se atendían sus peticiones, como veían los grandes preparativos que hacía el rebelde contra la ciudad y el ejército tan numeroso que poseía y como el tiempo ya se les estaba acabando, temiendo que, cuando fuera tomada la ciudad los Comneno no quisieran cumplir lo que ahora prometían, pidieron que esas promesas constaran por escrito en un crisóbulo [13] certificado con rojas letras. Alejo, el recién proclamado emperador, estuvo de acuerdo e hizo llamar enseguida a Jorge Manganes, que era también su secretario, y le encargó la redacción del crisóbulo. Pero él estuvo retrasando la confección del escrito durante tres días, poniendo unas veces una excusa, otras veces otra. Tan pronto decía que sus grandes ocupaciones del día le habían impedido terminar la redacción por la noche, como achacaba a una brasa, que le había caído encima en la noche, la total destrucción de lo que llevaba escrito. Con tales pretextos y algunos otros, Manganes, como si planeara tretas [14] se retrasaba utilizando cada vez una excusa distinta.

(13) Documento con el que los emperadores hacían públicos sus decretos. Cfr. CEDRENO, Jorge.- Historiarum compendium, P.G. 121, col.26, n.60; Ducange-Dufresne, col.221, n.46.

5. Tras salir de allí, los Comneno llegaron pronto al lugar llamado Aretas. Es éste un sitio que se halla cerca de la ciudad; domina la llanura y los que se sitúan a sus pies lo ven elevarse como una colina, una de cuyas laderas se inclina hacia el mar, la otra hacia Bizancio y las dos restantes están orientadas hacia el norte y el oeste; batida por todos los vientos, tiene agua transparente, potable y que corre siempre; desprovista totalmente de vegetación y árboles, hubiérase dicho que unos leñadores talaron la colina. Por lo agradable y templado del lugar el soberano Romano Diógenes había erigido unas brillantes edificaciones dignas de los emperadores y previstas para estancias breves. Tras llegar a este sitio, intentaron ganar las murallas, pero no con máquinas de asedio o catapultas por la carencia absoluta de tiempo, sino con el envío de la infantería ligera, arqueros, lanceros y catafractarios.

IX. Desasosiego de Nicéforo Botaniates. Alejo decide tomar la ciudad mediante el soborno.

1. Al ver que el ejército rebelde de los Comneno contaba con mucha gente, que estaba constituido por todo tipo de hombres, que se daba prisa por llegar a las puertas de la ciudad y que Nicéforo Meliseno, quien también luchaba por dominar el imperio, había llegado a Damalis al mando de unas fuerzas no inferiores a aquéllas, Botaniates no sabía

(14) Juego de palabras entre el apellido de Manganes y el verbo manganeúo: planear tretas.

qué hacer, ya que no podía enfrentarse a ambas facciones, y como estaba un poco tardo a causa de su vejez y sobre todo asustado, aunque en su juventud hubiera sido muy valiente, se sentía tranquilo sólo en tanto en cuanto le circundaba el recinto de la muralla: su auténtica aspiración era la de abandonar la dirección del imperio. En consecuencia, el miedo y el caos se apoderaron de todos y creían que la ciudad sería fácilmente tomada por todas partes.

2. Dado que los Comneno creían difícil poder tomar la ciudad (las tropas estaban compuestas por una diversa variedad de extranjeros y por hombres del país; y donde la muchedumbre es diversa, allí también las opiniones se muestran diversas) y al comprobar Alejo, recién calzado con los borceguíes, lo inexpugnable de la ciudad y desconfiar del carácter voluble de los soldados, cambió de estrategia; la nueva consistía en apoderarse de la ciudad haciendo aduladoras promesas a algunos de los defensores de las murallas y robándoles su lealtad.

3. Estuvo elaborando este plan durante toda la noche y al amanecer se presentó en la tienda del césar Juan Ducas, para comunicarle sus objetivos y pedirle que lo acompañase, que observase con él las murallas, reconociera almenas y defensores (que tenían diversos orígenes) y reflexionara sobre el posible modo de tomar la ciudad. El césar aceptaba a duras penas esta misión, porque aún hacía poco que había vestido el hábito de monje y preveía que iba a ser objeto de burla por los que se hallaban en la muralla y en las almenas, si se presentaba con esos ropajes al aproximarse a la muralla. Efectivamente, eso fue lo que pasó. El césar se vio forzado a seguir a Alejo y tan pronto como lo hubieron visto desde la muralla, los defensores comenzaron a mofarse del abad con calificativos injuriosos. Pero él frunció el entrecejo y, aunque en su interior se sentía insultado, no prestó ninguna atención a esos ultrajes y ponía todo su interés en el objetivo de este reconocimiento. Pues los hombres de carácter firme acostumbran a perseverar en aquello que creen positivo y despreciar lo que suceda en su entorno.

4. Estuvo informándose sobre la identidad de los defensores de cada torre. Cuando se enteró de que en un sector estaban los llamados inmortales (un cuerpo muy especial de las fuerzas romanas), en otro los varegos [15] de Tule (llamo así a los bárbaros portadores de hachas) y en otro sector los nemitzos (éste es también un pueblo bárbaro que sirve desde hace mucho tiempo al imperio de los romanos) [16] aconsejó a Alejo que no se arriesgara con los varegos, ni tampoco con los inmortales. Pues éstos, al ser naturales del imperio y tener necesariamente una gran adhesión al emperador, antes entregarían sus vidas que dejarse persuadir para realizar algún acto deshonroso en contra de él. Los otros, los que llevan en sus hombros las espadas, al transmitirse como tradición paterna y patrimonio hereditario de uno a otro la lealtad hacia los soberanos y la defensa de sus personas, conservan una inamovible lealtad hacia él y no soportarían en absoluto la más mínima palabra de traición. Pero si la tentativa se centrara en los nemitzos, quizás su objetivo no fracasaría y el intento de acceder a la ciudad desde la torre defendida por ellos podría tener éxito.

5. Pues bien, a partir de ese instante Alejo obedeció las palabras del césar como si proviniesen de un oráculo divino. A través de un mensajero enviado por él pidió con mucho interés ver al jefe de los nemitzos; éste miró hacia abajo desde lo alto de la muralla y después de una larga conversación acordó entregar la ciudad sin tardanza. Llegó, pues, el soldado con esa noticia y cuando los compañeros de Alejo oyeron esta favorable nueva, se alegraron y se dispusieron muy animosamente a montar en los caballos.

(15) Los varegos era un cuerpo de tropas de origen nórdico; su procedencia se situaba legendariamente en la isla de Tule, pero en realidad, era una mezcla de rusos, ingleses, escandinavos, y otros.
(16) Los nemitzos eran soldados de origen germánico. Cfr. para estas dos últimas notas, Ducange-Dufresne, col. 230, n. 49; col. 231, n.60.

X. Manganes se deshace de los embajadores de Meliseno. Los Comneno entran en Constantinopla en medio de un gran saqueo.

1. Mientras tenían lugar estos acontecimientos, los embajadores de Meliseno insistían vivamente en reclamar el prometido crisóbulo. Enseguida se hizo llamar a Manganes para que lo trajese; él aseguraba que lo tenía escrito, pero sostenía que los instrumentos precisos para las firmas imperiales junto con la pluma habían desaparecido; y es que Manganes era un buen actor y un hombre hábil en prever fácilmente el futuro, sacar partido del pasado, conocer el presente con exactitud, para dirigirlo diestramente en la dirección deseada, y eliminar los asuntos que quisiera. Manganes iba retrasando la redacción del crisóbulo y dejando las esperanzas de Meliseno en el aire. En efecto, temía que, si le era entregado más rápido de lo conveniente el crisóbulo que le concedía el título de césar, acabaría por rehusar esta dignidad y asumiría con un audaz golpe de mano el control de todo el Imperio, como había señalado a los Comneno. Por ello Manganes ingenió esta artimaña con intención de retrasar la firma del crisóbulo donde se le confería el título de césar.

2. Puestas así las cosas, como el momento de entrar en la ciudad era inminente y sospechaban esta trama, los embajadores insistían con mayor viveza en reclamar el crisóbulo. Pero los Comneno les dijeron: "Como ya tenemos en nuestras manos la ciudad, nos vamos para tomar posesión de ella con el auxilio de Dios; marchaos, comunicádselo a vuestro amo y señor y decidle lo siguiente: si todo fuera como esperamos y tú te presentas a nosotros, nuestros intereses comunes se verían encauzados de conformidad con tu voluntad y la nuestra." Eso se les dijo a los embajadores; enviaron, por otro lado, a Jorge Paleólogo al jefe de los nemitzos, Gilpracto, para poner a prueba la disposición de Gilpracto y, si comprobase que aceptaba favorablemente a los Comneno según su promesa, hacerle la señal convenida, una vez observada la cual, los partidarios de Alejo se apresurarían a entrar y Jorge, tras subir a la torre, les abriría rápido las puertas. El acogió muy favorablemente esta misión ante

Gilpracto, porque era un hombre dispuesto a las acciones bélicas y a los asaltos de ciudades, por lo que se le podría haber llamado con justicia un destructor de murallas, como Homero decía de Ares [17]. Tras armarse y disponer de forma muy experta todo su ejército, los Comneno avanzaron a paso lento y se dirigieron en masa a la ciudad.

3. Así pues, al atardecer, tras aproximarse a la muralla y recibir la señal de Gilpracto, Jorge Paleólogo subió a la torre con sus hombres. Los de Alejo, que se habían acercado entonces a corta distancia de las murallas, clavaron empalizadas y acamparon ostensiblemente. Permanecieron una pequeña parte de la noche allí; luego, los Comneno ocuparon el centro de la falange junto con los jinetes escogidos y lo mejor del ejército y, tras ordenar la infantería ligera, comenzaron a avanzar poco a poco hasta aparecer al alba súbitamente formados en filas compactas ante las murallas. Todos fingían tener un aspecto guerrero y estaban armados para impresionar a los de dentro. Cuando Paleólogo les dio la señal desde lo alto de las murallas y les abrió las puertas, entraron en masa, no en formación militar, sino cada uno a su antojo, cargados de escudos, arcos y lanzas.

4. Era el día de Jueves Santo, en el que celebramos la Pascua mística y comulgamos, en la cuarta indicción, el mes de abril del año 6589 [18]. De este modo, todo el ejército, que se componía de tropas extranjeras y del país, que había sido reclutado con soldados procedentes de zonas fronterizas y colindantes con la propia capital y que sabía la abundancia de toda clase de productos que tenía gracias al continuo abastecimiento tanto por tierra como por mar, entró en breve tiempo por la puerta de Carisio y se dispersó por toda la ciudad, por avenidas, cruces y callejas, saqueando sin freno casas, iglesias y hasta las zonas prohibidas de los lugares sagrados, de donde recogió mucho botín, y aunque sólo se privó de matar, actuó sin pudor en todas las demás cosas y por doquier. Pero lo que resulta más doloroso es que ni siquiera nuestros compatriotas se abstuvieron de cometer ta-

(17) Il., V, 31, 455.
(18) Leib, I, p.94, n.3: primero de abril de 1081.

les atropellos y, como si se hubieran olvidado de su propio origen y hubieran cambiado sus costumbres por otras peores, también ellos realizaban sin rubor los mismos desmanes que hacían los bárbaros.

XI. Actuación de Jorge Paleólogo. Renuncia de Nicéforo Botaniates a defender el trono.

1. Cuando el emperador Botaniates vio que estos acontecimientos situaban sus intereses en un estado crítico debido al asedio que sufría la ciudad por occidente y a la presencia por oriente de Nicéforo Melíseno en Damalis, ante la duda optó por concederle a Melíseno la primacía. Cuando la ciudad ya estaba tomada por los Comneno, mandó llamar a uno de sus más fieles servidores acompañado de un espatario muy aguerrido [19] y le ordenó que con ayuda de la flota condujera a Melíseno al palacio imperial.

2. Pero la ciudad había caído antes de que se cumpliera la orden y Paleólogo, llevando consigo a uno de sus subordinados, había bajado al mar por su pie. Tras encontrar una barca, montó enseguida y ordenó a los remeros que dirigieran la embarcación hacia el lugar donde habitualmente está fondeada la flota. Mientras se iba acercando a la orilla opuesta, vio que el hombre enviado por Botaniates para hacer venir a Melíseno estaba preparando la flota y que el espatario se hallaba dentro de una nave de guerra. Cuando lo reconoció en la distancia y como lo tenía por amigo desde mucho tiempo atrás, navegó a lo largo del navío y le formuló las preguntas de rigor, es decir, de dónde venía y adónde iba y pedía que él lo recibiese a bordo. Pero el espatario, al ver que Paleólogo iba armado, le dijo precavido: "Si no te hubiera visto tan fuertemente armado, te habría acogido con mucho gusto," Paleólogo le propuso soltar el escudo, la espada y el casco, sólo con que quisiera recibirlo.

(19) Cfr. CONSTANTIN P.- Le livre..., tomo I, comentarios, p.10 y ss.; Ducange-Dufresne, col. 238, n.57.

3. Cuando el espatario vio que él dejaba las armas, accedió a que embarcara en su nave y, tras rodearlo con sus brazos, lo estrechó muy contento. Pero Paleólogo, que era un hombre arrojado, se puso manos a la obra sin esperar un instante. Saltó a la proa e interrogó a los remeros diciéndoles: "¿Qué hacéis y adónde vais? Os estáis empeñando en atraer sobre vuestras cabezas gravísimos perjuicios. La ciudad, como veis, ha sido tomada. El que era antes gran doméstico ha sido proclamado ahora emperador; ved a los guerreros y oíd su aclamación; ningún otro ocupará ya su puesto en el palacio imperial. Bueno es Botaniates, pero los Comneno son mejores. Numeroso es el ejército de Botaniates, pero mucho mayor es el nuestro. No traicionéis, pues, vuestras vidas, a vuestras mujeres e hijos y, después de mirar con detenimiento la ciudad, después de observar a todo el ejército dentro de ella y sus banderas y percataros de que la aclamación es general, de que el anteriormente gran doméstico, ahora emperador, se encamina hacia el palacio imperial y de que ya está invistiéndose del poder imperial, dadle la vuelta a la proa de vuestro barco y uníos a Alejo, proporcionándole una victoria definitiva."

4. Entonces todos ellos obedecieron sus palabras y se pusieron de su parte. Y al espatario, que se había encolerizado, este guerrero, Jorge Paleólogo, lo amenazó con encadenarlo allí mismo y arrojarlo bajo la cubierta de la nave o lanzarlo al fondo del mar. A continuación Paleólogo encabezó la aclamación y tras él lo hicieron los remeros. En cuanto al espatario, como seguía encolerizado y no se avenía a razones, lo encadenó y lo depositó bajo cubierta.

5. Después de una corta navegación recogió su espada y su escudo, fondeó en el sitio donde estaba la flota y emprendió una aclamación general. Cuando encontró al que Botaniates había enviado para que tomase la flota e hiciera atravesar a Melíseno desde oriente, lo prendió enseguida y ordenó soltar amarras a los marineros. Después de zarpar de allí con la escuadra, llegó ante la acrópolis lanzando una ostensible aclamación. En este sitio ordenó a los remeros que se pararan y permanecieran quietos para cerrar el paso a los que intentaban cruzar desde oriente.

6. Cuando, pasado un poco de tiempo, vio que una nave estaba atracando junto al gran palacio, mandó a los remeros de su barco que se pusieran a remar con viveza para darle alcance. Tan pronto como contempló a su padre en ella, se levantó y le ofreció enseguida la reverencia debida a los padres. Pero éste no lo vio con alegría, ni mucho menos lo llamó dulce luz, como hizo una vez el itacense Odiseo a su hijo, cuando lo vio [20]. En aquella lejana ocasión había un banquete, unos pretendientes, un concurso, cuerdas, un arco y la recompensa para el vencedor era la prudente Penélope. Y Telémaco no era un enemigo, sino que estaba allí como un hijo que ayuda a su padre. En esta ocasión, había una batalla, una guerra y ambos estaban enfrentados, uno contra otro, por su opinión. Las simpatías del uno no le pasaban desapercibidas al otro, aunque aún no hubieran derivado en acciones sus pensamientos. Entonces el padre, tras mirarlo coléricamente y llamarlo loco, le preguntó; "¿Qué vienes a hacer aquí?" Su hijo le respondió: "Ya que eres tú quien me lo preguntas, nada." Y aquél a éste: "Aguanta un poco y, si el emperador me hace caso, lo sabrás a no tardar."

7. Así pues, una vez en el palacio el citado Nicéforo Paleólogo, al ver a toda la guardia dispersa y ocupada en la recogida de riquezas y convencido de que se podía vencer a ésta fácilmente, pidió a Botaniates que le fueran cedidos los bárbaros de la isla de Tule, para expulsar con ellos de la ciudad a los Comneno. Pero Botaniates, que había renunciado totalmente a defender su trono, fingió no desear que estallase una guerra civil. "Vamos, hazme caso, Nicéforo," dijo "puesto que los Comneno se hallan dentro de la ciudad, ve a su encuentro y pide la paz." Él, aunque a regañadientes, marchó en su busca.

(20) Od., XVI. 23.

XII. Los Comneno se hacen con el poder total. Huida de Botaniates.

1. Una vez dentro de la ciudad y en una posición de fuerza, los Comneno se detuvieron en la explanada del gran mártir llamado Jorge Siceotas y estuvieron deliberando sobre si debían acudir primero en busca de sus madres para rendirles el habitual saludo según lo acostumbrado y luego marchar sobre el palacio imperial o viceversa; al enterarse, el césar envió a uno de sus servidores con orden de amenazarlos y amonestarlos por su lentitud en actuar. Ya habían llegado con rapidez a las proximidades de la casa de Iberitzes [21], cuando los alcanzó Nicéforo Paleólogo y les dijo:

2. "El emperador os comunica lo siguiente: yo soy ya un anciano, solo, sin hijos, ni hermanos, ni pariente alguno; acepta, pues," y dirigía la palabra al reciente emperador Alejo "ser tú mi hijo adoptivo. Yo no anularé ninguno de los honores que has conferido a cada uno de tus compañeros de armas, ni participaré contigo en ninguna de las competencias del poder imperial y sólo me limitaré a conservar el simple tratamiento de Majestad, la aclamación, los borceguíes rojos y poder habitar también tranquilamente en palacio. Tuya será la administración total de los asuntos del imperio."

3. A esas propuestas los Comneno se expresaron con términos de acuerdo; el césar, al enterarse de esta claudicación, acudió rápidamente junto a ellos amenazándolos y apremiándolos a ir al palacio imperial. Él entraba a pie por la derecha del patio y los Comneno salían, cuando se encontraron; entonces el césar los recriminó con numerosos reproches. Luego se fijó en la entrada y vio a Nicéforo Paleólogo, que llegaba de nuevo por la izquierda, y le dijo: "¿Qué te trae aquí y con qué intenciones vienes, consuegro? [22]." Y él le respondió: "Nunca terminaré, supongo; de nuevo

(21) Lugar próximo a la acrópolis de Constantinopla.
(22) Jorge Paleólogo, hijo de Nicéforo Paleólogo, ya había desposado a la nieta del césar Juan Ducas. El término sympéntheros designa el parentesco entre dos procedente de la boda de hijos o hijas (Ducange-Dufresne, col. 144, n. 61).

vengo para traer a los Comneno de parte del soberano las mismas propuestas que antes. El emperador insiste en mantener sus promesas y adoptar a Alejo como hijo para que asuma el poder de los soberanos y administre los asuntos del imperio según su deseo; en cuanto al emperador sólo debe conservar el tratamiento de Majestad, el uso de los borceguíes rojos, de la púrpura y poder vivir tranquilamente en el palacio imperial, puesto que es ya anciano y necesita descansar." Pero el césar enseguida clavó su penetrante mirada en él, frunció el entrecejo y le dijo: "Márchate y anuncia al emperador que esas propuestas hubieran venido muy oportunamente antes de la toma de la ciudad; pero que ahora ya no tiene ningún sentido el propósito de esta embajada: si estás viejo, apártate del trono y preocúpate de tu propia salvación."

4. Esta fue la reacción del césar. Borilo, por su parte, que, cuando se enteró de la entrada de los Comneno y de que el ejército a su mando se había dispersado por todas partes, se dio al saqueo y se esforzaba sólo en recoger botín (éstos habían sido abandonados en unión de sus parientes, sus íntimos y un reducido grupo de soldados extranjeros), decidió oponerse a ellos, porque podrían ser fácilmente sometidos a causa de la dispersión de su ejército. Reuniendo entonces a todos los que llevaban las espadas sobre sus hombros y a todos los soldados originarios de Coma, los fue emplazando desde el foro de Constantino hasta el denominado Milio y más arriba, alineados perfectamente en filas compactas. Los soldados se situaron con los escudos pegados unos a otros, preparados para la batalla e inmóviles, por el momento.

5. Como el que entonces ocupaba el cargo de patriarca era un hombre realmente santo, pobre, que había pasado por todos los grados de la ascética seguidos por los antiguos padres que consumieron su vida en desiertos y montañas, y que era considerado poseedor de un carisma profético

Hemos optado por la traducción de consuegro, al carecer de término adecuado en castellano y ampliando el significado, como probablemente ocurra en griego.

y divino por haber hecho muchas predicciones sin equivocarse nunca y servir de norma y ejemplo de virtud para generaciones venideras, este patriarca, decíamos, parecía no ignorar en absoluto lo que le sucedería a Botaniates. Y ya fuera por inspiración divina, ya por sugerencia del césar (también esto se rumoreaba) que mantenía amistosas relaciones con él hacía tiempo por lo sublime de su virtud, aconsejó al emperador que abdicase del trono, diciendo: "No des motivos para una guerra civil, ni desobedezcas los mandatos de Dios. Deja de desear que la ciudad se manchle con sangre de cristianos; cede, pues, a la voluntad de Dios y abdica del trono."

6. Obedeció el emperador las palabras del patriarca. Y temiendo la loca arrogancia del ejército, se vistió y bajó con idea de dirigirse hacia la gran iglesia de Dios [23]. Como estaba muy confundido, olvidó que iba vestido aún con la ropa propia de los emperadores. Entonces Borilo se volvió, lo agarró por el paño que está pegado con broches de perlas al brazo y lo despojó de su vestidura, diciendo en tono de burla y de chanza: "Semejante atuendo, en verdad, no nos conviene ahora." Una vez que él hubo penetrado en el gran templo de Dios consagrado a la Sabiduría Divina, aguardó en su interior los acontecimientos.

(23) La iglesia de Santa Sofía de Constantinopla.

LIBRO III

ALEJO COMNENO SE HACE CARGO DEL IMPERIO. PRIMERAS DISPOSICIONES. CAMPAÑAS CONTRA LOS TURCOS E INVASIÓN NORMANDA (1081)

I. Situación de la emperatriz María tras el derrocamiento de Botaniates. Acomodo de la nueva familia imperial.

1. Tan pronto como los Comneno llegaron al palacio imperial, enviaron en busca de Botaniates a Miguel, marido de su sobrina, que en los últimos tiempos había desempeñado el cargo de logoteta de los *secreta* [1]. Partió él con el entonces eparca [2] (que era Padeno), embarcó en un pequeño navío al emperador y marchó junto a él hasta el célebre monasterio de Periblepto; luego, ambos lo instaron a vestir el hábito monástico. Como Botaniates estuvo intentando posponer este acto para más adelante y ante el temor de que aquellos esclavos junto con los soldados de Coma pretendiesen provocar una revuelta, aprovechando la confusión y el desorden que aún reinaban, le aconsejaron que se cortara el pelo sin tardanza. Los obedeció y entonces se le honró con el hábito angélico. Así son los caprichos de la fortuna: cuando quiere sonreír a los hombres, eleva su existencia a las más altas cotas, les ciñe la diadema imperial y les calza los borceguíes de púrpura; pero cuando les frunce el ceño, en

(1) Miguel Ducas, que en realidad era cuñado de Alejo. "Había cuatro logotetas en la alta administración: el logoteta toû genikoû, el logoteta toû stratiotikoû, el logoteta toû drómou, el logoteta tôn ageîon (...). Este logoteta (toû drómou) pertenecía a la clase de los sekretikoí, grandes funcionarios civiles que llevaban la dirección de las oficinas administrativas del imperio y cuyo jefe parece ser que era el logoteta" (CONSTANTIN P.- Le livre..., I. comentarios, p. 34-35). La denominación de logothétes tôn sekréton es nueva. Cfr. Ducange- Dufresne, col.261-262, n. 65, con extensas aclaraciones: este logoteta tenía funciones similares a las de canciller.

(2) Prefecto de Constantinopla.

lugar de la púrpura y las coronas los viste de negros jirones. Todo esto fue lo que, precisamente, le ocurrió al emperador Botaniates. A la pregunta de uno de sus familiares sobre si soportaba bien este cambio de vida, le dijo: "Sólo me molesta verme privado de comer carne; de lo demás poco me preocupo."

2. Sin embargo, la emperatriz María aún permanecía en palacio junto con su hijo Constantino, que había tenido del antiguo emperador Miguel Ducas, como dice el poema: "temerosa por su rubio Menelao", sosteniendo como pretexto irrebatible de su permanencia el parentesco con los Comneno, si bien algunos, movidos por la envidia, tenían algunas otras sospechas de ella. En efecto, había convertido previamente a uno de ellos en pariente y a otro en hijo adoptivo. No fueron motivos deshonestos, como afirma la gente, ni el atractivo y la afabilidad de aquellos hombres, las razones que la persuadieron a adoptar esta determinación, sino el hecho de ser originaria de una tierra extraña y no poseer aquí ningún familiar, ni allegado ni menos aún un compatriota. Así pues, no quería salir del palacio precipitadamente, porque, como suele ocurrir cuando se derroca a un emperador, temía que algo malo le ocurriera a su hijo, si partía de allí antes de conseguir alguna garantía para su seguridad.

3. Por lo demás, este niño era hermoso y de corta edad (aún no había cumplido los siete años); y nadie debe molestarse si alabo a los míos obligada por la naturaleza de las circunstancias. No sólo era encantador cuando hablaba y se movía, sino que tampoco tenía igual en las evoluciones de sus juegos, como dijeron después las personas que habían presenciado estos hechos en aquel entonces; era rubio y blanco como la leche, con una tez rebosante de color en los lugares donde debía tenerlo, como las rosas que acaban de eclosionar de sus cálices. Los ojos no eran claros, sino parecidos a los de un halcón y brillantes bajo unas cejas que hacían como de engarce dorado. En consecuencia, embelesaba con sus diversos encantos a quienes lo miraban y cuando se le veía podría decirse de él, por su cierta apariencia de ser

celestial y su belleza enteramente ultraterrena, lo que se dice al describir al dios Amor.

4. Ése era el verdadero motivo de la permanencia de la emperatriz en palacio. Además, respecto a este asunto yo diría que aborrezco por naturaleza el fabular y el inventar datos falsos, porque sé que esta es la actitud que suele tomar todo el mundo, en especial cuando caen víctimas de la envidia y la malevolencia; yo no me complazco con las calumnias de la gente. También he tenido otra fuente de información segura sobre esos acontecimientos, ya que fui criada por la emperatriz en mi infancia, cuando aún no había cumplido yo los ocho años. Como me tenía mucho cariño, me hacía partícipe de todos sus secretos. Asimismo, he oído a muchos hablar sobre estos hechos y dar versiones diferentes unos de otros, cada uno con una interpretación de aquellos sucesos de acuerdo con la propia disposición de su espíritu y según mostrara hacia ella simpatía u odio; y no veía que todos fueran de idéntica opinión. Yo pude oír con frecuencia sus comentarios sobre todo lo que le había ocurrido y sobre el extremo temor a que había llegado, especialmente por su hijo, cuando el emperador Nicéforo abdicó del trono. A mi juicio y al de la mayoría de las personas honestas y atentas a conocer la verdad, el amor hacia su hijo la retuvo entonces en palacio un poco más de tiempo.

5. Tan graves fueron los problemas que acuciaron a la emperatriz María; en cuanto a mi padre Alejo, que en ese momento poseía el cetro, tan pronto como empezó a habitar en la residencia imperial, asignó el palacio inferior (así acabó llamándose por la situación de su emplazamiento) a su propia esposa, que contaba quince años, con sus hermanas, su madre y el césar, su abuelo paterno. Alejo, con sus hermanos, madre y parientes cercanos subió al palacio superior, que es conocido como Bucoleón. La causa de esta denominación hay que buscarla en el puerto que se construyó hace mucho tiempo con materiales locales y mármoles en un lugar cercano a los muros del palacio y en el que hay un conjunto escultórico representando a un león de piedra que agarra por los cuernos a un buey y, hundido en su garganta, le tira del cuello. Esta escultura es, sin duda, la causa de

que se llame Bucoleón todo ese sitio, tanto las construcciones de tierra como el mismo puerto.

II. Problemas con la familia Ducas sobre su papel en el nuevo reinado. Actividades contrarias a esta familia de Ana Dalasena.

1. Así pues, como se ha dicho arriba, muchos sospechaban de la permanencia de la emperatriz en el palacio y murmuraban que sería desposada por el actual dueño del Imperio. No pensaban en estos rumores los Ducas (no daban crédito a la primera habladuría que les llegara); más bien temían a la madre de los Comneno por la irreconciliable enemistad que tenía hacia ellos desde tiempo atrás; esto provocaba su recelo y su desconfianza hacia ella, como yo les he oído contar muchas veces. Cuando Jorge Paleólogo arribó seguido por la flota y comenzó la aclamación, los partidarios de los Comneno se inclinaron desde la muralla y le mandaron que se callase por miedo a que los marineros unieran en la aclamación los nombres de Irene y Alejo y los aclamaran juntos. Pero él, montando en cólera, les respondió desde abajo: "Yo no me he comprometido en una empresa tan importante por vosotros, sino por ésa que llamáis Irene." Y ordenó también a los marineros que aclamasen simultáneamente a Irene y a Alejo. Estos acontecimientos sumieron el alma de los Ducas en una gran inquietud y proporcionaron a los murmuradores una base para injuriar a la emperatriz María.

2. Pero el emperador Alejo, que tampoco albergaba en su mente tales pensamientos (¿cómo iba a hacerlo?), tras asumir la jefatura del imperio, se ocupó enseguida de todos los asuntos pendientes conforme a su activa personalidad y, como alguien diría, gobernó desde el centro de todo el mundo. Alejo penetró en palacio mientras se iba levantando el sol y tan pronto como estuvo en él, se entregó de lleno a las cuestiones militares, sin esperar a sacudirse el polvo del combate y a que su cuerpo descansara. Lo acompañaba continuamente su hermano Isaac, al que veneraba como a un padre, así como su madre; ambos lo ayudaban en la administración de los asuntos públicos, aunque su grandeza y energía bastaba no sólo para el gobierno de un imperio, sino para el de muchos y distintos. Alejo pasó el resto del día y toda la noche dedicado a los aspectos más urgentes y preocupado por el modo de reprimir sin revueltas los desordenados impulsos de la soldadesca, que se había dispersado por Bizancio haciendo gala de esos desordenados impulsos, y por el modo de conservar a continuación el orden público. Además, temía que la osadía de las tropas las impulsara a organizar alguna revuelta en contra de él, hecho más probable en tanto en cuanto eran fuerzas que habían sido reclutadas en diferentes puntos de origen.

3. El césar Juan Ducas, con el deseo de librarse rápidamente de la emperatriz María, expulsarla del palacio y alejar de la gente la falsa sospecha, intentaba ganarse al patriarca Cosmas por toda clase de medios, pidiéndole que atendiese a aquello que los beneficiaría y que no cediese bajo ningún concepto a las propuestas de la madre de los Comneno; y por otro lado también proponía astutamente a la emperatriz María que, tras solicitarle al soberano un documento escrito para su seguridad y la de su hijo, abandonara el palacio; para sus planes recurrió al ejemplo de Patrocio. Ya anteriormente Juan Ducas se había ocupado de ella, concretamente cuando el emperador Miguel Ducas fue derrocado; en aquella ocasión había aconsejado a Nicéforo Botaniates, su sucesor en el trono, que se uniera a ella con el vínculo del matrimonio, ya que era de origen extranjero y no tenía adherida una muchedumbre de parientes que pudieran molestar al emperador, mientras le iba dando exhaustivos informes sobre su linaje y la lozanía de su cuerpo, todo ello en medio de constantes elogios.

4. En efecto, su estatura era como la de un ciprés, su piel, blanca como la nieve; su rostro no se ajustaba del todo a la forma de un círculo, pero la tez era una flor en plena primavera, o mejor, era una rosa. ¿Y del resplandor de sus ojos qué ser humano podría hablar? Sus cejas eran arqueadas y del color del fuego, su mirada nacía en unos ojos claros. La mano del pintor ha imitado con frecuencia los colores de todas las flores que suelen hacer brotar las estacio-

nes, pero la belleza de la emperatriz, su gracia desbordante, el atractivo de su carácter y su prestancia superaban manifiestamente lo que las palabras y el arte pudieran hacer; ni Apeles ni Fidias, ni ningún escultor crearon jamás una estatua de igual belleza. Según se dice, la cabeza de la Gorgona convertía en piedra a los hombres que la miraban; del mismo modo, cuando alguien la veía caminar o se la encontraba de repente, se detenía asombrado y se quedaba clavado en la posición que por azar tuviera, aparentemente privado de vida y pensamiento. Nadie vio nunca en cuerpo humano tal armonía y equilibrio de miembros, tal proporción del todo con respecto a las partes y de éstas con respecto al todo; era una obra de arte viviente y favorita de los seres amantes de la belleza. Era, claramente, como la materialización en este mundo terreno de nuestros deseos.

5. El césar, pues, empleando a fondo sus recursos, ablandó y dominó el ánimo del emperador, aunque muchos le aconsejaban que desposara a la ex-emperatriz Eudocia [3], de quien se murmuraba que había vuelto a desear ser emperatriz y con este objetivo había seducido a Botaniates mediante cartas, cuando éste estaba próximo a Damalis y se apresuraba para ser elevado a la dignidad imperial. Otros decían que no actuó así por sí misma, sino por su propia hija Zoe Porfirogéneta. Hubiera logrado un rápido éxito de no haberlo impedido uno de sus servidores, el eunuco León Cidoniates, tras una larga y oportuna conversación que no nos es lícito reproducir en detalle, ya que huímos por naturaleza de la calumnia, pero que será de gran interés para los escritores de y sobre semejantes temas.

6. Sin embargo, el césar Juan con toda clase de presiones dio por terminado este asunto, aconsejando y convenciendo a Botaniates para que se casara con la emperatriz María, como hemos expuesto detalladamente, y desde entonces tuvo con ella mucha confianza. Como aquellas conversaciones se estuvieron prolongando durante días y como

(3) Eudocia Dalaseno era viuda de Constantino X Ducas (1059- 1067) y cuñada del césar Juan Ducas. Volvió a casarse, esta vez con Romano IV Diógenes y fue relegada posteriormente. (Leib, I, p.108, n.1)

los Comneno no deseaban en absoluto expulsarla del palacio por los abundantes favores con que los había regalado ella durante todo el período de su reinado y, no menos, por la intimidad que tenían con ella en razón del doble parentesco que los unía, por todo esto mucha gente hizo correr muchos rumores de diverso contenido que daban en cada caso una interpretación propia de acuerdo con el odio o la simpatía que cada persona experimentara por lo relacionado con ella y siguiendo la costumbre de juzgar según las preferencias particulares, no objetivamente, como deben juzgarse los actos. En suma, sólo Alejo fue el coronado en aquella ocasión por la diestra del patriarca Cosmas. Este santo y venerable varón había sido elegido en el cuarto año del reinado de Miguel Ducas, el hijo del soberano Constantino, tras la muerte del muy venerado patriarca Juan Jifilino, el día dos de agosto de la decimotercera indicción.

7. Los Duces recelaban bastante del hecho de que la emperatriz aún no hubiera sido honrada con la diadema imperial e insistían en que también la emperatriz Irene debía ser honrada con la corona. Había a la sazón un monje, de nombre Eustracio y de apellido Garidas, que vivía cerca de la gran Iglesia de Dios y fingía descaradamente su virtud. Éste solía acudir desde hacía tiempo a presencia de la madre de los Comneno y le hacía predicciones sobre el imperio. Ella, que además era amiga de monjes y se sentía halagada por tales palabras, mostraba una fe en él que aumentaba cada día más y, en consecuencia, concibió la idea de sentarlo en el trono patriarcal de la metrópolis. Con el pretexto de la simplesa e inactividad del entonces patriarca, convenció a algunos de que le sugirieran la abdicación bajo la apariencia de un consejo que le daban sinceramente con la única intención de favorecer sus particulares intereses. Pero aquel santo varón se percató de esta maniobra y, finalmente, jurando por su propio nombre, les dijo: "Por Cosmas, no abandonaré el trono patriarcal hasta no haber coronado con mis propias manos a Irene." Los agentes de la señora (ya todos se apresuraban a llamarla así por deseo del emperador, su amante hijo) regresaron y le comunicaron la respuesta del patriarca. En suma, una semana después de la aclamación

de Alejo, también su esposa Irene fue coronada por el patriarca Cosmas.

III. Descripciones de Alejo, Irene e Isaac Comneno.

1. La apariencia física de ambos emperadores, Alejo e Irene, era indescriptible y sin igual. Un pintor que los contemplara no podría reproducir la imagen de este arquetipo de la belleza, ni un escultor podría dotar de tal armonía a la esencia inanimada de la piedra; es más, hasta el famoso Canon de Polícleto se convertiría a todas luces en un objeto carente de gracia ante la sola comparación de estas obras maestras de la naturaleza, los recién coronados soberanos, con los trabajos del legendario Polícleto.

2. Alejo no levantaba mucho del suelo y tenía una anchura de espaldas proporcionada a su altura. De pie no causaba tanto temor a quienes lo observaban como cuando estaba sentado en el trono imperial y lanzaba un terrorífico resplandor desde sus ojos; entonces parecía que una tormenta de rayos se había desencadenado en su rostro y en todo su ser y despedía irresistibles fulgores. Las cejas se arqueaban negras a uno y otro lado de su cara y debajo de ellas tenían su asiento unos ojos que miraban terrible y, al tiempo, delicadamente, de tal modo que su mirada junto al resplandor de su frente, sus venerables mejillas y el color que corría por ellas causaban por igual temor y confianza. Sus hombros amplios, sus brazos fuertes y su pecho ancho eran, todos ellos, atributos dignos de un héroe que provocaban total admiración y embeleso en la gente. Este hombre, en conjunto, era inalcanzable tanto en su lozanía y su gracia como en su seriedad y su majestad. Tampoco en el momento de expresarse en una conversación y de poner en movimiento su lengua se tardaba en comprobar la fogosa retórica que residía en sus labios. Arrastraba con el diluvio de sus argumentaciones a toda audiencia y espíritu y era inenarrable e invencible con su lengua igual que con su mano, ésta por sus cualidades al manejar la lanza y aquélla por su puro encanto.

3. Mi madre, la emperatriz Irene, por aquel entonces era una adolescente que aún no había cumplido quince años de edad. Era hija de Andrónico, el primogénito del césar, y pertenecía a un ilustre linaje que entroncaba con los famosos Andrónico y Constantino Ducas. Ella brotó de este tronco como una rama firme, siempre cuajada de flores; era ancha y delgada en proporcionada correspondencia con el lugar de cada miembro y cada parte de su cuerpo. Apasionaba verla y apasionaba oírla, y era inagotable el placer que daban su aspecto y sus palabras, como si realmente se tratara de un maravilloso espectáculo o de un recital. Su rostro mismo reflejaba el fulgor de la luna; no estaba modelado según un círculo exacto, como las mujeres asiáticas, ni, por el contrario, se alargaba como las escitas, sino que relajaba un poco la redondez del círculo. Un prado florido nacía de sus mejillas y ofrecía sus rosales incluso a los que la veían de lejos. Su mirada era encantadora y su vista se fijaba con temible placer, de modo que atraía hacia ella con el placer y la belleza los ojos de quienes miraban y los obligaba a cerrarlos al no saber cómo contemplarla ni cómo dejar de hacerlo.

4. No sé si existió alguna vez la diosa Atenea, imaginada por antiguos poetas y autores; pero sé de mitos que la recuerdan y nos transmiten su historia; si alguien hubiera dicho en aquel entonces que esta emperatriz semejaba una Atenea encarnada entre los hombres o descendida del cielo en medio de un celeste estallido y un inaccesible resplandor, a buen seguro que no hubiera errado. La más admirable de sus cualidades, que no se hallaría en ninguna otra mujer, era la capacidad que poseía su sola mirada para abatir a los atrevidos y transmitir el valor a los que abatía el miedo. Sus labios la mayor parte de las veces estaban cerrados, porque ella se mostraba silenciosa, como una auténtica estatua inspirada por la belleza y una viva columna de armonía. Con frecuencia enseñaba hasta la muñeca unas manos, que acompañaban con un gesto acorde sus palabras y de las que se hubiera podido afirmar que parecían una pieza de marfil cincelada por un artista con forma de dedos y manos. El color azul de sus pupilas brillaba de forma semejante al de las profundas aguas y daba la impresión del mar en calma; asimismo, el blanco de los ojos refulgía por su contraste con la

pupila, produciendo en conjunto una insuperable gracia y regalando un gozo inefable. Así eran físicamente Irene y Alejo.

6. Por su parte, mi tío Isaac tenía una estatura igual a la de mi padre, del que tampoco se diferenciaba mucho en el resto de su aspecto. Era un tanto pálido de rostro, su barba no era muy espesa y la tenía más escasa en las mejillas que su hermano. Ambos hermanos se dedicaban con asiduidad a la caza, cuando no los agobiaban las abundantes ocupaciones de los asuntos públicos; pero más aún disfrutaban con el arte de la guerra que con el de la caza. Nadie adelantaba a Isaac en el ataque, ni siquiera cuando él en persona mandaba la formación, porque tan pronto como veía las líneas enemigas, se desentendía de todo lo demás y se arrojaba dentro de ellas seccionando limpiamente las falanges como un rayo. Ésta fue el motivo de que cayera prisionero en más de una ocasión durante sus campañas en Asia contra los agarenos. Su incontenible ataque era el único defecto del que adolecía mi tío en el campo de batalla.

IV. Alejo Comneno reestructura la jerarquía de la corte. Solución del asunto de María de Alania y su hijo Constantino.

1. Como de acuerdo con lo prometido Nicéforo Melisseno debía recibir la dignidad de césar y como Isaac por ser el primogénito de los hermanos debía ser honrado con un título de mayor categoría sin que existiera dignidad más alta que la de césar, el emperador Alejo se vio obligado a inventar un nuevo título cuya denominación sería el resultado de unir los nombres de sebasto y de autocrátor; así creó la dignidad de sebastocrátor con categoría igual a la de un segundo emperador; el césar estaría subordinado a éste y ocuparía el tercer puesto, empezando por el soberano, en el orden de las aclamaciones. Ordenó, asimismo, que fueran coronados tanto el sebastocrátor como el césar en los actos públicos oficiales con unas coronas que se diferenciaban bastante por la magnificencia de la diadema que ciñe la cabeza del primero. La corona imperial cubre la cabeza como una semi-

esfera cerrada, adornada por doquier de perlas y piedras preciosas, en unos sitios incrustadas, en otros colgando; pues de cada lado de las sienes penden unas filas de perlas y piedras preciosas que rozan las mejillas como un elemento destacado de la indumentaria destinada a los emperadores. Mas las coronas de sebastocrátores y césares constan de perlas y piedras preciosas dispersas por aquí y por allá, pero sin la semiesfera.

2. En aquellos días también fue honrado Taronites, el marido de la hermana del emperador, con los títulos de protosebasto y protovestiario y no mucho después fue nombrado también panhipersebasto y se le asignó un asiento al lado del césar [4]. Además se concedió a su hermano Adriano Comneno el título de protosebasto ilustrísimo; y el último de sus hermanos, Nicéforo, fue promocionado a la dignidad de gran drungario [5] de la flota y elevado, también éste, a la categoría de sebasto.

3. Mi padre inventó la nueva jerarquía de dignidades componiendo el nombre de unas, como hemos dicho arriba, y haciendo de otras un uso diferente del establecido. De un lado están las dignidades de panhipersebasto, sebastocrátor y todas aquéllas cuyos nombres compuso a partir de las ya existentes; de otro, los empleos distintos del título de sebasto. En efecto, antes eran denominados sebastos los emperadores; esta palabra se le añadía como un calificativo muy apropiado; pero Alejo fue el primero en ampliar el círculo de aplicación de esa dignidad. Si alguien elevase el gobierno del imperio a la categoría de una ciencia y de una muy elevada filosofía, como una especie de arte de las artes y ciencia de las ciencias, admiraría a mi padre por su sabiduría y sus conocimientos de arquitectura al repartir funciones y títulos en el imperio; hay, sin embargo, una diferencia, mientras las principales figuras de las ciencias lógicas inventa-

(4) Titulatura imperial. El rango de césar era sólo inferior al de emperador y generalmente concedido a miembros de la familia reinante. Provestiario equivale a camarlengo. Cfr. CODINO, J.- De officiis..., col. 29 y ss.
(5) Gran drungario era el segundo al mando de la flota, tras el gran duque. Cfr. CODINO,J.- De officiis..., col.29 y ss.

ron los términos que usaban por ciaridad. Alejo, este monarca experto en el arte de gobernar, tomó todas estas medidas e hizo frecuentes innovaciones en el orden de las funciones y la denominación de los títulos para el bien del imperio.

4. Aquel santo varón, el patriarca Cosmas, de quien hemos hablado antes, unos días después de celebrar la sagrada liturgia en el día del apóstol Juan el teólogo dentro de la iglesia puesta bajo su advocación en el Hébdomo, renunció al patriarcado y tras haberse distinguido durante cinco años y nueve meses en el cargo, se retiró al monasterio de Calio. Detrás de éste se encargó del timón de la nave patriarcal el eunuco a quien hemos hecho mención anteriormente, Eustracio Garidas.

5. Como tras el derrocamiento de su padre Miguel Ducas Constantino Porfirogéneto, el hijo de la emperatriz María, se había quitado voluntariamente los borceguíes rojos y se había calzado los vulgares de color negro, Nicéforo Botaniates, que había asumido el mando del imperio como sucesor de Miguel Ducas, el padre de Constantino, le ordenó desprenderse de aquel calzado negro y le mandó ponerse borceguíes de variopintas sedas, como si le diera una muestra de respeto al joven, cuya belleza admiraba tanto como su linaje. Pero su envidia del calzado enteramente rojo sólo le permitió que aquél lo dejara ver en algunas partes de sus tejidos.

6. Tras la proclamación de Alejo Comneno, la madre de Constantino, la emperatriz María, siguiendo los consejos del césar, pidió al soberano por escrito la promesa certificada con letras rojas y un sello de oro de que sería salvaguardada indemne con su hijo y de que el joven reinaría con él, haciendo uso de los borceguíes rojos, de la corona y siendo proclamado emperador a su lado. Su petición no cayó en vacío y recibió un crisóbulo confirmando todos sus deseos. Entonces le retiraron a Constantino los borceguíes de seda que calzaba, le permitieron ponerse el calzado de color enteramente rojo y en adelante fue el segundo en sellar con cinabrio tras el emperador las donaciones y los crisóbulos y fue también el segundo en los cortejos, tocado con la tiara imperial. Por todo esto se rumoreaba que antes de la rebelión la emperatriz había ultimado un acuerdo sobre ese particular, en el que se fijaba así el futuro de su hijo.

7. En suma, salió ella de palacio con esta seguridad y con el apropiado cortejo y se estableció en las proximidades del monasterio del gran mártir Jorge, en los edificios construidos por el difunto emperador Constantino Monómaco (Mangana suele llamarlos aún la lengua vulgar); el sebastocrátor Isaac la acompañaba.

V. Alejo hace pública penitencia por los desmanes de sus tropas al entrar en Constantinopla.

1. Así resolvieron los Comneno el problema de la emperatriz María; en cuanto al emperador, que había gozado desde pequeño de una esmerada educación y actuaba de acuerdo con las recomendaciones de su madre, albergando en su pecho y en su corazón el temor de Dios, estaba desgarrado y entristecido por el pillaje a que había sido sometida la ciudad y que todos en general habían sufrido tras su entrada en ella. En efecto, la creencia en la propia infalibilidad del que nunca ha tropezado con ningún obstáculo lo hace desembocar en la locura; pero si el que ha errado pertenece al grupo de las personas prudentes y sensatas, asume pronto en su alma el temor de Dios y es presa de grandes turbaciones y miedos, especialmente si está a cargo de importantes asuntos y ha accedido a señaladísimos puestos. Alejo era acosado interiormente por el temor de atraerse hacia sí la cólera de Dios y ser arrojado rodando de la cima del poder, en cuyo dueño se había convertido entonces, y todo por su ignorancia, su osadía y su soberbia. Esas fueron las consecuencias de la conducta de Saúl a quien por su vanidad Dios destrozó junto con su reino (6).

2. Alejo se hallaba agitado por estas reflexiones y su alma estaba conmovida también por temor a que su actitud

(6) Leib, I, p. 117, n. 1: Reyes, XV, 28; XXVIII; III Reyes, XI, 11.

constituyera en algún momento suficiente motivo para la cólera de Dios. Pues se consideraba responsable del daño causado a la ciudad entera por todos y cada uno de los soldados que se desparramaron como el populacho por toda la ciudad. Pensando que fue él quien originó aquellos tremendos perjuicios, se sentía herido, angustiado y no estimaba en nada, como es lógico, el imperio, el poder, la púrpura, la corona de joyas engastadas y el vestido dorado y rodeado de perlas, frente a las indescriptibles desgracias que había sufrido en aquella ocasión la emperatriz de las ciudades. Los horribles infortunios que la envolvieron en aquel instante nadie, aunque quisiera, podría relatarlos. En efecto, los santuarios, los templos, las propiedades públicas y privadas, fueron saqueados por todos en todas partes y los gritos y las voces levantadas en todas partes golpeaban los oídos de todos. Si alguien hubiera visto este espectáculo, habría dicho que fue un terremoto lo que sobrevino.

3. Alejo había asumido la responsabilidad de estos actos y por ello su alma estaba afligida, desgarrada sin saber qué hacer con su infinito dolor. Pues era muy estricto a la hora de reconocer la responsabilidad de las malas acciones. Sabía que los precedentes acontecimientos los habían llevado a cabo las manos y las voluntades de otros, pero era consciente, y muy firmemente por cierto, de que él había facilitado el pretexto y el origen de estos sufrimientos; aunque para él, una vez más, los responsables últimos de la rebelión habían sido los ya citados siervos.

4. Como había aceptado de este modo la plena responsabilidad de los desmanes, pretendía y deseaba curar esta herida. Así, tras la curación y purificación de sus faltas, se haría cargo de los asuntos del imperio y podría dirigir y administrar correctamente los asuntos militares y bélicos. Acudió a presencia de su madre, le comunicó aquel encomiable sentimiento y buscó un medio que lo curase y alejase de estos remordimientos que torturaban su conciencia. Ella abrazó a su hijo y acogió gustosamente sus palabras. Mandaron llamar, pues, de común acuerdo al patriarca Cosmas (por aquel entonces aún no había abdicado del trono) y a algunos destacados miembros del sagrado sínodo y del estamento monástico.

5. Compareció ante ellos el emperador como acusado, como condenado, como un hombre común o alguien de otra condición que está sometido a la autoridad ajena y aguarda la sentencia aún no dictada que fijará el tribunal en contra de él. Alejo confesó todas las faltas sin omitir ni la instigación, ni el consentimiento, ni la actuación, ni la causa de esos actos y, tras expiayarse en todos los hechos con humildad y fe, pidió ardientemente el remedio de sus sufrimientos, sometiéndose a sí mismo a la pena que se estipulara. El tribunal sometió a idénticas penas tanto a él como a sus parientes consanguíneos que se habían alzado también en rebelión, ordenando ayunar, dormir en el suelo y las medidas que los acompañan para reconciliarse con el favor divino. Ellos aceptaron las penas y las cumplieron animosamente. Tampoco sus mujeres consintieron en permanecer libres de castigo (¿cómo podrían negarse si eran amantes esposas de sus maridos?) y voluntariamente aceptaron el yugo del arrepentimiento.

6. Pudo verse entonces el palacio lleno de lágrimas y de una aflicción que no tenía un origen reprochable ni era producto de la debilidad de espíritu, sino que era encomiable y anuncio de una alegría mayor nunca desaparecida. El emperador, por su parte, de acuerdo con su forma de ser en lo relacionado con la religiosidad, iba más allá y vistió por debajo de la púrpura imperial un cilicio que estuvo en contacto con la piel de su cuerpo durante cuarenta días y cuarenta noches. Además, de noche dormía acostado en el suelo, apoyando su cabeza sobre una piedra y afligido, como es natural. De este modo, pudo dedicarse al gobierno del imperio con las manos puras.

VI. Transcripción del crisóbulo por el que Alejo Comneno deja a su madre como regente del imperio durante su ausencia.

1. Alejo deseaba que su madre fuera el timonel de la nave del estado antes que él; pero mantuvo oculto este deseo durante un tiempo por temor a que ella abandonara el palacio al enterarse de este anhelo. El emperador sabía, en efecto, que ella aspiraba a una vida más elevada. Por tanto, para cualquier asunto que se le presentara pedía su consejo antes de despacharlo y tenía en ella un compañero al mismo tiempo que un auxiliar para las decisiones, mientras iba haciéndola imperceptiblemente partícipe de la tarea de administrar el estado y le daba a entender también de forma evidente y de vez en cuando que sin su inteligencia y recto juicio se arruinarían los intereses del imperio. Así estaban las cosas y el progresivo estrechamiento en sus relaciones suponía un obstáculo y una desviación de los objetivos de ella.

2. Ella, efectivamente, tenía su atención puesta en el último trecho de su existencia y pensaba pasar los años que le quedasen de vida en un monasterio, empleando el tiempo en piadosas meditaciones. Estos eran sus continuos pensamientos y el objeto de sus constantes oraciones. Pero, aunque daba vueltas en su mente a pensamientos de tal clase con todo su interés puesto en una vida más elevada, también amaba a su hijo más que cualquier otra mujer y de algún modo deseaba afrontar con él los temporales que azotaban el imperio y capitanear lo mejor posible la nave del estado, tanto con vientos favorables como en el momento en que las olas la zarandean por todos lados; y en especial ahora, cuando su hijo, que nunca antes había tenido relación con la mar, el oleaje y los vientos de esa índole, acababa de situarse en la popa y se había aferrado al timón. Al hablar de esto, hago referencia metafóricamente a las múltiples y graves turbulencias que agitaban el imperio. En tales casos, la pasión materna se adueñaba de ella y accedía a gobernar con su hijo y emperador; en otras ocasiones conducía sola, sin fallos ni errores, el carro del estado al mando de sus riendas. Era ella, además, inteligente y su recto juicio y su manera de dirigir las labores del trono estaban realmente a la altura de

las necesidades del imperio; pero, desde el otro lado, el amor de Dios la arrastraba por un camino opuesto a éste.

3. Cuando en el mes de agosto de esta misma indicción el paso al Ilírico de Roberto, que mostraba claramente cuáles eran sus planes y cómo los ponía en práctica, obligó a Alejo a partir, designó a su madre como única regente del imperio en un crisóbulo que certificaba oficialmente su decisión. Como el historiador no debe desechar con una actitud impresentable los actos y las prescripciones de los hombres ilustres, sino detallar aquéllos en lo posible y referir sus decretos, voy también yo, de este modo, a transcribir el contenido de dicho crisóbulo, eliminando sólo los adornos de su redactor.

4. Dice así: "Nada hay equiparable a una madre complaciente y amante de sus hijos, ni refugio más poderoso que ella, aunque el peligro se cierna, aunque se espere alguna otra desagradable amenaza. Si ella da un consejo, será un consejo seguro; si reza, sus rezos serán apoyo y protección inabatibles. Éste fue el carácter que Nuestra Imperial Majestad creyó ver desde la más tierna infancia en mi venerada madre y señora, que ha actuado siempre en todo como mi nodriza y mi guía. En efecto, mientras ella constaba dentro del catálogo senatorial, el amor de madre prevaleció sobre todo lo demás y la confianza de su hijo se conservó pura. En nuestros cuerpos diferentes se reconoció la existencia de una sola alma, que se ha preservado intacta, por gracia de Cristo, hasta el presente. Nunca se dijo entre nosotros "esto es mío" o "esto es tuyo", esas frías palabras; y, lo que sin duda es más importante, sus continuas oraciones subían en todo tiempo a los oídos del Señor y nos condujeron a este puesto dentro del imperio.

5. Pero a raíz de la toma de posesión del cetro imperial, ella no pudo soportar la idea de abandonar la colaboración con Nuestra Majestad, ni la de ofrecer resistencia a sus intereses particulares y a los públicos; por ello, aunque Nuestra Majestad se disponga a partir en contra de los enemigos de la Romanía y dedique mucha atención al reclutamiento del ejército y a su organización, tampoco ha descui-

dado la administración de los asuntos civiles y políticos. Halló, por tanto, una inexpugnable fortaleza para el mejor gobierno en el hecho de confiar a mi venerada y honradísima madre la administración de todas las cuestiones de estado.

6. Nuestra Majestad decreta, pues, oficialmente a través del presente crisóbulo que, por la experiencia que atesora sobre las cosas de la vida, aunque las haya despreciado por entero, las decisiones que ella adopte y ponga por escrito, de acuerdo con los informes del presidente de los *secreta* o de sus subordinados o de cualquier otro funcionario, cuya labor consiste en tener listas las memorias, peticiones y resoluciones en materia de disminución de cargas fiscales, tengan plena vigencia, como si hubieran sido dispuestas por el sereno poder de Nuestra Majestad y como si hubieran sido escritos según el dictado de mi propia boca. Cualquier clase de resoluciones o instrucciones que sean expresadas, tanto escritas como no escritas, ya motivadas ya no motivadas, y que lleven su sello en el que aparecen la Transfiguración y la Dormición, serán tenidas en cuenta como si proviniesen de Mi propia Majestad y con la fecha puesta por el que dirija en ese momento los *secreta*.

7. Además, en las promociones y sucesiones de los *secreta* y de los temas [7], en las dignidades, cargos y donaciones de tierras, mi santa madre tendrá mi imperial permiso de hacer lo que le parezca correcto. Además, las personas que sean promovidas a puestos de los *secreta* y de los temas y sean los sucesores en estos cargos y las personas que sean honradas con títulos de categoría superior, media o inferior serán en adelante mantenidos en sus puestos y conservarán sus privilegios. Además, los incrementos de las rentas, los aumentos en las cantidades de las donaciones, las reducciones de los derechos de cancillería, las disminuciones o supresiones de las rentas, será ella quien las ordene con pleno derecho y, para resumir, nada de lo que ella ordene por escrito o no, será entendido como carente de vigencia. Sus palabras y prescripciones serán tenidas en cuenta como si provinieran de Nuestra Majestad, ninguna de ellas será derogada y tendrán vigencia y estabilidad en los tiempos venideros.

(7) Cfr. nota 6, libro I.

8. Ninguna persona exigirá cuentas ni someterá a investigación alguna, tanto ahora o como en el futuro, a nadie de los que la hayan obedecido, incluido el que haya sido en su época logoteta de los *secreta*, ya perezcan razonables o no razonables las acciones de gobierno que fueran emprendidas. Las medidas que se adopten en virtud del presente crisóbulo gozarán para siempre de una completa inmunidad."

VII. Elogio de la madre de Alejo.

1. Éste era el contenido del crisóbulo; por otro lado, alguien podría asombrarse del aprecio que mi padre y soberano sentía hacia su madre y de la manera en que le cedió todas las prerrogativas, como si se hubiera situado en un segundo plano en el mando del imperio, como si, en cierto modo, fuera un acompañante de ella, que era el auriga del carro del imperio, y se contentara simplemente con el título de emperador. Aunque por su edad ya había pasado la adolescencia, momento en el que especialmente en esos caracteres nace la pasión de poder. En efecto, el emperador se metió de lleno en las guerras con los bárbaros y en cuanto supone hazañas y contiendas, y confió a su madre la administración de todos los asuntos, los cargos civiles y las medidas sobre los impuestos y los gastos del imperio.

2. Tal vez alguien podría reprocharle, una vez llegado a este punto, que tomara esas medidas, pensando que mi padre confió al gineceo la administración del imperio. Pero, si hubiera conocido la inteligencia de esa mujer, su enorme virtud y sensatez y la actividad que desplegaba, dejaría de hacer reproches y los sustituiría por su admiración. Tan diestra era mi abuela para llevar adelante sus asuntos y eficiente en ordenar y organizar el gobierno que no sólo hubiera podido regir el estado de los romanos, sino también cualquier imperio de cuantos hay bajo el sol. Era muy experta y conocía la naturaleza de cualquier clase de tareas y sabía có-

mo empieza cada una, dónde puede desembocar, cuáles son perjudiciales para cuáles y cuáles benefician a otras; hacía gala de una perspicacia insuperable para captar lo que era preciso captar y de gran maestría para actuar con seguridad.

3. No sólo se caracterizaba por poseer esa inteligencia y por expresarse en forma tal que no desentonaba con su natural juicioso, sino que de hecho era un orador muy convincente; no era un charlatán que prolonga su discurso interminablemente, como tampoco la abandonaba pronto la inspiración del discurso y, tras comenzar oportunamente, acababa a su vez en el momento más oportuno. El trono imperial la ganó para sí cuando disfrutaba de una extraordinaria madurez, cuando más descollaba su inteligencia, su agudeza florecía y su saber en torno a la política alcanzaba cotas extremas, cualidades en las que el gobierno y la administración hallan sus fuerzas. Estaba en una edad naturalmente apropiada no sólo para hablar más sablamente que los jóvenes, sino incluso, como dice la tragedia, para actuar más convenientemente que ellos [8]. Tiempo atrás, cuando ella pertenecía al grupo de las mujeres más jóvenes, era asombroso comprobar de forma manifiesta cómo revelaba una sensatez más propia de la edad de las canas que de la edad juvenil. Por su aspecto ofrecía al espectador la muestra de la virtud que residía en ella al mismo tiempo que de su seriedad.

4. Como decía, cuando mi padre ascendió al trono, se reservó para sí los combates y las penalidades, mientras convertía a su madre en espectadora de sus trabajos, y, tras hacerla su señora, obedeció sus órdenes como un esclavo. El emperador la quería mucho y dependía de sus consejos (tan amante hijo de su madre era), prestaba su derecha como mano ejecutora de las palabras de aquélla y el emperador consentía o disentía con ella en todo lo que aquélla consentía o disentía.

(8) Esquilo, Euménides, 848-849.

5. En suma, la situación era la siguiente: el emperador poseía simbólicamente el imperio, pero ella poseía el imperio mismo; la una legislaba, administraba y regía todo y él refrendaba con su sello las medidas de aquélla, las escritas con su firma y las no escritas con su aprobación verbal; por así decir, su madre lo tenía como un instrumento de su autoridad, no como el emperador. Él quedaba satisfecho con todas las decisiones que su madre adoptaba y decretaba, y no sólo era el que mejor obedecía a su madre, sino que también le prestaba atención como a un maestro en la ciencia del gobierno del imperio. Pues sabía que ella iba buscando siempre lo mejor y que superaba con diferencia a todos los que vivían en aquella época por su inteligencia y su comprensión de las cuestiones que se trataban.

VIII. Panegírico de Ana Dalaseno. Excurso sobre la fundación de la iglesia de Santa Tecla por Isaac Comneno.

1. Ésos fueron los comienzos del reinado de Alejo. Nadie podría llamarlo, lógicamente, soberano ahora que había transferido de una vez el cargo de soberano a su madre. En fin, que otro alabe de acuerdo con las leyes del encomio la patria de aquella estupenda madre y su linaje, que entroncaba con el de los famosos Adriano Dalaseno y Carón, y dirija su narración hacia la inmensidad de sus méritos. Porque no es adecuado que yo, una historiadora, la caracterice por su linaje o su sangre, sino por su conducta, sus virtudes y por todos los elementos que sustentan el género histórico.

2. Volviendo a ella, diré que era la mayor gloria tanto del sexo femenino, como del masculino, y un adorno de la naturaleza humana; ella transformó, mejoró e impuso un orden digno de elogio en el gineceo de palacio, que estaba totalmente corrompido dasde que el famoso Monómaco [9] asumiera el mando del imperio y que había sido el centro de insensatas pasiones hasta el reinado de mi padre. Pudo comprobarse entonces cómo el palacio gozaba de un orden enco-

(9) Constantino IX Monómaco (1042-1055)

miable; en efecto, delimitó las horas de los himnos divinos, fijó el momento de la comida y de la elección de magistrados y se convirtió ella en hito y modelo de todas las actividades, de modo que el palacio acabó por tener más apariencia de un sagrado lugar de meditación que de lo que realmente era.

3. Ése era el carácter de aquella mujer, realmente extraordinaria y santa. Tanto superaba en prudencia a las mujeres celebradas en la antigüedad y que inspiraron tantos relatos, cuanto el sol a los astros. ¿Y su compasión con el pobre, su generosa mano con los necesitados, qué palabras podrían expresarlas? Su hogar era el asilo común de los parientes que pasaban penalidades, y no menos común lo era también de los extranjeros. Honraba especialmente a sacerdotes y monjes, a los que invitaba a su mesa, de modo que nadie podría contemplar su mesa sin que estuvieran presentes los monjes. La manifiesta firmeza de su temperamento era venerada por los ángeles y temida por los demonios; sólo con su mirada se hacía insoportable a los hombres desenfrenados y dados a los placeres, pero se comportaba agradable y dulcemente con los que, por el contrario, hacían gala de su prudencia. Conocía tan bien la medida del pudor y de la severidad, que lo pudoroso no parecía en ella salvaje y rudo, ni lo delicado, relajado e intemperante; en efecto, creo que una buena definición del decoro es la siguiente: la mezcla de la humanidad con la altura moral.

4. El carácter que había en su interior se inclinaba por la reflexión y desarrollaba siempre proyectos nuevos cuyo objetivo no consistía en perjudicar al estado, como algunos murmuraban, sino preservarlo, conducir al imperio, entonces arruinado, a su plenitud y enderezar en la medida de sus fuerzas el rumbo de un estado que estaba reducido a la nada. Aunque estuviera excepcionalmente encargada de la administración de la cosa pública, no por ello desatendía el régimen de vida adecuado para el monacato y dedicaba la mayor parte de la noche a cumplir con los himnos sagrados, consumiendo el tiempo en continua oración y en vela; en torno al alba, en ocasiones al segundo canto del gallo, se ocupaba de los asuntos de estado, instruyendo con la ayuda

de su secretario Gregorio Genesio sobre la elección de cargos y resolviendo las solicitudes de los peticionarios.

5. Si algún orador hubiera querido plasmar su personalidad en un discurso de encomio ¿a qué hombres y mujeres ditinguidos en la antigüedad por su virtud o célebres por sus empresas, sus reflexiones y sus conductas respecto a los demás hubiera dejado de citar, mientras ensalzaba al último escalón de la gloria a la mujer que era el objeto de la alabanza, todo ello según la ley de los escritores de encomios? Mas las reglas de la historia no dan tanta licencia al que la cultiva. Por eso, si al hablar de esta emperatriz, contamos sus éxitos muy comedidamente, que nadie de cuantos conocen su virtud, su enorme dignidad, su agudeza para cualquier asunto y su sublime inteligencia, llene nuestro relato de reproches. Pero volvamos nosotros al punto en el que, por extendernos sobre la emperatriz, nos hemos desviado un tanto del hilo narrativo. Como decíamos, pues, ella no consagraba el día entero a las ocupaciones mundanas; por el contrario, cumplía con las funciones religiosas en la iglesia consagrada a la mártir Tecla, que el soberano Isaac Comneno, su cuñado, había mandado edificar por el siguiente motivo.

6. Cuando los jefes dacios decidieron dejar de respetar el tratado que mantenían hacía tiempo con los romanos y lo rompieron con su perjurio, los sármatas, conocidos antiguamente con el nombre de misios y que se extendían por todos los territorios más allá del límite que marca el curso del Istro, al tener evidencia de este hecho, decidieron no continuar en paz dentro de sus fronteras, se movilizaron en masa y se instalaron en nuestros territorios. La causa de esta migración fue la implacable enemistad que los vecinos getas tenían con los sármatas, a quienes hacían víctimas de pillaje. Por eso, cuando se percataron de que era el momento oportuno y tan pronto como vieron el Istro helado, lo utilizaron como tierra firme, se trasladaron de sus tierras a las nuestras con todo su pueblo y acosaron nuestros dominios con sus terribles saqueos de ciudades y regiones fronterizas.

7. Cuando el emperador Isaac se enteró de ello, consideró necesario ganar Triaditza. Tras haber repelido anteriormente a los bárbaros de oriente, este nuevo conflicto se le presentó como un problema de fácil solución. Efectivamente, después de reunir todo el ejército, emprendió el camino que llevaba hacia el territorio afectado con el deseo de arrojar a esos bárbaros al otro lado de las fronteras romanas. Tras alinear todo su ejército y ponerse al frente como general, se lanzó contra ellos. Nada más verlo, los bárbaros se dividieron según las diferentes opiniones que surgieron a raíz de su presencia. Pero Isaac, que no podía permitirse el confiar en ellos, atacó con su potente falange la parte más potente y difícil de batir del ejército enemigo, al que aterrorizó sólo con su proximidad y la de sus tropas. Y como no osaban mirar cara a cara al que parecía lanzar relámpagos, tan pronto como vieron la masa compacta que formaban los escudos de las tropas, se disolvieron. Se retiraron, pues, un poco y a pesar de proponerle entablar batalla pasados tres días, se dieron a la fuga abandonando durante la misma jornada sus tiendas. Él llegó al lugar donde ellos habían acampado, destruyó sus tiendas y retornó triunfador con el botín que había encontrado.

8. Cuando estuvo instalado a los pies del Lobitzo, le cayó encima una furiosa tormenta seguida de una extraordinaria nevada; era el veinte y cuatro de septiembre, día en el que se conmemora a la gran mártir Tecla. Las corrientes de los ríos se convirtieron en auténticas mareas, se desbordó el agua y la llanura entera, donde estaban acantonados la tienda imperial y todo el ejército, parecía un mar. Entonces, toda la impedimenta desapareció arrastrada por las corrientes fluviales y los hombres y animales estaban paralizados por el frío. El cielo retumbaba con los truenos y continuos relámpagos zigzagueaban desde las nubes sin tregua alguna, como si amenazaran con incendiar todo aquel entorno.

9. Al ver estos fenómenos, Isaac se sintió angustiado. Cuando se produjo una leve pausa en la tormenta, abandonó aquel sitio con sus jefes, tras haber perdido a muchos hombres ahogados en los torbellinos de las corrientes del río, y se situó bajo una encina en compañía de éstos. Pero percibió

algo semejante a un ruido o un estruendo que surgía de la encina y temió que ésta cayera derribada por la fuerza con que el viento empezaba a soplar; por ello, se apartó a tanta distancia como para que el árbol, si caía, no lo alcanzase y se quedó estupefacto. La encina, entonces, como a una señal, fue arrancada de raíz y quedó a la vista de todos tirada por tierra.

10. El emperador estaba inmóvil, asombrado de la solicitud que Dios mostraba hacia él; pero al tener noticias por rumores de una sedición en oriente, volvió a palacio. A raíz de aquél acontecimiento mandó edificar una famosa iglesia consagrada a la gran mártir Tecla, dotada suntuosamente con generosos presupuestos y con todos los recursos del arte, en donde ofrecía los votos que deben hacer los cristianos y cumplía siempre con los himnos divinos. De este modo fue construida esa mencionada iglesia y puesta bajo la advocación de la gran mártir Tecla, donde, como antes expusimos, hacía sus continuas devociones la emperatriz y madre del emperador Alejo.

11. También yo tuve ocasión de tratar con ella y admirarla durante un breve tiempo. Todos saben bien que lo que hemos dicho no es producto de la jactancia y todos los que quieren descubrir la verdad sin partidismos pueden reconocerlo, si es que quieren. Porque si yo hubiera preferido entonar un panegírico y no hacer historia, hubiera enfocado mucho mejor mi obra hacia los detalles de esos hechos, como he aclarado más arriba; pero ahora debemos volver a nuestro objetivo.

IX. Alejo adopta las primeras disposiciones militares.

1. El emperador Alejo se dio cuenta de que el imperio estaba como agonizante (en efecto, los turcos pillaban salvajemente las posesiones de oriente y las de occidente se hallaban en un estado penosísimo a causa de Roberto, que se dedicaba a movilizar todos sus recursos para instalar en el palacio a ese falso Miguel que se le había presentado, lo que me parece no era sino una excusa para ocultar una ardiente

ambición de poder que no lo dejaba nunca en paz; por ello, habiendo encontrado en Miguel un pretexto propio de Patroclo, hizo prender la chispa de su pasión por el poder, que hasta ese momento había estado cubierta bajo las cenizas, y la convirtió en una gran hoguera; empezó entonces a armarse fuertemente contra el imperio de los romanos, emparejando dromones, trirremes, birremes, sermones, naves de transporte, preparando nuevos y abundantes buques en las regiones costeras y reuniendo en tierra firme fuerzas numerosas que coadyuvaren con él en sus objetivos). Sumido en una situación angustiosa y sin saber a cuál de los dos frentes encaminarse, ya que parecía como si cada uno de los dos enemigos fuere a atacarlo antes que el otro, aquel noble joven se irritaba y deploraba que el imperio de los romanos no tuviese siquiera un ejército digno (pues no se disponía más que de trescientos soldados y éstos originarios de Coma, muy débiles y bisoños y de algún contingente formado por unos pocos bárbaros extranjeros de los que acostumbran a llevar la espada sobre el hombro derecho) y que no se contara con recursos económicos en el tesoro de palacio con los que pudieran ganarse algunas alianzas de países extranjeros. En efecto, los emperadores que habían precedido a mi padre en el trono habían tratado de modo muy torpe las cuestiones relativas a la guerra y al ejército y habían conducido el estado de los romanos a una situación límite. Yo misma oí decir a algunos soldados y ancianos que ningún país había alcanzado nunca tal extremo de desgracia.

2. Difíciles, por tanto, se le presentaban al soberano las cosas, dividido entre diferentes preocupaciones. Pero él, que era veliente e intrépido y que tenía una abundante experiencia sobre los asuntos de la guerra, quería hacer fondear de nuevo el imperio en pacíficas costas, una vez a salvo de la enorme tormenta y, con la ayuda de Dios, dispersos los enemigos entre la espuma, como las olas cuando chocan contra las piedras.

3. Se dio cuenta, pues, de que era preciso convocar rápidamente en pleno a todos los toparcas [10] de oriente que estaban resistiendo con valor a los turcos al mando de castillos y ciudades. Inmediatamente, por tanto, despachó diver-

sos mensajes a todos, a Dabateno, a la sazón topotereta [11] de Heraclea del Ponto y encargado de Paflagonia, a Burtzes, que era toparca de Capadocia y Coma y a los restantes jefes, ofreciéndoles información sobre todos los acontecimientos que le habían ocurrido, por cuya causa, y gracias a la divina providencia, había escendido a la dignidad imperial y había sido salvado inopinadamente de un peligro inminente; asimismo, les ordenaba que fortalecieran sus posiciones adoptando las medidas precisas y que, tras dejar allí un número suficiente de soldados, se presentaran en Constentinopla con el resto de las tropas y con cuantos reclutas recién alistados y en pleno vigor pudieran conseguir.

4. Luego, comprendió que debía afianzar dentro de lo posible su posición frente a Roberto y apartar de la empresa a los caudillos y condes que se había atraído. Pero cuando el emisario que había sido enviado a Monomacato antes de la toma de Constantinopla y por cuya mediación le pedía ayuda y requería que le fuera remitido dinero, regresó trayendo sólo una carta donde se deshacía en excusas, como antes hemos relatado, y donde exponía que le era imposible ayudarle en ese momento, puesto que aún Botaniates estaba en posesión de la autoridad, y cuando la hubo leído, quedó desolado por el temor de que Monomacato se pasase al bando de Roberto nada más enterarse del derrocamiento de Botaniates. En consecuencia, mandó llamar a su cuñado Jorge Paleólogo y lo despachó a Dirraquio (ciudad ilírica) encomendándole la tarea de expulsar de allí a Monomacato empleando todo su ingenio y sin combatir, ya que no disponía de tropas suficientes con las que echarlo a la fuerza de la ciudad, y de oponer, en lo posible, sus argucias a las argucias de Roberto.

5. Le encomendó, asimismo, que preparase las almenes de una nueva forma, dejando sin clavar la mayor parte de sus piezas de madera, para que, si en algún momento se les ocurriera a los latinos trepar a ellas por escalas, rodase

(10)-(11) Cfr. Leib, 1, p.131, n. 1 y 2: los toparcas eran gobernadores de una ciudad; los topotereta solían mandar en una simple plaza fuerte, un territorio o una kleisoúra o desfiladero fronterizo.

la empalizada por tierra al mismo tiempo del asalto y arrastrase en su caída a los enemigos. Además, hizo por escrito encarecidas y abundantes exhortaciones a los gobernadores de las ciudades costeras y de las islas en el sentido de que no debían abatirse ni, menos aún, volverse negligentes y que debían estar despiertos y alertas, vigilando su entorno y observando a Roberto, no fuera a ocurrir que acabara siendo dueño al primer ataque de todas las ciudades costeras y de las islas y creara dificultades extremas al imperio de los romanos.

X. Alejo busca alianzas contra Roberto. Texto de la carta enviada al rey de Alemania.

1. Éstas fueron las medidas que adoptó el emperador sobre la defensa del Ilírico y con las que, a la vista de todo el mundo, fortificó correctamente sus posiciones frente a Roberto y bajo sus narices; pero tampoco desatendió a los que se hallaban a espaldas del bárbaro. Expidió entonces una serie de cartas, primero al jefe de los longibardos, Hermano, luego al papa de Roma, al arzobispo de Capua, Herbio, a los príncipes e incluso también a todos los caudillos de países célticos, ofreciéndoles abundantes regalos y promesas de numerosos presentes y dignidades; con esta maniobra iba excitando la hostilidad en contra de Roberto; y mientras unos empezaban ya a perder la amistad con Roberto, otros prometían hacerlo si recibían más riquezas.

2. Como sabía que, por encima de todos éstos, el rey de Alemania podía hacer contra Roberto lo que quisiera, le envió cartas en más de una ocasión que contenían promesas diversas y melifluas palabras; cuando supo que él estaba convencido y que prometía cumplir sus deseos, despachó de nuevo a Querosfactes con otra carta que decía así:

3. "Nuestra Majestad reza para que los intereses de Tu Alteza vayan por buen camino y se acreciente tu prosperidad, muy noble y cristianísimo hermano. ¿Pues cómo podría la piedad de Nuestra Majestad abandonar las oraciones que reza para tu mayor provecho y ventura, si conocemos la

piedad que hay en ti? Porque este fraternal apoyo y disposición tuya hacia Nuestra Majestad y la promesa que hiciste de aceptar la movilización en contra de ese hombre perverso y darle a probar merecidamente su propia maldad a ese maldito criminal y enemigo de Dios y de los cristianos, demuestran la inmensa grandeza de tu alma, lo que da claro testimonio de tu devoción a Dios.

4. Los intereses de Nuestra Majestad, en general, marchan bien, pero en algunas insignificantes cuestiones se hallan inquietos y turbados por las alteraciones a que los someten las actividades de Roberto. Pero si en algo hay que confiar en Dios y en sus justos designios es en que la ruina de ese injustísimo hombre es inminente. Dios no consentirá en absoluto que el bastón de los pecadores se alce contra sus herederos. Por otro lado, respecto a los acuerdos con Nuestra Majestad acerca del envío a Tu Alteza de las ciento cuarenta y cuatro mil monedas y las cien piezas de seda púrpura, éstas han sido enviadas con el protoproedro y catepán (12) de los títulos, Constantino, en consonancia con el beneplácito de tu fidelísimo y nobilísimo conde Buicardo. La citada suma de monedas que ha sido enviada se pagó mediante plata acuñada en época del emperador Romano. Una vez Tu Alteza haya prestado juramento y baje a Longibardía, te serán remitidas por mediación del muy fiel servidor de Tu Alteza Bagelardo doscientas diez y seis mil monedas y las rentas de las veinte dignidades conferidas.

5. Por otro lado, Tu Alteza ha sido instruida previamente sobre los términos en que debe ser cumplido el juramento; sin embargo, el protoproedro y catepán Constantino, que ha sido informado por Nuestra Majestad sobre cada uno de los requerimientos que se hacen y que se confirmarán con el juramento que vas a pronunciar, te dará mayores detalles. En efecto, cuando Nuestra Majestad y los embajado-

(12) Catepán, según A. Vogt (CONSTANTIN P.- Le livre..., I, comentarios, p.16) "el catepán y el doméstico de los oficiales de la guardia en el palacio, hoi ánthropoi basilikoí eran los jefes de lo que nosotros podríamos llamar en lenguaje moderno 'la casa militar' del soberano. El primero llevaba también el título de protospatario de los oficiales de la guardia de palacio." Cfr. Ducange-Dufresne, col.307-308, n.33 y Leib, I, p.134, n.1.

res enviados por Tu Alteza llegaron a un acuerdo, se les recordó algunaa de las más urgentes y fundamentales cueationes, pero como los hombres de Tu Alteza afirmaron que no tenían competencia sobre esos asuntos, Nuestra Majestad dejó pendiente el juramento. Preste, pues, ahora el juramento Tu Alteza de acuerdo con la garantía que de ello ofreció a Nuestra Majeatad tu leal Albertes mediante au propio juramento y según Nos requerimos como preciso colofón.

6. La tardanza de tu fidelísimo y nobilísimo conde Bulcardo ae produjo porque Nuestra Majestad deaeaba que él contemplara a nuestro amadísimo sobrino, el hijo del muy feliz sebaatocrátor y carísimo hermano de Nuestra Majestad, para que a su regreso te pusiera en conocimiento de la inteligencia que poaee el niño a pesar de su tierna infancia. Porque a las cuestionea relacionadas con su aspecto exterior y con au físico Nueatra Majeatad les confiere un valor aecundario, si bien en eate apartado posee abundantes cualidadea. Tu embajador te pondrá al corriente de que durante su eatancia en la capital vio al niño y de que, como es natural, trató con él aobre muchos aspectos. Puesto que Dios aún no ha agraciado a Nuestra Majestad con un hijo y el lugar de hijo legítimo lo ocupa este amadísimo sobrino, con la anuencia de Dios, ningún impedimento existe para que nosotros nos unamos con el parentesco de la sangre, tengamos mutuos iazos de amiatad y creemos mutuas relacionea familiarea en virtud de nueatro parenteaco, de tal manera que, con la ayuda de Dios, uno sea más poderoso gracias a al otro y viceveraa y acabemos siendo ambos temibles e invencibles para los enemigoa.

7. Ahora han aido remitidos a Tu Alteza como muestra de afecto un colgante de oro con perlas, un relicario dorado que lleva dentro partes de diferentes aantos, cada uno de los cualea se diatingue por un pequeño cartel situado en cada uno de ellos, un cáliz de aardónice, un vaso de cristal, roca de rayo atada a una cadena de oro y savia de bálaamo.

8. Ojalá Dios alargue tu vida, enaanche los límites de tus dominios y coloque a todos tus adversarios en la ignominia y en la sumiaión. Ojalá tus dominios gocen de paz, el

sol de la tranquilidad brille para todos tus vasallos y desaparezcan todos tus enemigos; todo esto será aeñal de que los poderes celestiales te están obsequiando con una completa auaencia de derrotas, porque amas su verdadero nombre y armas tu mano contra aua enemigos."

XI. Gracias a la pericia estratégica del emperador, los turcos son rechazados al interior de Anatolia.

1. Así pues, una vez organizada de ese modo la defensa de los territorios occidentales, Alejo se dlaponía a afrontar el peligro inminente y próximo que amenazaba al Imperio, mientras residía aún en ia ciudad imperial y examinaba las diversas estrategias que podrían seguirse contra loa enemigos que se hallaban a la vista. Como señalamos anteriormente, él veía que ios infieles turcoa estaban asentados en torno a la Propóntide a causa de ia hegemonía de Solimán sobre todo el oriente, el cual no cesaba de enviar incursiones de pillaje desde Nicea (donde también tenía au aede el palacio del aultán, una especie de palacio imperial) al de saquear todos los territorios limítrofes con Bitinia y Tinia hasta alcanzar ia que ahora se denomina Damalis del Bósforo en aus cabalgadas y aaaltos, y que se llevaban abundante botín sin atreverse tan sólo a franquear el estrecho. Cuando los habitantes de Bizancio veían que los bárbaros habitaban sin ninguna clase de temor en las pobiaciones costeras y en los templos sagrados sin que nadie los expulsara de allí, caían en la mayor deaolación porque no aabían qué hacer y estaban completamente aterrorizados.

2. Al ver este eatado cosas, el emperador comenzó a dar innumerables vueltas en la cabeza a sus pensamientoa, adoptando y desechando sucesivas soluciones y planes eatratégicos hasta que, finalmente, asumió en la medida de sus posibilidadea el pian que consideraba mejor y se puso manos a la obra. En consecuencia, eligió a ios decarcas de los hombres recién reclutados (ios había romanos y algunos orlundos de Coma); de ellos, embarcó a unos armados ligeramente sólo con arcos y eacudos y a otros, loa que tenían alguna experiencia, cubiertos con yelmo, escudo y lanza, les

ordenó que bordearan la costa y la orilla, cruzasen el mar en secreto y cayeran sobre los infieles si notaban que ellos tenían una superioridad numérica no mucho mayor que la suya; luego deberían retornar inmediatamente al lugar de donde habían partido. Como sabía que eran totalmente bisoños, les recomendó que ordenasen a los remeros remar sin ruidos, vigilando al tiempo a los bárbaros que suelen emboscarse en las hendiduras de las rocas.

3. Así se estuvo actuando durante unos días y pronto los bárbaros comenzaron a escapar hacia lugares más al interior de la costa. Cuando el emperador se enteró de esta progresiva retirada, ordenó a destacamentos de sus fuerzas que tomasen las localidades y edificaciones que habían estado antes en manos de los turcos y que pasaran las noches al abrigo de éstas; asimismo les ordenó que en torno al alba, cuando el enemigo necesitase salir para forrajear o por otro motivo, los atacaran en masa, que se contentaran con poder realizar alguna acción en contra de ellos, aunque fuera poca cosa, y que, sin buscar más riesgos ni darle pretexto al enemigo de probar su valor, volvieran rápidamente para ponerse a salvo en el interior de las fortalezas.

4. No mucho tiempo tardaron los bárbaros en estar tan lejos que el soberano recobró el ánimo y ordenó a los hombres, que hasta entonces habían combatido a pie, montar a caballo, blandir la lanza y llevar a cabo numerosas y fugaces incursiones a caballo contra los enemigos, sin que hubieran de atacarlos ya por la noche, y furtivamente, sino cuando acabara de amanecer. Los que hasta entonces habían sido decarcas ascendieron a pentecontarcas y ellos, que habían luchado a pie, de noche y con mucho miedo contra los enemigos, los atacaban ahora por la mañana y, cuando el sol brillaba en el centro del cielo, libraban grandes combates llenos de valor. De este modo, sucedió que mientras a unos se les iban reduciendo sus posesiones, a los romanos enseguida volvió a alumbrarlos el fulgor de un poderío que había estado ahogado bajo las cenizas. Pues Comneno no sólo los arrojó mucho más lejos del Bósforo y de las regiones próximas al mar, sino que incluso obligó al sultán a pedir muy encarecidamente la paz gracias a la expulsión de los

bárbaros más allá de los límites de Bitinia, Tinia y Nicomedia.

5. Y ante las abundantes noticias que confirmaban el incontenible avance de Roberto, quien ya había reunido abundantes fuerzas y se disponía a acercarse a las costas de Longibardía, Alejo recibió favorablemente la petición de la paz. Pues si ni siquiera Heracles podía luchar contra dos, como dice el proverbio, mucho menos podría un joven general que acababa de hacerse cargo de un imperio ya arruinado y que desde hacía mucho tiempo iba marchitándose poco a poco, degradado hasta el extremo, sin poseer riquezas, sin dinero, pues todos los recursos habían sido engullidos antes y gastados en inversiones completamente inútiles. Por ello, tras expulsar a los turcos de Damalis y de los lugares costeros de su entorno con toda clase de medios, incluido el ganárselos con obsequios, se vio obligado a firmar un tratado de paz; una vez fijado como frontera el río llamado Dracón, los convenció para que no lo traspasaran ni hicieran nunca incursiones contra los límites de Bitinia.

XII. Roberto emprende la invasión del Ilírico. Una tempestad parece arruinar su proyecto. Fin del libro tercero.

1. Así marchaban los asuntos de oriente. Nada más llegar a Dirraquio, Paleólogo informó detalladamente al emperador mediante un correo de lo que había pasado con Monomacato; éste, al enterarse de la partida de Paleólogo, había escapado rápidamente junto a Bodino y Micaelas. Pues estaba asustado a causa de su desobediencia y por haber devuelto con las manos vacías a aquél mensajero que el emperador Alejo le había enviado, antes de hacer patente su planeada rebelión, pidiéndole que le mandara dinero por mediación suya; en todo caso, el emperador no tenía intención de tomar represalia contra él, salvo el cese de su cargo por la razón ya citada. Al enterarse de la actuación de Monomacato, el soberano le envió un crisóbulo en el que le garantizaba una completa seguridad; pero él lo tomó y lo devolvió al palacio.

2. Roberto, tras hacer aparición en Hidrunte y ceder la autoridad sobre todas sus posesiones, incluida la propia Longibardía, a su hijo Roger, partió de esta ciudad para llegar al puerto de Brindisi. Tan pronto como se enteró de la llegada de Paleólogo a Dirraquio, mandó construir torres de madera en las mayores naves y recubrirlas con pieles; asimismo, se apresuró a embarcar todo lo necesario para el asedio, metió en los dromones caballos y jinetes armados, ultimó con sumo cuidado y en todas partes los preparativos bélicos y se echó sin tardanza a la mar. Sus planes consistían en arribar a Dirraquio, cercarla con helépolis por mar y tierra con intención de asustar a sus defensores y tomar la ciudad al primer asalto mediante una maniobra de cerco completo. A partir de este momento, tan pronto como se enteraron de estos preparativos, los lsleños y los habitantes de la zona costera de Dirraquio fueron presa de gran agitación.

3. Cuando todos los preparativos estuvieron concluidos según sus órdenes, soltó amarras, dispuso los dromones, las trirremes y moneres en formación de combate de acuerdo con los modos marineros y emprendió la navegación ordenadamente. Gracias al viento de popa alcanzó el litoral de Aulón, desde donde llegó costeando hasta Botrento. Allí, tras reunirse con su hijo Bohemundo, que lo había precedido en la travesía, dividió el ejército en dos partes; él personalmente tomó el mando de una con la intención de efectuar la navegación por mar hasta Dirraquio, la otra la puso bajo las órdenes de Bohemundo, quien debía encaminarla por tierra también hacia Dirraquio.

4. Cuando ya había pasado Corifó y enfilaba la proa hacia Dirraquio, cayó súbitamente dentro de una gran tempestad a la altura del cabo conocido por Glosa. Abundantes lluvias y vientos procedentes de las montañas agitaban el mar con su fuerza. A partir de entonces, empezaron a levantarse y a rugir las olas, los remos, cuando los remeros los empujaban, se quebraban, los vientos desgarraban las velas, las vergas caían rotas contra la cubierta y las embarcaciones se hundían con toda su tripulación; y esto sucedía a pesar de estar en la estación del verano, cuando el sol pasa de cáncer y se apresura a leo, también conocida con el nombre

de canícula. Todos eran presa de la confusión, de la angustia, sin saber qué hacer, ya que eran incapaces de enfrentarse a semejantes enemigos. Se levantó un gran clamor, gemían, imploraban, invocaban a Dios llamándolo salvador y suplicaban poder vislumbrar tierra firme.

5. Pero la tempestad no apaciguó su cólera en todo este tiempo, como si Dios demostrase al orgullo incontenible y soberbio de Roberto ya desde el primer momento, que su final no sería feliz. En suma, algunas naves se hundieron con sus navegantes; otras chocaron contra la costa y quedaron destrozadas. En cuanto a las pieles que cubrían las torres, cuando se reblandecieron por efecto de la lluvia, los clavos saltaron de su sitio y entonces estas pieles volcaron por su peso las torres de madera, que hicieron zozobrar las naves en su caída. La embarcación que ocupaba Roberto se salvó semidestruida y a duras penas, así como se salvaron, inesperadamente, algunos barcos de transporte junto con sus tripulantes.

6. El mar devolvió muchos muertos, no pocas bolsas y algunos otros objetos que transportaba la flota de Roberto y los esparció sobre la arena. Los supervivientes se dedicaron a enterrar a los muertos; y en ese mismo sitio los invadió la enorme pestilencia provocada por los cadáveres, pues eran incapaces de sepultarlos a todos rápidamente. Como todos los víveres habían desaparecido, muy pronto hubieran sido exterminados por el hambre, incluso los hasta entonces sanos y salvos, de no ser por las mieses, campos y huertos, que estaban repletos de productos. Esos acontecimientos tenían una fácil interpretación para todos los que hacían gala de rectos pensamientos; sin embargo nada de lo sucedido atemorizaba a Roberto, porque era intrépido y rogaba, creo, la prolongación de su propia vida el tiempo suficiente para poder combatir contra los que su voluntad había señalado.

7. Por esto, nada de lo sucedido lo apartó del objetivo propuesto; Roberto permaneció siete días en Glabinitza junto con los que se habían salvado (algunos habían conseguido escapar de la ruina gracias al invencible poder de Dios) para reponerse, poder descansar tanto él como los supervivientes

de la tormenta marina y dar tiempo a que llegaran los que quedaron en Bríndisi, los que se esperaba vinieran desde otros puntos con una escuadra y los que poco antes habían desembarcado y hacían el camino por tierra con sus jinetes, infantes y la tropa ligera. Una vez hubo reagrupado a todos por mar y tierra, conquistó con todas sus tropas la llanura lírica.

8. Latino, que es quien me ha contado estos hechos, iba con Roberto, según él, en calidad de embajador del obispo de Bari y, como afirmaba, acompañó a Roberto durante esta campaña. Levantaron el campamento en el interior de los muros en ruinas de la antigua Epidamno y emplazaron dentro el grueso de sus tropas. Desde esta ciudad el rey Pirro de Epiro, aliado una vez con los tarentinos, emprendió una sangrienta guerra en Apulia contra los romanos; pero como en ese lugar se produjo una matanza tan grande que todos sin excepción cayeron víctimas de la espada, fue abandonada y deshabitada por completo. En tiempos posteriores, como dicen los griegos y testimonian, en efecto, las propias inscripciones de la ciudad, fue reconstruida por Anfión y Zeto y pronto apareció con su actual configuración; fue en aquel momento en el que se cambió su nombre por el de Dirraquio [13]. Quede, pues, constancia así de lo que hemos contado, concluya en este punto el libro tercero, porque los acontecimientos que siguen los debe describir el libro que viene detrás de éste.

(13) Aquí, como en otras ocasiones, Ana Comneno da su particular versión de la historia y mezcla, de forma no siempre acertada, la leyenda con la realidad.

LIBRO IV

PRIMEROS ENCUENTROS BÉLICOS CON LOS NORMANDOS Y DERROTA DE ALEJO (1081-1082)

I. Roberto asedia la ciudad de Dirraquio. Auténticos motivos de su invasión.

1. Así pues, el continente ya acogía a Roberto, que acampó allí el diez y siete de junio de la cuarta indicción [1] con jinetes y fuerzas de infantería en número muy notable y de terrible aspecto por sus características y su disposición estratégica; en efecto, el ejército de Roberto volvía a reagruparse desde sus diferentes puntos de procedencia. En cuanto al mar, por él navegaba su flota, que estaba integrada por toda clase de navíos con una tripulación de soldados experimentados en el combate naval. En consecuencia, los habitantes de Dirraquio estaban desolados al verse cercados por dos frentes, mar y tierra, y al ver que las fuerzas de Roberto superaban cualquier cálculo. Pero Jorge Paleólogo, que era un hombre valiente, amplio conocedor del arte de la guerra y que tras innumerables combates en oriente había sido recibido en triunfo, reforzaba las fortificaciones de la ciudad sin dejarse abatir y preparaba la defensa según las instrucciones del soberano, abrumando las murallas con gran cantidad de catapultas y animando a los soldados abatidos; asimismo, tras distribuir vigías a todo lo largo de la muralla, él personalmente inspeccionaba sin descanso el estado general de la ciudad y ordenaba a los defensores que permanecieran alerta noche y día. También empleó aquel tiempo en informar con una carta al soberano de la irrupción de Roberto y de su presencia en Dirraquio con intención de asediar la ciudad.

(1) 17 de junio de 1081.

2. Cuando los habitantes de Dirraquio vieron fuera las máquinas, la inmensa torre de madera que había sido construida y que sobresalía por encima de los mismos muros de Dirraquio, cubierta de pieles toda entera, dotada de catapultas en su parte superior; cuando vieron también que todo el recinto de las murallas estaba rodeado en su exterior por el ejército, que contingentes aliados procedentes de cualquier origen se reunían con Roberto, que las poblaciones de los contornos eran tomadas al primer asalto y que las tiendas se iban multiplicando día a día, quedaron sobrecogidos por el miedo y comenzaron a reconocer los auténticos objetivos del duque Roberto: no había llegado a la llanura lírica para saquear ciudades y regiones y regresar de nuevo a Apulia tras acumular un gran botín, como se decía por todas partes, sino que ambicionaba el trono imperial de los romanos y por ello, según se dice, se apresuraba a asediar Dirraquio como punto de partida.

3. Entonces, Paleólogo ordenó preguntar desde lo alto de las murallas a Roberto la razón de su presencia. Él respondió: "Para restablecer en el puesto que le pertenece a mi pariente Miguel, que ha sido expulsado del trono, y para vengar los ultrajes a que ha sido sometido y hacerle justicia." Los defensores respondieron: "Si cuando veamos a Miguel lo reconocemos, nos prosternaremos al momento ante él y entregaremos la ciudad." Al oír estas palabras, Roberto ordenó a Miguel que se mostrase enseguida espléndidamente vestido ante los moradores de la ciudad. Lo condujeron en medio de un brillante cortejo, acompañado con todo tipo de instrumentos musicales y címbalos y se lo mostraron a los defensores. Pero cuando éstos lo vieron desde lo alto de la muralla, comenzaron a proferir contra él gran cantidad de insultos, mientras afirmaban con rotundidad que no reconocían a Miguel. No obstante, Roberto persistió en su proyectada tarea sin darle la más mínima importancia a estos hechos. Por otro lado, en tanto los de dentro y los de fuera hablaban unos con otros, algunos de los defensores hicieron una salida repentina fuera de la ciudad y trabaron combate con los latinos; tras producirles algunas bajas, entraron de nuevo en Dirraquio.

4. La gente tenía diversas opiniones sobre el monje que acompañaba a Roberto. Unos divulgaban su creencia de que se trataba del copero del emperador Miguel Ducas; otros aseguraban que era el propio soberano Miguel, consuegro del bárbaro, el causante de que Roberto se hubiera embarcado en esta gran guerra, según se dice; finalmente, había quien insistía en saber con certeza que era una argucia enteramente achacable a Roberto, ya que el monje no había acudido a éste por propia iniciativa. Más bien, Roberto, tras conquistar desde una extrema pobreza y un oscuro origen, gracias a su carácter enérgico y su gran inteligencia, todas las ciudades y regiones de Longibardía y de Apulia y convertirse en su señor, como el libro tercero ha demostrado, ambicionó muy pronto mayor poder, hecho que es frecuente en los temperamentos insaciables; entonces llegó a la conclusión de que debía intentar apoderarse de las ciudades del Lírico y, si los asuntos le iban de acuerdo con sus planes, consumir las siguientes etapas de su camino. Pues, en efecto, todos los codiciosos, una vez que consiguen acceder al poder, no presentan diferencia alguna con la gangrena; cuando esta enfermedad hace presa en un cuerpo, no se detiene ante ningún obstáculo hasta que lo invade todo entero y lo corrompe.

II. Alejo pide ayuda a los venecianos. Victoria de éstos sobre los normandos y saqueo de su campamento.

1. El soberano recibió los informes de Paleólogo con todo lo sucedido, esto es, con la noticia de que Roberto había atravesado el estrecho en el mes de junio, de que a pesar de haber caído (como el libro tercero indicó) en una enorme tormenta, haber naufragado y estar acosado por una calamidad de tal índole, no se había abatido y había tomado Aulón con sus huestes al primer asalto; asimismo, fue informado de cómo volvían a acudir junto a él desde todos los puntos de origen fuerzas tan numerosas como los copos de la nieve invernal, y de cómo las personas de espíritu más simple, confiando en que el falso Miguel era en realidad el emperador, se estaban pasando al bando de Roberto; por todas estas razones era presa del miedo, ya que podía calibrar las

dimensiones de este problema y comprendía que las fuerzas bajo su mando no eran ni una mínima parte de las de Roberto; juzgó entonces que era preciso hacer llamar a los turcos de oriente y le comunicó este deseo al sultán.

2. Recurrió también a los venecianos (de quienes, según se dice, los romanos sacaron el color azul [2] de las carreras de caballos) con promesas y obsequios; también les anunció la concesión de unos beneficios y el ofrecimiento de otros, con sólo aparejar la flota completa de su país, arribar con rapidez a Dirraquio para defenderla, y trabar un violento combate con la escuadra de Roberto. Si actuaban conforme a las instrucciones del emperador, recibirían, tanto si obtenían la victoria con la ayuda de Dios, como si (hecho que suele ocurrir) eran derrotados, idéntica recompensa que en el caso de una victoria total, según lo prometido. Además, todos aquellos de sus deseos que no fueran perjudiciales para los intereses del imperio de los romanos serían concedidos y garantizados mediante crisóbulos.

3. Después de oír esas propuestas, los venecianos expusieron a su vez por mediación de embajadores todos sus deseos, a los que se respondió con la promesa en firme de cumplirlos. Tras aparejar, entonces, una armada con toda clase de buques, emprendieron la travesía hacia Dirraquio en perfecta formación. Cuando llevaban gran parte de la navegación llegaron al templo erigido antiguamente en honor de la muy inmaculada Madre de Dios en un lugar llamado Palla, que dista unos diez y ocho estadios del campamento que Roberto había situado a las afueras de Dirraquio. Al ver la flota de Roberto al otro lado de la ciudad de Dirraquio equipada con toda clase de máquinas de guerra, se acobardaron por temor al combate. Roberto, cuando se enteró de su llegada, les envió a su hijo Bohemundo con una escuadra para indicarles que aclamasen al emperador Miguel y al mismo Roberto. Los venecianos dejaron pendiente la aclamación para el otro día. Al caer la tarde, como no podían aproximarse a la costa porque el viento estaba en calma,

(2) Venetus, en latín, color azulado. Hace referencia a los dos equipos que participaban en las carreras del hipódromo, azules y verdes.

unieron las mayores naves, las ataron con amarras para formar el llamado puerto en el mar [3], construyeron torres de madera entre sus velas y levaron con cabos las pequeñas barcas que remolcaba cada una. Introdujeron en el interior de estas barcas hombres armados, cortaron en trozos de no más de un codo gruesos troncos con agudos clavos de hierro hundidos en ellos y esperaron la llegada de la flota franca.

4. Cuando abrió el día, Bohemundo arribó para pedir la aclamación. Ante los insultos que algunos dirigieron a su barba, Bohemundo no pudo contenerse y se lanzó el primero contra sus naves mayores; tras él marchó el resto de la escuadra. Entablado un violento combate, mientras Bohemundo luchaba bastante valerosamente contra los venecianos, tiraron éstos uno de los citados trozos de madera desde arriba y agujerearon la nave que ocupaba en ese momento Bohemundo. Mientras la nave se iba hundiendo tragada ruidosamente por las aguas, algunos tripulantes saltaron desde el barco y acabaron por tener el mismo final del que huían, sumergidos en el abismo; otros fueron aniquilados combatiendo contra los venecianos. Bohemundo, que se hallaba en peligro, saltó a otra de sus naves y se refugió en ella.

5. Como los venecianos habían librado combate con mayor arrojo y más valerosamente, lograron poner a los normandos en fuga y los persiguieron hasta el campamento de Roberto. Tan pronto como estuvieron próximos a tierra firme, saltaron a ella y trabaron un nuevo combate con Roberto. Al verlos, Paleólogo hizo también una salida de la fortaleza de Dirraquio y emprendió la lucha contra ellos. Así pues, se produjo un violento combate que alcanzó a llegar hasta el propio campamento de Roberto; muchos de sus soldados fueron perseguidos más allá de éste y otros muchos cayeron víctimas de la espada.

(3) Maniobra naval. Ducange-Dufresne, col.313, n.69: "Hacían un puerto en el mar mismo, bien cuando, por cesar el viento, no podían acercar las naves al litoral próximo, como en este caso, bien, si habían ido a parar a lugares de bajos fondos o difíciles de atracar. Así pues, en esos casos, las naves mayores se organizaban en forma de cuarto creciente (...)"

6. Los venecianos, cuando hubieron acumulado abundante botín, regresaron a sus propias naves y embarcaron; Paleólogo, a su vez, entró en la ciudad. Tras descansar unos días, los veneclanos enviaron emisarios al soberano para informar de lo sucedido. Él los acogió amistosamente, como es natural, los honró con innumerables obsequios y los despachó con numerosas riquezas para el dux de Venecia y sus magistrados.

III. Roberto, a pesar de su situación desesperada, intenta rehacerse de la derrota.

1. Pero Roberto, que era muy aguerrido, comprendió que no debía abandonar la campaña, sino combatir con mayor dureza. Como era invierno, no podía sacar las naves al mar y, además, las flotas romana y veneciana, que vigilaban esas aguas, lo aislaban de los refuerzos procedentes de Longibardía y del suministro que ellos aportaban. Con la llegada de la primavera y el apaciguamiento de las tormentas marinas los venecianos, tras levar anclas, atacaron los primeros a Roberto; detrás de éstos, inmediatamente, navegaba Máurice con la escuadra romana. Se produjo entonces un violentísimo choque militar y los hombres de Roberto volvieron la espalda. Roberto reconoció a continuación que debía arrastrar a tierra firme toda su flota.

2. Los isleños, las villas costeras del continente y todos cuantos pagaban tributos a Roberto, cuando se enteraron de su derrota naval, se envalentonaron por lo que le había sucedido y manifestaron su disposición a no aceptar las cargas impositivas. En consecuencia, Roberto comprendió que debía empeñarse más a fondo en esta guerra y volver a combatir por tierra y mar. Pero sus planes no podían llevarse a la práctica por temor al naufragio, ya que en aquellos momentos estaban soplando grandes vientos; por ello, tras permanecer dos meses en el puerto de Jericó deseando combatir por tierra y mar, emprendió la preparación de su dispositivo bélico. Las flotas veneciana y romana vigilaban dentro de sus posibilidades el estrecho y, cuando las aguas permitían la navegación, rechazaban a los refuerzos que intentaban atravesar desde Longibardía en dirección a Roberto. Seguidamente empezó a extenderse el hambre por la imposibilidad en que se hallaba Roberto de proporcionar suministros al contingente acampado junto al río Glicis debido a los obstáculos que interponían los defensores de Dirraquio a quienes salían por forraje u otro tipo de aprovisionamiento desde los atrincheramientos normandos. Incluso el clima del lugar, que les resultaba extraño, los perjudicaba mucho, hasta el punto de que, como se dice, en el transcurso de tres meses se produjo tal mortandad de hombres que ascendió a la cantidad de diez mil. Este mal también alcanzó y aniquiló a muchas fuerzas de la caballería de Roberto. Hasta quinientos caballeros, condes y jefes, todos hombres muy valerosos, acabaron siendo víctimas de la enfermedad y el hambre; en cuanto a los soldados de rango inferior, perecieron gran cantidad de hombres de caballería.

3. Como hemos dicho, sus barcos estaban varados en el río Glicis; pero el río bajó de nivel a causa del descenso de caudal provocado por el caluroso verano que había seguido a aquel invierno y a aquella primavera y, al no tener tampoco la corriente de agua que acostumbraba fluir río abajo, Roberto, angustiado, no podía sacarlos de nuevo al mar. Sin embargo, como era un hombre muy astuto e ingenioso, ordenó clavar postes a cada orilla del río y atarlos de forma compacta mediante mimbres; luego, ordenó extender tras ellos enormes árboles cortados de raíz y echar arena desde arriba, con idea de que el agua se acumulara sólo en el canal que formaban los postes. En breve, el agua volvió a ser abundante y llenó la obra fluvial hasta alcanzar una estimable profundidad; de este modo, las naves se levantaron y naves que durante ese tiempo habían estado firmemente varadas en la tierra, se elevaron y flotaron. A continuación los barcos navegaron sin dificultad hasta ser sacados al mar.

IV. El emperador se apresura a acudir en ayuda de Dirraquio. Hazañas de Jorge Paleólogo.

1. Tan pronto como el soberano tuvo noticias de lo que le había sucedido a Roberto, mandó una carta a Pacuria-

no donde lo informaba del empuje incontenible de aquél, de cómo había ganado Aulón sin reflexionar lo más mínimo en los terribles reveses que había sufrido por tierra y mar, ni en aquella derrota que había debido encajar nada más empezar la competición, como se suele decir; asimismo le dijo que no debía retrasarse, antes al contrario, debía unirse a él nada más tener reunidas las fuerzas. Éste fue el mensaje que envió a Pacuriano; inmediatamente después, cuando corría el mes de agosto de la cuarta indicción, partió Alejo de Constantinopla, tras dejar en la capital a Isaac con la misión de mantener el orden y de reprimir las voces disidentes de los adversarios que se dejasen oír ocasionalmente, hecho que sucede con frecuencia, así como de guardar el palacio, la ciudad y de consolar el carácter de las mujeres, tan dado a las lamentaciones. En lo concerniente a su madre, ésta no precisaba ninguna ayuda, creo, a causa de su fuerte constitución junto a su extrema habilidad para manejar las cuestiones políticas. En fin, tan pronto como Pacuriano hubo leído aquella misiva, nombró su lugarteniente a Nicolás Branas, hombre aguerrido y en posesión de gran experiencia militar y partió rápidamente de Orestiada en unión de todo el ejército y de la nobleza para unirse sin tardanza al emperador.

2. El soberano ya se había apresurado a empiazar en orden de batalla todo su ejército; había nombrado jefes de los soldados de élite a los más valientes de ellos y les había dado la orden de que se mantuvieran durante el camino en el mismo puesto que se les había asignado, para que gracias a su conocimiento de la formación y del lugar que ocupaba cada uno, se libraran de la confusión durante la batalla y no pudieran cambiar de posición fácilmente y al azar.

3. Mandaba el batallón de los excúbitos [4] Constantino Opo; el de los macedonios, Antioco; el de los tesalios, Alejandro Cabasilas; comandaba a los turcos de Acrido Taticio, a la sazón gran primicerio [5], hombre muy valiente e intrépido en las batallas, aunque no descendiera de una familia

(4) Cuerpo de tropas de palacio.
(5) Jefe de los turcos de Acrida, al servicio del imperio.

libre. En efecto, su padre, que era sarraceno, había caído en poder de mi abuelo paterno Juan Comneno durante una expedición que realizó para procurarse forraje. De los maniqueos [6], que ascendían a la cantidad de dos mil ochocientos, eran jefes Jantas y Culeón, también ellos de su misma secta. Todos éstos eran hombres muy aguerridos y dispuestos a gozar con la sangre de los enemigos en el momento preciso y, lo que es más aún, osados e implacables. Las tropas más próximas al emperador (vestiaritas suelen denominarse) y el contingente de los francos estaban bajo el mando de Panucomites y Constantino Umbertópulo, que se llamaba de esta manera por sus orígenes familiares.

4. Tan pronto como tuvo así dispuestos los batallones, se arrojó con todo su ejército contra Roberto. Un hombre que venía de allí y que se encontró con el emperador le informó sobre la situación de Dirraquio; por estas noticias se enteró con mayor detalle de que Roberto había puesto en movimiento todo el material necesario para el asedio y de que estaba junto a las murallas. Jorge Paleólogo, que había hecho frente toda la noche y todo el día a las helépolis y a las máquinas, acabó por desistir de esta clase de defensa y, tras abrir las puertas de la ciudad, salió y libró con ellos un violento combate. Fue en ese momento cuando una serie de certeras heridas hicieron impacto en diversas partes de su cuerpo, especialmente, la herida provocada por un dardo que se le clavó en la sien. A pesar de los esfuerzos hechos para retirarlo del campo de batalla, no se pudo con él; entonces, un enfermero, que había sido llamado, retiró el extremo de la flecha, es decir, la punta donde baten las plumas, pero el resto del dardo permaneció en el lugar de la herida. Tras vendársele la cabeza como buenamente se pudo, se lanzó de nuevo en medio de los enemigos y se mantuvo firme combatiendo hasta bien entrada la tarde.

5. Cuando el emperador oyó estas noticias, reconoció que Paleólogo necesitaba auxilio urgentemente y aceleró su marcha. A su llegada a Tesalónica tuvo confirmación por

(6) Ana Comneno hablará de ellos más extensamente en el libro XIV, VIII, 3-5; BUCKLER, G.- Anna..., p.333-339.

muchas personas de las noticias relacionadas con Roberto. Se enteró entonces de que Roberto estaba listo para combatir y de que, tras organizar a sus valientes soldados y concentrar un abundante material bélico en la llanura de Dirraquio, había situado el campamento a un tiro de flecha de sus murallas; igualmente, había distribuido muchas de las fuerzas bajo su mando por los montes, valles y cerros cercanos. Pero también se enteró por boca de mucha gente del ahínco de Paleólogo en la defensa.

6. En efecto, Paleólogo con la pretensión de incendiar la torre de madera construida por Roberto, había distribuido por la muralla nafta, pez y virutas de madera seca a la espera de la señal para el combate. En Dirraquio se aguardaba el ataque de Roberto para el día siguiente; pero Paleólogo, adelantándose a las intenciones de aquél, había construido en el interior del recinto amurallado otra torre de madera frente a la torre que estaba en el exterior; durante toda la noche estuvo ensayando la utilización de una viga colocada en su parte superior cuya finalidad consistía en arremeter contra los portalones de la torre que era arrastrada por el exterior; pretendía con ello comprobar su capacidad de maniobra y ver si evitaba con su acometida la apertura de los portalones de la torre enemiga. Cuando observó que la viga de madera se movía fácilmente y que había logrado sus objetivos, recobró los ánimos para el combate que se avecinaba.

7. Al día siguiente Roberto ordenó que todos se armaran; introdujo luego dentro de la torre unos quinientos infantes y jinetes armados. Cuando ésta se hallaba junto a la muralla y sus ocupantes se apresuraban a abrir el portalón que había en la parte superior para utilizarlo como puente en el acceso a la fortaleza, Paleólogo hizo empujar desde dentro su inmensa torre mediante máquinas y numerosos y valientes hombres que tenía preparados de antemano e inutilizó el ingenio de Roberto impidiendo completamente la apertura del portalón con la viga.

8. Seguidamente, asaetearon sin interrupción a los celtas que ocupaban la parte superior de la torre; ellos, al no

poder hacer frente a los dardos, intentaron resguardarse. Paleólogo ordenó entonces incendiar la torre, y apenas había terminado de pronunciar la última palabra, cuando al instante la torre quedó envuelta en llamas. Los ocupantes de la parte superior se tiraron y los de abajo, abriendo la puerta que se hallaba a ras de tierra, emprendieron la huida. Al ver que éstos huían, Paleólogo sacó por el portillo de la ciudad a sus valientes guerreros completamente armados y otros provistos con hachas, con las que debían eliminar la torre. Tampoco fracasó esta misión y la torre, incendiada en su parte superior y cortados sus apoyos en tierra gracias a unas herramientas que podrían haber tallado la piedra, desapareció finalmente.

V. A su llegada, Alejo inspecciona las posiciones. Roberto logra que el ejército le conceda plenos poderes.

1. Como Roberto, según decía el que narraba estos hechos, aceleraba la preparación de una nueva torre semejante a la construida anteriormente y preparaba helépolis contra Dirraquio, el emperador, percatándose de que los defensores de Dirraquio necesitaban urgente socorro, alineó sus tropas y continuó camino de Dirraquio. Tan pronto como hubo llegado allí, hubo cavado un foso e instalado su ejército cerca de un río llamado Carzanes, preguntó mediante unos emisarios a Roberto las causas de su presencia y sus propósitos.

2. De ese lugar partió para ir al santuario dedicado al muy gran pontífice Nicolás que distaba cuatro estadios de Dirraquio y allí se dedicó a examinar las características de este sitio, a fin de conocer con anterioridad el terreno más ventajoso para sus falanges en el momento de la batalla. Era el quince de octubre. Este sitio era una elevación que se extiende desde Dalmacia al mar, terminando en un promontorio, casi una península, en el que se encuentra el citado santuario. La pendiente de esta elevación va cayendo suavemente sobre la llanura, inclinándose sobre Dirraquio con el mar a su izquierda y un alto monte que la domina a su derecha. Cuando tuvo allí reunido todo su ejército y fijado su campa-

mento, hizo llamar a Jorge Paleólogo. Pero él, con ayuda de la experiencia que había adquirido sobre semejantes situaciones desde hacía mucho tiempo, llegó a la conclusión de que esta orden era inoportuna y rehusó salir, todo lo cual manifestó al emperador. Pero ante la insistencia del emperador para que viniese a su encuentro, finalmente repuso: "Me parece de todo punto temerario salir cuando la fortaleza está siendo asediada; por ello, no pienso salir a no ser que vea el anillo de la mano de Vuestra Majestad." Cuando lo hubo visto, se dirigió junto al emperador acompañado por navíos de guerra.

3. Nada más verlo, el emperador le preguntó sobre las actividades de Roberto; cuando aquél le hubo respondido a todas sus preguntas, le interrogó sobre la conveniencia de trabar combate con el bárbaro. Paleólogo lo desaconsejó de manera contundente. Del mismo modo, algunos de los jefes más experimentados en la guerra ponían serios impedimentos al combate y aconsejaban actuar con paciencia y esforzarse por poner en apretos a Roberto mediante escaramuzas, así como evitar que sus hombres salieran de su campamento para forrajear o aprovisionarse y ordenar la misma actuación con Bodino, con los dálmatas y con los restantes caudillos de las regiones colindantes; aseguraban que de actuar así Roberto sería fácilmente vencido. Por otro lado, la mayor parte de los jóvenes del ejército apoyaban la postura de combatir, entre los que destacaban Constantino Porfirogéneto, Nicéforo Sinadeno, el jefe de los varegos, Nampites y los dos hijos del antiguo emperador Romano Diógenes: León y Nicéforo.

4. Al mismo tiempo, volvieron los embajadores que habían sido enviados a Roberto y comunicaron las palabras de aquél al emperador: "Yo" decía "en absoluto tengo intenciones hostiles contra Vuestra Majestad, sino que más bien he venido para vengar la injusticia cometida con mi consuegro. Si Vos deseáis estar en paz conmigo, yo estoy dispuesto a aceptarla gustosamente, pero sólo en el caso de que Vos mismo os mostréis de acuerdo en cumplir las demandas que os son señaladas con mis emisarios." Pero sus exigencias eran completamente imposibles de aceptar y perjudiciales

para el imperio de los romanos, aunque ofreciera Longibardía como dominio del emperador y se prestara a ayudarlo cuando hubiera necesidad. Esto, sin embargo, no era sino un pretexto para aparentar que deseaba la paz con sus demandas, porque al hacer peticiones imposibles de satisfacer y no obtenerlas, persistiría en ir a la guerra; después imputaría el origen de esta guerra al emperador.

5. Como hacía peticiones irrealizables que no conseguía ver cumplidas, tras reunir a todos sus condes, les dijo: "Sabéis que el emperador Nicéforo Botaniates cometió una injusticia con mi consuegro y conocéis la deshonra que mi hija Helena ha sufrido por ser expulsada del trono junto con él. Como no podíamos consentirlo, partimos de nuestra tierra contra Botaniates con intención de vengarlos. Pero aquél ha sido derrocado del poder y ello nos coloca ahora frente a un nuevo emperador, un soldado muy valeroso, que posee una experiencia en el arte de la guerra por encima de lo normal a su edad. No debemos, pues, plantearnos la guerra contra él sin organizarnos. Porque donde existen muchos mandos, allí también hay una confusión provocada por las diferentes opiniones de los asistentes. En consecuencia, es preciso que uno sólo de nosotros sea obedecido por los demás, y en contrapartida, éste debe pedir consejo a todos y no actuar irreflexivamente y al azar según sus propios juicios, así como los demas deben exponer su parecer con sinceridad y seguir fielmente la decisión que haya adoptado el que haya sido elegido jefe. Pues bien, aquí me tenéis preparado, como uno más entre todos, para obedecer al que todos escojáis como jefe."

6. Todos alabaron esta postura y, mientras afirmaban que Roberto se había expresado apropiadamente, le cedieron la primacía con el consentimiento general. Él se hizo de rogar, como si rechazara su nombramiento; pero los condes insistieron en su solicitud. Finalmente, fingió ceder a sus demandas, aunque tenía previsto aceptar hacía tiempo, y enlazando discurso tras discurso, uniendo razones tras razones con su mirada puesta en sus anhelos, parecía a los que no sabían escudriñar en su mente que accedía de mala gana.

7. Después les dijo: "Condes y restantes soldados del ejército, oíd lo que os aconsejo: debemos plantar batalla con todas nuestras fuerzas, ya que nos hemos presentado en esta tierra, tras abandonar nuestras patrias, para trabar un combate que es ya inminente con un emperador muy valeroso a pesar de su reciente ascenso al trono y que ha vencido a muchos enemigos durante su servicio a los emperadores que le precedieron en el trono y les ha llevado a los más acérrimos rebeldes como prisioneros. Además, si Dios nos concediera la victoria, no nos faltarían las riquezas. En consecuencia, hay que prender fuego a toda la impedimenta, abrir vías de agua en las naves de transporte, dejarlas hundirse en el mar y, de este modo, asumir el enfrentamiento con él como si en ese mismo instante hubiéramos nacido y debiéramos morir." Todos estuvieron de acuerdo con estas palabras.

VI. Disposiciones estratégicas para la batalla. Las tropas de Roberto vencen a las romanas. Actuación heroica de Alejo.

1. Ésos eran los deseos y planteamientos de Roberto; pero otros más astutos e inteligentes eran los del emperador. No obstante, ambos caudillos contenían a sus tropas, mientras deliberaban acerca de la estrategia y el modo de comandar y dirigir correctamente el ejército. El soberano planeaba caer súbitamente y de noche por cada uno de los dos flancos sobre el campamento de Roberto; ordenó, entonces que todo el ejército aliado iniciase la ofensiva desde la retaguardia, después de atravesar los campos de sal; el emperador no descartó este camino, aun siendo el más largo, por ser insospechado un ataque desde esa parte. Él, a su vez, cuando tuviera noticias de que los hombres destacados por ese camino habían llegado a su destino, tenía planeado atacar frontalmente a Roberto. Éste, por su parte, tras abandonar las tiendas vacías y cruzar de noche por los puentes (era el día diez y ocho del mes de octubre de la quinta indicción) llegó con todo su ejército a la iglesia del gran mártir Teodoro, erigida desde antiguo junto al mar. Rogaron a Dios durante toda la noche para ponerlo de su

parte y comulgaron con los puros y divinos misterios. Luego, cuando hubo ordenado sus propias falanges, ocupó el puesto central de la formación; puso al mando del ala que estaba junto al mar a Amicetes (un conde de ilustre linaje, valiente con sus brazos y su corazón) y de la otra a su hijo Bohemundo, apodado Sanisoo.

2. Al darse cuenta de esta situación, el soberano, que tenía gran habilidad para encontrar la salida más oportuna en los momentos críticos, supo adaptarse a las circunstancias y situó su formación por la pendiente del lado del mar. Tras dividir su ejército, dejó que unos bárbaros que se habían adelantado atacasen las tiendas de Roberto, mientras retenía a su lado a otros, los que cargan en los hombros las espadas de doble filo, junto con su jefe Namplites; a éstos les ordenó que desmontaran y avanzaran frontalmente y en fila hasta una corta distancia del frente; estos soldados forman parte de un pueblo en el que todos portan escudos. Dividió el resto del ejército en falanges y él mismo ocupó el puesto central de la formación; a su derecha e izquierda situó al césar Nicéforo Meliseno y al llamado Pacuriano, gran doméstico. La posición intermedia entre él y los bárbaros que marchaban a pie la ocupaban numerosos soldados expertos en el manejo del arco, a los que quería lanzar primero contra Roberto; para ello, Namplites había recibido la orden de dejar sitio a los arqueros abriendo en dos sus filas, una vez que ellos se retiraran tras cargar contra los celtas, para concentrarse luego de nuevo y marchar en filas compactas.

3. Cuando tuvo así dispuesto todo su ejército, el emperador en persona se lanzó frontalmente contra las tropas celtas, corriendo al lado de la costa; a su vez, los bárbaros que habían sido enviados por los campos de sal emprendieron su ataque contra el campamento celta tan pronto como los defensores de Dirraquio abrieron las puertas por orden del emperador. Mientras ambos jefes marchaban uno contra otro, Roberto despachó un escuadrón de caballería con órdenes de actuar de modo que pudieran arrastrar lejos del campo de batalla a algunos soldados del ejército romano. El emperador, sin embargo, no cayó en esta encerrona y mandaba

reforzar a los peltastas que llevaban el peso del ataque contra loa normandos.

4. Entre encontronazos y escaramuzas mutuas, Roberto seguía tranquilamente con los suyos y las distancias del intervalo se iban acortando; entonces, algunos infantea y jinetes, tras salirse a la carrera de la falange de Amicetes, atacaron el extremo de la formación de Nampites. Ante la enorme valentía con que les hicieron frente los nuestros, los atacantes emprendieron la huida, porque no todos eran hombres escogidos, y se adentraron en el mar hasta el cuello, pidiendo socorro a las naves de la flota romana y veneciana, que no hicieron nada por ellos.

5. Según cuenta una versión de esta batalla, Gaita, la esposa de Roberto, que lo acompañaba en esta expedición, una nueva Palas, aunque no fuera Atenea, cuando vio a loa que eataban huyendo, les dirigió la palabra violentamente y les profirió un horrísono grito, que parecía exclamar en su propio idioma lo que dice aquella cita épica de Homero (7): "¿Hasta cuándo huiréis? Deteneos, sed hombres." Como vió que no detenían au fuga, agarró con su mano una larga lanza y se arrojó a rienda suelta contra los fugitivos. Esta actuación hizo que los hombres recuperaran el dominio de aí mismos y se animaran de nuevo mutuamente para tomar parte en la batalla.

6. Cuando los portadores de hachas y su jefe Nampites estuvieron a bastante distancia de la formación romana arrastrados por deaeo de atacar a los celtas con igual ímpetu que ellos (no les iban a la zaga en el combate; estos hombres son muy valientes y en nada desmerecen de los celtaa) y cuando Roberto llegó a la conclusión de que ya estaban cansados y exhaustos debido a su rápido avance, a la distancia recorrida y al peso de sus armas, ordenó a algunos infantea que avanzasen contra ellos. Nuestros bárbaros, entonces, al estar ya agotados, parecían máa débiles que los celtaa. Cedió, pues, todo el contingente bárbaro y todos los

(7) Il., V, 529.

que lograron salvarse huyeron hacia el santuario del archiestratego Miguel; unos, la cantidad que cabía en el interior del templo, entraron; otros subieron a la parte superior y eaperaban aalvarse, aegún creían, con este gesto. Pero los latinos les prendieron fuego y los quemaron a todos, incluida la iglesia.

7. El resto de la falange romana luchaba denodadamente contra ellos. Pero Roberto, como un caballero alado, arremetió con sua demás fuerzas contra la falange romana, la empujó y la disperaó tras hacerla añicos. De loa que ae le enfrentaron, unos fueron cayendo mientras combatían y otros conflaron en hallar la salvación con la huida. Por su parte, el emperador Alejo permanecía como una torre imperturbable a pesar de haber perdido a muchos de sus compañeros, hombres célebres por su linaje y au experiencia militar. En efecto, en aquella ocasión cayeron Constantino, hijo del antiguo emperador Constantino Ducas, el Porfirogéneto, porque fue dado a luz cuando su padre no era ya un particular, criado y destinado por su padre para las ínfulas imperiaiea; también cayó el que tenía por nombre Nicéforo y por apellido Sinadeno, un hombre valiente y muy hermoso, que en aquella jornada ardía en deseos de superar a todos en la batalla y con quien el citado Constantino andaba en tratos para caaarae con au hermana; y el padre de Paleólogo, Nicéforo, y otroa ilustres varonea. También fue alcanzado mortalmente en el pecho Zacaríaa, que abandonó la vida al tiempo de recibir el golpe, así como Aspietes y muchos de los mejores guerreroa.

8. Pero la batalla no finalizaba porque se veía al emperador ofreciendo aún resistencia. Entonces, ae destacaron tres latinos: uno era el ya citado Amicetes; otro, Pedro, hijo de Alifa, como él mismo refirió, y un tercero en nada inferior a éstoa. A rienda suelta y con largaa lanzas en sua manos se precipitaron contra él. Amicetes erró el tiro contra el emperador al deaplazarse su caballo un poco hacia un lado; tras apartar el emperador la lanza del otro con su espada y extender au mano, le aseató un mandoble en la clavícula y le seccionó el brazo del resto del cuerpo. El tercero se apresuraba ya a alcanzarle en la cabeza, cuando él, que era ilato y

de mente despejada, sin confundirse en lo más mínimo y dándose cuenta de cómo debía actuar en un tiempo imperceptible gracias a su agilidad mental, se echó de espaldas sobre la grupa del caballo simultáneamente a la acometida del arma enemiga. La punta de la espada sólo rozó levemente la piel de su cuerpo; sin embargo, a pesar de haber sido parada por el borde del casco, cortó la correa que lo sujetaba bajo las mejillas y provocó que éste cayera al suelo. Entonces, el celta corrió hacia quien creía haber derribado del caballo; Alejo, a su vez, se enderezó rápidamente y se afirmó en su montura sin arrojar ni una de sus armas. Sosteniendo en la derecha la espada desnuda, enrojecida por la mezcla de polvo y de su propia sangre, descubierta su cabeza y ondeando de forma molesta la rojiza y resplandeciente cabellera ante sus ojos (el caballo, turbado, sin atender al freno, provocaba con sus movimientos el que le cayeran los rizos por el rostro), recuperó su ánimo y se dispuso a enfrentarse en la medida de sus posibilidades a sus adversarios.

9. Alejo pudo ver cómo huían los turcos y cómo retrocedía hasta el propio Bodino sin ofrecer batalla (también éste había tomado sus armas y tenía dispuesto su ejército en orden de combate aquella jornada para apoyar con energía al soberano según el acuerdo al que se había llegado con él). Al parecer, el bárbaro antes de atacar a los celtas esperó a ver si la balanza se inclinaba del lado del emperador y le concedía la victoria, de lo contrario no intervendría y se retiraría. Mientras se ocupaba en estas reflexiones, como quedó claro por lo que hizo, se dio cuenta de que los celtas estaban obteniendo la victoria y, sin intentar combatir en lo más mínimo, volvió a su casa. El soberano, al contemplar el curso de estos acontecimientos y viendo cómo nadie lo apoyaba, también volvió la espalda a sus adversarios. De este modo, los latinos emprendieron la persecución del ejército romano.

VII. Espectacular huida de Alejo.

1. Roberto, cuando hubo llegado a la iglesia de San Nicolás, a cuyo lado estaba la tienda imperial y toda la impedimenta del ejército romano, envió a todos los hombres váli-

dos en persecución del emperador, mientras él se quedó allí mismo imaginando la captura del soberano. En efecto, semejantes fantasías enardecían su soberbio carácter. Aquéllos lo persiguieron con mucha energía hasta un sitio llamado por los lugareños Mal Costado, por debajo de uno de cuyos lados corría el río denominado Carzanes y por el otro se elevaba una alta roca. Entre estos accidentes del terreno lo alcanzaron sus perseguidores, quienes arremetieron contra su costado izquierdo con las lanzas (eran nueve en total) y lo inclinaron hacia el otro lado. Hubiera caído rápidamente de no ser gracias a la espada que sostenía en su mano derecha y que logró apoyarse en tierra, y gracias a que la punta de la espuela de su pie izquierdo se clavó en el extremo de la silla que llaman *hipóstroma* y que hace bastante difícil la caída del jinete. También logró mantenerse gracias a que se aferró con la mano izquierda a las crines del caballo. Finalmente, lo socorrió sin duda una fuerza divina que, contra lo esperado, le proporcionó la salvación de sus enemigos: surgieron por la derecha otros celtas que enfilaban sus lanzas contra él; éstos gracias a la presión que hacían con la punta de sus lanzas sobre el costado derecho enderezaron completamente al guerrero y lo volvieron a poner derecho en su silla.

2. Pudo verse entonces un inesperado espectáculo. Unos se esforzaban en hacerlo caer por la izquierda, los otros fijaban sus lanzas en el costado derecho como contrafuerte de los primeros y, lanza contra lanza, empujando, conseguían la postura erguida del emperador. Pero éste, tras afirmarse en su montura con mayor gallardía y apretarse a horcajadas sobre el caballo y la silla, dio entonces una prueba de su valor. El caballo, que, por un lado, era muy fogoso y ágil y, de otro, también, el más veloz y guerrero (había sostenido a Brienio con su silla de púrpura, cuando Alejo lo capturó en el campo de batalla, reinando aún Nicéforo Botaniates) y, para decirlo de una vez, inspirado por la divina providencia, brincó al punto, se volvió aéreo y se plantó en la cima de la mencionada roca, como aligerado por unas alas o, por hacer referencia a la mitología, con las alas de Pegaso. Brienio llamó a este caballo Esguritzes. De las lanzas de los bárbaros, unas cayeron de sus manos

por no hallar donde clavarse, y otras, que habían atravesado y se habían detenido en algunas partes del traje del emperador, subieron con el caballo por los aires. El emperador, entonces, rompió las lanzas que llevaba clavadas encima.

3. Estas terribles circunstancias no alteraron su ánimo ni le hicieron perder el tiempo en reflexiones, antes bien comprendió cuál era la solución más conveniente y la siguió de forma inesperada. Los celtas se quedaron asombrados, estupefactos por lo sucedido; efectivamente, su actuación merecía que se asombraran; cuando vieron que Alejo escapaba por otro camino, emprendieron de nuevo su persecución. Él, tras dar la espalda a sus perseguidores durante largo tiempo, en un momento dado tiró de las riendas, se puso frente a uno de sus perseguidores y le atravesó con la lanza el pecho; éste quedó tendido en tierra boca arriba.

4. El emperador volvió de nuevo las riendas y siguió por su camino. Entonces se topó con no pocos celtas de los que perseguían por delante de él a las fuerzas romanas. Al verlo, cerraron la formación con sus escudos y se detuvieron con la doble intención de dar reposo a las cabalgaduras y capturarlo vivo para llevarlo a Roberto como botín. Alejo, que estaba huyendo de sus perseguidores y que veía a los que estaban delante de él, dio por perdida toda esperanza de salvación. Pero recobró el ánimo al contemplar a uno entre los demás, a quien consideró como Roberto por su envergadura y por el centelleante resplandor de las armas; se afirmó en su montura y enfiló contra él. Entonces, ambos se acometieron y se lanzaron uno contra otro en el espacio existente entre ellos.

5. El soberano, primero, dirigiendo su mano, lo acometió con su lanza y allí mismo lo atravesó por el pecho hasta la espalda. El bárbaro rodó enseguida por tierra y perdió la vida a causa del impacto recibido. A continuación, el emperador aprovechó la escisión que se produjo en la falange a raíz de la muerte de aquel bárbaro y cabalgó por medio de ese paso. Tan pronto como ellos vieron al herido tendido en tierra, lo rodearon para asistirlo. Los que perseguían al emperador, cuando los observaron, desmontaron

de los caballos y tras reconocer a la víctima, empezaron a golpearse el pecho entre gemidos. Sin embargo, el cadáver no era el de Roberto, sino el de uno de sus hombres más ilustres y lugarteniente suyo. Gracias a que aquéllos estaban ocupados en esta tarea, el emperador pudo avanzar en su camino.

VIII. Justificación de la autora. Roberto monta en cólera al no poder ser capturado Alejo.

1. Metida en esta narración me he olvidado tanto por la índole de la historia, como por la excelencia de estos hechos, de que es mi padre el protagonista de las gestas que escribo. Con frecuencia, para no hacer sospechosa de parcialidad mi historia, paso por encima de los actos realizados por mi padre sin exagerarlos y sin cubrirlos de pasión. Ojalá no hubiera tenido dependencia alguna de este amor hacia mi padre y hubiera sido libre para demostrar a través de esta rica temática qué bien responde mi irrefrenable elocuencia a las hermosas acciones. Pero el afecto natural oculta este deseo mío ante el temor a que la gente crea de algún modo que invento una sucesión de prodigios por mi deseo de hablar acerca de mi familia. En efecto, si recordara con frecuencia las hazañas de mi padre, vertería gota a gota mi alma escribiendo y contando cuántos sufrimientos pasó y no dejaría esta temática sin treno ni monodia. Pero, para que este lugar de mi historia no adolezca de ninguna vanidad retórica, paso por encima de las penalidades de mi padre, como si yo fuera un diamante insensible o una piedra, cuando precisamente yo hubiera debido jurar, como aquel joven homérico, con una cita del poeta (no soy menos que aquél que decía: "No, Agelao, por Zeus y por las penalidades de mi padre") [8] para que fuera y se me llamara amante hija de mi padre. Déjeseme, pues, a mí sola asombrarme y lamentar los sufrimientos de mi padre y continúe el hilo de la historia.

(8) Od., XX. 339.

2. Tras estos acontecimientos, los celtas emprendieron camino en dirección a Roberto. Él, al verlos e informarse de lo que les había sucedido, empezó a acusarlos a todos gravemente; y amenazó a uno de ellos, un hombre destacado, con azotarlo, mientras lo llamaba cobarde e inexperto. Este hombre pensaba que sería víctima de los males más terribles por no haber saltado sobre la roca con su caballo y no haber matado al emperador Alejo tras derribarlo o no haberlo traído vivo tras capturarlo. Roberto, efectivamente, era una persona muy audaz y valiente, pero tenía una enorme acritud, una cólera siempre a flor de piel y un corazón repleto de rabia e ira, de modo que, cuando estaba cara al enemigo, o atravesaba con su lanza al adversario o se mataba a sí mismo, rompiendo, como se dice, el hilo de las Parcas.

3. No obstante, aquel soldado que Roberto tenía bajo acusación intentaba explicarle con claridad lo impracticable y escarpado de la roca, que el lugar se elevaba hasta lo más alto del cielo, que la roca era abrupta y peligrosa, que sería imposible que nadie, infante o jinete, pudiera subir a ella sin el apoyo divino y que no existía nadie que consiguiera subir a esa roca no ya durante la lucha y el combate, ni siquiera sin mediar guerra alguna. "Y si desconfías de mí" dijo "cuando tú mismo o algún otro de tus caballeros, el más valiente, lo intente, se dará cuenta de lo imposible que es. No obstante, si alguien aparece en la cima de la roca (no será porque carezca de alas, sino más bien porque las posea) yo mismo estoy dispuesto a sufrir cualquier castigo y ser juzgado por cobardía." Cuando el bárbaro hubo dicho estas palabras en medio de la admiración y el estupor que aún le duraban, el airado Roberto quedó desarmado y abandonó su cólera por la admiración.

4. El emperador, una vez hubo atravesado los repliegues de las montañas vecinas y todos aquellos senderos intransitables, llegó a Acrida en dos noches y dos días. En el camino cruzó el Carzanes y permaneció un tiempo en el lugar llamado Babagora (un desfiladero de difícil acceso) sin tener la más mínima confusión en sus ideas ni por la derrota ni por las demás calamidades de esta batalla y sin sentir

debilidad por el dolor de la herida que tenía en el rostro, aunque lo consumía el dolor por los que habían caído en la batalla y, en especial, por los hombres que habían combatido valientemente. No obstante, estaba completamente absorto por los problemas que se le planteaban a la ciudad de Dirraquio y se acordaba de ella, lamentando que se viera privada de su jefe Paleólogo, que no había podido regresar a ella a causa de la rapidez con que se llegó al combate. Hizo, pues, lo posible por reforzar la posición de sus defensores, emplazó en la acrópolis de la ciudad a los jefes de los venecianos y puso el resto de la ciudad al mando absoluto de Comiscortes, un descendiente de albanesas, a quien daba las instrucciones pertinentes mediante cartas.

LIBRO V

LAS FINANZAS DEL IMPERIO. GUERRA CON LOS NORMANDOS Y VICTORIA DE ALEJO. EL ASUNTO DE JUAN ITALO (1082-1083)

I. Alejo se dispone a comenzar una nueva ofensiva. Penuria del tesoro.

1. Roberto se apoderó tranquilamente de todo el botín y de la tienda imperial y llegó triunfante y orgulloso a la llanura en donde había acampado antes, al emprender el asedio de Dirraquio. Mientras se tomaba un ligero descanso, delIberaba con sus jefes sobre sI debía Intentar un nuevo asalto a las murallas de la ciudad o retrasar el asedlo a la próxima primavera y llegar ahora a Glabinitza y Yoanina para que todo su ejército pudiera Invernar allí, acampado por los valles que dominan la llanura de Dirraquio. Los defensores de Dirraquio, como nuestra historia ha señalado, que en su mayoría eran emlgrados de Melfi y Venecia, al enterarse de las calamidades que había sufrido el soberano, de la enorme matanza, de la masacre de tan esclarecidos hombres, de que las escuadras se habían retirado y de que Roberto estaba reservando el asedio para la slgulente primavera, reflexlonaron sobre las medidas precisas que habían de adoptar para salvarse y no correr de nuevo tan grandes rlesgos.

2. Se reunieron, pues, para que cada uno aclarase su particular opinión y para que todos pudieran discutir sobre los diversos pareceres, como ocurre en las situaciones críticas; creyeron haber hallado una solución sometiéndose a Roberto y rindiéndole la ciudad. A Instancias de un emigrado de Melfi, cuyas recomendaciones siguieron, abrieron finalmente las puertas y dejaron el paso libre a Roberto. Una

vez que se vio convertido en dueño de la ciudad, hizo llamar a sus fuerzas, las dividió por etnias y se informó sobre los que estaban heridos gravemente o tenían sólo rasguños en la piel provocados por la espada, así como sobre el número y el rango de los que habían sido víctimas de la guerra en las batallas antes descritas; mientras, meditaba sobre la idea de reunir otro ejército mercenario y reclutar fuerzas extranjeras para marchar, cuando la primavera hiciera su aparición (era invierno entonces), en contra del emperador con todo su ejército.

3. Sin embargo no era sólo Roberto quien hacía semejantes reflexiones, aunque se aclamara a sí mismo vencedor y triunfante; también el emperador a pesar de haber sido vencido, a pesar de la herida que había recibido durante aquella insufrible derrota y a pesar de la pérdida de tantos y tan valiosos hombres, pareció recuperarse de su temor; sin achicarse lo más mínimo ni renunciar a sus propósitos, puso todo su esfuerzo e inteligencia para vengarse de la derrota a la llegada de la primavera. Eran ambos hombres, efectivamente, capaces de prever y captar todo, expertos en todas las técnicas bélicas y habituados a toda clase de asedios, de emboscadas y de combates en formación; eran decididos y valientes en las acciones militares cuerpo a cuerpo y de entre todos los jefes militares que había bajo el cielo eran adversarios dignos uno del otro por su inteligencia y su valor. Pero el emperador Alejo tenía una cualidad más que Roberto: era más joven y no estaba por debajo en ningún aspecto de él, que en plena madurez se jactaba de hacer temblar la tierra y de conmocionar a todas las falanges sólo con su grito. Queden, pues, estos detalles para otros lugares; a buen seguro tendrán un gran interés para los que quieran dedicarse a los elogios.

4. El emperador Alejo, tras recuperarse y reponer un poco sus fuerzas en Acrida, llegó a Diabolis. E intentaba en lo posible reconfortar de sus penalidades a los supervivientes del combate; a los demás, les comunicaba por medio de emisarios, que vinieran a Tesalónica. La experiencia que había acumulado sobre la forma de actuar de Roberto y sobre la audacia de su poderoso ejército lo llevaron a condenar la

gran dejadez y cobardía de los hombres bajo su mando (no podría alegar yo que los soldados presentes en aquellos momentos carecieran de entrenamiento y de experiencia militar); por eso, pues, necesitaba aliados, que sólo se pueden conseguir con dinero. Y no lo había, porque el tesoro imperial había sido dilapidado gratuitamente por el anterior emperador Nicéforo Botaniates, tanto como para no tener siquiera cerradas las puertas del tesoro y mantenerlas abiertas libremente para cualquiera que deseara entrar: estaba agotado, efectivamente. Ésta era la causa de la crítica situación, con la debilidad y la pobreza oprimiendo el imperio de los romanos.

5. ¿Qué debía hacer, entonces, el joven emperador que acababa de coger las riendas del imperio? O bien dejar angustiado el poder y abandonarlo todo, para que, aun sin culpa, nadie lo acusase de ser un jefe inexperto o incapaz, o bien llamar por lo imperioso de la situación al mayor número posible de aliados, reunir para ellos el dinero suficiente recurriendo a cualquier fuente de recursos y hacer llamar empleando generosos fondos a los hombres de su ejército dispersos por todas partes, para que, recobrando la esperanza, permanecieran a su lado y para que los que se habían marchado estuvieran dispuestos a volver y tuviesen mayor valor a la hora de enfrentarse a los contingentes celtas. Por tanto, con el deseo de no realizar ningún acto indigno ni en desacuerdo con sus conocimientos militares ni tampoco con su valor, llegó a estas dos conclusiones: tenía que mandar buscar aliados de cualquier parte y atraérselos astutamente con la esperanza de obtener muchas riquezas, y por otro lado enviar emisarios a su madre y a su hermano para que le proporcionasen dinero de donde fuera.

II. La enajenación de los bienes eclesiásticos y el asunto de León de Calcedonia.

1. Ellos, no hallando otra forma de suministro, reunieron primero todas las riquezas de su propiedad que eran de oro y plata y las enviaron a la fundición imperial. La primera de todos fue la emperatriz, mi madre: donó todos los

bienes que poseía por herencia materna o paterna, confiando en que con su gesto impulsaría a los demás a una acción similar; pues estaba asustada ante la situación crítica por la que pasaba el soberano. Seguidamente, aquellos que eran leales a los emperadores, se ofrecieron espontáneamente a contribuir con cuantos objetos de oro y plata tuviese cada uno y enviaron una parte a los aliados y otra al soberano.

2. Pero estos fondos no bastaron para las actuales necesidades; unos pedían gratificaciones porque habían colaborado en la lucha; otros, todos los mercenarios, pedían un salario más alto. El emperador volvió a insistir reclamando mayores recursos por haber desesperado de la buena voluntad de los romanos. Su madre e Isaac, ante el crítico estado de cosas, mantuvieron largas deliberaciones tanto en privado como en público; finalmente, al conocer la noticia de que Roberto se estaba armando de nuevo, sin saber qué hacer dirigieron su atención hacia las antiguas leyes y cánones sobre la enajenación de los bienes sagrados. Entre diversas razones, encontraron una que justificaba la enajenación de los bienes sagrados de las santas iglesias de Dios: la liberación de los prisioneros; ellos pensaron entonces en que todos los cristianos que pasaban sus días en Asia bajo el yugo bárbaro y habían escapado a las matanzas eran mancillados por la compañía de los infieles. Al existir unos cuantos objetos sacros que estaban arrumbados y desechados desde mucho tiempo atrás y que no servían sino para incitar a la gente al sacrilegio y a la impiedad, decidieron emplearlos como materia prima para acuñar moneda destinada al pago de los soldados y de los aliados.

3. Cuando esta idea tuvo apoyos, el sebastocrátor marchó al gran templo de Dios, donde había convocado al sínodo y al clero en pleno. Cuando lo vieron, los religiosos del sagrado sínodo, que asisten al patriarca en las cuestiones eclasiásticas, le preguntaron extrañados la razón de esta convocatoria. Él les contestó: "He venido a comunicaros una medida que será útil en las duras circunstancias que estamos viviendo y que salvará al ejército." Seguidamente comenzó a citar los cánones sobre los bienes sagrados que han [illegible] su utilidad; cuando hubo concluido su intervención,

añadió: "Me veo obligado a obligar a los que no quiero obligar." Alegó, entonces, una serie de nobles razones que parecían convencer con rapidez a la mayoría.

4. Pero Metaxas se oponía, alternando réplicas razonables con burlas al mismo Isaac. Prevaleció, no obstante, la opinión que ya se consideraba la mejor. Estas medidas dieron pie a muy graves acusaciones contra los emperadores (no vacilo en llamar también emperador a Isaac, aunque sin el derecho a la púrpura) tanto entonces, como en nuestros días. En aquel tiempo ocupaba la sede episcopal un tal León de Calcedonia, hombre no muy sabio ni culto que, si bien se preocupaba de su virtud, tenía un carácter hosco y seco; éste, pues, mientras eran despojadas las puertas de la Calcopracia del oro y la plata que en ellas había, apareció en pleno trabajo y se expresó atrevidamente sin atender para nada a las necesidades económicas ni a las leyes en vigor sobre los bienes sagrados. En cuantas ocasiones acudió a presencia del que entonces gobernaba la ciudad le mostró una actitud bastante insolente y ¿por qué no decirlo? rebelde que abusaba de su paciencia y de su bondad. En el curso de la primera campaña de Alejo contra Roberto y mientras el sebastocrátor Isaac, su hermano, le suministraba dinero con la aprobación general, echando mano de cualquier fuente de recursos de acuerdo con las leyes, y con la justicia, León logró que el hermano del emperador montara en cólera por culpa del tono desvergonzado con el que se dirigía a él.

5. En otra ocasión también atacó aquel obispo con escaso pudor al soberano, cuando éste, tras ser vencido muchas veces y enfrentarse con audacia a los celtas otras tantas, había vuelto vencedor gracias al apoyo divino para enterarse enseguida de que otra masa de enemigos, me refiero a los escitas, se volvía a lanzar en contra de él y por ello también se apresuraba a recoger dinero durante su permanencia en la capital de acuerdo con los mismos criterios que antes. En las abundantes discusiones que se levantaron a raíz de estos acontecimientos sobre los bienes sagrados, sostenía con dogmatismo que las santas imágenes eran objeto de nuestra veneración en forma de latría, no de relación (1), manteniendo en algunas cuestiones criterios razonables y

dignos de un obispo y defendiendo en otras dogmas incorrectos; yo no sé si tenía estas reacciones por su ánimo polemizador y su odio hacia el emperador o por ignorancia. Porque no podía exponer con exactitud y seguridad sus razonamientos por carecer de cualquier formación intelectual.

6. Como su insolencia con los emperadores iba aumentando progresivamente, de acuerdo con las recomendaciones que le hacían algunos de los muchos hombres malintencionados que existían entonces en la administración, y cuando en su excitación llegó a utilizar insultos y blasfemias, fue castigado con la deposición de su cargo; y todo ello sucedió a pesar de que el emperador le pidiera que cambiara de opinión sobre las imágenes y que abandonara su animadversión hacia él con la promeas de restituir los bienes sagrados más valiosos a las santas iglesias y de hacer todo lo que fuera preciso para reparar el daño, y cuando el soberano ya había sido aceptado por los principales del sínodo, a quienes llamaban aduladores los que engrosaban la facción del calcedonio. Pero como no se arredraba ni, menos aún, se tranquilizaba, sino que incluso volvió a turbar la paz de la iglesia a la cabeza de un partido con un no desdeñable apoyo, al cabo de muchos años todos estuvieron de acuerdo en condenarlo al exilio por su actitud intratable e incorregible. Fue la ciudad de Sozópolis del Ponto la encargada de acogerlo y fue honrado con todas las atenciones y deferencias del emperador, aunque no quiso nunca gozar de ellas a causa, según parece, del resentimiento que conservaba contra el soberano. Dejemos, pues, aquí la descripción de aquellos acontecimientos.

(1) BUCKLER, G.- Anna..., p.315-318; Leib, II, p.237, citando a USPENSKY, TH.- "El movimiento filosófico-teológico en Bizancio durante los siglos XI y XII", Diario del Ministerio de Instrucción Pública Rusa, Sept. 1891, p.156: "León defendía la idea de que la materia de la que están hechas las santas imágenes sigue siendo un objeto santo incluso cuando la imagen del santo o de Cristo está borrada."

III. Regreso de Roberto a Italia para hacer frente a la invasión que el rey de Alemania llevaba a cabo a instancias de Alejo.

1. El soberano enseñaba cuidadosamente a los recién llegados (porque iba apareciendo mucha gente al haberse enterado de que él estaba sano y salvo) cómo debían montar a caballo con la mayor seguridad, tirar con arco del modo más certero y cómo emplear sus armas y tender emboscadas con la mayor habilidad. Había vuelto a enviar al rey de Alemania embajadores que presidía el llamado Metimnes y por carta le instaba con energía a no retrasar más su ayuda y a invadir con gran rapidez Longibardía al frente de sus tropas, según lo acordado; de este modo distraería a Roberto y tendría las manos libres para reclutar nuevas tropas y contingentes extranjeros y poder expulsarlo del Ilírico. A continuación le comunicaba al rey de Alemania que si obraba de este modo, le quedaría muy reconocido y le aseguraba que la boda prometida sería ultimada a través de los embajadores enviados por él.

2. Tras adoptar estas medidas y dejar a su gran doméstico Pacuriano en aquel lugar, marchó a la capital con la intención de reclutar tropas procedentes de cualquier punto del extranjero y gestionar algunos otros asuntos que se habían presentado en ese momento y en esas circunstancias. Por su parte, los maniqueos Jantas y Culeón junto con los hombres a su mando, que ascendían a unos dos mil quinientos, emprendieron entonces el camino a sus casas desordenadamente. Aunque prometieron volver instados por las repetidas llamadas del emperador, no hacían sino retrasar el momento de su llegada. Él insistía prometiéndoles incluso regalos y honores por escrito; pero ni aun así volvieron a su lado.

3. Mientras el emperador se empeñaba en estos preparativos contra Roberto, un emisario llegó a presencia de Roberto para comunicarle la inminente invasión de Longibardía por el rey de Alemania. Él estuvo reflexionando sobre las acciones que debía emprender en este aprieto. Tras cambiar de opinión varias veces, decidió finalmente convo-

car a todos los jefes de su ejército y presentar en público a su hijo Bohemundo Sanisco; en el fondo de su decisión estaba el hecho de que había dejado a Roger como heredero de su autoridad en el momento de la travesía hacia el Ilírico, pero no había cedido aún a Bohemundo el poder sobre ningún territorio. Entonces, dijo a los jefes:

4. "Sabéis, condes, que en el momento de pasar hacia el Ilírico cedí el señorío de mis territorios a Roger, el amadísimo primogénito de mis hijos. Pues no hubiera sido conveniente que yo, al marcharme de allí para emprender una tarea de esta índole, abandonara mis dominios sin autoridad, como una presa fácil para las incursiones de todo el que quisiera. Pero como el rey de Alemania ya está al llegar y tiene intención de atacarlos, nosotros tenemos la obligación de defenderlos en la medida de nuestras posibilidades. Porque el hecho de estar ocupados ahora en otros asuntos no debe ser causa para actuar negligentemente con los nuestros. Así pues, parto para defender mis dominios y para presentar batalla al rey de Alemania. En cuanto a Dirraquio, Aulón y todas las demás ciudades e islas que he ocupado personalmente con mi lanza, le cedo su gobierno a éste, a mi hijo más joven. Os ordeno y os exijo que estiméis a éste tanto como a mí y que luchéis por él con todas vuestras fuerzas y energías.

5. Y a ti, mi amadísimo hijo, te recomiendo" añadió dirigiendo sus palabras a Bohemundo "que trates con toda dignidad a los condes, que aproveches sus consejos en toda circunstancia, que no actúes con ellos de manera autoritaria y que lo compartas todo con ellos. Cuídate de no olvidar reemprender la guerra contra el emperador de los romanos; es más, no debes relajarte en lo más mínimo porque haya sufrido una gran derrota y haya perdido la mayor parte de su ejército en combate, hasta el punto de haber corrido el riesgo de caer víctima de la espada (efectivamente, estuvo cerca de ser capturado vivo, pero escapó herido de nuestras manos), no sea que, por hallar él un resquicio, recobre su aliento y se enfrente a ti más valientemente que antes. No es él un advenedizo, sino un hombre criado desde niño en medio de las batallas y las guerras y ha atravesado todo el

oriente y el occidente haciendo prisioneros a todos lo que se rebelaron contra sus anteriores soberanos, hechos estos que tú mismo no dejas de oír por boca de mucha gente. En suma, si te abandonas y no avanzas contra él con todas tus energías, reducirás a la nada todas las abundantes obras que he conseguido llevar a término gracias a mis esfuerzos y tú mismo recolectarás los frutos de tu propia negligencia. En cuanto a mí, parto para combatir contra el rey de Alemania e intentar expulsarlo de nuestros territorios; de este modo reforzaré la autoridad que transferí a mi amadísimo hijo Roger."

6. Tras despedirse con estas palabras de su hijo, embarcó en una monere y arribó a las costas de Longibardía, desde donde partió a toda marcha para presentarse en Salerno, ciudad en la que estaba desde hacía tiempo la residencia de los que se habían investido con la dignidad ducal. Mientras permanecía allí reclutó bastantes fuerzas y un contingente lo más numeroso posible de tropas mercenarias procedentes de los países vecinos. El rey de Alemania, según las promesas hechas al soberano, se apresuraba ya a invadir Longibardía. Tan pronto como Roberto se hubo enterado de esto, se dio prisa por llegar a Roma para unirse al papa y apartar al rey de Alemania de su propósito. Como el papa accedió a esta coalición, ambos se lanzaron sobre el rey de Alemania.

7. Sin embargo, el rey durante su rápida marcha sobre Longibardía se enteró de lo que le había sucedido al soberano, esto es; que había sufrido una enorme derrota, que durante la batalla, en la que había tenido lugar la matanza de sus hombres y la dispersión de su ejército, él, tras exponerse a grandes peligros y ser herido mortalmente en diferentes partes de su cuerpo durante su valiente resistencia, se había salvado inexplicablemente gracias a su osadía y su resolución; entonces, el rey volvió las riendas y se marchó por el camino que lo trajera, considerando como una victoria no someterse a peligros sin ninguna necesidad. El rey, pues, emprendió la ruta de regreso; en cuánto a Roberto, alcanzó el campamento del rey, pero no quiso perseguirlo personalmente más allá y, tras separar una numerosa sec-

ción de sus escuadrones, ordenó que persiguieran al rey de Alemania. Roberto, en fin, con todo el botín recogido retornó a Roma con el papa. Él afianzó en el trono a éste último y, a su vez, obtuvo la aclamación del papa; luego, volvió a Salerno para recuperarse de la fatiga de sus muchos trabajos.

IV. Enfrentamientos con Bohemundo. Alejo sale derrotado.

1. Tras no mucho tiempo, llegó a su lado Bohemundo con el anuncio de su derrota marcado en el rostro. Cómo actuó la fortuna es algo que esta obra ya mismo va a contar. En efecto, teniendo presentes las instrucciones de su padre y, aún más, como era un hombre de carácter combativo y arrojado, acometió con firmeza la tarea de hacer la guerra al emperador. Seguido de sus tropas y en compañía de todos los mejores oficiales romanos y de los gobernadores de los países y ciudades capturados por Roberto (todos ellos habían desertado del bando del emperador y se habían pasado al de Bohemundo) llegó a Yoanina a través de Bageneela; allí cavó primero un foso entre los viñedos que se hallaban en las afueras de la ciudad, luego empiazó todo su contingente en posiciones ventajosas y él mismo fijó sus tiendas en el interior de esta ciudad. Tras inspeccionar las murallas, se percató de que la acrópolis de esta plaza fuerte era insegura; entonces no sólo se apresuró a repararla en lo posible, sino que incluso construyó otra, muy fortificada, en un lugar diferente del recinto amurallado y que le pareció más oportuno; entre tanto, se dedicaba a saquear las ciudades y regiones colindantes.

2. Tan pronto como tuvo conocimiento el soberano de estos movimientos, reunió sin la más mínima tardanza la totalidad de sus fuerzas y salió a toda prisa de Constantinopla en el mes de mayo. Una vez llegado a Yoanina y con el inicio del combate y de la batalla ya inminentes, se percató de que sus propias tropas ni siquiera suponían una mínima parte de las fuerzza de Bohemundo; dado que, asimismo, conocía por la batalla contra Roberto antes relatada que la primera

carga de la caballería celta contra sus enemigos era incontenible, juzgó preciso organizar primero unas emboscadas con pocos hombres, contados y selectos, para obtener así algún indicio de los conocimientos estratégicos de Bohemundo y conseguir una idea general de la situación a través de estas incursiones parciales; gracias a esta táctica podría hacer frente al celta con mayor seguridad y conocimiento. De este modo, las tropas deseaban con ardor atacarse mutuamente; el emperador, por su parte, que temía el primer e irresistible ataque de los latinos, tuvo una nueva idea. Mandó construir carros más ligeros y pequeños de lo acostumbrado, clavó en ellos cuatro astacas y emplazó infantes armados, para que, cuando los latinos cargaran a rienda suelta contra la falange romana, los infantes que ocupaban estos carros se colocaran detrás de ellos, los empujasen hacia adelante y cortasen la formación cerrada de los latinos.

3. Cuando llegó la hora del combate en el momento en que el sol ya sobrepasaba con su fulgor el horizonte, el soberano situó las falanges en orden de combate y él mismo ocupó el puesto central. Una vez iniciada la batalla, Bohemundo no pareció sorprenderse de la argucia del soberano; antes al contrario, como si hubiera previsto la estratagema, se adaptó a esta circunatancia y, tras dividir sus fuerzas en dos y dejar pasar de largo los carros, se lanzó desde cada flanco contra la formación romana. Las falanges se mezclaron entonces con las falanges y los hombres luchaban cara a cara con los hombres. De este modo y tras caer muchos por cada bando durante la lucha, Bohemundo se alzó con la victoria; el soberano, a su vez, en medio del acoso a que era sometido por todas partes, se mantenía firme como una torre indestructible, dedicado tanto a cabalgar contra los celtas que venían a su encuentro acometiendo, matando y siendo acometido en el choque armado con algunos enemigos, como a reanimar con frecuentes voces a los fugitivos. Pero, cuando vio que las falanges empezaban a dispersarse en muchos sectores, pensó que debía ponerse a salvo, no para proteger su propia persona, ni por efecto de la confusión que provoca la cobardía, como quizás alguien pudiera replicar, sino porque tenía la esperanza de enfrentarse más valientemente en

otro momento a los aguerridos celtas, una vez a salvo del peligro y nuevamente recuperado.

4. Mientras escapaba de sus enemigos en compañía de unos pocos hombres, se encontró de nuevo con un grupo de celtaa y demostró aer un general intrépido. En efecto, tras animar a sus hombres, hizo frente a la carga que los celtas hacían contra ellos como si en ese mismo día tuviera que vencer o morir; de un mandoble el emperador mató a uno de loa celtas y entre todos los que lo acompañaban, actuando como servidores de Area, hirieron y pusieron en fuga a muchos hombres. Así, tras escapar de innumerablea y muy grandes peligroa, de nuevo logró ponerse a aalvo en Acrida traa pasar por Estrugaa; después de permanecer allí un tiempo y hacer llamar a muchos de los soldados que habían huido, los dejó a todos en ese lugar con el gran doméstico y llegó hasta el río Bardares, pero no con intención de descansar; porque no se permitía a sí mismo ninguna de las comodidades ni de los ocios propios de un emperador.

5. Cuando volvió a tener reunidas las tropaa y reclutado un contingente de mercenarios, marchó contra Bohemundo con su pensamiento pueato en nuevos planes para derrotar a los celtas. Se aprovialonó de piezaa de hierro con puntaa y, como eaperaba la batalla para el día aiguiente, las extendió la víspera por la parte de la explanada situada entre los doa ejércitos, por donde preveía que los celtas podrían llevar a cabo la carga más impetuoaa; imaginaba que la primera e incontenible embestida de los latinos tal vez pudiera romperse en el momento en que las puntas atraveaaran loa caacos de loa caballos; en ese instante, todoa loa lanceros romanos que estuvieran colocados frente a ellos harían una carga contenida, con cuidado de no atraveaarse con las puntas de hierro, y tras dividirse en dos partes, ae volverían, mientras los peltastas dispararían de lejos aus certeras flechas contra los celtas y las alas derecha e izquierda caerían con incontenible ímpetu sobre los celtas desde amboa flancos.

6. Ésoa eran los planes de mi padre; pero Bohemundo no ignoraba la existencia de éstos. Por ello ocurrió que la

táctica fraguada por el emperador al atardecer, a la mañana aiguiente estaba en conocimiento del celta. Acomodando su estrategia ingeniosamente a las informaciones recibidas, aceptó la batalla, pero no la organizó del modo acostumbrado; por el contrario, graciaa a su previo conocimiento de los planes del aoberano dio más aliento al ardor de amboa flancos, mientras ordenaba que la falange que estaba situada frente al ejército romano permaneciera inmóvil durante ese tiempo. Aaí pues, cuando la batalla llegó al cuerpo a cuerpo, los aoldados del ejército romano volvieron la eapalda a los latinoa; es más ni siquiera tenían el valor de mirarloa a la cara por el terror que aún los sobrecogía al recordar la derrota que hemos descrito anteriormente.

7. Se produjo entoncea la confusión entre las líneaa romanas, a pesar de que el emperador permaneciera imperturbable y ae defendiese vallentemente en cuerpo y alma hiriendo a muchos y siendo herido en alguna ocasión. Al ver que todo su ejército estaba perdido y que él mismo estaba siendo abandonado sólo con unos pocos hombres, pensó que no debía correr riesgos resistiendo de forma irracional. Pues cuando tras grandes esfuerzos uno no puede soportar con firmeza el ataque enemigo, es una inaensatez exponerae a un riesgo manifiesto. Aaí pues, las alas derecha e izquierda de la falange romana ae daban a la fuga, en tanto el emperador aún aguantaba valientemente el peso del combate contra la falange de Bohemundo sobre au aola peraona. Pero, cuando comprendió que el peligro era grave, juzgó necesario salvarae para poder reemprender la lucha con el vencedor como un poderoso oponente y evitar que Bohemundo se alzara con la victoria definitiva.

8. Así era él, tanto en la derrota, como en la victoria, en la huida y en la persecución, nunca se escondía atemorizado ni, menos aún, caía en las redes de la deaesperación. Tenía, asimismo, una enorme fe en Dios, que llevaba aiempre presente en sua penaamientos, y ae abstenía de hacer ningún tipo de juramento. Por tanto, como hemoa dicho arriba, a causa de su renuncia a cualquier resistencia también él ae vio peraeguido en su retirada por Bohemundo y aua mejores condes. En medio de estos hechoa, dijo a Guies

(un servidor de su padre) y a los que estaban con él: "¿Hasta cuándo estaremos huyendo?" y acto seguido, dando vuelta a las riendas, desenvainó su espada y asestó un mandoble en el rostro del primero que lo acometía. Los celtas vieron esta reacción y se percataron de que él había renunciado a sobrevivir; como sabían desde hacía tiempo que los hombres que han tomado esta decisión son imbatibles, se echaron atrás y abandonaron la persecución. Se libró así de sus perseguidores y logró salir del peligro; y es más, tampoco se mostró abatido durante esta fuga y se dedicó a llamar a unos fugitivos y a burlarse de otros, si bien la mayoría de ellos fingieron no reconocerlo. A salvo, pues, del peligro, regresó a la ciudad imperial con el propósito de reunir nuevas tropas y marchar contra Bohemundo.

V. Movimientos de Bohemundo y contraofensiva del emperador.

1. Tras el retorno de Roberto a Longibardía, Bohemundo se encargó de continuar la guerra con el soberano de acuerdo con los dictados de su padre, razón por la que provocaba continuamente batallas y combates. Siguiendo estos criterios, envió a Pedro Alifa junto con Punteses a asediar diferentes lugares; no tardó Pedro Alifa en dominar los dos Polobos ni el citado Punteses en hacer lo mismo con Escopia. Por su parte, Bohemundo a instancias de los acridios se apresuró a llegar hasta Acrida. Tras permanecer escaso tiempo allí, acabó por abandonar la plaza sin conseguir sus propósitos ante la defensa que Arlebes hacía de la ciudad y decidió marchar rumbo a Ostrobo; como fue expulsado de este nuevo lugar con las manos vacías, partió a través de Sosco y Serbia para llegar a Berea. Tras intentar muchas incursiones en muchos lugares sin conseguir el éxito, llegó a Moglena a través de Bodinos, donde restauró un castillo que estaba en ruinas desde hacía tiempo. Luego, después de dejar en esta plaza fuerte a un conde llamado Sarraceno al mando de un buen contingente de soldados, llegó hasta un lugar denominado Iglesia Blanca a través del Bardares. Mientras consumía el plazo de tres meses durante los que permaneció en este lugar, tres de sus más destacados con-

des, Punteses, Renaldo y uno llamado Guillermo, se conjuraron para pasarse al bando del emperador. Punteses, que era previsor, huyó y logró llegar a presencia del soberano; pero los otros dos fueron capturados y obligados, según la ley de los celtas, a participar en un combate singular. La derrota de Guillermo en este combate señaló su culpabilidad, por cuya causa fue apresado y cegado; mientras el otro, Renaldo, fue remitido a Longibardía, donde se hallaba su padre, Roberto, quien también lo mandó cegar. Bohemundo, tras partir de Iglesia Blanca, se dirigió hacia Castoria. Al enterarse de este movimiento, el gran doméstico aprovechó para presentarse en Moglena, apoderarse de Sarraceno, a quien mató inmediatamente, y convertir en ruinas de una vez por todas este castillo. Bohemundo, por su parte, salió de Castoria y marchó a Larisa con la intención de invernar allí.

2. Como decíamos, el soberano se puso en acción nada más llegar a la capital, de acuerdo con su carácter resuelto y enemigo de la inactividad; pidió, entonces al sultán tropas que estuvieran al mando de jefes con larga experiencia. Él envió siete mil hombres al mando de jefes totalmente experimentados entre los que estaba Camires, que superaba a los demás en edad y experiencia. En tanto el emperador tomaba y ultimaba estas medidas, Bohemundo, destacando una parte de su propio ejército, mandó por delante algunos catafractarios celtas que tomaron Pelagonia, Tricala y Castoria de una vez. Enseguida apareció Bohemundo en Tricala con la totalidad de su ejército; desde allí despachó un destacamento, todos ellos valientes guerreros, que al primer asalto se apoderó de Tzibisco. Luego, en el día del gran mártir Jorge, llegó con todas sus fuerzas a Larisa y, tras rodear sus murallas, les puso sitio.

3. El gobernador de esta ciudad, León Cefalas, hijo de un servidor del padre del soberano, llevaba seis meses resistiendo a las máquinas de Bohemundo. Entonces, informó al soberano por una carta de este ataque. Pero él a pesar de sus ardientes deseos no emprendió inmediatamente la marcha hacia el lugar donde estaba Bohemundo y retrasó su partida hasta tener reunidos más mercenarios. Una vez estuvieron todos fuertemente armados, salió de Constantino-

pla. Tras llegar a las proximidades de Larisa, atravesó el monte Celia, abandonó el camino público a la derecha y el monte llamado por los lugareños Clsabo y descendió a Ezebán, una aldea válaca que se encuentra muy cerca de Andronia. Desde allí llegó a una nueva población habitualmente conocida como Plabitza, que se halla relativamente cerca del río denominado (...); donde mandó instalar su campamento, tras excavar un foso considerable. De allí levantó el campo el emperador y partió hacia los jardines de Delfinas y nuevamente de allí hacia Tricala.

4. Entonces se presentó ante el soberano el portador de una carta de León Cefalas, a quien ya nos hemos referido anteriormente, que se expresaba con mucha franqueza en los siguientes términos : "Debéis saber, Majestad, que hasta ahora he conservado a salvo la ciudad gracias a mi gran empeño. Incluso cuando nos faltaron los alimentos permitidos a los cristianos, recurrimos a los prohibidos; pero ahora carecemos hasta de éstos. Si os dais prisa, pues, en aportar vuestros refuerzos y conseguís poner en fuga a los sitiadores, daríamos gracias a Dios. De lo contrario, yo ya he cumplido con mi deber y doblegándonos ante lo inevitable (¿qué se puede hacer contra la naturaleza y su poderío?) tenemos la determinación de entregar la plaza a los enemigos que nos presionan y que a todas luces están acabando con nosotros. Si esta calamidad llegase a suceder (ojalá se me maldiga por lo que me atrevo a decir con toda franqueza), si no os dais prisa para apartarnos del peligro ahora que ya no podemos afrontar las enormes penalidades de la guerra y del hambre, si Vos, nuestro emperador, aun pudiendo ayudarnos, no apresuráis el envío de socorro, seríais el primero en no libraros de la acusación de traidor."

5. El soberano se dio cuenta de que se imponía derrotarlos de algún otro modo; por ello se metió en cálculos y reflexiones. En efecto, se pasó el día entero examinando las maneras de tender emboscadas e invocando el nombre de Dios en su auxilio. Mandó llamar, por consiguiente, a un anciano de Larisa y lo estuvo interrogando sobre las características del lugar. Mientras recorría con su mirada el lugar, señalaba con su dedo determinados puntos, sobre los que

preguntaba concienzudamente si eran escarpados o estaban cubiertos de espesas malezas. Las informaciones que requería del habitante de Larisa serían la base para tender una emboscada y derrotar mediante alguna estratagema a los latinos; porque Alejo era el primero que rechazaba entablar un combate claro y frontal por las frecuentes derrotas que había sufrido cada vez que se lo había planteado y por la experiencia que había adquirido sobre el enfrentamiento bélico con los francos.

6. Cuando el sol se ocultó, el emperador, agotado por el trabajo de todo un día, se fue a dormir; tuvo entonces un sueño en el que parecía hallarse dentro del sagrado templo del gran mártir Demetrio y oír una voz que decía: "No te apenes ni te angusties, mañana vas a vencer." Creía que la voz surgía de uno de los iconos colgados en el templo y en el que figuraba pintada la imagen del gran mártir Demetrio. Cuando despertó, se alegró de la profecía que había oído en sueños, invocó al mártir y le prometió que iría a su templo, si lograba arrebatar la victoria a sus enemigos; asimismo le prometió que desmontaría del caballo a una gran distancia de la ciudad de Tesalónica y marcharía a pie hasta llegar a su iglesia y venerar su imagen.

7. Tras convocar a generales, jefes y a todos sus parientes, comenzó la reunión pidiendo la opinión de cada uno; luego, les comunicó su plan. Según éste, confiaba todos los batallones a sus allegados, de manera que los comandantes fueron Nicéforo Meliseno, Basilio Curticio y al llamado Yoanaces, hombre de ilustre linaje y célebre por su valentía y conocimientos militares, que era originario de Adrianópolis. No sólo les entregó el mando de las tropas, sino también las insignias imperiales. Y les impartió sus órdenes, que consistían en disponer la formación según el esquema que él había seguido en anteriores combates con la instrucción de sondear primero mediante escaramuzas la vanguardia de los latinos; luego, debían atacarlos en pleno entre gritos de guerra y tras avanzar en formación cerrada y llegar al enfrentamiento, debían volver la espalda a los latinos y fingir una huida a la desbandada en dirección aparentemente a Licostomio. Mientras el emperador detallaba estos puntos, se pu-

do oír de repente el relincho de todos los caballos del campamento. Este hecho hizo crecer el temor en todos los presentes; sin embargo, pronto el emperador y los más perspicaces llegaron a la conclusión de que era un buen augurio.

8. Tras darles estas instrucciones, los dejó situados a la derecha de la ciudad de Larisa y, después de esperar hasta la puesta de sol, ordenó que algunos valientes guerreros lo siguieran para atravesar el desfiladero de Libotanio, bordear Rebenico y llegar a través del lugar llamado Alage a la parte izquierda de Larisa; una vez examinadas las características del lugar y consciente de que ese sitio era lo suficientemente bajo, se quedó allí con sus hombres para tender la emboscada. Los jefes de las tropas romanas, cuando el emperador, como hemos dicho, se disponía a cruzar el desfiladero de Libotanio apresurándose a tender su emboscada, seleccionaron un destacamento de las tropas romanas y lo enviaron contra los celtas a fin de atraerse sobre ellos su atención e impedirles disfrutar de una tregua que les permitiera descubrir adónde iba el emperador. Los soldados bajaron a la llanura, atacaron a los celtas y soportaron el combate durante largo tiempo, hasta que la noche no les permitió continuar luchando. Por su parte, el emperador, cuando llegó al lugar proyectado, ordenó que todos desmontasen de los caballos; los hombres pasaron el resto de la noche sentados sobre sus rodillas, manteniendo las riendas en las manos. También el emperador con las riendas en las manos se mantuvo así toda la noche, apoyado en una germandria que había encontrado casualmente en el lugar.

VI. Alejo obtiene una victoria gracias a su astucia.

1. Cuando salió el sol, Bohemundo, al ver los batallones de los romanos alineados en falanges, las insignias imperiales, las lanzas tachonadas de clavos de plata y los caballos con las purpúreas gualdrapas imperiales, preparó lo mejor que pudo sus tropas para la batalla; dividió en dos las fuerzas y, mientras él se puso al frente de una parte, dio el mando de la otra a Brienio, un latino de noble linaje que también era denominado condestable. Por tanto, tras dispo-

ner así sus fuerzas, volvió a actuar del modo habitual y cayó frontalmente contra la formación de los adversarios con la fuerza de un huracán, creyendo que el soberano estaba allí donde veía las insignias imperiales. Cuando los soldados romanos, tras una corta resistencia, volvieron la espalda, se lanzó él impetuosamente en su persecución, tal como anteriormente hemos descrito. El emperador, a su vez, cuando vio que sus tropas habían huido lo suficiente y que Bohemundo perseguía impetuosamente a las tropas romanas y cuando calculó que Bohemundo estaba ya a bastante distancia de su campamento, montó a caballo, dio igual orden a sus hombres y llegó hasta el campamento de Bohemundo. Una vez en él, mató un gran número de latinos que iba encontrando y se apoderó del botín; luego observó a los perseguidores y a los fugitivos.

2. Al darse cuenta de que la fuga emprendida por los romanos era improvisada y de que Bohemundo los perseguía junto con Brienio, que iba tras él, llamó al denominado Jorge Pirro, un arquero de fama, al que ordenó junto con un numeroso destacamento de valientes peltastas que se lanzaran rápidamente tras Brienio y que cuando le dieran alcance, no trabaran combate cuerpo a cuerpo, sino que disparasen a distancia ininterrumpidamente sus dardos contra los caballos. Así pues, cuando estuvieron cerca de los celtas, comenzaron a derribar caballos con una densa nube de dardos destinados dejar a los jinetes impotentes contra el enemigo. Efectivamente, cualquier guerrero celta muestra un ímpetu y una apariencia temibles si va a caballo; pero, una vez desmontado del caballo, se convierte en un ser indefenso y radicalmente distinto al de antes, como si hubiera perdido su salvaje aliento, en parte por el tamaño de su escudo, en parte por las espuelas de su calzado y su paso torpe. El conocimiento que tenía el emperador de estos defectos, creo, fue lo que le impulsó a ordenar que mataran a los caballos y no a los jinetes.

3. Conforme iban cayendo los caballos de los celtas, los hombres de Brienio rodaban por tierra. La gran confusión que se produjo levantó una columna de polvo amplia y densa que subía hasta las nubes a tan gran altura que fue

comparada con las tinieblas opacas que cayeron antiguamente sobre Egipto. La misma densidad de la polvareda impedía la visión a los latinos y evitaba que supieran la causa y los autores de estos flechazos. Brienio mandó tres emisarios latinos a Bohemundo y comunicó todo lo que sucedía. Éstos le dieron alcance en un islote del río llamado Salabria, en compañía de unos pocos celtas y comiendo uvas, mientras se vanagloriaban presuntuosamente con un juego de palabras que hasta hoy se parodia y se cita. Repetía con su pronunciación bárbara del término "Licostomio" (2): "He arrojado a Alejo a la boca del lobo." Pues la arrogancia se caracteriza por desviar la atención de la gente no ya de lo que está a la vista, sino incluso de lo que está a sus pies.

4. Tras oír los informes de Brienio y reconocer la treta y la victoria obtenida por el soberano gracias a su estratagema, como es natural, montó en cólera; pero no quedó abatido, habida cuenta de su temperamento. Destacó, pues, algunos catafractarios celtas de sus tropas, que ascendieron a una colina situada frente a Larisa. Al verlos, el ejército romano empezó a presionar vivamente para que se los atacara; pero el soberano los disuadió de este propósito. A pesar de esta orden, un numeroso grupo formado por toda clase de soldados mezclados de diferentes cuerpos ascendieron a la colina para atacar a los celtas; éstos, a su vez, no tardaron en lanzarse sobre aquéllos y matar hasta quinientos. Después, el emperador, previendo el lugar por donde iba a pasar Bohemundo, envió un destacamento de valientes soldados junto con unos cuantos turcos al mando de Migideno; tan pronto como estuvieron próximos a él, Bohemundo se arrojó contra ellos y tras su victoria los persiguió hasta el río.

VII. Alejo logra que Bohemundo parta hacia Italia.

1. Al amanecer del día siguiente, Bohemundo atravesó el citado río en unión de sus condes y de Brienio; después de

(2) En griego: "boca de lobo".

contemplar un lugar pantanoso en los alrededores de Larisa y tropezarse con una llanura boscosa limitada por dos collnas a la que daba acceso un estrecho paso ("clisura" lo llaman), denominado palacio de Doménico, atravesó este paso y fijó allí su campamento. Al día siguiente, al alba, le dio alcance con todo su ejército el comandante Miguel Ducas, mi tío materno, persona célebre por su inteligencia, que superaba en belleza y en estatura no ya a sus coetáneos, sino incluso a los que nunca existieran (todos los que veían a este hombre quedaban estupefactos) y que era el más hábil e incomparable a la hora de prever el futuro, descubrir lo que es urgente y llevarlo a cabo.

2. El soberano le había ordenado que no entrasen todos por la boca del desfiladero y que situara en el exterior el grueso de sus fuerzas; a continuación debía escoger a algunos turcos y sármatas que fueran expertos arqueros, que podrían penetrar a cierta distancia de la entrada, y darles instrucciones para que no utilizasen más arma que sus flechas. Tras entrar en el desfiladero y mientras cargaban contra los latinos, los que quedaron fuera empezaron a discutir agitadamente unos con otros sobre quién debía entrar por la boca del desfiladero. Pues Bohemundo, al que le sobraban conocimientos de estrategia, había ordenado a sus hombres que formaran una línea compacta de escudos y que se cubrieran con éstos sin moverse. El protostrátor, al ver que sus hombres poco a poco se iban deslizando al interior del desfiladero, optó por entrar también él. Cuando Bohemundo los vio "se alegró como un león que encuentra una gran presa", hubiéramos dicho al modo homérico y "así también al ver él con sus ojos" (3) a éstos y al protostrátor Miguel, arremetió con todas sus tropas en un incontenible ataque; los romanos volvieron enseguida la espalda.

3. Uzas, que llevaba ese nombre muy apropiadamente a causa de sus orígenes (4), célebre por su valentía, que sabía "manejar a derecha e izquierda la seca piel de los bueyes"

(3) Il., III, 23.
(4) Los oũzoi eran una tribu de origen huno.

(5), según Homero, cuando salía de la boca del desfiladero, con una ligera inclinación a la derecha se volvió impetuosamente y acometió al latino que venía de frente: éste cayó enseguida a tierra, donde quedó tendido. Bohemundo, a su vez, los persiguió hasta el río Salabria. Durante su huida, el citado Uzas pudo deshacerse con un lanzazo del portaestandarte de Bohemundo y arrebatarle la enseña de las manos; a continuación la ondeó un poco y la inclinó hacia adelante. Esta inclinación de la enseña desde una previa posición erguida provocó gran confusión entre los latinos y los impulsó a huir por un nuevo camino que los condujo hasta Trioala, ya en poder de algunos de los hombres de Bohemundo que huían hacia Licostomio. Una vez en su interior, se instalaron y desde este sitio partieron posteriormente hacia Castoria.

4. El emperador partió de Larisa y llegó a Tesalónica actuando como suele hacerlo su carácter en semejantes circunstancias; envió seguidamente a los condes que acompañaban a Bohemundo algunos rápidos emisarios que les transmitirían las magníficas promesas del emperador, si reclamaban a Bohemundo las pagas que les debía de acuerdo con lo que les había prometido; en el caso de que no pudiera satisfacer estos pagos, harían bien en convencerlo para que acudiera a la costa e hiciera personalmente la travesía a fin de pedir a Roberto el dinero de sus sueldos; si lograban que Bohemundo actuara de esa manera, todos disfrutarían de grandes honores e innumerables beneficios. Finalmente, cuantos de ellos quisieran servirlo previa remuneración serían acogidos con agrado y se les entregaría una paga acorde a sus deseos, así como aquellos que quisieran regresar a sus hogares, podrían pasar sin problemas por Hungría.

5. Cediendo, así pues, a las propuestas del emperador, los condes reclamaban sin compasión las pagas de los cuatro años transcurridos. Ante la imposibilidad de cubrir estos pagos, Bohemundo dilató su entrega durante un tiempo. Ellos, a su vez, insistían formulando sus justas peticiones;

(5) Il. VII, 238. Se refiere al escudo.

sin saber qué hacer, dejó a Brienio allí mismo para la defensa de Castoria y a Pedro Alifa para la de Polobos y marchó a Aulón. Cuando el emperador se hubo enterado de su partida, retornó victorioso a la emperatriz de las ciudades.

VIII. El asunto de Juan Italo. Precedentes.

1. A su llegada encontró las cuestiones eclesiásticas sumidas en la confusión y por ello no pudo gozar ni de un instante de reposo. Aunque tenía intención de marchar contra Brienio (el celta que ocupaba Castoria, como hemos contado), al hallarse con una iglesia agitada por las opiniones de Italo (6), prestó atención a la defensa del dogma aun en tan críticas circunstancias, respondiendo así a las exigencias de su carácter apostólico. Efectivamente, las doctrinas de Italo habían dado todo su fruto en aquella época conturbando la paz de la iglesia. Dicho Italo (debemos explicar lo que a él afecta desde el principio) era originario de Italia y pasó largo tiempo en Sicilia, una isla próxima a Italia. Cuando los sicilianos se rebelaron contra el imperio de los romanos y se plantearon hacerle la guerra, recurrieron a la alianza con los italianos, entre quienes se encontraba el padre de Italo y su propio hijo, que, a pesar de no tener edad militar, lo acompañaba, brincando a su lado y educándose en las artes de la guerra, como es costumbre entre los italianos. Así tuvo Italo las primeras experiencias de su vida y ese fue el primer fundamento de su educación.

2. Cuando durante el reinado de Constantino Monómaco (7) el famoso Jorge Maniaces (8) ocupó Sicilia y se erigió en su dueño, el padre de Italo a duras penas logró escapar con su hijo de la isla y ambos se encaminaron como fugitivos a Longibardía, que aún estaba en poder de los romanos. Desde allí nuestro personaje, no sé cómo, llegó a

(6) Cfr. BUCKLER, G.- Anna..., p.318, 320; TATAKIS, B.N.- Filosofía bizantina, Buenos Aires, 1952, p. 202-206; OEKONOMOS, L.- La vie religieuse dans l'Empire Byzantin au temps des Comenènes et des Anges, París, 1918, p.18-37.
(7) Constantino IX Monómaco (1042-1055)
(8) Cfr. nota 14, libro I.

Constantinopla, que no sufría carencias en ningún aspecto de la cultura ni de las artes literarias. En efecto, desde el reinado de Basilio Porfirogéneto [9] hasta el de Monómaco, el cultivo de las letras, a pesar de ser descuidado por la gente, no se había perdido del todo y por ello en tiempos del soberano Alejo las letras volvieron a florecer y los literatos se dedicaron de nuevo a cultivarlas; antes de él la mayoría de la gente vivía en la molicie, los hombres se divertían entreteniéndose en las tareas de Artemis y en otros juegos más vergonzosos a causa de esa molicie y relegaban las letras y toda cultura científica a un lugar secundario.

3. Por consiguiente, así eran los hombres que entonces había y con los que se encontró Italo; después de relacionarse con estudiosos rudos y de carácter áspero (por aquel tiempo había personajes de tales características en la capital), de quienes asimiló, sin embargo, la cultura literaria, pasó a ser seguidamente discípulo del célebre Miguel Pselo. Éste sin haber tenido trato alguno con sabios maestros se había encumbrado a la cima de toda las ciencias, con exactos conocimientos incluso de la sabiduría griega y caldea, hasta convertirse en un personaje famoso en aquella época por su saber; todo esto lo consiguió gracias a su hábil natural, a su aguda inteligencia y a que había contado también con la ayuda de Dios en los estudios gracias a las ardientísimas súplicas de su madre que rezaba continuamente ante el venerado icono de la Madre de Dios del templo de Ciro y que oraba con cálidas lágrimas por su hijo. Así pues, aunque Italo fuera su discípulo, por su carácter rudo y bárbaro no pudo acceder a las profundidades de la filosofía, puesto que durante el aprendizaje no soportaba en lo más mínimo a los maestros por culpa de su enorme osadía y su bárbara soberbia; como creía estar por encima de todos, se opuso al propio Pselo desde la primera lección, incluso antes de haber aprendido algo. Y cuando consiguió profundizar en la dialéctica, provocaba altercados a diario en las reuniones públicas con sus composiciones banales y sofísticas, al hacer todas las proposiciones en esa línea y sostenerlas, a su vez, con argumentaciones del mismo estilo.

(9) Basilio II (976-1025)

4. El entonces emperador Miguel Ducas y sus hermanos se volvieron asiduos a este hombre, al que ponían en segundo lugar tras Pselo y al que, sin embargo, protegían y aprovechaban para sus debates literarios. Pues los Ducas, tanto los hermanos del soberano como el mismo emperador Miguel, eran muy amantes de las letras. Italo, por su parte, tenía su encendida y furibunda atención puesta sobre Pselo, si bien éste, como un águila, sobrevolaba por encima de las banalidades de Italo.

5. ¿Qué fue lo que pasó después? Cuando los odios de latinos e italianos se revolvían contra los romanos con la pretensión de dominar toda Longibardía así como Italia, aquel emperador despachó hacia Epidamno a Italo por ser orignario de Italia, tener fama de honesto y ser conocedor del carácter de los italianos. En fin y para abreviar, allí fue sorprendido traicionando nuestros intereses por lo que se envió al hombre encargado de expulsarlo de allí; al enterarse de su llegada, emprendió camino hacia Roma como fugitivo. Luego, a tenor de su forma de ser, se arrepintió y tras suplicar el perdón del emperador, por orden suya volvió a Constantinopla, donde se retiró al monasterio llamado de la Fuente y a la iglesia de los Cuarenta Santos. En suma, cuando Pselo se trasladó de Bizancio tras su tonsura, quedó él como primer maestro de toda filosofía con el cargo de cónsul de los filósofos y se dedicó a explicar las obras de Aristóteles y de Platón.

6. Era muy erudito, al parecer, y hábil como ningún otro en explorar la complejísima doctrina peripatética, especialmente, la dialéctica. Pero respecto a las otras artes literarias no era, ni mucho menos, un entendido; más bien cojeaba en el arte de la gramática y no gustaba del néctar de la retórica; por ello tampoco tenía un lenguaje armonioso ni bellamente trabajado. Además poseía un estilo rudo y completamente falto de adorno. Su discurso no hacía sino fruncir el entrecejo y despedir acritud por todos lados. Sus escritos estaban repletos de irrupciones dialécticas y su lengua

en las disputas estaba repleta de silogismos, y más en las conversaciones que en los escritos. Tan fuerte era en sus argumentaciones y tan irrefutable, que quien le replicaba, automáticamente caía en la impotencia y era reducido al silencio. Pues a cada uno de los dos lados de la pregunta horadaba un agujero y arrojaba al interlocutor en un pozo de dificultades, ya que su experiencia dialéctica conturbaba la mente de éste. Quien se tropezaba una vez con él era incapaz de atravesar sus laberintos.

7. Por otro lado, era el más grosero, su cólera lo dominaba y cualquier virtud que adquiriera gracias a las letras, esa cólera la destruía y borraba. Este hombre discutía con palabras y manos, no permitía que el interlocutor llegara por entero a la *aporía* ni le era suficiente coser la boca al oponente y condenarlo al silencio, sino que su mano pronto caía sobre la barba y los cabellos y enseguida a un insulto le sucedía otro insulto; era incapaz de refrenar sus manos y su lengua. Sólo tenía como característica impropia de un filósofo lo siguiente: tras la paliza cesaba su cólera, lo dominaba el llanto y caía en un evidente arrepentimiento.

8. Por si a alguien le gustase saber de su aspecto, diré que su cabeza era grande; su frente, prominentísima; su rostro, expresivo; su nariz exhalaba el aire con soltura y libertad, la barba era redonda; el pecho ancho y fuertes los miembros; en cuanto a su estatura, era más bajo de lo normal; en su forma de hablar mostraba las trazas de quien había arribado a nuestra tierra procedente del mundo latino durante su juventud, por ello aunque había logrado aprender la lengua griega, carecía de una correcta pronunciación y en ocasiones se expresaba mutilando bastante las sílabas. Ni la torpeza de su articulación, ni su extremada incorrección pasaban inadvertidas a la gente, lo que originaba reproches en las personas más cultas por su forma de expresarse propia de un campesino. Además, sus escritos también abundaban por doquier en tópicos dialécticos y no escapaban de la fealdad de su desorden y, por aquí y por allá, de los solecismos.

IX. Juan Italo es anatematizado.

1. Por consiguiente, aunque éste estuviera al frente de toda filosofía y la juventud acudiera junto a él (porque les revelaba las opiniones de Proclo y Platón, las de los filósofos Porfirio y Yámblico e instruía especialmente, a quienes lo deseaban, en las doctrinas y obras de Aristóteles, como si tuvieran la utilidad de un instrumento, conocimientos todos que daban pie a su vanidad y en los que invertía su tiempo), no fue capaz de ser útil a sus discípulos a causa del obstáculo que suponía su cólera y su carácter inestable.

2. Contempladme a sus alumnos: Juan Salomón, un Yasites, un Serblias y otros, que quizás hicieran grandes esfuerzos por aprender; durante las visitas que la mayor parte de ellos hacían a palacio, llegué a comprobar que la mayoría de ellos no tenían ningún conocimiento científico exacto, que fingían ser dialécticos recurriendo a movimientos desordenados y ciertas desviadas trasposiciones de miembros, que, sin saber nada sano, proponían ideas como la metempsícosis, aunque algo veladamente, y algunos otros horrendos planteamientos próximos a aquéllos.

3. ¿Dónde estaban las personas que poseían la razón, mientras la sagrada pareja se daba al estudio de las divinas escrituras durante toda la noche y todo el día? Me refiero a mis padres y emperadores. Daré una pequeña explicación marginal, porque la ley de la retórica me lo permite. Recuerdo que mi madre y emperatriz, cuando estaba servida la comida, llevaba frecuentemente un libro en sus manos, en el que estudiaba las doctrinas de los santos padres que fijaron el dogma y, en especial, del filósofo y mártir Máximo [10]. Había dirigido su atención no tanto a las cuestiones de la naturaleza, como a los dogmas, en los que deseaba recoger

(10) Máximo el Confesor, nacido a fines del siglo IV en Constantinopla, teólogo y polemista, cfr. [TATAKIS, V.N.- "I elliniki paterikí ke bizantini filosofía"], Defkalíon, 14, Junio 1975, pp. 177-179. Máximo se enfrentó durante su vida a dos herejías fundamentalmente, el monotelismo y el monofisismo. Sus posturas lo llevaron al enfrentamiento con el emperador Constante II (641-668) y murió mártir. En su doctrina destaca la confianza en las posibilidades del ser humano para lograr su propia dicha.

el fruto de la auténtica sabiduría. Muchas veces sentía nacer en mí la admiración por ella y admirada, precisamente, le dije en una ocasión: "¿Cómo has podido apartar la atención de aquí abajo y mirar hacia cosas tan sublimes? Yo tiemblo de pensar sólo en oír con el borde de mis orejas esas doctrinas. Dicen que el carácter extremadamente contemplativo y conceptual de ese autor provoca vértigo a los lectores." Ella, con una sonrisa, dijo: "Sé que esa cobardía es encomiable; tampoco yo me acerco sin temblar a estos libros. Sin embargo, no puedo desprenderme de ellos. Aguarda, pues, un poco y dedícate primero a otros libros para poder disfrutar luego con la dulzura de éstos." Los recuerdos han herido mi corazón y me han arrojado a un cúmulo de nuevas digresiones; pero las exigencias del género histórico me apartan de estos propósitos, por lo tanto, hagamos que retorne nuestra obra al asunto de Italo.

4. Mientras Italo estaba en el punto álgido de su prestigio entre los citados discípulos, se comportaba con todos despectivamente y alentaba a la masa de los insensatos a la rebelión, entre los que contaban no pocos de sus propios alumnos. Podría citar a muchos, si no fuera porque el tiempo me ha borrado los nombres de la memoria. Al menos, esta confusión provenía de la época previa al reinado de mi padre, quien, al encontrarse con que la vida intelectual carecía totalmente de cultura y de formación literaria por haber estado olvidado anteriormente el cultivo de las letras, se apresuró a remover las cenizas por si hubiera oculta aún alguna chispa bajo ellas. Prohibió a todos los estudiosos (unos pocos que se quedaban en el vestíbulo de Aristóteles) que avanzasen en el estudio, a menos que hicieran preceder a la cultura griega su conocimiento de los divinos libros.

5. Como se encontró con que Italo iba provocando tumultos por donde pasaba y que engañaba a mucha gente, encargó al sebastocrátor Isaac, que era un hombre muy amante de las letras y muy instruido, que inspeccionara sus actividades. Éste, cuando comprobó que Italo respondía a lo que se comentaba de él, lo presentó públicamente y refutó sus argumentaciones; luego, según la orden de su hermano y emperador, lo remitió a la iglesia. Como no era capaz de

encubrir su incultura, allí mismo vomitó opiniones ajenas a la iglesia sin cesar de hacer el bufón en medio de los notables de la iglesia y con un comportamiento propio de su carácter bárbaro y maleducado. El patriarca en aquellos momentos era Eustracio Garidas, quien lo recluyó en las dependencias de la gran iglesia con la intención quizás de que cambiase de parecer. Pero, como se decía, poco faltó para que él compartiese sus perversiones antes de que hubiera podido transmitirle las creencias correctas, y para que Italo se ganara por entero a Garidas.

6. ¿Qué fue lo que pasó? El pueblo entero de Constantinopla se movilizó en masa para acudir a la iglesia en busca de Italo. Pronto hubiera sido arrojado de lo alto de las tribunas al centro de la iglesia, de no haber subido a escondidas al techo de ese divino templo y haberse ocultado en un agujero. Pero, como sus malas doctrinas las difundían secretamente muchos de los que frecuentaban el palacio, como no pocos notables habían sido corrompidos por esas doctrinas perniciosas y como el alma del emperador se desgarraba enormemente por culpa de esta situación, mandó resumir en once principios las opiniones incorrectas de Italo que le fueron enviadas al emperador; a continuación el soberano ordenó a Italo que renunciara a estos principios en el ambón de la gran iglesia, con la cabeza descubierta y repitiendo el anatema, mientras el pueblo en pleno escuchaba.

7. Como, a pesar de este anatema, Italo era ingobernable y abiertamente volvía a manifestar ante la gente semejantes conceptos y como se descolgaba con réplicas impertinentes y bárbaras ante las exhortaciones del emperador, acabó por ser anatematizada también su persona, si bien, posteriormente, en razón de su arrepentimiento este anatema se aligeró un tanto. Sus doctrinas a partir de ese momento están bajo el anatema; sin embargo su nombre está bajo el anatema de la iglesia de un modo indirecto, oculto y no conocido por la gente. En efecto, él cambió en tiempos posteriores de opinión y se arrepintió de las creencias que en una ocasión lo habían descarriado. Asimismo, renunció a la metempsícosis, al ultraje de los venerables iconos de los santos y se afanó por realizar una interpretación ortodoxa

de la teoría de las ideas; en suma, era evidente que él se condenaba a sí mismo por aquello que había provocado su desviación del camino recto.

LIBRO VI

FINAL DE LA GUERRA CON LOS NORMANDOS. DIVERSOS ASUNTOS INTERNOS. TURCOS Y ESCITAS (1083-1086).

I. Recuperación de Castoria.

1. Como dijimos anteriormente, Brienio era dueño de Castoria; el soberano en su afán por expulsarlo y recuperar Castoria, mandó llamar de nuevo al ejército y, tras suministrarles a todos los hombres armas para el asedio y el combate en campo abierto, se puso en camino hacia la plaza fuerte. Esta ciudad presenta la siguiente situación: en un lago, llamado precisamente Castoria, se adentra un promontorio desde tierra cuyo extremo se ensancha hasta terminar en un acantilado rocoso; en ese promontorio hay una edificación constituida por torres y murallas a modo de plaza fuerte, lo que le confiere la denominación de Castoria (1). Una vez allí, el emperador juzgó necesario intentar apoderarse primero de las torres y murallas mediante helépolis. Pero como este plan de combate no era factible a menos de que los soldados se aproximasen a los muros desde algo parecido a una base de operaciones, antes de nada mandó fijar una empalizada y luego preparó torres de madera, afianzó las junturas con cadenas y se puso a combatir contra los celtas desde éstas, como si de una fortaleza se tratase.

2. Después de emplazar helépolis y catapultas por el exterior de las murallas, luchó durante toda la noche y todo el día hasta hacer algunas brechas en el recinto de la muralla; pero los defensores resistían con bastante coraje y no capitulaban ni siquiera a pesar de tener la muralla derrum-

(1) Etimología un tanto dudosa. Ana Comneno piensa que Castoria está relacionado con el término de kástron "plaza fuerte, ciudad fortificada".

bada. Ante las dificultades que se le presentaban para lograr su propósito, Alejo concibió un plan tan audaz como inteligente mediante el cual podría conducirse el asalto simultáneamente desde ambas partes, la tierra y el lago; seguidamente, embarcó en lanchas a algunos de sus valientes guerreros y cuando no pudo disponer de más lanchas, cargó en carros algunos botes y los introdujo en el lago por un embarcadero. El emperador se había dado cuenta de que los latinos subían con mayor rapidez por el lado del promontorio, mientras que los que descendían por el otro lado necesitaban más tiempo para su descenso; ordenó, entonces, a Jorge Paleólogo que, una vez embarcado al frente de un grupo de vigorosos guerreros, abordara la base del promontorio y que, cuando viera la señal convenida, ascendiera a su cima por el lado posterior, accediendo a ella a través del camino más solitario y transitable; asimismo le ordenó que también él se diera prisa por entrar en combate contra los latinos, tan pronto como viera al soberano iniciando el asalto por el lado de tierra, para que el enemigo, por la imposibilidad de luchar con igual vigor en ambos frentes, rebajase la intensidad de su resistencia en uno de los lados, que sería el que aprovecharían para derrotarlos.

3. Jorge Paleólogo atracó en la base del citado promontorio y aguardó armado en aquel sitio. Situó en lo alto un vigía para otear la aparición de la señal convenida por el emperador; asimismo le ordenó que nada más viera, se lo hiciera saber. Cuando alboreaba el día, los hombres del soberano lanzaron el grito de guerra y se apresuraron a trabar combate contra los latinos por el lado de tierra. Al percatarse de la señal, el vigía se lo comunicó a Paleólogo mediante otra señal. Éste pronto alcanzó junto con sus hombres la cumbre del promontorio, donde se situó en formación cerrada.

4. Brienio no se rendía aunque viera que estaba siendo asediado al otro lado de sus murallas y que Paleólogo rugía amenazadoramente contra los defensores; por el contrario, animaba a los condes para que ofreciesen mayor resistencia. Pero ellos, dirigiéndose a él sin ningún reparo, le dijeron: "Estás viendo cómo a una desgracia le sucede otra

desgracia; así pues, es lícito que cada uno de nosotros se preocupe a partir de ahora de su propia salvación y, en consecuencia, también es lícito que unos nos pasemos al emperador y que otros regresemos a nuestra patria." Poniendo enseguida manos a la obra, solicitaron al emperador que colocara uno de sus estandartes junto al templo del gran mártir Jorge (esta iglesia había sido construida hacía tiempo y dedicada al mártir) y otro en dirección a Aulón, para que "todos aquellos de nosotros que quieran regresar a su tierra, se dirijan hacia el que mira a Aulón." Tras decir esas palabras, se encaminaron enseguida hacia donde estaba el emperador. En cuanto a Brienio, que era un guerrero valeroso, se negaba rotundamente a cambiar de bando, pero juró no alzar nunca sus armas contra el soberano, sólo con que le cediera una escolta que debería preservarlo del peligro hasta llegar a las fronteras del imperio de los romanos y tener así paso franco hacia su país. El soberano satisfizo con suma celeridad su petición y regresó a Bizancio dueño de una victoria muy ilustre.

II. El emperador soluciona la rebelión de los maniqueos.

1. Interrumpo aquí el desarrollo de mi obra para contar cómo derrotó también a los paulicianos (2). El no haber sometido a estos rebeldes antes de su regreso al palacio imperial era una lacra que se le hacía insoportable. Y así, como si una victoria fuera el anuncio de la otra, consiguió que la turba de los maniqueos cerrase el ciclo de sus hazañas. En efecto, la existencia de estos descendientes de los paulicianos era como una mancha en medio de su brillante triunfo en las guerras de occidente. Pero su deseo no era conseguir el sometimiento mediante un combate o una batalla para evitar así que mucha gente de los dos bandos pereciera en el enfrentamiento, ya que sabía desde hacía tiempo que éstos eran hombres muy decididos y que estaban repletos de odio hacia sus enemigos. Por todos estos motivos prefirió casti-

(2) BUCKLER, G.- Anna..., p.333-335; Ducange-Dufresne, col. 447, n.72.

gar a los cabecillas y sumar los restantes al contingente de sus tropas.

2. Logró, pues, ganárselos mediante el siguiente procedimiento. Habida cuenta de su arrojo y su incontenible ímpetu en combates y batallas, temía que se desesperaran e intentasen reaccionar violentamente. Por ahora vivían tranquilos en sus territorios y aún no se habían dedicado a nuevos pillajes e incursiones; así pues, los mandó buscar mediante cartas que anunciaban abundantes beneficios si se presentaban en Bizancio. Ellos, por su parte, tenían conocimiento de su victoria sobre los celtas y por ello temían que las cartas pretendieran sólo embaucarlos con hermosas promesas; sin embargo, aunque de mala gana, se encaminaron hacia el emperador.

3. El soberano se presentó en Mosinópolis y aguardó en los alrededores fingiendo que permanecía en este sitio por otras causas, cuando de hecho sólo esperaba su llegada. Una vez que hubieron llegado, hizo como si quisiera verlos uno por uno para inscribir sus nombres. Se sentó, entonces, con temible aspecto y mandó avanzar a los jefes de los maniqueos, no juntos, sino en grupos de diez, mientras prometía para el día siguiente la revista general y la entrada en la ciudad una vez que estuvieran inscritos. Tras esto, los encargados de apresarlos, que ya estaban listos, se apoderaron de sus caballos y armas y los encerraron en unas prisiones determinadas. Los grupos que iban apareciendo seguidamente, como tenían un desconocimiento absoluto de lo que estaba sucediendo, entraban ignorando lo que le ocurría a cada uno de sus integrantes.

4. Así fue como los encarceló; tras confiscar sus bienes, los distribuyó entre aquellos bravos soldados que habían compartido sus fatigas durante batallas y peligros. A continuación, la persona que había sido encargada de ejecutar las anteriores órdenes, marchó para arrojar de sus casas a las mujeres de aquéllos y recluirlas en la acrópolis. El soberano, sin embargo, pronto juzgó a los maniqueos cautivos merecedores de su misericordia; así, ninguno de los que decidieron recibir el santo bautismo fue privado de él. En

cuanto a los responsables de semejante locura, tras atentos y diversos exámenes logró identificarlos y los deportó a islas en las que fueron confinados; a los demás los liberó y les dio permiso para que fueran a donde quisieran. Ellos prefirieron la tierra que los vio nacer a otras y pronto volvieron corriendo a ella para rehacer sus vidas lo mejor posible.

III. Alejo comparece ante un tribunal eclesiástico para responder de la confiscación de los bienes de la Iglesia.

1. Tras estos acontecimientos Alejo regresó a la ciudad imperial. No ignoraba las murmuraciones que allí se extendían por calles y esquinas y que herían su corazón al oírlas, ya que, aunque no hubiera realizado ninguna fechoría tan grande, eran múltiples las bocas calumniosas que se abrían en su entorno. En efecto, no fue sino por la acuciante necesidad y la general turbación ante la penuria del tesoro imperial, por lo que había dirigido su atención a aquellos recursos, de los que se apropió en calidad de préstamo, no como un despojo o como producto insidioso de una mano tiránica, tal como dirían sus calumniadores. Antes bien, tenía la intención de devolver a las iglesias los objetos preciosos que les habían sido arrebatados, una vez hubiera encauzado en forma apropiada las guerras pendientes.

2. No podía soportar que, ya de regreso en la ciudad imperial, los que querían difundir calumnias contra él tuvieran algún fundamento para hacerlo. Por ello convocó una gran asamblea en el palacio de Blaquernas con idea de presentarse primero como acusado para defender luego su actuación. Pronto estuvo presente todo el senado, el ejército y los miembros más notables de la jerarquía eclesiástica, quienes esperaban conocer el objeto de esta reunión plenaria. El motivo no era sino la instrucción del proceso sobre las acusaciones que se le hacían en los rumores. También estaban presentes los ecónomos de los sagrados conventos y se expusieron públicamente los libros (normalmente llamados *brevia*), en los que se hace constar el patrimonio de cada templo. El que en apariencia era juez, el emperador, estaba sentado en el trono imperial; pero en realidad él estaba co-

2. Coincidiendo con el nombramiento de doméstico a cargo de Nicéforo Botaniates, el soberano había aceptado a un maniqueo, Traulo, lo había incluido en el servicio de la familia y, tras dignarlo con el santo bautismo, lo había casado con una de las servidoras de la emperatriz. Cuando éste vio que las cuatro hermanas que tenía eran conducidas a prisión junto con los demás maniqueos y eran despojadas de todas sus propiedades, montó en cólera, ya que no podía tolerar este ultraje y reflexionó sobre la manera de librarse del servicio al soberano. Su cónyuge, a cuyo conocimiento llegó el plan, cuando vió que estaba a punto de huir, reveló sus intenciones al que vigilaba a los maniqueos.

3. Traulo se enteró de la actuación de su esposa y entonces hizo venir al atardecer a todos los que habían sido informados anteriormente de su plan secreto. Todos los que estaban unidos a él por algún parentesco acudieron a su lado y se marcharon juntos a Beliatoba, un villorrio que se halla en la elevación que domina el valle de Beliatoba. Como lo encontraron deshabitado, lo consideraron propiedad suya y construyeron viviendas; posteriormente, en sus diarias incursiones desde su cuartel general llegarían a alcanzar hasta nuestra Filipópolis, de donde regresaron tras adueñarse de abundante botín.

4. Pero Traulo, no satisfecho con ello, firmó también tratados con los escitas que moraban en el Paristrio y se atrajo a los jefes de Glabinitza, Dristra y de las zonas vecinas, mientras se comprometía con la hija de uno de los caudillos escitas por su profundo anhelo de perjudicar al soberano con la hostilidad de los escitas. El emperador, que era informado de esos movimientos día a día, se esforzaba por someterlo mediante cartas y promesas, adelantándose a los acontecimientos y para evitar los daños que pudiera causar. También le remitió un crisóbulo garantizándole la inmunidad y la libertad plena. Pero el cangrejo no aprendía a andar hacia adelante y él seguía siendo el mismo de ayer y de antes de ayer; así pues, persistió en sus intentos por atraerse a los escitas, de cuyos territorios hacía venir más gente, y en su labor de pillaje por todas las regiones colindantes.

V. Gracias al apoyo de los venecianos Roberto sufre varios reveses. Concesiones del emperador a Venecia en agradecimiento a sus servicios.

1. Posteriormente, el emperador, que se había tomado la cuestión de los maniqueos como algo secundario dentro de sus objetivos, logró reducirlos a la obediencia. Bohemundo, por su parte, aún permanecía en Aulón; por tanto, retornemos nuevamente a él. Cuando se hubo enterado del final que tuvieron las actividades de Brienio y de los demás condes, de los que unos prefirieron pasar al servicio del soberano, mientras otros estaban dispersos por doquier, inició el viaje y pasó a Longibardía; y, encontró a su padre Roberto en Salerno, como hemos expuesto anteriormente, a quien excitaba continuamente con sus palabras en contra del emperador. Roberto, al ver que él llevaba en su rostro aquella terrible noticia y que las muchas esperanzas que tenía depositadas en él se habían vuelto del revés, igual que una concha manejada por el oleaje, se quedó inmóvil durante un rato, como hendido por un rayo. Cuando se hubo informado de todo y hubo conocido el final que habían tenido sus esperanzas, se vio dominado por el desaliento. Pero ni aun así cayó en reflexiones cobardes, ni indignas de su valor y su audacia; antes bien, se daba ánimos para volver a batallar y la cabeza se le llenaba nuevamente de planes y proyectos mayores que los de antes. Pues este hombre era un poderoso defensor de sus decisiones y propósitos personales y no deseaba en absoluto abandonar las resoluciones que había tomado una vez; en suma, era un personaje indómito que confiaba en apoderarse de todo al primer ataque.

2. Tan pronto como hubo puesto en orden los sentimientos de su corazón y se hubo recuperado de su gran desaliento, envió emisarios en todas direcciones con el anuncio de una nueva travesía hacia el Ilírico en contra del emperador y con una convocatoria dirigida a todo el mundo. Pronto estuvo reunida una masa de soldados de caballería e infantería procedentes de todos los puntos, brillantemente armados y con sus anhelos puestos en las batallas. De la muchedumbre hubiera dicho Homero: "van como enjambres de abejas,"

mo sujeto de la investigación. Se investigaban, en efecto, los bienes donados antiguamente por gran cantidad de gente a los sagrados lugares y arrebatados posteriormente por ésta o por el propio soberano.

3. Cuando quedó demostrado que no se había producido más expolio que los adornos de oro y plata que recubrían el ataúd de la famosa emperatriz Zoe [3] y unos pocos objetos más no muy útiles para la sagrada liturgia, se presentó públicamente a sí mismo como acusado y prometió designar juez de su causa a cualquiera que lo desease. Tras una breve pausa, añadió en otro tono: "Sabéis cuántos peligros me acecharon, hasta casi el punto de caer víctima de una espada bárbara, cuando, por hallar el imperio acosado por bárbaros de toda especie, me enfrenté con ellos sin capacidad apenas para hacerlo contra los enemigos que nos presionaban. En efecto, los pueblos que nos asaeteaban con sus flechas se multiplicaban tanto en oriente como en occidente. Estáis al tanto de las incursiones de los persas y los ataques de los escitas, tenéis presente las agudas lanzas de Longibardía. Las riquezas se habían perdido igual que las armas y el ámbito de nuestro poderío se centraba en torno al punto indivisible que era Constantinopla. Pero, por otra parte, también sois conscientes de cómo el ejército incrementó sus efectivos gracias al reclutamiento general, cómo fue reconstruido y adiestrado; y bien sabéis que todas estas actividades requieren mucho dinero y que los bienes confiscados lo han sido por una ineludible necesidad, como dijo el célebre Pericles [4], y se han gastado por nuestro honor.

4. Nada de asombroso tiene que quienes nos censuran crean que somos una especie de infractores de los cánones. No obstante, oímos decir que incluso David, el rey profeta, cuando se vio reducido a una necesidad parecida a la nuestra, comió los panes sagrados junto con sus tropas, aunque al profano le estuviese prohibido alimentarse con la comida

(3) Zoe reinó junto a Teodora en el año 1042, precediendo a Constantino IX Monómaco. Cfr. Ducange-Dufresne. col. 452. n.76.
(4) Tucídides. II.13; Plutarco. Pericles. 23.

reservada a los sacerdotes [5]. Además, debemos aceptar que los sagrados cánones permiten, entre otras cosas, vender los bienes sagrados para la liberación de los prisioneros. En fin, no creo que estemos dando pie a ninguno de nuestros críticos para una acusación razonable si, cuando toda la tierra estaba en cautiverio y cuando todas las ciudades, incluida la propia Constantinopla, corrían el riesgo de convertirse en prisioneras, a causa de tan enormes coacciones echamos mano a unos pocos bienes, que ni mucho menos tenían categoría de sagrados, y los empleamos para la libertad de todas éstas." 5. Al término de estas palabras, cambió de lenguaje para presentarse a sí mismo como acusado y condenarse. Luego ordenó a sus portadores que abrieran los *brevia* para que se hicieran públicos los bienes confiscados. Enseguida fijó para la tesorería de la iglesia del Antifonetes (allí se encontraba el ataúd de la mencionada emperatriz) una importante cantidad de oro que era satisfecha anualmente por los intendentes públicos, pago que hasta hoy ha permanecido inalterable; y ordenó que se ingresara anualmente a la iglesia de la Calcopracia una gran cantidad de oro procedente del tesoro imperial y con destino a quienes habitualmente dirigen los himnos en el santo tempio de la Madre de Dios.

IV. Desmantelamiento de una conjura. Rebelión del maniqueo Traulo.

1. Entre tanto, se descubrió la existencia de una conjura contra el soberano urdida por los notables del senado y los generales del ejército; ésta fue notificada al soberano. Los acusadores comparecieron y denunciaron a los integrantes de esa conjura. Cuando la conspiración salió a la luz e iba a recaer sobre los responsables el grave castigo que señala la ley, el soberano no se mostró dispuesto a infligírselo y decretó sólo la confiscación de sus bienes y su reclusión y dejó ahí el castigo de la conspiración. Pero retornemos al punto en el que nos desviamos.

(5) I Reyes, XXI. 1-7; Mateo, XII. 4; Marcos, II. 25-26; Lucas, VI. 3-4.

[3] Acudían tanto desde las ciudades vecinas, como de países extranjeros. Así se armaba con todo su poder para rehacerse de la derrota de su hijo. Cuando tuvo reclutadas gran cantidad de tropas, mandó llamar a sus hijos, Roger y el llamado Guido (a quien el emperador Alejo, con el deseo de apartarlo de su padre, le había ofrecido mediante emisarios secretos un matrimonio y le había prometido también una distinguida dignidad y una generosa cantidad de dinero; él, tras oír esas propuestas, las había aceptado, si bien por ahora mantenía ocultas sus intenciones) y, encomendándoles toda la caballería, los envió con la orden de que se apresuraran a tomar Aulón: ellos, tras hacer la travesía, se adueñaron de ella al primer asalto. Después de dejar allí unos pocos hombres de guarnición, llegaron con los restantes a Botrento, que conquistaron también al primer ataque.

3. Roberto se hizo cargo de toda la flota y, siguiendo la línea de la costa opuesta a la de Botrento, llegó a Brindisi, desde donde zarparía en dirección al Ilírico. Como sabía que el estrecho se hacía más corto saliendo desde Hidrunte, inició la travesía desde allí rumbo a Aulón. De ese modo, tras navegar con toda su escuadra al lado de la costa que se extiende entre Aulón y Botrento, se reunió con sus hijos. A continuación, dejó a sus hijos en Botrento y él se dirigió personalmente con toda la flota a Corifó, que antes había estado bajo su control, pero que ahora se acababa de rebelar.

4. El hecho de que Roberto realizara esos movimientos no abatió el espíritu del soberano cuando se enteró de ellos, antes bien, animó a los venecianos mediante cartas para que, tras armar una importante flota, prepararan nuevamente el inicio de las hostilidades con Roberto; en cuanto a los múltiples gastos, el emperador prometía correr con ellos. Él, por su parte, después de embarcar guerreros expertos en el combate naval, aparejó birremes, trirremes y todo tipo de barcos piratas y los envió contra Roberto.

(6) Il., II. 87.

5. Roberto se percató de la ofensiva que emprendía la escuadra en contra de él y, anticipándose a la batalla de acuerdo con su carácter, soltó amarras y con toda su flota arribó al puerto de Casope. Los venecianos, a su vez, llegaron al puerto de Pasaron y aguardaron allí un cierto tiempo; cuando se enteraron de la llegada de Roberto, marcharon rápidamente también ellos al puerto de Casope. Tras un violento combate y un enfrentamiento al abordaje, Roberto fue derrotado. No por ello se rindió después de esta derrota, habida cuenta de su temperamento belicoso y dispuesto para el combate, sino que de nuevo se preparaba para luchar en otra batalla y enfrentarse en un combate más trascendente. Al conocer esto, los comandantes de ambas flotas, animados por la victoria, lo atacaron tres días después y lograron una brillante victoria sobre él; luego, regresaron de nuevo al puerto de Pasaron.

6. Ya fuera porque, como suele ocurrir en semejantes circunstancias, se encontraban animados por las precedentes victorias, ya fuera porque suponían que los derrotados habían perdido toda esperanza, retornaron convencidos de que su labor había terminado y mostrando gran menosprecio hacia Roberto. A continuación, mandaron mensajeros a Venecia en naves rápidas para referir lo ocurrido, así como la derrota valientemente infligida a Roberto. A su vez, Roberto, que se había enterado de este estado de cosas gracias a un veneciano llamado Pedro Contarini, que acababa de pasarse a su bando, sufrió un gran desaliento ya que se hacía intolerable aquel resultado; sin embargo, se rehizo gracias a los nuevos y más esperanzadores proyectos que concibió y se lanzó contra los venecianos. Los venecianos, asustados por su inesperada venida, inmediatamente amarraron con cabos unas a otras sus naves más grandes en las proximidades del puerto de Corifó y, disponiéndolas como el llamado puerto en el mar, empujaron sus navíos más pequeños al interior del recinto así formado y aguardaban todos con sus armas la llegada de Roberto.

7. Cuando estuvo a su altura, se enzarzó con ellos en una batalla. El combate transcurría más sangrienta y violentamente que los anteriores, ya que se luchaba con más

arrojo que en otras ocasiones. Así pues, se libró una dura batalla en la que no sólo ninguna de las partes volvía la espalda, sino que se enfrascaban en un intenso enfrentamiento al abordaje; por su parte, los venecianos tenían ya agotados sus recursos sin tener ninguna otra cosa más que soldados en unas naves que por su poco peso flotaban en la superficie a merced de las aguas, ya que el agua no las cubría ni tan siquiera por la segunda línea de flotación, y al correr en masa hacia la banda contraria para hacer frente al enemigo, terminaron ahogados en número aproximado de trece mil. Las demás naves fueron capturadas con sus tripulantes.

8. Tras aquella brillante victoria, Roberto tuvo un comportamiento cruel y salvaje con muchos de los prisioneros: a unos los cegó, a otros les cortó la nariz, a algunos más les cortó manos, pies o ambos a la vez. En cuanto a los restantes, mediante unos emisarios que envió a sus compatriotas les hizo saber que los interesados en rescatar a los suyos acudieran sin temor a lo que pudiera costarles. Al tiempo, les solicitó la paz; ellos, a su vez, le respondieron: "Entérate, duque Roberto, de que, aunque viéramos degollados a nuestras propias mujeres e hijos, no revocaríamos el tratado que tenemos con el soberano Alejo, ni menos aún, dejaríamos de apoyarlo y luchar con todas nuestras fuerzas a su lado."

9. Transcurrido un tiempo, los venecianos aparejaron dromones, trirremes y algunas otras naves pequeñas y veloces y se encaminaron con mayores fuerzas contra Roberto. Le dieron alcance cuando tenía instalado su cuartel general en Botrento y se enzarzaron en un combate con él del que salieron indiscutiblemente victoriosos y en el que mataron a muchos enemigos y ahogaron a muchos más; incluso poco faltó para que capturasen a su legítimo hijo Guido y a su esposa. Después de haber obtenido una brillante victoria sobre él, se la comunicaron al emperador.

10. Él les correspondió con abundantes presentes y honores: honró al dux de Venecia con la dignidad de protosebasto junto con sus rentas, honró también al patriarca con la dignidad de hipértimo en unión de sus correspondientes

rentas. Igualmente, ordenó que anualmente fuera distribuida entre todas las iglesias de Venecia una importante cantidad de oro procedente del tesoro imperial. Hizo tributarios a todos los naturales de Melfi que poseyeran negocios en Constantinopla, de la iglesia del apóstol evangelista San Marcos y cedió la explotación de los negocios que se extendían desde el antiguo muelle de los hebreos hasta el llamado de Bigla, incluidos los muelles existentes dentro de estos límites; les regaló asimismo muchos inmuebles en la ciudad imperial, en Dirraquio y en donde se les antojase pedirlos. Y, lo que es más importante, les concedió la libertad de comercio dentro de las fronteras del imperio de los romanos, para que comerciasen libremente a voluntad, sin tener que aportar ni un óbolo en virtud de tasas comerciales o de cualquier clase de impuesto exigido para los fondos públicos, así como la dispensa de subordinarse a ninguna autoridad romana.

VI. Muerte de Roberto y recuperación de Dirraquio.

1. Roberto, por su parte (recojamos, pues, el hilo de la narración en el lugar donde lo dejamos y continuemos nuestra obra), no se quedó quieto tampoco después de esta derrota. Tras enviar por delante una de sus naves al mando de su hijo contra Cefalenia con la misión de apoderarse de su capital y emplear las naves que le quedaban y todas sus tropas en un ataque contra Bonditza, él embarcó en una monere armada y arribó a Cefalenia. Antes de unirse a las restantes fuerzas y a su hijo y durante su permanencia en Ater (un cabo de Cefalenia), unas intensas fiebres hicieron presa en él. En una ocasión, ante el insoportable ardor de la fiebre, pidió agua fresca. Sus hombres se dispersaron en todas direcciones en busca del agua; entonces, uno de los lugareños les dijo: "¿Veis la isla de Itaca? En ella hay una gran ciudad llamada Jerusalén, aunque con el tiempo ha ido quedando en ruinas; en ella existe una fuente de la que mana siempre agua potable y fresca."

2. Cuando Roberto se enteró de la indicación que les había dado el lugareño, cayó presa de un hondo temor, ya

que reconoció en el nombre de Ater unido al de la ciudad de Jerusalén su muerte inminente. En efecto, hacía tiempo algunos adivinos lo habían adulado, como suelen hacerlo con los príncipes, con la siguiente profecía: "Hasta Ater lo someterás todo; pero cuando salgas de allí rumbo a Jerusalén serás tú el que se someta a la muerte." Si fue la fiebre la enfermedad que mató a Roberto o si fue una pleuresía, no sabría decirlo con exactitud; el caso es que en seis días murió (7).

3. Galta, su mujer, llegó al lado de Roberto y de su hijo, que lloraba por su padre, cuando exhalaba el último suspiro. Se le comunicó, entonces, su muerte a aquél de sus hijos que había designado en vida como su heredero. Éste, al enterarse de la noticia, quedó transido por un inmenso dolor. Cuando estuvo repuesto gracias a esperanzadoras reflexiones y hubo recuperado la claridad de ideas, hizo llamar a todo el mundo, les anunció lo sucedido en medio de grandes lágrimas provocadas por la muerte de su padre y tomó juramento a todos en su favor. Una vez que los tuvo reunidos, inició la travesía rumbo a Apulia. Aunque estuvieran en verano, durante el viaje vino a caer en medio de una fortísima tormenta, de modo que se hundieron algunos barcos y algunos otros quedaron inutilizados al embarrancar en la arena. La nave que transportaba el cadáver quedó medio destrozada y el féretro que lo contenía fue recuperado a duras penas por quienes lo acompañaban; finalmente, fue puesto a salvo en Benusio. Y en el antiguo monasterio de la Santísima Trinidad, donde habían sido enterrados antes sus hermanos, recibió sepultura. Roberto murió tras veinticinco años de gobierno ducal y a los setenta de edad.

4. Cuando el emperador se enteró de la súbita muerte de Roberto, respiró al verse libre de semejante peso; pronto puso toda su atención en los que aún ocupaban Dirraquio. Sus planes consistían en intentar sumirlos en la discordia mediante cartas y otros diversos medios, tras lo que esperaba tomar muy fácilmente la ciudad de Dirraquio. También preparaba una trama para que los venecianos que habitaban

(7) 17 de julio de 1085.

en Constantinopla aconsejaran a través de cartas a los amalfitanos, venecianos y cuantos emigrados hubiese en Epidamno, que secundaran sus deseos y le entregaran Dirraquio. Entre tanto, recurriendo a promesas y obsequios tampoco cejaba el emperador en su idea de que le entregasen la ciudad de Dirraquio. Así pues, una vez convencidos (así es el carácter de todos los latinos, codicioso y acostumbrado a vender por un óbolo hasta lo más querido) y con la esperanza de grandes beneficios, urdieron una conjuración y mataron al que primero los había persuadido de que entregasen la plaza a Roberto junto con sus partidarios; los demás, por su parte, se pasaron al emperador y le entregaron la plaza, gracias a lo cual sacaron el beneficio de de una completa libertad.

VII. Digresión sobre las profecías y las adivinaciones en tiempos de Alejo.

1. Un matemático llamado Seth, que se vanagloriaba grandemente de su saber astrológico, había predicho la muerte de Roberto tras su paso al Ilírico mediante un oráculo que, después de escribirlo en una nota y sellarla, había entregado a algunos de los más allegados al emperador, con la indicación de que lo guardasen hasta que tuviese lugar cierto acontecimiento. Posteriormente y a raíz de la muerte de Roberto, abrieron la nota por orden suya. El oráculo rezaba así: "Un importante enemigo de occidente, que ha provocado una enorme turbación, caerá de modo súbito." Todos, pues, quedaron asombrados de la perfección que este hombre había logrado con su saber sobre esa ciencia.

2. Vamos a desviarnos brevemente y a apartarnos un poco del hilo de la historia para exponer el estado en que se encuentra el asunto de la adivinación. Se trata de un hallazgo bastante reciente, ya que en la antigüedad no se conocía esta ciencia. Ni en época de Eudoxo, el más sabio astrónomo, constaba la existencia de método alguno de adivinación, ni Platón poseía estos conocimientos y ni siquiera Manetón, el astrólogo, dejó nada especificado sobre esta disciplina. Antes bien, ellos carecían de horóscopos destinados a pre-

dicciones. del conocimiento para fijar los puntos cardinales y para observar la posición de los astros, así como de cuantos aspectos legó a sus seguidores el que descubrió esta disciplina y que son comprensibles a quienes se dedican a semejantes banalidades.

3. En cierto modo, también nosotros nos dedicamos en otro tiempo a esa ciencia. no para ponerla en práctica (quiera Dios que nunca suceda). sino para conocer la índole de sus cultivadores y la banalidad de sus fundamentos. Mis intenciones al escribir esto no es vanagloriarme de mi sabiduría, sino demostrar que en tiempos de este soberano, muchas de las ciencias habían recuperado su importancia gracias al respeto con que honraba tanto a los filósofos como a la propia filosofía; a pesar de ello. se confesaba molesto por esta disciplina de la astrología, según creo, porque persuadía a la mayoría de las personas simples a abandonar las esperanzas en el más allá y a entusiasmarse con los astros. Esta fue la causa de que el soberano mantuviera un enfrentamiento con el estudio de la astrología.

4. Por ello. en efecto. no faltaban astrólogos, antes al contrario en aquella época descollaba el citado Seth, ese célebre egipcio de Alejandría que mostraba con generosidad los misterios de la astrología. Él hacía predicciones muy exactas a instancias de la gente, y en algunos casos sin usar siquiera el astrolabio, sino por el método de lanzar los dados. Esto, sin embargo, no tenía nada de mágico; antes bien era una técnica lógica del alejandrino [8]. Al comprobar el soberano que la juventud acudía a él y que consideraba al hombre un profeta, también él recurrió a sus servicios y en cuantas ocasiones lo hizo el alejandrino acertó sobre el objeto de la consulta. Ante el temor, no obstante, de que perjudicara a mucha gente y todo el mundo se interesase en algo tan vano como la astrología, limitó el ámbito de residencia de Seth a la localidad de Redesto, tras haberlo expulsado de la ciudad, y tuvo tanta atención con él que incluso le suministró con generosidad los medios de vida a expensas del tesoro imperial.

(8) Cfr. LASCARIS, C.- "Observación sobre el texto de la Alexiada". Emérita. 19. 1951-1952. p. 229-231. Admitimos la propuesta del articulista frente a las correcciones de Leib y de Dölger.

5. Igualmente, el gran dialéctico Eleuterio. también él egipcio, se ocupaba con empeño en el cultivo de esta ciencia y se elevó con ella a la categoría más prestigiosa sin que nadie pudiera lograr que cediera este primer puesto. Posteriormente, el llamado Catanances, que había venido de Atenas a la capital, metido en rivalidades para conseguir el prestigioso puesto de sus predecesores, predijo a preguntas de algunos la fecha de la muerte del soberano según su saber y se equivocó. El que sí murió en esa fecha tras cuatro días de fiebre fue el león que había en palacio y gracias a este suceso la gente creyó que la predicción de Catanances se había cumplido. Al cabo de mucho tiempo, de nuevo predijo la muerte del soberano y volvió a fallar: pero sí murió su madre, la emperatriz Ana, en el día que Catanances había pronosticado. El emperador, como se había equivocado en cuantas ocasiones había hecho profecías sobre su persona, no quiso exiliarlo de la ciudad, porque se había convencido a sí mismo de su error y, al tiempo, también porque no quería dar la sensación de que lo había expulsado de allí por algún tipo de resentimiento.

6. Retornemos. pues, nosotros al lugar de donde nos desviamos, no sea que demos la apariencia de ser unos charlatanes que empañamos la importancia de la historia con los nombres de personas procedentes de la astrología. Roberto, según la opinión general y las afirmaciones de algunos, había sido un extraordinario caudillo, inteligente, de hermoso aspecto, ocurrente con las palabras. agudo en su conversación, de voz potente y afable: físicamente, era de alta estatura. con una melena siempre moderada en la cabeza. barbudo, atento siempre para respetar los hábitos de su familia; era, en suma, una persona que conservó la lozanía de su rostro y de todo su cuerpo hasta el final y que estaba satisfecho de ello, lo que dio pie a un aspecto que se consideraba digno de ejercer el mando; del mismo modo juzgaba merecedores de su respeto a todos sus hombres y mucho más a sus más íntimos partidarios. Pero también era muy avaro, ambicioso, codicioso. cicatero y muy ansioso de obtener la

gloria, por lo que, al ser derrotado, provocó también numerosos reproches en todo el mundo.

7. Algunos reconvenían al soberano porque se había asustado y había emprendido demasiado pronto la guerra contra él. Si no hubiera ido en su busca antes de tiempo, como decían, fácilmente hubiera sido vencido por las presiones que venían de todos los frentes, el de los llamados arbanitas y el de los dálmatas enviados por Bodino. Pero estos detractores profieren sus acusaciones en unos puestos que están al abrigo de las flechas, desde donde disparan con la lengua sus punzantes proyectiles en contra de los que combatieron. En efecto, todo el mundo conoce la valentía de Roberto, su habilidad en las cuestiones relacionadas con la guerra y la firmeza de sus decisiones; no era, ciertamente, hombre al que se pudiera vencer fácilmente, sino todo lo contrario, porque se mostraba más valiente en las derrotas.

VIII. Nacimiento de Ana, María y Juan Comneno. Ceremonial que sigue al nacimiento de los porfirogénetos.

1. El emperador retornó vencedor y triunfante a la capital en compañía de los latinos del conde Brienio que por propia iniciativa se habían pasado a su bando, como hemos dicho anteriormente; era el uno de diciembre de la séptima indicción [9]. Allí se encontró a la emperatriz en la estancia destinada desde antiguo a las soberanas que están a punto de dar a luz, a la que nuestros antepasados dieron el nombre de *pórfira*, razón por la que la denominación de *porfirogéneto* se ha extendido por todo el mundo haciendo referencia a los allí nacidos. Al alba (era sábado) dio a luz a una niña que presentaba un total parecido, según se decía, con su padre. Esa niña era yo.

2. Como oí a la emperatriz, mi madre, contar en algunas ocasiones, dos días antes de la entrada del emperador en palacio (que ya regresaba de las guerras contra Roberto

(9) 1083.

y de sus innumerables trabajos y batallas), ante la presencia de los dolores de parto, hizo la señal de la cruz sobre el vientre y dijo: "Aguarda aún, hijito, hasta que llegue tu padre." Su madre, la protovestiaria, añadía ella, se lo reprochó duramente y le replicó con ira: "¿Y si no regresa en un mes, eh? ¿Cómo podrás aguantar tú tan grandes dolores?" Así se expresaba su madre; sin embargo, la orden de la emperatriz cumplió su objetivo, hecho que dejó bien subrayado, aun sin haber nacido, mi futuro afecto por mis padres. Efectivamente, cuando fui mayor y tuve uso de razón, manifesté claramente el cariño que sentía como hija por mi padre y por mi madre. Esta característica de mi forma de ser tiene como testigos a todas las personas que conocen mi vida y lo confirman mis abundantes trabajos en beneficio de mis padres, los sufrimientos y los peligros que arrostré por mi amor hacia ellos sin atender al honor, al dinero, ni a la misma vida. En efecto, tanto llegaba a enardecerme mi cariño de hija que incluso solía exponer mi propia vida por ellos. Pero ahora no es el momento de tratar este asunto. Regresemos, pues, a lo que me ocurrió a partir de mi nacimiento.

3. Las tradiciones que se cumplen cuando tiene lugar el nacimiento de algún hijo de la pareja imperial, según se dice, se llevaron también a cabo cuidadosamente conmigo; éstas tradiciones consistían en aclamaciones y en la distribución de obsequios y dignidades a los notables del senado y del ejército; todos y, en especial, los parientes consanguíneos de la emperatriz, estaban más contentos que nunca, cantaban, saltaban y no sabían qué hacer de gozo. Transcurridos una serie determinada de días, mis padres me consideraron digna de la corona y de la diadema imperial. En aquella época Constantino, el hijo del emperador Miguel Ducas, de quien hemos hablado con frecuencia, estaba todavía asociado al trono con mi padre, el soberano, firmaba a su lado con el color rojo en las donaciones, lo seguía en los cortejos con la tiara y era aclamado tras él en las aclamaciones; por ello, también yo sería aclamada en el momento de la aclamación y los que la dirigían, cuando debían hacer la aclamación, aclamaban juntamente a Constantino y Ana. Este ceremonial se estuvo cumpliendo durante bastante tiempo, como después he oído contar muchas veces a mis

parientes y a mis progenitores. Tal vez era ello un augurio de lo que me ocurriría, tanto de las alegrías, como de las desgracias.

4. Posteriormente la pareja imperial tuvo una segunda hembra, que se parecía físicamente a sus padres y que mostraba al tiempo la virtud y la inteligencia que luego brillarían en ella; empezaron, entonces, a añorar el nacimiento de un varón y en sus oraciones pedían que Dios se lo concediera. Al fin, durante la undécima indicción les nació un varón [10]. Instantáneamente, mis padres se alegraron y ya no les quedó sombra de pena al ver su deseo convertido en realidad. Todos los súbditos saltaban viendo a sus gobernantes tan felices, se alegraban unos con otros y disfrutaban del regocijo. Pudo verse entonces el palacio repleto de gozo y no de penas ni de ningún otro tipo de preocupaciones, mientras unos, los leales, estaban contentos con todo su corazón y otros fingían estar alegres. En efecto, los súbditos sienten hostilidad hacia los que poseen el poder, pero fingen con frecuencia y se ganan con su adulación la simpatía de sus superiores. A pesar de todo, era digna de verse la alegría que sentían todos juntos y al unísono.

5. El niño era de piel morena, frente ancha, mejillas un tanto descarnadas, nariz ni chata ni aguileña, sino más o menos entre ambas, los ojos bastante negros y dejando traslucir un carácter todo lo agudo que puede adivinarse en una pequeña criatura. Con el deseo, en consecuencia, de que este niño ascendiera al trono imperial y dejarle como herencia el imperio de los romanos, lo llevaron a la gran iglesia de Dios y allí lo bautizaron y coronaron. En suma, éstas son las ceremonias que nos competen a nosotros, los porfirogénetos, desde el primer momento de nuestra vida; lo que ocurrió después, será contado en su momento.

(10) Juan Comneno, nacido entre el 1 de septiembre de 1087 y el 31 de agosto de 1088.

IX. Andanzas del sultán de Nicea Solimán. Alejo recupera posiciones en Asia Menor gracias a su astucia.

1. Como señalamos anteriormente, el soberano Alejo había expulsado a los turcos de las orillas de Bitinia, del propio Bósforo y de las regiones más al norte; tras estas actuaciones, llegó a un acuerdo con Solimán y firmó un tratado de paz con él, para poder dirigirse así al Ilírico, donde sufrió grandes calamidades hasta derrotar por completo a Roberto y a su hijo Bohemundo y salvar de una ruina total nuestras posesiones occidentales. A su regreso, se encontró con que los turcos al mando de Apelcasem, no sólo hacían correrías por oriente, sino que habían llegado hasta la misma Propóntide y sus plazas costeras. Comencemos, pues, a relatar ya cómo el emir Solimán, cuando partió de Nicea, dejó en ésta al citado Apelcasem como gobernador, cómo Puzano fue enviado por el sultán de los persas a Asia, cómo, una vez derrotado por Tutuses, el hermano del sultán, fue muerto y cómo los primos de Puzano, tras la derrota de éste, estrangularon a Tutuses.

2. Filareto, que era un hombre de origen armenio, célebre por su valentía e inteligencia y que había sido ascendido a la dignidad de doméstico por el anterior emperador Romano Diógenes, se sintió muy dolido, en razón de la alta estima en que lo tenía, al ver el final de Diógenes y al saber que había sido cegado; por ello, se rebeló y se hizo con el dominio de Antioquía. Como los turcos asolaban a diario los alrededores y no le daban reposo, planeó pasarse a los turcos y circuncidarse, tal como es su costumbre. Sin embargo, su hijo lo presionaba insistentemente para que reprimiera tan insensato impulso, aunque su padre no atendía a ese excelente consejo. En consecuencia, empujado por su pesar llegó tras ocho días de viaje a Nicea y se presentó ante el emir Solimán, que ya tenía la dignidad de sultán, e instigándolo a la guerra contra su padre, lo animó para que asediara Antioquía. Solimán se dejó persuadir por esta iniciativa; en el momento de partir hacia Antioquía dejó a Apelcasem como gobernador de Nicea, nombrándolo jefe superior de todos los jefes y él, por su parte, en compañía del hijo de Filareto llegó en doce noches (pues para no despertar sospechas des-

cansaba durante el día) a Antioquía y la tomó al primer asalto.

3. Entre tanto, también Caratices tomó y saqueó inesperadamente Sínope, porque se había enterado de que allí había grandes cantidades de oro y dinero del tesoro imperial. Pero Tutuses, hermano del gran sultán, que gobernaba Jerusalén, toda Mesopotamia, Calep, así como la propia Bagdad y que pretendía el dominio de Antioquía, cuando vio que el emir Solimán se rebelaba e intentaba asumir el gobierno de Antioquía, llegó con todas sus fuerzas a la zona entre Alepo y Antioquía. Cuando el emir Solimán se encontró con él, se trabó al punto un violento combate, pero cuando llegaron al cuerpo a cuerpo, los hombres de Solimán huyeron desordenadamente. Por más que procuraba Solimán infundirles valor, no acababa de convencerlos para que abandonaran la fuga; por tanto, al ver que el peligro se cernía sobre su cabeza, emprendió la retirada hasta que le pareció que tal vez estaría fuera de peligro y, colocando su escudo en tierra, se sentó sobre él. Pero sus compatriotas no habían dejado de reparar en él. Tras presentarse en el lugar donde estaba, algunos sátrapas le dijeron que su tío Tutuses había mandado buscarlo. Él, por su parte, se resistía a marchar por temor al peligro que aquél suponía. Dada la insistencia de los sátrapas y ante la imposibilidad de oponerse por la fuerza solo como estaba, desenvainó su espada, se la clavó de un empujón en sus propias entrañas, atravesándose de parte a parte, y pereció indignamente como la persona indigna que era. Enseguida los soldados del ejército del emir Solimán que se habían salvado se pasaron al bando de Tutuses.

4. Cuando el gran sultán se enteró de este hecho, temió que Tutuses se fuera haciendo poderoso; despachó entonces junto al emperador a Siaus para ofrecerle un compromiso matrimonial y prometerle que, de llevarse a cabo, haría levantar el campo de las zonas costeras a los turcos, le entregaría las plazas fuertes y lo apoyaría con todo su poderío. El emperador, tras recibir a Siaus y oír el contenido de la carta del sultán, se quedó callado y no dijo nada sobre el mencionado matrimonio; pero al darse cuenta de que Siaus

era un hombre inteligente, comenzó a preguntarle acerca de su origen y del de sus padres. Él respondió que era ibero por parte de madre y turco por su padre; ante esta respuesta, el soberano se tomó mucho interés para que Siaus recibiera el santo bautismo. Convino en ello Siaus y dio su palabra al soberano de que, una vez recibido el santo bautismo, no retornaría a su país.

5. El sultán le había encomendado que, en el caso de que el emperador estuviese dispuesto a suscribir el convenio para el matrimonio, mostrase a los sátrapas que ocupaban las zonas costeras una carta suya de la que él era portador y en cuyo texto les ordenaba que abandonasen esos lugares; enterado de esto, el emperador comprometió a Siaus para que empleara ese documento y para que, una vez los hubiera despachado de allí mediante la presentación de la carta del sultán, volviera de nuevo a la capital. Él aceptó gustoso y llegó primero a Sínope; después de mostrar la carta del sultán a Caratices lo despidió de allí sin que éste percibiese ni un óbolo de las arcas imperiales. En aquella ocasión tuvo lugar el siguiente prodigio: mientras Caratices salía de Sínope, cayó a tierra echando espuma por la boca y entregado por la divina providencia a algún demonio vengador a causa del ultraje que había cometido contra la Iglesia de Nuestra Señora la Inmaculada Madre de Dios; así, endemoniado, salió de allí.

6. Entonces, Siaus transfirió el mando de Sínope a Constantino Dalaseno, que había sido enviado por el emperador para ello, y luego, recorriendo de ese modo las demás ciudades y mostrando el documento del sultán a los sátrapas, los despedía de sus plazas, que, a su vez, entregaba a los sátrapas del soberano. En suma, una vez cumplidos sus objetivos, Siaus retornó junto a éste y después de recibir el santo bautismo y disfrutar de abundantes obsequios, fue nombrado duque de Anquialo.

X. Relaciones con Apelcasem. Engaño del soberano.

1. Cuando la noticia de que el emir Solimán había muerto se difundió por Asia, todos y cada uno los sátrapas que estaban a cargo de ciudades y ciudadelas, retuvieron y se apropiaron de la plaza que a la sazón gobernaban. En efecto, al mismo tiempo que dejaba a Apelcasem encargado de Nicea en el momento de salir hacia Antioquía, puso a cargo de diferentes sátrapas la región costera, Capadocia y toda Asia con la misión de que cada uno vigilase su sector y aguardase su regreso. Apelcasem, que era entonces archisátrapa de Nicea, la capital del sultanato, se adueñó de ella, entregó el gobierno de la región de Capadocia a su hermano Pulcases y se sintió seguro durante un tiempo creyéndose el sultán y considerando el puesto como suyo. En efecto, era un hombre hábil y arrojado; por ello no quería contentarse con lo que tenía y organizaba incursiones para devastar toda Bitinia hasta llegar a la misma Propóntide.

2. Así pues, el soberano, poniendo en práctica idénticos métodos que los de antes, repelía las incursiones y empujaba a Apelcasem a pedir la paz. Sin embargo, se percató de que éste tramaba planes secretos y que dilataba las negociaciones; entonces pensó que era preciso enviar contra él una poderosa expedición militar. Despachó a Taticio, muchas veces mencionado en esta obra, contra Nicea con importantes fuerzas, recomendándole que utilizara la prudencia a la hora de enfrentarse a los enemigos, en el caso de que durante la campaña se los encontrara fuera de sus murallas. Partió Taticio y estaba disponiendo cerca de los muros la formación de combate, porque ningún turco había hecho acto de presencia por el momento, cuando se abrieron las puertas y unos doscientos turcos cargaron en masa contra él. Los celtas (que eran numerosos) al verlos de frente, asieron con energía las largas lanzas y se arrojaron contra ellos; tras herir a muchos, empujaron a los restantes dentro de la ciudad.

3. Por su parte, Taticio permaneció en el mismo orden de batalla hasta la puesta de sol. Dado que no se veía aparecer a ningún turco fuera de las puertas, se retiró y fijó

su campamento en Basilea, que distaba de Nicea doce estadios. De noche, un campesino que acudió a su presencia le informó de que Prosuc había sido enviado por Pargiaruc, el nuevo sultán, al mando de cincuenta mil hombres con orden de atacarlo. Cuando Taticio tuvo confirmación de esta noticia por otros medios y como no disponía de fuerzas para hacer frente a tan gran ejército, abandonó su plan primitivo y, analizando sus pensamientos, llegó a la conclusión de que sería preferible conservar todo el ejército a salvo, no fuera que, por querer luchar con mínimas fuerzas contra otras muy numerosas, perdiera todo el ejército. Fue éste el motivo por el que dirigió su atención a la capital, hacia la que miraba con intención de retornar a ella a través de Nicomedia.

4. Cuando Apelcasem vio desde lo alto de la muralla que Taticio se retiraba por el camino de Constantinopla, salió y emprendió su persecución con intención de atacarlo, si veía que acampaba en un lugar favorable para él. Le dio alcance en Preneto, donde le presentó batalla y se batió con resolución. Taticio, a su vez, situó rápidamente las fuerzas en formación de combate y encomendó a los celtas la primera carga contra los bárbaros así como el peso del combate. Ellos asieron sus largas lanzas y cargaron a rienda suelta, como el fuego, contra los bárbaros, a los que, tras romper sus líneas, pusieron completamente en fuga. A continuación, Taticio regresó a la capital a través de Bitinia.

5. Sin embargo, Apelcasem no tenía la más mínima intención de quedarse quieto. Pretendía ardientemente, en efecto, apoderarse del cetro del imperio de los romanos o, caso de fracasar, poseer al menos el control de toda la región costera y de las islas próximas. De acuerdo con esas reflexiones y después de llegar a Cío (una ciudad costera de Bitinia), planeaba armar primero naves piratas; y pensaba que con la construcción de los barcos se iban cumpliendo los planes. Pero estos preparativos tampoco le pasaron inadvertidos al soberano. Tras aprestar sin tardanza las birremes y trirremes de que disponía y el resto de su fuerza naval, elevó a la categoría de duque a Manuel Butumites y lo mandó contra Apelcasem con la orden de que se apresurase a in-

cendiar las naves a medio concluir de Apelcasem cualquiera que fuese el estado en que las encontrara. También envió por tierra contra él a Taticio con importantes fuerzas.

6. En consecuencia, ambos partieron de la ciudad. Cuando Apelcasem vio que Butumites estaba a punto de llegar por mar a toda prisa y tuvo noticias de que un ejército venía por tierra, se dio cuenta de que el lugar donde se encontraba no le convenía por lo escarpado y angosto, así como por lo completamente desfavorable que era para los arqueros, ya que no tenían terreno suficiente para cargar a caballo contra los romanos; entonces, levantó de allí el campo y decidió situar sus fuerzas en un lugar más ventajoso. Llegó, por tanto, a un sitio denominado por unos Halices y por otros Ciparisio.

7. Butumites llegó por mar antes de lo esperado e incendió las naves de Apelcasem. Al día siguiente se presentó también Taticio por tierra y desplegó sus tropas en un lugar favorable; y durante quince días completos, desde la mañana hasta la noche, no cesó de provocar escaramuzas ni de librar batallas con Apelcasem. Pero ante la resistencia de Apelcasem y su vigorosa oposición los latinos acabaron por aburrirse y, aunque no contaban con el auxilio del terreno, hostigaban a Taticio para que les permitiera librar batalla ellos solos contra los turcos. Él, si bien no le parecía aconsejable emprender esa acción militar, cedió a los deseos de los latinos, al ver que cada día se iban sumando nuevas fuerzas turcas a Apelcasem. Al alba, tras emplazar sus falanges, trabó combate con Apelcasem. En aquella ocasión fueron muchos los turcos que murieron, muchísimos los que cayeron prisioneros y la mayoría de ellos volvieron la espalda sin echar cuenta de sus equipos militares. Hasta el propio Apelcasem logró salvarse a duras penas, echándose al camino que lleva directamente a Nicea. Por consiguiente, una vez que los hombres bajo el mando de Taticio hubieron recogido de allí un enorme botín, regresaron a su campamento.

8. Cuando el soberano se enteró de esta nueva, haciendo gala de su habilidad para cautivar el corazón humano y ablandar hasta las piedras, remitió una carta a Apelcasem aconsejándole que renunciara a tan vanas empresas y que no diera golpes en el aire; por el contrario, debía unirse a él para liberarse de sus grandes penalidades y gozar de generosos obsequios y honores. Cuando Apelcasem se enteró de que Prosuc estaba asediando las plazas ocupadas por algunos sátrapas y de que ya estaba próximo a Nicea, a la que pretendía poner sitio, sacando, como se dice, de la necesidad virtud y tras múltiples conjeturas sobre las intenciones del emperador, confió en él y aceptó sus propuestas de paz. Una vez suscrito el tratado por ambos, el soberano, atento a sacar un provecho adicional a esta maniobra e incapaz de cumplir de otra manera sus objetivos, lo hizo llamar a la capital para que tomara allí posesión de su dinero y para que mientras tanto pudiera gozar de una vida relajada, disfrutando de toda clase de placeres hasta que regresara así a su casa.

9. Apelcasem aceptó y una vez en la capital se le dispensó toda clase de atenciones. Cuando los turcos que ocupaban Nicea se apoderaron de Nicomedia (la capital de Bitinia), el emperador en su anhelo por arrojarlos de allí pensó que debía levantarse una fortaleza en la costa; entre tanto, hacía proliferar las muestras de su afecto a Apelcasem. En consecuencia, embarcó en naves mercantes el material necesario para la edificación junto con sus constructores y los hizo partir al mando del drungario de la flota Eustacio, como encargado de la construcción de esta fortaleza, tras revelarle sus planes secretos; sus órdenes fueron que, si pasaba algún turco por allí, lo tratase muy cortésmente y mientras le permitía disfrutar hasta la saciedad de lo que necesitase, le aclarara que esa fortaleza se erigía con el conocimiento de Apelcasem; además, debía desviar todo navío de las costas de Bitinia, para impedir que éste tuviera indicios de que sucedía lo que estaba sucediendo.

10. El emperador, por su parte, en su diario dispensar atenciones a Apelcasem, no paraba de ofrecerle baños, cabalgadas, cacerías y de hacerle contemplar las columnas instaladas en las plazas; incluso llegó a ordenar a los aurigas que organizasen una competición en su honor dentro del estadio construido en la antigüedad por el gran Constan-

tino; a diario lo animaba para que asistiera a las pruebas hípicas, con intención de proporcionar a los constructores un amplio margen de tiempo. Cuando la ciudadela estuvo ya concluida y sus objetivos se habían cumplido, tras cubrirlo de mayores regalos, concederle el título de sebasto y confirmar la validez del tratado, lo despidió con todos los honores por vía marítima.

11. Cuando le fue anunciada la construcción del castillo, aunque su amor propio se resintió por la provocación del soberano, fingió conocer el asunto y se guardó todo lo demás. La historia cuenta que también Alcibiades realizó una maniobra parecida. Del mismo modo engañó él a los lacedemonios, que no consentían que Atenas fuera reconstruida después de haber sido devastada por los persas. Tras encomendar a los atenienses que la reconstruyeran, partió él con una embajada hacia Lacedemonia. Luego, mientras la embajada perdía tiempo, daba ocasión a los constructores para concluir su obra; no fue hasta después de acabar esta superchería, cuando los lacedemonios se enteraron de la reconstrucción de Atenas. El hombre de Peania [11] rememora este astuto engaño en algunos pasajes de sus discursos. Semejante a ese plan fue el de mi padre, por no decir que incluso poseía mayor valor estratégico que el de Alcibíades. Efectivamente, el soberano, a fuerza de regalar a aquel bárbaro con carreras de caballos y con toda clase de placeres, le hizo perder un día tras otro hasta que el castillo estuvo construido; entonces, una vez completa la obra, despachó a este personaje de la ciudad imperial.

XI. Las tropas imperiales ayudan a Apelcasem contra Prosuc.

1. Pero, como se esperaba, el temible Prosuc llegó al mando de sus fuerzas y puso sitio a Nicea, según los informes de un comunicante que se había presentado ante Taticio durante la noche. Al cabo de tres meses de prolongado asedio, los defensores de Nicea, con Apelcasem a la cabeza, vieron que su situación era crítica al no poder hacer frente ya a Prosuc; enviaron, pues, embajadores al emperador para solicitar su ayuda, alegando que en su opinión era mejor ser siervos suyos que rendir vasallaje a Prosuc. El soberano, tan pronto como hubo seleccionado a sus mejores soldados, les entregó estandartes y cetros con clavos de plata y los despachó en auxilio de Apelcasem.

(11) Demóstenes, Contra Lept., 20. Ana Comneno confunde a Alcibíades con Temístocles (cfr. también Tuc., I, 90).

2. Sin embargo, la intención de Alejo al enviar un ejército no era prestar auxilio a Apelcasem; antes bien, su propósito al ayudarlo, según los planes del soberano, era destruir a Apelcasem. Se hacía preciso aprovechar la ocasión que daba el que dos enemigos de los romanos lucharan uno contra otro para cooperar con el más débil; con ello no se pretendía volverlo más poderoso, sino rechazar a uno de ellos para apropiarse luego de la ciudad de Nicea, que por ahora estaba fuera del control de Alejo, y desde ésta, apoderándose poco a poco primero de una ciudad y luego de otra, ampliar los límites del imperio de los romanos que pasaba por unos momentos angustiosos, en especial desde que el poderío turco se había ido incrementando.

3. Hubo, en efecto, un tiempo en que las fronteras del imperio de los romanos eran los dos pares de columnas que marcaban los límites de oriente y occidente: por poniente las llamadas de Hércules y por levante las de Dioniso, que están situadas en algún lugar cerca de las fronteras de la India. No es posible especificar cuál era el poder del imperio de los romanos a causa de su extensión; comprendía Egipto, Méroe, el país entero de los troglodítas, los países cercanos a la zona tórrida y, por el otro extremo, la legendaria Tule y cuantos pueblos habitan en la zona boreal, en cuyo extremo se halla el polo norte. Pero en nuestros días las fronteras del poder imperial romano eran por oriente el cercano Bósforo y por occidente estaban fijadas en Adrianópolis. El emperador Alejo actuando como si golpease con ambas manos a los bárbaros que por ambos flancos amenazaban el imperio y moviéndose en torno al centro constituido por Bizancio, iba ampliando la extensión del imperio hasta dejar como fronteras asentadas el mar Adriático por occidente y por

oriente el Éufrates y el Tigris. Hubiera conseguido recuperar la antigua prosperidad del imperio, de no ser por las mutuas contiendas y los abigarrados trabajos y peligros (el soberano buscaba grandes y abundantes peligros al mismo tiempo) que lo desviaron de su anhelo.

4. Pues bien, como decía al principio, con el envío de un ejército a Apelcasem, el tirano de Nicea, no pretendía alejarlo del peligro, sino marcarse una victoria; la suerte, sin embargo, no favoreció este proyecto. Los acontecimientos se desarrollaron de la siguiente manera: las tropas que habían sido enviadas llegaron a la población llamada de San Jorge y los turcos enseguida les abrieron las puertas. Ellos subieron a las almenas que están sobre la puerta oriental, plantaron los estandartes y empezaron a lanzar continuos gritos de guerra. Los sitiadores, asustados por este golpe de mano, aprovecharon la noche para retirarse por pensar que era el soberano en persona quien había acudido a este lugar; a continuación, las fuerzas romanas volvieron nuevamente a la capital. Porque no constituían un contingente capaz de combatir contra el ataque persa que de nuevo se esperaba proveniente del corazón de los dominios turcos.

XII. Final de Apelcasem, del sultán de Corosan y de Tutuses. Clitziastlan es proclamado sultán de Nicea.

1. El sultán esperaba el regreso de Siaus; pero, al percatarse de su retraso y enterarse de sus actividades (esto es, que había expulsado a Caratices de Sínope mediante una treta, que había recibido el santo bautismo y que había sido enviado a occidente por el soberano investido con la autoridad ducal de Anquialo), montó en cólera muy irritado por todo esto. Seguidamente, pensó que debía encargar la nueva ofensiva contra Apelcasem a Puzano y sus fuerzas; al mismo tiempo, también mandó una carta al soberano que trataba sobre aquel posible matrimonio. La carta decía así: "He oído hablar, Majestad, de vuestras hazañas y cómo desde el primer momento tras vuestro ascenso al trono habéis combatido en muchas contiendas; igualmente sé que, cuando habéis acabado de solucionar los problemas con los latinos, los es-

citas se han alzado contra Vos y que hasta el emir Apelcasem, rompiendo los pactos que teníais con Solimán, está asolando Asia, incluida la propia Damalis. En consecuencia, si es vuestro deseo expulsar a Apelcasem de aquellos lugares y reintegrar a vuestra autoridad Asia, e incluso Antioquía, enviadme a vuestra hija para desposarla con el primogénito de mis hijos; así, con mi alianza no habrá obstáculos que dificulten en adelante la realización de todos vuestros proyectos tanto en oriente, como en el Ilírico y en todo el occidente; gracias a las tropas que os facilitaremos no habrá nadie que en el futuro se oponga a vuestros deseos."

2. Así actuó el sultán de los persas; en cuanto a Puzano, éste llegó hasta Nicea; aunque intentara tomarla no ya una sola vez, sino muchas, no tenía éxito porque Apelcasem se le enfrentaba con arrojo y porque había pedido y obtenido el auxilio del emperador. Se lanzó, entonces, a ocupar otras ciudades y pueblos y, tras retirarse de allí, fijó su residencia en la ribera del Lampe, el río que corre junto a Lopadio. Tan pronto como Apelcasem vio que Puzano se había retirado, recogió todo el oro que podían cargar quince mulas y partió para ofrecerlas como presente al sultán de los persas y evitar así que éste lo destituyese del mando. Apelcasem encontró al sultán en su residencia de Espaca.

3. Ante la negativa del sultán a recibirlo, recurrió a intermediarios. Aquél, molesto por su presencia, les dijo: "Ya he transferido el mando al emir Puzano y no es mi deseo privarlo de él. Por tanto, que salga a su encuentro, le entregue a Puzano el dinero y le diga todo lo que quiera. La decisión que adopte Puzano será también mi decisión." Apelcasem, tras permanecer durante mucho tiempo en Espaca y agotarse sin obtener ningún resultado, abandonó aquel lugar con intención de ir al encuentro de Puzano. En su camino se tropezó con doscientos de los mejores sátrapas que éste había enviado contra él, pues su salida de Nicea no le había pasado en absoluto inadvertida. Los sátrapas lo apresaron, prepararon una soga con las cuerdas de los arcos, con las que le rodearon el cuello, y lo ahorcaron; sin embargo, a mi juicio, esta ejecución no fue obra de Puzano, sino del citado sultán, que había dispuesto ese fin para Apelcasem.

4. Este fue el final de Apelcasem; en cuanto al emperador, tras leer la carta del sultán, no quería ni oír hablar de semejante propuesta. ¿Pues cómo iba a hacerlo? La hija del emperador, que la carta solicitaba en matrimonio para el hijo primogénito del bárbaro, hubiera sido infeliz con toda verosimilitud, si hubiera marchado a Persia para compartir un imperio peor que la pobreza más absoluta. Ni Dios aprobaba este matrimonio, ni el emperador consentía que este compromiso saliera adelante, ni siquiera aunque se hallara apurado por las presentes circunstancias. Enseguida, a la primera audición de la carta, se rió de las pretensiones del bárbaro, mientras murmuraba: "El demonio le ha metido eso en la cabeza." Sin embargo, el soberano mantenía su propia y particular postura acerca de dicho matrimonio y así, pensó que era conveniente mantener en vilo mediante falsas esperanzas las expectativas del sultán; mandó buscar a Curticio junto con otros tres más y los envió como embajadores portando una carta en cuyo contenido declaraba desear la paz y asentir a lo indicado, mientras también presentaba él algunas exigencias que dilatarían el cumplimiento definitivo del compromiso. Pero cuando los embajadores de Bizancio aún no habían llegado a Corosan, tuvieron que emprender el regreso al haberse enterado de la muerte del sultán.

5. En efecto, su hermano Tutuses, tras matar al emir Solimán y a su propio yerno, que había venido desde Arabia en contra de él, ciego de orgullo al enterarse de que el sultán había iniciado ya conversaciones de paz con el emperador, planeó la muerte de su hermano. Pues bien, haciendo venir a doce hombres de los llamados "casios" (12) (que en lengua persa significa "los que ansían matar"), los envió rápidamente como embajadores al sultán con las instrucciones precisas sobre el modo de matar a su hermano: "Id" les dijo "y anunciad en primer lugar que queréis comunicar al sultán determinadas informaciones confidenciales; cuando ha-

(12) Del árabe hashishiyun: consumidores de hashish. Secta que llevaba a cabo en estado de alucinación lo que se les ordenaba. De su denominación procede el nombre de "asesino" en las lenguas europeas modernas. En griego: khásioi

yáis franqueado la entrada, acercaos como si quisierais hablarle al oído y aniquilad inmediatamente a mi hermano."

6. Los embajadores, o mejor, los asesinos, partieron para matar al sultán muy animosamente, como si hubieran sido invitados a una comida o a un banquete. Como lo encontraron ebrio y podían estar totalmente tranquilos por hallarse lejos de aquellos soldados a los que se había confiado la custodia del sultán, se le acercaron, sacaron los cuchillos de sus axilas y en un instante aniquilaron a aquel infeliz. El placer que los casios sienten ante la sangre es tal que sólo les gusta hundir su cuchillo en las entrañas de un hombre. Es más, si se ven atacados por alguien en ese mismo instante y son destrozados a mandobles, consideran como gloria esa muerte, ya que su ansia por matar la reciben unos de otros y se la transmiten de padres a hijos como una herencia. En fin, ninguno de ellos retornó junto a Tutuses, porque sufrieron el castigo de su propia muerte.

7. Sin embargo, Puzano, cuando se hubo enterado de ese suceso, volvió con todas sus fuerzas a Corosan. Cuando estaba próximo a Corosan, lo recibió Tutuses, el hermano del sultán asesinado. Al instante se entabló una batalla cuerpo a cuerpo y mientras ambos ejércitos luchaban con denuedo sin que el uno cediera en nada la victoria al otro, cayó herido de muerte Puzano, que combatía lleno de coraje y que sembraba la confusión en todas las falanges. Sus hombres se procuraron la salvación con la huida, dispersándose en todas direcciones; Tutuses, por su parte, emprendió el regreso a Corosan con la victoria en sus manos y creyéndose ya investido de la dignidad del sultán, aunque se cernía un peligro sobre su cabeza. Efectivamente, Parglaruc, hijo de Tapares, el sultán asesinado, al encontrarse con Tutuses se alegró como un león al hallarse con tan enorme presa, según dice el poeta (13), y ,tras atacarlo con todo su poder y coraje, dividió las fuerzas de Tutuses en muchas partes; una vez puestas en fuga, emprendió una persecución sin cuartel,

(13) Il., III. 23.

Y murió también el propio Tutuses, que había estado hinchado de orgullo como Navato (14).

8. Cuando Apelcasem ya había partido, como antes hemos contado, en busca del sultán de Corosan con sus riquezas, su hermano Pulcases llegó a Nicea y la ocupó. Al enterarse de este hecho, el soberano prometió generosos presentes si le entregaba la ciudad y se retiraba de ella. Aunque Pulcases lo deseaba, difería la respuesta en espera de lo que pasara con Apelcasem y remitía mensaje tras mensaje al soberano para dejarlo en suspenso, mientras de hecho aguardaba la llegada de su hermano. Entre tanto ocurrió algo parecido a lo siguiente: el sultán de Corosan que había sido asesinado por los casios, hacía tiempo que retenía en su poder a los dos hijos del gran Solimán. Éstos, tras su muerte, huyeron rápidamente de Corosan y llegaron a Nicea. Los moradores de Nicea, al contemplarlos, los acogieron alegremente en medio de un gran tumulto y Pulcases les entregó gustoso Nicea como herencia de su padre. Clitziastlan, el primogénito de los dos, fue proclamado sultán. Él hizo venir a las mujeres e hijos de los defensores de Nicea y los instaló en ella, reinstaurando en esta ciudad, como alguien diría, la capital de los sultanes. Tras tomar estas medidas acerca de Nicea, retiró a Pulcases del mando, nombró al archisátrapa Mucumet jefe de los sátrapas que estaban en Nicea y, tras dejarlo allí, salió contra Melitene.

XIII. Reconquista de Cízico y Apoloniade.

1. Estos fueron los acontecimientos relacionados con los sultanes; por otro lado, el archisátrapa Elcanes con los hombres a su mando ocupó Apoloniade y Cízico (ciudades costeras ambas) y estaba devastando toda la región del litoral. El emperador, al enterarse de las andanzas de Elcanes y tras aparejar todas las embarcaciones que encontraba sin importarle su tipo (pues ya ni siquiera se disponía de una flota), embarcó en ellas heiépolis así como valientes soldados y, una vez conferida la jefatura a Alejandro Euforbeno, hombre de ilustre linaje y célebre por su valentía, lo envió contra Elcanes. Tan pronto como arribó a Apoloniade, le puso cerco. Durante seis días perseveró en el sitio incluso de noche, hasta apoderarse del primer recinto de la muralla, que normalmente suele llamarse ahora círculo exterior. Pero Elcanes resistía enérgicamente desde su posición en la acrópolis ante la inminencia de los refuerzos procedentes del exterior.

(14) El heresiarca Novato. Su arrogancia y orgullo fueron famosos. Cfr. Ducange-Dufresne, col. 515, n.65.

2. En efecto, cuando Alejandro vio que un aguerrido ejército bárbaro acudía en socorro de Elcanes y que sus hombres ni siquiera equivalían a una mínima parte de las fuerzas atacantes, creyó mejor preservar sus tropas intactas, aunque ello supusiera renunciar a la victoria. Viendo que su situación se iba tornando bastante crítica y que las posibilidades de salvación se habían perdido, se dirigió al mar, embarcó en sus naves y emprendió la navegación por el río en dirección al sitio que ocupaba Elcanes. Éste, sin embargo, previó las intenciones de Alejandro y se adelantó a ocupar la entrada del lago y el puente sobre el río, cerca del cual había una antigua iglesia edificada por Santa Elena y consagrada al gran Constantino, de quien procede el nombre por el que aún hoy se conoce el puente. Tras emplazar en dicha entrada y en el puente a muy aguerridos soldados por ambos lados, les ordenó que acecharan el paso de los barcos. Todos nuestros guerreros cayeron en las redes de Elcanes en el momento de entrar en el lago a bordo de las citadas embarcaciones, cuando vieron el peligro en el que se habían precipitado, sin saber qué hacer, vararon las naves y desde ellas saltaron a tierra. Cuando llegaron los turcos, se entabló un violento combate. Muchos de nuestro mejores soldados cayeron prisioneros y muchos también cayeron en el río y fueran arrastrados por sus remolinos.

3. Cuando el emperador se hubo enterado de estos acontecimientos, despachó por tierra contra él un importante contingente de tropas al mando de Opo por hacérsele intolerable la idea de esta derrota. Éste llegó a Cízico, de la que se apoderó al primer asalto; seleccionó luego de entre sus filas un número aproximado de trescientos aguerridos

soldados hechos a los asedios y los destacó contra Pemaneno, que ocuparon de una vez; de sus defensores mataron a una parte y enviaron los demás como prisioneros a Opo, que rápidamente los expidió en dirección al emperador; a continuación, levantó el campo de allí, llegó a Apolonlade para reemprender con perseverancia su asedio.

4. Pero Elcanes, que no contaba con suficientes fuerzas para oponerse a Opo, le entregó la ciudad voluntariamente y él junto con parientes consanguíneos desertó al bando del emperador para gozar de sus innumerables obsequios y recibir el mayor de todos ellos, es decir, el santo bautismo. Todos los que se habían negado a seguir a Opo, como Escallario y (...), que posteriormente sería dignado con el título de hiperperíllampros (también ellos ilustres archisátrapas), cuando se enteraron de la benevolencia que el emperador había mostrado con Elcanes y de las generosas donaciones de las que había sido objeto, acudieron al soberano para obtener también ellos lo que deseaban. Era, en efecto, este monarca, sin sombra de duda, muy piadoso y el sumo pontífice de la religiosidad tanto por su virtud como por su forma de hablar. Era el mejor maestro de nuestro dogma y apostólico en sus convicciones y expresiones; y deseaba introducir en nuestra fe no sólo a los famosos nómadas escitas, sino a toda Persia y a cuantos bárbaros habitan en Egipto y Libia celebrando los cultos de Mahoma.

XIV. La invasión de los escitas.

1. Pero ya está bien de hablar sobre los turcos; y como quiero contar un ataque más terrible y más grave que el precedente contra el imperio de los romanos, me remontaré al principio de este episodio histórico; como vemos, los enemigos se sucedían uno tras otro como las olas del mar. Una tribu escita, a la que los sármatas hostigaban a diario con sus incursiones de pillaje, levantó el campo de lo que había sido su territorio y descendió en dirección al Danubio. Ante la necesidad que tenían de suscribir pactos con los pueblos que vivían en las riberas del Danubio, cuando estuvieron todos de acuerdo, concluyeron un tratado con los caudillos Ta-

tu, también llamado Cales, Sestlabo y Satzas (es necesario recordar el nombre de sus principales jefes, aunque el cuerpo de la historia se manche con ellos); el primero ocupó Dristra y los otros Bitzina y las demás poblaciones. En suma, como tenían tratados con ellos, pasaron sin temor a la otra orilla del Danubio y comenzaron a devastar las regiones cercanas hasta apoderarse de algunas ciudades. Luego, durante una tregua que obtuvieron, araron y sembraron mijo y trigo.

2. Entonces Traulo, aquel célebre maniqueo que en unión de sus seguidores y sus correligionarios había ocupado en lo alto de una colina la plaza fuerte de Bellatoba y sobre los que ya hemos dado antes amplios detalles, cuando se enteraron de los movimientos escitas, sacaron a la luz las intenciones que ocultaban en su interior desde hacía tiempo y, tras ocupar los escarpados y estrechos senderos de aquella zona, hicieron llamar a los escitas; desde ese momento empezaron a saquear todos los territorios de los romanos. Los maniqueos, en efecto, son por naturaleza una raza guerrera y, como los perros, siempre deseosa de gozar con la sangre humana.

3. Cuando el emperador se hubo enterado de esto, ordenó a Pacuriano, el doméstico de occidente, cuya habilidad para dirigir el ejército, organizar las líneas y desplegar formaciones de muy variada índole conocía bien, que tomase el mando de las fuerzas junto con Branas (hombre este también muy aguerrido) y que partiera contra los escitas. Cuando Pacuriano alcanzó a los escitas, éstos estaban atravesando los desfiladeros y fijando su campamento a un lado de Bellatoba; tan pronto como vio que constituían una numerosa muchedumbre, se negó a presentarles combate, pensando que era mejor preservar sus fuerzas sin luchar por el momento, antes que librar batalla con los escitas y que perecieran muchos en una derrota. Pero la valentía y el arrojo de Branas lo empujaban a sostener un parecer distinto. El doméstico, por su parte, para no dar pie a las sospechas de cobardía por retrasar el momento del combate, cedió a los deseos de Branas; ordenó entonces que todos se pusieran las corazas, dispuso la formación de combate y avanzó con-

tra los escitas, después de haber elegido para él la parte central de la falange. Como el ejército romano equivalía a una mínima parte de la multitud de sus enemigos, nuestros soldados se atemorizaron sólo con verlos. Sin embargo, atacaron a los escitas y perecieron muchos en esta batalla, incluido Branas, que cayó herido de muerte. En cuanto al doméstico, mientras luchaba valerosamente y hacía intrépidas cargas contra el adversario, cayó junto a una encina y pronto perdió la vida. El resto del ejército se dispersó en todas direcciones.

4. Por tanto, cuando el soberano se enteró de este desastre, empezó a lamentar por igual la muerte de todos y cada uno de los caídos; se dolía en particular por la muerte del doméstico y derramaba torrentes de lágrimas por la alta estima en que había tenido a ese hombre incluso desde antes de su ascenso al trono. Sin embargo, no por eso se deprimió e hizo llamar a Taticio, a quien envió con mucho dinero a Adrianópolis para dar a los soldados su sueldo anual, reclutar fuerzas por todas partes y poner en armas un nuevo ejército capaz de combatir. Asimismo, ordenó a Umbertópulo que dejara en Cízico una fuerte guarnición y que se apresurara a acudir junto a Taticio sólo con los celtas. Éste, tan pronto como vio a Umbertópulo junto a sus latinos y como ya tenía un ejército recién reclutado, recuperó los ánimos y marchó directamente contra los escitas.

5. Una vez llegado a los alrededores de Filipópolis, fijó su campamento junto a la orilla del río que pasa por Bisno. Cuando vio que los escitas regresaban de una incursión trayendo gran botín y cautivos y a pesar de que aún no había terminado de instalar la impedimenta dentro del campamento, destacó a un elevado número de sus hombres en contra de ellos. Él también se armó y ordenó que todos se pusieran la coraza; cuando la formación estuvo lista, siguió a los soldados que había mandado por delante. Pero cuando vio que los escitas con su botín y sus cautivos se estaban uniendo al resto del ejército escita por la orilla del Euro, dividió en dos su ejército, ordenó que se lanzara el grito de guerra y en medio de alaridos y de un gran clamor atacó a los bárbaros. Tras librarse una violenta batalla, los escitas

lograron salvarse gracias a que se dispersaron. Él, a su vez, después de recoger todo el botín, retornó vencedor a Filipópolis.

6. Emplazó allí todo su ejército y reflexionaba sobre el lugar y el modo de volver a atacar a los bárbaros. Ante la evidente inferioridad numérica de sus fuerzas, diseminó por doquier a exploradores para que pudieran traerle detallados informes sobre la situación de los escitas. A su regreso los exploradores dijeron que una numerosa muchedumbre de bárbaros permanecía en torno a Bellatoba, mientras devastaban los alrededores. Taticio, que esperaba la llegada de los escitas y no disponía de fuerzas suficientes para enfrentarse a tan gran ejército, se sintió completamente desbordado por sus reflexiones y sin recursos para hacer frente a la situación. No obstante, afilaba su espada y daba ánimos a su ejército para la batalla. Se presentó entonces un hombre que le informó del avance de los bárbaros contra él y le dijo que estaban al llegar de un momento a otro.

7. Enseguida se armó y tan pronto como tuvo a su ejército armado, atravesó el Euro, alineó sus falanges y organizó la formación de combate; él ocupaba el centro de las líneas. Los bárbaros, por su parte, después de ordenar sus fuerzas para la batalla al modo escita, parecían buscar el combate e instigar a sus adversarios para que presentaran batalla. No obstante, ambos ejércitos se temían mutuamente y retrasaban el momento del enfrentamiento; mientras el romano tenía miedo de la multitud de los escitas, el escita se asustaba al ver a todos los soldados con sus corazas, con sus estandartes y al observar el brillo de sus vestimentas y el resplandor que de allí brotaba y que relucía como un astro. De todos ellos, sólo los valientes y osados latinos deseaban entrar en combate, para lo cual afilaban sus espadas al mismo tiempo que sus dientes. Pero Taticio los retenía, porque era una persona prudente y capaz de prever con facilidad lo que podría pasar. Así pues, ambos ejércitos tomaron posiciones, mientras acechaban sus mutuos movimientos, sin que ningún soldado se atreviera a avanzar a caballo desde sus filas por la tierra de nadie; cuando el sol llegó al ocaso, cada uno de los jefes regresó a su campamento. Esto vino

sucediendo durante dos días; pero como ningún comandante, aun estando listos para la batalla y a pesar de colocarse a diario en formación de combate, se atrevía a iniciar la batalla con el otro, cuando llegó el alba del tercer día, los escitas se retiraron. Taticio, al darse cuenta, los atacó sin perder tiempo; pero era parecido, como se dice, a "un infante corriendo en pos de un carro lidio" (15). Los escitas se adelantaron y cruzaron el valle conocido por Sidera; como no pudo darles alcance en ese sitio, replegó todas sus fuerzas y retornó a Adrianópolis. Dejó allí a los celtas, dio licencia a los soldados para que cada uno se marchara a su casa y volvió a la capital con una parte del ejército.

(15) Plutarco. Nic., I y Mor., 65B. Proverbio de origen pindárico.

LIBRO VII

CAMPAÑAS CONTRA LOS ESCITAS (1087-1090)

I. Tzelgu invade el imperio. Maurocatacalon derrota a los escitas.

1. Cuando la primavera hizo su aparición, Tzelgu (el jefe que mandaba el ejército escita) traspasó el valle superior del Danubio a la cabeza de un abigarrado ejército de aproximadamente ochenta mil hombres, compuesto de sármatas, escitas y un no escaso contingente dacio, cuyo caudillo era el llamado Salomón, y empezó a devastar las ciudades colindantes a Cariópolis. Tras su llegada a la propia Cariópolis y la recogida de un abundante botín, llegó a un lugar denominado Escotino. Al enterarse de estas noticias, Nicolás Maurocatacalon y Bembetziotes, que se llamaba así por la tierra de donde era originario, ocuparon Pánfilo con las fuerzas a su mando. Al ver que los habitantes de las aldeas precipitaban su marcha en dirección a las ciudades y fortalezas por el gran miedo que sentían, levantaron el campo del lugar conocido como Pánfilo y ocuparon el pueblo de Cules a la cabeza de todo su ejército. Los escitas, que venían detrás de ellos y notaron lo que se suele denominar la desmoralización (este es el término empleado por los soldados) (1) del ejército romano, iban tras ellos como si estuvieran siguiéndoles la pista.

2. Cuando amaneció el día, Tzelgu emplazó sus fuerzas y decidió dar la batalla a Maurocatacalon. Éste, por su parte, ascendió a la colina que dominaba la llanura con algunos de sus jefes para observar las fuerzas bárbaras. Al ver la masa de los escitas, se agitó deseando entrar en combate;

(1) En griego, tio kopós. Aquí Ana Comneno le da el sentido de "desmoralización", especializado, según parece, para el ámbito militar.

pero contuvo al ejército romano, consciente de que éste ni siquiera compensaba con su número a una mínima parte de las fuerzas de los bárbaros. A su regreso, debatió con todos sus oficiales, incluido el propio Yoanaces, la posibilidad de atacar a los escitas. Dada la insistencia de ellos para que se combatiera y como también él se inclinaba más por dicha postura, dividió las fuerzas en tres secciones, ordenó proferir el grito de guerra y entró en combate con los bárbaros. En aquella ocasión, por tanto, muchos escitas cayeron heridos y no pocos murieron; el propio Tzëigu, que había luchado valientemente y que había hecho estragos a lo largo de toda la falange romana, fue herido de muerte y perdió la vida. La mayoría de ellos perecieron aplastados unos por otros al arrojarse durante la huida en el torrente que está entre Escotino y Cules. En suma, tras haberse alzado con una brillante victoria sobre los escitas, los hombres del emperador entraron en la capital. Una vez hubieron recibido regalos y honores según sus méritos por parte del emperador, retornaron a su puesto con el que acababa de ser nombrado gran doméstico de occidente, el hermano del emperador, Adriano Comneno.

II. Diversos encuentros con los escitas. Descripción de la sala púrpura del palacio y elogio de Nicéforo Brienio.

1. Aunque con esta acción bélica fueron exterminados de los territorios de Macedonia y Filipópolis, tras regresar nuevamente a las riberas del Istro, fijaron allí su residencia y se dedicaron a saquear a su total antojo nuestros territorios como si fueran suyos. Al oír estas noticias, el emperador no pudo consentir que los escitas se instalaran dentro de las fronteras romanas, porque también temía que atravesaran los desfiladeros y cometiesen mayores tropelías que las de antes. Por ello, después de organizar y equipar bien el ejército, llegó a Adrianópolis, de donde partió en dirección a Lardeas, lugar que se halla entre Diampolis y Goloe. Allí, tras nombrar jefe a Jorge Euforbeno, lo envió por mar contra Dristra.

2. El soberano invirtió los cuarenta días que pasó allí en buscar fuerzas por todas partes. Cuando hubo reunido un importante ejército, se planteó la posibilidad de atravesar los desfiladeros y presentar batalla a los escitas. "No se les debe dar tregua a los escitas bajo ningún concepto", decía el emperador haciendo una observación lógica respecto a estos bárbaros. Efectivamente, las invasiones de los escitas no comenzaban ni mucho menos en una de las cuatro estaciones y terminaban en la siguiente, concluyendo en verano la que había comenzado en primavera o en invierno la que lo había sido en otoño. Tampoco el ciclo de un año abarcaba temporalmente este azote; por el contrario, estuvieron turbando durante bastantes años los dominios romanos, aunque nosotros aquí sólo recordemos algunos pocos acontecimientos de los muchos que tuvieron lugar. Tampoco se dividían en pareceres opuestos, sino que mantenían permanentemente criterios inflexibles, ya que, a pesar de los continuos intentos del soberano para conseguir que entraran en discordias, no hubo uno solo que se pasase al bando del emperador, ni siquiera a escondidas.

3. Así las cosas, Nicéforo Brienio y Gregorio Maurocatacalon, a quien, tras caer prisionero de los escitas, el emperador había rescatado por la cantidad de cuarenta mil monedas, se negaban a aceptar una guerra con los escitas en el Paristrio; a su vez, Jorge Paleólogo, Nicolás Maurocatacalon y otros tantos, todos ellos jóvenes y llenos de energía, se sumaban al parecer del emperador e insistían en atravesar el valle del Hemo y presentar batalla a los escitas en el Paristrio. Con ellos también estaban los dos hijos del soberano Diógenes, Nicéforo y León, que le habían nacido en la sala púrpura del palacio tras su ascenso al trono imperial y que desde entonces fueron llamados porfirogénetos.

4. La púrpura es una estancia del palacio construida sobre una planta cuadrangular desde su base hasta el arran, que del techo, desde donde cambia de forma para terminar en pirámide; por el lado del mar mira al puerto en el que se hallan las estatuas de piedra de bueyes y leones; el suelo fue embaldosado y las paredes recubiertas de un mármol que no era de cualquier tipo, como tampoco de una clase valiosa,

pero asequible, sino que está adornada con aquél que los antiguos emperadores mandaron traer de Roma. Es este mármol, por resumir, de color púrpura y lo recorre una especie de picaduras blancas parecidas a los granos de arena. Por el color de este mármol, creo, nuestros antepasados denominaron la púrpura a esta estancia.

5. Como decíamos, cuando la trompeta con su estentóreo sonido animó a todo el mundo a marchar contra los escitas por el camino del Hemo, Brienio, que estaba exponiendo al soberano los inconvenientes de esta expedición sin lograr convencerlo, dijo concluyendo sentenciosamente: "Sabed, Majestad, que si atravesáis el Hemo, pondréis a prueba los caballos más veloces." Ante los requerimientos de alguien para que explicase el sentido de la frase, añadió: "Durante la huida." Este hombre, aunque había perdido la vista a raíz de su rebelión, era reconocido, al menos, como el más experto y fino consejero en asuntos de estrategia y táctica. Remitimos al muy gran césar [2] a todo aquel que desee saber con mayor detalle cómo el mencionado Brienio fue cegado a raíz de su rebelión o levantamiento contra el soberano Botaniates y cómo, capturado por Alejo Comneno, quien a la sazón era gran doméstico de las tropas de oriente y occidente, fue entregado a Borilo con los ojos intactos.

6. Dicho césar, que se convirtió en yerno de Alejo, cuando éste ya poseía el cetro de los romanos, era nieto del antes citado Brienio. Cuando toco estos temas, el alma se hunde en la confusión y el sufrimiento me ahoga. Este hombre hacía gala de un sabio proceder y de un muy sabio intelecto. El vigor, la agilidad, la belleza física y, en una palabra, todas las cualidades que embellecen tanto el cuerpo como el alma se dieron cita en este mismo ser para adornarlo. Porque en una sola persona la naturaleza engendró y Dios creó la más extraordinaria criatura en todos los aspectos. Del mismo modo que Homero en su poema destacó a Aquiles sobre los demás aqueos, así también se habría podido exaltar a mi césar entre todos los seres que han visto la luz del

(2) Nicéforo Brienio y su Hyle historías.

sol. Además, dicho césar no por haber obtenido el primer puesto en el ejercicio de las armas desatendía el cultivo de las letras; por el contrario, con la lectura de toda clase de libros y su aplicación a toda clase de ciencias extrajo de ellos un amplio conocimiento de nuestro saber, tanto actual, como antiguo. Posteriormente, se consagró también a la literatura y escribió una importante obra histórica por orden de mi señora y madre, me refiero a la emperatriz Irene, sobre las actividades de mi padre en la época anterior a su ascenso al trono imperial. En ella expuso con bastante exactitud los acontecimientos protagonizados por Brienio, describiendo las desgracias de su progenitor y relatando las hazañas de su suegro con igual espíritu de sinceridad; pues no hubiera podido mentir sobre ninguno de los dos, al ser de uno pariente político y de otro pariente por su sangre. Mas ya hicimos referencia a este particular en las primeras páginas de esta obra.

7. Cuando vieron los escitas que Jorge Euforbeno avanzaba contra ellos con un importante ejército y una flota a través del Istro (río que fluye desde lo alto de los montes occidentales y que después de pasar unas cataratas, desemboca por cinco cauces en el Ponto Euxino; corre amplio y caudaloso por extensas llanuras y, gracias a que es navegable, los barcos más grandes y pesados pueden flotar en él; por lo demás, no tiene un único nombre: en su parte superior y cercana a las fuentes se le denomina Danubio, mientras en su parte inferior y próxima a la desembocadura se denomina Istro); pues bien, el bando de los escitas, al observar que Jorge Euforbeno venía por este río y al saber que el soberano estaba a punto de llegar por tierra con un numerosísimo ejército, se vieron incapaces de hacer frente a ambos contingentes, por lo que buscaron un modo con el que poder escapar de tan grave peligro. Enviaron, entonces, a ciento cincuenta embajadores escitas para iniciar unas posibles negociaciones de paz, para lo cual por aquí y por allá, simultáneamente, combinaron sus amenazas con las promesas de estar dispuestos a apoyar al soberano con tres mil jinetes, cuando él lo indicara, en el caso de que quisiera acceder a sus demandas.

8. El soberano, por su parte, se daba perfecta cuenta de que los escitas estaban mintiendo y de que habían enviado esa embajada por huir del inminente peligro; por ello, como sabía que si tuvieran oportunidad, alimentarían la brasa oculta de su perfidia hasta convertirla en una gran hoguera, se negó a discutir sobre los objetivos de la embajada. Mientras se estaba en tales tratos, Nicolás, uno de los secretarios al servicio del soberano, se acercó a su oreja y le dijo quedamente: "Majestad, aguardad un poco, porque en breve se producirá un eclipse de sol." Como el emperador no se mostraba muy seguro de esta predicción, Nicolás juró que no se equivocaba. Y con la agilidad mental que lo caracterizaba, se volvió a los escitas y les dijo: "Remito a Dios la decisión final: si el cielo diera pronto algún signo inequívoco, sabréis con seguridad que yo no acepto en justicia vuestra embajada ante la sospecha de que vuestros falangarcas no portan un sincero mensaje de paz; de no ser así, reconoceré el error que cometí con mis sospechas." No habían pasado aún dos horas, cuando la luna se superpuso sobre el sol y, eclipsando su luz, oscureció toda la superficie del disco.

9. Los escitas quedaron espantados; entonces, el soberano los entregó a León Nicerites (un eunuco que había vivido desde pequeño en la milicia y que era muy estimado), con la orden de que los condujese hasta la ciudad imperial con una fuerte escolta. Él emprendió muy resueltamente el camino a Constantinopla. Pero estos bárbaros, que sólo pensaban en su libertad, cuando llegaron a la pequeña Nicea, mataron a los guardias, que cubrían negligentemente su vigilancia, y retornaron al lado de los suyos por unos senderos bastante tortuosos. En cuanto a Nicerites, que había tenido dificultades para ponerse a salvo, alcanzó al soberano junto con tres hombres en Goloe.

III. Derrota bizantina y hazañas del emperador.

1. Cuando el emperador tuvo conocimiento de estos hechos, por temor a que los embajadores, instigando a todo el ejército escita, lo hicieran caer sobre él y sin esperar a que un sueño lo incitase a combatir, como le sucedió a Aga-

menón, el hijo de Atreo [3], franqueó el desfiladero de Sidera hasta llegar al río Bitzina, que corre desde los montes cercanos, donde fijó su campamento. Allí, muchos de los hombres que se habían alejado del campamento para forrajear fueron muertos y muchos también capturados. Al alba, el emperador salió rápidamente en dirección a Pliscoba, desde donde ascendió a una colina llamada de Simeón, que también era denominada por los lugareños Tribunal de los Escitas. Allí volvió a pasarles la misma desgracia a los que se habían alejado del campamento en busca de suministros.

2. Al día siguiente llegó junto a un río que pasa por las cercanías de Dristra a una distancia aproximada de veinte y cuatro estadios, donde situó la impedimenta y fijó el campamento. Pero de repente los escitas atacaron la tienda del emperador por un sitio inesperado; mataron a un importante número de hombres pertenecientes a las tropas ligeras y capturaron también a algunos maniqueos, que habían luchado con enorme valor. Tan gran alboroto y confusión creó esta sorpresa en el ejército, que la tienda del emperador cayó desmantelada por efecto de los caballos que corrían desbandados, hecho que la oposición al emperador interpretó como un mal augurio. Pero el emperador expulsó lejos del campamento a los bárbaros atacantes con una parte de su ejército y para acabar con la turbación, tan pronto como hubo montado a caballo y hubo apaciguado el tumulto, se dirigió con sus fuerzas en correcta formación a Dristra (una célebre ciudad de la ribera del Istro) para asediarla con helépolis. Puso manos a la obra sin vacilar, la cercó por entero y, tras derrumbar uno de los lienzos de la muralla, entró con todo su ejército.

3. Los parientes del llamado Tatu, que había partido con anterioridad para hacer una alianza con los cumanos y traérselos de vuelta a los escitas como refuerzos, ocupaban aún las dos acrópolis de la mencionada ciudad. Éste, cuando se disponía a partir, se había despedido de los suyos diciéndoles: "Sé con toda seguridad que el emperador piensa ase-

(3) Il., IX, 1 y ss.

diar esta ciudad. Por tanto, cuando veáis que él está a punto de llegar a esta llanura, apresuraos a ocupar el promontorio que la domina, por sernos el lugar más favorable de todos, y emplazad allí un campamento; así, el emperador no tendrá tregua para asediar la ciudad, porque al mismo tiempo estará temeroso del daño que podáis causarle por retaguardia. Entre tanto, de noche y de día, no dejéis de enviar guerreros contra él desde la ciudad." Pero el soberano tomó la decisión que se requería en ese momento y, tras abandonar el asedio de la ciudad, partió de allí; cuando hubo alcanzado un torrente próximo al Istro, fijó el campamento en su ribera y convocó un consejo para deliberar sobre la posibilidad de atacar a los escitas.

4. Paleólogo y Gregorio Maurocatacalon aconsejaban retrasar el encuentro con los pechenegos y ocupar con el ejército Gran Peristlaba. "Pues cuando los escitas" decían "nos vean marchar con nuestras armas y bien formados, no se atreverán para nada a combatir contra nosotros. Incluso en el caso de que se atrevan a combatir sin sus carros, a buen seguro serán derrotados; así, nosotros acabaríamos siendo dueños en adelante de Gran Peristlaba y la podríamos convertir en un refugio inexpugnable." Es ésa una famosa ciudad que se encuentra junto al Istro; antiguamente no era conocida por esa denominación bárbara, sino que poseía un nombre griego, *Gran Ciudad*, porque lo era y merecía este nombre. Pero desde los tiempos en que Mocro, el emperador de los búlgaros, sus sucesores y, en no menor grado, el último miembro de su dinastía, Samuel, el equivalente del Sedecías judío, hicieran incursiones por occidente, adquirió un nombre compuesto y fue llamada con el término griego *Gran*, seguido de una palabra en el idioma de los eslavos, quienes al final conocían a esta ciudad en todas partes como *Gran Peristlaba*.

5. "Entonces, reservándola como un refugio" continuaban diciendo los partidarios de Maurocatacalon "hostigaremos sin descanso con emboscadas diarias a los escitas y les impediremos salir de su campamento para forrajear o buscar suministros." Mientras se discutía esta propuesta, Nicéforo y León, los hijos de Diógenes, desmontaron de sus

caballos y, tras quitarles el bocado y golpearlos en la grupa para que fueran a comer el mijo, añadieron, como jóvenes que eran y desconocedores de las penalidades de la guerra: "No temáis, Majestad, pues nosotros los destrozaremos con nuestras espadas desenvainadas."

6. Pero el emperador, que tenía un temperamento muy arrojado y propenso por naturaleza a iniciar las ofensivas, no prestó ni un segundo de atención a las personas que intentaban disuadirlo y, tras encomendar la custodia de la tienda imperial y de toda la impedimenta a Jorge Cutzomites, los envió a Petrino; en cuanto a sus tropas, les ordenó que por ningún motivo encendiesen hogueras y lámparas durante esa noche y que estuvieran en vela junto a sus caballos hasta la salida del sol. Al alba, salió él del campamento y, una vez tuvo divididas las fuerzas y colocadas las falanges en formación de combate, pasó revista al ejército. Después, ocupó él la posición central de la formación, compuesta por sus parientes de sangre, sus íntimos y su hermano Adriano, quien comandaba en aquella ocasión a los latinos y a otros valientes guerreros. El ala izquierda la mandaba el césar Nicéforo Melisseno, marido de una hermana del emperador. A la cabeza del ala derecha iban Castamonites y Taticio y a los extranjeros los dirigían los sármatas Uzas y Caratzas. El emperador encargó de su custodia personal a un grupo de seis hombres, ordenándoles que no se dedicasen a más tarea que la de velar por su seguridad; ellos eran los dos hijos de Romano Diógenes, Nicolás Maurocatacalon, hombre con una abundante y prolongada experiencia sobre la guerra, Yoanaces, Nampites, jefe de los varegos, y un servidor de la familia llamado Gules.

7. Los escitas también dispusieron su formación de combate, puesto que saben de forma natural cómo se debe plantear la batalla y ordenar la falange; tras organizar las secciones de sus tropas, compactar tácticamente las líneas y convertir su ejército en una especie de muralla con ayuda de sus carros, avanzaron contra el soberano lanzando proyectiles desde lejos. El soberano, a su vez, adaptó la formación de sus tropas para hacer frente a aquellos escuadrones y ordenó que ningún hoplita avanzara ni deshiciera la cohesión de

las líneas hasta que no estuvieran cerca de los escitas y que luego, cuando vieran que el terreno entre los dos ejércitos atacantes tenía la extensión de una brida, corrieran hacia el enemigo.

8. Así pues, mientras el soberano estaba tomando estas disposiciones, aparecieron los escitas a lo lejos acompañados de sus carros, mujeres y niños. El combate duró de la mañana a la noche y se produjo una gran cantidad de muertos con numerosas bajas por uno y otro bando. En un momento de la batalla, cuando León, el hijo de Diógenes, cargaba con mayor energía sobre los escitas, se dejó llevar más de lo conveniente en la dirección de los carros y allí cayó herido de muerte. Por otra parte, Adriano, el hermano del monarca, a quien en aquella ocasión se le había confiado el mando de los latinos, al darse cuenta de que el ímpetu de los escitas era incontenible, cargó a rienda suelta hasta donde estaban los carros y tras un valiente enfrentamiento regresó sólo con siete hombres, puesto que todos los demás habían sido o bien degollados, o bien capturados por los escitas. La batalla iba igualada y ambos ejércitos luchaban aún con decisión, cuando aparecieron algunos jefes escitas que venían seguidos por treinta y seis mil hombres; entonces, los romanos, al no poder ya hacer frente a tan enorme multitud de enemigos, volvieron la espalda.

9. Sin embargo, el emperador estaba a la cabeza de sus fuerzas y permanecía con la espada desenvainada, mientras sostenía en la otra mano el omóforo [4] de la Madre del Verbo a guisa de estandarte. Había sido abandonado en unión de veinte valientes caballeros, que eran Nicéforo, hijo de Diógenes, el protostrátor Miguel Ducas, hermano de la augusta, y algunos servidores de la familia. Entonces, tres infantes escitas, lo agarraron de un salto, uno de cada lado de la brida y otro de la pierna derecha. Él cortó al instante la mano de uno, puso en fuga al otro sólo con alzar su espada acompañando el gesto con un grito y propinó al que le agarraba la pierna un mandoble en el yelmo. Pero este mandoble resultó ser bastante débil y no fue descargado de un golpe con todas sus fuerzas por temor a que una fuerte acometida que atravesase al bárbaro provocase una herida, bien en su propio pie, bien en el caballo que montaba con el resultado final de su captura. Por esto le asestó vehementemente un segundo golpe, aun cuando el impulso de sus manos fuera contenido. Así era él, en efecto: llevaba a cabo toda acción, palabra y movimiento con la sensatez siempre presente, sin exaltarse por la cólera y sin dejarse arrastrar por sus impulsos. En fin, como al primer mandoble de la espada el yelmo había rodado por tierra, asestó otro golpe en la cabeza descubierta del escita y éste, al instante, quedó tumbado en el suelo sin emitir ni un gemido.

(4) Cfr. Leib, II, p.98, n 1: "Reliquia de la Virgen, una capa corta, conservada en la iglesia de Blaquernas y portada a veces en campaña por los basileis.

10. Cuando el protostrátor vio la desordenada huida de las tropas (las falanges ya se habían dispersado en una anárquica fuga) dijo: "¿Por qué, Majestad, intentar permanecer más tiempo aquí? ¿Por qué entregar vuestra vida, derrochando inútilmente vuestras posibilidades de salvación?" Y él le respondió que era mejor morir luchando con valentía que salvarse gracias a una acción indigna. El protostrátor añadió: "Si dijerais esas palabras siendo un hombre cualquiera, seríais digno de alabanza; pero si vuestra muerte comporta un riesgo universal ¿por qué no escoger el mejor camino? Si os salváis, podréis volver a luchar y vencer." Por tanto, cuando el soberano vio que el peligro era ya demasiado inminente a causa de las embestidas de los escitas, perdida ya la esperanza de salvación, dijo: "Ahora es cuando debemos pensar en salvarnos, si Dios quiere; pero no cojamos el mismo camino que los fugitivos y así evitaremos que quienes ahora persiguen a los nuestros nos encuentren al dar la vuelta. Mejor es que carguemos contra ellos" dijo señalando con la mano a los escitas situados en el extremo de la formación "como si hoy naciéramos para morir. De este modo, con ayuda de Dios, cuando hayamos atravesado las filas escitas, podremos irnos por otro camino." Al término de sus palabras, exhortó a los demás para que lo siguieran y él mismo fue el primero en lanzarse como el fuego contra los escitas; a uno de ellos, que él se encontró de frente, lo golpeó con su espada y el enemigo al instante rodó de la silla. Tras romper en dos con los hombres a su mando la com-

pacta formación escita, alcanzó el terreno que había en la retaguardia de los escitas.

11. Estas hazañas fueron las del emperador: en cuanto al protostrátor, su caballo resbaló y él cayó derribado; rápidamente, uno de los servidores le cedió su caballo. Y cuando alcanzó al soberano ya no se separó de él ni un dedo por la enorme devoción que le tenía. A causa de la gran confusión que se produjo entre los que huían y los que perseguían, un nuevo grupo de escitas dieron alcance al emperador. Éste no tardó en volverse y asestó un golpe con su espada a uno de sus perseguidores; los que estuvieron presentes en aquellos momentos afirmaban que no sólo mató a éste, sino también a todos los demás del grupo. Cuando otro escita, que había dado alcance a Nicéforo Diógenes, iba a atacarlo por la espalda, el soberano, que se dio cuenta, gritó a Diógenes: "¡Detrás de ti, Nicéforo!" Y él, volviéndose con agilidad hizo impacto con su espada en la cara al enemigo. Nosotros hemos oído al emperador afirmar en momentos posteriores a esos hechos que nunca había sido testigo de una agilidad y habilidad tan grandes en ningún hombre. Y añadía: "Si no hubiera llevado el estandarte aquel día, habría matado más escitas que pelos tiene mi cabeza." Cuando decía estas palabras no estaba vanagloriándose. ¿Es que había alguien que hubiera alcanzado un punto más alto de modestia que él? Sin embargo, las charlas y las propias características de sus acciones a veces lo obligaban a contarnos en privado algunos momentos de su vida, si bien era a costa de nuestros esfuerzos; pero nadie ajeno a su círculo oyó nunca al emperador soltar ninguna jactancia.

12. Debido a un fuerte viento y al ataque de los pechenegos, le costaba trabajo sostener el estandarte. Entonces, un escita que manejaba con ambas manos una gran lanza, lo hirió en el glúteo y aunque no le llegó a rozar la piel, le causó un dolor incurable que persistió en él durante muchos años. Tan apurado estaba por la situación que dobló el estandarte y lo escondió en una germandria para que nadie pudiera encontrarlo; él, por su parte, se salvó corriendo durante la noche camino de Goloe. Con el día llegó a Beroe, donde se quedó porque deseaba rescatar a los cautivos.

IV. Hazañas de Paleólogo. Rescate de los prisioneros romanos en poder de los escitas.

1. Paleólogo, cuando sus tropas habían sido ya derrotadas, cayó de su caballo durante la huida y lo perdió. Como estaba en un apuro y veía que el peligro se cernía sobre su cabeza, mientras miraba alrededor por si encontraba su caballo, observó que León, el proedro de Calcedonia, de quien hemos hablado anteriormente, revestido del hábito religioso le cedía el suyo, en el que montó y se dio a la fuga; y ya no volvió a ver a aquel piadoso varón. Ese hombre era, ciertamente, una persona de espíritu franco y de un carácter auténticamente digno de un patriarca; sin embargo, tenía una inteligencia bastante simple, mostraba en ocasiones un celo irreflexivo y no tenía una noción exacta de los sagrados cánones. Por todo ello, como arriba se ha dicho, había sufrido penalidades hasta que fue depuesto de su sede. Paleólogo siempre estuvo unido a este hombre, al que estimaba muchísimo por lo excelso de su virtud. En suma, no sabría decir si Paleólogo tuvo una aparición de origen divino motivada por su firme confianza en ese hombre o si la presencia de ese obispo se debió a algún otro secreto designio de la providencia.

2. Mientras era perseguido por los pechenegos entró en un lugar cenagoso y de espesa vegetación, donde encontró a ciento cincuenta soldados romanos. Como estaban angustiados por el cerco de los escitas, puesto que no eran lo bastante numerosos como para hacer frente a tantos enemigos y conociendo desde siempre la valentía y firmeza de las decisiones de Paleólogo, estaban pendientes de la decisión que adoptase. Él aconsejó atacar a los escitas sin pensar para nada en la salvación personal y lograría gracias al provecho que se sacaría precisamente de ese arrojo: "Debemos ratificar con un juramento esta decisión, para que, al estar todos de acuerdo, a nadie se le ocurra abandonar el ataque contra los escitas, porque piense que tanto la salvación como los riesgos sólo le atañen a cada uno personalmente." Así pues, tras una impetuosa carga, golpeó al primero que encontró; éste aturdido por el vértigo, quedó enseguida tendido en tierra. De los demás, que habían cargado con de-

cisión, unos cayeron y otros regresaron de nuevo a aquel espeso bosque como a una guarida, donde se ocultaron para salvar la vida.

3. Mientras Paleólogo, que de nuevo era perseguido por los pechenegos, alcanzaba una colina, su caballo fue a despiomarse por una herida; entonces él subió por un monte cercano. En su búsqueda de un camino que lo salvase y que no había forma de encontrar, estuvo errando durante once días hasta hallar a una mujer, viuda de un soldado, que le ofreció unos días de hospitalidad; y sus hijos, que habían salvado también la vida, le indicaron el camino que le libraría del peligro.

4. Estas fueron las gestas de Paleólogo; los caudillos escitas, por otra parte, deseaban matar a los cautivos que retenían, pero la masa de su pueblo no accedía en absoluto a esta propuesta, porque pretendían canjearlos por un rescate en dinero. Como fue ésta la decisión que se adoptó, se dio cuenta de ello al emperador mediante una carta remitida con Meliseno, que, aun cuando hubiera caído prisionero, había insistido a los escitas para que adoptasen la solución que al final adoptaron. El emperador, que aún permanecía en Beroe, tras hacer transportar desde la ciudad imperial gran cantidad de dinero, rescató a los cautivos.

V. Intervención de los cumanos. Digresión sobre el lago Ozolimne.

1. Entre tanto, Tatu llegó al Istro en compañía de los cumanos con los que se había aliado, quienes, al ver tan enorme botín y el contingente de cautivos, dijeron a los jefes escitas: "Nosotros abandonamos nuestros hogares y, tras largas jornadas de camino, hemos venido en vuestra ayuda con idea de compartir tanto el peligro como la victoria. Por consiguiente, una vez que hemos cumplido nuestra parte, no debemos ser despachados con las manos vacías. Si hemos llegado tarde a la batalla, no ha sido premeditadamente ni somos nosotros los responsables del retraso, sino el emperador, que anticipó la hora del combate. En definitiva, o re-

partís todo el botín con nosotros, o nos tendréis como enemigos en vez de aliados." Los escitas se negaron a admitir estas exigencias y como los cumanos tampoco podían tolerar esta actitud, se produjo un violento enfrentamiento entre éstos y los escitas, que salieron derrotados y se salvaron a duras penas gracias a que huyeron en dirección al lago llamado Ozolimne; allí permanecieron durante bastante tiempo sin atreverse a cambiar de posición por las presiones a que los sometían los cumanos.

2. El que nosotros denominamos ahora Ozolimne es un lago de gran diámetro y extensión que en nada desmerece por su tamaño a los que fueron célebres entre los geógrafos antiguos. Está al otro lado de las Cien Colinas y en él desembocan ríos muy bellos y caudalosos; de la gran profundidad de este lago da prueba el que pueda mantener a flote numerosas y enormes naves de transporte. Se lo denomina Ozolimne, no porque presente emanaciones perjudiciales o pestilentes (5), sino porque a raíz de la llegada de un ejército huno al lago (los hunos son vulgarmente conocidos como *uzos*) y de su acampada a las orillas del lago, se empezó a llamar, creo, a este lago Uzolimne; sustituyendo la vocal *u* por *o*, tenemos su nombre actual. Sin embargo, en ninguna fuente antigua consta que se reuniera allí ningún ejército huno; fue más bien en la época del soberano Alejo cuando todos se juntaron allí procedentes de todas partes y dieron nombre al lugar.

3. Quede aquí constancia de estos detalles referidos a ese lago, cuya historia hemos sido nosotros los primeros en recoger, a fin de demostrar que muchos lugares recibieron sus denominaciones gracias a las diversas campañas del soberano Alejo, ya fuera por indicación directa de él, ya fuera por indicación de los enemigos que lo atacaban. Algo parecido tengo entendido que pasó también en tiempos de Alejandro, el rey de los macedonios. En efecto, tanto la Alejandría de Egipto, como la Alejandría de la India recibieron de él sus nombres; sabemos también que Lisimaquia recibió su

(5) La raíz griega oz- hace referencia al mal olor.

denominación por Lisímaco, uno de sus soldados. No podría extrañarme, por tanto, de que el emperador Alejo, recogiendo ese celo propio de Alejandro, confiriera a los lugares nuevas denominaciones por los pueblos que se reunieran allí o que él convocara, o que transmitiera su propio nombre a los sitios en razón de las acciones que él había realizado en ellos. Quede constancia de estos detalles sobre el citado lago Ozolimne por su valor histórico. En cuanto a los cumanos, al carecer de suministros, retornaron a sus propios hogares para volver de nuevo contra los escitas una vez hubieran arreglado el problema de su suministro.

VI. Fracasos del emperador en su política de evitar las incursiones escitas mediante tratados de paz.

1. Entre tanto, el emperador, que se hallaba en Beroe, concentró allí y armó a los prisioneros rescatados y a todo el resto del ejército. Fue entonces también cuando el conde de Flandes, a su regreso de Jerusalén, llegó a presencia del soberano y le prestó el juramento acostumbrado por los latinos con la promesa de que, nada más llegar a su casa, le enviaría como refuerzos quinientos caballeros. El emperador, tras recibirle con todos los honores, despidió al latino, que se marchó satisfecho a su tierra. Luego, el soberano levantó de allí el campamento y con las nuevas fuerzas que había reclutado llegó a Adrianópolis.

2. Los escitas atravesaron el valle entre Goloe y Diampolis y fijaron su campamento en torno al lugar llamado Marcela. El soberano, por su parte, al enterarse de las noticias relativas a los cumanos y como esperaba su vuelta, sentía temores y estaba receloso por su llegada. Hizo venir entonces a Sinesio y tras mandar redactar unos crisóbulos para los escitas, le ordenó que si consentían en suscribir los tratados y entregaban rehenes como garantía, impidiera que avanzasen más y organizara su estancia en el lugar que ocupasen en ese momento junto con el suministro de abundantes provisiones. Porque los planes que meditaba consistían en emplearlos contra los cumanos en el caso de que a su regreso atravesaran el Istro e intentaran avanzar más al

interior. Si, por el contrario, los escitas no se dejaran convencer, Sinesio debía dejarlos donde estuvieran y regresar.

3. El mencionado Sinesio llegó a su presencia y tras las lógicas conversaciones, los persuadió para que pasaran a ser aliados del emperador. Durante su permanencia entre ellos los cubrió a todos de atenciones, evitando los motivos de queja. Pero los cumanos a su vuelta venían preparados para una nueva guerra contra los escitas, a los que no encontraron; al enterarse entonces de que habían atravesado los desfiladeros y de que, tras llegar a Marcela, habían ultimado un tratado de paz con el emperador, solicitaron a éste el permiso para poder cruzar los desfiladeros y atacar a los escitas. Pero él se negó a satisfacer esta petición, ya que acababa de firmar los acuerdos con los escitas, y añadió: "No tenemos necesidad de ayuda por ahora; tomad todos estos abundantes obsequios y volveos." Después de agasajar a los emisarios y hacerles abundantes regalos, los despidió pacíficamente. Este hecho envalentonó a los escitas, quienes, tras romper el tratado convenido con el emperador, volvieron a comportarse con su anterior crueldad en sus saqueos de ciudades y de regiones adyacentes. En efecto, todos los bárbaros son en general incontrolables e incapaces por naturaleza de respetar los tratados.

4. Cuando Sinesio observó esta reacción, acudió por propia iniciativa al emperador para informarle de la ingratitud de los escitas y de la transgresión del tratado. Cuando el emperador se enteró de la noticia de que ellos habían ocupado Filipópolis, se sintió impotente ante la situación, ya que carecía de fuerzas suficientes para oponerse a tan gran muchedumbre de enemigos y presentarles batalla. Pero demostrando una vez más un talante capaz de hallar soluciones en medio de las adversidades y no acostumbrado a abatirse ante las dificultades, llegó a la conclusión de que debía sometérselos mediante escaramuzas y emboscadas. De este modo, previendo los sitios y las ciudades que pensaban cruzar ellos por las mañanas, él podía moverse al atardecer y anticiparse a su llegada; y si se enteraba de que los bárbaros ocuparían al atardecer alguna otra posición, él se les anticipaba por la mañana. Luchaba contra ellos en la medida de

sus capacidades y a distancia, mediante escaramuzas y emboscadas, para evitar que se adueñaran de alguna plaza fuerte. Al final, ambos bandos, los escitas y el soberano, llegaron a Cipsela.

5. Como aún no había llegado el contingente mercenario que se aguardaba y como el soberano conocía la rapidez con que se movían los escitas y veía que ellos estaban cada vez más cerca de la ciudad imperial, se sintió incapaz de hacer frente a esta situación. Al no disponer de fuerzas suficientes para oponerse a tan numerosa muchedumbre, aceptó, como se suele decir, el mal menor y prefirió solicitar la firma de un tratado de paz. Pidió, por tanto, la paz mediante una embajada; ellos estuvieron enseguida de acuerdo con las propuestas del emperador. Fue entonces cuando Neantzes, antes de que el tratado de paz fuera ratificado, se pasó al bando del emperador.

6. Se encargó entonces a Migdeno el reclutamiento de soldados procedentes de las regiones vecinas; Migdeno era aquél cuyo hijo, durante la batalla que tuvo lugar posteriormente en (...), se arrojó con vehemencia contra las posiciones de los pechenegos; allí lo agarró una mujer escita con un gancho de hierro, lo arrastró al interior del recinto formado por los carros y cayó prisionero. El emperador compró su cabeza cortada a petición de su padre, que murió después de estar golpeándose el pecho con una piedra por su insoportable dolor durante tres días y tres noches. No duraron mucho los acuerdos de paz con los escitas y de nuevo se volvieron, como los perros, a su propio vómito [6]. En consecuencia, tras levantar el campo de Cipsela, ocuparon Taurocomo, donde invernaron, mientras devastaban las poblaciones vecinas.

VII. Continúan las campañas contra los escitas. El batallón de los arcontópulos.

(6) Prov., XXVI, 11.

1. Cuando llegó la primavera, salieron de allí en dirección a Cariópolis. Pero el emperador, que tenía su residencia en Bulgarófigo, sin esperar más, destacó una importante sección del ejército, constituida por toda la élite y los jóvenes guerreros llamados arcontópulos, todos con la barba recién salida y capaces de tener un ímpetu incontenible, y les ordenó que atacasen por detrás a los que iban en lo alto de los carros. Respecto al batallón de los arcontópulos diremos que fue Alejo el que lo organizó por primera vez. Dada la penuria por la que atravesaba el ejército del imperio de los romanos por culpa de la negligencia de los soberanos precedentes, decidió reclutar por doquier a los hijos de los soldados caídos, los entrenó para las armas y el combate y les puso por nombre arcontópulos, como si fueran hijos de arcontes, para que gracias a la evocación de la nobleza y valentía de sus padres provocada por su nombre, recordaran la fuerza de su empuje [7] y fueran más valientes, cuando la ocasión les exigiera audacia y fuerza. Éste era, brevemente, el batallón de los arcontópulos, que constaba de dos mil hombres, ideado del mismo modo que los laconios inventaron la compañía sagrada [8].

2. Pues bien, estos bisoños arcontópulos fueron enviados al combate. Los escitas, emboscados al pie de la colina, observaban su paso y, cuando vieron que éstos asaltaban los carros con un vigor irresistible, se lanzaron contra ellos; durante el enfrentamiento cuerpo a cuerpo cayeron, luchando valientemente, unos trescientos del batallón de los arcontópulos. El emperador lamentó profundamente su muerte durante mucho tiempo, vertiendo cálidas lágrimas y llamando por su nombre a cada uno, como si sólo estuvieran ausentes.

3. Así pues, los pechenegos, tras haber derrotado a sus enemigos y pasar por Cariópolis, se dirigieron hacia Apron, devastando todo lo que hallaban en su camino. El emperador, por consiguiente, recurriendo nuevamente a su anterior método, se anticipó a ellos y entró en Apron por no

(7) Il., VI, , 12.
(8) Nuevo error histórico de Ana Comnena. El batallón sagrado era tebano.

disponer de suficientes fuerzas, como hemos dicho en numerosas ocasiones, para hacer frente al enemigo. En consecuencia, como sabía que ellos salían al amanecer para forrajear, hizo llamar a Taticio, de quien hemos hablado con frecuencia, y le ordenó que seleccionara para su mando a los jóvenes más célebres por su valentía, a los mejores hombres de su guardia y a todos los latinos y que, tras despertarse al alba, observasen los movimientos escitas con la intención de cargar contra ellos a rienda suelta, cuando creyeran que los escitas se habían alejado lo bastante de su campamento para ir a forrajear. Taticio cumplió la orden, mató a trescientos escitas y trajo de vuelta a muchos prisioneros.

4. ¿Qué sucedió entonces? Llegaron los quinientos caballeros escogidos enviados por el conde de Flandes con un obsequio para el emperador consistente en ciento cincuenta caballos de raza. Y es más, le vendieron todos aquellos caballos que ya no les eran útiles. El emperador los recibió con todos los honores y les correspondió con abundantes muestras de agradecimiento. Al recibirse la noticia desde oriente de que Apelcasem, el gobernador de Nicea (cargo que los persas acostumbran a llamar sátrapa y los turcos, que dominan ahora las antiguas posesiones persas, denominan emir), se estaba armando, los envió contra Nicomedia para que defendieran esa región.

VIII. Andanzas de Tzacas por Asia Menor.

1. En aquella ocasión también Tzacas se había cerciorado de las numerosas adversidades del emperador en occidente y de las continuas guerras que los pechenegos mantenían con él; por ello aprovechó esta oportunidad y decidió que debía hacerse con una flota. Encomendó a un esmirneo que había encontrado y que poseía mucha experiencia en esos menesteres la construcción de naves piratas. Después de tener aparejadas numerosas naves junto con cuarenta chalupas reforzadas, embarcó en ellas a expertos guerreros, soltó amarras y navegó hasta Clazomene, de la que se apoderó al primer ataque. De allí navegó hasta Focea, que también tomó al primer envite y desde donde profirió terribles

amenazas mediante un mensajero al curátor Alopo, gobernador de Mitilene, sobre lo que le pasaría en el caso de que no se retirara enseguida de allí; añadía que se preocupaba de él y que por ello le adelantaba que su futuro sería nefasto, si no se marchaba de allí. Atemorizado por las amenazas de Tzacas, embarcó él de noche en una nave y volvió a la capital. Tan pronto como Tzacas se enteró de esta huida, sin esperar ya un instante, partió y se apoderó al primer asalto de Mitilene.

2. Al ser informado el emperador de la resistencia que Metimne, que está en un promontorio de esta isla, ofrecía a Tzacas, despachó numerosas fuerzas a ella para que reforzaran su situación. Sin embargo, Tzacas, sin prestarle ninguna atención a Metimne, hizo enseguida la travesía a Quíos y la ocupó también al primer ataque. Cuando se hubo enterado de este hecho, el soberano envió contra él una importante escuadra con gran cantidad de soldados al mando del comandante Nicetas Castamonites. Este partió, entabló combate con Tzacas y fue derrotado, lo que permitió a Tzacas apropiarse de muchas de las naves capitaneadas por aquél.

3. Cuando llegó a conocimiento del emperador lo que le había sucedido a Castamonites, equipó otra escuadra y puso a su frente como duque a Constantino Daiaseno, hombre muy aguerrido y pariente suyo por parte de madre. Éste, una vez arribado a las costas de Quíos, se ocupó pronto del asedio de su capital combatiendo resueltamente y apresurándose a tomar la ciudad antes de que Tzacas viniera de Esmirna. Así pues, gracias a las embestidas de numerosas helépolis y de las piedras de las catapultas contra las murallas logró derrumbar el lienzo situado entre las dos torres. Los defensores turcos, cuando vieron lo ocurrido y reconocieron que los romanos eran incontenibles en su ímpetu, invocaban en lengua romana la piedad del Señor de todas las cosas. Pero los hombres de Daiaseno y de Opo no refrenaban sus esfuerzos por entrar en la plaza, aun cuando estos dos, temiendo que a su entrada los hombres se apoderasen de todo el botín y el dinero depositado allí por Tzacas, intentasen contenerlos diciendo: "Oíd ya la clara aclamación del soberano que hacen los turcos: están a merced de nuestras

condiciones; no debemos entrar y degollarlos cruelmente." Cuando pasó el resto del día y vino la noche, los defensores construyeron otra muralla en sustitución de la que había sido derribada y colgaron por su cara exterior colchones, pieles y toda la tela que encontraron, para que la fuerza de las piedras arrojadas se redujera y amortiguara en alguna medida.

4. Tzacas dispuso la escuadra que poseía y, después de poner en armas a unos ocho mil turcos, emprendió el camino hacia Quíos; la flota lo acompañaba bordeando la costa. Cuando Dalaseno se enteró de ello, ordenó que los navarcas de su flota, después de que Opo embarcase en unión de un gran número de soldados, soltasen amarras y fueran a presentar batalla a Tzacas, en el caso de que se encontraran con él en algún momento de su ofensiva. Tzacas, tras abandonar tierra firme, navegó directamente hacia Quíos. Opo se encontró con él en medio de la noche y, cuando vio que adoptaba una nueva disposición para navegar (en efecto, había preparado una enorme cadena y unido con ella todos sus navíos para que no pudieran huir los que intentaban escapar, ni, por el contrario, rompieran la formación naval los que deseaban adelantarse a ella), presa del temor y sin atreverse a aproximarse, dio vuelta al timón y se dirigió nuevamente a Quíos.

5. Por su parte, Tzacas lo iba siguiendo astutamente sin cesar de remar. Al arribar a Quíos, Opo fue el primero en atracar las naves a su puerto (pues ya antes lo había ocupado Dalaseno); pero Tzacas rodeó dicho muelle por su extremo y acercó sus naves a la muralla de la ciudad. Era un miércoles. Al día siguiente, desembarcó a todos sus hombres de las naves, los contó y puso en lista. Dalaseno, a su vez, al hallar una plaza fuerte cercana al puerto, destruyó el campamento que había fortificado anteriormente y, tras llegar al nuevo emplazamiento, se fortificó con otra trinchera suficiente para todo su ejército. Al día siguiente, ambos ejércitos se preparaban para combatir, armándose uno contra otro. El ejército romano permanecía quieto, porque Dalaseno había ordenado que nadie rompiera la formación. Tzacas, por su parte, animó a la mayoría de sus tropas bárbaras para que avanzaran contra los romanos, mientras reservaba un exiguo contingente de caballería para que persiguiera a los enemigos. Los latinos, cuando vieron esto, aferraron sus largas lanzas y cargaron contra los bárbaros, quienes disparaban sus proyectiles no a los celtas, sino a sus caballos; tras herir con las lanzas a algunos y matar a muchos, los empujaron en su huida al interior del campamento, desde donde se precipitaron sobre las naves en un impulso descontrolado.

6. Cuando los romanos vieron que los celtas huían asustados y en desorden, retrocedieron un poco y se detuvieron junto al muro de la mencionada plaza. A continuación, los bárbaros desembarcaron en la costa y se apropiaron de algunas naves. Cuando los marineros vieron esto, soltaron amarras, se apartaron del litoral y, después de bajar el ancla, quedaron a la espera de los acontecimientos. No obstante, Dalaseno les ordenó navegar al lado de la costa occidental de la isla, arribar a Bolisso y aguardar su llegada; Bolisso es una fortaleza que se halla en el cabo de dicha isla. Pero algunos escitas, que se habían pasado a Tzacas, le comunicaron el plan de Dalaseno. Destacó, entonces, cincuenta exploradores para que le informasen del momento en el que Dalaseno se dispusiera a soltar amarras para hacerle llegar un mensaje donde se le solicitara iniciar unas posibles conversaciones de paz; en mi opinión, Tzacas había renunciado completamente a sus objetivos porque se daba cuenta de la valentía y audacia que mostraba Dalaseno. Éste comunicó a Tzacas que al día siguiente saldría por el extremo del campamento para negociar sobre cuantos aspectos parecieran convenientes a ambos.

7. El bárbaro no rechazó esta proposición y por la mañana ambos generales acudieron al mismo punto. Tzacas comenzó la entrevista llamándolo por su nombre: "Debes saber" continuó "que yo soy aquel muchacho que durante mis antiguas correrías por Asia y mis intrépidas luchas caí prisionero del famoso Alejandro Caballcas, arrastrado por mi inexperiencia. En aquella ocasión me llevó él como cautivo al soberano Nicéforo Botaniates, que me honró enseguida con el título de protonobilísimo, y tras ser objeto de ricos

obsequios, le prometí obediencia. Pero esta promesa ha quedado rota desde el instante en que Alejo Comneno tomó las riendas del imperio. Por todo ello vengo a comunicarte la causa de mi hostilidad: que sepa el soberano que si quiere acabar con mi renacida enemistad, tiene que restituirme todo aquello que me corresponde por derecho y de lo que he sido privado. En cuanto a ti, si te parece bien que nuestros hijos se comprometan, quede ratificado por escrito este acuerdo entre nosotros, como es costumbre de los romanos y de nosotros los bárbaros. Luego, una vez hayamos cumplido la totalidad de las condiciones ya expuestas, devolveré por mediación tuya al soberano todas las islas que he arrebatado con mis ofensivas al imperio de los romanos y en cumplimiento del acuerdo estipulado con él regresaré a mi patria."

8. Dalaseno, que como conocía desde hacía tiempo el carácter falaz de los turcos, veía en esas palabras sólo una treta, dejó para más adelante el cumplimiento de sus solicitudes, al tiempo que le descubría la sospecha que tenía sobre él, diciéndole: "Ni tú me entregarás las islas, a pesar de lo que has dicho, ni yo puedo acceder sin la autorización del soberano a lo que desde aquí pides a aquél y a mí. No obstante, ya que está a punto de llegar Juan, el cuñado del soberano, con toda la flota y al frente de numerosas fuerzas por mar y tierra, dejaremos que él escuche lo que dices. De este modo, toma buena cuenta de esto, el tratado de paz con el emperador podría suscribirse si él actúa de intermediario:"

9. En efecto, Juan Ducas había sido enviado por el soberano a Epidamno con un aguerrido ejército para que se dedicara con intensidad a la defensa de Dirraquio y al mismo tiempo también para que presentara batalla a los dálmatas. Pues el hombre conocido como Bodino, que era muy combativo y rebosaba perversidad, no consentía permanecer dentro de sus fronteras y con sus correrías diarias por las zonas más próximas a Dalmacia, añadía a sus territorios las plazas fuertes que iba encontrando. Juan Ducas durante una permanencia de once años en Dirraquio, había recuperado numerosas plazas fuertes que estaban al mando de Bo-

cano, había enviado muchos prisioneros dálmatas al soberano y, finalmente, tras una violenta batalla con Bodino, había conseguido capturarlo. El soberano tenía sobradas pruebas de que Juan Ducas era una persona muy aguerrida, útil en la milicia y completamente disciplinado con sus órdenes; lo hizo, pues, venir desde su actual destino, porque necesitaba contar con este hombre para hacer frente a Tzacas, y junto a numerosas fuerzas terrestres y navales lo envió contra el bárbaro con el cargo de gran duque de la flota. A continuación, vamos a exponer con detalle todas las batallas en las que participó este hombre y el modo como logró salir vencedor gracias a la gran cantidad de riesgos que supo afrontar.

10. Como Dalaseno aguardaba su inminente llegada, durante las conversaciones con Tzacas dejaba todo en manos de Ducas. En un momento preciso Tzacas pareció decir aquellas palabras homéricas: "Ya llega la noche; es bueno también obedecerla." (9) Y prometió suministrar abundantes provisiones, cuando amaneciera. Pero todo no era sino un engaño y un fraude, si bien Dalaseno no lo perdía de vista. En efecto, al alba, Tzacas bajó a escondidas al litoral de Quíos y como había viento favorable, navegó hacia Esmirna para reunir más fuerzas y regresar de nuevo a Quíos. Dalaseno, por su parte, no iba evidentemente a la zaga de Tzacas en cuanto a argucias; embarcó en las primeras naves que halló, llegó a Bolso con las fuerzas a su mando; allí, tras procurarse más naves y preparar nuevas helépolis, dio un reposo a los soldados y una vez reclutados más hombres, volvió al sitio de donde había salido. Después de librar un violento combate con los bárbaros, derribó las murallas y se adueñó de la ciudad, mientras Tzacas aún se hallaba de vuelta en Esmirna. Al encontrar el mar en calma, navegó desde esta isla para arribar a Mitilene.

(9) Il., VII, 282-293.

IX. La batalla de Rusio.

1. Una vez tomadas estas disposiciones por el soberano respecto a los asuntos concernientes a Tzacas, tan pronto como se enteró de que los escitas habían alcanzado nuevamente Rusio y habían establecido su campamento en Poliboto, partió sin ningún preparativo de Constantinopla y llegó a Rusio. Lo acompañaba Neantzes, el desertor, que tramaba una grave y terrible traición; estaban también presentes Cantzus y Catranes, hombres expertos en la guerra y que hacían gala de una gran devoción hacia el soberano. Cuando vio a una sección importante del ejército escita, les presentó batalla. Muchos romanos cayeron en aquella ocasión durante el combate, algunos incluso fueron ejecutados al caer prisioneros de los escitas y muchísimos fueron conducidos hasta Rusio.

2. Pero esos hechos tenían que ver tan sólo con algunos forrajeadores escitas; el emperador, tras la llegada de los latinos conocidos por maniacates, decidió entrar en combate formal al día siguiente. Como no había un suficiente terreno entre los dos ejércitos, no se atrevió a hacer sonar la trompeta de guerra por querer ser él quien tomara la iniciativa en la batalla. Así pues, hizo venir al cuidador de los halcones imperiales, Constantino, y le ordenó que tomara un tambor y que sin dejar de golpearlo recorriera durante toda la noche el ejército transmitiendo la orden de prepararse, porque al amanecer del día siguiente el soberano deseaba trabar combate con los escitas sin anunciarlo mediante las trompetas. Los escitas, por su parte, tras levantar el campo de Poliboto, avanzaron hasta el lugar denominado Hades, donde fijaron su campamento. En suma, el soberano tomaba las disposiciones precisas desde la víspera y, cuando amaneció, tras dividir el ejército y ordenar las tropas, los atacó.

3. Cuando aún no se había iniciado el combate y ambas formaciones todavía estaban tomando posiciones, Neantzes, con el pretexto de querer observar las filas escitas y facilitar datos al soberano sobre su posición, le dijo que iba a subir a una colina próxima; en realidad hizo todo

lo contrario de lo que decía. Desde allí aconsejó en su propio idioma a los escitas que situasen los carros en línea y que no temieran al soberano, porque estaba ya vencido desde su anterior derrota y estaba preparado para la huida por la escasez de tropas y aliados que sufría. Cuando hubo concluido su mensaje, descendió junto al soberano. Pero un semibárbaro que hablaba la lengua escita y que había comprendido lo que Neantzes había dicho a los escitas, le hizo saber todo ese mensaje al emperador. Cuando este hecho llegó a conocimiento de Neantzes, exigió la presentación de pruebas; el semibárbaro se presentó sin reparos ante la gente y aportó su testimonio. Mientras éste hablaba, Neantzes desenvainó su espada y cortó la cabeza del hombre en presencia del propio emperador y a la vista de ambas falanges situadas una frente a otra.

4. Creo que Neantzes, con su intento de apartar de sí esa delatora sospecha asesinando al delator, provocó muchas más sospechas. ¿Por qué no esperar a las pruebas? Por el contrario, según parece, en su deseo de cortar la lengua antes de que se explayara revelando sus perfidias, se atrevió a realizar un acto enormemente temerario, digno de un espíritu bárbaro y tanto más sospechoso, cuanto que fue producto de la audacia. Sin embargo, el emperador no mandó prenderlo al instante, ni lo castigó, aunque debiera hacerlo, y contuvo astutamente su corazón, que ardía de ira y rabia, para no cazar antes de tiempo a la fiera por la turbación que causaría entre sus falanges. En efecto, él contenía y reprimía su ira contra Neantzes, a pesar de haber previsto su traición y su defección por estos últimos hechos y por otros más. La desastrosa marcha de las cuestiones militares y la falta de recursos obligaban por ahora al emperador a contener su ardiente cólera.

5. Un poco más tarde, Neantzes se presentó ante el emperador, desmontó de su caballo y le pidió otro. Rápidamente le proporcionaron un nuevo y magnífico caballo, éste con la silla imperial. Montó en él y cuando las formaciones marchaban ya una contra la otra por tierra de nadie, amagó un intento de carga contra los escitas, para terminar avanzando a la carrera hacia sus congéneres con la punta de la

lanza vuelta hacia atrás y dándoles recomendaciones sobre la manera de hacer frente a los batallones imperiales.

6. Ellos llevaron a la práctica sus instrucciones y, tras librar un violento combate con el soberano, pusieron completamente en fuga a sus tropas. El emperador, al ver que sus falanges estaban diseminadas y que todos huían, se sintió incapaz de enfrentarse a esta situación; asimismo, no deseaba correr peligros sin sentido. Por esto, dio vuelta a las riendas y cabalgó hasta llegar al río que corre cerca de Rusio. Allí, sujetando las riendas, luchó dentro de sus posibilidades y junto a varios elegidos contra sus perseguidores; cargaba contra ellos y mataba a muchos. Cuando Jorge Pirro en su huida llegó al río por otra dirección, el soberano lo llamó y animó a acudir a su lado. Pero como veía el arrojo de los escitas y que hora a hora se iban sumando muchos nuevos guerreros que venían como refuerzos, dejó allí a Jorge con los demás tras ordenarle que resistiera sin heroísmos a los escitas hasta que él regresase. Giró con vehemencia las bridas de su caballo, ganó la otra orilla del río, entró en Rusio y a todos los soldados fugitivos que alcanzó en esa localidad, así como a todos los ruslotas que estaban en edad militar, incluidos los campesinos con sus carros, les ordenó que salieran sin tardanza y se colocaran junto a la orilla del río. La orden fue cumplida con mayor rapidez de la esperada y una vez emplazados en línea, corrió nuevamente en dirección a Jorge a través del río, aunque sufriera por los escalofríos de unas fiebres cuartanas hasta el extremo de que sus dientes crujían por los temblores.

7. A pesar de que todo el ejército escita estuviera reagrupado, cuando éstos vieron la doble línea de batalla y al soberano luchando con tanto arrojo, se quedaron quietos sin sacar valor para hacerle frente, porque conocían su audacia, su ánimo igualmente firme tanto en las victorias como en las derrotas y su incontenible empuje. El soberano, de un lado, afectado por la fiebre y, de otro, más propiamente porque aún no se había logrado reagrupar a todos los hombres diseminados de su ejército, se mantenía erguido en su caballo, revistando las tropas y cabalgando con marcialidad para mostrarle al enemigo su valor. Pues bien, lo que

pasó entonces fue que ambos ejércitos permanecieron inmóviles hasta el atardecer. Cuando cayó la noche, retornaron a sus respectivos campamentos sin haber combatido más. Ambos eran presa del miedo y no se atrevían a presentar batalla. Los soldados que se habían dispersado en todas direcciones durante el primer encuentro bélico, fueron regresando poco a poco a Rusio; la mayor parte de ellos ni siquiera había combatido. Entonces, también Monastras, Uzas y Sinesio, guerreros llenos del espíritu de Ares y valerosos, después de pasar por el lugar llamado Aspro, llegaron a Rusio sin que tampoco ellos hubieran tomado parte en ninguna batalla.

X. El soberano logra una victoria sobre los escitas.

1. El soberano, obligado, como dije, por la fiebre de la que era víctima, se acostó brevemente para reponerse. No obstante y a pesar de su estado, tampoco así descansaba, proyectando lo que debía hacer al día siguiente. Tatranas (éste era un escita que se había pasado en muchas ocasiones al soberano y lo había abandonado otras tantas para retornar con los suyos; a pesar de ello, el emperador siempre lo había dignado con su perdón; agradecido por su enorme paciencia, el escita le tenía mucho cariño y su conducta finalmente se orientó a la sincera búsqueda del bien del soberano) se presentó ante él y le dijo: "Preveo, Majestad, que mañana los escitas van a rodearnos para presentarnos batalla. Por tanto, hemos de adelantarnos y, cuando amanezca el día, formar fuera de la muralla." El emperador alabó el consejo que acababa de recibir y dispuso que fueran adoptadas estas medidas a la salida del sol. Al término de sus palabras, Tatranes partió junto a los jefes escitas y les dijo: "No os jactéis de la última derrota del soberano, ni, porque seamos pocos, penséis en librar una batalla favorable para vosotros. El emperador es invencible y esperamos la llegada cuanto antes de un numeroso contingente de mercenarios. Si no aceptáis la paz con él, vuestros cuerpos serán pasto de las aves."

2. Esas fueron las palabras de Tatranes a los escitas. El soberano, por su parte, planeó atrapar sus caballos mientras pastaban por la llanura (era una cantidad innumerable), ya que los bárbaros devastaban con ellos día y noche nuestro territorio. Mandó buscar a Uzas y a Monastras y les ordenó que pasaran por detrás de las líneas escitas al frente de los mejores jinetes, para llegar al amanecer a la llanura y apoderarse de todos los caballos y de los otros rebaños que hubiera, incluidos sus pastores; les animaba a no tener miedo, diciendo: "Vosotros podréis cumplir esta orden sin obstáculos, porque mientras actuáis, nosotros estaremos luchando frontalmente con ellos." Efectivamente, las palabras se hicieron realidad en el acto y la misión fue llevada a cabo felizmente.

3. A causa del inminente ataque de los escitas el soberano no se concedía una tregua para el sueño, ni menos aún dormitaba; antes bien, tras mandar buscar a los soldados, especialmente a los arqueros, durante toda la noche mantuvo largas conversaciones con ellos sobre los escitas; los animaba y les daba las instrucciones más convenientes para la batalla del día siguiente, es decir, cómo se debe tensar el arco, lanzar las flechas, refrenar en ocasiones los caballos para darles rienda a continuación y cómo desmontar, si fuera preciso. Así pasó la noche; cuando amanecía, toda la plana mayor de los escitas, que había cruzado el río, parecía querer combatir, lo que confirmaba las conjeturas del soberano (en efecto, tenía gran habilidad en prever el futuro gracias a la enorme experiencia que había adquirido por la cantidad de combates a que se veía sometido diariamente); entonces el emperador, que había dormido poco, montó enseguida en su caballo, ordenó que la trompeta diera el toque de combate y, cuando tuvo organizada la falange, se puso él a su frente. Tan pronto como vio que los escitas atacaban con mayor resolución que antes, mandó que los arqueros desmontasen de sus caballos y que los atacaran a pie sin dejar de usar sus arcos; el resto de la formación, a su vez, se lanzó tras éstos, mientras el soberano en persona dirigía el centro del ejército.

4. Los arqueros atacaron con valor a los escitas. Cuando la batalla se hizo más violenta, los escitas volvieron la espalda atemorizados por la densidad de las flechas disparadas y, al mismo tiempo también, porque habían visto la formación compacta del ejército romano y al propio soberano luchando con arrojo; seguidamente, se apresuraron a vadear el río y dirigirse a los carros en su retirada. Los soldados de las falanges romanas, en consecuencia, emprendieron una persecución a rienda suelta; y unos herían con sus lanzas las espaldas de los enemigos, mientras otros disparaban sus flechas. En conclusión, muchos bárbaros cayeron muertos antes de que ganaran el río y muchos también se hundieron durante su desordenada huida en los remolinos del río y se ahogaron, mientras eran arrastrados por las aguas. En aquella jornada destacaron por encima de todos los demás los hombres que pertenecían al servicio personal del soberano; todos, en efecto, eran incansables. El soberano, por su parte, regresó a su campamento, donde fue recibido como un auténtico adalid y el claro vencedor de la batalla.

XI. La batalla de Tzurulo. Victoria del emperador.

1. Así pues, tras descansar en aquel mismo lugar durante tres días, levantó el campo y llegó a Tzurulo. Allí observó que no sería preciso trasladarse pronto de su nueva posición e hizo cavar por el lado oriental de esta plaza fuerte un foso suficiente para albergar las tropas con las que contaba en ese momento; dentro del recinto así formado colocó la tienda imperial y toda la impedimenta. Los escitas, que también marchaban sobre Tzurulo, cuando se enteraron de que el soberano se les había adelantado, cruzaron el río que fluye por la llanura cercana a esta ciudad (Jerogipso lo denominan en el lugar) y fijaron su campamento a medio camino entre el río y la aldea fortificada. De este modo, los escitas estaban fuera, rodeando la ciudad, mientras el emperador estaba dentro, atrapado como si se tratara de un asedio. Al caer la noche, en tanto "el resto de los dioses y de los hombres conductores de carros dormían", como dice la Ca-

líope de Homero [10], al soberano Alejo, sin embargo, no le llegaba el dulce sueño; por el contrario, estaba en vela sumido en toda clase de reflexiones sobre la manera de superar mediante la astucia el coraje de los bárbaros.

2. Tras comprobar que la villa de Tzurulo estaba construida sobre una elevada colina y que todo el ejército bárbaro estaba acampado abajo, en la llanura, y al no disponer de fuerzas suficientes como para atreverse a librar una batalla formal contra tan enorme contingente, ideó una estratagema muy ingeniosa. Recogió los carros de los habitantes y los desarmó para quedarse sólo con ruedas y ejes; a continuación colgó estas partes de los carros por fuera de los lienzos de muralla, sujetándolos con cuerdas a las almenas. Dicho y hecho: en una hora estuvieron suspendidas las ruedas junto con sus ejes formando un círculo sobre la muralla con el aspecto de círculos pegados unos a otros y unidos por sus ejes.

3. Por la mañana temprano, se levantó, se armó y mandó armarse a todos sus hombrea; seguidamente, sacó a los soldados fuera de las murallas y los emplazó frente a los bárbaros. Nuestros soldados se situaron en el mismo sector donde estaban colgadas las ruedas; frente a ellos, en una sola línea, se encontraba el enemigo. El emperador, entonces, tras ocupar el centro de las líneaa formadas por sus tropas, ordenó que, cuando la trompeta diera el toque de combate, los soldados desmontaran de los caballos, avanzasen lentamente a pie contra los enemigos, sin dejar de disparar con sus arcos, y que provocasen a la falange de los escitas para que los atacaran. Cuando vieran que lograban atraerlos a sí y que espoleaban a sus caballos, debían dar la vuelta y, dividiéndose en dos secciones que se desviarían ligeramente a derecha e izquierda, cederían terreno a los enemigos hasta que estuvieran cerca de la muralla. Cuando esto aucediera, tenía ordenado que los hombres situados en lo alto de la muralla, nada más ver la escisión de las falanges, cortasen

(10) Il., II, 1-2.

con sus espadas las cuerdas y dejaran que las ruedas con sus ejes se precipitaran muralla abajo.

4. Esta maniobra se llevó a cabo de acuerdo con las órdenas del emperador. Los jinetes escitas entre sus bárbaros alaridos se lanzaron en una masa compacta contra nuestra formación, que lentamente y a pie se dirigía contra ellos. Éstos, de acuerdo con la estratagema del soberano Alejo, se separaron con tranquilidad, paso a paso, en dos secciones, dando la sensación de que retrocedían de manera inesperada, como si ofrecieran una puerta de considerable anchura para que los bárbaros pasaran por ella. Tan pronto como los escitas franquearon la brecha abierta por ambas falanges, las ruedas saltaron impulsadas por su peso, rebotaron estruendosamente en las murallas haata alcanzar una altura superior a un codo, siendo despedidas al chocar con el muro como si fueran lanzadas por una honda, y rodaron por entre los jinetes bárbaros gracias al fuerte impulso que habían adquirido. Debido en parte a este descenso masivo motivado por su propio peso, en parte debido a la gran velocidad que ganaban por la inclinación de la pendiente, el caso es que iban cayendo violentamente por doquier con el mismo efecto que si segaran las patas de los caballos, seccionando sus dos pares, tanto los delanteros como los traseros, por los dos costados, y obligaban a que los caballos se doblaran por donde recibían el impeoto y a que los jinetes cayeran derribados. Mientras se amontonaban sin cesar unos sobre otros, nuestros guerreros se lanasron contra elloa desde ambos flancos y se produjo una batalla de terribles consecuencias para los escitas; unos murieron por efecto de las flechas, otros fueron heridos por las lanzas y la mayoría de los que quedaban, derribados por las ruedas, se precipitaron en la corriente del río y se ahogeron.

5. Al día siguiente, al ver que los escitas superviviente volvían al combate y como notaba que sus hombres estaba animados, les ordenó que se armaran. También él, cuando hubo tomado sus armas y hubo dispuesto la formación de combate, descendió a la pendiente. A continuación, emplazó sus falanges de cara a los escitas y se situó junto a ellas para combatir con todo su coraje. Así pues, él ocupaba

el puesto central de las tropas. Tras una sangrienta batalla, las falanges romanas obtuvieron inesperadamente la victoria y emprendieron sin contenerse la persecución de los enemigos. Cuando el soberano comprobó que en la persecución sus soldados se habían alejado a bastante distancia, temiendo que algunos escitas emboscados cayeran de improviso sobre los romanos, dieran la vuelta al resultado de la batalla y, uniéndose los emboscados con los fugitivos, provocaran un grave perjuicio al ejército de los romanos, cabalgó rápidamente hacia los soldados y les ordenó que retuvieran las riendas y refrescaran sus caballos.

6. Así, ambos ejércitos pusieron tierra por medio aquel día. Pues los unos con su fuga y el otro como vencedor regresaron a sus campamentos. Los escitas, completamente derrotados, fijaron sus tiendas entre Bulgaróflgo y la pequeña Nicea. Como el invierno ya se echaba encima, el soberano reconoció que era preciso volver a la capital, para que tanto él como la mayor parte del ejército descansaran de la fatiga provocada por los muchos combates. Así pues, dividió las tropas, seleccionó para que permanecieran en el frente a la totalidad de los hombres más intrépidos de todo el ejército y los puso al mando de Ioanaces y Maurocatacalon, sobre quienes ya antes hemos hablado con frecuencia; asimismo, les encomendó que introdujeran en cada una de las poblaciones un número de soldados suficientes para su defensa y que se procuraran por toda la región infantes y carros junto con los bueyes que tiran de ellos. En efecto, como deseaba reemprender la guerra contra los escitas con mayor fuerza cuando llegara la primavera, hacía de antemano los preparativos pertinentes y tomaba las medidas precisas. En suma, cuando todo estuvo listo, regresó a Bizancio.

LIBRO VIII

EXTERMINIO FINAL DE LOS ESCITAS. CONJURAS INTERNAS EN EL IMPERIO (1091)

I. Acciones en torno a Querobacos. Los escitas cerca de Constantinopla.

1. Al enterarse el soberano de que los jefes escitas habían seleccionado una porción de su ejército y la habían destacado contra Querobacos, adonde se esperaba que llegasen, mostrando el mismo carácter decidido de siempre a la hora de afrontar cualquier misión, como si tuviera previstos hasta los acontecimientos más inesperados, reunió a la guarnición de la ciudad y a todos los hombres recién reclutados, en total unos quinientos soldados, los armó durante la noche y sin poder descansar ni siquiera una semana en el palacio, ni tomar un baño, ni sacudirse el polvo, partió al alba. En este mismo instante, comunicó su partida contra los escitas a sus parientes e íntimos y a todas aquellas personas de noble linaje que se habían sumado al ejército (era el viernes de abstinencia) [1] y les impartió las siguientes órdenes mediante un mensajero: "Me marcho porque me he enterado de que los escitas se mueven con rapidez en dirección a Querobacos; en cuanto a vosotros, salid detrás de nosotros durante la semana de la Tirofagia, porque ahora, entre el viernes de abstinencia y la Tirofagia, os dejo descansar un poco para no parecer gravoso y poco razonable."

2. Así pues, se encaminó sin tardanza y directamente a Querobacos; una vez en su interior, cerró las puertas y recogió él mismo las llaves. Luego, distribuyó a todos sus leales servidores por las almenas de la muralla, con la orden de

(1) Cfr. nota 4, libro II.

que no se tomaran descanso y de que se mantuvieran en vela, vigilando las murallas, no fuera que alguien subiese a ellas y se asomase para entrar en tratos con los escitas.

3. Al salir el sol, los escitas que eran esperados ocuparon la elevación que está próxima a la muralla de Querobacos y se instalaron en ella. A continuación, se destacaron unos seis mil de ellos, se dispersaron para saquear la zona y llegaron incluso hasta la localidad de Decato, que dista en torno a diez estadios de las murallas de la ciudad imperial, hecho por el que, creo, recibió su nombre. El resto del contingente enemigo permaneció en el mismo sitio. El emperador subió a la muralla para observar la llanura y las colinas de los alrededores por si nuevas fuerzas bárbaras se sumaban a las que allí estaban o por si éstas tendían emboscadas para intentar detener al que pudiera atacarlos. Pero no observó ningún indicio de tales movimientos; sí vio, por el contrario, en la segunda hora del día que los escitas no se disponían a combatir, sino que se agachaban para comer y descansar. Entonces se le hizo insoportable la sola idea de que, tras someter a pillaje toda la región, avanzasen hasta los propios muros de la emperatriz de las ciudades sin que él pudiera hacerles frente en una batalla formal por la cantidad de gente que vio en sus fuerzas; y todo ello cuando él había salido de Constantinopla para expulsarlos del país.

4. Por tanto, hizo entonces llamar a los soldados que estaban a su mando y, con la pretensión de comprobar su estado de ánimo, les dijo: "No debemos acobardarnos al mirar la masa de los escitas, sino presentarles batalla con nuestra confianza puesta en Dios; pues sólo con que actuemos coordinados, estoy convencido de que los derrotaremos completamente." Ante el radical rechazo de sus hombres a esa iniciativa, él les dijo, para atemorizarlos más y alertarlos ante el peligro: "Si los que han salido para saquear regresaran y se unieran a los que están aquí, el peligro sería manifiesto. Porque o la fortaleza caería en sus manos y nosotros seríamos víctimas de una matanza, o por el contrario, sin prestarnos la más mínima atención, se acercarían a las murallas de la ciudad imperial y no nos permitirían entrar en la ciudad por estar acampados delante de sus puertas. En consecuencia, hay que arriesgarse para no morir como cobardes. Yo, por mi parte, pienso salir ahora mismo; todos aquellos de vosotros que queráis seguirme cuando yo corra en vanguardia para meterme en medio de los escitas, hacedlo; todos aquellos de vosotros que no podáis o no queráis hacerlo, no crucéis el umbral de las puertas."

5. Así pues, pronto salió armado por la puerta que daba a la zona del lago. Tras bordear la muralla y dar un pequeño rodeo, subió por la zona posterior de la colina, pues sabía que sus hombres no lo seguirían en un combate frontal contra los escitas. Él fue quien primero agarró su lanza y se precipitó entre las tropas escitas, acometiendo al primero que se le oponía. Tampoco sus soldados abandonaron la batalla y en aquella ocasión dieron muerte a la mayor parte de los enemigos, mientras que a los restantes los hicieron prisioneros. Después, de acuerdo con su hábito de tramar argucias, ordenó que los soldados se vistieran con las ropas escitas y montaran en sus caballos; entregó a algunos de sus más leales los caballos de sus soldados, sus estandartes y las cabezas de los escitas que habían cortado y les ordenó que guardaran estas cosas y que lo esperasen dentro de la fortaleza. Cuando todo estuvo organizado, con los estandartes escitas y sus soldados vestidos con ropajes escitas descendió hasta el río que corre cerca de Querobacos, que era el lugar por donde pensaba que pasarían los escitas al regreso de sus incursiones. Aquellos saqueadores, al verlos allí, creyeron que eran también escitas y acudieron a su lado sin ninguna precaución; unos cayeron en la matanza y los demás fueron capturados.

II. Retorno de Alejo a la capital. El emperador da la bienvenida a las tropas de refuerzo con un simpático engaño.

1. Cuando cayó la tarde (era sábado) retornó en compañía de los cautivos. Tras permanecer también allí el día siguiente, al amanecer del lunes salió de la ciudad. Dividió sus tropas y colocó a unos, los portadores de los estandartes escitas, delante y detrás a los prisioneros escitas, todos bajo la custodia de los lugareños; en cuanto a las cabezas cortadas

y clavadas en lanzas ordenó que hicieran el camino del mismo modo y sostenidas por otros hombres. Tras éstos y a una distancia moderada los venía siguiendo con sus soldados y los habituales estandartes romanos..

2. Cuando amaneció el domingo de abstinencia [2], Paleólogo, que era un hombre de comportamiento arrojado en las acciones bélicas, partió de Bizancio antes que los demás. Como conocía el temperamento impulsivo de los escitas, no hacía el camino despreocupadamente; por el contrario, destacó un reducido grupo de sus servidores, que lo seguían, y les ordenó que se adelantaran a una cierta distancia para inspeccionar las llanuras, los bosques y los caminos de esos contornos; si aparecieran en algún momento los escitas, debían retornar rápidamente y comunicárselo. Así pues, cuando en el transcurso de esta misión vieron por la llanura llamada de Dimilia a los hombres que vestían las ropas escitas y llevaban los estandartes escitas, retrocedieron y dijeron que ya estaban llegando los escitas. Paleólogo, sin perder tiempo, tomó sus armas. Entonces, se presentó a pie otro explorador que insistía en que tras los escitas habían aparecido, a una prudente distancia, estandartes romanos y soldados que marchaban detrás de ellos.

3. Quienes daban estas noticias hacían conjeturas ciertas y al mismo tiempo erróneas. El ejército que iba en retaguardia era, efectivamente, romano en su aspecto y en la realidad, con el emperador a su cabeza; pero los que iban delante con indumentaria escita eran todos integrantes del ejército romano, aunque vistieran ropas escitas por orden del emperador. E igual que engañaron gracias a su apariencia de escitas a los auténticos escitas, como hemos contado anteriormente, con el mismo propósito el soberano mandó usar en aquellos momentos los ropajes escitas con idea de engañar y hacer caer en el error a los nuestros y así, quienes se encontrasen con ellos quedaran aterrados como si creyeran caer sobre los escitas, cuando sólo eran nuestros soldados, y se provocara una simpática y estratégica carcajada mezclada con el miedo. Pues antes de que el temor se adueñase completamente de ellos, se aliviarían viendo detrás al emperador. De esta manera el soberano iba asustando inocentemente a los que se encontraba.

(2) Leib, II, p.130, n.1: sábado de sexagésima.

4. Mientras que el miedo se adueñaba de sus demás hombres por el espectáculo que iba apareciendo, Paleólogo, sin embargo, que superaba a todos en experiencia y conocía lo ingenioso que era Alejo en sus estratagemas, se percató enseguida de que todo eso no era más que una ocurrencia de Alejo; entonces, respiró tranquilo y tranquilizó a los demás. Los que venían tras Paleólogo, el contingente de parientes y allegados del emperador, ya estaban concentrados detrás de ellos. En su opinión iban con prisas para dar alcance al soberano según lo acordado con él. Habían convenido en que lo alcanzarían tras la abstinencia, como hemos dicho antes, en la Tirofagia. Pero ellos no habían terminado de salir de la ciudad, cuando el soberano ya retornaba triunfante. Por eso, cuando se unieron a él, no hubieran creído que se trataba del emperador triunfante, que había logrado tan rápidamente la victoria, si no hubieran visto unas cabezas escitas ensartadas en la punta de las lanzas y a los restantes, cuyas cabezas aún no había cortado la espada, encadenados por la espalda y arrastrados uno tras otro como prisioneros.

5. La rapidez de esta campaña provocó asombro, excepto en lo que sé de Jorge Paleólogo (los testigos presentes nos lo han relatado), ya que se reprochaba a sí mismo con irritación su retraso en acudir al combate y su falta de asistencia al soberano, que tan gran renombre había conseguido con su inesperada victoria sobre esos bárbaros. Paleólogo tenía gran interés en participar de tan enorme fama. En cuanto al soberano, podría aplicársele lo que dice el versículo del Deuteronomio, que en aquella ocasión fue dicho y hecho: "¿Cómo es que uno va a perseguir a mil y cómo es que dos van a poner en fuga a millares?" [3] Casi en solitario se enfrentó entonces el emperador Alejo a aquella ma-

(3) Deuteron., 32, 30.

sa de bárbaros tan numerosa y soportó con firmeas todo el peso de ia guerra hasta obtener ia victoria. Efectivamente, si reflexionamos sobre ei número de soidados que io acompañaban y sobre su vaiía, para luego compararios con ias estratagemas del soberano y su astucia, así como su vaientía y su audacia en ia actuación contra la masa de ios bárbaros y su poderío, nos encontraríamos con que ia victoria fue obra exciusiva de éi.

III. Ei imperio se halia acosado por tierra y mar y reducido a escasos territorios. Reacción de Alejo.

1. En conclusión, esa fue ia manera en que Dios concedió aqueiia inesperada victoria ai soberano. Los bizantinos, por su parte, al ver su entrada, quedaron admirados y contentos por la rapidez, la determinación y la habiiidad de las que había hecho gaia, celebrando con cantos ei repentino triunfo, saitando y entonando himnos a Dios, que ies había dado ese saivador y benefactor. Pero este joigorio, así son los seres humanos, carcomía interiormente a Nicéforo Meiiseno y, sin poder soportario, dijo: "Esta victoria es tanto una alegría inútil, como una pena que quedará impune." En efecto, ios escitas, que formaban una incontabie muchedumbra, devastaban todo ei occidente y nada de io sucedido refrenaba en absoiuto su incontenibie arrojo. En ciertos iugares del occidente iiegaron incluso a ocupar algunas ciudades, sin contar ios pueblos próximos a ia capitai dei imperio; es más, se presentaron hasta en el denominado Torrente Profundo, donde hay una igiesia dedicada al muy gran mártir Teodoro. Era costumbre que mucha gente acudiera diariamente a venerar ai santo y que ios domingos ios devotos hicieran una peregrinación masiva a ese sagrado santuario y permanecieran durante ia noche y el día en su recinto, ya fuera en ei vestíbuio o en la parte posterior de ia igiasia. Pero tan arroiiador era el incontenibie empuje de los escitas, que quienes deseaban venerar ai mártir ni siquiera osaban abrir las puertas de Bizancio a causa de ias continuas incursiones de ios escitas.

2. Mientras estos terribles hechos sucedían en occidente, el soberano tampoco estaba libre de ias preocupaciones que ie provocaba ia situación en ei mar; antes bien, estaba en grave peligro, ya que Tzacas se había hecho con una nueva escuadra y recorría todas ias zonas del litorai. Esta situación afligía al emperador, que se irritaba por el acoso a que lo sometían estos problemas. En ese momento, ie fue comunicado que Tzacas, tras haberse hecho con una gran flota en las zonas costeras y devastar ias isias que previamente había ocupado, intentaba poner en práctica sus pianes contra ias ragiones occidentales y aconsejaba a los escitas por medio de embajadores que ocuparan el Quersoneso; asimismo, tampoco permitía que el contingente de tropas mercenarias que había venido de oriente para unirse ai soberano, es decir, el contingente turco, respetase ios inquebrantables tratados que tenían con él mediante halagos y ventajosas promesas, si abandonaban al soberano y se sumaban a sus fuerzas desde ei momento en que recibieran ia cebada.

3. Cuando ei emperador se enteró de estos hechos y como los asuntos por mar y tierra tomaban un cariz totalmente negativo y ei invierno, al presentarse con crudeza, impedía ei uso de las salidas en todas partes, de modo que ni siquiera se podían abrir ias puertas de las casas por ios montones de nieve que se formaban ante eilas (había caído mucha y en cantidades que nadie recordaba anteriormente), hacía io posible por apresurarse a iiamar mercenarios mediante cartas enviadas a todas partes.

4. Cuando el soi acababa de iiegar ai soisticio de primavera, momento en ei que ia amenaasdora hostilidad de ias nubes se aiejó y ei mar calmó su cóiera, como el enemigo acechaba por ambos iados, consideró preciso ocupar primero ia franja costera, tanto para enfrentarse con facilidad a ios adveraarios que atacaban en naves, como para combatir cómodamente contra ios que acudían por tierra. Sin perder tiempo envió un mensaje al césar Nicéforo Meliseno con la orden de que se apoderara de Eno antes de io que era de esperar. Previamente, ie había indicado por carta que reuniera a cuantos hombres pudiera, pero no entre aqueiios que ya

hubieran estado en filas (los había diseminado por todas las ciudades de occidente para que defendieran sus plazas más importantes), sino allstando a sus nuevos reclutas, parte entre los búlgaros, parte entre los nómadas (que la lengua vulgar conoce con la denominación de válacos) y parte entre los procedentes de cualquier otra región, tanto jinetes como infantes.

5. En cuanto al emperador, tras hacer venir a los quinientos celtas del conde de Flandes desde Nicomedia, salió con sus allegados de Bizancio para llegar rápidamente a Eno. Subió entonces a una barca y después de inspeccionar cuidadosamente la situación del río y examinar todo su cauce desde ambas orillas, reconoció el lugar donde el ejército ocuparía una posición más segura y se volvió. Esa noche convocó a los jefes del ejército y les comentó el resultado de la inspección del río y de sus dos orillas: "Es preciso que vosotros lo atraveséis mañana para observar toda la extensión de la llanura que hay al otro lado. Tal vez no os parezca inaproplado el emplazamiento que os voy a mostrar y donde tenemos que montar el campamento." El acuerdo fue unánime. Al amanecer, el primero en tocar la otra orilla fue el emperador seguido de todo el ejército. Después de examinar otra vez con los jefes militares toda la ribera del río y la llanura que se extendía al otro lado y señalarles el lugar que le gustaba (se hallaba próximo a un pueblo llamado Querenos por los lugareños, con el río a un lado y al otro un terreno pantanoso), ante el asentimiento general de los soldados sobre la protección que ofrecía el lugar, mandó sin tardanza que se cavara un foso y acantonó en aquel sitio todo el ejército. El emperador, entonces, regresó a Eno junto con numerosos peltastas para repeler los ataques de los escitas que venían por aquella dirección en contra de nosotros.

IV. Diversas acciones contra los escitas. Reaparición de los cumanos.

1. Cuando los hombres atrincherados en Querenos fueron informados de la venida de innumerables tropas escitas, se lo comunicaron al emperador, que aún permanecía

en Eno. Él montó rápidamente en una barca y navegó río arriba desde la desembocadura hasta unirse a todo su ejército. Al comprobar que sus fuerzas no equivalían ni siquiera a una mínima parte del ejército escita, se sintió incapaz de hacerles frente y temeroso por carecer de cualquier apoyo humano. Pero no se abatió, ni olvidó su deber, sino que reflexionó largamente sobre estos hechos.

2. Al cuarto día vio acercarse a lo lejos por otra dirección un ejército cumano de unos cuarenta mil hombres. Ante el temor de que ellos se sumaran a los escitas y provocaran un enfrentamiento que sería funesto para él (ninguna otra cosa se podía esperar en ese caso, salvo el total aniquilamiento) creyó que debía atraérselos a su bando; tomó, pues, la iniciativa y los hizo llamar. Había muchos otros jefes en el ejército cumano, pero los cabecillas eran Togortac, Maniac y algunos otros hombres muy aguerridos. Al ver venir hacia él la muchedumbre de los cumanos y por su experiencia sobre lo tornadizo de su carácter tuvo miedo de que, a pesar de hacerlos sus aliados, acabasen convirtiéndose en enemigos y adversarios, lo que le produciría un grandísimo daño.

3. Alejo consideró que era más seguro levantar el campo de allí con todo su ejército y cruzar de nuevo el río; pero antes creyó preciso hacer llamar a los jefes cumanos. Ellos acudieron inmediatamente a presencia del soberano, incluido Maniac, aunque más tarde que los demás por un primer rechazo a asistir a la reunión. Ordenó entonces a los cocineros que les sirvieran una abundante mesa. Después de la celebración del festín, de un cortés agasajo y de ser honrados con todo tipo de regalos, les pidió un juramento y rehenes porque recelaba de su carácter engañoso. Ellos hicieron de buena gana lo que se les exigió y ofrecieron mantener su lealtad si les era permitido llevar a cabo lo que pedían: presentar batalla a los pechenegos en un plazo de tres días. Si Dios les daba la victoria, prometían asignar al soberano una parte de las dos en que dividirían todo el botín obtenido. Él les concedió permiso para que atacasen a los escitas con completa libertad no ya dentro de tres días, sino dentro de diez días con sus noches y les cedió por entero to-

do el botín que pudieran arrebatarles, si Dios les otorgaba la victoria.

4. Pues bien, los ejércitos escita y cumano permanecieron en aquel mismo lugar quietos durante un tiempo, si bien los cumanos habían tanteado ya al ejército escita mediante emboscadas. No habían transcurrido aún tres días, cuando el soberano hizo llamar a Antíoco (un hombre noble y destacado de los demás por su carácter enérgico) y le ordenó que fabricase un puente. Éste fue construido con barcas unidas entre sí por larguísimas planchas de madera que estuvo terminado enseguida. A continuación, el emperador hizo llamar al protostrátor Miguel Ducas, su cuñado, y al gran doméstico, su hermano Adriano, para encomendarles la misión de que permanecieran junto a la orilla del río y no dejaran que lo cruzaran al mismo tiempo la infantería y la caballería mezcladas, sino que los primeros en destacarse del ejército fueran los infantes junto con los carros, la impedimenta y las mulas de carga. Así pues, cuando la infantería hubo atravesado el río, mandó que se guareciera en el interior de un atrincheramiento que fue cavado con mayor rapidez de lo normal por temor a las fuerzas escitas y cumanas y recelando de sus furtivos ataques; luego ordenó que cruzasen los jinetes y, mientras lo hacían, él, quieto junto a la orilla del río, contemplaba a quienes lo pasaban.

5. Melíseno, por su parte, siguiendo las instrucciones contenidas en la carta del emperador que había recibido previamente, reunió tropas de todas partes e hizo levas forzosas de infantes, que cargaron en carros tirados por bueyes su impedimenta y todo lo necesario, y los envió sin perder tiempo al emperador. Cuando ellos llegaron a una distancia del ejército suficiente para que el ojo pudiera distinguir lo que veía, la mayoría de los soldados creyó que era un grupo destacado de las fuerzas escitas para atacar al soberano. Incluso alguien con insistencia los señalaba con el dedo ante el emperador y sostenía que eran escitas. Y él, creyendo que era cierto lo que se decía y sin disponer de bastantes tropas como para hacer frente a tantos enemigos, se sintió incapaz de soportar su ofensiva. Hizo venir entonces a Rodomero (un noble de origen búlgaro y pariente por línea materna de

la augusta, nuestra madre) y lo despachó con la misión de observar a los que venían. Él cumplió raudo lo ordenado y a su vuelta dijo que eran los hombres enviados por Melíseno. El soberano se puso contento. Después de esperar un poco la llegada de los que venían, atravesó con ellos el río y, cuando hubo ampliado el atrincheramiento, los unió al resto del ejército.

6. Los cumanos pronto alcanzaron el atrincheramiento desde donde el soberano, tras levantar el campamento, había salido para cruzar el río con todo su ejército y acamparon allí mismo. Al día siguiente, después de levantar el campo, el emperador se dispuso a llegar al curso inferior del río que se denomina Filocales por los lugareños; se encontró entonces con bastantes escitas, a quienes atacó y llevó a un violento combate. Como consecuencia, durante la batalla murieron muchos hombres de ambos bandos; sin embargo, el soberano obtuvo la victoria gracias a la total derrota de los escitas. Después de que la batalla concluyera con ese resultado y una vez separados los dos ejércitos en dirección a sus respectivos campamentos, el ejército romano permaneció en el mismo sitio durante toda la noche. Al amanecer, levantaron el campo de allí y llegaron a una colina denominada Lebunes, que domina la llanura. El emperador subió a su cima y, como el lugar elevado no daba cabida a todo el ejército, mandó erigir a sus pies una fortificación y un foso capaz de albergar a todo el ejército y lo sitúo en su interior. En aquel preciso instante se volvió a pasar al soberano el desertor Neantzes y con él unos cuantos escitas. Cuando el soberano lo vio, recordó sus anteriores muestras de ingratitud y como añadiera algunas otras fechorías, acabó por prenderlo y encadenarlo junto con sus compañeros.

V. La batalla de Lebunio.

1. Mientras el emperador llevaba a cabo esas acciones, los escitas, que se hallaban junto al arroyo denominado Mauropotamo, intentaban atraerse secretamente a los cumanos requiriendo una alianza con ellos. Pero tampoco paraban de enviar embajadores al emperador para pedir la

paz. Él, por su parte, adivinando su dolosa actitud, les respondía apropiadamente, porque quería dejar en el aire sus planes hasta que recibiera los mercenarios esperados desde Roma. A su vez, los cumanos, que consideraban ambiguas las promesas de los pechenegos, no se les unieron; es más, le preguntaron una tarde al emperador: "¿Hasta cuándo retrasaremos el momento de la batalla? Sabed que ya no aguardaremos y cuando el sol se levante, comeremos carne de lobo o de cordero [4]." Al término de estas palabras, el emperador, percatándose de que la decisión de los cumanos era definitiva, no podía ya retrasar más el momento de la batalla; como habían decidido para aquel día el momento del combate, les prometió que el enfrentamiento con los escitas tendría lugar al día siguiente; seguidamente, él convocó a los jefes, a los pentecontarcas y a los demás para ordenarles que anunciasen por todo el recinto que el combate sería al día siguiente.

2. Aunque tenía intención de combatir, sin embargo, temía a la innumerable muchedumbre de pechenegos y cumanos y sospechaba de un entendimiento entre ambos. Mientras el emperador hacía estas reflexiones, se pasó a sus filas un contingente de cinco mil hombres audaces y belicosos procedentes de regiones montañosas.

3. Puesto que la batalla no admitía ya más retrasos, invocó a Dios como auxilio. Cuando el sol se estaba poniendo, el emperador fue quien primero comenzó las oraciones destinadas a Dios en medio de una brillante luminosidad y con el canto de los himnos consagrados a Él. No dejó que el resto del campamento fuera ajeno a estas devociones y, mientras fue aconsejando uno por uno a los más sensatos que hicieran lo mismo, a los más descuidados se lo ordenó. Entonces pudo verse cómo el sol se ocultaba en el horizonte al mismo tiempo que el ambiente se iluminaba no ya con el fulgor de un único sol, sino con el de muchos otros astros que regalaban su brillante resplandor. Todos los hombres aplicaron antorchas o velas a sus lanzas, según las posibilidades de cada cual, y las encendieron. El rumor de las voces que se elevaban desde el ejército, creo que llegaba a la bóveda celeste o, más aún y por ser sinceros, ascendía hasta Dios mismo, Nuestro Señor. Por todo esto considero que debe dejarse aquí constancia de la religiosidad del emperador, ya que no accedía a atacar al enemigo sin auxilio divino. Su valor no se basaba en hombres, caballos o máquinas, sino que ponía toda su confianza en la voluntad divina.

(4) Esto es: serán vencidos o vencerán.

4. Esta celebración duró hasta media noche; luego, tras dormir un poco, se despertó y armó fuertemente a los soldados ligeros. En algún momento también mandó a determinados hombres que se vistieran con unas túnicas de seda que imitaban el color del hierro, como si fueran corazas y yelmos, porque no había bastantes existencias de ese material para todos. Cuando acababa de despuntar el día, salió fuertemente armado de su atrincheramiento y ordenó que sonara el toque de combate.

5. A los pies del Lebunio (aquél era el lugar) dividió su ejército y situó en orden las falanges. El emperador mismo se puso al frente dominado por su viva cólera, mientras que el ala derecha e izquierda las comandaban respectivamente Jorge Paleólogo y Constantino Dalaseno. Más allá de los cumanos emplazados en el ala derecha, se colocó Monastras, armado junto con los hombres a sus órdenes. Cuando los primeros vieron que el emperador estaba ordenando las falanges romanas, armaron a sus fuerzas y adoptaron una formación de combate acorde con sus costumbres. A la izquierda de éstos estaba el llamado Uzas y por la parte que mira a occidente, Umbertópulo con los celtas. Por consiguiente, cuando el soberano hubo dispuesto así el ejército, dejándolo con el aspecto de una fortaleza, y lo hubo rodeado con los escuadrones, de nuevo ordenó que la trompeta hiciera sonar el toque de combate. Entonces, los romanos, por temor a aquella inmensa muchedumbre de escitas y a sus incontables carromatos, que les servían como de murallas, tras solicitar la compasión del Señor de todas las cosas con un solo clamor, a rienda suelta corrieron a dar batalla a los escitas con el emperador marchando al frente de todos ellos.

6. Con sus líneas en forma de media luna, en un mismo instante y como a una única señal todo el ejército, incluidos los cumanos, inició el ataque; entonces, uno de los principales jefes escitas, previendo lo que iba a suceder, se procuró la salvación y, tomando a unos pocos consigo, se pasó a los cumanos por ser gente que hablaban la misma lengua. Pues, aunque los cumanos luchasen con valor contra los escitas, sin embargo aquel jefe tenía más confianza en éstos que en los romanos y se había pasado a su bando para emplearlos como mediadores ante el soberano. A la vista de este hecho, el soberano temió que otros escitas viniera a unirse a los cumanos y los convenciesen de que atendieran sólo a sus intereses personales y volvieran contra la falange romana de una vez sus riendas y sus intenciones, y haciendo gala de su habilidad para comprender lo que era conveniente en los momentos críticos, ordenó inmediatamente al portaestandarte imperial que llevara su enseña hasta el campamento de los cumanos y que se quedara allí.

7. Disuelta ya la cohesión militar de los escitas, cuando los dos ejércitos se acercaron uno al otro, pudo verse una matanza como nunca nadie había visto antes. Mientras los escitas eran terriblemente masacrados, abandonados ya por el favor divino, los masacradores se agotaban con el enérgico y continuo manejo de sus espadas hasta desfallecer y ceder en su empuje. El soberano, a su vez, cabalgando entre los enemigos, conmocionaba a todas las falanges con sus embestidas contra quienes se le enfrentaban y con sus gritos, que paralizaban de miedo incluso a los que estaban lejos.

8. Cuando notó que el sol lanzaba sus rayos directamente sobre su cabeza, porque acababa de llegar el mediodía, tomó la siguiente medida: hizo llamar a algunos hombres y los envió con la orden de que unos campesinos llenasen pellejos de agua, los cargasen en sus mulas y fueran conducidos al lugar de la batalla. Al verlos, incluso los lugareños vecinos, que no habían sido llamados a colaborar, uno con un ánfora, otro con un pellejo, otro con cualquier vasija que hallara, realizaron la misma labor a fin de refrescar con agua a los soldados que los libraban de la terrible mano es-

cita. Y ellos, tras beber un poco de agua, de nuevo se entregaban a la batalla. Pudo verse entonces un raro espectáculo: cómo todo un pueblo, si no infinito, al menos superior a todo número, fue aniquilado en aquella jornada sin perdonar ni a sus mujeres ni a sus niños. Era un martes, veinte y nueve de abril [5]. A raíz de aquella batalla, los bizantinos entonaban una cancioncilla que decía: "Por un único día, los escitas no vieron mayo."

9. Cuando el sol ya llegaba al ocaso y todos habían acabado como víctimas de las espadas, incluidos tanto hijos como madres, el soberano ordenó que se tocara retirada y regresó a su campamento. La persona que reflexione sobre estos hechos podría percatarse de un prodigio. A quienes antiguamente habían salido de Bizancio en contra de los escitas después de haber comprado cuerdas y correas para llevar atados a los cautivos escitas, les había pasado todo lo contrario, puesto que fueron precisamente ellos los capturados por los escitas y los que fueron convertidos en prisioneros. Estos acontecimientos pertenecen al momento en que se produjo contra los escitas la batalla de Dristra; efectivamente, en aquella ocasión Dios humilló el orgullo de los romanos. Posteriormente, durante los instantes que acabo de relatar, cuando reconocieron que estaban aterrados y que, sin fuerzas que oponer a tan enorme muchedumbre de enemigos, habían perdido las esperanzas de salvación. Dios les regaló inopinadamente la victoria, de modo que no ya aprisionaron, mataron y condujeron como cautivos a los escitas (con frecuencia suelen producirse sin esperarse hechos semejantes en batallas concretas), sino incluso ilquidaron todo un pueblo en sólo un único día.

VI. Exterminio de los escitas.

1. Cuando las tropas de cumanos y romanos se separaron unas de otras y mientras el soberano iba a cenar a la hora en que se encienden las lámparas, se presentó con im-

(5) 29 de abril de 1091

pertinencia el llamado Sinesio: "¿Qué ocurre? ¿Qué son estas medidas?" decía al soberano "cada uno de nuestros soldados tiene a su cargo por encima de treinta y muchos cautivos escitas. La masa de los cumanos está próxima a nosotros. Si los soldados se durmieran, algo lógico, puesto que están exhaustos, y los escitas se despertaran unos a otros, sacaran las espadas y los mataran ¿qué ocurriría después? Vamos, ordenad que la mayoría de ellos sean ejecutados al punto." El emperador lo miró irritado y le dijo: "Aunque escitas, son por entero seres humanos; aunque enemigos, merecen nuestra compasión; y ni yo sé qué estás pensando al parlotear así." Dada su insistencia, lo despidió enfadado.

2. Ordenó entonces que se hiciera saber a todo el ejército que debían tomar todas las armas de los escitas, depositarlas en un único lugar y vigilar atentamente a los prisioneros. Tras impartir estas órdenes, el emperador pasó el resto de la noche en calma. Pero en torno a la guardia central de la noche, ya por una inspiración divina, ya por otro motivo que ignoro, como a una sola indicación, los soldados mataron a todos en poco tiempo. Cuando amaneció, el emperador se enteró de este hecho y sospechó enseguida de Sinesio. Lo hizo llamar entonces y lo acusó gravemente, diciendo: "Esto es obra tuya." Aunque él juraba que no sabía nada, ordenó que fuera prendido y encadenado: "Para que sepa" dijo "de qué modo ya sólo las cadenas son malas y en adelante no actúe de esa manera con los seres humanos." Y lo hubiera castigado al instante, de no ser por los principales jefes, sus parientes y allegados, que intercedieron por él ante el soberano y suplicaron unánimemente clemencia para Sinesio.

3. La mayoría de los cumanos por temor a que el soberano intentase alguna maniobra perjudicial para ellos, recogieron todo el botín y emprendieron de noche la marcha por el camino que conduce al Danubio. En cuanto a él, cuando amaneció, levantó el campo de allí, para huir del mal olor de los cadáveres, y marchó en dirección a un lugar denominado Bellos Arboles, que dista diez y ocho estadios de Querenos. En el momento de su partida le dio alcance Mellseno, que no había conseguido presentarse en el momento de la

batalla, porque estaba ocupado en enviar aquel contingente de reclutas al soberano. Tras los naturales abrazos y saludos, pasaron el resto del camino charlando sobre los acontecimientos relacionados con la derrota de los escitas.

4. Cuando a su llegada a Bellos Arboles el soberano se enteró de la huida de los cumanos, mandó cargar en mulas todo lo que les correspondía en razón de lo pactado con ellos y se lo envió, ordenando a los encargados de llevar a cabo el envío que se apresuraran a alcanzarlos, si podían, incluso al otro lado del Danubio. En efecto, siempre le resultaba difícil no ya mentir, sino incluso aparentar la mentira, máxime cuando solía hacer significativos alegatos a todos contra la mentira. Esto es lo que pasó con los que huyeron; en cuanto a los demás, tras acompañarlo durante el resto de la jornada, fueron regalados con generosos presentes. Sin embargo, consideró preciso no entregar en ese momento los sueldos convenidos, sino dejar que digirieran con el sueño el vino que habían bebido para que luego, con el dominio de su conciencia recobrado, pudieran apreciar su generosidad. Así pues, al día siguiente, hizo llamar a todos y no sólo les dio lo estipulado, sino mucho más. Él quería despedirlos a continuación hacia sus casas, pero temía que al dispersarse, produjeran durante su retorno no pocos daños a las aldeas que se hallaban en el camino; por eso, tomó rehenes entre ellos. Pero como también ellos le pedían una escolta para el viaje, les cedió a Yoanaces (hombre muy destacado por valentía y sensatez), a quien responsabilizó del cuidado de todos y del buen comportamiento de los cumanos hasta que llegasen a Zigo.

5. En fin, todas esas gestas que el soberano llevó a cabo fueron posibles gracias a la divina providencia. Tras concluir definitivamente con los asuntos pendientes, volvió a Bizancio como triunfante vencedor, cuando corría el mes de mayo. Pongamos aquí el punto final a los acontecimientos relacionados con los escitas, aunque he dicho pocas cosas de las muchas que sucedieron, como si fuera sólo la punta de mi dedo la que tocase el mar Adriático. Porque respecto a las brillantes victorias del soberano, las derrotas concretas de sus enemigos, cada una de sus gestas, los sucesos ocurri-

dos entre unas y otras, su astucia y su capacidad de resolver mediante toda clase de soluciones las situaciones críticas, ni otro Demóstenes, incluido todo el coro de los oradores, ni toda la Academia con el Pórtico, si se hubieran puesto de acuerdo en un mismo lugar, hubieran descrito con justicia las acciones de Alejo, ni hubieran tenido fuerzas para abarcarlas.

VII. Conjuras de Ariebes y Umbertópulo. Acusaciones contra Juan, el hijo de Isaac Comneno.

1. Apenas habían pasado unos días desde la llegada del emperador a palacio, cuando el armenio Ariebes y el celta Umbertópulo (hombres notables entre los de ilustre linaje y muy aguerridos) se conjuraron contra el soberano y fueron descubiertos en el momento en que habían arrastrado a un grupo numeroso y no despreciable de personas a participar en su conspiración. Las pruebas estaban a la vista y la verdad era evidente. Los conjurados fueron condenados y castigados con la confiscación de sus bienes y el exilio, si bien el soberano decidió concederles una reducción de las penas legales.

2. Cuando llegó a conocimiento del soberano el rumor de un ataque de los cumanos, así como, por el otro frente, las intenciones de Bodino y de los dálmatas de romper los tratados y avanzar contra nuestro país, sus reflexiones se dividieron, al no saber contra cuál de los enemigos dirigirse primero. Finalmente, consideró preciso tomar las armas en primer lugar contra los dálmatas y ocupar los valles que se extienden entre nuestro país y ellos para fortificarlos lo mejor posible. En una reunión general comunicó sus planes y, como a todos les parecía oportuna su decisión, salió de la capital para preservar nuestros intereses en occidente.

3. Tras su rápida llegada a Filipópolis recibió una carta del que entonces ocupaba el cargo de arzobispo de Bulgaria, donde se aseguraba que el duque de Dirraquio Juan, hijo del sebastocrátor, tenía la secreta intención de rebelarse; esta noticia le provocó un profundo desaliento que le duró

toda la noche y todo el día, hasta tal punto que se negaba a iniciar una investigación sobre dicha acusación, ya fuera a causa del padre de aquél, ya fuera por temor a que el contenido de la misiva fuera cierto. Como Juan era un muchacho y sabía perfectamente que los impulsos de semejantes personas son ingobernables; temía que organizara alguna revuelta y provocase un disgusto insoportable a ambos, a su padre y a su tío. Por tanto, consideró preciso apresurarse por cualquier medio a frustrar sus planes. Pues miraba por él más de lo que pudiera decirse.

4. Hizo llamar, por consiguiente, al que era entonces gran heteriarca [6], Argiro Caratzas, de origen escita, muy prudente y preocupado tanto por su virtud, como por su fidelidad, y le entregó dos cartas; una era para Juan, que decía así: "Nos hemos enterado de la venida de los bárbaros a través de los desfiladeros en contra de nosotros y hemos salido de Constantinopla para reforzar las zonas limítrofes del Imperio de los romanos. Es preciso, en consecuencia, que tú te presentes a rendirnos cuenta de tu gobierno (pues tememos que Bolcano tenga intenciones hostiles hacia nosotros) así como que nos pongas al corriente sobre la situación en Dalmacia y sobre el mismo Bolcano respecto a su observancia de los tratados de paz (a diario me llegan noticias negativas sobre él), para que gracias a una información más clara nos preparemos mejor contra sus maquinaciones; cuando te hayamos dado las recomendaciones pertinentes, te enviaremos de nuevo al Ilírico, para obtener la victoria con el auxilio de Dios, enfrentándonos al enemigo por ambos frentes."

5. Así decía la carta destinada a Juan; la dirigida a los notables de Dirraquio decía lo siguiente: "Ya que nos hemos vuelto a enterar de que Bolcano está urdiendo un plan contra nosotros, hemos salido de Bizancio para reforzar los valles que se extienden entre nuestro país y el de los dálmatas y, al mismo tiempo, para conocer con exactitud su situación y la de los dálmatas; por ello consideramos preciso llamar a

(6) Jefe de la "hetería"; cfr. nota 15, libro I.

vuestro duque y dilecto sobrino de Nuestra Majestad y os hemos enviado al que porta nuestra carta para que lo sustituya en el cargo de duque. Admitidlo también vosotros y obedecedlo en todo cuanto sea ordenado por él." Después de entregarle las cartas a Caratzas, le ordenó que cuando llegara, entregase primero su carta a Juan y si accedía de buen grado, que lo enviara desde allí sin problemas y que él se encargara de la defensa del país hasta que volviera aquél; pero si ofrecía resistencia y no obedecía, que mandara buscar a los notables de Dirraquio y les leyera la otra carta para que colaboraran con él en el objetivo de prender a Juan.

VIII. Alejo resuelve diplomáticamente el problema planteado por las acusaciones de sedición contra su sobrino Juan.

1. Tan pronto como fue informado de esos rumores, el sebastocrátor Isaac, que se hallaba en Constantinopla, salió diligentemente y en dos noches con sus días llegó a Filipópolis. Mientras dormía el emperador, entró sin ruidos en su tienda, se acostó en la cama que había al lado de la de su hermano y emperador y se puso a dormir con una indicación de su mano a los que vigilaban el sueño del emperador para que mantuvieran silencio. Al despertarse el emperador y ver inesperadamente a su hermano, permaneció en silencio y ordenó a los que allí se encontraban que hicieran lo mismo. Cuando él sebastocrátor vio que su hermano y emperador se había despertado ya y éste lo vio a su vez, acercándose uno a otro se fundieron en un abrazo. Luego, el emperador le preguntó qué deseaba y cuál era el motivo de su presencia. Él le dijo: "Tú." Y el emperador repuso: "Te has fatigado sin necesidad, al venir con tanta prisa."

2. El sebastocrátor no replicó por el momento en lo más mínimo, porque ansiaba tener la información que iba a llegar de Dirraquio mediante un mensajero que había sido enviado por él. Efectivamente, tan pronto como se enteró de los rumores que corrían sobre su hijo, le escribió una carta muy escueta, donde le ordenaba que acudiera inmediatamente a presencia del emperador y le informaba que él mis-

mo había salido de Bizancio sobre la marcha y se apresuraba en dirección a Filipópolis con el propósito de rechazar las acusaciones transmitidas al soberano contra él y conversar con su hermano y emperador sobre los aspectos lógicos en estos casos, mientras esperaba su llegada junto a ellos. Sin embargo, el sebastocrátor se retiró de la presencia del emperador y marchó a la tienda asignada a su persona. Muy pronto también el portador de la carta que había sido enviada a Juan entró a la carrera: regresaba de allí con la noticia de su llegada.

3. Libre, pues, el sebastocrátor de las muchas sospechas y animado por pensamientos más favorables, marchó agitado a presencia del emperador, repleto de cólera contra los que habían vertido esas acusaciones sobre su hijo. Nada más verlo el emperador, reconoció el motivo de su presencia; no obstante, le preguntó cómo estaba. Él dijo: "Mal por tu causa." Isaac, en efecto, no tenía la más mínima capacidad de dominar las riendas de su pronta cólera y se descontrolaba sólo con oír cualquier palabra. Y añadió a estos términos alguno más, diciendo: "No estoy enojado tanto contra Vuestra Majestad, cuanto contra ése" y señaló a Adriano "porque va difundiendo calumnias." A estas palabras no replicó aquel tierno y dulce emperador ni con una sílaba. Pues sabía cómo hacer cesar la ardiente cólera de su hermano. Por consiguiente, una vez sentados ambos junto con el césar Nicéforo y algunos de sus parientes y allegados, trataron solamente entre ellos sobre las acusaciones contra Juan. Al ver el sebastocrátor que Meliseno y su propio hermano Adriano atacaban con cierto disimulo a su hijo, sin poder contener otra vez su ira en ebullición y fijando una penetrante mirada en Adriano, lo amenazó con cortarle la barba y enseñarle a no intentar apartar al emperador de parientes tan ilustres con sus manifiestas mentiras.

4. En esto llegó Juan, se introdujo enseguida en la tienda imperial y oyó todo lo que se dijo en contra de él. No se le abrió, sin embargo, ninguna investigación y fue puesto en libertad tras estas palabras del emperador: "Por el respeto que tengo hacia tu padre y hermano mío, ni siquiera admito oír hablar en contra de ti. En consecuencia, quítale im-

portancia y actúa como siempre." Estas palabras fueron pronunciadas dentro de la tienda imperial ante la única presencia de los parientes, sin nadie ajeno a la familia. Así pues, cuando los rumores, o tal vez los intentos de conjura, se remansaron por igual, hizo llamar a su hermano, es decir, al sebastocrátor Isaac, y a su hijo Juan y tras una extensa charla, le dijo al sebastocrátor: "Vuelve tú en buena hora a la capital para comunicar a nuestra madre lo relacionado con nosotros. En cuanto a éste," dijo señalando a Juan "lo envío de nuevo a Dirraquio para que ejerza responsablemente su propio gobierno." Después de esta separación, al día siguiente el uno emprendió el camino a Bizancio y el otro fue enviado a Dirraquio.

IX. El asunto de Teodoro Gabras.

1. No se detuvieron en este punto, sin embargo, los problemas que afectaban al soberano. Cuando Teodoro Gabras residía en la capital, como conocía su violento comportamiento y sus enérgicas reacciones, lo nombró duque de Trapezunte con el propósito de alejarlo de la ciudad, ya que, además, había sido él quien hacía tiempo la había reconquistado a los turcos. Este hombre era oriundo de Caldea y de noble linaje: tras convertirse en un ilustre militar, había destacado sobre todos los demás por su inteligencia y valor y porque no había fracasado casi nunca en sus misiones: antes al contrario, siempre había vencido a sus enemigos. Así, tras la toma de Trapezunte, la había estado administrando como si fuera su propiedad particular, donde era invencible.

2. A Gregorio, su hijo, el sebastocrátor Isaac Comneno lo prometió a una de sus hijas. Como ambos eran aún impúberes, firmaron sólo un acuerdo de matrimonio entre ellos. Luego, tras poner a su hijo Gregorio en manos del sebastocrátor para que se cumpliera el compromiso en la edad permitida por la ley, regresó él por orden del emperador a su territorio. Cuando tras no mucho tiempo su cónyuge pagó la deuda común, se volvió a casar con otra muy noble mujer de origen siano. Pero coincidió que la esposa del se-

bastocrátor y la que desposó Gabras eran hijas de dos hermanas. Al hacerse esto público y como según las leyes y los cánones la unión de los niños quedaba entonces vetada, se disolvió aquel compromiso. Sin embargo, el emperador, sabiendo qué clase de militar era Gabras y con cuántas actividades podía perturbar el imperio, no deseaba que su hijo Gregorio volviera junto a él tras la anulación de aquel compromiso, sino retenerlo en la capital por dos razones: de un lado para utilizarlo como rehén y de otro para ganarse la lealtad de Gabras y así apartarlo de sus pretensiones en el caso de que tuviera alguna pérfida aspiración. Quería, en suma, unir a Gregorio con una de mis hermanas. Por eso retrasaba el momento de devolver al niño.

3. Cuando Gabras retornó a la ciudad imperial, sin tener conciencia de la trama del soberano, planeó recuperar encubiertamente a su hijo. Por el momento mantuvo en secreto su propósito, a pesar de que el soberano le hacía veladas insinuaciones y sugerencias sobre sus intenciones. Él, sin embargo, no sé si por no comprender nada, o por estar descorazonado ante la ruptura, recientemente acaecida, de aquella boda, el caso es que pedía que le fuera devuelto su hijo, porque pensaba emprender el regreso. El soberano se negó a esta petición.

4. Gabras fingió partir de buen grado y confiar a los criterios del soberano el futuro de su hijo; cuando estaba a punto de partir de Bizancio por orden del emperador, el sebastocrátor recibió una visita suya, motivada por su cercano parentesco y por la confianza que se había ganado gracias a las mencionadas razones, en una villa muy hermosa situada en la Propóntide, allí donde hay una iglesia dedicada al gran mártir Focas. Tras celebrar un estupendo festín y cuando el sebastocrátor se disponía a regresar a Bizancio, él pidió que le fuera concedido disfrutar de la compañía de su hijo durante el día siguiente. El sebastocrátor no puso reparo alguno. El muchas veces mencionado Gabras, cuando al día siguiente iba a separarse de su hijo, pidió a sus tutores que lo acompañaran hasta Sosteno, donde pensaba acampar. Ellos asintieron y partieron con él. A continuación, cuando iba a levantar de nuevo el campo, hizo la misma petición a los tu-

tores; esta vez su hijo debía acompañarlo hasta el faro. Pero ellos se negaron. Entonces él puso sobre la mesa sus sentimientos de padre y mezclando el argumento de su larga ausencia con algunos otros, les ablandó el corazón a los tutores y, convencidos por sus palabras, lo acompañaron. Por fin, cuando llegaron al faro demostró sus verdaderas intenciones y tras arrebatar al niño y embarcarlo en una nave mercante, salieron él y su hijo al encrespado Ponto.

5. Cuando el emperador se enteró de este hecho, envió contra él con mayor presteza de la esperada unas veloces naves, ordenándoles a los que partían en ellas que entregaran a Gabras una carta dirigida a él y que procurasen recuperar al niño con su autorización, a no ser que quisiera tener al soberano como enemigo. Los emisarios le dieron alcance pasada la ciudad de Egino, en la ciudad llamada por los lugareños Carambis. Y, efectivamente, le entregaron la carta del emperador en la que el soberano le revelaba su deseo de comprometer al niño con una de mis hermanas y, tras deliberar bastante tiempo con él sobre algunos puntos, lo convencieron de que devolviera a su hijo.

6. Tras verlo el soberano y sancionar la unión por escrito según las leyes habituales, lo entregó a Miguel el eunuco, uno de los servidores de la emperatriz, para que fuera su tutor. Luego, de este modo, mientras residía en el palacio, lo honró con espléndidas atenciones, le educó el carácter y lo instruyó en una completa formación militar. Pero, tal como son las acciones de los jóvenes, se hallaba a disgusto porque no quería estar subordinado a nadie en absoluto y pensaba que no se le dispensaban los honores apropiados. Al estar contrariado también con su tutor, planeó escapar junto a su padre, cuando hubiera sido más honesto que agradeciera el habérsele dignado con tan grandes atenciones. No se limitó sólo a los pensamientos su decisión, sino que puso manos a la obra. Así pues, se presentó junto a algunos hombres, a quienes les comunicó sus planes secretos. Éstos eran Jorge, hijo de Decano, Eustatio Camitzes y Miguel el copero, cargo también llamado habitualmente pincerna por los cortesanos del palacio imperial. Eran estos hombres muy valientes y estaban entre los íntimos del emperador.

Uno de ellos, Miguel fue a su presencia y le reveló todo al soberano, quien se resistía por todos los medios a creer en esas palabras. Ante la insistencia de Gabras y sus prisas por partir, los partidarios del soberano le dijeron: "Si no nos garantizas tus planes mediante un juramento, no secundaremos tus deseos." Él estuvo de acuerdo en prestar el juramento y ellos le indicaron el sitio donde se hallaba la Santa Punta [7] con que aquellos criminales atravesaron el costado de mi Salvador, para que la tomara y la trajera como testigo de su juramento por Aquél que fue herido con ella.

7. Gabras los obedeció y tras entrar a escondidas en el lugar donde estaba, tomó la Santa Punta. Uno de los que previamente había advertido al emperador, entró a la carrera y le dijo: "Tenemos a Gabras con la Santa Punta escondida en su pecho." Enseguida, a una orden del soberano, Gabras fue introducido y la Punta arrebatada de su pecho. En el interrogatorio reveló todo su plan a la primera pregunta y delató a los cómplices. Así pues, tras ser condenado, lo puso bajo la custodia del duque de Filipópolis, Jorge Mesopotamites, para que lo mantuviera recluido y encadenado en la acrópolis. A Jorge, el hijo de Decano, lo remitió junto con una carta a León Nicerites, quien era a la sazón duque del Paradunabo, aparentemente para que defendiera con él la zona del Danubio, aunque en realidad estaba allí para que Nicerites pudiera vigilarlo de cerca. Por último, metió en prisión y confinó a Eustatio, el hijo de Camitzes, y a los demás.

(7) Se refiere a la reliquia de la punta de la lanza que atravesó el costado de Jesucristo en la cruz. Cfr. Ducange- Dufresne, col. 646 y ss., n.62; Leib, II, p.154-155, n.3.

LIBRO IX

CAMPAÑAS CONTRA TZACAS Y LOS DÁLMATAS. CONJURA DE NICÉFORO DIÓGENES (1092-1094)

I. Tzacas es expulsado de Mitilene.

1. Cuando hubo resuelto las cuestiones relacionadas con Juan y Gregorio Gabras, el soberano levantó el campo de Filipópolis y llegó a los valles situados entre Dalmacia y nuestros territorios. Atravesó todo el alto del Zigo, así llamado en el lugar, no a caballo (no siempre lo permitía el sitio, ya que era escarpado, con barrancos, boscoso y casi intransitable), sino recorriéndolo todo a pie, y en una inspección personal no le quedó oculto ningún lugar desprotegido, que suele ser por donde muchas veces el enemigo tiene fácil acceso; en unos sitios ordenó que se levantaran fortificaciones; en otros, donde las condiciones del terreno lo permitiesen, que se construyeran torres de madera y bastiones, prescribiendo que fueran de ladrillo o piedra; él personalmente medía las distancias entre unos y otros y sus tamaños. En alguna ocasión dispuso que árboles, cuya altura llegaba al cielo, fueran talados de raíz y dejados en tierra. Una vez hubo reforzado así los lugares de posible paso del enemigo, volvió a la capital.

2. Quizá nuestra narración deje entrever al lector que la organización de esas actividades resultaba tarea fácil; sin embargo aún vive mucha de la gente que presenció aquellos hechos y que puede atestiguar cuánto sudor le costó al soberano todo aquello. No había pasado mucho tiempo, cuando llegaron unas informaciones bastante exactas sobre las actividades de Tzacas; aparentemente, ninguno de los reveses que había sufrido por mar y por tierra lo apartaban de sus proyectos; por el contrario, empleaba los símbolos propios

de los emperadores, llamándose a sí mismo emperador, y durante su estancia en Esmirna, como si estuviera en un palacio imperial, aparejaba una flota para volver a saquear las islas, arribar hasta la misma Bizancio e incluso alzarse, si le fuera posible, con el título de emperador.

3. El soberano, conforme se iba cerciorando a diario de estos movimientos, llegaba a la conclusión de que no debía desanimarse ni desoír aquellos anuncios, sino prepararse durante lo que aún restaba de primavera y el siguiente invierno, para afrontar ventajosamente estos problemas en la próxima primavera y afanarse por todos los medios en hacer fracasar no sólo sus proyectos, decisiones, expectativas y empresas, sino incluso expulsarlo de la propia Esmirna, así como defender de su mano todo cuanto él había poseído anteriormente. Una vez pasado el invierno, al hacer su aparición la risueña primavera, mandó llamar de Epidamno a su cuñado Juan Ducas y lo nombró gran duque de la flota. Lo puso al frente de un ejército reclutado en el propio país y le ordenó que marchara en dirección a Tzacas por tierra y que encargara la jefatura de la flota a Constantino Dalaseno junto con la orden de bordear la zona costera, para llegar almultáneamente a Mitilene y así presentar batalla a Tzacas por ambos frentes, mar y tierra.

4. Tan pronto como Ducas llegó a Mitilene, construyó torres de madera y desde allí, como si fuera su base de operaciones, comenzó con gran vigor la campaña contra los bárbaros. Tzacas, que había encomendado la defensa de Mitilene a su hermano Galabatzes, consciente de que éste no tenía talla militar bastante para oponerse a un hombre de tal valía, llegó allí a toda velocidad, dispuso la formación de combate y libró batalla con Ducas. La noche tuvo que dar por terminado el duro enfrentamiento que se produjo. Desde ese instante y durante tres meses, Ducas no dejó de atacar las murallas de Mitilene y de librar con Tzacas heroicos combates desde la salida del sol hasta la puesta.

5. Pero ése era el único resultado de sus grandes fatigas; al enterarse de ello, el soberano se molestaba y entristecía. En una ocasión, tras preguntar a un soldado proce-

dente de allí, se percató de que Ducas no conseguía más que complicarse en batallas y combates; entonces, le preguntó al soldado en qué momento y a qué hora se libraban las batallas con Tzacas. Cuando él dijo que sobre el alba, el emperador inquirió a su vez: "¿Y qué combatientes miran a levante?" El soldado respondió: "Nuestro ejército." Entonces, gracias a la capacidad que el soberano tenía para dar con la solución en un tiempo inconcebiblemente corto, redactó una carta para Ducas donde le aconsejaba que evitara combatir con Tzacas al amanecer, a fin de que no luchara contra dos enemigos, los rayos del sol y el propio Tzacas; asimismo le dijo que aprovechara para atacar al enemigo el momento en que el sol hubiera rebasado el círculo del mediodía y fuera declinando hacia el ocaso. Así pues, tras confiar la carta al soldado y darle abundantes recomendaciones sobre el particular, le dijo finalmente en tono sentencioso: "Si atacáis a los enemigos cuando el sol se esconde, saldréis pronto vencedores."

6. Cuando Ducas tuvo conocimiento de estas instrucciones a través del soldado y como nunca despreció los consejos del soberano en ningún asunto, al día siguiente, cuando los bárbaros estuvieron armados como habitualmente, no compareció ningún enemigo (las falanges romanas permanecían inmóviles de acuerdo con las recomendaciones del soberano); desesperados por la ausencia de su enemigo aquel día, dejaron las armas y se quedaron en el mismo sitio. Sin embargo, Ducas no permanecía inmóvil: cuando el sol llegó a la mitad del cielo, él y todo su ejército estaban ya en armas. En el momento del declive solar, dispuso la formación de combate y se lanzó súbitamente contra los bárbaros en medio de una enorme algarabía. Sin embargo, tampoco pareció que a Tzacas le cogiera desprevenido este ataque y tras armarse sin tardanza, hizo frente a las falanges romanas. Entre el fuerte viento que soplaba y el combate cuerpo a cuerpo, el polvo se levantaba hasta alcanzar el cielo. De un lado, por tener el sol brillando de frente y de otro porque el viento impedía una cierta visibilidad con la polvareda que levantaba, así como gracias a un ataque más impetuoso que los anteriores, los enemigos fueron derrotados y volvieron la espalda.

7. Ante la impoaibilidad de soportar el asedio durante más tiempo y su incapacidad para afrontar continuamente las batallas, Tzacaa pidió la paz con una aola condición: que le fuera permitido navegar sin contratiempos hasta Eamirna. Accedió Ducas y tomó doa rehenes entre los principalea sátrapas; el bárbaro, a su vez, también pidió a Ducas rehenes con el compromiso de no causar daño a ningún mitilenio en su partida, ni llevarse a nadie consigo en la travesía a Esmirna, mientraa que Ducas se comprometía a procurarle una navegación sin problemas hasta Esmirna, para lo que le cedió a Alejandro Euforbeno y a Manuel Butumites, hombres aguerridos y vailentes. Con aua palabras de honor mutuamente comprometidas, uno tenía la tranquilidad de que Tzacas no haría ningún daño a los mitilenios durante au partida y el otro que la flota romana no le provocaría ningún conflicto durante au travesía.

8. Pero como el cangrejo no aprende a andar haoia adelante, así tampoco Tzacaa abandonó su habitual perversidad. En efecto, intentó llevarae conaigo a todos loa mitilenios, mujeres y niños incluidos. Mientras eato sucedía, Constantino Dalaseno, que era entonces talasocrátor y que aún no había arribado, de acuerdo con las órdenes impartidas por Ducaa fondeó las navea junto a un promontorio y, cuando se enteró de las noticias, acudió a presencia de Ducas para pedirle que le permitiera librar combate con Tzacaa. Éste se lo negó eventualmente por respeto al juramento dado. Daiaaeno, por au parte, insistía, alegando lo aiguiente: "Tú has jurado; pero yo no estaba presente. Reapeta tú la palabra que diste, porque yo, que no eatuve preaente y que ni he jurado, ni conozco el acuerdo al que llegasteis amboa, me enfrentaré bajo mi responsabilidad con Tzacaa." Cuando Tzacas hubo soltado amarres y emprendía la navegación con su botín rumbo a Esmirna, Dalaseno le dio alcance antea de lo previato y tras atacarlo inmediatamente, emprendió su persecución. También Ducas dio alcance al reato de la flota de Tzacas, que estabs soltando amarras, y una vez en poder de las naves, liberó a todos loa prialoneros del bárbaro y a los cautivoa encadenadoa en ellas. Dalaseno, s su vez, tras apoderarse de un buen número de piratas de Tzacas, ordenó matar a aus tripulantea y remeroa.

9. Pronto hubiera sido capturado también Tzacas, si no hubiera actuado con astucia y, previendo lo que iba a ocurrir, no hubiera trasbordado a una barca muy ligera y se hubiera puesto a salvo en ella, paaando inadvertido graciaa a tan insoepechado recurso. Efectivamente, como auponía lo que podría auceder, había tomado la precaución de dejar a aigunos turcoa apostados en un cabo de la costa para que vigilaaen hesta que llegase sin peligro a Eemirna o hasta que apareciera ante ellos en una barca, buscando refugio para escapar del enemigo. Así fue, no ae equivocó con sus previsionas; una vez hubo atracado allí y se hubo unido a loa turcos que lo aguardaban, se encaminó a Esmirna, adonde llegó ain problemas. Dalaseno retornó vencedor junto al gran duque. Y Ducas, cuando terminó de reforzar las defenass de Mitilene y Dalaseno se hubo marchado, seleccionó una parte de la escuadra romana y la despachó contra laa posesiones de Tzacas (había logrado ocupar, efectivamente, numerosaa ialas). Traa adueñarse al primer ataque de Samoa y de algunas otraa islas, regresó a la capital.

II. Rebeliones en Creta y Chipre.

1. No habían transcurrido muchos díaa, cuando se enteró el soberano de la defección de Carices y de que había ocupado Creta; asimismo, luego fue informado de que Rapsomates había hecho lo mismo con Chipre; en consecuencia, envió a Juan Ducas con una gran flota en contra de ellos. Los cretensea, al enteraree de que Ducas había llegado a Cárpato y eabiendo que asta isla no estaba lejos, se levantaron contra Cárices y tras asesinarlo de una forma cruel, entregaron Creta al gran duque. Una vez hubo reforzado las defensas de la isla y tras dejar una importante guarnición para este fin, Ducas emprendió la navegación rumbo a Chipre. Nada más desembarcar ocupó Cirene al primer ataque. Cuando Rapsomates ae enteró de este hecho, se armó fuertemente contra él. Consecuentemente, levantó el campo de Leucusia y llegó al cerro de Cirene, donde fijó su campamento; no obstante, prefirió retrasar por el momento la hora de entrar en combate a causa de su bisoñez y su ignorancia en materia de estrategia; en efecto, hubiera debido easr

sobre ellos inopinadamente. Si dilataba el momento de la batalla, no era con vistas a prepararse para el enfrentamiento o porque realmente creyera\que no estaba listo (estaba muy bien preparado y, si hubiera querido, hubiera podido entrar en combate enseguida), sino porque no quería librar batalla y porque se planteaba la guerra como un juego infantil, mientras recurría cobardemente a embajadores e intentaba atraerse al adversario con palabras aduladoras.

2. Ante todo creo que su actuación era acorde con la inexperiencia que tenía sobre la guerra, pues, como yo misma oí decir acerca de él, había tocado por primera vez una lanza y una espada el día anterior y ni siquiera sabía montar a caballo; en el caso de que casualmente hubiera montado en uno y luego hubiera querido desmontar, habría sufrido miedo y vértigo, tan inexperto era Rapsomates en las cuestiones militares. Así pues, ya fuera por dicha causa, ya fuera porque el repentino ataque de las tropas romanas había herido su pretendida valentía, el caso es que se hallaba desconcertado. De ahí que, al haber marchado al combate con una cierta desesperanza, los acontecimientos no se desenvolvieron a su favor. Butumites, en efecto, se había ganado a algunos de sus seguidores, que tras desertar ingresaron en su ejército. Al día siguiente, cuando Rapsomates tuvo emplazadas sus falanges, presentó batalla a Ducas, marchando a paso lento pendiente abajo por el cerro. Tan pronto como el espacio de tierra entre ambos se estrechó, una parte de los hombres de Rapsomates, en número de cien, desertó al bando de Ducas y a rienda suelta, con las puntas de las lanzas vueltas hacia atrás, avanzaron hacia él.

3. A la vista de estos hechos, Rapsomates volvió enseguida la espalda y escapó a toda velocidad en dirección a Nemeso, por si lograba encontrar una nave con la que abordar Siria y ponerse a salvo. Pero Manuel Butumites se lanzó en su persecución. Apurado por éste y fracasado su empeño, huyó por otro camino en dirección a un monte, buscando refugio en un santuario consagrado desde antiguo a la Santa Cruz. Butumites (a quien Ducas había encomendado esta persecución) le dio allí mismo alcance, le prestó su palabra de inmunidad y lo condujo preso al gran duque. Todos

llegaron, entonces, a Leucusia y, una vez puesta la isla entera bajo nuestra autoridad, reforzaron el lugar y dieron a conocer por carta estos hechos al soberano.

4. El emperador acogió favorablemente su contenido y reconoció que se debía reforzar la presencia en Chipre. En consecuencia, eligió como juez y cuidador de la igual distribución de impuestos a Calliparlo; varón este que, aunque no de los insignes, daba muchos testimonios de ecuanimidad, insobornabilidad y humildad. Puesto que la isla carecía de un cargo que la custodiase, le ofreció su defensa a Eumatio Filocales y lo nombró estratopedarca, mientras le cedía naves de guerra y caballeros para que reforzara la situación en Chipre por mar y tierra. Butumites, por otro lado, cuando hubo capturado a Rapsomates y a los inmortales que se habían rebelado con él, regresó junto a Ducas y así marcharon juntos hacia la capital.

III. Final de Tzacas.

1. En suma, así se desarrollaron los acontecimientos relativos a las islas, es decir Chipre y Creta. Tzacas, por su parte, que era un hombre arrojado y enérgico en sus decisiones, no quería quedarse quieto y marchó a Esmirna, adonde no tardó en llegar. De nuevo, perseverando en sus propósitos, aparejó concienzudamente naves piratas, dromones, birremes, trirremes y otros muchos barcos más ligeros. Tampoco esta vez, cuando se enteró de estas noticias, se deprimió el soberano ni retrasó su reacción; antes al contrario, se apresuró a derrotarlo por mar y por tierra. En consecuencia, nombró a Constantino Dalaseno talasocrátor y lo despachó con toda la escuadra contra Tzacas.

2. Creyó también conveniente instigar al sultán contra Tzacas mediante cartas que decían lo siguiente: "Sabes, ilustrísimo sultán Clitziastlan, que la dignidad de sultán te pertenece por herencia paterna. Sin embargo, Tzacas, tu pariente, emplea la vulgar excusa de que se está armando aparentemente contra el imperio de los romanos y se aplica a sí mismo el título de emperador. Pero bien sabe él, gracias a

su experiencia y a su exacto conocimiento de la realidad, que nada se le ha perdido en el imperio de los romanos y que es imposible apoderarse de tan amplios dominios. Toda su perfidia, pues, la está dirigiendo en contra de ti. Por tanto, es nuestro deber dejar de tolerar esta actitud y, evidentemente, no desanimarnos, sino darnos más prisa para que no llegues a verte privado de tu trono. Por lo que a mí respecta, pienso expulsarlo, con el auxilio de Dios, de las fronteras del imperio de los romanos; pero desde mis desvelos por tu persona te exhorto a que mires también tú por tu imperio y tu trono y a que te apresures a someter a Tzacas, ya sea por medios pacíficos o, si no te parecieran bien éstos, por medios violentos."

3. Cuando el emperador hubo adoptado esas medidas, Tzacas llegó a Abido por tierra con las fuerzas a su mando y la asedió con helépolis y todo tipo de catapultas. Pues no tenía aún a mano naves piratas por no estar todavía listas. Por su parte, Dalaseno, hombre muy aguerrido y resuelto, emprendía con las fuerzas a su mando el camino hacia Abido. En cuanto al sultán Clitziastlan, al recibir las noticias del emperador, se puso en movimiento y tomó la ruta con todo su ejército hacia donde se hallaba Tzacas. En efecto, de semejante índole es el carácter del bárbaro, siempre dispuesto intervenir en guerras y matanzas.

4. Cuando Tzacas vio que el sultán estaba al llegar y que sus enemigos lo iban a atacar por tierra y mar sin que él dispusiera aún ni de uno de los barcos que estaba preparando porque no habían sido terminados, ni de suficientes fuerzas contra la flota romana y el ejército de su pariente el sultán Clitziastlan, se sintió incapaz de hacer frente a esta situación. Por el temor que llegó a sentir incluso ante los habitantes y soldados de Abido, pensó que debía acudir a presencia del sultán, sin conocer la trama preparada contra él por el soberano. El sultán, cuando lo vio, le mostró un rostro amable y lo recibió afectuosamente. Luego, ante una mesa dispuesta como es costumbre y durante la cena en su compañía obligó a Tzacas a beber vino puro. Cuando se percató de que él estaba repleto de vino, sacó la espada y la clavó en su costado. Y éste quedó muerto allí mismo; el sultán,

por su parte, pidió una paz duradera al soberano mediante embajadores y, efectivamente, sus esperanzas se hicieron realidad. El soberano aceptó la petición y, concluidos los trámites habituales, las provincias costeras quedaron estabilizadas.

IV. Incursiones de Bolcano al frente de los dálmatas.

1. No se había aún liberado el soberano de estos graves problemas ni había acabado con las perniciosas actividades de Tzacas (aunque él no hubiera estado presente en algunos de estos acontecimientos, sí lo había estado y había colaborado con sus disposiciones y su dedicación), cuando otra vez corría a una nueva contienda. Bolcano (el caudillo que gobernaba toda Dalmacia, hombre hábil en sus palabras y hábil en sus obras) había rebasado sus fronteras tras la segunda rotación completa del sol desde la destrucción de los escitas y devastaba las regiones y ciudades fronterizas; incluso llegó a apoderarse de Lipenio, a la que prendió fuego e incendió.

2. Cuando el emperador se enteró de la noticia, no pudo tolerar más esta situación y después de congregar suficientes fuerzas contra los serbios, emprendió camino directamente hacia Lipenio (una ciudadela a los pies del Zigo, que separa Dalmacia de nuestro país) para enfrentarse a Bolcano, librar una violenta batalla con él, si se lo encontraba y, en el caso de que Dios le concediera la victoria, reconstruir y devolver su aspecto primitivo a Lipenio y todos los demás lugares saqueados.

3. Cuando Bolcano se enteró de la llegada del soberano, levantó el campo del lugar donde estaba y ocupó Esfentzanlo, una ciudadela que se halla en la cima del citado Zigo, en el espacio de tierra situado entre la frontera romana y Dalmacia. Cuando el soberano hubo llegado a Escopia, Bolcano envió embajadores para pedir la paz, mientras se eximía de la responsabilidad por los daños causados, poniendo como único motivo de sus saqueos la actuación de los sátrapas de los romanos; y decía: "Por no querer quedarse dentro

de sus propias fronteras y haber realizado diversas incursiones, ellos han atraído no pocas desgracias a Serbia. En cuanto a mí, en adelante me abstendré de hacer nada parecido a lo que he hecho y cuando esté de vuelta en mi tierra, mandaré a Vuestra Majestad rehenes escogidos entre mis parientes y no traspasaré mis fronteras." El emperador accedió a estas condiciones y, después de dejar allí a los encargados de erigir las ciudades que habían sido reducidas a ruinas y recibir a los rehenes, volvió a la capital.

4. A pesar de las continuas reclamaciones que se le hacían a Boicano acerca de los rehenes, él no los entregaba y dejaba pasar un día tras otro; cuando aún no había transcurrido un año entero, salió con intención de volver a devastar los territorios romanos. Por más cartas que recibiera del soberano en las que le recordaba el tratado y las promesas anteriormente contraídas con él, ni aun así quería cumplir sus compromisos. En consecuencia, el emperador mandó buscar a Juan, el hijo del sebastocrátor, su hermano, y lo envió contra él a la cabeza de importantes fuerzas. Él, como bisoño que era y deseoso de entrar en batalla a causa de su juventud, partió, atravesó el río que pasa por Lipenio y estableció su campamento frente a Esfentzanio, a los pies del Zigo. Boicano no ignoró el desarrollo de estos movimientos, por lo que volvió a pedir la paz, adjuntando la promesa de cederle los rehenes prometidos y conservar en adelante íntegra la paz con los romanos. Pero esto sólo eran promesas sin importancia, porque él se estaba armando para atacarlo por sorpresa.

5. Cuando Boicano se puso en camino contra Juan, un monje, que se había percatado previamente de lo que estaba tramando, se lo comunicó a Juan, mientras le aseguraba que el enemigo estaba al llegar. Pero él lo despidió encolerizado, llamándolo mentiroso y bribón; la realidad, sin embargo, pronto confirmó sus palabras. Efectivamente, Boicano cayó de noche sobre Juan; muchos soldados fueron muertos en el interior de sus tiendas y otros muchos se ahogaron durante su huida a la desbandada, arrastrados por los remolinos del río que va corriente abajo. Los que tenían mayor presencia de ánimo, buscaron la tienda de Juan y gracias a

que combatieron con resolución sobre el terreno, pudieron preservarla incólume a duras penas. Así, por tanto, se dispersó la mayor parte del ejército romano; tras reagrupar a los suyos, Boicano ascendió Zigo arriba y se estableció en Esfentzanio.

6. A la vista del número de enemigos, los hombres de Juan, como eran pocos y no podían hacer frente a tanta gente, decidieron cruzar el río en retirada. Tras pasarlo, llegaron a Lipenio, que dista unos doce estadios de ahí. Habida cuenta de la imposibilidad de ofrecer resistencia por haber perdido la mayoría del ejército, Juan emprendió camino hacia la capital. A continuación Boicano, confiado en la idea de que ningún adversario lo detendría, se dedicó a devastar las ciudades y regiones limítrofes. Dejó en ruinas la región de Escopia y quemó otras partes. Y no sólo no se limitó a esto, sino que, tras llegar también a Polobos, ocupó Branea y devastó toda esa región; seguidamente, se retiró en dirección a sus tierras con un abundante botín.

V. Nicéforo Diógenes conspira contra el emperador.

1. Tan pronto como el emperador se enteró de estos hechos, no pudo ya consentirlos y se armó sin que le hiciera falta para ello ningún flautista Timoteo, como sí lo necesitaba Alejandro, que solía esperar el modo ortio para ponerse en marcha. Así pues, una vez armado el soberano, armó al resto de los hombres que a la sazón había en la capital y marchó directamente a Dalmacia para reconstruir a toda prisa aquellas fortalezas que habían quedado en ruinas, devolverles su aspecto primitivo y vengar con toda dureza las fechorías que el otro había cometido contra él. Partió, pues, de la capital, llegó a Dafnucio (una vieja ciudad que distaba cuarenta estadios de Constantinopla) y se quedó allí mismo, mientras aguardaba a los parientes que aún estaban por venir.

2. Al día siguiente llegó Nicéforo Diógenes lleno de cólera y arrojo con su acostumbrada máscara y cubierto con su piel de zorro; fingiendo un alegre porte, decía acudir por

propia iniciativa junto al emperador. Sin embargo, no fijó su tienda con una distancia apropiada respecto a la del emperador, sino junto al paso que conducía a él. Cuando Manuel Filocales vio dónde la había colocado, quedó como sacudido por un rayo y, puesto que tampoco desconocía las maquinaciones de Diógenes, se sintió petrificado por el miedo. En cuanto logró recobrar la serenidad, se presentó enseguida ante el emperador y le dijo: "No creo que haga eso inocentemente; antes al contrario, me persigue el miedo a que de alguna manera atente por la noche contra Vuestra Majestad. Por tanto, voy a decirle unas palabras para que traslade su tienda de ahí." Pero él, de acuerdo con su temperamento siempre ecuánime, negó en redondo la autorización a Filocales para que hiciese lo que quería. Como éste insistía con fuerza, acabó por decirle: "No le facilitemos ese pretexto. Que sea él sólo el responsable de sus actos contra nosotros ante Dios y ante los hombres." Filocales, salió apesadumbrado, juntando sus manos con un golpe y llamando insensato al soberano.

3. No mucho tiempo después y cuando el emperador dormía despreocupadamente en unión de la emperatriz, alrededor de la guardia central de la noche Diógenes se levantó con una espada escondida y se detuvo una vez llegado al umbral de su tienda. En efecto, durante el sueño del emperador, la entrada de su tienda no se cerraba ni velaba fuera la guardia. Así se hallaba el emperador, cuando Nicéforo se vio impedido de llevar a cabo su plan por una fuerza divina. Pues al ver a la muchacha que ventilaba el ambiente y espantaba a los mosquitos de la pareja imperial, el temor se apoderó de sus miembros instantáneamente, la palidez, como dice el poeta, le inundó las mejillas, y dejó su crimen pendiente para más adelante.

4. Mientras éste hacía continuos intentos por matar sin justificación al emperador, ninguna de sus hostiles pretensiones eran ignoradas por él. Efectivamente, la muchacha no había tardado nada en acercarse al soberano y comunicarle el hecho. Al día siguiente, levantó el campo y siguió su ruta, fingiendo ignorarlo, aunque organizaba su vida de modo tal que estuviera protegido y al mismo tiempo no diera a Nicéforo ningún pretexto razonable. Cuando llegaron a la región de Serras, ante el interés mostrado por el porfirogéneto Constantino Ducas, que acompañaba al soberano, para que se detuvieran en sus propiedades por lo agradables que eran y por estar atravesadas de frescas y potables aguas, como disponía su residencia (Pentegostis se llamaba) de suficientes estancias para la acogida del emperador, cedió a sus deseos e hizo allí una parada. Cuando al día siguiente quiso partir, el porfirogéneto no consintió dejarlo marchar, pidiéndole que se quedara aún un poco más para reponerse del viaje y limpiarse el polvo del camino con un baño. Tenía preparado, efectivamente, en su honor lo preciso para un opíparo banquete; él volvió a ceder a los daseos del porfirogéneto.

5. Cuando se enteró Nicéforo Diógenes de que él se había lavado y salido del baño, intentó comprobar nuevamente en secreto si podía asesinarlo con sus propias manos. Tomó, pues, la espada y entró en la cámara del baño como si volviera de una cacería, según era su costumbre. Al verlo, Taticio, que conocía de tiempo atrás sus intenciones, le impidió el paso, diciéndole: "¿Por qué entras con una indumentaria tan poco apropiada a aste lugar y con una espada? Es el momento de bañarse, no de salir en ruta, cazar o combatir." Él retrocedió sin haber tenido éxito en sus objetivos. Como sospechaba que ya había sido descubierto (tremenda acuzadora es la conciencia) decidió buscar su salvación en la huida, marchando hasta las tierras de la emperatriz María en Cristópolis o hasta Pernico o Petritzo y desde allí reorganizar sus planes de acuerdo con los acontecimientos ocurridos. Pues hacía tiempo que era un protegido de la emperatriz María porque era hermano por parte de madre de su primer esposo, el emperador Miguel Ducas, si bien eran de distinto padre.

6. El emperador partió de Pentegostis al tercer día; había dejado a Constantino allí para que descansara, ya que temía por la delicada constitución del joven y porque aquélla había sido su primera salida en campaña y no estaba acostumbrado a ellas. Era, en efecto, el hijo único de su madre. El soberano, que lo quería extraordinariamente como a un

hijo propio y que mostraba por el joven un vivo interés, le concedía siempre permiso para pasar el tiempo con su madre la emperatriz.

VI. Excurso sobre los antecedentes vitales de Nicéforo Diógenes. Avance de su conjura.

1. Pero, para que nuestra historia no avance sin ofrecer a los lectores algunas aclaraciones, contaremos la trayectoria vital de Nicéforo Diógenes desde su mismo origen. Diversos historiadores ya se han ocupado del modo en que su padre Romano fue elevado al trono imperial y del final que tuvo su reinado y en ellos los interesados podrán conocer su historia. Con todo, había fallecido dejando a sus hijos León y Nicéforo. El soberano Alejo, que se los encontró viviendo como simples particulares, aun cuando eran de linaje imperial (su hermano Miguel, tan pronto como subió al trono, les quitó sus borceguíes de color púrpura, los despojó de sus coronas y los condenó al exilio en el monasterio de Ciperudes junto con su madre, la emperatriz Eudocia), desde el mismo inicio de su reinado los cubrió de honores, en parte porque los compadecía a causa de los sufrimientos que habían pasado, en parte porque veía que los jóvenes destacaban del resto de la gente por su lozanía y vigor físico, con el bozo reciente en su cara, de elevada estatura y proporcionados como un canon; por aquel entonces estaban saliendo de la flor de la infancia y a quienes no cegaba la pasión daban clara muestra con su aspecto de un valor y una gallardía igual que las de los cachorros de león.

2. Es más, los quería como a sus propios hijos porque, de acuerdo con su carácter, no se quedaba en la superficie de las cosas, ni cerraba los ojos ante la verdad, ni era víctima de pasiones censurables, sino que sopesaba los hechos en la balanza equilibrada de su conciencia y se daba cuenta de la categoría desde la que habían caído. ¿Qué palabras no diría en favor suyo, qué acciones no emprendería en su beneficio, qué atenciones no les dispensaría? Y todo ello a pesar de los continuos dardos con que los acosaba la envidia. Por más que mucha gente intentara ponerlo a mal con

ellos, el soberano en persona les prestaba toda su asistencia y estaba permanentemente dispuesto a agradarles y a darles los mejores consejos.

3. Otro quizás los hubiera considerado como sospechosos y se hubiera empeñado desde el primer momento en alejarlos por toda clase de medios. Pero este soberano no les prestaba la más mínima atención a los cuentos que la gente difundía en contra de los jóvenes, porque los quería extraordinariamente y rodeaba a su madre Eudocia de obsequios y de los honores propios de las emperatrices. Es más, incluso llegó a ofrecerle a Nicéforo, como propiedad personal suya, el gobierno de Creta.

4. Esta fue la actitud del soberano respecto a los jóvenes; por su parte, uno de ellos, León, que era honesto y franco y que estimaba la benevolencia que el emperador les brindaba, apreciaba la suerte que le había tocado y estaba contento con su vida, igual que aquél que dijo: "Te ha tocado Esparta: gobiérnala [1]." El otro, Nicéforo, que era irritable y colérico, no cesaba de conjurar en secreto contra el soberano y de intentar subir al trono, aunque mantenía ocultas sus intenciones. Pero, cuando comenzó a poner en práctica sus planes, contactó abiertamente con algunas personas. La gente reparó en ello y a través de ella llegó la conjura a oídos del emperador, quien reaccionó de una insólita manera: los mandó buscar en unos momentos precisos y, sin revelarles lo que había oído, les aconsejaba con nobleza que siguieran las recomendaciones que creía convenientes para ellos. Y cuanto más evidente se iba haciendo la conjura, tanto más generosamente se comportaba con ellos en su deseo de ganárselos con esta actitud. Pero el etíope no puede volverse blanco [2]. Nicéforo seguía siendo el mismo e iba haciendo partícipes de su conspiración a cuantos se acercaba, conquistándose a unos con promesas y a otros con juramentos.

5. Habida cuenta de que tenía a su lado a la mayor parte del ejército, no se preocupó excesivamente de éste; ni-

(1) Eurípides, Telef., fr. 722; Plutarco, Mor., 472E y 602B.
(2) Jeremías, XIII, 23.

céforo puso entonces toda su atención en la nobleza y en el senado, a cuyos principales miembros se los iba ganando a su partido. Era él más incisivo que una espada de doble filo en lo tocante a sus propósitos, pero nada constante, salvo en lo que respecta a su deseo de gobernar, donde mostraba la firmeza de su carácter; sabía adular y ser sociable con la gente; su humildad era como una piel de zorro con la que se recubría, si bien en algún momento mostraba el carácter enérgico de un león; era robusto y se jactaba de poder enfrentarse a los Gigantes; tenía la tez trigueña y era ancho de pecho y más alto que cualquiera de sus coetáneos. Si alguien lo hubiera visto jugar al polo, cabalgar, disparar flechas o blandir la lanza y hacer una carga, hubiera creído contemplar un espectáculo irreal y se hubiera quedado no ya asombrado, sino estupefacto. Por eso se atraía también el favor de la gente. Tanto progresaba su empeño, que sedujo hasta a Miguel Taronites, el marido de una de las hermanas del soberano, a quien éste había honrado con el título de panhipersebasto.

VII. El emperador toma medidas contra Nicéforo Diógenes.

1. Pero retornemos al punto en el que hemos abandonado el curso normal de la historia y prosigamos por él. Así pues, el soberano, desde que se dio cuenta de las hostiles intenciones de Diógenes, pensaba en cómo se había comportado con ambos hermanos desde el principio de su ascenso al trono, con cuánta benevolencia y atención los había estado honrando durante tantos años, sin que nada de ello hubiera hecho cambiar el carácter de Nicéforo, y caía en el desaliento. Y se sentía muy inquieto cuando, al pasar revista a la actuación de éste, pensaba en cómo tras un primer fallo, había vuelto a reincidir y cómo Taticio había frustrado su plan; asimismo se dio cuenta de que con su espada afilada para asesinarlo se apresuraba a manchar sus manos de sangre inocente y que ese hombre, que hasta entonces escudriñaba y procuraba perpetrar el crimen por la noche, se obstinaba en hacerlo abiertamente. No sentía, sin embargo, deseo alguno de vengarse de Diógenes, por quien sentía un entrañable afecto y a quien amaba extraordinariamente; en una palabra, tras un profundo análisis de todos los hechos y después de meditar sobre las consecuencias de este delito, reconoció que estaba en grave peligro y sintió estremecerse su corazón.

2. Y sacó una única conclusión: juzgó necesario prender a Nicéforo. Este, en sus prisas por huir según lo planeado y con el deseo de emprender por la noche el camino hacia Cristópolis, envió por la tarde un emisario a Constantino Porfirogéneto para pedirle que hiciera el favor de cederle el más veloz caballo de los que el emperador le había regalado. Pero él se negó a hacerlo, alegando que no podía deshacerse en el mismo día de un regalo tan importante procedente del emperador.

3. Cuando por la mañana el emperador continuó su camino, también lo seguía Diógenes, porque Dios, que deshace los planes y frustra los propósitos de los pueblos, lo trastornó durante horas y horas con la duda sobre el mejor sitio para dirigir su huida: así son los designios de Dios. Cuando hubo acampado en las cercanías de Serras, donde también estaba el emperador, volvía a plantearse el pensamiento de que ya estaba descubierto, así como sus temores hacia el futuro. El emperador hizo llamar entonces aquella tarde a su hermano, el gran doméstico Adriano. Era el día en que se celebra la memoria del gran mártir Teodoro [3]. Volvió a darle cuenta de las actividades de Diógenes, que también conocía él desde hacía tiempo, es decir, que había ido a buscarlo empuñando una espada, que había sido expulsado ya en la puerta y que lo que desde tiempo atrás tenía decidido, si era posible, se empeñaba en realizarlo apresuradamente. Por tanto, el emperador mandó al gran doméstico que se le trajera a Diógenes a su tienda y que se le convenciera con amables palabras y toda clase de promesas para que revelara sus proyectos. Si además de no ocultarle nada le detallaba también los nombres de todos sus cómplices, se

(3) 8 de febrero de 1094.

comprometían a ofrecer la inmunidad y el indulto de las penas por sus delitos.

4. Adriano cumplió la orden lleno de tristeza. Pero no logró persuadir a Diógenes para que revelara sus proyectos ni con amenazas, promesas o consejos. ¿Qué pasó entonces? El gran doméstico se lamentaba, apenado por el pensamiento del castigo al que se precipitaba Diógenes. Hacía algún tiempo Adriano lo había escogido para esposo de la última de sus cuñadas. Precisamente por este motivo no cesaba de suplicarle entre lágrimas; pero no había manera de convencerlo por más que insistiera haciendo referencia a los sucesos que habían tenido lugar hacía tiempo.

5. Efectivamente, en una ocasión, durante un partido de polo que se jugaba en el picadero del gran palacio y en el que intervenía el soberano, un bárbaro de doble origen armenio y turco con una daga escondida entre sus vestiduras, cuando vio que el soberano se había apartado de los jugadores y había aflojado las riendas para darle reposo a su extenuado caballo, se le aproximó y cayó de rodillas, fingiendo hacer una petición. El emperador paró enseguida su caballo y, tras volverse a él, le preguntó cuál era su petición. El otro, que más que un pedigüeño era un asesino, metió su mano en sus vestiduras, agarró la daga e intentó sacarla de su vaina. Pero el arma no obedecía a los tirones de su mano. Mientras se esforzaba por sacar la daga, una, dos, tres veces, iba improvisando en sus labios falsas peticiones, hasta que desesperado se tiró por tierra y quedó en el suelo pidiendo clemencia. El emperador volvió su caballo hacia él y le preguntó por qué pedía clemencia, a lo que el bárbaro sólo hizo mostrar la daga envainada, mientras entre golpes de pecho y gritos decía asombrado: "Ahora me doy cuenta de que Vos sois un auténtico siervo de Dios; ahora he comprobado que el gran Dios os protege. Yo tenía lista esta daga para daros muerte y con ella en mi poder salí de casa y me presenté aquí con intención de clavarla en vuestras entrañas. Pero a pesar de haber intentado desenvainarla una, dos y tres veces, no hubo forma de que obedeciera a los tirones de mi mano."

6. El emperador se mantuvo erguido en la misma postura, como si no hubiera oído una confesión de tal gravedad; enseguida corrieron todos hacia él, los unos al oír aquellas palabras, los otros asombrados por estos hechos. Los más leales al soberano pretendían despedazarlo, si bien él con movimientos de su cabeza, de sus manos y sus continuas intervenciones los disuadía del empeño. ¿Qué ocurrió entonces? Aquel soldado que era un asesino no sólo fue absuelto inmediatamente y sin reservas, sino que también recibió abundantísimos presentes y además fue dejado en libertad. Muchos de los presentes insistían hasta con impertinencia en que expulsara de la ciudad a ese asesino; pero él no les prestó atención y les decía: "Si el señor no defiende la ciudad, en vano velan sus defensores [4]. Por tanto, hemos de pedir a Dios que prolongue nuestra existencia y que nos proteja."

7. Todos murmuraban que aquel hombre había intentado asesinar al soberano a instancias de Diógenes, aunque el soberano en modo alguno prestara oído a esas palabras y se encolerizara contra ellos; tanta paciencia tuvo con él, que incluso cuando la punta de la daga tocaba su garganta, fingía no saber nada. Así se desarrollaron estos acontecimientos. En suma, tras recordarle el gran doméstico a Nicéforo estas tentativas y como no tenía forma de convencerlo, volvió al lado del emperador y le comunicó la obstinación de Diógenes, así como que Diógenes mantenía una absoluta negativa a confesar, aunque, como afirmaba, se le hubiera pedido con insistencia que lo hiciera.

VIII. La conspiración de Diógenes es descubierta y los conspiradores castigados.

1. Mandó buscar entonces a Muzaces y le ordenó que se presentara armado en compañía de más hombres, que lo recogieran de la tienda del gran doméstico y lo condujeran a la suya propia, donde debían custodiarlo atentamente sin

(4) Salmos. 126, 2.

emplear cadenas ni otro tipo de malos tratos. Muzaces cumplió inmediatamente lo ordenado y, tras tomarlo consigo, lo llevó a su tienda. Aunque durante toda la noche le estuvo rogando y aconsejando que confesara, no lograba convencerlo, por el contrario vió cómo se le resistía desvergonzadamente; lleno de cólera, se dispuso a intentarlo por medios para los que no había recibido autorización. Así pues, probó con someterlo a tortura y cuando se puso manos a la obra, Nicéforo aseguró que lo confesaría todo incapaz de afrontar ni siquiera la primera prueba; lo liberó enseguida de sus cadenas y requirió la presencia de un escribano con sus instrumentos. Apareció Gregorio Camatero, que acababa de ser nombrado secretario del soberano. Diógenes confesó todo sin callar tampoco lo del asesinato.

2. Con la confesión escrita en sus manos, a primeras horas de la mañana Muzaces buscó y encontró las cartas que ciertas personas le habían remitido y en las que aparentemente constaba la participación de la emperatriz María en la rebelión de Diógenes, si bien ella no admitía bajo ningún concepto el asesinato e incluso intentaba apartarlo con ahínco no sólo del crimen, sino incluso de su sola idea; y todo le fue comunicado al emperador. Éste, al término de su lectura y ante el descubrimiento de que había más implicados de los que se sospechaba, todos ellos nobles, no sabía qué hacer. En efecto, Diógenes no mostraba el más mínimo interés en atraerse a la gente sencilla, porque la tenía desde hacía tiempo totalmente fascinada y ganada para su causa. En aquellos instantes se estaba dedicando a seducir a los principales cargos del estamento civil y del militar. Pues bien, el soberano quiso mantener en secreto la implicación de la emperatriz María; y, efectivamente, la mantuvo en secreto, fingiendo ignorar su participación en la conjura por la confianza y el trato que venía teniendo con ella incluso desde antes de recibir el cetro del imperio. Así, difundía por todas partes la versión de que la conjura de Diógenes le había sido revelada por el emperador Constantino Porfirogéneto, el hijo de María, aunque la realidad fuera muy otra. Los detalles de la conspiración fueron descubiertos lentamente a través de los cómplices de Diógenes.

3. Después de que Diógenes fuera descubierto, encadenado y exilado, los principales cómplices, que aún no habían sido prendidos, se dieron cuenta de que ellos mismos se habían convertido ya en sospechosos, por lo que reflexionaban visiblemente asustados sobre las medidas que debían adoptar; a su vez, los partidarios del emperador, al comprobar la enorme agitación de aquéllos, parecían encontrarse en un callejón sin salida, ya que veían que la situación del emperador era crítica; asimismo, opinaban que él contaba tan sólo con el apoyo de un reducido grupo de partidarios y que se cernía sobre su cabeza un grave peligro.

4. Entre tanto, el emperador analizaba el desarrollo de estos acontecimientos desde el comienzo y pensaba inquieto en todas las ocasiones en que Diógenes había aceptado voluntariamente asumir el papel de un asesino y había intentado matarlo, aunque había errado gracias a Dios. El emperador mantenía una lucha interior, cambiando continuamente de opinión y de conclusiones, porque sabía que los estamentos civil y militar estaban completamente corrompidos por las adulaciones de Diógenes. Como no tenía suficientes fuerzas como para apresar a tanta gente, ni tampoco deseaba depurar a un colectivo tan abundante, envió a Diógenes y a Cecaumeno Catacalon, los principales colaboradores de la conspiración, a Cesarópolis, con la única condena de ser encadenados y vigilados allí, ya que decidió no tomar ninguna otra represalia más dura contra ellos, aunque todos le aconsejaban que los mutilase (le tenía un extraordinario afecto a Diógenes y mantenía aún sus antiguas atenciones hacia él); también exilió al marido de su hermana, Miguel Taronites y a (...) y les confiscó sus bienes. En cuanto a los demás, no decidió nada en concreto, ni siquiera la apertura de un proceso; antes prefirió atraérselos a través de la generosidad. En conclusión, todos los exiliados llegaron por la tarde a su destino, incluido Diógenes, que llegó a Cesarópolis. De los demás, ninguno cambió de situación y todos conservaron sus antiguos puestos.

IX. Una vez condenados los más directos inspiradores de la conjura, Alejo perdona a los demás.

1. En medio de estas terribles circunstancias, al día siguiente, todos los que sentían una profunda devoción por la persona del soberano entre sus parientes y allegados y todos los que a la sazón integraban el servicio de la familia asistieron a una reunión general obedeciendo su deseo de dar a conocer las intenciones que tenía. Éstos, con su audacia y habilidad para prevenir acontecimientos, con su sagacidad para averiguar la postura más conveniente y llevarla a cabo, ante el temor de que al día siguiente, cuando la gente acudiera, algunos se lanzasen contra él y lo despedazasen en el mismo trono, habida cuenta de que solían portar espadas bajo las vestiduras (como aquel que se le aproximó con aire de pedigüeño mientras jugaba al polo) y como no había más remedio que terminar con las expectativas de la gente respecto a Diógenes, difundieron la noticia de que éste había sido cegado a escondidas. Con ese fin hicieron venir a algunos y les encargaron que difundieran en secreto este hecho a todo el mundo; por supuesto, semejante idea nunca se le hubiera ocurrido al soberano. Sin embargo, este rumor, que en aquellos instantes carecía de fundamento, acabó por convertirse en realidad, como expondremos a continuación.

2. Cuando el sol, habiendo sobrepasado el horizonte, salió resplandeciente, todos los hombres del emperador que no habían sido cómplices de Diógenes en su delito y los soldados que desde hacía tiempo integraban la guardia imperial, marcharon en primer lugar hacia la tienda del emperador, unos con las espadas ceñidas, otros llevando lanzas, otros con las pesadas hachas de hierro de doble filo sobre sus hombros, y se situaron todos juntos a una cierta distancia del trono imperial y como si abrazaran al soberano con una formación semicircular, dispuestos todos para el combate, encolerizados y afilando, si no sus espadas, sí sus corazones. El contingente formado por los parientes y allegados se aproximó y se situó a ambos lados del trono imperial. A derecha e izquierda también se iban emplazando más escuderos. El emperador estaba sentado en el trono con un rostro terrible y miraba a la concurrencia no ya de forma majestuosa, sino con el gesto propio de un soldado; tampoco dominaba a los asistentes desde una cierta altura, pues su estatura no era elevada. Sin embargo, el trono estaba recubierto de oro y sobresalía por encima de su cabeza. Tenía contraída su frente, la tensión enrojecía mucho sus mejillas, y los ojos, fijos y meditabundos, dejaban traslucir un alma ocupada por infinidad de pensamientos.

3. Todos concurrieron al mismo tiempo, atemorizados y a punto de perder la vida por el intenso miedo que sentían; en efecto, unos estaban atravesados, más profundamente que por un dardo, por sus conciencias, mientras otros eran presa de una falsa sospecha. No se oía una voz de nadie; todos tenían la mirada fija en el hombre que estaba de pie a la entrada de la tienda y aguardaban quietos y aterrados. Era éste un hombre inteligente a la hora de hablar y enérgico a la hora de actuar; su nombre era Taticio. En un momento preciso el emperador le indicó con la mirada que podía dar paso a la gente que esperaba fuera. Éste les dejó franquear la entrada al instante. Ellos entraron a pesar del miedo que sentían, con la cara desencajada y a paso lento. Después de encontrar cada uno la posición que le correspondía, se pusieron a esperar lo que sucedería con el temor de haber recorrido el último tramo de su vida.

4. Pero tampoco el soberano las tenía todas consigo (me refiero en lo relativo a los recursos humanos; en las demás cosas, ponía todo en manos de Dios), ya que temía, ante la abigarrada muchedumbre de los presentes, que atentaran contra él de alguna otra grave y nefasta manera. Cuando hubo reforzado su ánimo y se sintió mejor preparado para la contienda, comenzó su alocución pública (estaban más mudos que los peces, como si les hubieran cortado la lengua), diciendo: "Sabéis que Diógenes nunca sufrió ningún daño por mi culpa. Tampoco le quité yo el trono a su padre, sino otro, ni he hecho nada que lo perjudicara o lo engañara. Cuando Dios tuvo a bien transferirme el mando del imperio, no sólo respeté el rango que ocupaban, tanto él, como su hermano León, sino que los amé y los traté como a mis propios hijos. Aunque en numerosas ocasiones descubrí a Nicéforo conspirando contra mí, otras tantas veces lo honré

con mi clemencia. Aunque tampoco así corregía su actitud, la soporté y pasé por alto el gran número de sus ofensas, creyendo que todo el mundo sentía hostilidad hacia él; a pesar de todo, ninguno de los favores que obtuvo gracias a mí cambió su innoble proceder. Por el contrario, él decretó mi muerte como muestra de agradecimiento por todo lo que yo había hecho."

5. A estas palabras clamaron todos que no querrían ver a otro ostentando los atributos imperiales, aunque no era esa la verdadera voluntad de los presentes, sino que tan sólo eran unas palabras de adulación que les permitieran escapar de aquel peligro inminente. El emperador aprovechó al vuelo la oportunidad y concedió a todo el mundo un perdón general, puesto que los responsables de la conjura habían sido ya condenados al exilio. A estas palabras se elevó un enorme tumulto como ninguno de los entonces presentes nunca ha oído hasta nuestros días, según dicen, mientras todos alababan al emperador entre la admiración de unos por la paciencia y bondad que mostraba y los insultos de otros a los exiliados, a los que, con la forma de actuar habitual en la naturaleza humana, insistían en condenar a muerte. Pues, el que hoy es cubierto de alabanzas y es acompañado en cortejo y conducido entre honores, cuando la gente ve que el dado de su vida ha caído de otra cara, recibe un trato radicalmente opuesto sin que nadie se avergüence por ello.

6. El emperador, tras silenciarlos con una seña, les volvió a hablar: "No hay que alborotar, ni malinterpretar la decisión que he adoptado. He sido yo, como he dicho, quien os ha concedido a todos el perdón y quien volverá a ser con vosotros el mismo de antes." Y mientras el emperador les concedía el perdón, los que habían colaborado en aquella conjura enviaron sicarios que cegaron a Diógenes sin el consentimiento del soberano. Igual castigo le aplicaron también a Cecaumeno Catacalon, creyendo que había sido cómplice en la misma conjura. Era el día de los Príncipes de los Apóstoles [5]. En fin, estos son los hechos que se cuentan

(5) San Pedro y San Pablo: 29 de junio de 1094.

desde aquel entonces hasta nuestros días; Dios sabrá si el emperador conoció por sus instigadores ese acto o si fue él su responsable; yo, por mi parte, no tengo modo de saberlo con certeza.

X. Sometimiento de los dálmatas y comentarios finales sobre Nicéforo Diógenes.

1. Así pues, por semejante trance hubo de pasar el soberano a causa de Diógenes; sin embargo, contó con la inesperada protección de la invencible mano del Altísimo contra un peligro inminente. Y él, lejos de abatirse por los hechos acaecidos, avanzó directamente contra Dalmacia. Cuando Bolcano se enteró de la llegada del emperador a Lipenio y supo que había sido ocupado, incapaz de hacer frente a las filas romanas, a su famosa formación cerrada y al armamento militar, envió enseguida embajadores para pedir la paz con la promesa de entregar a los mismos rehenes anteriormente prometidos y de no causar en adelante ningún daño. El soberano, pues, aceptó gustosamente las propuestas del bárbaro, porque estaba descorazonado y aborrecía la guerra civil (aunque fueran dálmatas, eran cristianos). Pronto se presentó Bolcano ante él confiadamente, en compañía de sus allegados y de los principales zupanes [6], y le entregó con placer como rehenes a sus primos Uresis y Esteban Bolcano junto a otros más hasta un número de veinte. Y es que, además, no tenía otra manera de arreglar su situación. El soberano, tras solucionar pacíficamente todo aquello que por naturaleza se logra con las batallas y las armas, retornó a la capital.

2. Sin embargo, no dejaba de prestar atención a Diógenes, se le veía llorando y lamentándose muy compungido por la suerte de éste y, haciendo gala de una benévola generosidad para con él, se afanaba por consolarlo; por ello le devolvió la mayor parte de sus bienes. Pero aquél, que era

(6) Ducange-Dufresne, col. 691, n.83: "así denominaban a los prefectos de las regiones de Serbia y Dalmacia, o quienes tenían una autoridad cercana a la de rey."

presa del dolor y odiaba la idea de vivir en la capital, residía voluntariamente en sus propiedades rurales dedicado por entero al estudio de los libros antiguos, que otros leían para él. Pues, privado de la vista, se servía de los ojos ajenos para la lectura. Estaba este hombre tan extraordinariamente dotado por la naturaleza, que a pesar de su ceguera comprendía con facilidad lo que era difícil de asimilar por los videntes. A partir de entonces, se instruyó en toda clase de disciplinas, hasta incluso en la conocida geometría (lo que resultaba raro en sus circunstancias) gracias a que un sabio que trabajaba con él le suministraba las figuras geométricas en relieve. Él iba tomando conocimiento de todos los teoremas y figuras de la geometría con el tacto de sus manos, como el célebre Dídimo [7], quien gracias a la agudeza de su mente llegó a poseer en su ceguera los mayores conocimientos de música y geometría, aunque, una vez en posesión de estos saberes, cayó en una herejía absurda por culpa de la ceguera que la vanagloria provocaba en su inteligencia, del mismo modo que la enfermedad lo hacía con sus ojos. Todo el mundo se asombra, pues, al oír estos hechos; yo personalmente pude ver a este hombre y lo he oído disertar asombrada sobre tan interesantes temas. Y yo misma, que no soy lega en tales cuestiones, reconocía que este hombre estaba en posesión de un exacto conocimiento de los teoremas.

3. Pero, aunque se dedicara al estudio de temas intelectuales, no abandonaba su antiguo rencor contra el soberano; por el contrario, sus aspiraciones a gobernar estaban enteramente vivas. Lógicamente, cuando comunicó de nuevo a algunos sus secretas intenciones, uno de ellos fue a presencia del soberano y le informó sobre esta cuestión. Éste hizo venir a Diógenes y lo interrogó acerca de lo que había tramado y sobre sus cómplices en la conjura. Como él confesó todo muy pronto, fue perdonado.

(7) Dídimo de Alejandría. Vivió durante el siglo IV d.C.

LIBRO X

ENFRENTAMIENTOS CON LOS CUMANOS. PRINCIPIO DE LA PRIMERA CRUZADA (1094-1097)

I. Las herejías de Nilo y Blaquernites.

1. El conocido Nilo sacudía a la Iglesia con un torrente de calamidades, produciendo gran turbación en las almas de la gente con su presencia, que no fue muy posterior al momento en que los dogmas de Italo habían sido condenados, y hundiendo también a muchos en los torbellinos de su misma heterodoxia. Era un hombre hábil en fingir la virtud (no sé de dónde la sacaría); durante una momentánea estancia en la capital, centrado en Dios y en sí mismo, se aplicaba a estudiar sin descanso los libros sagrados. Aunque fuera completamente profano en la cultura griega y no tuviese siquiera un profesor que le simplificara desde el principio la complejidad de las divinas escrituras, se había dado a los santos escritos, cuya interpretación lo confundía debido a la carencia de formación intelectual.

2. Se atrajo a un coro de personas de no innoble linaje y penetraba en las grandes casas en calidad de maestro (así se llamaba a sí mismo), gracias tanto a su aparente virtud y su vida austera, como a los conocimientos que con rapidez aparentaba poseer ocultos. En cambio, él ignoraba nuestro misterio de la unión hipostática, no podía, sencillamente, comprender lo que es la unión, ni sabía en modo alguno lo que es la hipóstasis, ni podía entender por separado la hipóstasis y la unión, ni, por otra parte, la unión hipostática en conjunto, y como no había aprendido de los santos cómo

fue divinizada la parte humana, opinaba erróneamente, lejos de la verdad, que ésta fue divinizada por naturaleza (1).

3. Tampoco estos hechos eran ignorados por el emperador; y cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, encontró una solución rápida; hizo llamar a este hombre y le dirigió numerosas acusaciones por su villanía y su ignorancia, para posteriormente pasar a instruirlo, adjuntando abundantes pruebas, sobre la unión hipostática del Verbo humano y divino, mientras le mostraba el modo de la mutua transmisión y le enseñaba cómo la parte humana fue divinizada con la gracia del cielo. Pero él se mantenía firme en su propio error y estaba totalmente dispuesto a sufrir cualquier vejación, instrumento de tortura, cadenas, mutilaciones, todo antes que renunciar a enseñar que la parte humana fue divinizada por naturaleza.

4. Por aquel entonces había gran número de armenios en la capital, a cuya desviación religiosa sirvió de acicate el famoso Nilo; como consecuencia, solía tratar a los conocidos Tiranes y Arsaces, que eran instigados a la herejía por las opiniones de Nilo. ¿Qué ocurrió entonces? Viendo el soberano que la desviación se iba propagando por las almas de la gente, que la herejía de Nilo y la de los armenios se iban acercando una a otra, que por doquier difundía sin reparos la divinización por naturaleza de la parte humana, que los escritos de los santos padres sobre estas cuestiones estaban siendo despiazados hasta el punto de llegar a desconocerse

(1) Cfr. DENZINGER, Enrique.- El magisterio de la Iglesia. Barcelona, 1963. p. 103, parágrafo 288: "En efecto, reconocemos que uno solo y el mismo Señor nuestro Jesucristo, Hijo de Dios unigénito, subsiste de dos y en dos sustancias, sin confusión, sin conmutación, sin división e inseparablemente, sin que jamás se suprimiera la diferencia de las naturalezas por la unión, sino más bien quedando a salvo la propiedad de una y otra naturaleza y concurriendo en una sola persona y en una sola subsistencia, no distribuido o diversificado en la dualidad de personas ni confundido en una sola naturaleza compuesta; sino que reconocemos, aun después de la unión subsistencial, a uno solo y el mismo Hijo unigénito, Dios Verbo, nuestro Señor Jesucristo y no uno en otro, ni uno y otro, sino el mismo en las dos naturalezas, es decir, en la divinidad y en la humanidad; porque ni el Verbo se mudó en la naturaleza de la carne, ni la carne se transformó en la naturaleza del Verbo." De la carta de San Agatón (678-681) y del Concilio Romano Omnium bonorum spes a los emperadores (año 680).

la unión hipostática, convocó a los notables de la Iglesia y organizó la celebración de un sínodo público sobre este asunto para detener el imparable avance de este mal.

5. En aquel sínodo estuvieron presentes todo el colegio de obispos y el patriarca Nicolás. Nilo se situó cara al público junto con los armenios y sus doctrinas fueron expuestas; incluso él en persona desarrolló claramente sus creencias, defendiéndolas con vigor ante los demás asistentes y sirviéndose de numerosos argumentos. ¿Qué ocurrió entonces? El sínodo, para apartar las almas de la gente de sus corruptas enseñanzas, lanzó contra él un anatema eterno y ratificó con mayor claridad el principio de la unión hipostática en consonancia con las tradiciones de los santos.

6. Después de éste, o mejor dicho al mismo tiempo que éste, también Blaquernites, aunque fuera un clérigo, llegó a convertirse en un personaje público merced a sus opiniones impías y ajenas a la Iglesia. En efecto, éste estaba en tratos con iluminados y participaba en sus desviaciones, engañaba a mucha gente, minaba las principales casas de la capital y divulgaba sus impías creencias; aunque el soberano lo estuvo llamando durante mucho tiempo e instruyéndolo en la ortodoxia, no había manera de que se retractara de sus falsas y particulares creencias; finalmente el soberano remitió también este caso a la Iglesia. Sus miembros, tras una intensa investigación, comprobaron su obstinación y lanzaron sobre él y sus opiniones un anatema eterno.

II. Aparición de un impostor que se hace pasar por un hijo del emperador Diógenes y que se gana a los cumanos. Disposiciones de Alejo para hacerles frente.

1. El soberano, pues, tras haber hecho frente a las sucesivas acometidas de olas como un buen piloto, tras haberse limpiado el salitre del mundo y haber ordenado correctamente los asuntos de la Iglesia, se vio arrastrado nuevamente a otro mar de guerras y tumultos. Pues siempre a un problema se añadía otro, a un mar de calamidades, como se dice, otro mar y a un río, otro río, de tal modo que no le per-

mitían al emperador ni tomar aliento ni cerrar los párpados, por así decir. Se podría afirmar con justicia que nosotros no mostramos más que una pequeña gota del mar Adriático con nuestro pequeño esbozo, más que descripción, de las hazañas realizadas en aquella época por el emperador; la realidad, en efecto, confirma que se opuso a todas las olas y tempestades hasta que la nave del Imperio, empujada por vientos favorables, ancló en un puerto seguro. ¿Quién, si no la voz de Demóstenes, la impetuosidad de Polemón o todas las Musas homéricas podrían cantar dignamente sus gestas? Incluso me atrevería a afirmar que ni siquiera el mismísimo Platón, ni el Pórtico al completo, ni la Academia, reunidos en un mismo sitio, hubieran podido describir convenientemente su alma. Efectivamente, cuando aún no habían amainado aquellas borrascas ni complejas guerras, ni habían perdido su fuerza las tempestades, se le levantó otra borrasca en nada menor a las citadas.

2. Efectivamente, un hombre, no de linaje ilustre, sino de baja extracción y origen cuartelero, aseguraba ser el hijo de Diógenes, aunque éste hubiera muerto hacía tiempo en la época en que Isaac Comneno, el hermano del emperador, había librado combate con los turcos en Antioquía. Quien esté interesado en conocer más detalladamente cómo ocurrió, podrá hacerlo recurriendo a la obra de nuestro célebre césar. Pues bien, aunque muchos intentaban silenciarlo, este personaje no dejaba de hablar. Había venido de oriente pobre y vestido con una rústica piel y se dedicaba a brujulear por la ciudad, entre las casas y los barrios ayudado por su muy pérfido y astuto carácter y haciendo acerca de sí mismo ciertas elevadas apreciaciones. Decía que era León, [2] el ilustre hijo del antiguo emperador Diógenes, que se decía había muerto alcanzado por una flecha en Antioquía. Así el impostor revivía al muerto y habiendo usurpado su nombre, aspiraba abiertamente al trono, para lo que iba seduciendo a los más simples. Por tanto, este desagradable asunto fue también un nuevo añadido a las desgracias del emperador, como si el Destino le hiciera interpretar un drama con ese

(2) Se trata en realidad de Constantino, no de León. Tal vez la inclusión de este nombre se deba al error de algún copista. (Cfr. Leib, t.II, p. 190, n.2)

pérfido. Del mismo modo que, según creo, los disolutos, una vez saciados se hacen servir como postre de lujo ciertas tartas de miel, así también el Destino de los romanos, harto ya, se burlaba del emperador con semejantes pseudoemperadores.

3. Sin embargo, el soberano despreciaba por completo lo que se decía. Pero como este militarote no cesaba de parlotear continuamente en calles y cruces sobre dicho asunto, acabaron por llegar estas palabras a oídos de Teodora, hermana del monarca Alejo y viuda de ese hijo muerto de Diógenes. Ella no soportaba los parloteos y se irritaba, porque a raíz de la muerte de su marido se había retirado a la vida monástica, de modo que había asumido muy estrictamente la vida ascética y se dedicaba sólo a Dios. Como, aunque el soberano le hubiera hecho una segunda y hasta una tercera amonestación a aquel charlatán, éste no se callaba, lo envió a Querson con la orden de que fuera encarcelado. Una vez allí, solía subir de noche a las almenas y asomándose al borde, trataba asiduamente con los cumanos, que acudían con frecuencia a esa plaza para comerciar y llevarse lo que necesitaban, y tras el intercambio de sus palabras, una noche se ató a unas cuerdas y se deslizó por la muralla.

4. Después de acogerlo, los cumanos partieron hacia su país. Tras una prolongada convivencia con ellos en sus campamentos, llegó a convencerlos para que lo nombraran emperador. Ellos, con su deseo de beber sangre humana, saciarse de carne de hombre y acumular abundante botín de nuestras tierras y utilizando a esta especie de Patroclo como pretexto, decidieron avanzar contra el imperio de los romanos junto a todo su ejército con la aparente pretensión de restaurar en el trono de su padre a este hombre. El emperador no ignoraba esas maniobras, a pesar de que por el momento dejaban sus planes en suspenso. Por ello estaba armando lo mejor posible sus fuerzas y se preparaba para dar batalla a los bárbaros. Pues los desfiladeros, que la lengua vulgar suele denominar "clisura", como dijimos, los había fortificado anteriormente. Con el transcurso del tiempo, cuando se enteró de que los cumanos habían llegado al Paristrio junto con el impostor, reunió a los notables del esta-

mento militar y a eus allegados y parientes para plentearles la conveniencia de salir en contra de ellos; todos, sin embargo, desaconsejaban esta táctica.

5. En consecuencia, como él no podía confiar eólo en sí mismo ni deseaba llevar a la práctica sue planes personales, rogó a Dioe que tomara una decisión. Convocó, puee, a todos los miembros de loe eetamentoe sagredo y militar y marchó al atardecer hacia la gran Iglesia de Dios, donde ya se encontraba el patriarca Nicolás, que había aecendido al trono patriarcal durante la séptima indicción, el año 6592 (3), trae la dimieión de Euetraclo Garidas. Después de haber escrito en dos tabletae la coneulta sobre ei debía partir y atacar a loe cumanos o no, le ordenó al presidente de la reunión que iae depositara en el altar. Cuando concluyó el canto de loe himnos, que duró toda la noche, al alba, el que les había colocado entró, recogió un texto, lo sacó, lo deeató delante de todoe y lo leyó. Por consiguiente, habiendo interpretado la señal proveniente de eete hecho como un oráculo divino, el soberano ee entregó por completo a la campaña y reunió al ejército mediante cartas que envió en todas direcciones.

6. Cuando estuvo bien preparado, emprendió el camino en contra de los cumanoe. Cuando llegó a Ánquialo junto con todo el ejército que había hecho reunir, mandó llamar a su cuñado, el césar Nicéforo Meliseno, a Jorge Paleólogo y a eu sobrino Juan Taronites y los envió a Beros para que vigilasen y protegiesen tanto esta ciudad como lae regiones colindantas. Respecto a loe demáe jefee, tras dividir sus tropas, pueo al mando de éetae a Dabateno, a Jorge Euforbeno y a Conetantino Umbertópulo y iee encomendó la defenaa de loe deefiladeros que había en los alrededoree del Zigo. Desde allí llegó a Cortarea (así se denomina un deefiladero del Zigo), recorrió todo el Zigo inspeccionando el todae las órdenes que había impartido anteriormente habían eido cumplidas por los encargados de llevarlas a cabo, o el estaban a medio terminar o eran ineuficientee, para corregir eetas de-

(3) Agosto de 1084 (Leib, II, p. 192, n. 1)

ficiencias, de modo que loe cumanos no pudieran cruasr fácilmente a travée de eetos pasos. Una vez organizado todo, regreeó de aquella zona y fijó el campamento junto al conocido como Lago Sagrado, que está próximo a Anquialo. De noche, un tal Pudilo, un jefe válaco, llegó para anunciar el paso de los cumanos por el Danubio; el emperador entonces juzgó preciso reunir al amanecer a la flor y nata de sue parientee y jefee y decidir lo que debía hacerse. Ante la opinión común de que era necesario acudir a Anquialo, despachó enseguida a Cantacuzeno y a Taticio al lugar conocido por Termas en unión de algunos aliadoe, el kan Eecaliarlo y otros hombres escogidos, para organizar la vigilancia de aquella zona. Él, por eu parte, salló en dirección a Anquialo.

7. Cuando ee hubo enterado de la marcha de loe cumanos sobre Adrianópolis, hizo venir en pleno a los notablee de esta ciudad. De ellos envió al llamado Tarcaniotee Catacalon y a Nicéforo Brienio (el hijo del que antiguamente había montado una conepiración; había intentado tomar el poder y había sido cegado) y lee encomendó que organizasen una minuciosa defenes de la plaza y que cuando llegaran los cumanos, no librasen combate contra ellos de forma irreflexiva, sino que los acoearan con flechas certeres y disparadae a distancia, así como que mantuvieran cerradae las puertas la mayor parte del tiempo, prometiéndolee abundantes favoree si obeervaban las órdenee. Una vez les hubo dado estae inetrucciones a Brienio y a loe demás, el soberano los deepidió hacia Adrianópolis con grandes esperanzas. A Euforbeno Constantino Catacalon le ordenó por carta que recogiera al llamado Monastras (un semibárbaro que poseía experiencia sobre asuntoe militares) y a Miguel Anemas junto con loe soldadoe a sus órdenes y que, cuando se enterasen de que los cumanoe habían atraveeado los desfiladeroe, los eiguleran por detrás y los hostigasen con ataques por eorpreea.

III. Sitios de Anquialo y de Adrianópolis.

1. En todo caso, los cumanos supieron gracias a los válacos cuáles eran loe eenderos a través de loe pasos y cruzaron el Zigo fácilmente. Conforme se iban acercando a Go-

loe, sus habitantes encadenaron al hombre encargado de defender la plaza y la entregaron a los cumanos, quienes la ocuparon entre gritos de placer. Constantino Catacalon, que tenía presentes las recomendaciones del emperador, al encontrarse con los cumanos que habían salido para forrajear, los atacó con valor y se trajo como prisioneros a cien de ellos. Tan pronto como el emperador lo hubo recibido, lo honró con la dignidad de nobilísimo. Pero los habitantes de las ciudades vecinas de Goloe, Diampolis y otras más, cuando vieron que los cumanos se habían apoderado de la primera, se pasaron a su bando, los recibieron con los brazos abiertos y les entregaron las ciudades en medio de aclamaciones al impostor Diógenes. Éste, una vez convertido en señor de todas estas localidades, se hizo cargo de todo el ejército cumano y llegó a Anquialo con intención, tal vez, de atacar sus murallas.

2. El emperador, que estaba en su interior y poseía desde joven abundante experiencia sobre los asuntos militares, cuando reconoció que la posición de la plaza disuadía a los cumanos de asaltarla gracias a la protección de sus murallas, dividió sus fuerzas, abrió las puertas de la ciudad y las situó fuera en formación cerrada y compacta; una parte de la falange romana se precipitó gritando sobre el extremo de las filas cumanas (...), que huyeron y fueron perseguidas hasta el mar. Al contemplar este hecho el soberano, como carecía de fuerzas suficientes para tan numerosa muchedumbre y era imposible enfrentarse a ella, ordenó que todos conservaran en adelante la formación cerrada y que nadie se destacara de las líneas. Los cumanos, por su parte, ordenaron su formación y se iban colocando frente por frente a la falange romana, aunque tampoco ellos se atrevieran a atacar. Estas maniobras estuvieron realizándose durante tres días, desde la mañana a la noche, ya que la disposición del lugar y el hecho de que nadie corriera desde la falange romana en contra de ellos los disuadía de querer combatir.

3. Las fortificaciones de Anquialo presentaban a la sazón el siguiente aspecto: a la derecha estaba el mar del Ponto y a la izquierda un lugar escarpado, inaccesible a la caballería. ¿Qué ocurrió entonces? Los bárbaros, al ver el poderío del emperador y habiendo desesperado de sus pretensiones, cambiaron de objetivo y se dirigieron a Adrianópolis, ya que el impostor los engañaba diciendo: "Cuando Nicéforo Brienio se entere de que yo estoy a punto de llegar a Adrianópolis, abrirá las puertas, me recibirá alegremente, me obsequiará con muchas riquezas y se portará muy cortésmente conmigo, puesto que si no por naturaleza, sí al menos por adopción, le tuve un cariño fraternal a mi padre. Y cuando nos sea entregada la plaza, continuaremos camino hacia adelante, en dirección a la ciudad imperial." Esta denominación de tío con respecto a Brienio se debía a una falsa historia con un fundamento cierto. En efecto, el antiguo emperador Romano Diógenes sabía que aquel hombre superaba en inteligencia a todos los de su época, conocía con toda seguridad que era recto en su proceder y que tanto sus palabras como sus obras estaban orientadas por la verdad; por ello, tuvo a bien adoptarlo como hermano y, como es natural, el acuerdo se hizo con el mutuo consentimiento. Estos hechos son ciertos y son así conocidos por todo el mundo; pero el impostor tanto despreció el pudor, que llegó a llamar tío a Brienio.

4. Éstas eran las maquinaciones del impostor; en cuanto a los cumanos, que como bárbaros que son tienen un carácter natural inestable y tornadizo, una vez llegados a Adrianópolis, acamparon en las afueras de la ciudad. Después de cuarenta y ocho días durante los cuales se libraban combates a diario (los jóvenes, ansiosos por combatir y salir cada día, libraron frecuentes combates con los bárbaros), el impostor requirió la presencia de Nicéforo Brienio, quien se asomó a una torre y en cuanto podía discernir por la voz del hombre, afirmaba no reconocer en él al hijo de Romano Diógenes, su pariente por adopción según una costumbre que es frecuente, como hemos dicho, y que de hecho el hijo del emperador había muerto en Antioquía. Cuando hubo dicho esto, despidió al falsario cubierto de vergüenza.

5. Como los defensores con tan prolongado asedio empezaban a pasar privaciones, pidieron ayuda al soberano por carta. Éste ordenó inmediatamente a Constantino Euforbeno que destacara un poderoso contingente del conjunto

de aus condes y que entrara durante la noche en Adrianópolis junto con ellos por la parte de Calatades. Catacalon emprendió enseguida el camino hacia Orestiada, creyendo con plena confianza que pasaría inadvertido a los cumanos. Pero sus apreciaciones resultaron erróneas. Cuando los cumanos se percataron de su presencia, muchos de ellos lo atacaron a la carga, lo hicieron retirarse y lo persiguieron sin descanso. En aquella ocasión Nicéforo, el que sería posteriormente marido de mi hermana porfirogéneta María, aferrando una larga lanza, se dio la vuelta y se encontró de frente con el escita que lo perseguía y que fue alcanzado en el pecho por él; enseguida quedó muerto en tierra. Nicéforo sabía ciertamente manejar la lanza y protegerse con el escudo y su aspecto al cabalgar, de poder vérsele, bien hubiera podido no pertenecer a un romano, sino a un guerrero de Normandía; aquel joven, cuando cabalgaba, era un portento y un auténtico orgullo de la naturaleza; con Dios mostraba una enorme devoción y con los hombres era bondadoso y agradable.

6. Cuando aún no se había llegado a los cuarenta y ocho días, por orden de Nicéforo Brienio (en quien se concentraba toda la autoridad de Adrianópolis) se abrieron las puertas de la ciudad de par en par y salió un contingente de valientes guerreros para atacar a los cumanos. Durante este violento combate cayeron muchos romanos luchando con valor y sin escatimar sus vidas; pero ellos mataron a muchos más enemigos. Cuando Mariano Maurocatacalon creyó ver a Togortac (el jefe más importante del ejército de los cumanos) aferró su larga lanza y cargó directamente contra él a rienda suelta. Lo hubiera matado al instante, de no ser porque los cumanos que se hallaban a su lado corrieron a socorrerlo; y poco faltó para que Mariano no cayera muerto. El citado Mariano, aunque era joven por sus años y acababa de entrar en la edad adulta, acostumbraba a salir fuera de las puertas de Orestiada y luchar con los cumanos, a los que solía vencer tras herir o matar a muchos. Era, ciertamente, un soldado muy valeroso que parecía haber heredado de su padre el valor y haber nacido como un hijo valeroso de padres muy valerosos. Tras escapar de una muerte segura, cuando vio que el falso Diógenes iba vestido de púrpura y equipado al modo de los emperadores, así como que sus

hombres se habían disperasado, hirviendo de cólera avanzó contra éste, que estaba también en la otra orilla del río en el mismo sitio donde Mariano luchaba con los bárbaros; alzando entonces su látigo, lo fustigó en la cabeza, mientras lo llamaba con toda claridad falso emperador.

IV. Final de la campaña contra los cumanos con la victoria del emperador.

1. Al enterarse el emperador de la presencia de los cumanos en Adrianópolis y de los continuos combates que allí tenían lugar, creyó necesario partir de Anquialo y acudir a esa ciudad. Mandó buscar, pues, a los principales jefes y a los notables de la localidad para deliberar sobre las posibles resoluciones. Un hombre llamado Alacaseo pidió la palabra y dijo: "Se da la circunstancia de que mi padre conoció hace tiempo al padre del impostor. Yo podría marchar a su lado, meterlo en una fortaleza y capturarlo." Entonces le preguntaron cómo llevaría a cabo su acción. Él se inspiró en el famoso Zópiro de la época de Ciro [4] y expuso el método de éste al soberano; en consecuencia, se dedicó a torturarse a sí mismo, se cortó la barba y los cabellos y fue a su encuentro, como si en realidad el soberano le hubiera hecho sufrir esos malos tratos.

2. Dicho y hecho, su compromiso fue llevado a la práctica y mientras el emperador aún estaba elogiando su decisión, Alacaseo volvía pelado a rape y maltrecho físicamente; luego, marchó al encuentro del falso Diógenes, a quien entre otras cosas recordó su antigua amistad, diciendo: "Tras haber sufrido muchas y crueles vejaciones por parte del soberano Alejo, he llegado a vuestra presencia confiando en las antiguas relaciones de mi padre con Vuestra Majestad y para cooperar con Vos en la realización de vuestros planes." Se servía de tan aduladores términos para

(4) Cfr. Herodoto, III, 154-8: Zópiro fue un sátrapa que entró, una vez cortadas la nariz y las orejas, en una plaza asediada infructuosamente por el rey persa para entregársela. Ciro debe ser sustituido por Darío I.

straérselo aún más. Para dar mayores detalles sobre la actuación de este hombre, añadiré que había recibido un salvoconducto del soberano Alejo, así como una carta donde se indicaba lo que sigue al encargado de defender una plaza llamada Putza: "Obedece todo lo que el portador de ésta te encomiende y hazlo al instante." Pues el emperador había previsto certeramente que los cumanos llegarían allí una vez levantaran el campo de Adrianópolis; cuando estuvieron ultimadas todas estas medidas, Alacaseo, como hemos dicho, fue al encuentro del impostor y mientras ponía como prueba su pelado a rspe, decía: "Por Vos he sufrido terribles ultrajes, por Vos he sido torturado y encadenado, por Vos he estado encerrado en prisión durante bastantes días, empezando por el mismo momento en que atacasteis las fronteras romanas, porque el soberano sospechó de mí por la amistad que mi padre tuvo con Vos. En suma, he huido sin que nadie se diera cuenta para venir junto a Vos, mi Señor; y ya libre someteré a vuestra consideración aquellas opiniones mías que os sean más convenientes."

3. El impostor lo recibió amablemente y le preguntó lo que debía hacer para cumplir sus planes. Él le dijo: "¿Veis esa fortaleza y esa extensa llanura capaz de dar forraje a vuestros caballos durante todo el tiempo que deseéis descansar Vos y todo vuestro ejército? No hay razón para ir más lejos; deberíamos quedarnos ahí un poco de tiempo a fin de que podáis apoderaros de la plaza y reponeros, mientras los cumanos salen y suministran las vitualias para emprender así el camino de la ciudad imperial. Si as de vuestro agrado, veré al gobernador de la ciudadela, que es un antiguo conocido mío, y me encargaré de que os la entregue sin combatir."

4. Este plan sstisfizo a Diógenes. Esa noche Alacaseo stó la citada carta a una flecha y la disparó al interior de la fortaleza; cuando su comandante la hubo leído, preparó la entrega de la plaza. A la mañana siguiente, Alacaseo fue el primero en aproximarse a las puertas y fingir mantener una conversación con el comandante; previamente había acordado con Diógenes que cuando éste viera una señal convenida, avanzara directamente hacia la ciudad. Tras una lar-

ga entrevista con el comandante, hizo la señal convenida con el impostor, quien tan pronto como la vio entró valientemente en la plaza junto a unos pocos soldados. Los defensores de Putza los recibieron amablemente y el comandante lo invitó al baño; dada la insistencia también de Alacaseo en ello, les hizo caso enseguida. Luego los regalaron, tanto a él como a los cumanos, con un espléndido banquete. Al final del opíparo festín, todos por igual estaban ebrios de beber el vino que habían tragado desde odres rebosantes, por lo que se quedaron dormidos resoplando. Sin perder tiempo Alacaseo y el comandante con algunos de sus hombres los rodearon y, tras despojarlos de caballos y armas, abandonaron allí mismo al impostor roncando y a los cumanos los mataron y arrojaron directamente a los fosos, que sirvieron de tumbas improvisadas.

5. Catacalon, que seguía a las tropas cumanas según las instrucciones del emperador, cuando vio que el falso Diógenes se había introducido en la fortaleza y que los cumanos se habían dispersado para forrajear, marchó y fijó su campamento en un lugar cercano a la mencionada ciudad. Como los cumanos estaban diseminados por todas partes, Alacaseo no se atrevió a informar del resultado de su misión al soberano y, haciéndose cargo de este hombre, se puso en ruta hacia Tzurulo con idea de partir desde esta localidad hacia la ciudad imperial. Al enterarse de esto, la madre y señora del emperador, que residía en el palacio como regente, envió con toda celeridad y sin retraso al drungario de la flota, el eunuco Eustatio Ciminiano, para que tomara consigo a aquel individuo y lo trajera a la capital. Él marchó en unión de un turco llamado Camires, al que empleó para cegarlo.

6. El soberano, que aún permanecía en Anquialo, cuando se hubo enterado de que los cumanos se habían dispersado con intención de someter a pillaje las regiones colindsntes, levantó el campo de donde estaba y llegó a la Pequeña Nicea. Al tener conocimiento de que Citzes, uno de los jefes del ejército cumano, había tomado consigo a doce mil cumanos y de que tras diseminarlos estabs consiguiendo un abundante botín, al tiempo que había ocupado la cresta de Taurocomo, descendió en compañía de las tropas que esta-

ban a su mando y se estableció junto al borde del río que pasa por la llanura situada a los pies de dicha cresta y cubierta de chaparros y brotes de árboles recientes. Así pues, tras emplazar allí sus fuerzas, destacó una sección numerosa de turcos seleccionados por su habilidad con el arco y los lanzó contra los cumanos, para que mediante ataques y cargas los atrajeran hacia la pendiente. Los cumanos los ataosron y persiguieron sin contenerse hasta llegar al lugar que ocupaba la falange romana, donde contuvieron brevemente los caballos con idea de organizar la formación y prepararse para cargar contra la falange romana.

7. Al ver el soberano a un arrogante cumano que se destacaba de la falange y que, recorriendo la formación, parecía buscar a alguien que se enfrentara con él y al percatarse de que sus alas derecha e izquierda estaban inmóviles, no pudo tolerar esta cobardía y en presencia de todos sus hombres cargó a rienda suelta contra el bárbaro que pretendía un combate singular y lo hirió primero con su lanza para seguidamente atravesarle de parte a parte el pecho con su espada y derribarlo del caballo; en ese día se comportó más como un soldado corriente que como un general. Así pues, gracias a su heroico gesto, que infundió gran ánimo en las tropas romanas y no menos temor entre los escitas, atacó y quebró, como lo haría una torre, la cohesión del ejército enemigo. Rota así la unión de las filas bárbaras, éstas emprendieron una incontenible fuga y se dispersaron por doquier. En conclusión, siete mil fueron los cumanos que murieron en aquel enfrentamiento y tres los que fueron hechos prisioneros.

8. A pesar de la victoria, el soberano no autorizó a los integrantes del ejército romano para que se repartieran todo el botín obtenido, como es la costumbre, ya que había sido producto del saqueo de las regiones vecinas, y ordenó que les fuera devuelto a sus habitantes. Esta resolución del emperador recorrió volando todos los contornos, por lo que, cuando se enteraron de la misma, se presentaron todos los que habían padecido saqueos y cada uno fue recuperando

sus propiedades. Éstos, golpeándose el pecho [5] y levantando al cielo las manos suplicantes, rogaban a Dios que le concediese la mayor ventura al soberano. En aquella ocasión pudo oírse cómo las voces unánimes de hombres y mujeres alcanzaban hasta la luna misma.

9. Así se desarrollaron estos acontecimientos; el soberano, por su parte, reagrupó satisfecho sus fuerzas y retornó de nuevo a la citada Pequeña Nicea. Tras permanecer allí durante dos días, salió al tercero y llegó a Adrianópolis, donde estuvo albergado durante bastantes días en casa de Silvestre. Pues bien, todos los jefes cumanos, tras destacarse del resto de su ejército, acudieron como si fuesen tránsfugas a su presencia con intención de ganar terreno para el ejército cumano, engañándolo con la pretendida propuesta de un tratado de paz que permitiría ir consumiendo el tiempo en las negociaciones. Tras permanecer a su lado durante tres días, la noche del tercer día emprendieron camino a sus hogares.

10. El soberano, al darse cuenta del engaño de los cumanos, envió alados mensajeros que revelaron estos hechos a los encargados de defender los pasos del Zigo para que no se relajasen y atendieron sin descanso a la posibilidad de capturarlos. Tan pronto como él se enteró de que todo el ejército cumano iba cubriendo su ruta, reagrupó a los soldados de los que disponía en esos momentos y llegó a un lugar llamado Escutario, que dista unos diez y ocho estadios de Adrianópolis; al día siguiente llegó a Agatónice. Una vez enterado de que el ejército cumano ya se encontraba en Abrilebo (un lugar que no se halla lejos de las mencionadas ciudades), se acercó hasta allí; cuando vio en la distancia las innumerables fogatas que habían encendido, meditó sobre la si-

(5) Este pasaje ha dado lugar a alguna discusión relacionada con el término sternotipô cfr.: ANTONIADIS, Sofía.- "Présence de la langue grecque moderne dans l'Alexias d'Anne Comnène", Actes du XIVe Congrès International des Études Byzantines, Bucarest, 1976, t.III, p. 683-687. Nosotros creemos mejor conservar su sentido originario; ¿es extraño que la población agradeciera al cielo tan ilustre salvador, reconociendo su arrepentimiento por los pecados cometidos y su indignidad para recibirlo? No la consideramos una actitud insólita para la mentalidad religiosa ortodoxa del siglo XI.

tuación e hizo venir mediante mensajeros a Nicolás Mauro-catacalon y a otros jefes escogidos del ejército para deliberar sobre el plan de combate. En la reunión se consideró preciso hacer venir a caudillos aliados como Uzas (éste lo era de los sármatas), Caratzas, el escita, y el semibárbaro Monastras, e igualmente hacer preparativos para que se encendieran quince o más hogueras por cada tienda de modo que los cumanos, al ver tan gran cantidad de hogueras, creyeran que el ejército romano era inconmensurable y atemorizados por ello no tuvieran valor para atacarlos en adelante. Cuando la orden fue cumplida, un enorme temor hizo presa en el ánimo de los cumanos. A su vez, el soberano se armó por la mañana y con las fuerzas a su mando se lanzó contra ellos; tras un combate que se libró por ambas partes, los cumanos volvieron la espalda. A continuación el emperador dividió su ejército y envió por delante a las tropas ligeras para que los persiguieran; e incluso él en persona se lanzó en persecución de los fugitivos. Cuando logró darles alcance en el desfiladero de Sidera, muchos fueron los que mató y muchísimos los que llevó prisioneros.

11. Los hombres que habían sido destacados volvieron una vez hubieron recogido todo el botín de los cumanos. El emperador pasó toda la noche en el desfiladero de Sidera a causa de una enorme tormenta que se había desencadenado y al amanecer marchó hasta Goloe. Permaneció allí durante un día y una noche para honrar a todos los que habían luchado valientemente y concederles grandes recompensas; cuando hubo cumplido sus propósitos y hubo enviado a todos alegres de vuelta a casa, alcanzó el palacio imperial en dos jornadas.

V. Inicio de la Primera Cruzada. Proclama de Pedro el Ermitaño a occidente.

1. Después de haberse repuesto un poco de sus grandes fatigas y a raíz de unos informes sobre las correrías y los despiadados pillajes que los turcos estaban haciendo por el interior de Bitinia, aprovechando los problemas surgidos en occidente que habían absorbido la atención del soberano

en esta parte del imperio y que lo habían entretenido más en éstos territorios que en aquéllos (dedicaba sus esfuerzos a lo más urgente), elaboró un proyecto grandioso y digno de su persona, pensado para reforzar Bitinia y protegerse de las incursiones de los turcos gracias a las medidas que expondremos a continuación, ya que merece la pena contar en qué consistían aquellas medidas.

2. El río Sangaris y la costa que se extiende en línea recta hasta la aldea de Quele y la que se repliega hacia el norte encierran un extenso país dentro de los límites que forman. Pues bien, los hijos de Ismael, que desde siempre hemos tenido como pérfidos vecinos, a causa de la enorme carencia de defensores que sufría devastaban fácilmente este país, pasando por la región de los mariandenos [6] y por la de los que viven al otro lado del río Sangaris, que solían cruzar para acosar Nicomedia. Mientras el emperador intentaba reprimir el empuje de los bárbaros y fortificaba sobre todo Nicomedia contra las incursiones al interior de su región, observó un extenso foso que se encontraba más abajo del lago Baanes y cuyo curso él siguió hasta el final; por su configuración y su posición concluyó que este accidente no era un producto espontáneo de la tierra y que no había sido excavado de modo natural, sino que era obra del hombre. Gracias a sus indagaciones junto a algunas personas acabó sabiendo que esa zanja había sido cavada por orden de Anastasio Dícuro, aunque esas personas no podían explicar su finalidad; el soberano Alejo, por su parte, opinaba que aquel soberano había proyectado trasvasar agua del lago a ese canal artificial. Pues bien, con el mismo propósito el soberano Alejo ordenó cavar el foso a gran profundidad.

3. Temiendo que las aguas no fueran vadeables en el punto de enlace de las corrientes, erigió una poderosa fortaleza, segura e inexpugnable en toda su extensión tanto por el agua como por la altura y grosor de sus murallas; ésta fue la causa de que se la llamara Sidera. Aún hoy ese férreo baluarte es una plaza fuerte delante de una plaza fuerte y

(6) Pueblo de Asia Menor, cuya capital era Claudiópolis. Cfr. Leib, II, p.206, n.3.

una muralla delante de una muralla. El soberano en persona inspeccionaba la construcción de la fortaleza desde la mañana a la noche y, aunque hacía mucho calor por estar en plena estación estival, soportaba polvo y ardores. Invirtió gran cantidad de fondos para que de allí surgiera una muralla poderosa e inexpugnable, recompensando generosamente a cada uno de los que acarreaban piedras, ya fueran cincuenta o cien. A partir de ese momento, no sólo los que a la sazón se encontraban en el sitio de las obras, sino todo soldado o sirviente, lugareño u oriundo de otro país, se movilizaba para acarrear dichas piedras al ver los generosos salarios y al emperador mismo presidiendo la marcha de los trabajos como si fueran unos juegos. Gracias a este recurso afluía mucha gente y el acarreo de aquellas enormes piedras podía hacer con mayor rapidez. Así era él, un ser capaz de las más profundas reflexiones y de las más grandiosas acciones.

4. En suma, los hechos que el soberano protagonizó hasta la (...) indicción del año (...) se habían desarrollado como hemos descrito; pero aún no había tenido tiempo de descansar un poco, cuando oyó rumores acerca de la llegada de innumerables ejércitos francos. Como es natural, temía su aparición porque conocía su incontenible ímpetu, su inestable y voluble temperamento y todos los demás aspectos que posee de forma permanente el carácter de los celtas, tanto en sus simples rasgos como las consecuencias del mismo; igualmente sabía cómo, paralizados por el brillo del dinero, siempre rompían los tratados sin reservas de ningún tipo y abiertamente, argumentando el primer motivo que les viniera en gana. Y efectivamente, siempre había tenido ocasión de comprobar los rumores sobre esta conducta. Pero no se dejó abatir y se preparaba con todo empeño para estar listo en el momento en que fuera preciso pelear. Ahora bien, la realidad resultó más aterradora incluso que los rumores que se difundían. Todo el occidente, la raza de los bárbaros al completo, que habita las tierras comprendidas desde la otra orilla del Adriático hasta las columnas de Héroules, toda en una masa compacta, se movilizaba hacia Asia a través de toda Europa y marchaba haciendo la ruta con todos sus enseres. Aproximadamente, las causas de tan enorme movimiento de masas fueron las siguientes.

5. Un celta, de nombre Pedro y de apodo Pedro de la Cogulla tras haber sufrido en su peregrinación hacia el Santo Sepulcro muchas calamidades por culpa de los turcos y sarracenos que devastaban toda el Asia, a duras penas logró regresar a su casa. Pero no encajaba el hecho de haber fracasado en sus planes y quería volver a emprender el mismo camino. Como era consciente de que en esta ocasión no debía ponerse a caminar en solitario hacia el Santo Sepulcro, concibió un astuto plan para evitar posibles desgracias. Éste consistía en lanzar la siguiente proclama por todos los países latinos: "Una voz divina me ordena anunciar a todos los condes de Francia que deben abandonar sin excepción sus hogares y partir para venerar el Santo Sepulcro, así como dedicar todas sus fuerzas y pensamientos a rescatar Jerusalén del poder de los agarenos."

6. A pesar de todo tuvo éxito. Como si hubiera grabado un oráculo divino en el corazón de todos los hombres, consiguió que los celtas, desde lugares distintos sin importar cuáles fueran, se congregaran con armas, caballos y demás impedimenta de guerra. Tanto ánimo e ímpetu tenían, que todos los caminos vieron su presencia; acompañaba a aquellos guerreros celtas una muchedumbre de gente desarmada que superaba en número a los granos de arena y a las estrellas, llevando palmas y cruces en sus hombros, mujeres y niños que habían partido de sus respectivos países. Pudo verse entonces cómo, igual que ríos que confluyen de todas partes, avanzaban masivamente hacia nuestros territorios a través del país de los dacios.

7. Precedió a la llegada de tan numerosos ejércitos una plaga de langosta que respetaba el trigo, pero devoraba sin compasión los viñedos. Esto era signo, como los adivinos de entonces profetizaban, de que los ataques de tan gran ejército celta se apartarían de objetivos cristianos y se dedicarían con celo a combatir contra los bárbaros ismaelitas, que están esclavizados por la ebriedad, el vino y Dioniso. Esta raza, en efecto, es seguidora de los cultos de Dioniso y del dios Amor, está sumida en la práctica de toda clase de promiscuidad, de modo que, si bien su carne está circuncidada, no lo están sus pasiones y no es más que esclava y

mil veces esclava de las perversiones de Afrodita. Es por esto por lo que ellos adoran y veneran a Astarté y Astarot y estiman muchísimo la imagen de ese astro (7) junto con la imagen dorada de Cobar. Precisamente, el trigo era símbolo del cristianismo en esa profecía por su sobriedad y su gran valor alimenticio. Ésta fue, pues, la interpretación dada por los adivinos a los viñedos y al trigo.

8. Dejemos en este punto las cuestiones relacionadas con la adivinación; el hecho de que la llegada de los bárbaros viniera acompañada de estos signos provocaba, al menos en las personas inteligentes, ciertas extrañas sospechas. La venida de tan gran cantidad de gente no se producía de manera uniforme ni en el mismo instante (¿cómo hubiera sido posible que tan numerosa muchedumbre procedente de diferentes lugares atravesara en masa el estrecho de Longibardía?); hubo una primera travesía, luego una segunda a la que siguió otra más hasta que, una vez la hubieron hecho todos, emprendieron camino por tierra firme. Como hemos dicho, a cada uno de sus ejércitos lo precedía una inmensa plaga de langosta. Todos, pues, cuando pudieron observarla varias veces, llegaron a la conclusión de que anunciaba la llegada de los batallones francos.

9. Ya en el momento en que algunos empezaban a atravesar aisladamente el estrecho de Longibardía, el soberano hizo llamar a determinados jefes de las fuerzas romanas y los envió a la zona de Dirraquio y de Aulón con orden de recibir amablemente a los que hiciesen la travasía y darles abundantes provisiones sacadas de todas las regiones que hay en el camino hacia aquellos lugares; luego, tenían órdenes de no perderlos de vista y de emboscarse para alejarlos con breves escaramuzas, cuando vieran que realizaban incursiones y correrías para forrajear por las regiones vecinas. Los acompañaban también algunos intérpretes del idioma latino a fin de evitar los enfrentamientos que pudieran surgir entre tanto.

(7) Cfr. BUCKLER, G.- Anna..., p.330-332. Se refiere a la luna.

10. Pero, para dar más detalles y profundizar en este episodio añadiré que, cuando se expandió por todo el mundo el rumor de aquella convocatoria, el primero que vendió sus propiedades y se puso en camino fue Godofredo. Este hombre era adinerado y presumía grandemente de su valor, valentía e ilustre linaje; y, en efecto, cada uno de los celtas se afanaba en adelantarse al resto. Fue aquél un movimiento de masas como nunca nadie recuerda: había tanto hombres y mujeres con la sincera idea de correr a postrarse ante el Santo Sepulcro del Señor y contemplar los sagrados lugares, como seres muy pérfidos, por ejemplo Bohemundo y sus seguidores, que albergaban en su seno otras intenciones, es decir, poder apoderarse también de la ciudad imperial como si hubieran descubierto en ella una cierta posibilidad de provecho. Bohemundo, en concreto, turbaba las almas de muchos y muy valientes caballeros a causa del antiguo rencor que le guardaba al soberano. Así pues, tras su proclama Pedro se adelantó a todos, atravesó el estrecho de Longibardía con ochenta mil jinetes y llegó a la capital a través de las tierras de Hungría. Como puede adivinarse, la raza de los celtas tiene además un temperamento muy ardiente e inquieto y es incontenible cuando se lanza a alguna empresa.

VI. Derrota del primer contingente de cruzados cerca de Nicea.

1. Como el emperador conocía los sufrimientos que había padecido Pedro en su primer viaje a causa de los turcos, le aconsejó que aguardase la llegada del resto de los condes; pero no logró convencerlo, ya que confiaba en el número de quienes lo acompañaban en aquel momento. Atravesó, pues, el estrecho y una vez en la otra orilla, fijó su campamento en una ciudadela llamada Helenópolis. Los diez mil normandos que lo seguían se separaron del resto de la expedición y se dedicaron a devastar los alrededores de Nicea, dando muestras de extrema crueldad con todo el mundo. De los recién nacidos, a unos los descuartizaban, a otros los empalaban y los quemaban al fuego y atormentaban con toda clase de mortificaciones a los adultos.

2. Sus habitantes, al percatarse de lo que estaba pasando, abrieron las puertas e hicieron una salida en contra de ellos. Tras un violento combate, retrocedieron hasta meterse dentro de la plaza derrotados por la decidida manera de combatir que mostraban los normandos; de este modo, una vez hubieron recogido todo el botín, volvieron de nuevo a Helenópolis. Como suele suceder en semejantes circunstancias, se produjo una disputa entre ellos y quienes no los habían acompañado en sus correrías a causa de la envidia que corroía a los que se habían quedado; tras un enfrentamiento, los osados normandos se separaron de nuevo, llegaron a Jerigordo y se apoderaron de ella al primer asalto.

3. Cuando se enteró de lo ocurrido, el sultán envió contra ellos a Elcanes en unión de numerosas fuerzas. Tras llegar a Jerigordo, la tomó y de los normandos, a unos los hizo víctimas de la espada y a otros se los llevó prisioneros; mientras, planeaba acciones contra los que estaban junto a Pedro de la Coguila. Preparó emboscadas en lugares apropiados, para poder sorprenderlos por el camino hacia Nicea y matarlos; como conocía la codicia de los celtas, mandó buscar a dos hombres de carácter arrojado y les ordenó que se dirigieran al ejército de Pedro de la Coguila, para darle a conocer que los normandos habían ocupado Nicea y estaban haciendo el reparto de las riquezas que había en ella.

4. Esta noticia intranquilizó tremendamente a los que acompañaban a Pedro. Pero tan pronto como oyeron hablar de reparto y de riquezas, se pusieron desordenadamente en camino hacia Nicea, olvidando no sólo sus conocimientos militares, sino incluso la formación correcta que conviene guardar cuando se parte a la batalla. Como hemos dicho anteriormente, la raza de los latinos es asimismo muy codiciosa y cuando ha resuelto atacar un país, es imposible contener su invasión a causa de su desenfreno. En su avance carente de orden y formación, vinieron a caer en manos de los turcos que estaban emboscados en el Dracón y fueron masacrados miserablemente. Tan grande fue la muchedumbre de celtas y normandos que cayó víctima de la espada de los ismaelitas, que cuando se reunieron los despojos existentes por doquier de los hombres muertos, hicieron no digo ya un

enorme collado, ni un montículo, ni una colina; sino una especie de montaña elevada que tenía una longitud y extensión considerables: tan voluminoso fue el amontonamiento de huesos. Posteriormente, algunos bárbaros del linaje de los masacrados, al edificar unas fortificaciones aparentemente semejantes a las de una ciudad, colocaron los huesos de los que habían caído intercalados como argamasa, haciendo que la ciudad les sirviera de algo parecido a una tumba. Aún hoy día sigue en pie esa ciudad, cuyas fortificaciones fueron erigidas con piedras y huesos mezclados entre sí.

5. En consecuencia, como todos habían caído bajo la espada, sólo Pedro en unión de unos pocos regresó y se introdujo de nuevo en Helenópolis. En cuanto a los turcos, le estuvieron tendiendo emboscadas nuevamente para capturarlo. El soberano, al oír todas estas noticias y confirmarse tan gran matanza, se indignaba al pensar que Pedro pudiera ser capturado. Mandó buscar enseguida a Constantino Euforbeno Catacalon, de quien ya hemos hablado en muchas ocasiones, embarcó bastantes fuerzas en naves de guerra y lo envió por mar en su auxilio. Los turcos, al observar su llegada, se dieron a la fuga. Él, sin perder un instante, rescató a Pedro y a sus acompañantes, que eran contados, y logró ponerlos a salvo junto al emperador.

6. Durante la entrevista en la que el emperador le recordó la imprudencia que había demostrado tener desde el primer momento y cómo por hacer caso omiso de sus recomendaciones se había sumido en tan horrendas calamidades, él, como altivo latino que era, no reconoció su propia culpabilidad en tan enormes desgracias y se la achacaba a aquellos que no lo habían obedecido, sino que habían seguido sólo sus particulares deseos, y los calificaba de piratas y ladrones; por todo ello afirmaba que Nuestro Salvador no había permitido que pudieran presentarse a venerar el Santo Sepulcro.

7. En conclusión, los latinos que como Bohemundo y sus secuaces ambicionaban desde hacía tiempo gobernar el imperio de los romanos y querían apropiárselo, como hemos

dicho, hallaron una excusa en la proclama de Pedro para provocar tan inmensa movilización y engañar a las personas más puras; mientras, vendieron sus tierras con el pretexto de que partían contra los turcos para liberar el Santo Sepulcro.

VII. Llegada de Ubo de Francia.

1. Un tal Ubo [8], hermano del rey de Francia, inflado de orgullo como Navato por su nobleza, riqueza y poderío, en el momento de partir apresuradamente camino del Santo Sepulcro, despachó un mensaje en atrevidos términos al soberano, al que anunció su llegada para que previera una brillante recepción a su persona. La carta decía: "Sabed, Majestad, que yo soy el emperador de emperadores y el más grande monarca que habita bajo el cielo. Conviene que a mi llegada, que está a punto de producirse, me recibáis y acojáis magníficamente, de un modo digno de mi posición."

2. Cuando el emperador hubo oído esa misiva y como a la sazón el duque de Dirraquio era Juan, el hijo del sebastocrátor Isaac, de quien hemos hablado anteriormente, y el duque de la flota era Nicolás Maurocatacalon, que había fondeado sus naves a cierta distancia unas de otras en el puerto de Dirraquio para hacer desde allí incursiones y vigilar el mar a fin de que no se le escaparan las naves piratas que bordeaban la costa, el soberano volvió a expedirles cartas a ambos en las que ordenaba al duque de Dirraquio que estuviera atento a la llegada de aquél ya fuera por tierra o por la costa, una vez producida la cual debía ponerla inmediatamente en conocimiento del soberano; del mismo modo debía ofrecer a Ubo un magnífico recibimiento; en cuanto al duque de la flota le ordenó que no relajara su vigilancia bajo ningún concepto y que estuviera permanentemente alerta.

3. Cuando Ubo se encontró a salvo en la costa de Longibardía, envió veinte y cuatro embajadores al duque de Dirraquio cubiertos de doradas corazas y con similares grebas en unión del conde Tzerpenterio y de Elías, que había hecho defección del emperador en Tesalónica. Ellos hablaron al duque en los siguientes términos: "Séate notorio, duque, que nuestro señor Ubo está a punto de llegar portando desde Roma el estandarte dorado de San Pedro [9]. Que sepas que él es caudillo de todo el ejército franco. Por tanto, dispónte a recibirlo a él y a las fuerzas a su mando de modo digno a su poderío y prepárate a marchar a su encuentro."

(8) Hugo, conde de Vermandois, hermano de Felipe II de Francia.

4. Mientras éstos utilizaban tales términos con el duque, Ubo descendió por Roma hasta Longibardía, como hemos dicho, y emprendió la travesía desde Bari hacia el Ilírico, durante la cual cayó en medio de una fortísima tormenta y perdió la mayoría de sus barcos junto con sus remeros y tripulantes; sólo una barca, donde coincidió que iba él, fue despedida medio destrozada por las olas en el sector de costa entre Dirraquio y un lugar llamado Paies. Un par de hombres que estaban escudriñando el horizonte aguardando su llegada lo encontraron milagrosamente a salvo; lo llamaron y le dijeron: "El duque aguarda tu llegada con vivos deseos de verte." Él pidió al punto un caballo. Uno de aquéllos desmontó de su caballo y se lo ofreció gustosamente.

5. Cuando el duque lo vio tan inesperadamente a salvo, lo saludó cortésmente, le preguntó adónde iba y de dónde venía, se enteró de cómo le habían sucedido esas calamidades en la travesía, lo alivió con sus grandes promesas y le brindó a continuación un abundante banquete; tras el festín lo dejó a su aire, si bien no permitió que gozara de una completa libertad. Sin perder tiempo indicó al soberano las circunstancias en que aquél había llegado y le dijo que esperaba sus instrucciones. Tan pronto como el soberano se hubo enterado de todo, envió a Butumites a Epidamno, a la que con frecuencia hemos llamado Dirraquio, para que lo recogiera y lo condujera a la capital no por el camino directo, sino desviándose por Filipópolis. Pues temía a la muchedumbre de los celtas y a los ejércitos que venían tras él. El em-

(9) Estandarte que el papa entregaba a quienes iban a combatir por la fe. (Cfr. Leib. t.II, p.214, n.1)

perador lo acogió con cortesía y lo cubrió de toda clase de atenciones; nada más hacerle entrega de gran cantidad de dinero, lo convenció para que pasara a ser su vasallo, pronunciando el habitual juramento de los latinos.

VIII. Travesía del conde de Prebentza. Excurso sobre la tzangra. Hazañas de Mariano Maurocatacalon.

1. Éstos fueron, desde sus comienzos, los acontecimientos relacionados con Ubo; en cuanto a Bohemundo, de quien hemos hablado con frecuencia, cuando no habían transcurrido aún quince días, hizo la travesía con diversos condes y un ejército que superaba a todos en número hasta llegar a la costa de Caballon, un lugar cercano a Boúsa. Éstos son los nombres que reciben los lugares en aquella zona y que nadie nos reproche el empleo de semejantes denominaciones bárbaras, por las que quizás se mancille la urdimbre de nuestra historia, ya que tampoco Homero despreció el nombre de los beocios ni el de determinadas islas bárbaras en pos de la exactitud de su narración.

2. Siguiéndolo de cerca, también el conde de Prebentza llegó a las costas del estrecho de Longibardía con el deseo de cruzarlo. Allí alquiló una gran nave pirata de tres mástiles por seis mil estáteras de oro, en la que había doscientos remeros y tres botes que la seguían a remolque. No dirigió la navegación hacia el sector de Aulón, como hacía el resto de los ejércitos de los latinos, por temor a la flota romana y tras soltar amarras, se desvió un tanto para navegar directamente hacia Quimera; y tuvo la suerte de hacer la navegación con viento de popa.

3. Mas por escapar al humo, cayó en la hoguera. En efecto, no halló escuadras que se emboscaran a lo largo del estrecho de Longibardía, sino al mismísimo duque de toda la flota romana, Nicolás Maurocatacalon. Éste se había enterado previamente de la existencia de aquella nave pirata y tras tomar consigo las birremes, trirremes y naves ligeras de toda su flota, partió y se situó en Caballon, frente a Ason, desde donde había zarpado, dejando allí la mayor parte de la

escuadra. Envió al que se llama segundo conde con su galera, que los marineros denominan *excusato*, y le ordenó que encendiera una hoguera cuando viese que los remeros de la nave pirata soltaban amarras y que ésta se adentraba entre las olas del mar. Tan pronto como partió, se dispuso a cumplir la orden.

4. Nada más observarla, el duque Nicolás dotó de alas a unas naves, desplegando las velas, y a otras dotó de innumerables patas, poniendo sus remos en movimiento, y marchó contra el conde que estaba cruzando el estrecho. No había navegado aún tres estadios desde tierra firme, cuando le dio alcance mientras aquél se apresuraba a arribar a la costa de Epidamno al frente de mil quinientos soldados armados y ochenta caballos de raza. Cuando el piloto de la nave vio al duque, le dijo al conde de Prebentza: "El barco que nos está dando alcance es de Siria; corremos el riesgo de caer bajo sus cuchillos y espadas." En consecuencia, el conde ordenó enseguida que todos se pusieran las corazas y que luchasen con valentía.

5. Aunque estuvieran a mitad del invierno, en el día de Nicolás, aquel gran patriarca [10], se dio la circunstancia de que el mar estaba completamente en calma y la luna llena brillaba en una noche más clara que en primavera. Como el viento había dejado de soplar, la nave pirata no tenía fuerza que la impulsara y sucedió que se quedó quieta en medio de las aguas. Al llegar a este punto de la historia, quisiera que mi lengua celebrara las gestas de Mariano. Enseguida pidió él al duque de la flota, su padre, los barcos más ligeros, se arrojó directamente sobre aquella nave e intentó apoderarse de ella con un abordaje por proa. Rápidamente acudieron a ese punto los hombres en armas, nada más verle armado para el combate. Mariano exhortaba a los latinos empleando su idioma para que no tuvieran miedo y no lucharan contra correligionarios. Pero un latino le disparó con su *tzangra* [11] al casco.

(10) 6 de diciembre de 1096.

(11) La tzangra es una especie de ballesta. Cfr. Ducange-Dufresne, col.747-749, n.36; Leib, II, p.217, n.1; STAQUET, J.-"Anne Comnène. Alexiade, X, 8".

6. La *tzangra* es un arco bárbaro totalmente desconocido para los griegos. No se tensa tirando con la derecha de la cuerda y sosteniendo con la izquierda el arco, antes bien, el que tensa este instrumento bélico de gran potencia, debe, por así decir, tenderse de espaldas, apoyar ambos pies en los semicírculos del arco y tirar muy fuertemente de la cuerda a la vez con ambas manos. En su centro hay un tubo semicilíndrico de un tamaño parecido al de un dardo de considerable longitud que va desde la cuerda al centro del arco y por el que se dispara todo tipo de dardos. Los dardos que se colocan en el tubo son de escasa longitud, pero muy gruesos y están forrados en su punta con pesado hierro. Cuando se dispara, la cuerda se suelta con enorme fuerza y velocidad y los proyectiles, donde quiera que caigan, no rebotan hacia atrás, sino que llegan a horadar un escudo o una gruesa cŏraza de hierro que pueden atravesar para seguir volando por el otro lado. Tan poderoso e imparable es el impulso de semejantes dardos. Ya ha habido ocasiones en que esta clase de dardos ha atravesado una estatua de bronce y en que, tras venir a dar en la muralla de una ciudad muy importante, o bien la punta se incrustó dentro, o bien se ocultó enterrada en el interior de las murallas. En suma, los resultados de la actuación de la *tzangra* parecen ser propios del demonio y quien sufre su golpe, muere, el muy mísero, sin darse cuenta siquiera de la enorme potencia del golpe.

7. La flecha, por tanto, salió desde la *tzangra*, golpeó la parte superior del casco y lo atravesó volando sin rozar siquiera superficialmente un pelo de Mariano, porque la providencia lo protegió. Él disparó ágilmente una flecha contra el conde y lo hirió en el brazo: ésta había horadado el escudo, atravesado la armadura en forma de escamas y lo había alcanzado en el costado mismo. Un sacerdote latino, que estaba junto a otros doce compañeros de armas del conde y que se hallaba en proa, al ver estos hechos disparó numerosos dardos contra Mariano. Pero tampoco así cedía Mariano y mientras combatía, exhortaba a hacer lo mismo a

Byzantion, XIII, 1938, p.505-512.

los que estaban a su mando, de modo que en tres ocasiones hubo que relevar a los hombres heridos y agotados que rodeaban al sacerdote latino. En cuanto al sacerdote, aunque había recibido muchos impactos y estaba empapado en su propia sangre, aguantaba a pie firme.

8. No hay coincidencia de opiniones sobre la cuestión de los clérigos entre nosotros y los latinos; a nosotros se nos prescribe por los cánones, las leyes y el dogma evangélico: "No toques, no murmures, no ataques; pues estás consagrado." (12) El bárbaro latino, sin embargo, lo mismo manejará los objetos divinos que se colocará un escudo en la izquierda y aferrará en la derecha la lanza, y de igual modo comulga con el cuerpo y la sangre divinos, que contempla matanzas y se convierte en un ser sanguinario, como dice el salmo de David (13). Así, esta bárbara especie no son menos sacerdotes que guerreros. Pues bien, aquel combatiente, mejor que sacerdote, lo mismo se vestía con la estola sacerdotal que manejaba el remo o se dedicaba a combatir en batallas navales, luchando con el mar y con los hombres simultáneamente. En cambio, como acabo de decir, nuestro modo de vida se remonta a Aarón, a Moisés y a nuestro primer pontífice.

9. Tras haberse prolongado esta violenta batalla desde la tarde anterior hasta la mitad del día siguiente, los latinos se rindieron en contra de su voluntad, una vez pedida y obtenida de Mariano la garantía de inmunidad. Por su parte, aquel aguerridísimo sacerdote no cesaba de combatir ni siquiera cuando ya se había llegado a la paz; es más, cuando su aljaba estuvo vacía de proyectiles, tomó un guijarro de honda y lo lanzó contra Mariano, que aunque se cubrió la cabeza con el escudo, lo golpeó en él y, tras romperlo en cuatro partes, quebró el casco. Mariano, aturdido por el impacto de la piedra, perdió el conocimiento y estuvo tendido en el suelo sin voz durante mucho tiempo, como el famoso Héctor, que estuvo a punto de agonizar por efecto de la piedra que le había lanzado Ayax. Una vez logró a duras penas

(12) S. Pablo, Col., II, 21.
(13) Salmos, XXV, 9.

volver en sí y reponerse, disparó sus flechas e infligió tres heridas al que lo había alcanzado con sus proyectiles. Ese guerrero, más que sacerdote, que no se cansaba nunca de batallar, como había arrojado todas las piedras de sus manos y, en una palabra, carecía tanto de piedras como de dardos, sin saber qué hacer ni con qué defenderse de su adversario, comenzó a agitarse, a enardecerse y enfurecerse, dando vueltas como una fiera sobre sí mismo, y utilizaba sin reservas todo lo que caía en sus manos. Y así, al encontrar una bolsa llena de pan de cebada, lanzó los panes de la bolsa como si fuesen piedras de honda, a la manera de una consagración y haciendo de la guerra una celebración y una ceremonia sagrada. Pues bien, agarró un pan y con toda la fuerza de su mano lo arrojó contra el rostro de Mariano y lo golpeó en la mejilla.

10. Éstos fueron los hechos relacionados con aquel sacerdote y con aquella nave y sus tripulantes; en cuanto al conde de Prebentza, tras su rendición, la de su nave y la de los hombres a su mando, siguió voluntariamente a Mariano el resto de la travesía. Cuando hubieron llegado a tierra y desembarcaban de la nave, aquel sacerdote emprendió con interés la búsqueda de Mariano, al que por no conocer su nombre lo identificaba por el color de sus vestiduras. Una vez se hubo acercado a él, lo rodeó con sus brazos, mientras se jactaba: "Si me hubierais encontrado en tierra firme, muchos habríais muerto entre mis manos." Sacó y le entregó, entonces, una copa de plata de ciento treinta estáteras de valor. Y mientras charlaba y hacía este regalo, expiró.

IX. Comportamiento de Godofredo de Bouillon. Enfrentamientos entre cruzados y bizantinos.

1. También el conde Godofredo hizo la travesía en ese momento con otros condes y un ejército de diez mil caballos y sesenta mil infantes y, una vez en la capital, situó sus tropas por el lado de la Propóntide en un terreno que se extendía desde el puente situado cerca del Cosmidio hasta San Focas. Aunque el emperador lo exhortaba a que cruzase el estrecho de la Propóntide, el conde retrasaba el paso un día

tras otro, ideando excusa tras excusa. En una palabra, aguardaba la llegada de Bohemundo y de los demás condes. Efectivamente, mientras Pedro había aceptado desde el mismo comienzo hacer tan largo camino con la finalidad de adorar el Santo Sepulcro, Bohemundo, más que el resto de los condes, le guardaba un viejo rencor al emperador y buscaba una oportunidad para vengarse de aquella brillante victoria que había obtenido sobre él durante la batalla librada en Larisa; como los condes estaban de acuerdo y soñaban con apoderarse de la capital, acordaron llevar adelante un mismo plan (esto lo hemos mencionado en repetidas ocasiones anteriormente) que consistía en seguir aparentemente el camino que conducía a Jerusalén, cuando en realidad lo que querían era arrebatarle al soberano el trono y adueñarse de la capital.

2. Pero el emperador, que desde hacía tiempo conocía su perfidia, había ordenado por cartas a las fuerzas aliadas y a sus jefes que se situasen escalonadamente desde Atira hasta Fileas (lugar de la costa del Ponto), que estuviesen atentos por si Godofredo enviaba a alguno de sus hombres a Bohemundo y a los condes que venían detrás, o viceversa, y que los apartaran de su ruta.

3. Entre tanto tuvo lugar el siguiente suceso. El emperador había mandado buscar a algunos de los condes de Godofredo para aconsejarles que lo convencieran de que prestase juramento a su persona. Como el tiempo se consumía a causa de la charlatanería natural y la gran prolijidad de los latinos, acabó por difundirse entre ellos el falso rumor de que los condes habían sido apresados por el emperador. Como consecuencia, inmediatamente se movilizaron sus compactas falanges contra Bizancio y arrasaron totalmente los palacios que se hallaban junto al llamado Lago de Plata, mientras al mismo tiempo intentaban tomar las murallas de Bizancio sin helépolis, porque carecían de ellas, y confiando en su propia masa; tan poco pudor mostraron tener que osaron arrojar fuego contra la puerta que está a los pies del palacio imperial, cerca de la iglesia levantada antiguamente por un emperador en honor del gran patriarca Nicolás.

4. No sólo los bizantinos que integran la masa del populacho y que son pusilánimes sin remedio e ignorantes del arte de la guerra, al ver las falanges de los latinos, se lamentaban, gemían y se daban golpes de pecho sin saber qué hacer, sino que incluso el conjunto de los hombres leales al emperador se unía a aquel coro, porque imaginaban que aquel jueves sobrevendría la toma de la ciudad y temían sufrir durante la jornada siguiente el castigo de los acontecimientos pasados. Todos cuantos tenían conocimientos militares acudían desordenadamente al palacio. El emperador, por su parte, no se había armado en modo alguno, ni se había puesto la coraza en forma de escamas de hierro, ni aferrado escudo ni lanza, ni ceñido la espada; antes al contrario, estaba sereno, firmemente sentado en el trono imperial, animando a todos con una mirada sonriente, infundiendo valor en sus almas y aconsejando sobre las medidas que debían adoptarse a parientes y jefes del ejército.

5. Y así como primera disposición había ordenado que nadie hiciera ninguna salida contra los latinos, en parte porque el día en que estaban era sagrado (era el jueves de la más grande y santa de las semanas, en el que el Salvador sufrió por todos nosotros una muerte vergonzosa), en parte también porque aborrecía la idea de matar a gente de su misma religión. Por tanto, aconsejó a los latinos que abandonaran su empeño mediante continuos mensajes que decían: "Respetad a Dios, que hoy ha muerto por todos nosotros sin rechazar para nuestra salvación ni la cruz ni los clavos ni la lanza, que son atributos propios de los criminales. Si tenéis deseos de combatir, nosotros acudiremos dispuestos para la batalla tras el día en que resucite Nuestro Salvador."

6. Los latinos, sin embargo, lejos de obedecer a esta petición, compactaron más las falanges y lanzaron sin cesar sus flechas hasta el extremo de que hirieron en el pecho a uno de los que estaban al lado del soberano. Al ver esto, la mayoría de los que rodeaban al emperador retrocedieron; pero él se quedó quieto en el trono, mientras los alentaba y regañaba con una cierta dulzura. Esta actitud dejó a todos asombrados. Como observaba que los latinos se iban aproxi-

mando sin ningún pudor a las murallas y que no obedecían a lo que se creía conveniente, mandó buscar primero a su yerno Nicéforo, mi césar, y le ordenó que tomara a su cargo a los arqueros más aguerridos y expertos y los emplazase en lo alto de las murallas con orden de disparar flechas sin descanso contra los latinos; pero no debían apuntar a nadie, sino procurar errar en la mayoría de los casos, de modo que la densidad con que se disparasen las flechas sirviera sólo para atemorizarlos y no matarlos. Como hemos dicho, respetaba el carácter sagrado de la jornada y no deseaba una matanza fratricida.

7. En segundo lugar, ordenó que algunos soldados escogidos, armados con arcos la mayoría y aferrando largas lanzas el resto, abrieran la puerta de San Romano y les hicieran una demostración de fuerza consistente en esto: cada uno de los lanceros debía ir cubierto por dos peltastas a cada flanco. Cuando estuviesen así formados, avanzarían a paso lento. Previamente, habrían sido enviados contra los celtas unos pocos y expertos arqueros que dispararían flechas desde lejos y acosarían incesantemente sus dos flancos; cuando éstos vieran que el terreno intermedio entre ambos contendientes se acortaba, ordenarían a los arqueros que iban tras ellos que arrojasen una densa nube de flechas contra los caballos, no contra los jinetes, para cargar luego a rienda suelta contra los celtas; así se conseguiría de un lado detener la fase más impetuosa del ataque de los celtas y evitar una fácil carga contra los romanos, que no podrían hacer por tener los caballos heridos; de otro lado, y sobre todo, impedir la muerte de cristianos. Las órdenes del emperador fueron cumplidas con decisión y las puertas fueron abiertas; unas veces cargando a rienda suelta contra el enemigo y otras reteniendo los caballos, lograron matar a muchos, mientras que entre ellos hubo pocos heridos aquel día.

8. Hasta aquí, lo que hicieron ésos; en cuanto al césar, mi señor, como hemos dicho, tomó a su cargo algunos expertos arqueros, los emplazó a lo largo de las torres y estuvo acosando a los bárbaros con ellos. Todos poseían arcos potentes y certeros, porque era un grupo de jóvenes con

una experiencia en manejar el arco que no desmerecía en nada a la pericia del Teucro homérico. El arco del césar, por su parte, era realmente el arco de Apolo: no hacía como los famosos griegos de los poemas de Homero que, llevando la cuerda hasta el pecho, ponían la flecha en su sitio para mostrar como ellos su excelencia en la caza; antes bien, como un Heracles, disparaba flechas mortales desde arcos inmortales y bastaba que se propusiera un blanco para acertar en él (14). Y así, en los momentos en que se presentaba la ocasión de combatir y pelear no erraba su disparo fuera cual fuera el blanco que se propusiera y donde apuntaba siempre causaba heridas. Tan fuertemente tensaba el arco y con tanta potencia lanzaba la flecha, que parecía manejar las habilidades del arco por encima del propio Teucro y de los Ayantes. Sin embargo, aunque así fuera, por respeto al carácter sagrado del día y teniendo presente la orden del emperador, cuando veía que los latinos se iban aproximando audaz e insensatamente a las murallas cubiertos con escudos y cascos, tensaba el arco, colocaba la flecha en la cuerda y la disparaba con una trayectoria alta o baja, pero siempre intentando fallar el tiro.

9. Aunque reprimiera sus impulsos de disparar a los latinos con propósito de acertar a causa del día en que estaban, la osadía y desvergüenza de un latino que no sólo lanzaba una densa nube de flechas contra los que estaban en lo alto de las murallas, sino que incluso, hablando en su propio idioma, parecía proferir numerosas injurias, empujó al cesar a tensar su arco contra él, y de su mano salió un dardo que lejos de perderse, horadó el largo escudo, la coraza de láminas junto con el brazo y fue a clavarse en su costado. El latino quedó enseguida tendido en tierra sin voz, como dice el poeta (15), mientras que el clamor de los que vitoreaban al césar y de los que lloraban al caído se elevaba hasta el cielo. En suma, aquel día se libró un horrible y sangriento combate entre ambos bandos por la decisión con que luchaban tanto nuestra caballería como los hombres situados en las murallas. Cuando el soberano hizo entrar en combate a

(14) Il., IV, 105-123.
(15) Il., XV, 537-538; XX, 483; Od., V, 456-457.

su guardia personal, las falanges de los latinos emprendieron la huida.

10. Al día siguiente, Ubo fue a aconsejar a Godofredo que obedeciera los deseos del emperador y jurara guardarle completa lealtad, si es que no quería tener una segunda muestra de su experiencia militar. Godofredo, sin embargo, lo hizo objeto de graves recriminaciones, diciendo: "Tú, que partiste de tu país como emperador con tantas riquezas y un gran ejército, para acabar tirándote desde un puesto tan alto a la categoría de esclavo ¿has venido para darme semejantes consejos, como si se tratase de una gran hazaña?" Él repuso: "Hubiera sido preferible quedarnos en nuestros propios territorios y dejar en paz los ajenos; pero, ya que hemos venido hasta aquí y necesitamos el apoyo del emperador, hagamos caso a sus palabras; de lo contrario, nada bueno puede ocurrirnos." Como Godofredo despidió a Ubo con las manos vacías y como también se recibió la noticia de que los condes que venían después ya estaban próximos, el emperador envió a algunos de sus mejores jefes al frente de sus tropas con orden de aconsejarle de nuevo y empujarle a cruzar el estrecho. Cuando los vieron, los latinos se pusieron a guerrear sin esperar un instante y sin preguntar al menos qué querían. Tras un violento combate, perecieron muchos combatientes de cada bando y fueron heridos todos los hombres del soberano que habían marchado imprudentemente a la batalla. Pero como éstos habían luchado con mayor arrojo, los latinos volvieron la espalda.

11. De este modo, al cabo de poco tiempo Godofredo terminó por aceptar la voluntad del emperador. Acudió, pues, a presencia del emperador y le prestó el juramento que exigía; según éste cuantas ciudades, regiones y fortalezas lograra ocupar que antes hubieran dependido del poder romano, debería devolverlas al jefe militar que el emperador destacaría con ese objeto. Y así, tras prestar juramento, haber recogido abundantes riquezas, haber compartido con él casa y mesa y haber sido generosamente festejado, atravesó y acampó en Pelecano. El emperador, entonces, ordenó que se les suministrara copiosas provisiones.

X. Llegada del conde Raúl y de los demás condes.

1. Después de Godofredo también hizo su aparición el conde llamado Raúl con quince mil jinetes e infantes. Acampó con sus condes en la Propóntide, en torno al monasterio denominado del Patriarca, y acantonó a sus demás hombres a lo largo de la costa hasta Sostenio. Al igual que Godofredo, también Raúl retrasaba el momento de cruzar el estrecho esperando la llegada de los que venían tras él; pero el emperador, que preveía lo que iba a pasar y temía la llegada de los otros latinos, agilizaba su traslado por todos los medios. Así pues, a través de emisarios hizo llamar a Opo (persona de nobles sentimientos y no inferior a nadie en experiencia militar) y, cuando se hubo presentado, lo envió por tierra hacia donde estaba Raúl en unión de otros valientes guerreros y con orden de obligarlo a efectuar el traslado. Al ver que no había manera de que el conde obedeciera la orden del emperador y que adoptaba una actitud insolente respecto al soberano, dando numerosas muestras de su arrogancia, se armó y alineó la formación, posiblemente para asustar al bárbaro y en la creencia de que con esta medida lo persuadiría para que hiciera la travesía a la otra orilla. Pero el conde, alegre como un león que halla una gran presa, tras alinear la formación de sus celtas más rápido de lo esperado, libró un violento combate con Opo.

2. Cuando Pegaslo, que había llegado allí con la misión de facilitarles el traslado por mar, contempló la batalla que estaba teniendo lugar en tierra firme y vio que los celtas atacaban con gran arrojo al ejército romano, desembarcó de las naves y atacó también él a los celtas por la retaguardia. Muchos cayeron muertos y muchos también heridos. Así, los supervivientes latinos pidieron ser trasladados. El emperador, que era hombre muy astuto, temiendo que al juntarse con Godofredo lo pusieran al corriente de lo que había ocurrido y lo instigasen en contra de él, aceptó gustoso su sometimiento, los embarcó y a petición propia los envió por mar al Sepulcro del Salvador. Despachó asimismo algunos embajadores a los condes que estaban al venir y les expresó sus mejores propósitos al tiempo que les adelantaba

un venturoso futuro. A su llegada, ellos cumplieron de buen grado todo lo que se les ordenó.

3. Tales fueron, pues, los hechos protagonizados por el conde Raúl; tras él venía una nueva muchedumbre inmensa y heterogénea, que se había formado con aportaciones de hombres provenientes de casi todos los países celtas, con caudillos, reyes, duques, condes e incluso obispos a su frente; conforme iban llegando, el soberano les enviaba embajadores, los recibía amablemente y les dirigía palabras de bienvenida, haciendo gala de la habilidad que tenía para prever el futuro y adivinar la actitud más conveniente. Ordenó a los encargados de esta tarea que suministrasen víveres a quienes se iban presentando para que ellos no tuvieran oportunidad ni, lógicamente, motivos para cometer ninguna fechoría. Ellos, por su parte, se apresuraban para llegar pronto a la capital. Podría decirse que eran numerosos como las estrellas del cielo o los granos de las arenas que se extienden junto a la orilla del mar. Eran tantos como hojas y flores brotan en primavera, según palabras de Homero [16], y tenían prisa por llegar a Constantinopla.

4. Aunque no me importaría detallar los nombres de los jefes, no deseo hacerlo. Mi obra se vería entorpecida por ello, en parte porque dichos términos bárbaros son impronunciables y no puedo transmitirlos, en parte porque me disuade de hacerlo la inmensidad de su número. Además ¿por qué pretender dar las denominaciones de tan enorme gentío, cuando incluso los que fueron testigos de aquellos hechos sólo mostraron indiferencia? Así pues, una vez en la capital, sus ejércitos se acantonaron por orden del soberano cerca del monasterio de Cosmidio y abarcaron hasta Hiero.

5. No eran nueve los heraldos que, según una antigua costumbre griega [17], los contenían con sus gritos, sino un gran número de valientes hoplitas que los seguían, instándoles a que obedecieran las exhortaciones del soberano. El emperador con el deseo de estimularlos para que jurasen

(16) Il., II, 468; Od., IX, 51.
(17) Il., II, 96-97.

como hiciera Godofredo, los hacía llamar por separado, conversaba con ellos en particular sobre lo que deseaba y a los más sensatos los usaba como intermediarios ante los más irreductibles. Pero no obedecían por estar aguardando la llegada de Bohemundo e inventaban toda clase de peticiones sobre las que añadían, a su vez, más reclamaciones; pero el emperador resolvía sus problemas fácilmente e insistía en animarlos a jurar como Godofredo; incluso mandó llamarlo de Pelecano, en la otra orilla, para que estuviera presente en el acto del juramento.

6. Después de que todos los condes comparecieran, incluido Godofredo, y prestaran juramento, uno de aquellos nobles tuvo la osadía de sentarse en el trono del emperador. El emperador soportó esta injuria sin decir una palabra porque hacía tiempo que conocía el temperamento altivo de los latinos. El conde Balduino se le acercó, lo tomó de la mano, lo levantó de allí y le recriminó su actitud en estos términos: "No deberías haber hecho eso, ya que has prometido ser vasallo del emperador. Tampoco es costumbre de los emperadores romanos el compartir su trono con los que les son inferiores en rango; los que por su juramento se han convertido en vasallos de Su Majestad deben observar las costumbres de su país." El otro no respondió nada a Balduino y fijando su penetrante mirada en el emperador, se dijo a sí mismo en su propio idioma: "Mirad cómo un campesino es el único que está sentado, mientras a su lado están en pie tan magníficos caudillos."

7. El emperador reparó en el movimiento de los labios del latino y llamando a un intérprete, le preguntó sobre lo que había dicho. Cuando hubo oído la frase de aquél, prefirió no dirigirse al latino por el momento y reservó para sí sus reflexiones. Cuando todos se despedían del emperador, hizo venir a aquel soberbio y desvergonzado latino y le preguntó quién era, de donde procedía y a qué linaje pertenecía. Él le respondió: "Soy un franco de pura raza, de una familia noble; y una cosa sé, que en un cruce del país de donde procedo existe un antiguo santuario, al que se acerca todo el que esté dispuesto a enfrentarse en un combate singular y tras plantarse allí como un solitario combatiente, solicita

ayuda a Dios desde las alturas y espera con tranquilidad al adversario que se atreva a contender con él. En dicho cruce pasé yo mucho tiempo inactivo, buscando a alguien que luchara conmigo; pero en ninguna parte había un hombre que se atreviera a ello." Cuando hubo oído estas palabras, el emperador le dijo: "Si buscando entonces el combate no lo hallaste, te ha llegado el momento de hartarte con innumerables combates; te recomiendo que no te coloques ni en la retaguardia, ni en la vanguardia de la falange; pues hace mucho tiempo que conozco el método de combate de los turcos." No sólo le daba a él estos consejos, sino también a todos los demás y les adelantaba todos los problemas que iban a encontrar en su camino; asimismo les recomendaba que no se obstinaran en perseguir a los turcos hasta el final, cuando Dios les concediera la victoria contra los bárbaros, para no caer muertos en medio de sus emboscadas.

XI. Bohemundo se acerca al emperador. Amistad de éste con Isangeles.

1. Éstos fueron los hechos protagonizados por Godofredo, Raúl y el resto de condes que los seguían; en cuanto a Bohemundo, él llegó junto con los demás condes a Apron; consciente de que no era de noble linaje, ni estaba al frente de numerosas fuerzas debido a la escasez de dinero que sufría y con el deseo de ganarse el favor del emperador, pero ocultándole la totalidad de sus planes, se adelantó al resto de los condes y sólo con diez celtas corrió hacia la ciudad imperial. El emperador, que conocía sus tretas y sabía de su carácter intrigante e insidioso desde hacía tiempo, se dio prisa en conversar con él, antes de que llegaran los demás condes, y convencerlo antes de la venida de éstos para que cruzara el estrecho y así, evitando que entrase en contacto con los condes que estaban al llegar, no le hicieran cambiar de opinión. Tras mirarle con una sonrisa en el momento de su entrada, el emperador se fue informando de las peripecias del viaje y del lugar donde había dejado a los condes.

2. Cuando Bohemundo le hubo dado todos los informes de acuerdo con sus apreciaciones, el emperador le re-

cordó con fineza la osadía que había mostrado anteriormente en Dirraquio y Larisa, así como su antigua enemistad. Él le dijo: "Aunque entonces yo era un enemigo y un adversario, ahora he venido como amigo y por propia iniciativa a presencia de Vuestra Majestad." El emperador mantuvo largas conversaciones con él y puso discretamente a prueba sus intenciones. Cuando reconoció que aceptaba prestar un juramento fiable, le dijo: "Ahora debes retirarte para descansar de las fatigas de tu viaje; mañana conversaremos sobre lo que queramos."

3. Una vez en el Cosmidio, cuyas dependencias le habían sido acondicionadas para alojamiento, le fue ofrecida una abundante mesa repleta de toda clase de manjares y productos. Los cocineros llegaron incluso a presentarle la carne cruda de ganado y volatería, diciéndole: "Nosotros, como ves, hemos preparado los manjares de acuerdo con nuestro modo de cocinar; pero si no son de tu agrado, aquí los tienes crudos y que sean cocinados al menos como tú deseas." Así les había ordenado actuar y expresarse el soberano. Había acertado, efectivamente, con sus conjeturas gracias a su habilidad característica para prever la actitud del ser humano y a su capacidad para sumergirse dentro de su corazón y captar sus reflexiones y gracias a que conocía también la animadversión y malevolencia de Bohemundo. Y así, para que no tuviese ninguna sospecha sobre él, ordenó que se le presentasen las carnes crudas, con lo que eliminó rápidamente la sospecha. Sus previsiones fueron acertadas.

4. El hábil Bohemundo, no sólo evitó degustar las viandas que ya estaban preparadas, sino que ni tan siquiera las tocó con la punta de sus dedos; por el contrario, las rechazó al instante sin revelar a nadie los secretos pensamientos que recorrían su mente y las distribuyó por entero a los comensales, fingiendo mostrarles su amistad con este gesto. Pero, en realidad, un examen atento de la situación revelaría que les estaba sirviendo una copa mortal. Pero es que tampoco ocultó su perversidad; tanto despreciaba a sus subordinados. Al mismo tiempo ordenó a sus propios cocineros que preparasen las carnes crudas al modo de su país. Al día siguiente se dedicó a preguntar a los que habían comido

las primeras viandas cómo se encontraban. Ellos dijeron: "Estupendamente", y añadieron que no habían sentido la más pequeña molestia; entonces fue cuando les reveló su secreto y les dijo: "Yo tenía bien presentes las guerras contra él y aquella célebre batalla; por ello temía que pudiera buscar mi muerte introduciendo un veneno mortal en la comida." Éste fue el comportamiento de Bohemundo; por mi parte, puedo afirmar que nunca vi a ningún malvado que no se diera prisa por conducirse lejos de lo correcto en todas sus palabras y actuaciones; pues, cuando se abandona el justo medio, no importa en dirección a qué extremo se vaya, uno se sitúa lejos de la virtud.

5. Así pues, tras hacer venir a Bohemundo, el emperador también le pidió que prestara el juramento habitual de los latinos. Y Bohemundo, que sabía cuáles eran sus recursos, que no era de antepasados ilustres, ni tenía abundancia de riquezas, lo que motivaba que tampoco contara con fuerzas numerosas, sino con los escasísimos celtas que lo seguían y como, además, era perjuro por naturaleza, cedió de muy buena gana a los deseos del soberano. A continuación, el emperador escogió una estancia del palacio imperial y extendió por el suelo todo tipo de riquezas, (...), vestidos, monedas de oro, de plata y objetos de menor valor; tan llena estaba la habitación, que ni siquiera se podía caminar por la abundancia de los obsequios. Al encargado de mostrar este despliegue de riquezas a Bohemundo le ordenó que abriera de par en par las puertas. Él, estupefacto ante la visión del tesoro, dijo: "Si tantas riquezas hubieran sido mías, hace tiempo que sería yo señor de muchos países." Y el funcionario repuso: "Todos estos bienes te regala hoy el emperador."

6. Bohemundo aceptó alegremente esos regalos y agradeció el gesto; seguidamente, se encaminó para descansar al lugar donde se hospedaba. Pero cuando le fueron llevadas esas riquezas, cambió de parecer y el que antes se había asombrado, dijo ahora: "Nunca hubiera esperado sufrir tal deshonra por parte del emperador. Tomad, pues, estos presentes y devolvedlos al que los ha enviado." El emperador, que conocía la natural inconstancia de los latinos, replicó con el dicho vulgar: "Las malas obras se vuelven con-

tra el que las ha hecho [18]." Al oír esas palabras Bohemundo y ver que los encargados de transportarlas venían con celeridad a recogerlas de nuevo, cambió de actitud y el que antes las había despreciado y se había molestado, dirigía ahora una amable mirada a los cargadores, como un pulpo que puede transformarse con toda rapidez. En efecto, este hombre era por naturaleza pérfido y hábil para adaptarse a las circunstancias, y tanto superaba en maldad y valor a todos los latinos que entonces atravesaron el estrecho, cuanto era inferior a ellos en fuerzas y riquezas; pero incluso así dominaba a todos por su enorme bellaquería; de igual modo, la inconstancia, como una constante natural de los latinos, formaba también parte de él. En conclusión, el que había rechazado las riquezas, ahora las tomaba alegremente.

7. Él había partido de su país con su malicia por no poseer ni siquiera un trozo de tierra y con el motivo aparente de ir a adorar el Santo Sepulcro, cuando en realidad se proponía ganarse algún dominio y mejor aún, si pudiera, apoderarse del propio imperio de los romanos de acuerdo con las instrucciones de su padre; y como dice el proverbio, al que mueve todos los resortes, le hace falta mucho dinero. El soberano, que conocía su hostilidad y perfidia, se apresuraba a eliminar hábilmente todo aquello que pudiera coadyuvar a sus secretas aspiraciones. Por ello no obtuvo el título de doméstico de oriente, cuando lo solicitó, ya que actuaba como un cretense ante otro cretense [19]. El emperador temía que si obtenía autoridad y convertía en vasallos gracias a ella a todos los condes, los condujera con facilidad en adelante por el camino que deseaba; y como no quería que Bohemundo sospechara que ya había sido totalmente descubierto, entre halagos y buenas promesas para el futuro, le dijo: "Todavía no es el momento. Pero con tu energía y lealtad podrá hacerse realidad en no mucho tiempo."

(18) Salmos, VII, 17.
(19) Proverbio por el que se da a entender lo inútil de las tretas y ardides con quien las utiliza como norma general de conducta. Plutarco, Emilio, 23; Lisandro, 20.

8. En conclusión, tras conversar con los condes y obsequiarlos con todo tipo de presentes y honores, al día siguiente se sentó él en el trono imperial y mandó buscar a Bohemundo y a todos los condes, para tratar sobre las dificultades que se les presentarían en su ruta; mientras las daba los consejos más apropiados, los instruía en los métodos de combate que suelen usar los turcos durante las batallas y les recomendaba la manera en que debían ordenar la formación y tender emboscadas, así como les indicaba también que no debían perseguirlos largo rato, cuando los turcos dieran la espalda. Una vez pulido su rústico carácter con las riquezas y las charlas y tras darles las más adecuadas recomendaciones, los animó para que cruzaran el estrecho.

9. Apreciaba, en particular a Isangeles por su superior inteligencia, sus rectas concepciones y la pureza de su vida y conocía asimismo cuánto le preocupaba la verdad, a la que no le anteponía nunca nada; y destacaba entre los demás latinos tanto como el sol entre las estrellas. Por esto, precisamente, lo mantuvo a su lado durante un tiempo. Y así, cuando, tras despedirse todos del soberano, llegaron a través del estrecho de la Propóntide a Damalis, libre ya de su molesta presencia, mandaba buscar con frecuencia a Isangeles con intención de facilitarle más detalladas instrucciones sobre lo que podría sucederles a los latinos durante el viaje; de igual forma, le confiaba las sospechas que tenía sobre las intenciones de los francos. Merced a estas frecuentes confidencias y con las puertas de su alma abiertas en cierto modo a Isangeles, le recomendó con toda franqueza que estuviera alerta ante la perfidia de Bohemundo, para que cuando quisiera transgredir los tratados, lo apartara de su empeño y frustrara por todos los medios sus proyectos. Él dijo al soberano: "Si Bohemundo tiene por herencia de sus antepasados la inclinación al perjurio y al engaño, sería un milagro que guardase su juramento; en cuanto a mí, procuraré dentro de mis posibilidades cumplir siempre tus órdenes." Tras despedirse del soberano, partió para unirse al grueso del ejército de los celtas.

10. Por lo demás, el soberano deseaba seguir a los celtas en su campaña contra los bárbaros, pero temía su in-

numerable muchedumbre. Juzgó, pues, necesario acudir a Pelecano, desde donde gracias a su proximidad a Nicea podría enterarse de lo que les iba sucediendo a los celtas y, al tiempo también, de las incursiones de los turcos fuera de los muros de Nicea y de la situación de sus defensores. Creía que sería perjudicial no llevar a cabo mientras tanto ninguna acción militar que le permitiese, si encontraba la oportunidad, apoderarse por su cuenta de Nicea y no conseguirla de manos de los celtas, como le habían jurado. Pero mantenía en secreto sus planes y todo lo que había preparado; sólo él y Butumites, su confidente en este proyecto, conocían los motivos de su presencia allí. Envió entonces a éste para que se ganara a los bárbaros del interior de Nicea con promesas de toda clase de favores y de una completa inmunidad, y en parte también, con la amenaza de sufrir calamidades sin cuento y de que caerían bajo las espadas de los celtas, si eran capturados por ellos; la elección de este hombre se debió al conocimiento que desde siempre tenía sobre la lealtad de Butumites y su energía en lo relacionado con las misiones de esta índole. En fin, así se desarrollaron estos acontecimientos desde su inicio.

LIBRO XI

CONTINUACIÓN DE LA PRIMERA CRUZADA (1097-1104)

I. Asedio de Nicea.

1. Por su parte, Bohemundo y todos los condes aguardaban la llegada de Isangeles, reunidos en el lugar desde donde pensaban iniciar la travesía hacia Ciboto en unión de Godofredo. Puesto que, al ser una muchedumbre considerable, no podían permanecer en ese mismo sitio por la dificultad de reaprovisionamiento, se dividieron en dos, a pesar de estar esperando la venida del emperador con Isangeles para emprender el camino de Nicea una vez se hubieran reunido allí con él: unos se encaminaban a través del país de los bitinios y de Nicomedia hacia Nicea; otros, tras cruzar el estrecho de Ciboto, confluyeron en el mismo punto. De este modo, situados ya cerca de Nicea, se distribuyeron las torres y los lienzos de muralla entre ellos mismos, porque habían decidido efectuar el asalto a los muros de acuerdo con una cierta organización, para hacer más enérgico el asedio gracias a la mutua competencia; y, dejando libre el sector asignado a Isangeles, esperaban su venida. Entonces llegó también el soberano a Pelecano con sus pensamientos puestos en Nicea, como nuestra obra mostró anteriormente.

2. Los bárbaros del interior de Nicea mandaban continuos mensajes al sultán, para que los socorriese. Pero, dado que éste aún se retrasaba y el asedio se venía ya prolongando durante muchos días desde la salida del sol hasta la puesta, cambiaron de parecer y reconocieron como más ventajoso pasarse al emperador que ser capturados por los celtas, ya que veían su situación en un punto crítico. En consecuencia, hicieron llamar con ese objeto a Butumites, quien continuamente les había hecho saber mediante frecuentes

cartas que obtendrían incontables favores del emperador, en el caso de que le entregasen Nicea. Él, tras haber ofrecido como clara respuesta, si se le entregaba la plaza, la benevolencia del emperador y tras hacer constar por escrito sus promesas, fue acogido gustosamente por los turcos, quienes ya habían renunciado a enfrentarse con tan numeroso contingente y consideraban más positivo entregar voluntariamente la ciudad al emperador y contar con riquezas y honores que convertirse en víctimas de la espada.

3. No se cumplía aún el tercer día de la entrada de Butumites, cuando tras su llegada Isangeles se apresuraba a intentar tomar las murallas con las helépolis que tenía aprestadas. Entre tanto, les llegó un rumor que informaba de la venida del sultán. Cuando los turcos se enteraron de esta nueva y se animaron, expulsaron enseguida a Butumites. El sultán, por su parte, destacó una sección de su ejército y la envió para que inspeccionase la ofensiva de Isangeles, con orden de que si se topasen con algunos celtas, no rehuyeran el combate con ellos. Cuando los hombres de Isangeles los vieron de lejos, se enzarzaron en una batalla. Es más, los otros condes y el propio Bohemundo, enterados de la incursión de aquellos bárbaros, seleccionaron a grupos de doscientos hombres de cada destacamento y, una vez reunido un contingente muy numeroso, lo enviaron sin dilación en apoyo de Isangeles. Después de ponerlos en fuga, persiguieron a los bárbaros hasta el anochecer.

4. Mas el sultán en absoluto estaba deprimido por estos acontecimientos, antes bien, cuando iba amaneciendo el día, se armó y ocupó con todas sus tropas la llanura que se extendía por fuera de las murallas de Nicea. Los celtas, tras percatarse de su presencia y armarse fuertemente, se lanzaron contra ellos como leones. Entonces se produjo un duro y sangriento enfrentamiento. Como la batalla se encontraba estabilizada con igual provecho para ambas partes durante todo el día, al llegar el sol al crepúsculo, los turcos huyeron, porque la noche constituyó para ellos el fin de la lucha. En suma, perecieron muchos de ambos bandos, hubo no pocos muertos y la mayoría fueron heridos.

5. Los celtas retornaron después de haberse alzado con esta brillante victoria y de haber ensartado en sus lanzas, como estandartes, las cabezas de muchos enemigos, para que los bárbaros, al captar de lejos lo sucedido, se asustasen por esta prematura derrota y renunciasen a una obstinada resistencia. De tal índole eran los actos que habían llevado a cabo y las reflexiones que hicieron los latinos; el sultán, tras la visión de las infinitas huestes de éstos y habida cuenta de su irrefrenable valor a raíz del propio ataque, cursó a los turcos del interior de Nicea un mensaje con sus palabras: "Haced en adelante todo aquello que juzguéis mejor." Pues sabía de antemano que preferían entregar al emperador la ciudad antes que caer cautivos de los celtas.

6. Isangeles, por su parte, que mantenía su primitivo empeño, tras construir una torre circular de madera y cubrirla de pieles por ambos flancos, completar su interior con mimbres entrelazados y fortificarla en todo su perímetro, la aproximó al costado de la torre llamada Gonates. Se le había dado este nombre hacía tiempo, cuando el famoso Manuel, padre del precedente emperador Isaac Comneno [1], y de su hermano Juan, mi abuelo paterno, fue elegido por el entonces emperador Basilio [2] para el cargo de estratego autocrátor de todo el oriente, con la orden de dar fin a las hostilidades con Esciero, ya fuera mediante oposición militar, ya convenciéndolo con su buen juicio para firmar un tratado de paz. Mas, como Esciero, que era muy aguerrido y disfrutaba con la sangre, prefirió siempre la guerra a la paz, con lo que a diario se producían violentos combates, porque Esciero no sólo no deseaba la paz, sino que pugnaba valientemente por apoderarse de Nicea con ayuda de helépolis, sucedió que, después de haber derruido la muralla, la torre se derrumbó y quedó con el aspecto de estar inclinada sobre una rodilla a causa de su profunda y extensa cimentación y por este hecho recibió semejante apelativo.

7. En suma, así ha quedado relatada la historia de la torre Gonates; Isangeles, cuando gracias a su enorme

(1) Isaac I Comneno (1057-1059)
(2) Basilio II (976-1026)

maestría tuvo dispuesta la ya citada torre de madera, que los más expertos en ingenios bélicos denominan tortuga, introdujo en su interior hombres armados que destrozarían la murallas, y otros que sabían minar la torre con sus herramientas, con objeto de que los unos lucharan contra los defensores de la muralla y mediante esta maniobra los otros dispusieran de una tregua para minar la torre. Estos fueron introduciendo vigas de madera en lugar de las piedras que sacaban; cuando desde el interior alcanzaron a vislumbrar la claridad, de tal modo que vieron penetrar por un lugar cierto resplandor, les metieron fuego a las vigas y las quemaron. Cuando éstas estuvieron calcinadas sucedió que la torre Gonates se vino abajo por completo de tal manera que no perdió su apelativo. Y perseveraban con los medios a su alcance en el asedio, después de rodear de arietes y aparatos el resto de la muralla y de cubrir con escombros en un abrir y cerrar de ojos el foso que se hallaba en su exterior, hasta llegar a unirse sin solución de continuidad a la llanura que se extendía por cada lado.

II. Toma de Nicea.

1. El emperador, que había hecho gala frecuentemente de abundantes reflexiones certeras y había reconocido la imposibilidad de que Nicea fuera tomada por los latinos, aunque subrepasasen en número toda cuenta, aprestó, por su parte, diversos tipos de helépolis, la mayoría de ellas en desacuerdo con las normas de la ingeniería y según aquellos otros criterios que le parecieron adecuados, lo que provocó asombro en todos, y las envió a los condes; y él se quedó en Pelecano, cerca de Mesampela, donde desde tiempos lejanos había también erigido un santuario bajo la advocación del gran mártir Jorge, una vez concluida la travesía que emprendiera con los primeros hombres que había encontrado, como ya nuestra historia ha mostrado anteriormente

2. Quería así el soberano partir en unión de los latinos contra los turcos infieles; pero desistió de su empeño porque, al sopesar la cuestión, comprendió que la enormidad del ejército franco era insuperable para las tropas romanas y porque conocía desde hacía tiempo el carácter voluble de los latinos. Y no sólo por esta razón, sino también porque preveía la actitud inclerta y desleal de ellos, quienes, a la manera del Euripo, se veían con frecuencia transportados de un punto al contrario y estaban dispuestos a vender sus mujeres e hijos por un solo óbolo debido a su temperamento codicioso; en suma, merced a estas reflexiones renunció el soberano a sus proyectos. Pero reconoció que no debía unirse a los celtas, aunque sí otorgarles tanto apoyo, como durase su presencia.

3. Como estaba al tanto de la poderosa fortificación de las murallas de Nicea, sabía que era imposible su conquista por los latinos. Pero cuando se enteró de que el sultán estaba introduciendo fácilmente en Nicea por el lago vecino importantes fuerzas y un completo reaprovisionamiento, intentó la conquista del lago. En consecuencia, una vez aparejadas las barcas apropiadas para la navegación por aquellas aguas y cargadas en carros, las echó al lago por el sector de Cío tras embarcar en ellas soldados armados al mando de Manuel Butumites y tras hacerles entrega de un número de estandartes mayor del necesario, así como de trompetas y tambores, de modo que parecieran por ello mucho más numerosos.

4. Así fueron tomadas por el soberano las medidas relativas al sector del lago. Por lo que respecta a tierra firme, mandó buscar a Taticio y al llamado Tzitas junto a valientes peltastas, que ascendían al número de dos mil, y los destacó a Nicea con órdenes de que, una vez ocupado el castillo de San Jorge simultáneamente al desembarco de las naves, cargaran en mulas la gran cantidad de flechas que transportaban y que, tras desmontar de los caballos a distancia de las murallas de Nicea, marcharan a pie y fijaran su campamento directamente frente a la torre llamada Gonates y que luego, con los escudos en formación cerrada atacaran las murallas junto a los latinos a una señal convenida. Por consiguiente, una vez llegado Taticio con el ejército a sus órdenes, dio cuenta de ello a los celtas de acuerdo con los planes

del emperador. Todos entonces se vistieron las armaduras y atacaron las murallas entre alaridos y un enorme griterío.

5. Mientras los hombres de Taticio iban disparando dardos incesantemente y los celtas, por una parte horadaban las murallas, y por otra intensificaban el lanzamiento de piedras con sus catapultas, tan constreñidos estaban los bárbaros, que ni siquiera tenían el valor de asomarse a las almenas de Nicea, atemorizados en el sector del lago por Butumites con sus estandartes y trompetas, quien les despachaba en ese instante también una misiva conteniendo los compromisos del emperador. Dado que, al mismo tiempo, habían perdido la esperanza de la llegada del sultán, consideraron más conveniente entregar la ciudad al soberano y emprender negociaciones acerca de este particular con Butumites. Este entró en el diálogo adecuado y les mostró el crisóbulo que previamente le entregara en mano el emperador. En consecuencia, permitieron el acceso a Butumites, después de haber escuchado el crisóbulo con el que el emperador les prometía no sólo el perdón, sino incluso una generosa donación de riquezas y dignidades a la hermana y a la mujer del sultán, que, según se decía, era hija de Tzacas y, en suma, a todos los bárbaros de Nicea dispuestos a confiar en las promesas del soberano. Este, sin dilación, comunicó por carta a Taticio la siguiente noticia: "Ya tenemos en nuestras manos la presa; hay que disponerse para el asalto, pero debemos organizarles esta misma acción a los celtas, no confiarles nada más que el combate en torno a las murallas, cercarlas como se debe, e intentar el ataque cuando salga el sol."

6. Mas esto era una treta para que los celtas creyeran que esa ciudad había sido tomada en combate por Butumites e ignoraran la maniobra practicada por el soberano para su entrega. Pues el emperador deseaba que las actividades de Butumites quedaran en secreto para los celtas. Al día siguiente, tras haberse proferido el grito de guerra desde ambos frentes de la ciudad, los celtas, de un lado, se emplearon en el asalto por tierra con bastante arrojo y de otro Butumites ascendió a las almenas, plantó los cetros y los estandartes en la muralla y aclamaba con trompas y trompetas al

soberano. Y de esta manera entró todo el ejército romano en Nicea.

7. Butumites recogió al punto las llaves de la puerta, porque conocía el abundante número de los celtas y temía personalmente que ellos por lo inseguro de su carácter y lo irresistible de su ímpetu se apoderasen de la plaza después de su entrada y porque veía también que los sátrapas de la ciudad se bastaban contra las fuerzas de las que él disponía y sólo con quererlo eran capaces de encadenarlas y degollarlas. En aquel momento existía una sola puerta de entrada y salida, ya que las demás habían sido cerradas por miedo a los celtas que estaban próximos. Por consiguiente, ya en su poder las llaves de aquella puerta, consideró preciso reducir a los sátrapas con un ardid, para poder someterlos fácilmente, de manera que no tramaran nada contra él. Mandaba buscarlos y les aconsejaba que acudieran a presencia del soberano, si es que deseaban recibir abundantes riquezas de él, ser dignados con los mayores honores y que se les dispensaran presentes anuales. Acabó por convencer a los turcos y, abriendo de noche la puerta, despachó por el cercano lago a unos pocos en dirección a Rodomero y al semibárbaro Monastras, que permanecían en el villorrio denominado de San Jorge, y a quienes les había ordenado que los remitiesen sin dilación al soberano, nada más desembarcar de las naves, y que no los retuviesen ni un instante, para que no conspiraran contra ellos, al unirse con los turcos que eran enviados después de ellos.

8. En efecto, el augurio fue correcto y la conjetura, basada en la gran experiencia de aquel hombre, incontrovertible. Mientras estuvieron despachando al soberano con diligencia a quienes iban viniendo, conservaron la seguridad y ningún peligro les acechó; mas, cuando se relajaron, se cernió sobre ellos el peligro que suponían los bárbaros retenidos. Efectivamente, cuando se vieron en tan gran número, planearon llevar a cabo una de estas dos alternativas, o caer sobre ésos durante la noche y matarlos, o conducirlos encadenados al sultán. Puesto que todos quedaron de acuerdo en esta última propuesta, los atacaron de noche y conduciéndolos encadenados según la previa decisión, partieron de allí.

Luego, una vez llegados al cerro de Azala, lugar que dista (...) estadios de las murallas de Nicea, allí, como es lógico, desmontaron de los caballos y los dejaron descansar.

9. Pero, gracias a que Monastras era medio bárbaro y conocía el idioma turco e incluso Rodomero, que fuera antiguamente capturado por los turcos y permaneciera mucho tiempo con ellos, tampoco era desconocedor de dicho idioma, continuamente los incitaban con persuasivos términos y les decían: "¿Para qué nos preparáis una copa mortal, si ni siquiera os sacaréis un mínimo provecho de ello? Mientras todos los demás disfrutan de grandes presentes distribuidos por el soberano y se les inscribe para que dispongan de rentas anuales, vosotros os priváis de todos esos beneficios. No os forméis esos planes respecto a vosotros mismos y no corráis un riesgo evidente, cuando podéis salvaros sin peligros, retornar a vuestros hogares hinchados de riquezas y, quizás, ser dueños de tierras. Quizás, también, cuando os encontréis con los romanos emboscados ahí" dijeron señalando con sus manos los torrentes y los lugares pantanosos "perezcáis y perdáis inútilmente vuestras vidas. Os acechan, en efecto, no sólo gran cantidad de celtas y bárbaros, sino también un innumerable contingente de romanos. Así pues, si es que os dejáis convencer, dadles la vuelta a las riendas y marchemos unidos junto al soberano. Y os juramos por Dios que gozaréis de sus infinitos presentes y luego partiréis, como personas libres, en la dirección que deseéis."

10. Los turcos secundaron sus palabras y tras dar y recibir mutuas palabras de honor, emprendían el camino al encuentro del soberano. A su llegada a Pelecano, nada más verlos el emperador, después de dirigirles a todos una alegre mirada, aunque en su interior estuviera muy indignado con Rodomero y Monastras, los despidió en aquel instante para que descansaran; al día siguiente, todos los turcos que estuvieron dispuestos a ponerse bajo sus órdenes, gozaron de infinitos beneficios; en cuanto a los que aspiraban a volver a sus propios hogares, también a ellos, una vez hubieron recibido no pocos presentes, les fue concedido permiso para cumplir sus deseos. Posteriormente, les reprochó a Rodomero y a Monastras su mucha negligencia; pero al ver que

estos, avergonzados, ni siquiera tenían el valor de mirarlo a la cara, cambió el tono y se apresuró a animarlos con otros términos. Estos fueron los acontecimientos relativos a Rodomero y Monastras; una vez nombrado entonces Butumites por el soberano duque de Nicea, los celtas le solicitaron el acceso para ver y venerar sus sagrados templos. Mas aquél, que, como se dijo, conocía claramente su temperamento, no permitía la entrada a todos juntos, sino que la concedía a los celtas abriéndoles las puertas por grupos de diez.

III. El paso por Anatolia.

1. El soberano, que aún residía en Pelecano y deseaba que todos los condes que aún no habían prestado juramento lo hicieran entonces, encargó por carta a Butumites que aconsejara públicamente a todos los condes no emprender el camino de Antioquía sin haber jurado ante el emperador; pues así quizás se diera la circunstancia de que volvieran a obtener espléndidos regalos. Entre todos fue el primero Bohemundo, quien, al oír hablar de riquezas y regalos, obedeció las palabras de Butumites y aconsejó a todos que retornaran junto al emperador, tal era su irresistible pasión por acaparar. Cuando llegaron a Pelecano, el soberano los recibió magníficamente, haciéndolos objeto de gran solicitud; luego, los congregó y dijo: "Conocéis el juramento que todos me hicisteis; si no queréis transgredirlo, aconsejad a cuantos sabéis que no han jurado que suscriban el mismo juramento." Ellos al punto mandaron buscar a quienes no habían jurado y, en efecto, acudieron todos y pronunciaron el juramento.

2. Pero Tancredo, el sobrino de Bohemundo, que era hombre de carácter independiente, insistía en deber fidelidad sólo a Bohemundo y en querer guardarla hasta la muerte. Ante las increpaciones de sus compañeros y de los propios parientes del emperador, por los que se hacía de rogar, se fijó en la tienda donde el emperador presidía los actos (pues era de unas dimensiones como nadie viera nunca) y dijo: "Si me la dieras rapleta de riquezas y de todo cuanto

has dado a los demás condes, también yo pronunciaría el juramento." Paleólogo, que por su celo hacia la persona del emperador no soportaba las palabras de Tancredo, aunque estuviera fingiendo, intentó expulsarlo con desprecio. El otro, que era muy altivo, se echó contra él; al ver esto, el emperador se levantó del trono y se situó en medio. Y también Bohemundo contuvo el ímpetu de éste, diciéndole: "no conviene dar muestras de insolencia a los parientes del emperador." Luego Tancredo, avergonzado por su comportamiento impertinente con Paleólogo y, obedeciendo por otra parte los consejos de Bohemundo y de los demás, juró también.

3. Una vez todos hubieron jurado ante el emperador, les cedió a Taticio, que ostentaba entonces el cargo de gran primicerio, junto con las fuerzas bajo su mando, para que en todo momento colaborara con su apoyo y las precaviera de los peligros, y también se hiciera cargo de las ciudades tomadas por aquéllos, si Dios así lo establecía. Por tanto, tras hacer de nuevo la travesía al día siguiente, todos los celtas emprendieron el camino que conduce a Antioquía. Luego, como el emperador conjeturara que no todos irían obligadamente acompañando a los condes en su ruta, instruyó a Butumites para que cuantos celtas abandonaran su propio ejército fueran admitidos a asedio para la defensa de Nicea.

4. Después de que Taticio con el ejército bajo sus órdenes, todos los condes y las incontables tropas celtas a su mando hubieron alcanzado Leucas en dos días, por petición propia, confió la vanguardia a Bohemundo, y ellos marchaban detrás en formación y a paso lento. Como los turcos, a causa del paso vivo que llevaba, lo vieron sobre la llanura de Dorileo, creyeron haberse topado con el grueso del ejército celta y, tras menospreciarlo, al momento trabaron combate con él. Por su parte, el latino que osara sentarse en el trono imperial, ocupaba la vanguardia de la formación de Bohemundo y, olvidando el consejo del emperador, se adelantó estúpidamente a los demás. Como consecuencia, murieron entonces cuarenta de sus hombres; y él, herido gravemente, dio la espalda a sus enemigos y se precipitó en medio de su

formación mientras con sus actos, pues no con sus palabras, divulgaba qué sagaz era el emperador.

5. Bohemundo, al ver que los turcos estaban combatiendo decididamente, mandó buscar con un emisario a las fuerzas celtas. Llegaron raudas y entonces se libró un combate duro y sangriento. La victoria la obtuvo el ejército romano y celta. Mientras los batallones se alejaban de allí en formación cerrada, se dieron de frente en Hebraice con éstos el sultán Tanisman y Asan, quien sólo él comandaba ochenta mil guerreros. Entabiada, pues, una violenta batalla por la abundancia de tropas y de fuerzas y porque ningún bando daba la espalda a la parte adversaria, puesto que los turcos luchaban contra sus enemigos con mayor arrojo, al comprobarlo Bohemundo, que estaba al mando del ala derecha, se destacó del resto del ejército y se precipitó audazmente, como un león seguro de su propia fuerza, según dice el poeta [3], contra el mismo sultán Clitziastian. Este hecho atemorizó a los turcos y les hizo presentar la espalda a los celtas.

6. Mas éstos, que tenían presentes las recomendaciones del emperador, no los persiguieron mucho rato, antes bien, tras llegar al atrincheramiento de los turcos y reposar allí un poco, de nuevo alcanzaron a los turcos en Augustópolis y los pusieron en fuga por completo con su ataque. Aquella fue la ruina del bárbaro. Los supervivientes, persuadidos de que no serían capaces de oponerse en adelante a los latinos y de que hallarían la salvación en la fuga, se dispersaron por doquier, siguiendo cada uno distinto camino y dejando abandonados a mujeres y niños,

IV. Sitio de Antioquía.

1. ¿Qué ocurrió a partir de ahí? Llegaron los latinos con el ejército romano a través del conocido como camino rápido (4), sin hacer ningún caso de la tierra que los circun-

(3) Il., V, 299
(4) Cfr. Leib. III, p.19, n.2: el valle del Orontes.

daba; tras hacer el atrincheramiento cerca de las murallas, instalaron la impedimenta y asediaron la ciudad durante tres ciclos lunares. Los turcos, temerosos del destino que les sobrevenía, informaron al sultán de Corosan y le pidieron que enviase suficientes fuerzas, para auxiliar a los antioquenos y expulsar a los latinos que asediaban desde el exterior.

2. Casualmente, un armenio observaba desde lo alto de una torre el sector de la muralla asignado a Bohemundo. A ése, que se asomaba con frecuencia, Bohemundo lo ablandó con abundantea promesas y lo convenció de que le entregase la ciudad. El armenio le dijo: "Cuando tú quieras y me hagas una señal desde fuera, al instante te entregaré este torreón; únicamente, permanece alerta tanto tú como todas las tropas a tu mando con las escalas también dispuestas. Pero no sólo debes estar tú preparado, sino incluso todo tu ejército debe tener puestas las corazas, para que, en cuanto vean los turcos que habéis subido y que estáis lanzando el grito de guerra, se den a la fuga asustados."

3. Bohemundo mantuvo en secreto durante ese tiempo sus planes. Cuando ya estaba ultimado ese plan, llegó uno afirmando que una inmensa muchedumbre de agarenos estaba al llegar conducida contra ellos por el jefe de Corosan, llamado Curpagan. Al enterarse de esta noticia Bohemundo y como no deseaba entregar Antioquía a Taticio de acuerdo con los juramentos prestados anteriormente al emperador, sino que la pretendía para sí, urdió un pérfido plan, por el que preparó la partida de aquél en contra de su voluntad. Acudió a su lado, por tanto, y le dijo: "Deseo revelarte un secreto, ya que miro por tu seguridad. Un rumor que ha llegado a oídos de los condes ha turbado sus almas: el emperador ha convencido al sultán para que envíe contra nosotros a los soldados que acuden desde Corosan. Como consideraron fiable esta noticia están tramando algo contra tu vida. Yo he cumplido mi parte y te he prevenido del inminente peligro; en adelante es tu responsabilidad cuidar de la salvación de ti mismo y de las tropas a tu mando." Taticio, que veía el hambre terrible (en efecto, una cabeza de buey se vendía por tres estáteres de oro), renunció entonces a la to-

ma de Antioquía, levantó el campo de allí y, tras embarcar en la escuadra romana atracada en el puerto de Sudi, arribó a Chipre.

4. Una vez se hubo retirado éste, Bohemundo, con las palabras del armenio aún secretas y alimentándose con halagüeñas expectativas, porque se adjudicaba la autoridad sobre Antioquía, dijo a los condes: "Ved cómo después de tanto tiempo de sufrimientos no sólo no conseguimos ningún éxito, sino cómo incluso estamos a punto de ser víctimas del hambre, a no ser que elaboremos mejores planes para nuestra supervivencia." Ante las preguntas de algunos sobre cuáles eran los planes, él dijo: "No todas las victorias las concede Dios a los caudillos mediante las armas, ni siempre se logran los éxitos en las batallas; es más, aquello que las penalidades de la guerra no han facilitado, muchas veces lo regalan las palabras, y las maniobras amistosas y convincentes erigieron muchos trofeos. En suma, no debemos consumir el tiempo en vano, sino darnos más prisa, antes de que llegue Curpagan, en realizar alguna acción inteligente y valerosa para nuestra salvación: que cada uno de nosotros se gane rápidamente al bárbaro que defiende su propio sector. Y si así lo queréis, que se establezca una recompensa para el que logre primero ese objetivo: el gobierno de la ciudad hasta que llegue el encargado del soberano que vaya a recibirla de nosotros. Así, tal vez, podamos obtener un provechoso triunfo."

5. El hábil Bohemundo, que amaba el poder y que había proyectado, dicho y explicado esto no tanto en beneficio de los latinos en su conjunto, cuanto en beneficio de su propio prestigio, no falló en su plan, como nuestra historia expondrá en su desarrollo. Tras asentir a estas propuestas, todos los condes se pusieron manos a la obra. Al amanecer Bohemundo partió hacia la torre; el armenio, a su vez, abrió las puertas según lo acordado. El otro ascendió al punto en unión de quienes lo acompañaban con mayor velocidad de la esperada y fue contemplado por los del interior y el exterior plantado en las almenas de la torre y mandando que la trompeta diera el toque de combate. Entonces, se pudo ver un acontecimiento insólito: los turcos, totalmente atemori-

zados, huyeron sin dilación por la puerta de enfrente y sólo unos pocos y vallentes hombres resistieron para la defensa de la ciudadela; los celtas ascendieron desde el exterior tras los pasos de Bohemundo por las escalas y se apoderaron enseguida de la ciudad de Antíoco. Tancredo, después de haberse llevado consigo a bastantes celtas, emprendió la persecución en pos de los turcos fugitivos; muchos cayeron muertos y otros tanto, heridos.

6. Curpagan, que había llegado con muchos miles de hombres en auxilio de la ciudad de Antíoco, al encontrársela ya tomada, fijó el campamento, mandó hacer trincheras, colocó en él la impedimenta y decidió asediar la ciudad. No había aún puesto manos a la obra cuando llegaron hasta él unos celtas que habían hecho una salida; se libró entonces entre ellos un gran combate. Los turcos obtuvieron la victoria y los latinos se encerraron puertas adentro con dos frentes de batalla, los que defendían la ciudadela (pues aún la retenían los bárbaros) y los turcos que estaban asentados fuera. Bohemundo, que era un hombre hábil y quería adueñarse del mando de Antioquía, dándoles aparentemente un consejo, dijo de nuevo a los condes: "No deben los mismos luchar a la vez en ambos frentes, el interior y el exterior, sino dividirse en dos secciones desiguales, proporcionalmente al número de los enemigos que se oponen a nosotros por cada frente, y plantear así la batalla contra ellos. Me permitiréis, en consecuencia, que combata con los que guardan la acrópolis, si vosotros estáis conformes con ello; a los demás les corresponderá pelear con energía contra los del exterior."

7. Estuvieron todos de acuerdo con la opinión de Bohemundo. Él se puso inmediatamente manos a la obra y erigió pronto frente a la acrópolis un muro transversal que la aislaba por entero de Antioquía, como una muy poderosa fortificación para el caso de que la guerra se prolongase. Y en efecto, después se plantó como un guardián incansable de dicho muro, mientras sin cesar luchaba valerosamente contra los del interior, cuando la ocasión se lo permitía. Los demás condes mostraban mucho interés por el sector encomendado a cada uno, defendiendo la ciudad sin descanso e inspeccionando las almenas y los lienzos de las murallas, no

fuera que los bárbaros ascendieran de noche desde el exterior y se apoderasen de la ciudad, o que alguien del interior se presentara a escondidas en lo alto de la muralla y mediante tratos con los bárbaros entregase la ciudad a traición.

V. Éxitos de los bizantinos en Asia.

1. Estos fueron los acontecimientos que sucedieron en Antioquía; el soberano, por su parte, tenía mucho interés por acudir personalmente en auxilio de los celtas, pero se lo impedían, aunque anslaba hacerlo, el pillaje y la total destrucción de las regiones y ciudades costeras. Pues Tzacas ocupaba Esmirna como una propiedad particular, y el conocido como Tangripermes ocupaba una ciudad de Éfeso que se hallaba cerca del mar, donde antaño se fundara un templo bajo la advocación del apóstol teólogo Juan. Cada sátrapa ocupaba una fortaleza distinta, y habían hecho a los cristianos esclavos en su indiscriminado pillaje; es más, ocuparon incluso las mismas islas de Quíos, Rodas y todas las demás y aparejaron allí naves piratas. Precisamente por ello el emperador creyó preciso tomar medidas concernientes al estado del mar y a Tzacas, reservar una importante flota y bastantes fuerzas en tierra; luego, gracias a estos contingentes repeler el empuje de los bárbaros y enfrentarse a ellos, y así, después, emprender el camino en dirección a Antioquía con el resto del ejército, combatiendo entre tanto a los bárbaros en la medida de sus posibilidades.

2. Mandó buscar, por tanto, a su cuñado Juan Ducas y le entregó tropas reclutadas en diferentes regiones y una flota suficiente para el asedio de las ciudades costeras y, también, a la hija misma de Tzacas, que había sido capturada junto con los demás que entonces se hallaban circunstancialmente dentro de Nicea, encomendándole que divulgara por doquier la toma de Nicea y que si no lo creían, mostrase a la hija misma de Tzacas a los sátrapas turcos y a los bárbaros que ocupaban la costa, para que quienes ostentaban el poder de las ya citadas ciudades, al verla y asegurarse de la toma de Nicea, renunciaran sin combatir y entregasen las

ciudades. Una vez lo hubo aprovisionado con todo tipo de suministros en cantidad suficiente, despachó a Juan. Este libro, conforme vaya desarrollando su temática, irá revelando cuántos triunfos obtuvo éste en contra de Tzacas y cómo lo expulaó de allí.

3. Así pues, el duque y tío mío, tras despedirse del emperador partió de la capital y a su paso por Abido hizo llamar al conocido como Caspace y le transfirió el mando de la flota y el total gobierno sobre la navegación, prometiendo que si luchaba decorosamente en la toma de Esmirna, lo nombraría gobernador de la misma Esmirna y de toda la zona circundante. Lo deapachó, pues, como talasocrátor de la flota por mar, según se ha dicho; y él quedó de comandante en tierra. Cuando los habitantes de Esmirna vieron que Caspace con la flota y Ducas por tierra se aproximaban simultáneamente a Esmirna, que Ducas fijaba su campamento cerca de la muralla y quo Caspace había atracado en el puerto, habida cuenta de que conocían ya la toma de Nicea, bajo ningún concepto quisieron enfrentarse a ellos y prefirieron recurrir a negociacionas y a un tratado de paz, donde constara la promesa de que si Juan Ducas consentía en prestarles juramento en el sentido de que podrían retirarse indemnes de todo mal a sus casas, ellos se replegarían y le entregarían Esmirna sin derramamiento de sangre y sin resistencia. Duces asumió las condiciones de Tzacas, prometiendo cumplir todoa los compromisos según lo pactado. En conclusión, una vez los hubieron expulsado de allí pacíficamente, cedió a Caspace toda autoridad sobre Esmirna. Pero sucedió la siguiente desgracia.

4. Cuando Caspace regresaba de haber estado con Juan Ducas se le aproximó un esmirneo que acusaba a un sarraceno de haberle robado quinientas estáteras de oro. El ordenó que éstos fueran conducidos a juicio; mas al ser arrestado el sirio, como creía que era llevado para ser ejecutado, desesperando de su propia salvación, sacó un cuchillo y lo hundió en laa entrañas de Caspace; y, dándose la vuelta, también hirió a au hermano en la pierna. Debido a la enorme confusión provocada por este crimen, el sarraceno escapó, pero todos los hombres de la flota junto con los propios

remeros entraron atropelladamente en la ciudad y los mataron a todos despiadadamente. Quedó a la vista entonces un espectáculo digno de lástima, que alrededor de diez mil personas fueron aniquiladas en un aciago instante. Juan Ducas, muy dolido por la muerte de Caspace, volvió a ocuparse por entero de la plaza durante un tiempo considerable. Gracias a sus salidas e inspecciones de las murallas, a sus indagaciones entre quienes conocían la disposición de los habitantes, dado que se precisaba un hombre valiente y como sabía que Hiaieas era el más valiente de todos, lo nombró duque de Esmirna; pues era un hombre aguerrido.

5. Tras abandonar toda la escuadra para la defensa de Esmirna, tomó él sus fuerzas y se encaminó hacia Éfeso, que estaba ocupada por los sátrapas Tangripermes y Maraces. Cuando los bárbaros vieron que aquél se lanzaba contra ellos, empiazaron sus falanges, después de armarse y formar en orden de combate sobre la llanura que se extiende fuera de la muralla de la ciudad. El duque, sin perder un instante se arrojó contra ellos en correcto orden militar. El combate duró la mayor parte del día; y cuando ambos bandos estaban luchando y el signo de la batalla era incierto, los turcos volvieron la espalda y huyeron a la desbandada. Muchos murieron entonces y no caían prisioneros sólo miembros de la soldadesca, sino incluso la mayoría de los sátrapas, de modo que el número de los cautivos ascendió a cerca de dos mil. Cuando tuvo noticias de este hecho, el emperador ordenó que éstos fueran dispersados por las islas. Los turcos que sobrevivieron, atravesando por el río Meandro en dirección a Poiiboto, se comportaron negligentemente, ya que supusieron haber acabado con Ducas. Mas no fue así; tras dejar a Petzeas como duque de esa ciudad, tomó él consigo a todo su ejército y avanzó inmediatamente en su persecución, no en tropel, sino con una adecuada formación y del modo como, según la recomendación del soberano, un general muy experto debe atacar a sus enemigos.

6. Los turcos, como se ha dicho, en su ruta por el Meandro y las ciudades que lo bordean llegaron a Poliboto. El duque no emprendió al instante su persecución, sino que marchó por el camino más corto, ocupó Sardes y Filadelfia

al primer asalto y confió la defensa de estas ciudades a Miguel Cecaumeno. Cuando llegaron a Laodicea, todos su habitantes se pasaron enseguida a su bando, y actuando con ellos como con la gente que de forma voluntaria se pasa a su lado y confiando en ellos, les permitió que administrasen libremente sus propiedades sin imponerles tampoco un jefe. Desde allí, atravesando por Coma, llegó a Lampse y la dejó bajo el mando de Eustatio Camitzes en calidad de general. Una vez llegado a Pollboto, alcanzó a un numeroso contingente de turcos. Cayó sobre ellos, cuando acababan de colocar su impedimenta, trabó combate al momento y venció totalmente; mató a muchos y recogió un botín de una abundancia proporcionada a la multitud.

VI. Reconquista de Antioquía y de Jerusalén.

1. Aún no había regresado éste, sino que combatía contra los turcos, cuando el emperador estuvo preparado para acudir en auxilio de los celtas de Antioquía; tras su llegada a Filomelio en unión de todas sus fuerzas, después de haber matado durante el camino a gran cantidad de bárbaros y haber saqueado también muchas ciudades ocupadas antes por éstos, se presentaron entonces, procedentes de Antioquía, Guillermo Grandemane, Esteban, conde de Francia, y Pedro Alifa, quienes, tras ser descolgados por las almenas de Antioquía y haber atravesado por Tarso, aseguraron que la situación de los celtas había llegado a un punto crítico y juraron que la desolación era total.

2. Por ello el emperador pensaba en acelerar más su ayuda, si bien todos intentaban disuadirlo de semejante empeño. Pero el anuncio, que se difundía por doquier, de que era inminente un ataque contra él por parte de numerosísimos bárbaros (pues, en efecto, el sultán de Corosan, al conocer la partida del soberano en ayuda de los celtas había enviado contra él a su propio hijo de nombre Ismael, una vez hubo reclutado infinitas huestes en Corosan y en lugares más lejanos y armado a todos fuertemente, con la misión de alcanzar pronto al soberano, antes de que llegara a Antioquía) y las informaciones facilitadas por los francos que habían venido y por los que acudieron con la noticia de la llegada de Ismael en contra de él detuvieron la ofensiva que el soberano proyectaba para salvar a los celtas y se daba prisa en liquidar a los turcos, que estaban enfurecidos contra él, y a su propio jefe Curpagan. Mientras, hacía los lógicos cálculos sobre el futuro: era algo imposible salvar la ciudad recién tomada por los celtas, todavía sumida en una total confusión y asediada asimismo desde el exterior, puesto que los celtas, perdidas las esperanzas de salvación, pensaban ceder las abandonadas murallas a los enemigos y salvarse de la aniquilación con la fuga.

3. Pues es la raza de los celtas, junto con otras características, independiente e intratable, nunca emplea la formación militar correcta ni su arte, antes al contrario, cuando se le presenta la ocasión de batallar y combatir, tanto los soldados rasos, como los propios caudillos obran irrefrenablemente en medio de los aullidos de su cólera, de manera que, sólo con que el adversario se acobarde levemente, caen sin que pueda haber resistencia en medio de las falanges de los enemigos; pero si los adversarios tienden frecuentes emboscadas gracias a su experiencia militar y se les enfrentan según las normas del arte de la estrategia, todo su coraje se queda en nada. En resumen, pues, es imposible resistir a los celtas en la primera carga, pero después de ésta quedan a merced de cualquiera por la pesadez de sus armas y lo impetuoso e irracional de sus decisiones.

4. Por eso, porque no tenía ni suficientes fuerzas contra tamaña multitud, y porque no podía cambiar el temperamento de los celtas, ni conducirlos al terreno de su conveniencia con un consejo adecuado, consideraba que no debía continuar su avance, no fuera que por apresurarse en auxilio de Antioquía, perdiera Constantinopla. Ante el temor de que por la venida de infinitas tropas turcas los moradores de la región de Filomelio acabaran siendo víctimas de la espada bárbara, se le ocurrió la idea de difundir por doquier la noticia de la llegada de los agarenos; y al punto se proclamaba también que todo hombre y mujer se anticipara con su partida a la llegada de ésos, preservando así sus propias personas y cuantas riquezas pudieran transportar.

5. En consecuencia, todos prefirieron unirse al emperador, tanto los hombres, como las mujeres mismas (...). Tales medidas había dispuesto el emperador sobre los cautivos. Después de haber separado una parte del ejército y haberla dividido a su vez en otras muchas partes, las envió por diferentes caminos en contra de los agarenos, para que, si encontrasen turcos que realizaran incursiones, trabaran combate con ellos y, luchando con coraje, contuvieran su ataque contra el soberano. Y él retornó a la capital con todo el ejército de los bárbaros cautivos y de los cristianos venidos a su lado.

6. El archisátrapa Ismael, por su parte, al haberse enterado de que el soberano, tras su partida de Constantinopla, había hecho abundantes matanzas, reducido totalmente a ruinas muchas aldeas a su paso, recogido mucho botín y cautivos, y de que retornaba a la capital sin haberle dejado ninguna posibilidad de represalia, renunció a la caza y se sumía en la impotencia, y tras volverse en otra dirección, decidió asediar Paipert, localidad que ocupaba, tras tomarla recientemente, el famoso Teodoro Gabras, y, cuando hubo llegado al río que corría cerca de ésta, situó allí mismo todo su ejército. Estando enterado Gabras de este hecho, planeó caer sobre aquél durante la noche. Pero resérvese nuestra historia para otro lugar el final de la peripecia de Gabras, su origen y temperamento y continúe ahora con el asunto que nos ocupa.

7. Los latinos, por su parte, terriblemente apurados por el hambre y el prolongado asedio, acudieron a su obispo Pedro, el que fuera una vez derrotado en Helenópolis, como nuestra historia ha mostrado previamente, y le pidieron consejo. Él les dijo: "Aunque prometisteis que os conservaríais puros hasta vuestra entrada en Jerusalén, creo que habéis roto la promesa. Por esto Dios no os está ayudando como antes. Debéis, pues, convertiros al Señor y llorar por vuestros pecados, demostrando con cilicios, cenizas, fervorosas lágrimas y oraciones durante toda la noche vuestro arrepentimiento. Entonces también yo dedicaré mi tiempo a apaciguar a Dios en beneficio vuestro." Obedecieron a las exhortaciones del obispo. Tras algunos días, movido por

una voz divina, el obispo mandó buscar a los principales condes y las indicó que excavasen a la derecha del altar y que allí encontrarían la Santa Punta. Una vez cumplida la orden, como no daban con ella, se volvieron desanimados y revelaron el fracaso de su búsqueda. Mas aquél, tras una oración más intensa, mandó que se hiciera un nuevo intento con mayor empeño. Ellos volvieron a cumplir lo ordenado y, cuando hallaron el objeto que se buscaba, corrieron a referírselo a Pedro, sobrecogidos por la alegría y el temor de Dios.

8. A partir de entonces durante las batallas confiaron la venerable y divina Punta a Isangeles, por ser el más puro de todos. Al día siguiente se lanzaron contra los turcos por una puerta insospechada. En ese momento, el llamado conde de Flandes hizo a los restantes una única petición: que le fuera concedido solamente a él cargar el primero de todos en unión de tres hombres contra los turcos. Se le otorgó lo solicitado, y cuando las falanges se hubieron situado compactas en cada ala y el encuentro estaba a punto de producirse, desmontó él del caballo, echó pie a tierra y suplicó por tres veces a Dios pidiendo ayuda de lo alto. Al grito general de "¡Dios está con nosotros!" se precipitó a rienda suelta contra el propio Curpagan, que se había situado sobre una colina. A quienes se encontraban de frente las arrojaron sus lanzas y los derribaron por tierra. Atemorizados, los turcos se dieron a la fuga antes de trabar combate, gracias al total apoyo que el cielo dispensaba a los cristianos; a causa de su atropellada huida, la mayoría de los bárbaros se ahogaron apresados en los remolinos de las corrientes fluviales, de modo que los cuerpos de los ahogados sirvieron como puente a quienes los seguían.

9. Tras una prolongada persecución de los fugitivos se volvieron hacia el atrincheramiento turco, y una vez hubieron hallado allí la impedimenta bárbara y todo el botín que transportaban, sentían el deseo de llevárselo sin tardanza y a causa de lo abundante que era al cabo de treinta días de duros esfuerzos terminaron por introducirlo en Antioquía. Durante su permanencia en aquel sitio, dedicada por igual al reposo de las penalidades militares y al cuidado de

la situación de Antioquía, buscaban al que debía gobernar esta ciudad. Fue Bohemundo, tal como lo había solicitado previamente, antes de que la ciudad fuera tomada, y tres cederle la autoridad total sobre Antioquía, ellos tomaron el camino hacia Jerusalén. A su paso iban ocupando muchas de las poblaciones costeras; cuantas presentaban fortificaciones muy poderosas y precisaban un más largo asedio, las dejaban de lado y se apresuraban en dirección a Jerusalén. Tras cercar sus murallas y asediarla con continuos ataques durante medio ciclo lunar, se apoderaron de ella después de una enorme matanza de los sarracenos y hebreos que la habitaban. Cuando todo estuvo sometido a su poder, ante la ausencia de oponente, ofrecieron su gobierno a Godofredo y lo nombraron rey.

VII. Reacción de los musulmanes.

1. Dada a conocer al monarca de Babilonia Amerimnes la invasión de los celtas, cómo había sido tomada por ellos Jerusalén, cómo habían sido ocupadas por los celtas la ciudad misma de Antioquía y otras muchas localidades vecinas, entonces, tras haber reclutado una abundante cantidad de soldados entre armenios, árabes, sarracenos y agarenos, los envió contra ellos. Cuando Godofredo hubo dado esta noticia a los celtas, se vistieron sus armaduras para marchar en contra de ellos, descendieron a Jafa y aguardaron su ataque; luego, desde allí llegaron a Ramel, donde fuera martirizado el gran mártir Jorge, y una vez tomado contacto con el ejército de Amerimnes, que venía contra ellos, trabaron batalla con éste. Los celtas obtuvieron inmediatamente la victoria.

2. Pero al día siguiente, cuando la vanguardia enemiga los hubo atacado haciendo una maniobra desde la parte posterior de su formación, los celtas fueron derrotados y se salvaron gracias a su escapada hasta Ramel. Tan sólo el conde Balduino estaba ausente, porque había preferido huir no como lo hace un cobarde, sino para adoptar mejores medidas sobre su propia salvación y sobre la creación de un ejército que fuera reclutado contra los babilonios. Los babi-

lonios llegaron a Ramel, montaron un asedio y pronto la tomaron. Muchos latinos perecieron entonces y muchos más aún fueron conducidos como cautivos a Babilonia. A su vuelta de aquel sitio el ejército entero de los babilonios se apresuraba para asediar Jafa: pues ésa es la estrategia de la raza bárbara. El arriba citado Balduino, por su parte, en su recorrido por todas las aldeas en poder de los francos, reunió no pocos caballeros e infantes, congregó un aguerrido ejército y, tras partir en contra de los babilonios, los derrotó completamente.

3. Cuando el emperador se hubo enterado de la derrota de los latinos en Ramel, se sintió muy afectado por el cautiverio de los condes, ya que sabía que se encontraban en un momento de lozanía y vigor físicos y de fama para unos linajes dignos de aquellos que eran celebrados en la antigüedad, y no podía soportar que siguieran estando prisioneros en tierra extranjera. Por ello mandó buscar a un tal Bardales, le entregó bastante dinero y lo despachó a Babilonia para que los rescatara, encargándolo también de cartas para Amerimnes que trataban sobre la situación de los condes. Él, tras haber tomado cuenta del escrito del soberano, le devolvió los condes con simpatía y sin percibir cantidad alguna, excepto Godofredo, pues a éste lo había devuelto anteriormente a su hermano Balduino por un rescate en dinero. Cuando llegaron a la capital, el emperador recibió a los condes con honores, les entregó bastantes riquezas y después de un adecuado descanso los despidió y envió a casa. Godofredo, reinstaurado como rey de Jerusalén, despachó a su hermano Balduino a Edesa.

4. En aquella ocasión fue cuando el soberano ordenó a Isangeles que cediera el mando de Laodicea a Andrónico Tzintziluces y las plazas de Maraceo y Balaneo a los subordinados del que entonces gobernaba Chipre, el duque Eumatio, y le ordenó asimismo que continuara él su avance y combatiera con toda la energía posible para ocupar las demás plazas, acciones que, efectivamente, llevó a cabo obedeciendo las cartas del emperador. Así pues, una vez entregadas las plazas a los arriba indicados, partió hacia Antárado y se apoderó de ella sin combatir. Al enterarse de eso Atapa-

cas de Damasco, una vez reunidas suficientes fuerzas, avanzó contra él. Puesto que Isangeles no poseía bastantes tropas para enfrentarse con tan numerosos soldados, concibió un plan no tanto audaz como inteligente. Confiado en los lugareños, dijo: "Voy a ocultarme en algún lugar, ya que la plaza es enorme; vosotros, cuando Atapacas llegue, no le confeséis la verdad, sino aseguradle que yo he huido atemorizado."

5. Por consiguiente, una vez llegado Atapacas y tras preguntar por Isangeles, fijó su tienda cerca de la muralla agotado por el viaje y con la confianza de que había huido. Ante la abrumadora cortesía mostrada por los lugareños los turcos, confiados y sin sospechar ninguna hostilidad, soltaron sus propios caballos por la planicie. Isangeles, cuando el sol del mediodía lanzaba sus rayos desde el cielo, tras armarse fuertemente, abrió de repente las puertas y se arrojó en medio del campamento de aquéllos en unión de sus hombres (que se elevaban al número de cuatrocientos). Cuantos estaban habituados a luchar decididamente, tras plantarse erguidos, aceptaron el combate con ellos sin escatimar sus vidas; los demás intentaban procurarse su propia salvación con la fuga. Pero la amplitud de la planicie y la ausencia de zona pantanosa o montañosa o de terrenos abruptos los entregó a todos en manos de los latinos. Ello provocó que todos acabaran como víctimas de sus espadas y pocos cayeran prisioneros. Por tanto, después de haber derrotado así a los turcos, avanzó hacia Trípoli.

6. Ascendió y conquistó primero directamente la cima de la colina situada frente a Trípoli, que forma parte del sistema montañoso del Líbano, para tenerlo como baluarte y retener el agua que desciende del Líbano hacia Trípoli por la pendiente de esa colina. Entonces, informó al emperador de todo lo acontecido y le pidió que se construyera un baluarte muy fortificado antes de que llegaran de Corosan huestes más numerosas e iniciaran la guerra contra ellos. El emperador encomendó al duque de Chipre la construcción de dicha plaza fuerte, tras darle instrucciones para que rápidamente expidiera con la flota todo el material preciso y a los obreros encargados de edificar dicho bastión en el emplaza-

miento que Isangeles les indicara. Entonces sucedió lo siguiente:

7. Isangeles, que había acampado fuera de Trípoli, no se concedía tregua en el empeño de tomarla. Por su parte, cuando Bohemundo se hubo enterado de la llegada de Tzintziluces a Laodicea, sacó a la luz la enemistad que de tiempo atrás albergaba en su seno contra el soberano y envió contra Laodicea a su sobrino Tancredo en unión de nutridas huestes con la intención de someterla a asedio. Nada más llegar este rumor ha oídos de Isangeles, al momento, sin perder un instante, acudió a Laodicea y, empleando todo tipo de razones y argumentos, aconsejaba a Tancredo que renunciara al asedio de la ciudad. Como a pesar de su prolongada conversación con él no conseguía convencerlo, sino más bien parecía a todas luces que le cantaba a un sordo, se volvió de allí y llegó de nuevo a Trípoli. Aquél de ninguna manera cejaba en su asedio. Tras comprobar, por tanto, Tzintziluces el empeño de Tancredo y el punto crítico al que estaba avocada su situación, solicitó auxilio desde la ciudad. Pero ante el retraso de los refuerzos de Chipre y sumido en una situación angustiosa, prefirió entregar la plaza agobiado tanto por el asedio, como por el hambre.

VIII. Derrota de un contingente normando.

1. Mientras así se iban desarrollando estos acontecimientos, como se necesitaba por la muerte de Godofredo que otro lo sucediera en el puesto de rey, al instante los latinos de Jerusalén mandaron llamar de Trípoli a Isangeles con el deseo de convertirlo en rey de Jerusalén. Mas él estuvo dilatando durante un tiempo el momento de la partida. En consecuencia, después de haber acudido a la capital, al percatarse los habitantes de Jerusalén de que él iba dando largas, mandaron buscar a Balduino, que residía en Edesa, y lo proclamaron rey de Jerusalén. El emperador, que acogiera amistosamente a Isangeles, cuando se enteró de que Balduino había recibido el gobierno de Jerusalén, lo retuvo consigo coincidiendo con la aparición del ejército normando

acaudillado por los dos hermanos conocidos como condes de Blandrate.

2. A pesar de sus continuos y numerosos consejos para que marchaaen por el mismo camino que los ejércitos precedentes, para que llegasen por la costa a Jeruaalén y se reunieaen aaí con el resto del ejército de los latinos, no logró convencerlos, ya que no era au deseo juntarse con el ejército de los francos, sino marchar por la otra ruta del este y avanzar directamente sobre Coroaan con intención de apoderarae de dicho reino. El emperador, que conocía lo ruinoso de esos planes y que no deseaba la destrucción de tan gran ejército (pues eran cincuenta mil jinetes y cien mil infantea), al no ver forma de convencerlos, tomando, como se auele decir, otro camino, mandó buacar a Isangeles y Tzitas y los envió con ellos, para que iea dieran los consejos adecuados y refrenaran su inaensato empeño dentro de lo posible. Así pues, una vez hubieron atravesado el estrecho de Ciboto, iban a marchaa forzadas hacia el tema Armeníaco y, al llegar a Ancira, se apoderaron de ella al primer asalto. Así, tras cruzar el Halis, llegaron a una villa; puesto que la habitaban confiados romanos, los sacerdotes se revistieron con las sagradaa estolas y, tranaportando el Evangelio y laa cruces, se acercaron a ellos como cristianos. Pero ellos no sólo mataron inhumana y cruelmente a los sacerdotes, sino también al resto de los cristianos y continuaron sin preocupación camino adelante en dirección a Amasea.

3. Mas los turcoa, que eran expertos guerreros, ae fueron adelantando por todas las poblaciones, prendieron fuego al forraje en todas ellas y, cuando llegaron, los atacaron impetuosamente. Era lunes el día en que los turcoa los vencieron. Entonces, una vez hubieron acampedo y fijado aus tiendas, instalaron la impedimenta. Al día siguiente, volvieron a combatir amboa ejércitos. Loa turcos, que habían emplazado aua tiendas en torno a aquéllos, no les daban terreno para el forrajeo ni les permitían que ganado y caballos salieran a abrevar. Al comprender los celtas por aí miamos que su destrucción sería total, al día siguiente, un miércoles, fuertemente armados entablaron combate con los bárbaros sin eacatimar sus vidas. Los turcos, que los tenían

a su merced, no se les enfrentaron ya con lanzas ni arcos, aino que aferraron aus espadaa, las sacaron de sus vainas, llevaron la batalla al cuerpo a cuerpo y enseguida pusieron en fuga a los normandos. Éstos alcanzaron au campamento y requirieron algún conaejo.

4. Pero el más experto de los soberanos, el que les hiciera las mejores recomendaciones y que no había aido escuchado, no estaba presente. Así pues, recurrieron a la opinión de Isangelea y de Tzitas; al mismo tiempo también ae informaron sobre si existía cerca alguna región bajo dominio del aoberano para buscarla. Tras dejar abandonada allí la impedimente, laa tiendas y toda la infantería, montaron en sus caballos y salieron corriendo a la mayor velocidad que podían hacia las zonaa costeras del tema Armeníaco y de Paurae. Y los turcoa mediante un asalto en maaa aobre su campamento lo saquearon todo. Luego, emprendieron la persecución tras aquéllos y masacraron a toda la infantería cuando le hubieron dado alcance; tras capturar también a algunos, los condujeron como prueba a Corosan.

5. Esas fueron las hazañas de los turcoa contra los normandos; Isangelea, por su parte, y Tzitas llegaron a la ciudad imperial con los pocos caballeros que sobrevivieron. El soberano, tras acogerlos, regalarles con abundantes presentes y ofrecerlea reposo, les preguntaba a dónde preferían ir a continuación. Ellos decidieron que a Jeruaalén. Habiéndoles dado generosos regalos, los envió por mar airviendo en todo a sus deseos. Tras su partida de la capital, Iaangeles se dirigió hacia su propio ejército; y, efectivamente, llegó de nuevo a Trípoli con la clara voluntad de tomarla. Poateriormente, cayó en una mortal enfermedad y, cuando eataba expirando, hizo venir a au sobrino Guillermo y le cedió en herencia todas las plazas ocupadas por él, proclamándolo caudillo y jefe de aua tropas. Cuando el soberano ae enteró de su muerte, dio instrucciones por escrito enaeguida al duque de Chipre para que enviara a Nicetas Caiintzes con bastantes riquezas a Guillermo para que se lo ganara y dispuaiera que prestase el juramento de guardar al soberano auténtica fidelidad, tal como au fallecido tío Isangeles observó hasta el final.

IX. Bohemundo revela sus intenciones.

1. Luego el soberano, enterado también de la ocupación de Laodicea por Tancredo, expidió una carta a Bohemundo con el siguiente contenido: "Conoces los juramentos y compromisos que no sólo tú, sino todos han contraído con el Imperio de los romanos. Mas ahora tú has sido el primero en romperlos y has ocupado Antioquía y otras diversas plazas llegando incluso a someter a la propia Laodicea. Por todo ello, te ordeno que te retires de Antioquía y todas las demás poblaciones haciendo gala de un comportamiento justo y que ceses ya en tu deseo de atraerte contra ti más guerras y batallas." Bohemundo, tras la lectura del mensaje imperial, asintió aparentemente a lo que decía el escrito, puesto que no era capaz de recurrir a sus habituales mentiras ante la verdad evidente que los hechos probaban; sin embargo, respondió escribiéndole una carta donde decía que el soberano era el responsable de las actuaciones incorrectas que llevara a cabo: "Yo no soy el causante de esos hechos, sino vos. Pues aunque prometisteis que vendríais tras nosotros con abundantes fuerzas, no quisisteis confirmar con las obras vuestra promesa. Nosotros, después de nuestra llegada a Antioquía, hemos estado pasando muchas fatigas durante tres meses y hemos luchado con los enemigos y con un hambre como ningún hombre nunca ha visto, hasta el punto de que la mayoría de nosotros ha devorado carnes prohibidas por la ley. Mientras pasábamos bastante tiempo aguantando, el hombre que nos fue cedido para apoyarnos, el muy fiel servidor de vuestra Majestad Tatício, nos abandonó y se marchó cuando corríamos peligro. Mas, inesperadamente, tomamos la ciudad y pusimos en fuga a las fuerzas que habían llegado de Corosan en ayuda de los antioquenos. ¿Cómo puede ser justo que renunciemos tan fácilmente a lo que hemos adquirido con nuestro propio sudor y esfuerzo?"

2. Cuando, tras el regreso de los embajadores, hubo leído la misiva de Bohemundo, reconoció que aquél volvía a ser el mismo Bohemundo de siempre, que de ninguna manera había cambiado para mejor, y juzgó que debía prestársele atención a las fronteras del Imperio de los romanos y reprimir, dentro de sus posibilidades, su empuje irresistible. En-

vió, por tanto, con Butumites abundantes fuerzas contra Cilicia y a lo más distinguido del estamento militar, todos hombre muy aguerridos y servidores de Ares, a Bardas mismo y al archicopero Miguel, que estaban en la flor de la edad y tenían una barba incipiente. El soberano, que los había tomado desde pequeños a su cargo e instruido en el arte de la guerra, los entregó a Butumites como los más leales de todos en unión de varios miles de valerosos hombres, celtas y romanos, para que lo acompañaran y obedecieran sin reservas, y al mismo tiempo le indicó que fuera poniéndolo al corriente mediante cartas secretas de cualquier acontecimiento que sobreviniera en cada ocasión. Tenía prisa por conquistar entero el país de Cilicia, para ultimar allí con más facilidad los preparativos concernientes a Antioquía.

3. Así pues, Butumites levantó el campo con todas sus fuerzas y a su llegada a Atalia ante la evidencia de que Bardas y el archicopero Miguel no obedecían su voluntad, dio rápido conocimiento al soberano de la existencia de esa conducta, solicitando que se le excusara de su compañía, a fin de que no se produjese un levantamiento en el ejército y por ello quedara frustrada la misión de Butumites y acabara expulsado de Cilicia sin haber hecho nada provechoso. Él, que conocía los perjuicios que acostumbran a sobrevenir por semejantes actitudes, rápidamente desvió a aquéllos y a cuantos tenía por sospechosos hacia otro destino mediante una misiva, con la finalidad de que, tras arribar a Chipre, se unieran a Constantino Euforbeno, que entonces ostentaba el gobierno ducal de la isla, y lo obedecieran en todo. Aquéllos, que recibieron la carta con gusto, hicieron enseguida la travesía a Chipre; al poco de estar junto al duque de Chipre también se empezaron a comportar con él siguiendo su habitual desvergüenza. Por ello los miraba con desconfianza. Mas los jóvenes, tras haber recordado la solicitud del emperador, le hicieron por escrito abundantes reproches contra el duque, mientras reclamaban el retorno a Constantinopla. Después de haber leído su carta, el soberano, que había enviado a Chipre con ellos a algunos aristócratas sospechosos, ante el temor de que por su contrariedad quizás se unieran a ésos, ordenó enseguida a Cantacuzeno que los tomara bajo

su cargo. Éste, una vez hubo llegado a Cirenea, los mandó llamar y los tomó consigo.

4. Estos fueron los acontecimientos relacionados con ésos, es decir con Bardas y el archicopero Miguel; Butumites, por su parte, después de su llegada a Cilicia en unión de Monastraa y de los comandantes que quedaron con él, cuando se encontró con que los armenios habían concluido un tratado con Tancredo, pasó de largo, se adueñó de Marasin nada más llegar y al mismo tiempo de todas las aldeas colindantes y fortalesas. Tras ceder bastantes huestes para la defensa de toda la región y dejar como jefe al medio bárbaro Monastras, a quien ha mencionado en muchas ocasiones nuestra historia, retornó a la ciudad imperial.

X. Intervención de los pisanos.

1. Debido a que los francos, al salir hacia Jerusalén para apoderarse de las ciudades de Siria, habían prometido al obispo de Pisa bastantes beneficios si compartía con ellos los objetivos propuestos, y debido a que él quedó convencido de sus palabras, no tardó en instigar también para el mismo fin a los otros dos obispos que tienen sedes costeras, incluso armó birremes, trirremes, dromones y otras naves ligeras en número aproximado de cuatrocientas y zarpó como si fuera en busca de aquéllos. Pero, tras haber destacado bastantes naves, las envió con la misión de saquear Corifó, Cefalenia, Léucade y Zacinto.

2. Al enterarse de este hecho, el emperador ordenó que desde todos los países bajo dominio romano se aportaran barcos. Y mientras otros muchos se iban aparejando en la misma ciudad imperial, se subía a una monere de vez en cuando y daba instrucciones a los que la estaban aparejando sobre cómo debía hacerse. Conocedor de que los pisanos eran expertos en el combate naval y temeroso del enfrentamiento con ellos, aparejó en la proa de cada barco cabezas de leones y otros animales terrestres de hierro y bronce con sus bocas abiertas, las recubrió de oro de modo que a simple vista parecieran aterradores y las dispuso de manera tal que

el fuego destinado a ser arrojado por los tubos contra los enemigos se vertiera por sus bocas, para que los leones y los demás animales citados tuvieran la apariencia de estar vomitándolo. Una vez tuvo ultimadas estas medidas, hizo llamar a Taticio, que acababa de venir procedente de Antioquía, le cedió todos los barcos y lo nombró comandante ilustrísimo; a Landulfo, por su parte, lo eligió gran duque al mando de toda la flota, como el mayor experto que era en combates navales.

3. Así pues, tras zarpar de la capital cuando corría el mes de abril, llegaron a Samos con la flota romana y, una vez atracados los barcos a tierra, partieron para el interior con intención de reforzarlos y asegurarlos con más alquitrán. Cuando se enteraron de la navegación de la flota pisana, soltaron amarras y corrieron también en dirección a Cos. Los pisanos arribaron a ésta por la mañana y ellos llegaron a la isla por la tarde. Como no hubo contacto con los pisanos, partieron hacia Cnido, que se halla cerca de Anatolia. Después de hacer su aparición en aquel sitio, cuando la presa había escapado, se encontraron con algunos pocos pisanos abandonados allí y les interrogaron sobre el rumbo que había tomado la flota pisana; ellos dijeron que lo habían emprendido hacia Rodas. Tras soltar amarras, pronto los alcanzaron entre Patara y Rodas. Después de haberlos visto los pisanos, enseguida se pusieron en formación de combate para la batalla e iban afilando no sólo las espadas, sino también sus corazones. En el momento del ataque de la flota romana, un conde peloponesio de nombre Periquites, experto en grado sumo en el combate naval, nada más verlos, dotó de alas a su propia monere con los remos y, tal como estaba, se arrojó contra ellos. Y tras haberse introducido en medio de ellos como una llamarada, retornó de nuevo a la flota romana.

4. Sin embargo, la escuadra romana no intentó combatir con los pisanos en formación, sino que los atacó impetuosa y desordenadamente. El propio Landulfo fue el primero que, tras aproximarse a las naves pisanas, erró al arrojar el fuego y no logró otro objetivo que desperdiciarlo. El conde llamado Eleemon, que atacara sin reparos a un enorme

barco por la popa, cayó sobre su timón y, al no poder maniobrar libremente para separarse, podría haber sido capturado de no haberse dirigido con celeridad al material disponible y no haber lanzado fuego contra ellos sin desperdiciarlo inútilmente. Luego puso rápidamente proa en otra dirección y pronto estuvo consumiendo con su fuego otras tres enormes naves bárbaras. Pero al mismo tiempo una tempestad, que se había levantado repentinamente, embravecía el mar, destrozaba los barcos y amenazaba casi con hundirlos (pues las olas bramaban, las vergas chirriaban y los mástiles se rompían), atemorizados los bárbaros de una parte por el fuego que se estaba lanzando (no estaban acostumbrados a recursos tales como el fuego que, si bien tiene una tendencia natural a ascender, sin embargo el que lo maneja puede dirigirlo en la dirección que desee, incluso hacia abajo y hacia cada lado) y de otra confundidos en su interior a causa de la tormenta marina, se dieron a la fuga.

5. Así, por consiguiente, se desarrollaron los acontecimientos relacionados con los bárbaros; y la flota romana fondeó en un islote llamado algo así como Seutio. Cuando amanecía el día, partieron de allí y atracaron en Rodas. Así pues, tras desembarcar de las naves y bajar a tierra a cuantos habían conseguido capturar, entre los que se contaba el mismo sobrino de Bohemundo, se dedicaban a asustarlos con la amenaza de venderlos como esclavos a cambio de dinero o matarlos. Como los vieron impasibles ante esta amenaza y sin que les importara lo más mínimo su venta, al punto los hicieron víctimas de la espada.

6. Por su parte, los supervivientes de la flota pisana se dedicaron al pillaje de las primeras islas que iban encontrándose y también de Chipre; Eumatio Filocales, que coincidió que estaba allí, se arrojó contra ellos. Los tripulantes de las naves, dominados por la cobardía, sin preocuparse siquiera del contingente que había desembarcado para aprovisionar sus naves y tras dejar abandonada en la isla a la mayoría de su gente, con el pensamiento puesto en Bohemundo zarparon hacia Laodicea, habiendo soltado amarras desordenadamente. Y en efecto, tras su llegada acudieron a presencia de éste y afirmaron que eran partidarios suyos; él,

como era así, los acogió amistosamente. Los que habían desembarcado en costa para someterla a pillaje, puesto que no vieron al regreso su propia flota, se echaron sin reservas al mar y se ahogaron.

7. Los talasocrátores de la flota romana, incluido Landulfo, después de arribar a Chipre y juntarse estuvieron deliberando si pedir la paz. Cuando todos llegaron a un acuerdo, se envió a Butumites al encuentro de Bohemundo. Después de acogerlo y tenerlo retenido durante quince días completos, ante la circunstancia de que el hambre también asolaba Laodicea Bohemundo, que seguía siendo Bohemundo y que no cambiaba ni había aprendido a vivir en paz, lo mandó buscar y le dijo: "No te has presentado tú aquí en persona por amistad o paz, sino para prender fuego a mis naves. Vete, por tanto, pues te basta con salir incólume de entre los aquí presentes."

8. Después de partir de aquel lugar llegó al lado de quienes lo habían enviado y que lo aguardaban en el puerto de Chipre. Cuando tuvieron conocimiento de la perversa actitud de Bohemundo principalmente por los informes procedentes de allí y de que era totalmente imposible que pactara con el soberano, levantaron todos el campo y navegaron a toda vela rumbo a la capital a través de húmedos caminos (5). Debido al inmenso oleaje y a la fuerte borrasca que se levantaron en Sice, los barcos, exceptuadas las naves que comandaba Taticio, quedaron todos medio desarbolados, al haber encallado en tierra.

9. De ese modo se habían desarrollado los hechos relativos a la flota pisana; pero Bohemundo, que era por naturaleza muy malvado, temía que el emperador se adelantara a ocupar Curico y tras atracar a su puerto la flota romana, defendiera Chipre y se desentendiera de los aliados procedentes de Longibardía, que iban a acudir en su auxilio a través de la costa anatolia. Así pues, impulsado por estas reflexiones, quería él reedificar las fortificaciones y ocupar el

(5) Od., III, 171.

puerto. Aunque Curico antiguamente fue una ciudad muy fortificada, en los últimos tiempos había acabado reducida a cenizas. El soberano, por su parte, al haber previsto estos movimientos y predicho sus intencionea, envió al eunuco Eustatio, que ostentaba el cargo de canicleo [8], con el título de gran drungario de la flota y con la mialón de apresurarse a ocupar Curico, de erigir fortificaciones en ella y en la ciudad de Seleucia, que distaba seis estadios de ésa, de dejar en ella baatantea fuerzas, de elegir duque a Estrategio Estrabo, varón de corta estatura, pero de larga y muy abundante experiencia militar, de atracar también una importante escuadra al puerto, ordenar que se dieran prisa en tender emboscadas a los hombres que procedentes de Longibardía iban en auxilio de Bohemundo y, asimismo, de ayudar a Chipre.

10. En consecuencia, dicho drungario de la flota, tras partir y anticiparse a las intenciones de Bohemundo, levantó la plaza y le devolvió su primitivo estado. Cuando hubo reconstruido también Seleucia, la hubo fortificado rodeándola de atrincheramientos y hubo dejado suficientes fuerzse en ambos lugares, bajó con el duque Estrategio al puerto, lo dejó con una importante escuadra allí de acuerdo con las instruccionea del aoberano y retornó a la capital, y, traa ser objeto de grandes elogios por parte del soberano, fue recompensado con generosidad.

XI. Asedio de Laodicea.

1. Así, pues, se desarrollaron los acontecimientos relacionados con Curico; al cabo de un año, el emperador, enterado de que también la flota genovesa se aprastaba a asilr movida por la alianza con los francos y previendo que ellos serían también reaponsables de no pocas desgracias para el imperio de los romanos, despachó por tierra a Cantacuzeno con bastantes fuerzas y a Landulfo, rápidamente equipado, con una escuadra por mar con la orden de llegar al Peloponeso a la mayor brevedad posible, para que librase combate

(8) Cargo del funcionario cuya misión consistía en guardar la tinta para las firmas imperiales.

con los genoveses que venían en aquella dirección. Tras su partida de acuerdo con las órdenes, sobrevino un fuerte temporal imposible de capear, por cuya causa salieron averiadas numeroaas naves. Varadas en tierra de nuevo, les fueron aplicando cuidadosamente una mano de pez líquida.

2. Cantacuzeno, cuando se hubo enterado también entonces de que la flota de los genoveses navegaba en torno al Peloponeso y de que estaba próxima, recomendó a Landulfo que tomara consigo diez y ocho naves (se daba la circunatancia de que sólo éstas estaban en condiciones de navegar entre todas las que habían sido botadas), que partiera y las fondeara en el cabo Maleas según las prescripciones del soberano; que si durante la traveaía de los genoveses se vieran con valor para combatirlos, al punto libraran batalla y si no, que se procurara la salvación propia y la de laa naves a su mando junto con sus marineros abordando Corone. El otro partió y, una vez que vio la gran flota, rehusó la batalla con ellos y llegó velozmente a Corone.

3. Cantacuzeno, que había tomado toda la flota romana, como lo pedían las circunstancias, y que había embarcado en ella a todos sus hombres, con la mayor rapidez posible emprendía la persecución en pos de los genoveses. Pueato que no les dio alcance, llegó a Laodicea con el afán de empeñar toda su alma y todas sus fuerzas en la guerra contra Bohemundo. Una vez puesto en acción, arribó al puerto y no relajaba su asedio ni de día ni de noche.

4. Pero ante el hecho de que se eataba prolongando sin resultados positivos y a pesar de haber intentado mil ataques, en tantos otros había fracasado, al no convencer a los celtas de sus proposiciones y fracasar en el combate, edificó en tres noches y tres días un pequeño muro circular con piedras secas entre la orilla y las murallas de Laodiosa y, tomándolo como protección, erigió velozmente otro baluarte dentro de éste con argamasa, con objeto de poseer una especie de base de operaciones para hacer frente al asedio deade una mejor posición de fuerza. Tras edificar también dos torres en cada extremo de la bocana del puerto, lanzó de parte a parte una cadena de hierro y con ella refor-

zó su posición contra cualquier nave que probablemente viniera por mar en auxilio de los celtas. Al mismo tiempo, ocupó muchas villas costeras, la llamada Argirocastro, Marcapin, Gabala y algunas otras y llegó hasta las mismas fronteras de Trípoli, que antes habían dado tributo a los sarracenos y últimamente había recobrado el soberano para el imperio con muchos sudores y esfuerzos.

5. El emperador, entonces, consideró preciso asediar Laodicea por tierra y, como conocía de tiempo atrás al hábil Bohemundo y sus ardides, con esa destreza tan suya capaz de percibir rápidamente el carácter de los seres humanos, y puesto que tenía una idea exacta de su temperamento doloso y sedicioso, hizo llamar a Monastras y lo mandó por tierra con numerosas fuerzas, de modo que Cantacuzeno por mar y él por tierra asediaran simultáneamente Laodicea. Mas Cantacuzeno, antes de que llegara Monastras, se apoderó del puerto y de la ciudad misma. La acrópolis, sin embargo, que hoy suele denominarse habitualmente *culá*, aún la mantenían ocupada quinientos infantes celtas y cien jinetes.

6. Cuando Bohemundo se hubo enterado de la ocupación de esas villas y el conde que defendía la acrópolis de Laodicea le hubo notificado que carecían de víveres, cargó todo tipo de provisiones en mulas, reunió a todas las huestes bajo su mando junto con las de su sobrino Tancredo y de Isangeles y, una vez hubo llegado a Laodicea, introdujo pronto las vituallas en el culá; tras entrar en conversaciones con Cantacuzeno, le dijo lo siguiente: "¿Con qué fin te has dedicado a hacer construcciones y obras?" Él le respondió: "Sabes que por haber reconocido vasallaje al soberano y haberle prestado juramento os comprometisteis a entregarle las ciudades que vosotros fuerais conquistando. Pero después tú, habiendo violado los juramentos y despreciado los tratados de paz, tras apoderarte de esta ciudad y entregárnosla, te arrepentiste y volviste a adueñártela, de modo que yo he venido inútilmente a este lugar para hacerme cargo de las ciudades que vosotros fueseis capturando." Bohemundo repuso: "¿Has venido con intención de recibir estas ciudades de nosotros por dinero o con las armas?" El otro dijo: "El dinero lo han recibido quienes nos siguen, para luchar

con más valor." Bohemundo, rebosante de ira, dijo: "Entérate de que sin dinero no podrás ocupar ni tan siquiera un fortín." Y entonces animó a sus falangea para que cargasen hasta las mismas puertas de la ciudad.

7. Los hombres de Cantacuzeno, que defendían las murallas de sus atacantes con una nube de flechas tan densa como copos de nieve, casi lograron rechazarlos. Enseguida Bohemundo, una vez los hubo reagrupado a todos, entró en la acrópolis. Como desconfiaba del conde y de los soldados celtas que la defendían, encomendó la defensa de la ciudad a otro y expulsó a aquéllos de ese lugar. Al tiempo, asimismo, redujo a ruinas los viñedos cercanos a las murallas, de modo que no supusieran un obstáculo para los latinos en el momento de cargar. Después de tomar estas medidas, partió de allí y llegó a Antioquía; Cantacuzeno, por su parte, no aflojaba el asedio ni dejaba de hostigar a los latinos que ocupaban la acrópolis mediante diversas tretas e intentonas y mediante helépolis. Monastras, por otra parte, que venía por tierra con sus tropas de caballería, se apoderó de Longiniade, Tarso, Adana, Mamista e incluso de toda Cilicia.

XII. Bohemundo simula su propia muerte.

1. Bohemundo, asustado por las amenazas del soberano y carente de los recursos necesarios para la defensa (no poseía ni un ejército en tierra ni una flota en el mar: por ambos frentes se cernía el peligro sobre él), tramó el siguiente ardid, completamente indigno y completamente artero. Primero, tras dejar Antioquía a Tancredo, hijo del Marqués y sobrino suyo, esparció por doquier rumores sobre sí mismo diciendo que Bohemundo había muerto, y, a pesar de estar aún vivo, preparó al mundo para admitir su muerte.

2. El rumor corría en todas direcciones más veloz que las alas y proclamaba que Bohemundo estaba muerto. Y, efectivamente, cuando hubo comprobado que la difusión del rumor cobraba una extensión satisfactoria, en ese instante emprendió la navegación desde Sudi, el muelle de Antioquía, rumbo a Roma una birreme con un ataúd de madera y este

cadáver viviente embarcados a bordo. Era transportado por mar como un cadáver, puesto que por la configuración externa, por el ataúd y por el aspecto que presentaba era como un cadáver (conforme iban pasando por cada sitio, los bárbaros se arrancaban los cabellos y gemían clamorosamente); pero en el interior aquél yacía cuan largo era y, por ahora, como si fuera un cadáver; por lo demás inspiraba y expiraba el aire mediante ocultos agujeros. Este teatro se representaba en los puertos; ya que, cuando el navío se hallaba mar adentro le daban de comer y se ocupaban de él; tras esto, de nuevo los mismos cantos fúnebres y la misma comedia.

3. Para que pareciera que el cadáver estaba corrompido y maloliente, estrangularon o degollaron un gallo y lo introdujeron junto al cadáver. Enseguida al cuarto o quinto día apestaba a quienes tenían olfato. Los que eran víctimas de ese engaño en el exterior creían que la pesada pestilencia procedía del cuerpo de Bohemundo; y el famoso Bohemundo disfrutaba más con el fingido hedor, de tal manera que yo misma me admiro de cómo pudo soportar tan grande asedio a su nariz, yendo como acompañante aún vivo de un cuerpo muerto. Pero de ello he aprendido que la raza bárbara entera es difícil de contener, cuando se propone algo, y que no hay nada lo bastante duro que no pueda soportarlo, si ha admitido padecerlo voluntariamente. Y así, éste, que aún no había muerto, sino sólo aparentaba haber muerto, no vaciló en vivir junto a cuerpos muertos. Esta treta apareció ante los ojos de nuestro mundo como insólita y única, y destinada a aniquilar el poderío de los romanos. Ningún griego ni bárbaro había maquinado antes parecidos ardides contra sus enemigos, ni, creo, nadie vivo entre nosotros podrá contemplarlos tras esos hechos.

4. Cuando hubo arribado a Corifó, como si Corifó resultara ser la cumbre de una montaña, una cima y refugio, hallándose fuera de peligro, resucitó de su muerte aparente y, tras abandonar aquel ataúd fúnebre, se llenaba de sol, aspiraba aire puro y paseaba por la ciudad de Corifó; al verlo con un atuendo extranjero y bárbaro, le preguntaban por su

raza y linaje, quién era, de dónde venía y junto a quiénes acudía.

5. Pero él menospreciaba a todos y buscaba al duque de la ciudad. Lo era en aquel entonces un tal Alejo, oriundo del tema Armeníaco. Tras acudir a su presencia, le ordenaba con un rostro y una apariencia severa y empleando un tono serio y completamente bárbaro que comunicara al soberano Alejo el siguiente mensaje: "Ante vos estoy yo, el famoso Bohemundo, hijo de Roberto, de cuya valentía y perseverancia hace tiempo que tenéis buena cuenta tanto vos como vuestro imperio. En cuanto se me presente la coyuntura, bien sabe Dios que no me aguantaré los perjuicios que me han sido provocados. Pues desde que llegué a Antioquía a través del imperio de los romanos y me apoderé de toda Siria con mi lanza, he sufrido muchas amarguras por causa de vos y de vuestro ejército, enviado de promesa en promesa, precipitado a innumerables calamidades y combates con bárbaros.

6. Pero ahora, enteraos al menos de que, si bien he estado muerto, de nuevo he vuelto a revivir y he escapado de vuestras manos. Después de pasar desapercibido a todos los ojos, manos y pareceres bajo el aspecto de un muerto y mientras ahora me muevo con vida y respiro el aire, desde esta Corifó, expido a vuestra Majestad unas noticias muy desagradables, que es imposible oigáis con alegría: a mi sobrino Tancredo he dejado a cargo de la ciudad de Antioquía como digno adversario para vuestros generales; yo parto para mi país, bajo el rumor de ser un muerto para vos y los vuestros, y un vivo para mí y los míos y con idea de planear contra vos terribles calamidades. Aunque vivo he muerto y habiendo muerto, acabo de recuperar la vida, sólo con el fin de destruir la Romanía. Pues si logro alcanzar la otra orilla y ver a los longibardos, a todos los latinos, garmanos y a mis francos, hombres expertos en las artes de Ares, colmaré vuestras ciudades y territorios de ríos de sangre y matanzas sin cuento, hasta que consiga clavar mi lanza en la misma Bizancio." A tal punto de jactancia había llegado el bárbaro.

LIBRO XII

CAMPAÑAS DE BOHEMUNDO CONTRA EL IMPERIO (1105-1107)

I. Bohemundo difama a Alejo. Rescate y acogida de los condes latinos presos de los musulmanes.

1. Así pues, queden de esta manera descritos los acontecimientos relativos a la primera travesía de Bohemundo, la cantidad de hechos que llevó a cabo con manifiesta hostilidad hacia el soberano en su pretensión por apoderarse del cetro de los romanos, cómo se procuró astutamente su retirada con éxito y, habiendo recurrido a aquella célebre navegación, transportado como un cadáver, llegó a Corifó. Continuemos en este libro describiendo sus acciones tras aquellos sucesos. Una vez hubo llegado este maloliente cadáver a Corifó, como se ha dicho, y tras amenazar por mediación de su duque al soberano, hechos que nuestra historia ha detallado anteriormente, cuando se dio por concluida la ruta hacia Longibardía, se puso en acción, pensando en ocupar de nuevo el Ilírico y apresurándose a reunir más aliados que los de antes para ese fin. Después de firmar un tratado con el rey de Francia sobre un matrimonio, recibió a una de sus hijas como esposa y a la otra la despachó por mar a Antioquía para que se uniera en esponsales a su sobrino Tancredo. Luego, cuando reunió innumerables fuerzas de todas las procedencias, de toda ciudad y país, mandó buscar a los condes junto con las tropas a su mando y se apresuró a hacer la travesía en dirección al Ilírico.

2. El emperador, cuando hubo oído el mensaje a él destinado por mediación de Alejo, expidió enseguida cartas a todos los países, a Pisa, Génova y Venecia, para precaverlos de que no se dejaran embaucar por las fraudulentas pa-

labras de Bohemundo y acabaran secundando sus intenciones. Pues, en efecto, mientras recorría ciudades y países, iba provocando enormes perjuicios al soberano con sus calificaciones de pagano y enemigo de los cristianos.

3. Como el babilonio había llegado a capturar por aquel entonces trescientos condes, en el momento en que los innumerables contingentes de los celtas habían pasado por occidente y fustigado Asia, Antioquía, Tiro y todas las ciudades y regiones, los retenía encadenados en prisión y el cautiverio era tan terrible como los que habían tenido lugar en lejanos tiempos. Cuando se enteró el soberano de su reclusión y de las desgracias que les habían sobrevenido, se le desgarró el corazón y se esforzaba abiertamente sin reservas en lograr su rescate. Mandó buscar a Nicetas Panucomites y lo despachó hacia el babilonio con riquezas, tras entregarle una carta para él mediante la cual reclamaba a aquellos condes cautivos, prometiéndole abundantes beneficios si los soltaba de sus cadenas y los liberaba. El babilonio, una vez hubo visto a Panucomites, oído el mensaje entero del soberano y leído su carta, soltó a los condes de sus cadenas y los excarceló de su prisión; pero, no sólo les concedió la libertad completa, sino que los entregó y envió al soberano sin aceptar ni una parte de las riquezas enviadas; y Dios sabrá si lo hizo bien porque no eran suficientes para el rescate de tantos hombres, o por escapar de las sospechas de soborno y no dar la apariencia de cederlos a cambio de dinero y por prestarle al emperador un favor honesto y en buena ley, o por desear mayores riquezas.

4. Cuando el emperador vio su llegada, se admiró enormemente de la actitud del bárbaro y quedó asombrado; enterado el emperador, tras un minucioso interrogatorio sobre lo que les había sucedido, de cómo durante ese prolongado período de tantos meses en los que estuvieron prisioneros, ni una vez habían visto el sol, ni les habían soltado las cadenas y, lo que es peor, que habían aguantado tanto tiempo sin tomar para nada alimentos diversos, sino sólo pan y agua, se lamentó de sus sufrimientos, derramó cálidas lágrimas y enseguida los consideró merecedores de suma atención, razón por la que les entregó riquezas, los proveyó

de un amplio vestuario, los invitaba al baño y lo disponía todo para que se rehicieran de tan grandes penalidades. Ellos, que habían sido antes enemigos, adversarios, transgresores de juramentos y promesas, se alegraban de los favores que recibían del soberano y se daban cuenta de su grandísima magnanimidad para con ellos.

5. Pasados unos días, él los mandó buscar y les dijo: "Os doy en adelante licencia para que os quedéis en esta ciudad junto a nosotros el tiempo que deseéis. Pero si alguno se acuerda de su hogar y quiere marcharse, que emprenda sin obetáculos el camino a su casa tras despedirse de nosotros, y así, provisto de riquezas y de los demás recursos precisos, disfrute de un cómodo viaje. Sencillamente, quiero que tengáis licencia de ir y venir y que hagáis lo que particularmente deseéis como hombres libres." Durante una temporada los condes permanecieron junto al soberano regalados con todo tipo de atenciones, como hemos dicho, y con renuencia a ser apartados de su lado. Pero, debido a que Bohemundo, como nuestra historia ha mostrado arriba, tras su llegada a Longibardía, en su afán por reunir más tropas que las reclutadas en anteriores ocasiones, estaba profiriendo innumerables invectivas contra el soberano a lo largo de su recorrido por todas las ciudades y países y abiertamente se dedicaba a proclamarlo pagano y convencido colaborador de los paganos, el soberano, puesto al corriente de esos hechos, mandó a casa a los citados condes repletos de presentes, porque estaban a punto de partir hacia sus países por propio deseo y para que sirvieran de refutación contra las hostiles proclamas de Bohemundo.

6. Y él partía presurosamente hacia Tesalónica, con intención de instruir a los nuevos reclutas en el arte militar y, al tiempo, para alejar a Bohemundo de su anunciada travesía desde Longibardía hacia nuestros territorios. En suma, una vez se hubieron marchado aquellos condes, pasaron a ser testigos auténticos contra Bohemundo, mientras lo calificaban de embustero y de persona que ni por casualidad decía la verdad, y lo rebatían en su cara con frecuencia, poniéndose a sí mismos como testigos fidedignos.

II. Tancredo y Aspietes frente a frente.

1. Como la travesía de Bohemundo había sido proclamada por doquier y como el soberano necesitaba grandes tropas y un ejército que se enfrentara a la masa de los celtas con un número proporcional de hombres, no perdía el tiempo ni se echaba atrás, antes bien, mandó buscar a los hombres de Celesiria, es decir a Cantacuzeno y Monastras: uno era gobernador de Laodicea y el otro de Tarso. Aunque los mandase llamar, no dejó sin defensa los países y ciudades puestos bajo su gobierno; envió a Petzeas a Laodicea con otras fuerzas y a Tarso y a todas las ciudades y regiones bajo el mando de Monastras envió a Aspietes. Era este hombre noble, de origen armenio y de los afamados por su valentía, como los rumores proclamaban por aquel entonces, si bien en aquella ocasión no se demostró que lo fuera tanto como lo había sido en habilidad estratégica.

2. Durante su etapa como gobernador de Antioquía, Tancredo, a quien nuestra historia ha dejado antes en Siria, difundía continuos rumores sobre su pronta llegada a Cilicia, con idea de atacarla y arrebatarla de manos del emperador, ya que era suya y se la había quitado con su lanza a los turcos. No sólo divulgaba por todas partes semejantes rumores, sino incluso profería amenazas peores que aquéllas mediante cartas que a diario mandaba poner en manos de Aspietes. Pero es que no sólo amenazaba, sino incluso ofrecía adelantos de sus amenazas y prometía llevarlas a cabo, cuando tuvo reclutadas de todas procedencias, entre armenios y celtas, fuerzas que él instruía a diario en alineaciones y en órdenes de combate. En ocasiones destacaba algunos hombres para que realizaran incursiones, mostrando el humo antes que el fuego, y, preparando máquinas de asedio, se aprestaba con todos los medios para el ataque.

3. Esto era lo que hacía él; pero Aspietes, el armenio, permanecía relajado, como si no existieran amenazas de nadie, ni temores, ni se cerniera tan enorme peligro, mientras abusaba de fortísimas bebidas durante la noche. Por muy valiente y esforzado servidor de Ares que fuera, cuando arribó a Cilicia, lejos del poder de su señor y dueño él del

curso de los asuntos públicos, se entregó a todo tipo de placeres. De este modo, el famoso armenio, reblandecido y viviendo muellemente, cuando llegó el momento del ataque, se presentó como un hombre abatido frente a Tancredo, un soldado con muchísimo aguante. Sus oídos no se alteraron ante los truenos de sus amenazas, ni, una vez llegado en medio de la devastación de Cilicia aquel portador del rayo, prestaba atención a sus relámpagos.

4. Tancredo, tras partir de Antioquía a la cabeza de un numeroso ejército, lo dividió en dos cuerpos: a uno lo envió por tierra en dirección a las ciudades de Mopso y a otro lo embarcó en trirremes y lo transportó por mar hacia el río Sarón. Este río fluye desde las montañas del Tauro, corre por medio de las dos ciudades de Mopso, la destruida y la que está en pie, y desemboca en el mar de Siria. Desde allí las naves de Tancredo, que se habían aproximado navegando a la desembocadura de este río, remontaron corriente arriba hasta los puentes que comunican ambas ciudades. Por tanto, la ciudad acabó siendo cercada por ambos frentes y estando a merced del ejército. Por un frente éstos podían mantener un combate naval contra la ciudad y luchar a pie por el otro los soldados que la hostigaban desde tierra.

5. El otro, como si no pasara nada raro, ni zumbara en torno a la ciudad un enorme enjambre de soldados, se preocupaba poco de estos hechos, por haberle ocurrido yo no sé qué y por haberse comportado de manera indigna a su valentía. Esta actitud lo hizo muy odioso para el ejército imperial. ¿Qué deberían sufrir las ciudades cilicias asoladas por semejante hombre? Pues por lo demás Tancredo se había convertido en el más vigoroso de los suyos, en uno de los más ampliamente admirados por su experiencia militar y en el más perseverante general a la hora de sitiar ciudades.

6. Alguien podría asombrarse, llegado a este punto, de cómo no advirtió el emperador la falta de experiencia militar de Aspietes. Yo podría salir en defensa de mi padre diciendo que lo señalado de su linaje había convencido al soberano, de modo que la brillantez del linaje y el prestigio del

nombre pudieron contribuir al mando de Aspletes. Este procedía de los Arsácidas, cuya jefatura ostentaba, y era descendiente de un linaje imperial. Por ello lo consideró a la altura del cargo de estratopedarca de todo el oriente y lo elevó a muy destacados puestos, sobre todo al haber recibido pruebas de su valor.

7. Efectivamente, con ocasión de la guerra que el soberano, mi padre, como he recordado, sostuvo con Roberto, un celta durante un enfrentamiento en la famosa guerra, después de alzar su lanza por encima de sus hombros y espolear su caballo, cayó como un huracán sobre Aspletes. Él, tras aferrar su espada recibió la violenta acometida del celta y encajó un certero lanzazo que le traspasó los pulmones y le atravesó la espalda. Sin embargo, él, sin ser derribado aún por el golpe ni verse caído de la silla, se afirmó en ella con mayor solidez, golpeó al bárbaro en el yelmo y le dividió en dos la cabeza y el yelmo. Cayeron ambos de sus caballos, el celta muerto y Aspletes respirando aún. Sus hombres lo recogieron, lo llevaron completamente exangüe con exquisito cuidado a presencia del soberano y mientras le mostraban la lanza y el golpe, le iban explicando la muerte del celta. No sé cómo, el soberano, que se había acordado entonces de aquella heroica actuación y de su audacia y que asoció a éstas el linaje y el renombre de su linaje, lo envió como valiente general a Cilicia contra Tancredo con el cargo de estratopedarca, como antes he dicho.

III. Carácter y actividades piadosas de la emperatriz Irene.

1. Pero ya hemos hablado bastante sobre esos hechos; a los generales que tenían sus plazas en occidente expidió otras cartas, con la orden de que hicieran inmediatamente el camino de Estlanitza. ¿Y por qué obraba así? ¿Hacía llamar a los hombres aguerridos y él se retraía, mientras gozaba de la molicie y utilizaba los baños, como suelen hacer los emperadores que han optado por una existencia propia de los animales? Mas por cierto que esto no era así: en absoluto soportaba ya la permanencia en el palacio. Y tras salir de

Bizancio, como arriba se dijo, y encaminarse hacia el interior de las regiones occidentales, llegó a Tesalónica en el mes de septiembre de la decimocuarta indicción, cuando corría el vigésimo año desde que asumiera las riendas del imperio.

2. Obligó a la augusta a que partiera con él. Pues así era su carácter; no deseaba en absoluto dedicarse a los asuntos públicos, sino que vivía frecuentemente aislada y realizaba sus tareas, me refiero a la lectura de santos varones, a la meditación, a las buenas obras, a la caridad con las gentes, sobre todo con aquéllos que sabía por su hábito y su forma de vida que servían a Dios, y se daba a la oración y a los cantos alternativos de himnos. Cuando debía actuar por una necesidad insalvable como emperatriz en los acontecimientos públicos, se llenaba de pudor y florecía el sonrojo en sus mejillas.

3. Igual que la filósofa Teano, a uno que le había dicho en tono burlón al verle el codo desnudo: "Es un hermoso codo", le respondió: "Pero no es público [1]", a la emperatriz, mi madre, imagen de la dignidad, hogar de santidad, no le gustaba que el codo o la mirada fueran de dominio público y, es más, ni siquiera deseaba destinar su voz a oídos que no fueran los habituales: tan enorme y admirable prueba de pudor daba ella. Pero, ya que contra el destino, dicen, ni siquiera los dioses luchan, se vio forzada a acompañar al emperador en sus continuas campañas.

4. La retenía dentro del palacio imperial su innato pudor, pero el afecto hacia el soberano y su ardiente amor por él la sacaban del palacio, a pesar de no ser su deseo, debido a lo siguiente. Primero, porque la enfermedad que le había atacado los pies requería de muchísimas atenciones. En efecto, el soberano tenía agudos dolores por el penoso estado de sus pies y no consentía más contacto que el de mi madre y señora. Lo trataba con solicitud y gracias a su diestro tacto aliviaba en cierto modo los dolores de sus pies. Así

(1) Esta filósofa vivió, se cree, en torno al siglo IV a.C.

pues, aquai amperador (y qua nadie me reproche habiar sobra mí misma, pues admiro las virtudas privadas; ni ma desprecie por mentir acarca dai sobarano, porque digo ia verdad) ponía todo io relacionado consigo mismo y tocanta a éi datrás de ia saivaguarda de las ciudadas. Nada io apartaba dai amor a ios cristianos, ni dolores, ni placares, ni las penalidades da ia guarra, ni ninguna otra cosa paquaña o granda, ni ios rayos dei aoi, ni ia violancia de las tempestadas, ni ios ataquea de diversos bárbaros. Antes ai contrario, ara inflaxibie frenta a todas estas circunstancias y, aunque se abatiara por ios ataques de las enfarmedadas, sa arguía para aocorrar ai astado.

5. La sagunda y más importante razón por ia que ia emperatriz acompañaba ai soberano realdía an ia necasidad de una exhaustiva vigilancia y de una autoridad qua, raaimanta, actuara con mil ojoa, motivado todo eiio por ia abundancia de conspiraciones que surgía en todaa partas. Pues, an afacto, incluso la nocha conspiraba contra éi, el mediodía y ia tarde le piantaaban algún tipo da conflicto y ia mañana ie urdía las peores aaachanzas, testigo es Dios da aato. ¿Acaso ei emperador no dabía sar protagido por incontabiea ojoa, cuando sa vaía asadiado por tan gran número da saras maivados, unos qua io acribillaban con dardos, otros que afilaban aua eapadas, otros que aoitaban una iengua injuriosa, cuando no podían hacer nada más?

6. ¿Con qué aliado hubiera debido contarsa, a no sar con au naturai conaajera? ¿Quién major qua eiia vigiiaba en favor del aoberano y racalaba da sus conapiradorea? ¿Quién mostraba agudaza para var su conveniencia, y más agudeza para dascubrir io qua maquinaban sus anamigos? Por todas estas razones mi madra lo era todo para mi padra y sañor, da nocha una vigilante mirada y de día un guardián muy iiuatre, un buen antídoto para las asachanzas da la masa y un remedio aficaz contra ai venano da ioa alimantoa. Esas razonas alajaban da alla su naturai pudor y ia daban confianza ante los ojos de ios hombres. En todo caso, tampoco entoncaa dejaba en ei oivido au acoatumbrado decoro y aa daba la circunatancia de qua seguía siando una desconocida para ia gente por su mirada, su silencio y su intarés por ia

intimidad. Sólo un indicio damostraba que ia emperatriz aeguía ai ajército: ia camareta portada por dos muias con el velo imperiai corrido. Por io demás, su divina peraona permanacía ocuita.

7. Por todos era conocido que sólo sus insuperables cuidados hacían soportables ai emperador ios doioras da au anfermedad, qua hacía gaia de una atanta cuatodia dai amperador y una mirada despierta inabatibia anta ai cansancio. Cuantos de nosotros éramos laales ai sobarano, trabajábamos y ayudábamos como podía cada uno, con toda ei alma y todas iaa fuarzas, a nuastra madre y aañora an sus cuidados hacia él. Ha quedado esto ascrito sin ia más mínima vacilación para quianes lo ridiculizaban y para las ianguas injuriosas. Puas hacan culpable ai inocanta (este rasgo dai caráoter humano io conoce también ia Muaa da Homaro), denigran las buanas obras y aomatan a reproches ia conducta irraprochabie.

8. Puas bien, eiia saguía a ia expedición militar qua sa había amprendido (ei emperador había comenzado au ofanaiva contra Bohamundo) voluntaria a involuntariamanta. La emperatriz no dabía verse anvuelta an un anfrantamiento con ai ajército bárbaro. ¿Cómo podría sar poaibie? Eate gesto aaría digno de Tomiris y de Esparetra da Masagetis (2), paro no de mi madre Irene. Su valor sa ancauzaba an otra direcoión, y sa armaba, mas no con ia lanza da Afrodita y ei caaco da Ares: eiia tanía por ascudo, broquei, espada y cuchiiio ai anfrantarse rectamenta a las adversidadea y asechanzas da la vida, con qua ei imperio saba acomatar a ioa amparadores, ia energía an ai momanto de obrar, una actitud muy firma contra las pasiones y una fe sincara propia de Saiomón. Da este modo y para tai tipo da guarraa estaba praparada mi madre; an ioa demás aspactos era ia más pacífica, haciando honor a su nombra.

9. Mas, dado qua pensaba enfrentarsa a ioa bárbaroa, ei amperador dirigía su atenoión hacia ioa praparativos para

(2) Cfr. Herodoto, I, 205 y ss. Reina de los masagetas, que murió en batalla, al ser invadido su reino por Ciro.

el combate y se proponía como objetivo consolidar unas fortalezas y reforzar otras, y se apresuraba sin descanso a dejar todos los recursos que serían empleados contra Bohemundo en excelentes condiciones. Se hacía acompañar también de la emperatriz, no tanto por su propio interés y por las razones a las que hemos aludido, como porque no existía peligro y no había llegado el momento del combate. Así pues, una vez hubo tomado ella la cantidad de monedas de oro y de otro metal y algunas otras riquezas que poseía, salió de la ciudad. En lo sucesivo, a su paso por los caminos hacía gala de una mano generosa con todos los mendigos, andrajosos y desnudos; no había nadie que le pidiese algo y se marchara de vacío. Cuando llegaba a la tienda asignada a ella y se encontraba en su interior, no se dedicaba a descansar, sino que la abría y concedía paso franco a los pordioseros. Era muy accesible a ese tipo de personas y les permitía que la vieran y la oyeran. Pero no se contentaba sólo con repartir dinero a los pobres, sino que también les prestaba los mejores consejos. A cuantos veía con cuerpos vigorosos y que llevaban una vida dejada, los incitaba a que cubrieran sus necesidades mediante el trabajo y la actividad y no vagaran de puerta en puerta abatidos por su incuria.

10. Ningún acontecimiento apartaba a la emperatriz de semejante labor. Si David a los ojos de todos mezclaba la bebida con sus lamentos, nuestra emperatriz, por su parte, mezclaba de forma evidente día a día la comida y la bebida con la piedad. Mucho hubiera podido hablarse de nuestra emperatriz, si el hecho de que yo sea su hija no levantara sospechas de falsedad y de que estamos complaciendo a nuestra madre. Mas a los que así piensan, les presentaré los acontecimientos que testimonian la veracidad de mis palabras.

IV. El emperador prepara la defensa en occidente. Fenómenos extraordinarios.

1. Cuando los habitantes de las regiones occidentales se enteraron de que el soberano había llegado a Tesalónica, marcharon todos a su encuentro del mismo modo que la pe-

sadez de los cuerpos los arrastra al centro. Ahora bien, las langostas no precedieron a la venida de los celtas, como les ocurriera a sus predecesores, sino que apareció en el cielo un gran cometa, el mayor de los nunca vistos, que unos afirmaban era un meteoro, otros que tenía forma de jabalina. Pues los extraños acontecimientos que iban a suceder debían venir señalados de algún anuncio que los precediera. Fue posible contemplarlo brillando durante cuarenta días y cuarenta noches completas: salía patente por el occidente y recorría el cielo hacia el oriente. Todos los que lo veían, atemorizados, se preguntaban sobre qué hechos anunciaba el astro.

2. El soberano, si bien no prestaba la más mínima atención a este fenómeno y opinaba que tal hecho dependía de causas naturales, preguntaba, no obstante, a los expertos en estas disciplinas. Mandó buscar a Basilio, que acababa de recibir el cargo de la eparquía de Bizancio (varón éste que había mostrado enorme lealtad al soberano) y se informaba sobre el astro que había hecho su aparición. Aquél declaró que guardaría la respuesta para el día siguiente y se marchó a su residencia (un templo construido antaño bajo la advocación del evangelista Juan); cuando el sol se ocultaba, observaba el astro. Y ocurrió que, agotado y cansado por las reflexiones, se durmió y entonces vio al santo vestido con el hábito sacerdotal. Él se alegró y no creía ya contemplar un sueño, sino una visión real. Es por lo que, tras reconocer al santo, asustado le pedía humildemente que le diera a conocer lo que anunciaba el astro. Aquél dijo que vaticinaba la movilización de los celtas: "y su desaparición marcará el momento de la partida de éstos."

3. Tales fueron los hechos relacionados con la aparición del astro; el emperador, una vez hubo llegado a Tesalónica, como nuestra historia ha contado arriba, se preparaba contra la llegada por mar de Bohemundo instruyendo a los nuevos reclutas en tensar el arco, disparar flechas contra un blanco y aferrar el escudo; es más, organizaba contingentes de tropas extranjeras procedentes de diversos lugares mediante cartas para que acudiesen sin tardanza, cuando la ocasión lo requiriese. También tomaba abundantes precau-

ciones en el Ilírico, fortificando la ciudad de Dirraquio y poniendo a su frente a Alejo, el segundo hijo del sebastocrátor Isaac. Al mismo tiempo, ordenó que fuera aparejada una escuadra en las islas Cíclades, en las ciudades costeras de Asia y en Europa misma; aunque muchos pusieran objeciones a la construcción de la escuadra y la presencia de Bohemundo no sirviera aún de acicate, sin embargo, él no se dejaba persuadir y afirmaba que el general debía estar permanentemente alerta y no tomar medidas sólo contra lo que tiene frente a sus narices, sino saber ver más lejos, y que no debía parecer dispuesto a ahorrar dinero si la ocasión exigiese lo contrario y con mayor razón cuando peroibe el ataque de un enemigo.

4. Así pues, una vez hubo dispuesto todo magistralmente, partió de allí y llegó a Estrumpitza y desde allí se dirigió a su vez a Eslopimo. Nada más enterarse de la derrota de Juan, el hijo del sebastocrátor, que había sido enviado contra los dálmatas, despachó bastantes fuerzas en su auxilio. Como consecuencia, Bolcano, que era muy pérfido, pidió la paz al emperador y expidió a los rehenes solicitados. Tras haber permanecido él durante un año y dos meses en aquel lugar y como había sido informado de que Bohemundo esperaba aún en sus dominios de Longibardía, devolvió a los soldados a sus casas ante la proximidad del invierno y él marchó a Tesalónica. Mientras estaba en camino hacia Tesalónica, nació en Balabista el primero de sus hijos varones, el porfirogéneto y emperador Juan, acompañado en el parto por una hembra. Una vez hubo celebrado allí la conmemoración del gran mártir Demetrio, regresó a la capital.

5. Entonces sucedió lo siguiente: una estatua de bronce, que sostenía un cetro en su mano derecha y llevaba en la izquierda una esfera de bronce, había sido erigida en el foro de Constantino orientada hacia levante sobre una preciosa columna de pórfido. Se decía que ésta era la estatua de Apolo; pero creo que los habitantes de Constantinopla la denominaban Antelio. El famoso Constantino, grande entre los emperadores, padre y señor de la ciudad, le dio su nombre con el título de estatua del emperador Constantino. Mas prevaleció el nombre puesto en origen a la estatua y todos la

llamaban Anelio o Antelio. Unos vientos fortísimos, que soplaban del suroeste, la tiraron de su pedestal y la precipitaron en tierra en el momento en que el sol aún andaba por la constelación de Tauro. El hecho pareció un buen augurio a la gente, especialmente quienes no estaban a bien con el soberano murmuraban que lo acontecido presagiaba la muerte del emperador. Y éste decía: "Sé que hay un único Señor de la vida y de la muerte y no puedo creer bajo ningún concepto que las caídas de estatuas provoquen la muerte, pues cada vez que un Fidias, por ejemplo, u otro escultor esculpiera un estatua trabajando con su cincel sobre la piedra, resucitaría a muertos y también crearía seres vivos. Y si eso es así, ¿qué dejaríamos al Creador de todas las cosas? Pues Él dice: "Yo mataré y daré la vida [3]" y no la caída o la erección de tal o cual estatua." En efecto, todo lo ponía en manos de la providencia de Dios.

V. Estado del imperio. Inicio de la conspiración de los Anemas.

1. Se cernían sobre el emperador otras nuevas tribulaciones que no eran ya organizadas por hombres vulgares. Unos hombres animados por su valor y por lo ilustre de su linaje maquinaron una conjura de muerte contra la imperial persona. Llegando a este punto de mi historia, me pregunto asombrada de dónde provino el gran cúmulo de adversidades que envolvieron al emperador; nada había, nada ni ningún lugar que no actuara para perjudicarlo. El interior estaba lleno de sediciones y el exterior rebosaba de levantamientos. Cuando aún no había acabado de afrontar los problemas interiores, ya en el exterior el destino hacía brotar bárbaros y sediciosos como espontáneos Gigantes, aunque el emperador gobernara y administrara todo con su mirada puesta en los más civilizados y humanos objetivos y no hubiera nadie a quien no tuviera cubierto de riquezas.

(3) Deut., XXXII, 39.

2. Pues a unos los ensalzaba con los honores de las dignidades y no paró de enriquecerlos con enormes dádivas; y a los bárbaros, no importa de qué origen fueran, no les ofrecía motivos de hostilidad, ni los obligaba a nada, pero, cuando se comportaban como agitadores, los reprimía, ya que los malos generales se caracterizan por instigar conscientemente a la guerra a los pueblos de su entorno cuando la situación está en calma. Pues la paz es el fin de todas las guerras; y el dar preferencia siempre a los motivos para proclamarlas y el desatender su correcto final caracteriza a generales insensatos y a gobernantes que provocan la ruina del estado. Mas el emperador Alejo hacía todo lo contrario, se preocupaba extraordinariamente por la paz: cuando la nabía, la mantenía por todos los medios y cuando no la había, buscaba sin descanso el modo de hacerla retornar. Era él por naturaleza pacífico, pero las circunstancias lo obligaban a ser el más belicoso. Yo misma afirmaría con toda seguridad respecto a esta persona, que el imperio de los romanos, tras haber perdido durante mucho tiempo su conciencia imperial, sólo con él volvió a recobrarla, como si aquella fuera la primera ocasión en que se le prestara hospitalidad dentro del imperio de los romanos.

3. Como decía al iniciar esta obra, me quedo admirada de cómo se desbordó la cuestión de la guerra; era digno de verse cómo en todas las partes del interior y del exterior se producían alborotos. Pero el emperador Alejo preveía las intenciones, manifiestas o secretas, de sus enemigos y conjuraba los quebrantos con todo tipo de medios, enfrentándose a los sediciosos del interior y a los bárbaros del exterior, adelantándose con su perspicacia a las conspiraciones de los conspiradores y reprimiendo sus embates. Personalmente, yo creo, basándome en el curso de los acontecimientos, que ése era el sino del imperio, porque las estructuras del estado se hallaban convulsionadas y todo el resto del mundo había enloquecido en contra del imperio de los romanos en una situación parecida a la de alguien que se encuentra en un momento tan crítico, que se ve acosado por extranjeros y a la vez atormentado por sus compatriotas y físicamente agotado, pero al que la providencia lo levanta para que responda a las adversidades de toda procedenecia, tal como de-

bía comprobarse en aquellos momentos. Y es que el bárbaro Bohemundo, a quien hemos citado con frecuencia, se disponía a marchar contra el estado romano a la cabeza de una importantísima expedición y alzaba en armas una muchedumbre de rebeldes procedentes de todos sitios, como he dicho más arriba en el preámbulo de este capítulo.

4. Eran cuatro en total quienes iniciaron la conjura, de apellido Anemas y de nombre Miguel uno , otro León, otro (...) y otro (...). Eran hermanos, primeramente por su sangre y en aquella ocasión también por sus objetivos, pues todos coincidían en el mismo fin: matar al soberano y apoderarse del cetro imperial. Los secundaban también otros nobles, los Antíoco, que eran de ilustre linaje, los conocidos por Exazeno, Ducas y Hialeas, los varones más ilustres que nunca nacieran para combatir, y además Nicetas Castamonites, un tal Curticio y Jorge Basilacio. Estos eran los principales conspiradores del estamento militar; a su vez, del senado figuraban Juan Salomón, al que por la abundancia de sus riquezas y la brillantez de su linaje, Miguel, que hacía la labor de jefe del cuarteto de los Anemas, le prometió engañosamente ungirlo emperador. Este Salomón, que pertenecía a la élite de la aristocracia senatorial, era el más bajo de estatura y el de temperamento más ligero, tanto entre sus colegas, como entre quienes lo habían engañado. Creía haber llegado a la cumbre en las disciplinas aristotélicas y platónicas; pero de hecho no había logrado ningún correcto conocimiento sobre la filosofía, más bien estaba cegado por lo abrumador de su ligereza.

5. Se dirigía, pues, a toda vela hacia el dominio del imperio, como si fuera impulsado por los vientos de los citados Anemas. Mas éstos sabían cómo moverse en todos los terrenos. Los partidarios de Miguel no contaban con alzarlo al trono y aprovechaban la ligereza del hombre y su fortuna personal para su propio interés. Mientras iban sacando continuamente provecho de su manera de despilfarrar el oro, se ganaron a aquel vanidoso con la esperanza de cederle el mando del imperio, de tal modo que, si sus planes marcharan por buen camino y la fortuna fijara en ellos benevolentemente sus ojos, tras un breve período de gloria y ventura,

le darían un codazo, se lo quitarían de encima y ellos por su cuenta se adueñarían del cetro. No obstante, los términos en los que se dirigían a él no contenían mención del asesinato del soberano y no aludían a la necesidad de desenvainar la espada, ni al enfrentamiento, a fin de no atemorizar pronto al hombre, ya que sabían que se acobardaba como nadie ante la idea de cualquier tipo de violencia. En suma, abrazaron al citado Salomón como el elemento más importante de todos. También se unieron a la facción Esclero y Jero, que había sido cesado entonces de la eparquía de Constantinopla.

6. Pero Salomón, que tenía un carácter bastante simple, como arriba se ha dicho, y que no comprendía nada de las acciones de Exazeno, Hialeas y los propios Anemas y, creyendo ser ya poseedor del imperio de los romanos, hacía tratos con algunas personas y las seducía atrayéndoselas con promesas de regalos y dignidades. En una ocasión, cuando Miguel Anemas, el director del drama, marchaba a su encuentro, lo vio dialogando con uno y le preguntó sobre qué estaban hablando. Salomón con su habitual simpleza dijo: "Nos ha pedido un título y ha recibido mi promesa de concedérselo; por ello se ha comprometido a colaborar con nosotros en nuestro plan común." Aquél, tras haber reprobado su loca conducta y presa del miedo, no acudía más en su compañía como había sido su costumbre antes, al percatarse de que no había nacido para contener su lengua.

VI. Final de la conspiración de los Anemas y clemencia de Alejo.

1. Así pues, estos militares, es decir los Anemas, los Antíoco y los conjurados con ellos, conspiraban vilmente contra la persona del emperador para llevar a cabo sin dilación, cuando hallaran el momento oportuno, el planeado asesinato del soberano. Mas, dado que la providencia no les concedía ninguna oportunidad y el tiempo iba corriendo, por el temor a ser descubiertos creyeron haber encontrado la ocasión que estaban buscando. Como, después de despertarse al alba, con el deseo de evadirse agradablemente en determinados momentos de la amargura y las preocupaciones que lo abrumaban, el soberano solía recurrir a algunos de sus parientes para que lo acompañasen en sus partidas de ajedrez (éste es un juego inventado para el ocio de los asirios y llegado a nosotros desde sus tierras) aquéllos, que habían armado su mano rebelde y albergaban en sus entrañas la intención de asesinarlo, pensaban avanzar hasta la cámara imperial con la excusa de buscar al emperador.

2. Esta cámara imperial, donde los emperadores dormían, está situada a la izquierda de la capilla del palacio puesta bajo la advocación de la Madre de Dios, aunque la gente la cree dedicada al gran mártir Demetrio. A la derecha había un atrio pavimentado con mármol y la puerta de la capilla que daba a éste se hallaba abierta para todos los que quisieran entrar. Por ello en su plan figuraba la idea de penetrar en el interior de la capilla por allí, echar abajo las puertas que cerraban la cámara imperial y, posteriormente, una vez dentro, matar con la espada al soberano.

3. Pero aquellos asesinos ultimaban estos proyectos en contra del que ningun mal les había infligido y Dios les hizo fracasar en su plan. La conjura fue revelada por alguien al soberano y al punto se mandó buscar a todos. El emperador ordenó que primeramente fueran conducidos a palacio Juan Salomón y Jorge Basilacio, para situarlos cerca de la cámara en la que él se encontraba rodeado de sus parientes, a fin de que se los sometiera a interrogatorio, ya que sabía hacía tiempo por algunas personas que ellos eran de corta inteligencia y por esto, creía, se pondría fácilmente al corriente de los planes. Pero, a pesar de ser sometidos a un continuo interrogatorio, negaban las acusaciones. El sebastocrátor Isaac intervino y, fijando su mirada en Salomón, dijo: "Conoces bien, Salomón, la bondad de mi hermano y emperador. Si revelas la totalidad de los planes, enseguida se te perdonará; pero si no lo haces, se te aplicarán tormentos insufribles." Aquél lo miró fijamente, observó a los bárbaros que rodeaban al sebastocrátor, con las espadas de doble filo sobre sus hombros y, atemorizado, se apresuró a revelarlo todo y acusó a sus cómplices, pero afirmando con vigor que no sabía nada del asesinato. Luego se les encarceló

por separado, tras ser puestos a disposición de los funcionarios de palacio a cargo de su custodia.

4. También los demás fueron interrogados sobre la conjura. Cuando confesaron todo sin ocultar el proyectado asesinato, reconocida ya la conspiración por parte de estos militares, especialmente por el cabecilla de la revuelta Miguel Anemas, que aspiraba a asesinar al soberano, los deportó a todos y confiscó sus bienes. La casa de Salomón, que era espléndida, fue entregada a la augusta; pero ella, haciendo gala de su bondad en tales trances y conmovida por los lamentos de la esposa de Salomón, se la devolvió íntegra como un regalo.

5. Encarcelaron a Salomón en Sozópolis; y ordenó que se les cortara a rape el pelo de la cabeza y el de la barba a Anemas y a sus cómplices, por ser los principales responsables, y que marcharan en cortejo por medio de la plaza y luego, que se los privase de la vista. Los ejecutores los agarraron, los vistieron con túnicas, les adornaron la cabeza con intestinos de bueyes y ovejas al modo de ínfulas, los condujeron a los bueyes y, tras montarlos no a horcajadas, sino a un lado, los estuvieron paseando por el patio del palacio imperial. Los maceros saltando ante ellos gritaban y cantaban una graciosa cancioncilla apropiada al cortejo, compuesta en lengua vulgar y con el siguiente sentido. La canción pedía que se invitase a todo el mundo a venir para que vieran a esos hombres cornudos, sediciosos y que habían afilado sus espadas contra el soberano.

6. Todos, sin importar la edad, acudían a ver semejante espectáculo, de modo que también nosotras, las hijas del emperador salimos y nos las ingeniamos para verlo a escondidas. Mas, cuando la gente pudo ver que Miguel miraba al palacio y levantaba las manos suplicantes al cielo pidiendo con el gesto que le fueran separados los brazos de los hombros, las piernas de los glúteos y que fuera seccionada su cabeza, a todo ser vivo le brotaban las lágrimas y los lamentos, especialmente a nosotras, las hijas del emperador. Yo, con el deseo de librar al hombre de aquel tormento, estuve llamando repetidas veces a la emperatriz, mi madre, para

que contemplara el cortejo. Pues nos ocupábamos de esos hombres por causa del emperador, para que no se viera privado de tan excelentes militares y en especial de Miguel, en tanto en cuanto había sido pronunciada contra él una condena más dura.

7. Como decía, al ver yo cuánto lo estaba humillando la desgracia, forzaba a mi madre para que intentara de algún modo librar a los hombres del desastre que ya les era inminente. Los ejecutores hacían el camino con bastante lentitud, buscando ocasión para el perdón de los culpables. Ante su demora en presentarse (se encontraba sentada al lado del soberano en el lugar donde, frente a una imagen de la Virgen, rezaban juntos las oraciones destinadas a Dios) bajé y me situé al otro lado de las puertas, temerosa, porque no me atrevía a entrar, y llamaba con una señal a la emperatriz. Finalmente, ella me hizo caso y subió; cuando vio el espectáculo que estaba ofreciendo Miguel, prorrumpió en lamentos, retornó entre cálidas lágrimas junto al emperador y le rogó repetidas veces que le perdonara los ojos a Miguel.

8. Sin esperar un instante, se envió al hombre que debía detener a los verdugos; a pesar de su rapidez, los alcanzó dentro del lugar llamado "las manos", que, una vez atravesadas, no libran a nadie del cumplimiento del castigo. Los emperadores fijaron esas manos de bronce en un sitio elevado, en una alta bóveda de piedra y querían que éstas tuvieran la siguiente significación: si un condenado a muerte por la ley pasase por debajo de ellas, mientras le llegaba la concesión del indulto de los soberanos, se librase de la pena, como si las manos tuviesen el siguiente simbolismo: el emperador los ha vuelto a abrazar, los ha retenido por entero con sus manos y aún no se han librado de las manos de su clemencia. En el caso de que se traspasen, es señal de que a partir de ahí el poder imperial los ha desahuciado.

9. En suma, el destino de los condenados depende de la fortuna, que yo estimo es una opción decidida por Dios, cuyo auxilio debemos invocar. Pues o el anuncio del perdón les llega a estos desgraciados a su paso por las manos y se ven libres de la pena, o, una vez atravesadas las manos, han

perdido la oportunidad de salvarse. Yo todo se lo achaco a la providencia de Dios, que también en aquellos momentos salvó a aquel hombre de perder la vista. Al parecer, Dios nos movió entonces a la clemencia. En efecto, el portador del mensaje de la salvación se apresuró y le entregó la nota del indulto a los que conducían a Miguel dentro de la bóveda, donde están fijadas las manos de bronce y, tras hacerse cargo de éste llegó a la torre que existe cerca de palacio y lo encerró allí; pues así se le había dado orden de actuar.

VII. Rebelión de Gregorio Taronites en Trapezunte y actitud clemente del emperador hacia él.

1. Este hombre no se había liberado aún de su condena, cuando se volvió a encarcelar a Gregorio en la torre de Anemas. La torre era una de las que formaban parte de las murallas de la ciudad y se encontraba cerca del palacio de Blaquernas, siendo llamada de Anemas, porque casualmente al primer hombre que acogió y que pasó mucho tiempo encadenado en ella fue Anemas. Pues bien, cuando corría la duodécima indicción, se nombró duque de Trapezunte al ya citado Gregorio, quien albergaba en su seno de mucho tiempo atrás la intención de promover una revuelta, y quien durante su camino hacia Trapezunte sacó a la luz sus secretos proyectos. Cuando se encontró con Dabateno, que volvía a Constantinopla, una vez transferido a Taronites el poder ducal, no tardó en encadenarlo y encerrarlo en Tebena, y no sólo lo hizo con Dabateno, sino incluso con bastantes personajes ilustres de Trapezunte y con los sobrinos del duque Baqueno. Pero como no acababan de verse libres de sus cadenas, tras ponerse todos de acuerdo, redujeron a quienes los vigilaban por una orden vejatoria del rebelde, los condujeron fuera de las murallas, los expulsaron lejos y se apoderaron de Tebena.

2. El soberano lo mandaba venir continuamente a través de cartas, en alguna ocasión también le aconsejaba que concluyera con sus muy nefastas actividades, si es que deseaba obtener el perdón y recibir de nuevo sus primitivos privilegios; alguna vez incluso llegó a amenazarlo si no obe-

decía. Pero aquél tenía tan pocas intenciones de hacerles caso a los provechosos consejos del soberano, que remitió una extensa misiva donde censuraba no sólo a las principales personalidades del senado, sino incluso a los mismos parientes y allegados del soberano. Al percatarse el soberano por esa carta de que él iba de mal en peor, de que se había vuelto completamente loco, desahuciándolo ya sin reservas, cuando transcurría la decimocuarta indicción, envió contra él a Juan, el sobrino de su hermana primogénita y primo por parte de padre del rebelde, en principio para facilitarle con sus consejos el mejor medio de obtener su salvación, confiado en que lo obedecería gracias a la cercanía de su parentesco y a su sangre común; pero si no aceptaba, debía enfrentarse a él por mar y tierra al mando de abundantes huestes.

3. Cuando Gregorio Taronites se enteró de su llegada, salió y marchó en dirección a Colonea, una localidad muy fortificada e inexpugnable, con intención de hacer llamar en su auxilio a Tanismán. Una vez se hubo enterado de ello Juan durante su camino, separó de su ejército a los celtas y a la élite de las tropas romanas y los mandó contra él, con quien libraron una violenta batalla, nada más darle alcance. Dos valientes soldados que se lo encontraron, lo capturaron tras haberlo derribado a lanzazos de su caballo. Luego, así cautivo, lo condujo Juan al soberano y le aseguró haber jurado no mirarlo ni dirigirle la palabra durante el viaje; sin embargo, intercedía por él insistentemente ante el emperador, ya que éste fingía querer privarlo de la vista.

4. A duras penas descubrió su maniobra el soberano, accediendo a partir de ese instante a los ruegos de aquél, y dio plenas garantías de que no faltaría a su palabra. Al cuarto día ordenó que se le pelaran a rape los cabellos de su cabeza y de su barba, que fuera conducido en medio de la plaza y que fuera luego recluido con aquel aspecto dentro de la citada torre de Anemas. Como a pesar de su reclusión continuaba siendo un insensato y soliviantaba diariamente a los guardianes con sus locas palabras, el soberano gracias a su infinita bondad pensó que merecía una especial atención, de modo que acabara por cambiar y dar alguna señal de arre-

pentimiento. Pero él volvía a adoptar idéntica actitud y hacía llamar a mi césar continuamente, ya que había sido amigo nuestro. El soberano accedía a ello para que lo sacara de su profundo desánimo y le brindara sus mejores consejos. Mas él parecía lento en su avance hacia un final feliz: es por lo que permaneció más tiempo encarcelado. Posteriormente, se pensó que merecía el indulto y estuvo gozando de tantas atenciones, presentes y honores, como nunca antes lo hiciera, de acuerdo con el carácter del que hacía gala mi emperador en semejantes circunstancias.

VIII. Desobediencia de Contostéfano y su posterior desastre.

1. Mientras adoptaba estas disposiciones contra los conjurados y contra el rebelde Gregorio, no se olvidaba tampoco de Bohemundo e hizo llamar a Isaac Contostéfano, lo nombró gran duque de la flota y lo despachó a Dirraquio, amenazándolo con la privación de la vista si no lograba anticiparse a la travesía de Bohemundo hacia el Ilírico. Expedía, asimismo, continuas cartas a su sobrino Alejo, duque de Dirraquio, para advertirle de que anduviera alerta permanentemente y ordenarle que los encargados de vigilar el mar cumplieran su tarea, de modo que Bohemundo no pasara inadvertido en el momento de su travesía y que inmediatamente se le hiciese saber por carta.

2. Éstas eran las medidas que adoptaba el soberano; pero Contostéfano, que no tenía más órdenes que vigilar cuidadosamente el estrecho de Longibardía, impedir el paso en dirección a Dirraquio de las avanzadillas de Bohemundo que transportaban la impedimenta militar de una costa a otra y no permitir que se les facilitase suministro alguno desde Longibardía, se marchó e ignoró en su marcha el sitio por donde deben hacer la travesía quienes navegan hacia el Ilírico. Pero no quedó ahí la cosa: incluso hizo caso omiso a las órdenes recibidas y atravesó el mar en dirección a Hidrunte, que es una ciudad costera de Longibardía. Esta ciudad tenía por gobernadora a una mujer, que no sé si era madre de Tancredo, como se afirmaba, o hermana del muy

citado Bohemundo o no tenía nada que ver con ambos, pues ignoro por completo si el parentesco de Tancredo con Bohemundo era por parte de padre o de madre.

3. Tras arribar allí y atracar las naves, intentaba apoderarse de las murallas y llegó casi a tenerlas en sus manos. Cuando comprobó este hecho la mujer que residía en el interior y que era inteligente y firme en su carácter, en cuanto fondearon allí las naves, se apresuró a llamar con emisarios a uno de sus hijos. Como toda la flota confiaba ya en que tenían en sus manos la ciudad y pronunciaban todos la aclamación al emperador, también aquella mujer, dada la crítica situación en la que se hallaba, ordenó hacer lo mismo a los del interior. Al mismo tiempo, envió una embajada a Contostéfano, que le transmitió la sumisión al soberano y prometía suscribir un tratado de paz y acudir a su encuentro para departir sobre sus proyectos, a fin de que él se lo hiciera saber todo al soberano. Urdía semejantes tretas, dejando en suspenso el plan de Contostéfano, por si llegaba su hijo entre tanto y entonces, tras desmontar el escenario, como dicen los trágicos, pudiera afrontar la batalla.

4. Mientras las aclamaciones del interior se fundían con las del exterior y se generalizaban en los alrededores, gracias a que aquella belicosa mujer, valiéndose de palabras y promesas embusteras, había dejado en el aire el plan de Contostéfano, como se ha dicho, tuvo posibilidad de llegar el hombre que esperaba en unión de los condes a cuyo frente marchaba, quien, tras atacar sin dilación a Contostéfano, lo derrotó por completo. Todos los hombres de la flota, como desconocedores que eran de las tácticas del combate en tierra, se precipitaron en el mar; los escitas, por su parte (había muchos en el ejército romano), que se habían adelantado en busca de botín durante la batalla, según costumbre de dichos bárbaros, tuvieron que ver cómo eran capturados seis de ellos, que fueron enviados a Bohemundo y, tras haberlos visto y tomándolos como una magnífica recompensa, partió con ellos en dirección a Roma.

5. Cuando llegó ante el trono apostólico y tras dialogar con el papa, inflamó sin reservas su ira contra los roma-

nos y excitó la inveterada cólera de esos bárbaros contra nuestra raza; con idea de enfurecer más a los italianos que rodeaban al papa, Bohemundo presentó a los escitas capturados, como si demostrara con estos hechos que el soberano Alejo, por su hostilidad contra los cristianos, estaba alineando en su ejército a bárbaros infieles y a arqueros a caballo de extraños orígenes que blandían sus armas y tensaban sus arcos contra los cristianos. A cada palabra suya le señalaba al papa aquellos escitas, vestidos a la usanza escita y con el aspecto de bárbaros y, según la costumbre de los latinos, los denominaba paganos, mientras se burlaba de su nombre y su apariencia. Astutamente, se había consagrado a esta cuestión de la guerra contra cristianos, parece ser, para convencer también a la opinión pontificia de que se había movilizado de modo razonable en contra de la hostilidad de los romanos y con la pretensión simultánea de reclutar espontáneamente a muchos hombres rudos e insensatos. ¿Qué bárbaro, cercano o lejano, no hubiera acudido voluntariamente a la guerra contra nosotros, cuando exhortaba a ello el parecer del pontífice y una causa aparentemente justa armaba a todo caballo, hombre y mano de soldado? Incitado, pues, el papa por las palabras de ése y acorde con él, ordenó el paso al Ilírico.

6. Pero volvamos a lo de antes. Así pues, los soldados de infantería se batían resueltamente en la batalla; a los demás los recogió el bronco rugido del mar. Los celtas acabaron entonces por tener en sus manos una brillante victoria; nuestros más valientes soldados, por su parte, y en mayor grado los de más alto linaje entre los que se distinguían sobre todo el famoso Nicéforo Exazeno, Hialeas, su primo Constantino Exazeno, llamado Ducas, el muy valiente Alejandro Euforbeno y otros de su mismo rango y clase, dando muestras de su impetuosa fuerza, se volvieron, sacaron sus espadas y estuvieron luchando con todo vigor y empeño contra los celtas, tras asumir todo el peso del combate y, tras haberlos derrotado, se alzaron sobre ellos con una brillante victoria.

7. Aprovechando la tregua que obtuvo en las acometidas de los celtas gracias a estas hazañas, Contostéfano soltó

amarras y con toda su flota arribó a Aulón. Porque en el curso de su primera llegada a Dirraquio había dispersado las naves de guerra que tenía a sus órdenes entre Dirraquio y el lugar llamado Quimara (distando Dirraquio de Aulón cien estadios y Aulón de Quimara sesenta estadios), pudo enterarse ahora de la inminente travesía de Bohemundo y, conjeturando que era más previsible su paso hacia Aulón que hacia Dirraquio y que debía por eso procurar la defensa de Aulón, tras partir con los otros dos duques, inspeccionó con detenimiento el estrecho de Aulón y situó vigías en la cima de la llamada montaña de Jasón, para que vigilaran el mar y observasen las naves que lo surcaban.

8. Un celta, que acababa de hacer la travesía desde la otra orilla, les aseguró que el paso de Bohemundo estaba a punto de producirse. Los hermanos Contostéfano, cuando se enteraron de esta noticia, asustados por la batalla naval contra Bohemundo (pues sólo su fama los aterraba) fingieron estar enfermos y precisar por ello unos baños. Landulfo, que comandaba toda la flota y que poseía desde mucho tiempo atrás una abundante experiencia de la guerra en el mar y del combate naval, les recomendaba con encarecimiento que anduvieran en permanente vigilancia y esperasen el ataque de Bohemundo. Mas los hermanos Contostéfano, a su marcha en dirección a Quimara para tomar los baños, dejaron como responsable de la vigilancia en Glosa, lugar que no se halla lejos de Aulón, con una monere del tipo excusato al llamado segundo drungario de la flota. Landulfo, por su parte, permanecía en Aulón acompañado por un modesto número de naves.

IX. Bohemundo llega al Ilírico. Inicio del sitio de Dirraquio.

1. Dispuestas así las cosas, aquéllos partieron para tomar los baños o con la excusa de tomarlos; Bohemundo, por su parte, se hizo rodear de doce naves piratas, todas birremes y dotadas de numerosos remos que producían con su continuo golpear en el mar un ruidoso y sonoro rumor; distribuyó por cada banda en torno a dicha flota naves mercan-

tes y encerró en su interior, como en un recinto, la flota de guerra. Se hubiera podido decir al contemplarla y verla a lo lejos desde un puesto de vigilancia que esta expedición naval que iba avanzando era un ciudad flotante. También coincidió que la suerte le dispensaba sus favores. En efecto, el mar estaba en calma, y de cuando en cuando soplaba una ligera brisa del sur que hinchaba las velas de las naves mercantes. Así, era fácil que hubiera un viento de cola, que los barcos de remo avanzaran en línea recta con las embarcaciones de vela y que el ruido, producido en medio del mar, sonara en ambas orillas. Tan asombroso espectáculo ofrecía la flota bárbara de Bohemundo, que yo no podría reprochar a los hermanos Contostéfano sus temores ni tacharlos de cobardes. Incluso la famosa flota de los Argonautas, y no sólo los hermanos Contostéfano, Landulfo y algunos parecidos, habría sentido miedo ante este hombre y la flota que traía.

2. Landulfo, cuando vio que Bohemundo venía navegando con un aspecto tan aterrador y rodeado de innumerables naves mercantes, como hemos señalado anteriormente con bastante exactitud, se alejó un poco de Aulón por su incapacidad para combatir contra tanta gente y dejó a Bohemundo paso franco. Éste, tras aprovechar una coyuntura favorable, cruzó desde Bari hasta Aulón, trasladó toda su flota a la otra orilla y se dedicó primeramente a devastar por entero la zona costera al frente de un ejército innumerable de francos, de celtas, de todos los hombres pertenecientes al ejército romano originarios de la isla de Tule que se habían pasado al bando de Bohemundo por las imposiciones del momento y, más aún, de hombres de raza germánica y celtíberos. Cuando los hubo reagrupado a todos, los diseminó por toda la franja del interior que corre junto al mar Adriático y, tras asolarla completamente, atacó a continuación Epidamno, a la que llamamos Dirraquio, ciudad que supo escoger como objetivo para poder de ese modo devastar luego el territorio a espaldas de ésta hasta Constantinopla.

3. Siendo, como lo era, Bohemundo un hombre hábil para los asedios, en los que conseguía superar al famoso Demetrio Poliorcetes, y con Epidamno en su mente, movilizó todo ingenio mecánico de asedio existente contra esta ciudad. La rodeó primero con su ejército y asedió los enclaves próximos y distantes de la ciudad de Dirraquio, en unas ocasiones con la oposición de tropas romanas, en otras libre de quienes se lo impedían. Sin embargo, al producirse muchos combates, destrucciones y matanzas, como hemos señalado arriba, se centró exclusivamente en el sitio de la ciudad de Dirraquio.

4. Pero antes de meternos en materia sobre la famosa batalla de Dirraquio provocada por el rebelde Bohemundo, debemos explicar qué posición ocupa la ciudad. Se halla en la misma costa del Adriático, que es un mar interior, amplio y vasto, que se extiende anchuroso hasta la orilla italiana, se prolonga en dirección al norte y se dobla al oriente hacia las tierras de los bárbaros vetones, frente a quienes se halla el país de Apulia. Éstos son los límites del Adriático; pues bien, Dirraquio, o Epidamno, es una antigua ciudad griega que se halla al suroeste de Eliso y Eliso está al noroeste.

5. Esta población llamada Eliso, no sabría decir con certeza si recibió su denominación por un río Eliso que desemboca en el caudaloso río Drimón o si tiene esa denominación sencillamente porque sí. Eliso es un enclave elevado y completamente inexpugnable que domina, según se dice, la ciudad de Dirraquio extendida sobre la llanura; tan segura es que ofrece protección a Dirraquio por tierra y por mar. Gracias al uso que de la citada villa de Eliso hizo el soberano Alejo para auxilio de la ciudad de Epidamno, pudo fortificar Dirraquio por el río Drimón, que es navegable, y por tierra, introduciendo por el continente y por mar todas las provisiones que eran precisas para la alimentación de sus soldados y moradores y todo el material necesario para fabricar armamento y para intervenir en las batallas.

6. Por dar algunos datos sobre el río Drimón y su curso, diré que fluye desde lo alto del lago Lichnitis, al que la gente llama Acrida con un término de origen bárbaro, y desde el monte Mocro a través de cien fosos que denominamos torrentes. Unos ríos separados fluyen desde el lago, como si brotaran de distintas fuentes, y continúan así, alcanzando la

cantidad de cien, hasta que se unen con el río Deure, a partir de donde recibe la denominación de Drimón; y con su continuo afluir a éste le incrementan su caudal. Este río, tras bordear las fronteras de los dálmatas, sube hacia el norte, luego se dobla hacia el sur y llegando a los pies de Eliso desemboca en el golfo del Adriático.

7. Quede así descrita la posición de Dirraquio y de Eliso y las fuertes defensas de ambos lugares; el emperador, que aún permanecía en la ciudad imperial, al conocer por las cartas del duque de Dirraquio la travesía de Bohemundo, apresuró su partida. El duque de Dirraquio, que vigilaba sin reposo y no concedía a sus ojos el descanso del sueño, cuando supo que Bohemundo había cruzado el mar hasta ganar las llanuras del Ilírico, que había desembarcado de su nave y fijado allí mismo su campamento, mandó buscar a un escita para que marchara como un mensajero alado, según dice la expresión, con el fin de informar al soberano de la venida de aquél. El emisario encontró al soberano cuando regresaba de una cacería, entró a toda prisa y comunicó a gritos, con la cabeza en tierra e inclinado, la travesía de Bohemundo. Todos los presentes quedaron clavados en el lugar que casualmente ocupaba cada uno, aturdidos por el solo nombre de Bohemundo. Pero el soberano, haciendo gala de su valor y de su sangre fría, mientras desataba el cordón de su calzado, dijo: "Vayamos ahora a almorzar: luego veremos qué hacemos con Bohemundo."

LIBRO XIII

CONTINUACIÓN DE LAS CAMPAÑAS DE BOHEMUNDO. CONJURAS. TRATADO ENTRE BOHEMUNDO Y ALEJO (1107-1108)

I. Alejo parte de la capital. La conjura de Aarón.

1. Todos quedamos admirados por la talla que mostró el soberano en tales momentos. Si bien aparentemente parecía no prestarle atención a la noticia a causa de los presentes en aquel lugar, de hecho, su cabeza no cesaba de darle vueltas a la cuestión. Estimó que debía salir otra vez de Bizancio; aunque no tuviera un claro conocimiento tampoco en esta ocasión del estado de los asuntos domésticos, sin embargo, una vez adoptadas las disposiciones adecuadas sobre el palacio y la emperatriz de las ciudades y encargados de su gobierno el eunuco Eustatio Ciminiano, gran drungario de la flota, y Nicéforo, el hijo de Decano, partió de Bizancio en unión de algunos de sus parientes consanguíneos el uno de noviembre de la primera indicción, y llegó a la tienda imperial de color púrpura situada en las afueras de Geranio.

2. Temía que en el momento de su partida la Virgen de Blaquernas no realizara el acostumbrado milagro. Por ello, tras esperar cuatro días en aquel lugar, hizo con su esposa el camino de vuelta a la hora del crepúsculo y entró de incógnito en el templo dedicado a la Virgen en unión de unos pocos íntimos; una vez realizado el habitual canto de los himnos y rezadas las oraciones más fervorosas, se cumplió el acostumbrado milagro y así se marchó de la iglesia firmemente ilusionado.

3. Al día siguiente emprendió camino en dirección a Tesalónica; al llegar a Querobacos nombró eparca a Juan Taronites. Era éste un aristócrata, vinculado a él desde niño

y con el cargo de secretario desde hacía tiempo por ser una persona de inteligencia muy despierta, conocedora de la legislación romana, porque, cuando se le ordenaba hacerlo, se expresaba en los decretos imperiales con términos magníficos y dignos de la majestad del emperador,y porque era franco en sus palabras, aunque hablaba sin el escándalo que caracteriza al desvergonzado y se comportaba como aconseja el Estagirita que sea el dialéctico.

4. Mientras se alejaba de aquel luagr, enviaba sin descanso cartas a Isaac, el duque de la flota, y los que con él se hallaban, es decir Exazeno Ducas y Hialeas, con la orden de que permanecieran alerta y repelieran a quienes navegaran al encuentro de Bohemundo desde Longibardía. A su llegada a Mesto, la augusta reveló su deseo de retornar a palacio, pero el soberano la obligó a continuar adelante. Nada más cruzar ambos el río llamado Euro, fijaron sus tiendas en Psilo.

5. Él, que había escapado de un intento de asesinato, hubiera sido víctima de otro, si no es porque una fuerza divina apartó a los asesinos de su empeño. Cierto hombre que pertenecía a un linaje entroncado en parte con el de los famosos Aronios, aunque fuera descendiente de bastardos, instigaba a la facción sediciosa para que asesinara al soberano; había puesto en conocimiento de su propio hermano Teodoro el plan secreto. No es mi deseo aclarar si había otros sediciosos cómplices en este delito; a pesar de todo lograron que un esclavo escita de nombre Demetrio (su amo era precisamente Aarón) fuera el agente del crimen y determinaron como momento para el asesinato el instante en el que la emperatriz se marchara, a fin de que el escita aprovechase la ocasión y clavase su cuchillo en el costado del emperador, ya fuera en una encerrona, ya fuera al sorprenderlo durmiendo.

6. Demetrio, que respiraba el asesinato, afilaba el arma y aprestaba su diestra criminal. Mas entonces la justicia jugó un papel imprevisto. En efecto, la empratriz no se apartó enseguida del emperador, sino que lo fue acompañando día tras día, porque el soberano la animaba a ello;

aquellos asesinos, al ver que la incansable escolta, es decir, la emperatriz, retrasaba aún su partida, descorazonados, escribieron unos libelos y los arrojaron a la tienda del soberano (ellos no eran descubiertos en el instante de lanzar esos anónimos; la palabra libelo define determinados escritos injuriosos) donde asonsejaban al soberano que continuara su avance y a la augusta que tomara el camino de Bizancio. La ley sanciona la redacción de esos libelos con las más duras penas y condena a los que osan hacerlos al fuego y a los más severos castigos. El hecho de que erraran en sus objetivos los obligó a caer en la necedad de redactar libelos.

7. Una vez, cuando el soberano había terminado su almuerzo y el personal se había retirado excepto el maniqueo Romano, el eunuco Basilio Psilo y Teodoro, el hermano de Aarón, se volvió a descubrir un libelo depositado sobre el lecho del emperador que contenía un extenso ataque contra la emperatriz, acusándola de acompañar al emperador y de no haber vuelto inmediatamente a la ciudad imperial. Pues parte del plan que tenían elaborado consistía en poder gozar de total libertad de movimientos. El soberano, que conocía a su autor, dijo repleto de cólera mirando a la emperatriz: "O tú o yo o alguno de los presentes ha arrojado esto." En su parte inferior estaba escrito: "Este libelo lo escribo yo, el monje que vos, emperador, por ahora no conocéis, pero al que veréis en sueños."

8. Pero Constantino, un eunuco prefecto de la mesa imperial al servicio entonces de la emperatriz, mientras se hallaba situado a la tercera hora de la noche en el exterior de la tienda imperial, cumpliendo con el preceptivo canto de los himnos, oyó que uno gritaba: "Si yo no voy, revelo vuestros planes completos y denuncio los libelos que habéis lanzado, que nadie me cuente entre los hombres." Aquél ordenó sin dilación a su sirviente que fuera a buscar al hombre que estaba gritando. Este partió y, como reconoció a Estrategio, el servidor de Aarón, se hizo cargo de él y lo condujo junto al prefecto de la mesa imperial. Una vez presente, reveló cuanto conocía. Aquél lo tomó consigo y marchó junto al soberano.

9. En ese momento la pareja imperial dormía. Pero, al encontrarse con el eunuco Basilio, lo obligó a que le comunicara al emperador las palabras de Estrategio, el criado de Aarón. El otro entró enseguida e introdujo asimismo a Estrategio. Éste, sometido a un detallado interrogatorio, descubrió entera la historia de esos estúpidos libelos, al autor de la idea del asesinato y al hombre mismo encargado de dar muerte al emperador. "Pues" dijo "mi señor Aarón en unión de otros que vuestra Majestad en absoluto ignora, han conjurado contra vuestra vida y os tenían destinado a mi compañero de servidumbre Demetrio, un hombre de raza escita, de criminales intenciones, de brazos fuertes, muy audaz en cualquier empresa y de espíritu salvaje y atroz. Le entregaron una espada de doble filo y le encomendaron la inhumana misión de aproximarse, completamente resuelto, a vos y hundir su espada en vuestras imperiales entrañas."

10. El emperador (remiso a creer tales acusaciones) le dijo: "Ten cuidado no sea que estés urdiendo esta confesión por enemistad hacia tus señores y tu compañero de servidumbre; vamos, di toda la verdad y todo lo que sabes. Si te cogiéramos mintiendo, todo este asunto de las acusaciones no acabaría bien para ti." Aquél, que se reafirmaba en que estaba diciendo la verdad, fue entregado al eunuco Basilio para que le diese los necios escritos hasta entonces elaborados. Éste lo tomó a su cargo, partió y lo condujo a la tienda de Aarón mientras dormían; de allí sacó una bolsa militar llena de escritos y la entregó a Basilio. Al amanecer, el emperador, tras haber visto semejantes escritos y al corriente de la trama urdida contra él, ordenó a los funcionarios del estado en la capital que se confinara a la madre de Aarón en Querobacos y que Aarón (...) y Teodoro su hermano lo fueran en Anquialo. Estos acontecimientos lo apartaron de proseguir su camino durante cinco días.

11. Alejo organiza sus tropas. Bohemundo comienza el asedio de la ciudad de Dirraquio.

1. Como, mientras hacía el camino hacia Tesalónica, se iban congregando en el mismo punto tropas de todas procedencias, estimó necesario coordinar el ejército con una formación de combate. Inmediatamente, las falanges comenzaron a emplazarse por secciones, sus jefes se situaron a la cabeza, seguía por detrás la formación de retaguardia y todo el resto se situó en el centro de la falange con sus armas relucientes (era aquella formación un tremendo espectáculo) todos compactos en su unión como las piedras que forman la muralla de una ciudad. Hubiérase dicho que se veía a estatuas de bronce y que la masa de los soldados estaba quieta, desplegada por una llanura, donde sólo se agitaban las lanzas, como si estuvieran intranquilas por su deseo de tocar la piel humana. El emperador, tras disponer esta formación, hacerla maniobrar y percibir cómo se movían hacia la derecha y hacia la izquierda, separó de toda la formación al contingente de nuevos reclutas y nombró jefes a los hombres que él había instruido y formado con especial dedicación en el arte de la guerra. Eran en total trescientos, todos jóvenes y fuertes, con cuerpos llenos de vida y cada uno de ellos con la barba aún reciente en su rostro, todos asimismo muy diestros en tensar el arco y muy impetuosos en el manejo de la lanza. Aunque a pesar de sus diferentes procedencias habían sido agrupados en un único cuerpo, configuraban una tropa de élite en medio del ejército romano y a las órdenes del emperador como general; pues lo tenían como emperador, general e instructor. En suma, una vez seleccionados los más diestros de ellos y nombrados sus capitanes, los envió a los valles por donde iba a cruzar el ejército bárbaro. Él, por su parte, decidió pasar el invierno en Tesalónica.

2. Como decíamos, cuando, tras despedirse de su tierra, el rebelde de Bohemundo hubo pasado con una muy potente flota desde aquellas tierras hasta las nuestras y hubo dispersado todo el ejército franco para asolar nuestras llanuras, marchó sobre Epidamno con intención de apoderarse de ella al primer ataque, si pudiera; si no fuera así, pensaba

hacerlo plantando máquinas de asedio y catapultas en torno a toda la ciudad. Con este objetivo, pues, acampó frente a la puerta que se abre al oriente, encima de la cual hay un jinete de bronce, y tras una inspección comenzó el asedio. Durante todo el invierno estuvo pensando y estudiando los puntos por donde era factible tomar Dirraquio y cuando la primavera comenzaba a sonreír, al tener ya todas sus tropas en esta orilla, prendió fuego a sus naves de transporte y a las que habían llevado caballos y soldados, táctica ésta pensada para que su ejército no tuviese la vista puesta en el mar y obligada también por el acoso de la flota romana; y dirigió toda su atención al asedio.

3. Primeramente, desplegó alrededor de la ciudad su ejército bárbaro, planeó escaramuzas destacando pelotones de soldados del ejército franco (los arqueros del ejército romano también los acosaban con sus flechas, unas veces desde las torres de Dirraquio, otras desde lejos) y atacaba y era atacado. Se adueñó de Petrula, de la aldea de Milo, situada más allá del río Diabolis y de otros lugares similares que se encontraban en torno a Dirraquio, con todo se quedó por derecho de conquista. Lograba estos éxitos gracias a su destreza bélica; entre tanto iba construyendo máquinas de guerra, preparando tortugas fortificadas con torretas y arietes, algunas trincheras y más tortugas para proteger a los zapadores en una labor que consumió todo el invierno y el verano entre sustos y amenazas suyas a los hombres pusilánimes.

4. Pero no podía vencer en el combate a la valentía romana; se frustraron también sus planes en el aspecto relacionado con la intendencia. Todo lo que había rapiñado previamente por los alrededores de Dirraquio acabó consumiéndolo y el suministro de las provisiones esperadas era obstaculizado por los soldados del ejército romano que se habían adelantado a ocupar valles, pasos e incluso el mar. Sobrevino entonces un hambre general que hacía perecer por igual a hombres y caballos, ya que no había ni forraje para los caballos ni alimentos para los hombres. Se le añadió también al ejército bárbaro la desgracia de una enfermedad de vientre, parece ser que por causa de una escasa ali-

mentación, es decir por comer sólo mijo; mas en realidad era la cólera de Dios, que se abatía sobre tan numeroso y aguerrido ejército y que provocaba las muertes de uno tras otro.

III. Continuación del asedio de Dirraquio: ingenio militar de Bohemundo y recursos de los defensores.

1. Mas estas adversidades se le antojaban leves a un hombre que tenía grandes planes y que amenazaba con arruinar toda la tierra; aunque estuviera sumido en un mar de calamidades, seguía maquinando, igual que una fiera herida se retuerce sobre sí misma y, como decíamos, dirigía sus ojos sin descanso hacia el asedio. Primeramente, ultimó una tortuga reforzada con un ariete y trasladó tan indescriptible maravilla a la parte oriental de la ciudad; sólo su aspecto era un espectáculo terrible. La construyeron del siguiente modo: se hizo una pequeña tortuga de forma rectangular, le pusieron ruedas por debajo, la cubrieron por todas partes, sus costados laterales y superior, con pieles de buey cosidas entre sí y, tal como dice Homero tras fabricar el techo y las paredes del ingenio con siete pieles de buey, suspendieron luego de su interior los arietes.

2. Cuando hubo terminado esta máquina, la acercó a las murallas gracias al impulso que desde dentro mediante varas le daba una masa incontable de hombres que la aproximaban a Dirraquio. Cuando estuvo lo suficientemente cerca y a una distancia adecuada, quitaron las ruedas y aseguraron por todos lados la máquina con estacas de madera, para que el ingenio no se sacudiera con los embates; entonces unos hombres muy fuertes, situados a cada lado del ariete, lo empujaban con vigor contra la muralla en un movimiento continuado. Éstos acometían con el ariete una vez y éste en su empuje destrozaba la muralla y, tras rebotar y ser sometido de nuevo a la acción del impulso, volvía a deteriorla. El ariete hacía este movimiento ininterrumpidamente, sin cesar de ser impulsado y sin cesar de horadar la muralla.

3. Probablemente, los antiguos ingenieros que inventaron el ariete en Gadira, le conflirieron esta denominación por referencia a los carneros que conocemos, los cuales se ejercitan topándose unos con otros. Los del interior, burlándose del trágico asalto de los bárbaros que manejaban el ariete y de que el asedio no fuera para ellos por buen camino, abrieron las puertas y los exhortaban a entrar en medio de las carcajadas provocadas por las sacudidas del ariete. Decían: "Nunca haréis con este ariete una brecha tan grande como la que ofrece la puerta." En suma, aquel empeño se demostró vano por la valentía de los defensores y el valor del general Alejo, sobrino del soberano Alejo; incluso los enemigos mismos se desentendieron del asedio y empezaron a aborrecerlo por esa razón. Pues el coraje de los defensores y el hecho de que hubieran abierto las puertas a los bárbaros y se hubieran atrevido a afrontarlos los hundieron en el desánimo y les hicieron odiar la máquina. De ese modo quedaron inutilizados los efectos de la tortuga reforzada con arietes; ninguna consecuencia peor trajo el que prendieran fuego desde lo alto de la muralla a la máquina, ya inútil e inmóvil por los motivos antes citados, y el que la redujeran a cenizas.

4. En consecuencia, el ejército franco renunció a esos medios y puso su atención en otro ingenio más terrible aún destinado al extremo del sector norte, frente a la sede ducal, lugar que recibe la denominación de pretorio. La situación del lugar era la siguiente. Este sitio se elevaba sobre una colina, y me refiero no a una colina rocosa, sino de tierra, sobre la que se había cimentado el amuralliamiento de la ciudad. Frente a ésta, como decíamos, los hombres de Bohemundo comenzaron a excavar con gran habilidad. Era una nueva calamidad contra las ciudades ingeniada entre los sitiadores y otro instrumento de asedio inventado por éstos contra la ciudad. Excavaban bajo tierra como topos e iban horadando un túnel subterráneo, y ya protegiéndose en la superficie de los lanzamientos de piedras y dardos efectuados por los defensores con tortugas de techumbre elevada, ya sosteniendo el techo de la galería mediante vigas, el caso es que cavaban en línea recta e iban construyendo una galería muy amplia y larga, mientras apartaban en carros la tie-

rra que sacaban. Una vez la excavación hubo alcanzado la longitud necesaria, se retiraron como si hubieran realizado una gran labor.

5. Pero los defensores andaban alerta y desde cierta distancia empezaron a cavar la tierra en su sector, hicieron una zanja considerable y se emplazaron a lo largo de la extensión de dicha zanja, atentos al lugar por donde sin duda el bando sitiador iba a construir su galería desde su territorio hasta el nuestro. Nada más descubrir sus golpes, la situación de su galería y el lugar preciso donde estaban minando los cimientos de la muralla, apercibidos de su presencia, abrieron un hoyo frente a ellos y, cuando vieron la masa de los enemigos a través del hoyo abierto desde el interior, les arrojaron fuego y calcinaron sus rostros.

6. Este fuego había sido elaborado por ellos según el siguiente procedimiento. Se recoge la resina, que es muy combustible, del pino y de otros árboles similares de hoja perenne. Ésta es macerada y mezclada con azufre, se introduce en tubos de caña y es expulsada por quien los maneja con un fuerte y prolongado soplo; nada más tomar contacto con el fuego encendido en el extremo del tubo, prende y cae como un torbellino en las caras de los enemigos. Gracias al empleo que hicieron de ese fuego los defensores de Dirraquio, lograron prender las barbas y los rostros de sus adversarios al encontrárseloa de frente. Era digno de verse cómo ellos salían a la desbandada por donde habían entrado ordenadamente, igual que un enjambre de abejas perseguido por el fuego.

7. Como también este plan había fracasado y la idea de los bárbaros no había culminado en ningún resultado útil, tuvieron una tercera ocurrencia: una torre de madera que, como se rumorea, había comenzado a construirse hacía un año y no a raíz del fracaso de los sistemas que habían ido ingeniando. Ésta era la obra fundamental, las otras dos anteriormente descritas no eran sino recursos accesorios.

8. Pero primero es preciso que yo explique brevemente la configuración de Dirraquio. Su muralla se extiende al

amparo de unas torres que se elevan en torno a la ciudad con una altura de once pies, a las que se accede mediante una escalera de caracol y que están protegidas por almenas. Tal aspecto de seguridad ofrece la ciudad. El grosor de la muralla presenta unas considerables dimensiones, hasta el punto de que pueden cabalgar con tranquilidad más de cuatro jinetes hombro con hombro. Quede aquí la explicación que he ofrecido sobre las características de las murallas, para que con este excurso no exista confusión en lo que vamos a contar seguidamente.

9. Los aspectos relacionados con la fabricación de la torre, de esa máquina que, como la torre de una tortuga, construyeron los bárbaros de Bohemundo, son difíciles de describir y terribles de imaginar, a tenor de lo que decían quienes la vieron, aunque no en menor medida constituyó un espectáculo aterrador para aquellos a quienes se les acercó. Era de la siguiente forma. Se había construido una torre de madera con base cuadrangular y se había elevado a una altura considerable, tanta que superaba a las torres de la ciudad en cinco o seis codos. Esta torre había debido fabricarse así para que, mediante unas planchas que se abatían hacia abajo y que estaban situadas en su extremo superior, se pudiera atacar fácilmente la muralla de la ciudad descendiendo desde esa posición. De este modo los defensores de la ciudad no podrían soportar el empuje del ataque y serían repelidos hacia atrás. Según parece, los bárbaros sitiadores de Dirraquio destacaban en la ciencia de la óptica. Pues sin tal capacidad no hubieran podido calcular la altura de las murallas; y si lo que tenían no era un conocimiento sobre óptica, al menos sí lo era de los instrumentos ópticos.

10. Esta torre, en consecuencia, ofrecía un terrible aspecto, pero más terrible parecía cuando se ponía en movimiento. Muchas ruedas levantaban su base; cuando era movida mediante palancas por los soldados que iban en su interior, provocaba asombro, ya que no enseñaba el origen del movimiento y parecía moverse por sí misma, como un gigante cuya altura alcanza las nubes. Estaba cubierta por doquier desde la base hasta la cima, dividida en numerosos pisos y a su alrededor se abrían toda clase de troneras, desde

donde continuamente se disparaban dardos. En su parte superior había hombres armados y valerosos que portaban en las manos espadas listas para la defensa.

11. Cuando este tremendo espectáculo se acercó a la muralla, los hombres de Alejo, general de la plaza de Dirraquio, no se quedaron quietos; antes bien, mientras en el exterior Bohemundo preparaba este ingenio invencible como si se tratara de una helépolis, en el interior también los defensores estaban construyendo otra. Tras comprobar la altura a la que llegaba aquella torre que en apariencia se movía sola y el lugar donde, una vez quitadas las ruedas, la habían apoyado, clavaron cuatro larguísimos maderos frente a la torre con aspecto de andamio y erigidos sobre una base cuadrangular; y luego colocando plataformas entre las vigas opuestas, le dieron a su torre una altura que superaba en un codo a la del exterior. La parte que cubrían las murallas estaba al descubierto; pues no precisaba protección, salvo en su cima, donde se la dotó de una plataforma.

12. Una vez subidos, los soldados de Alejo tenían planeado derramar fuego líquido contra el ingenio enemigo desde la parte superior de esta torre de madera descubierta. Mas parecía que el plan y su puesta en práctica no provocarían la total destrucción del ingenio enemigo, pues el fuego arrojado desde ese punto sólo iba a prender superficialmente en la torre. ¿Qué tramaron entonces? Llenaron el lugar situado entre la torre de madera y la torre de la ciudad con todo tipo de materiales inflamables y con abundante aceite vaciado a chorros; a éstos se les prendió fuego con antorchas y tizones que primero provocaron un pequeño incendio y luego, al recibir una ligera brisa, levantaron una llamarada inmensa a la que también se le unieron las fogaradas procedentes del fuego líquido y que incendió toda aquella temible máquina construida con muchísima madera, provocando un estruendo y un espectáculo aterrador para quienes lo estaban observando. El fuego se percibía en trece estadios a la redonda. El caos y la confusión fueron enormes y desesperados para los bárbaros que se hallaban en su interior, ya que unos se veían aprisionados y atrapados por el fuego y otros se lanzaban a tierra desde lo alto; y el griterío fue in-

menso y la agitación incontenible cuando se unieron a sus clamores los de quienes estaban situados en el exterior.

IV. Alejo planea romper la unidad del ejército franco mediante una treta.

1. Tan espectaculares fueron los acontecimientos relacionados con esa descomunal torre y con el asedio de los bárbaros; pero debemos devolver ahora el curso de la narración al emperador. Pues bien, cuando hacía su aparición la primavera, la augusta retornó de Tesalónica a la ciudad imperial y el soberano, por su parte, continuó camino adelante y llegó por Pelagonia a Diábolis, que se halla al pie de los ya citados e intransitables desfiladeros. Al tener planeada una nueva táctica contra los bárbaros, consideró preciso decretar sin reservas el cese de las operaciones generales, ya que no deseaba llegar a un choque cuerpo a cuerpo, y, tras dejar los valles intransitables y los caminos de difícil paso como espacio libre entre ambos ejércitos, situó con bastantes fuerzas a todos sus leales en las cimas de los desfiladeros de acuerdo con una nueva táctica consistente en evitar que los nuestros pudieran pasarse con facilidad al bando de Bohemundo y, a su vez, que desde el otro campo circularan cartas o se enviaran mensajes a nuestros hombres, medios con cuyo auxilio frecuentemente suelen crearse amigos. Pues la escasez de comunicación, según el Estagirita [1], disuelve muchas amistades.

2. Como sabía que Bohemundo era un hombre repleto de maldad y de fuerza, deseaba entablar batalla con él cara a cara, como se ha dicho, pero tampoco renunciaba en absoluto a hacer planes contra él sirviéndose de otros medios y estrategias. A causa de las razones ya citadas, aunque se debatiera entre opuestos deseos, este soberano y padre mío estudiaba otros medios de derrotarlo por tener el carácter que tenía siempre muy arrojado y aficionado al riesgo y por estar en posesión de una razón absolutamente indiscutible.

(1) Aristót. Eth. Nic., VIII, 1.

3. El estratega, creo, no debe empeñarse siempre en conquistar la victoria mediante el recurso a la espada, sino que también en ocasiones debe apelar a la astucia, cuando el momento y las circunstancias permitan obtener con ella una victoria completa. La cualidad que mejor caracteriza a los estrategas es, a nuestro entender, la capacidad de recurrir tanto a las espadas y las batallas, como a los pactos; por otra parte, en algún momento se debe vencer al enemigo acudiendo a la astucia, si se presenta la ocasión de recurrir a ella. Parecía que el soberano había ultimado sus planes en aquellos instantes siguiendo un criterio semejante. Con el deseo de introducir la discordia entre los condes y Bohemundo y sacudir o incluso quebar su cohesión militar, planeó la siguiente estratagema.

4. Mandó llamar de Nápoles al sebasto Marino (era él del linaje de los Malstromilio y, aunque en aquel momento no le guardara un muy claro vasallaje por haberlo engañado con palabras y promesas fraudulentas, sin embargo se atrevió a confiarle sus proyectos secretos sobre Bohemundo); hizo lo mismo también con Roger (hombre de la nobleza franca) y con Pedro Alifa, persona afamada por su valor guerrero y que conservaba una lealtad totalmente inamovible hacia el soberano. Una vez en su presencia les pidió consejo sobre cómo vencer a Bohemundo y estuvo haciendo indagaciones sobre quiénes eran los hombres más leales de Bohemundo y sobre cuántos estaban plenamente de acuerdo con éste. Tras informarse por sus colaboradores de estos detalles, dijo que era necesario ganárselos apelando a cualquier recurso. "Si así fuera, gracias a ellos el grueso del ejército celta caería en las disensiones y se disgregaría." Cuando terminó de darles estas informaciones, a cada uno le fue pidiendo el nombre de uno de sus más leales y discretos vasallos. Ellos respondieron muy decididamente que le cederían a los mejores de sus súbditos.

5. Cuando comparecieron los hombres, urdió el siguiente plan. Después de escribir cartas como si fueran respuestas a escritos procedentes de los hombres más próximos a Bohemundo y como si en realidad hubieran sido ellos los redactores de unas misivas donde le habían propuesto

establecer lazos de amistad desvelando los planes secretos del rebelde, se las remitió agradeciéndoles aparentemente sus propuestas en la despedida y dejando entrever la probable aceptación de su lealtad. Los destinatarios eran Guido, el hermano de Bohemundo, y el llamado Coprisiano, uno de los más famosos, junto a ellos figuraban Ricardo y en cuarto lugar, Principato, un noble perteneciente a la élite del ejército de Bohemundo, y otros más. Fueron éstos los destinatarios de las fingidas cartas. Pues el emperador no había recibido notificación alguna que diera cuenta de lealtades y fidelidades, ni procedentes de Ricardo ni de ningún otro como él. Semejantes cartas eran un engaño del propio emperador.

6. El objetivo del plan era el siguiente: si llegara a oídos de Bohemundo la traición de esos hombres y su fuga al bando imperial por haberse apartado con sus opiniones de aquélla facción, enseguida aquél sería presa de agitación y, dando muestras otra vez de su temperamento bárbaro, los maltrataría y obligaría a alejarse de su lado; entonces, aquéllos gracias a las maniobras de Alejo llevarían a cabo una acción que jamás se les hubiera ocurrido y serían el origen de revueltas en contra de Bohemundo. El general sabía, creo, que cualquier fuerza enemiga, si está cohesionada, se crece en el momento del ataque; pero cuando cae en las revueltas y se divide en muchas facciones, se torna más débil y de este modo puede ser derrotada por sus enemigos. Por ello actuaba secretamente y mantenía ocultas las dolosas intenciones de las cartas.

7. Alejo se puso manos a la obra de la siguiente manera. Envió las falsas cartas a aquéllos con orden a los emisarios de entregar una a cada uno. Dichos escritos no sólo contenían el agradecimiento del soberano, sino también el anuncio de presentes, regalos imperiales y soberbias promesas; igualmente, los animaba a que en lo sucesivo fueran y se mostraran leales y a que no se guardaran ningún secreto. Luego, envió por detrás a uno de sus más fieles hombres de incógnito, para que siguiera a los mensajeros y cuando viera que se iban aproximando a su objetivo, se adelantara a su llegada y, una vez en presencia de Bohemundo, se fingiera desertor, dijera que se pasaba a su bando porque detestaba la idea de continuar al lado del emperador y, tras ofrecer al rebelde su amistad, le expusiera muy claramente qué clase de lealtad era la de aquellos hombres a quienes iban destinadas las cartas, diciendo que fulano y fulano (citándolos a todos nombre por nombre) a pesar de haberle jurado fidelidad a Bohemundo, se habían vuelto leales amigos y partidarios del emperador y que debía tener cuidado no fuera que repentinamente llevaran a cabo contra él alguna acción planeada hacía tiempo.

8. Este plan debía realizarse así, para que Bohemundo no tomara violentas represalias contra aquellos correos. El emperador se tomó esta precaución tanto para preservar incólumes a esos hombres que él estaba manipulando, como para perturbar los intereses de Bohemundo. No se realizaron y comunicaron esos proyectos para verse después frustrados, antes al contrario, el citado hombre del emperador, tras haber acudido a presencia de Bohemundo y haber recibido su palabra de inmunidad para los correos, reveló todo según las instrucciones del soberano. Al ser preguntado sobre el lugar por donde se esperaba su llegada, respondió que ellos habían atravesado Petrula.

9. Despachó a unos hombres para que apresaran a los correos y, después de leer las cartas, casi se desmaya lleno de turbación, ya que creía en su autenticidad. Así pues, dispuso la vigilancia de aquellos hombres y él protagonizó un duro combate consigo mismo durante los seis días en los que estuvo encerrado en su tienda, dudando sobre lo que debía hacer y dándole infinitas vueltas a su mente sobre la conveniencia de que los condestables comparecieran y de que su hermano Guido recibiera explicaciones acerca de la presunta acusación en contra de él, si debían comparecer tras una investigación o sin investigación y, además, reflexionaba también sobre aquéllos a los que nombraría condestables en su lugar. Pero como esos hombres eran unos valientes y suponía que el perjuicio causado por la privación sus servicios iba a ser grave, arregló la situación con los medios a su alcance (creo también que a causa de sus sospechas sobre la falsedad de las cartas) y haciendo gala de un

trato cortés hacia ellos y de su confianza, les permitió que conservasen el mismo puesto.

V. Enfrentamientos entre francos y bizantinos. Muerte de Aliates.

1. Como el soberano había logrado adelantarse y había emplazado aguerridas tropas con sus escogidos jefes en todos los desfiladeros, volvió a fortificar contra los celtas todos los pasos mediante los llamados "derribos". Al frente de Avión, Jericó y Canina había un gobernador siempre alerta, Miguel Cecaumeno; al frente de Petrula con tropas de infantería mixta estaba Alejandro Cabasilas, hombre muy intrépido que había obtenido muchos triunfos contra los turcos en Asia; Deure la defendía León Nicerites con numerosas fuerzas y a Eustatio Camitzes se le habían encomendado los desfiladeros de Arbano.

2. Bohemundo, por su parte, desde el inicio de la carrera, siguiendo la expresión usual, envió contra Cabasilas a su hermano Guido, a un conde llamado Sarraceno y a Contopagano. Gracias a que algunas villas limítrofes con Arbano se habían pasado al bando de Bohemundo, sus habitantes, que conocían con exactitud los senderos de Arbano, pudieron acudir a su encuentro, dar detallada cuenta de la posición de Deure e indicarle la existencia de senderos recónditos. Entonces Guido, tras dividir en dos el ejército, tomó bajo su responsabilidad la batalla frontal contra Camitzes y ordenó que Contopagano y el conde llamado Sarraceno, conducidos por los deuriotas, cayeran sobre la retaguardia de Camitzes. Dado que ambos estuvieron de acuerdo en la estrategia, cuando Guido emprendió el combate de frente, los otros condes cayeron por la espalda sobre el ejército de Camitzes y provocaron una tremenda matanza, al no poder luchar él contra todos y, cuando comprobó que sus hombres estaban huyendo, los siguió también. Muchos romanos cayeron entonces: Caras, quien desde niño había sido escogido y sumado a la nobleza por el soberano, y Escallario, un turco que había sido antiguamente un renombrado caudillo de las

gentes de oriente y que, tras pasarse al emperador, había recibido el santo bautismo.

3. Esos fueron los acontecimientos relacionados con Camitzes; a su vez, Aliates, que defendía Glabinitza con otros hombres de élite, bajó a la llanura. Dios sabe si lo hizo con intención de combatir o de inspeccionar alguna posición. Pues bien, casualmente, enseguida dieron con él unos catafractarios celtas, valientes soldados; se dividieron en dos grupos y uno (con cincuenta hombres) se precipitó frontalmente contra él a rienda suelta y con todo vigor, y los demás le daban la vuelta por detrás sin hacer ruido; pues era un lugar pantanoso. Aliates, que no se percató de su acometida por retaguardia y combatía con todas sus fuerzas contra los que venían de frente, ignoraba el peligro al que estaba expuesto. Tras caer sobre éste los que atacaban por la retaguardia, lucharon duramente contra él. Un conde llamado Contopagano, al encontrarse con Aliates, lo acometió con su lanza y lo derribó; pronto quedó muerto en tierra. No pocos cayeron con él.

4. Al enterarse de este hecho, el soberano mandó llamar a Cantacuzeno, conocedor de la habilidad de este hombre hábil en las empresas militares. Éste, como iba diciendo, reclamado desde Laodicea, acababa de reunirse en un lugar con el soberano. Dado que el asunto de Bohemundo no admitía dilación, lo envió con un aguerrido ejército y salió del campamento tras él como si con este gesto lo estimulase para la batalla. Cuando hubo llegado al desfiladero denominado por los lugareños Petra, se detuvo y, tras hacerlo partícipe de múltiples recomendaciones y planes militares y ofrecerle los mejores consejos, lo despachó a Glabinitza confiando en un buen futuro, mientras él volvía a Diabolis. Cantacuzeno continuó su ruta y, cuando llegó a una plaza llamada Milo, le puso sitio sin tardanza una vez tuvo dispuestas diversas helépolis. Los romanos se aproximaron sin recato a las murallas, unos incendiaron las puertas mediante el lanzamiento de fuego, otros escalaron por la muralla y alcanzaron rápidamente las almenas.

5. Cuando los celtas acampados al otro lado del río conocido por Buses se enteraron, corrieron hacia la fortaleza de Mlio. Al verlos los vigías de Cantacuzeno (eran bárbaros, nuestra historia lo ha indicado antes) se apresuraron a regresar desordenadamente junto a éste y no informaron de la presencia de los celtas discretamente, sino en medio de un griterío que se oía en lontananza. Nada más enterarse los soldados de la incursión de los celtas, aunque habían superado las murallas, habían quemado las puertas y estaban a punto de apoderarse de la plaza, corrieron atemorizados en dirección a sus caballos; debido al pánico y a la confusión, los unos montaban en los caballos de los otros.

6. Cantacuzeno, tras muchas disputas y cabalgadas contra los atemorizados hombres, gritándoles, como decía el poeta (2), "Sois hombres, acordaos de nuestra impetuosa fuerza," y viendo que no lograba convencerlos, acabó de una forma original con su pánico gritando: "No debemos abandonar las helépolis a los enemigos, porque serán instrumentos que se volverán contra nosotros; prendámosles fuego y retirémonos después ordenadamente." Los soldados cumplieron enseguida y con decisión las instrucciones y quemaron tanto las helépolis, como los barcos situados en el río Buses, con idea de evitar que los celtas pudieran pasar fácilmente desde la otra orilla. Cantacuzeno volvió sobre sus pasos a lo largo de una corta distancia y encontró una llanura con el río Carzanes a la derecha y un lugar pantanoso y cenagoso a su izquierda, que usó como fortificaciones, y fijó allí mismo su campamento. Cuando los mencionados celtas llegaron a la orilla del río, estando ya calcinadas las embarcaciones, volvieron frustrados y pasmados porque los barcos habían sido incendiados.

7. Cuando Guido, el hermano de Bohemundo, conoció por ellos todo lo ocurrido, cambió de rumbo y, tras separar de sus huestas a algunos valientes soldados, los despachó en dirección a Jericó y Canina. Una vez llegados a los valles que defendía Miguel Cecaumeno (lo había dejado el soberano para su defensa), los romanos, que se sirvieron de su emplazamiento como de un aliado natural, los atacaron valerosamente y los pusieron en completa fuga. Pues el guerrero celta, cuando se enfrenta a sus enemigos en un lugar angosto, es invencible, del mismo modo que se le puede reducir con facilidad en la llanura.

(2) Il. VI. 112 y otros.

VI. Hazañas de Cantacuzeno contra los francos.

1. Seguidamente, volvieron a acometer a Cantacuzeno rebosantes de coraje. Pero, al reconocer que el sitio donde Cantacuzeno había emplazado previamente su campamento, como hemos dicho, no les sería venajoso, retrasaron la batalla acobardados. Él, nada más apercibirse de su llegada, empleó toda la noche en intentar ganar con todo su ejército la otra orilla del río. Cuando aún no había salido el sol, ya había ocupado él, con su coraza colocada y todo el ejército armado, la parte central de las primeras filas; los turcos se situaron a la izquierda de la formación y el alano Rosmices mandaba el ala derecha con los compatriotas que estaban bajo sus órdenes. Destacó a los escitas contra los celtas con la orden de atraérselos mediante escaramuzas consistentes en asaetearlos intensamente y después huir, para volver a continuación y repetir la maniobra. Éstos partieron con resolución, pero fracasaron por completo, puesto que los celtas, alineados en formación cerrada, se resistían firmemente a romper sus líneas y avanzaban ordenados y a paso lento. Cuando ambos ejércitos llegaron a la distancia adecuada para entablar la batalla, los escitas ya no podían arrojar dardos debido a una carga que los celtas habían hecho contra ellos con todo su ímpetu, y no tardaron en dar la espalda a los celtas. Los turcos atacaron con el deseo de prestarles ayuda y los celtas luchaban más decididamente sin echar cuenta para nada de éstos.

2. Cantacuzeno, nada más comprobar su derrota, encomendó la batalla contra los celtas al exusiocrátor (3) Ros-

(3) El nombre que recibe el jefe del contingente alano al servicio del imperio.

mices, que ocupaba el ala derecha junto con los hombres a su mando (eran alanos, hombres muy aguerridos). Pero también éste hacía aparición en retirada tras su ataque, aunque se dedicara a rugir fieramente contra ellos como un león. Cuando Cantacuzeno vio que también éste era derrotado, se dio ánimos a sí mismo y acometió la parte frontal de la formación celta como picado por un aguijón; fraccionado entonces el ejército celta en muchas partes, lo puso completamente en fuga, lo persiguió hasta el pueblo llamado Milo y regresó como un vencedor, tras haber matado a muchos soldados de alta y de baja extracción y haber capturado a algunos condes ilustres como Ubo, su hermano Ritzardo y Contopagano. Deseoso de ofrecer al emperador alguna prueba de su victoria, le remitió inmediatamente las cabezas de numerosos celtas clavadas en lanzas y a los más nobles de los cautivos: Ubo y el llamado Contopagano.

3. Una vez llegada a este punto y mientras arrastro la pluma en el momento del crepúsculo, siento que me estoy adormilando un tanto sobre mis escritos, ya que pierdo el control sobre el curso de esta obra. Y es que allí donde se requiere necesariamente la utilización de denominaciones bárbaras y el desarrollo de una serie de acontecimientos, el cuerpo de mi historia y la continuidad de la obra parecen desarticularse; pero al menos quienes leen mis escritos con un talante positivo no deben enojarse por ello.

4. Como el muy aguerrido Bohemundo notaba que, a causa de los ataques que sufría por tierra y por mar y a causa del acoso al que era sometido por todas partes, su situación había llegado a tal extremo que hasta empezaban a escasear las provisiones, destacó un número importante de tropas y las envió en dirección a las ciudades vecinas de Aulón, Jericó y Canina para que las saquearan. Pero Cantacuzeno ni se despreocupó ni, como dice el poeta, se adueñó de él un dulce sueño y rápidamente envió contra los celtas a Beroites con un aguerrido ejército. Nada más verlos, les dio alcance y los derrotó y, como colofón, pasó a su regreso junto a las naves de Bohemundo y las redujo a cenizas.

5. Cuando el muy rebelde de Bohemundo se hubo enterado de la derrota de los soldados que había enviado, no se deprimió ni mucho menos y actuó igual que si no hubiera perdido ni un solo soldado de su ejército; parecía, pues, más resuelto y, después de destacar otra vez muy aguerridos infantes y jinetes en número de seis mil, los envió contra Cantacuzeno, creyendo que al primer asalto capturarían al propio Cantacuzeno y al ejército romano. Pero éste, que tenía siempre vigías controlando la masa de los celtas, al enterarse de su venida, se armó de noche con toda su panoplia militar y armó a los soldados con el vivo deseo de caer sobre aquéllos al alba. Cuando los celtas, agotados, se tumbaron a la orilla del río Burses para descansar un poco, tras darles allí mismo alcance al sonreír el día, y atacarlos sin dilación, acabó contando a su favor con muchos prisioneros y con un número mayor de muertos. Los restantes se ahogaron arrastrados entre los remolinos del río y por huir del lobo se toparon con el león.

6. Así pues, envió a todos los condes al soberano y luego marchó hacia Timoro; éste es un lugar pantanoso y de difícil acceso. Tras permanecer allí una semana, despachó a unos cuantos vigías para que inspeccionasen en diferentes lugares los movimientos de Bohemundo y le suministrasen información, de modo que pudiera contar con más exactas referencias sobre las actividades de Bohemundo. Los hombres que habían sido enviados encontraron casualmente a cien celtas que ultimaban la fabricación de almadías, con las que deseaban atravesar el río y tomar el pueblo que se hallaba en la otra orilla. Después de caer por sorpresa sobre ellos, casi capturaron a todos incluido el hermano mismo de Bohemundo, que medía diez pies de altura y era ancho como Heracles. Resultó curioso observar este hecho insólito: cómo aquel gran gigante, realmente inmenso, cayó prisionero en manos de un pigmeo escita. Cantacuzeno ordenó, mientras ultimaba el envío de los cautivos, que el pigmeo escita presentase a aquel descomunal ser encadenado ante el soberano, para provocar quizás el regocijo de éste. Al enterarse el emperador de que ellos habían llegado, se sentó en el trono imperial y ordenó que fueran traídos los prisioneros; entró también el escita, que apenas llegaba a la cadera de

aquel gigante celta y que lo conducía encadenado. Como consecuencia, una enorme risotada se alzó entre los presentes. Los demás fueron recluidos en prisiones.

VII. Ineptitud de Isaac Contostéfano y su sustitución por Mariano Maurocatacalon.

1. Apenas había terminado de sonreír el soberano por las proezas de Cantacuzeno, cuando llegó otra infortunada noticia que daba cuenta de una inenarrable matanza entre los batallones romanos de Camitzes y Cabasilas. El soberano no se deprimió en absoluto, aunque su corazón estuviera desgarrado y entristecido y llorara de vez en cuanto lamentándose por la muerte de cada uno de los caídos. Por el contrario, mandó llamar a Constantino Gabras, un guerrero que era como el fuego contra sus enemigos, lo envió al lugar llamado Petrula, para que inspeccionara el sitio por donde los celtas habían accedido a los valles y llevado a cabo tan gran matanza y para que atrincherara contra ésos en lo sucesivo dicho camino. Como Gabras se sentía molesto y en cierto modo despreciado por esta misión (era un hombre altivo y ávido de aplicarse a grandes asuntos) el emperador envió enseguida con mil valientes guerreros a Mariano Maurocatacalon, concuñado mío por parte de la hermana de mi césar, hombre aguerrido, cualidad que demostró a través de muchas hazañas, y extraordinariamente estimado por el soberano. Junto a éstos envió también un gran número de hombres que estaban al servicio de los Porfirogénetos y de mi césar y que ansiaban vivamente combatir. Mariano, a pesar de sentir ciertos temores ante esta misión, se retiró a su propia tienda con idea de estudiarla.

2. En torno a la guardia central de la noche recibió una carta de Landulfo, que se hallaba en esos momentos con Isaac Contostéfano, el entonces talasocrátor, donde acusaba a los Contostéfano, a Isaac y su hermano Esteban, y a Euforbeno de que habían relajado la guardia en el estrecho de Longibardía y de que solían partir en algunas ocasiones hacia el interior para descansar; y le exponía en la carta lo siguiente: "A pesar del empeño y de las fuerzas que estáis po-

niendo en juego, Majestad, para impedir los ataques e incursiones de los celtas, los que hacen la travesía al encuentro de Bohemundo y le suministran las provisiones necesarias actúan tranquilamente a causa de la negligencia de aquéllos y de su dejadez en la vigilancia del estrecho de Longibardía. Los que hace poco emprendieron la navegación desde Longibardía hacia el lugar donde se halla Bohemundo, aprovechando el viento favorable que soplaba (en efecto, los vientos del sur son fuertes y favorables para quienes navegan desde Longibardía hacia el Ilírico y los del norte son desfavorables) les prestaron a sus naves las alas de las velas y se atrevieron a zarpar rumbo al Ilírico. Como el viento del sur soplaba fuertemente y les impedía totalmente atracar en Dirraquio, se vieron obligados a costear hasta llegar a Aulón. Una vez hubieron fondeado allí los innumerables barcos mercantes, transportaron hacia el lugar donde estaba Bohemundo abundantes tropas de infantería y caballería y le facilitaron también todos los víveres. A partir de ese momento, los celtas realizaron numerosas marchas para traer en abundancia los productos relacionados con la intendencia."

3. El emperador, lleno de cólera recriminó grandemente a Isaac su conducta y gracias a sus amenazas en el caso de que no se corrigiera, lo persuadió para que anduviera alerta en su puesto. Pero como las cosas no le iban a Contóstefano según lo esperado (aunque había intentado una y mil veces rechazar a los que pasaban de la costa italiana en dirección al Ilírico, había fracasado en sus objetivos; pues, cuando llegaba al centro del estrecho y veía que los celtas venían navegando con viento de cola, desplegadas las velas y a una velocidad imparable, no era capaz de luchar simultáneamente contra los celtas y contra los vientos y las brisas que le soplaban de proa. Ni siquiera el mismo Heracles, afirman, pudo luchar contra dos adversarios; en consecuencia, emprendía el regreso a causa de la fuerza del viento), por todo ello el soberano estaba muy enojado.

4. Al conocer que Contostéfano tenía fondeada la flota romana en un emplazamiento que no era el adecuado y que por ello los vientos del sur le resultaban desfavorables, pero beneficiaban la navegación de los celtas, envió a Contostéfa-

no una carta en la que, tras describir las costas de Longibardía y del Ilírico y los puertos que había en cada orilla, le señaló los sitios donde debía fondear y dasde donde encontraría brisas de cola en el momento de zarpar contra los celtas que estuvieran haciendo la travesía. Animó nuevamente a Contostéfano y lo convenció de que se pusiera manos a la obra. Cuando Isaac se hubo repuesto de su desaliento, arribó al lugar que le recomendara el soberano y fondeó sus naves. Se mantuvo a la expectativa del momento en que los hombres de Longibardía iniciaran la navegación hacia el Ilírico con una abundante impedimenta; cuando se presentó, les salió al encuentro en medio del estrecho gracias a un viento favorable; el resultado fue que algunos barcos piratas fueron pasto de las llamas y otros muchos descendieron al abismo junto con sus tripulaciones.

5. No se había enterado aún de este éxito el emperador, ocupado como estaba en reflexionar sobre las noticias enviadas por Landulfo y por el duque de Dirraquio, cuando cambió de opinión y, mandando llamar de su destino inmediatamente al ya citado Mariano Maurocatacalon, lo nombró duque de la flota y encargó a otro del sector de Petrula. Partió, pues, éste y no tardó en encontrarse por azar con las naves piratas que navegaban, escoltando a las de transporte, desde Longibardía al encuentro de Bohemundo y las capturó a todas llenas de todo tipo de víveres. Gracias a su función de incansable guardián del estrecho que separa Longibardía y el Ilírico, no permitió en adelante el paso de celta alguno hacia Dirraquio.

VIII. Ante las circunstancias adversas, Bohemundo pide la paz al emperador y éste la acepta.

1. El soberano, por su parte, acampado a los pies de los desfiladeros de Diabolis, retenía a los que albergaban la intención de pasarse a Bohemundo y enviaba a los defensores de los desfiladeros tantos emisarios como copos tiene la nieve con las normas relativas al número de soldados que debían destacar a Dirraquio en contra de Bohemundo y la táctica de combate que debían seguir los que bajaban para

luchar, y que no era otra que la expuesta a continuación: que la mayor parte de las veces avanzara la caballería cargando y que volviera luego para repetir la maniobra reiteradamente, haciendo siempre uso del arco; que los portadores de lanzas marcharan tras ésta a paso lento, para que, dado el caso de que los arqueros hubieran de retroceder más de lo preciso, pudieran protegerlos y hacer frente simultáneamente a los celtas que cayeran en sus manos. Además les suministraba una abundante dotación de dardos con orden de no escatimarlos bajo ningún concepto y de disparar más a los caballos que a los celtas, porque sabía qué difícilmente vulnerables, por no decir totalmente invulnerables, eran con sus corazas y cotas de malla. Consideraba que era completamente inútil e insensato tomar a los hombres como blanco.

2. La cota de malla es un tipo de armamento defensivo celta en el que un anillo de hierro está entrelazado con otro anillo con tan excelente calidad en el metal que repele un dardo arrojado con fuerza y preserva el cuerpo del soldado. Otro accesorio para la defensa es un escudo que no es redondo, sino largo que es muy ancho en su parte superior y termina en una punta aguda; por dentro presenta un ligero hueco y por fuera brilla uniformemente y resplandece como el bronce. En fin, un dardo, aun de procedencia escita, o persa, o disparado por brazos de gigantes, rebotaría sobre éste y retornaría hacia el que lo lanzó.

3. Me parece que era precisamente porque el emperador conocía el armamento usado por los celtas y nuestros arcos, por lo que mandaba dejar en paz a los hombres y ordenaba atacar más a los caballos, aconsejando que los atravesaran con los dardos para que, al ser derribados de sus monturas, se les pudiera vencer fácilmente. Pues un celta a caballo es imposible de resistir en su ataque y capaz de horadar una muralla babilónica, pero una vez desmontado es un juguete para cualquiera.

4. El emperador, al percatarse del estado de desunión que presentaban quienes iban con él, prefirió no franquear los desfiladeros, aunque tuviera el vivo deseo de entablar

una batalla campal con Bohemundo, como en muchas y reiteradas ocasiones nos explicó. Pues era en la batalla más cortante que cualquier espada, de firme resolución y completamente decidido; sin embargo las circunstancias lo apartaban de su empeño, limitando tremendamente sus aspiraciones.

5. Bohemundo, pues, estaba siendo acosado por tierra y por mar (efectivamente, el soberano se había sentado a contemplar, como un espectador, los hechos que estaban sucediendo en la llanura del Ilírico, aunque se encontraba espiritual y anímicamente por entero junto a los combatientes y compartía con ellos sus trabajos y penalidades, por no decir más que ellos, incitando a la batalla y a los combates a los jefes empiazados en las cimas de los desfiladeros y recomendando cómo se debía atacar a los celtas; Mariano, por su parte, que guardaba los accesos del estrecho entre Longibardía y el Ilírico, repelía continuamente a quienes atravesaban desde allí hacia el Ilírico, no permitiendo que ningún navío de tres mástiles ni transporte cargado con innumerables mercancías ni barco ligero de dos remos cruzase al encuentro de Bohemundo) en consecuencia, veía él avanzar la guerra con gran habilidad en medio de la falta de alimentos suministrados por mar y de abastecimientos obtenidos por tierra (cuando alguien salía del campamento por provisiones o llevaba los caballos a abrevar, lo atacaban los romanos y mataban a la mayoría de ellos, de modo que poco a poco su ejército iba disminuyendo) y pidió la paz a Alejo, duque de Dirraquio por mediación de unos emisarios que le había enviado.

6. Un noble conde de Bohemundo, Guillermo Clareles, como veía que todo el ejército de los celtas estaba siendo devastado por el hambre y la enfermedad (una tremenda epidemia se había abatido también sobre ellos desde el cielo), se procuró su propia salvación y desertó con cincuenta caballos al bando del soberano. El emperador lo acogió, se informó de la situación de Bohemundo y, una vez estuvo seguro de que el hambre había hecho acto de presencia en el ejército de éste y que su situación había llegado a un punto crítico, le honró con el título de nobilísimo y le hizo innumera-

bles regalos y favores. Cuando se hubo enterado por una carta de Alejo de que Bohemundo había enviado embajadores para pedir la paz, sacando provecho de la necesidad, como se suele decir, reconoció con cierta prevención ante el futuro que era mejor aceptar la paz con los celtas y no rechazar esta petición por los siguientes motivos: por sospechar que entre sus propios hombres se estuvieran planeando conspiraciones contra él, por tener comprobado en cuántas ocasiones se habían rebelado y lo habían acosado más sus propios hombres que los enemigos extranjeros y por no creer conveniente luchar a la vez contra dos adversarios con ambas manos.

7. Por todo ello se quedó en el mismo lugar con idea de hacer frente a las dos clases de enemigos y ordenó al duque de Dirraquio que comunicara por escrito a Bohemundo lo siguiente: "Sabes muy bien cuántas veces me he visto engañado por confiar en tus juramentos y palabras. Si la divina ley del Evangelio no mandase a los cristianos ceder el uno ante el otro, mis oídos no hubieran prestado atención a tus palabras. No obstante, es mejor ser engañado que ofender a Dios y transgredir sus divinas leyes. Por esto no devuelvo tu solicitud rechazada. Así pues, si tú deseas en verdad la paz, horrorizado por lo absurdo y lo imposible de la empresa que acometiste, y no deseas ya gozar vertiendo sangre de cristianos, que no se ha derramado en beneficio de su tierra, ni de los propios cristianos, sino por tu sola voluntad y, ya que la distancia entre nosotros es corta, preséntate tú en compañía de cuantos hombres quieras. Tanto si nuestras voluntades llegan a un acuerdo en idénticos apartados con una coincidencia de intereses, como si no, conforme a lo estipulado, retornarás incólume a tu propio campamento aún en el caso de que se dé esta última circunstancia."

IX. Se ultiman los preparativos para la conferencia de paz entre Bohemundo y Alejo.

1. Cuando Bohemundo hubo oído estas palabras, pidió que le fueran entregados algunos rehenes, escogidos entre

los varones de ilustre linaje, para que, aunque siguieran siendo libres, sus condes los retuviesen en el campamento hasta su vuelta; pues, de no ser así, no se atrevía a acudir junto al soberano. El emperador mandó buscar a Marino de Nápoles, a Roger, un franco famoso por su valentía, hombres sensatos y que tenían una gran experiencia sobre las costumbres latinas, a Constantino Euforbeno (era valiente en sus acciones y en sus opiniones y nunca había tenido fallo alguno en las misiones que le había encomendado el emperador) y a Adraiesto, que hablaba el celta, a éstos, como he dicho, envió junto a Bohemundo con la orden de que le insistiesen y lo convenciesen apelando a cualquier medio, para que acudiera por propia iniciativa a presencia del soberano y pudiera ponerse al corriente de lo que éste quería y buscaba de él: si le satisfacieran sus condiciones, ultimarían el tratado sin reparo ninguno, y si no, regresarían indemnes a su campamento.

2. Una vez les hubo dado las instrucciones sobre esta misión, el emperador los despidió; y ellos se encaminaron al encuentro de Bohemundo. Cuando informaron a éste de su llegada y ante el temor de que notasen la decadencia de su ejército y la pusiesen en conocimiento del emperador, salió a su encuentro a caballo y lejos del campamento. Ellos le expusieron las palabras del soberano: "En absoluto se ha olvidado el emperador" dijo "de las promesas y juramentos que hiciste, no sólo tú, sino también todos los condes que navegaron contigo hace tiempo. Puedes ver con certeza que todo este asunto de la transgresión de tus juramentos no ha desembocado en nada bueno para ti." Tras oír estas palabras, Bohemundo dijo: "Basta ya de hablar en semejantes términos. Si me tenéis que dar algún informe del emperador sobre otro punto, quiero conocerlo."

3. Los emisarios le dijeron: "El emperador, deseoso de tu salvación y del ejército a tus órdenes te dice lo siguiente por mediación nuestra. Sabes bien que a pesar de tus muchas fatigas no has sido capaz de apoderarte de la ciudad de Dirraquio y no has aportado ningún beneficio ni a tus hombres ni a ti mismo. Por tanto, si no quieres ver hecha realidad tu destrucción total y la de tu ejército, acude al lado de

Nuestra Majestad y revela sin temores todo lo que quieras, para que oigas, a tu vez, nuestro parecer. Si ambas posturas coincidieran en los mismos puntos, alabado sea Dios; y si no, te enviaré de nuevo intacto a tu campamento. En cualquier caso, todos aquéllos de tus hombres que quieran partir en peregrinación al Santo Sepulcro, estarán bajo mi protección; y todos los que prefieran retornar a su tierra, tras disfrutar de generosos regalos de mi tesoro, tendrán licencia para marchar a sus hogares."

4. Él les repuso: "Ahora me doy cuenta de que el emperador ha enviado a hombres capaces de dar razones y de aceptarlas. Os pido, pues, que toméis nota de las siguientes instrucciones destinadas a evitar una recepción poco honorable por parte del emperador: a la distancia de seis estadios acudirán los más cercanos de sus parientes consanguíneos; cuando llegue a la tienda imperial, en el momento de traspasar su entrada, él me recibirá honorablemente, en pie ante su trono imperial, no se me hará ninguna referencia a los acuerdos precedentes y bajo ningún concepto se harán juicios sobre mí, tendré plena libertad para decir todo lo que deseo y cómo lo deseo, tras esto el emperador tomará mi mano y me presentará en el lugar de honor, entraré acompañado de dos hombres de armas y estaré totalmente exento de la obligación de doblar mi rodilla o mi cabeza ante el soberano."

5. Cuando hubieron oído estas condiciones los arriba mencionados embajadores, no accedieron al hecho de que a su llegada el emperador estuviera en pie ante el trono imperial, antes al contrario, rechazaron su petición por considerarla excesiva; y no sólo lo hicieron con esta extraña prerrogativa, sino también con la de no tener que inclinar la rodilla ni la cabeza en la prosternación al emperador. Sin embargo, no se negaron al hecho de que algunos de los parientes del emperador salieran a recibirlo a una distancia considerable e hicieran lo mismo en el momento de hallarse en presencia del soberano por las atenciones y por la consideración que prestaba a su persona, tampoco rehusaron conceder el privilegio de entrar con dos hombres de armas y,

más aún, tampoco se negaron al hecho de que el emperador lo tomara de la mano y lo colocara en el lugar de honor.

6. Una vez concluidas estas conversaciones, los embajadores se alejaron y marcharon al lugar que se les había asignado para descansar, custodiados por cien hombres cuya misión consistía en evitar que salieran de noche, espiasen la pésima situación del ejército y adoptaran por ello una postura más despectiva con respecto a Bohemundo. Al día siguiente, con trescientos caballeros y todos los condes llegó al lugar en el que había conversado con los citados embajadores el día anterior y luego, tomando consigo a seis hombres escogidos, partió hacia donde estaban los enviados, tras dejar a sus restantes compañeros en aquel lugar para que lo recibiesen a su regreso.

7. Cuando se volvió a retomar la conversación del día anterior, Bohemundo estuvo insistiendo en sus condiciones y por ello un conde de muy elevado linaje llamado Ubo dijo a Bohemundo: "Ninguno de nosotros, que pensábamos trabar combate con el emperador, ha acertado aún a nadie con su lanza. Déjate de tantas historias: debemos cambiar la guerra por la paz." Tras producirse un prolongado intercambio de pareceres por ambas partes, Bohemundo acabó disgustándose, porque se iba a sentir ultrajado si todo no transcurría como había requerido previamente a los embajadores.

8. Éstos, accediendo a unas peticiones y negándose a otras, convencieron a Bohemundo, quien, sacando provecho de la necesidad, solicitó de ellos un juramento en el que constaba que sería recibido honorablemente y que si el soberano no estuviese de acuerdo con sus planteamientos, sería devuelto indemne a su campamento. Así pues, ante los Santos Evangelios exigió rehenes que serían enviados a su hermano Guido y custodiados por él hasta su regreso. Los embajadores accedieron a esta petición y pidieron a cambio un juramento que garantizase su seguridad. Tras el asentimiento de Bohemundo y tras un intercambio de juramentos, entregó a su hermano Guido los rehenes, que eran el sebasto Marino, el llamado Adralesto y el franco Roger, para que, suscrito o no el tratado de paz con el emperador, los devol-

viera indemnes al soberano conforme a los juramentos prestados.

X. Encuentro de Bohemundo y Alejo. Descripción de Bohemundo.

1. Cuando Bohemundo iba a emprender el camino en unión de Euforbeno Constantino Catacalon, se levantó una enorme pestilencia causada por la prolongada estancia del ejército en el mismo emplazamiento durante un largo tiempo prolongado, por lo que expresó su deseo de trasladarlo, y afirmaba que no quería hacerlo sin el consentimiento de ellos. La raza celta tiene un carácter tan imprevisible, que lleva su conducta de un extremo a otro en un momento de crucial transcendencia. Era digno de verse cómo el mismo hombre que en una ocasión se vanagloriaba de que conturbaría toda la tierra, caía en otra abatido sobre el polvo, especialmente cuando se topaba con personas de firmes decisiones. Pero los embajadores no permitieron el traslado del ejército más allá de doce estadios: "Si quieres hacerlo" decían a Bohemundo "también iremos nosotros en grupo para ver el lugar." Bohemundo aceptó esta condición y enseguida advirtieron mediante cartas a los defensores de los desfiladeros que no les infligieran daño ni hicieran incursiones contra ellos.

2. Euforbeno Constantino Catacalon solicitó a su vez a Bohemundo permiso para partir hacia Dirraquio. Como Bohemundo asintió a la petición, Catacalon se puso en camino y llegó rápidamente a Dirraquio y, tras buscar al gobernador de la plaza, Alejo, el hijo del sebastocrátor Isaac, lo puso al corriente de los informes del soberano destinados a él y a los jefes que con él habían descendido. Los asediados, en efecto, no podían asomarse a la muralla a causa de un antiguo ingenio que el soberano había ordenado instalar en lo alto de los muros de Dirraquio. Se habían colocado astutamente en las almenas de la ciudad unas planchas fabricadas a conciencia sin clavos, para que los latinos que casualmente intentasen trepar por las escalas, cuando saltaran sobre las almenas, no pudieran agarrarse a nada y se deslizaran por

las planchas hasta caer dentro de la plaza, como hemos dicho. En suma, tras hablar Euforbeno con aquéllos, darles a conocer los informes del emperador, tras llenarlos de coraje y, una vez enterado por preguntas sobre el estado de la plaza, de que los defensores habían adoptado las medidas adecuadas para tener autonomía en el avituallamiento y considerando que las máquinas de Bohemundo suponían un riesgo mínimo, le dio alcance a éste, cuando había concluido el atrincheramiento en el lugar que anteriormente estaba establecido y emprendió camino con él en dirección al emperador. El resto de los embajadores según lo estipulado, se quedaron con Guido.

3. Envió por delante a Manuel Modeno, un muy fiel y leal servidor suyo, para que anunciara al emperador la llegada de Bohemundo. Cuando éste estaba próximo a la tienda imperial, ya había sido preparado el protocolo de su recibimiento según las condiciones que los embajadores tenían concertadas con él. A su entrada, el emperador le tendió la mano, tomó la suya y tras saludar del modo como acostumbran a hacer los emperadores, lo situó cerca del trono imperial.

4. Este hombre era de tal manera que, por decirlo brevemente, nunca se vio a ningún otro como él en el territorio romano, ni en el bárbaro, ni en el griego; su apariencia causaba asombro y su renombre temor. Por describir detalladamente la planta del bárbaro diré que era tan alto que su estatura sobrepasaba en un codo a los más prominentes, el vientre y sus costados eran duros, sin grasa, ancho de hombros, de amplio pecho y fuertes brazos; todo el conjunto de su cuerpo no era ni enjuto ni sobrecargado de carnes, sino excelentemente proporcionado y conforme, por así decir, con el canon de Policleto; las manos grandes, firme sobre las plantas de sus pies, el cuello y la espalda eran sólidos. Quien lo observaba detenidamente podía apreciar un cierto encorvamiento que no estaba causado por ninguna enfermedad de las vértebras de su espina dorsal, sino porque su cuerpo, según parece, había presentado esta conformación desde su nacimiento. La piel del rasto de su cuerpo era de un color muy blanco y su rostro, de tan blanco, se sonrosaba. La cabellera era rubia, pero ni mucho menos colgaba sobre la espalda como pasaba con los demás bárbaros, pues no tenía este hombre manía con sus cabellos y llevaba el pelo cortado a la altura de las orejas. La barba no sé decir si era pelirroja o tenía otro color, pues la navaja de afeitar la había apurado y había dejado el rostro más blanco que la cal; en todo caso, tenía el aspecto de ser también roja. Los ojos eran verdes y traslucían simultáneamente su temperamento y su seriedad. Su nariz y las aletas de ésta respiraban generosamente el aire y la anchura de su pecho se armonizaba con la nariz y la nariz con el ancho pecho. Pues la naturaleza ha creado a través de la nariz los caminos para el aire que brota desde el corazón.

5. Se adivinaba en este hombre una oculta dulzura a la que no podía dar salida por todo tipo de terribles circunstancias. Poseía el hombre entero un talante brusco y salvaje en toda su persona, me parece que causado por su envergadura y su mirada, y su risa era para todos los demás motivo de terror. Tanto se caracterizaba así en alma y cuerpo que hasta la cólera y el afecto se erizaban en él con el único fin de participar en la guerra y con el mismo objetivo puesto en la lucha. Sus pensamientos eran diversos, astutos y escurridizos ante cualquier intento de captarlos. Su conversación era inteligente y sus respuestas tenían doble sentido. Con un talante lleno de tales cualidades y tan señaladas sólo podía ser superado por el emperador gracias a su linaje, elocuencia y demás cualidades naturales.

XI. Las negociaciones tienen lugar.

1. El soberano, pues, tras recordarle los anteriores acontecimientos de pasada y veladamente, cambió el tema de su conversación. Bohemundo, que tenía a su propia conciencia como acusadora, esquivó adecuadamente la réplica a las palabras del soberano, diciendo sólo: "No he venido para daros explicaciones sobre semejantes asuntos, pues también yo tendría mucho que decir sobre todo ello. Pero como Dios me ha reducido a este estado, en lo sucesivo dejo todo en manos de vuestra Majestad." El emperador repuso: "Olvide-

mos ya el pasado. En cuanto a ti, si es tu deseo suscribir un tratado con nosotros, primero debes convertirte en súbdito de nuestra Majestad; luego, tienes que poner al corriente de este vasallaje a tu sobrino Tancredo y ordenarle que entregue a nuestros enviados la ciudad de Antioquía, de acuerdo con los antiguos convenios y luego debes observar de ahora en adelante todos los acuerdos que hayamos adoptado."

2. Después de que el emperador tratara con Bohemundo de estos y otros muchos más temas, como éste era el mismo de siempre y no había cambiado, dijo: "Estoy imposibilitado para hacer semejante promesa"; y, amparándose en alguna otra petición del emperador, solicitó el retorno junto a su ejército según los acuerdos fijados con los embajadores. El emperador le dijo: "A nadie mejor que a mí tengo para ofrecerte y para procurar tu seguridad." Colmoldiendo con estas palabras, ordenaba en voz alta a los jefes de su ejército que pusieran los arneses a los caballos para emprender el camino de regreso a Dirraquio. Tras oír esto y salir con intención de marchar a la tienda a él asignada, Bohemundo requirió ver a mi césar Nicéforo Brienio, quien entonces acababa de ser honrado con el título de panhipersebasto. Acudió él y gracias a los recursos de su persuasiva oratoria, invencible como era en discursos y discusiones, convenció a Bohemundo de que condescendiese a la mayor parte de los puntos que había expuesto el soberano. Lo tomó, pues, de la mano y lo condujo a presencia del emperador. Al día siguiente firmó el tratado con ánimo convencido, garantizando su cumplimiento con un juramento. El tratado decía así:

XII. Texto del tratado suscrito por Bohemundo y Alejo.

1. "El primer pacto firmado con Vuestra Majestad coronada por Dios precisamente en aquella ocasión, en la que me hallaba dentro de la ciudad imperial en compañía de aquel numerosísimo ejército de francos, para pasar desde Europa hacia Asia y liberar Jerusalén, como por causa de ciertas imponderables circunstancias ha sido violado, quede sin validez y no tenga efecto por haber incurrido en la nulidad a causa de las circunstancias. Por todo ello, Vuestra Ma-

jestad no debe guardar ningún derecho sobre mí y por ende no ha de reafirmarse sobre lo que en aquel pacto se convino y se redactó. Pues al haberme yo alzado en armas contra Vuestra Autoridad elegida por Dios y haber roto los acuerdos, quedan también rotas igualmente las reclamaciones de Vuestra Majestad contra mí. En consecuencia, ya que vengo ante Vos como lo haría un arrepentido, como un pescador zarandeado, avenido a razones gracias a la sensatez que vuestra lanza me ha hecho recobrar y con el recuerdo presente de aquella derrota y de aquellos combates, ahora solicito este otro acuerdo con Vuestra Majestad por el que yo pasaré a ser vasallo de vuestro cetro o, para decirlo más clara y evidentemente, servidor y súbdito, ya que Vos también habéis tenido a bien atraerme bajo vuestra mano y deseáis hacerme vasallo vuestro.

2. Por consiguiente, en adelante actuaré conforme a este segundo pacto que también yo deseo preservar para siempre, lo juro por Dios y todos sus santos, puesto que el pacto ha sido escrito y leído teniéndolos por testigos, y seré fiel vasallo de Vuestra Majestad y de vuestro muy amado hijo y emperador, nuestro señor Juan Porfirogéneto. Armaré mi diestra contra toda persona que se enfrente a Vuestra Majestad, ya forme parte, quien alce su mano, de la comunidad cristiana, ya sea ajeno a nuestra fe, es decir, pagano, como lo llamamos nosotros; de modo que, una vez revocados los demás puntos, sólo extraigo del antiguo acuerdo, confirmo y mantengo invariablemente aquello que era grato a ambas partes, a Vuestras Majestades y a mí, a saber, que soy súbdito y vasallo de Vuestras dos Majestades, con lo que renuevo en cierto modo el compromiso roto. Pase lo que pase, nunca obraré para su invalidación; y no habrá causa alguna o medio claro u oculto por el que yo aparezca como transgresor del acuerdo y del actual tratado.

3. Sin embargo, al ir a tomar posesión de los países de oriente, que aquí serán expresamente indicados, gracias a un crisóbulo de Vuestra Majestad, que Vuestra Autoridad ha firmado con tinta roja y del que me ha sido entregada una copia, recibo los países cedidos como regalo de Vuestras Majestades y asumo las competencias sobre estas dona-

clones a través de este crisóbulo. En correspondencia a un regalo consistente en tantos países y ciudades, ofrezco mi fidelidad a Vuestras Majestades, el gran soberano, nuestro señor Alejo Comneno y a Vuestro muy amado hijo el emperador nuestro señor Juan Porfirogéneto, prometiendo mantenerla inconmovible y firme, como un ancla bien fondeada.

4. Y para reiterar los términos más claramente y preservar el derecho de las partes firmantes, he aquí que yo, Bohemundo, hijo de Roberto Guiscardo, convengo con Vuestras Majestades y me comprometo a guardar este inquebrantable pacto con Vuestras Majestades, esto es, con Vos, el soberano de los romanos Alejo y el emperador e hijo vuestro, el Porfirogéneto, y me comprometo a ser un auténtico y sincero vasallo, mientras respire y me cuente entre los vivos. Armaré mi mano contra los enemigos vuestros y de Vuestras Majestades, los siempre venerables y honorables emperadores del imperio de los romanos, procedentes de cualquier lugar.

5. En el momento en que se me ordene por Vosotros, iré inexcusablemente a serviros según las necesidades del momento con todo el ejército bajo mi mando. Si hay alguien, sea quien sea, que actúa de forma hostil con Vuestra Autoridad, a no ser que sean invulnerables a nuestras lanzas, como los ángeles inmortales, o estén constituidos por cuerpos de diamante, lucharé con ellos al lado de Vuestras Majestades. Y si aún conservo mi salud y estoy libre de guerras con bárbaros o turcos, yo mismo lucharé personalmente en la guerra junto a Vosotros con el ejército que me sigue. Si me hallara paralizado por una grave enfermedad, como es normal en los hombres, o una guerra inminente requiere mi interés, entonces en ese caso prometo facilitar un gran apoyo con mis valientes guerreros, de modo que ellos con su labor compensen mi ausencia. Pues el compromiso fiel que hoy ofrezco a Vuestras Majestades consiste en observar íntegramente las exigencias del pacto ya sea por mí mismo o por otros, como ha quedado expreso.

6. Juro conservar una sincera fidelidad en lo general y en lo particular a Vuestra Autoridad y a vuestra vida, es

decir a vuestra existencia terrena en este mundo. Pues por defender vuestra vida me convertiré con mis armas en una compacta estatua de hierro. Extiendo incluso mi juramento a vuestro honor y a vuestras imperiales personas, en el caso de que se conjure contra ellos algún peligro promovido por malditos enemigos, a los que posiblemente yo destruya y aparte de su pérfido empeño. Asimismo, extiendo mi juramento a la salvaguarda de todo país, ciudad, grande o pequeña, e islas que sean vuestros y, en suma, de cuantas tierras y mares están bajo vuestro cetro desde el mar Adriático hasta el oriente todo y toda la superficie de la Gran Asia, que son los confines del imperio de los romanos.

7. Igualmente convengo, y que sea testigo del acuerdo Dios, que lo está oyendo, en no poseer nunca gobierno ni propiedad sobre ningún territorio que esté ahora o que haya estado antiguamente bajo el poder de vuestro cetro, sea ciudad o isla, o por decirlo con otras palabras y en resumen, sobre cuantos dominios abarcaba el imperio de Constantinopla o abarca ahora por oriente y por occidente, salvo los lugares que me han sido expresamente cedidos como presentes por Vuestras Majestades elegidas por Dios y cuyos nombres, uno por uno, serán detallados en este documento.

8. Respecto a los países que pudiera conquistar tras expulsar a sus ocupantes y que se hayan contado alguna vez bajo el gobierno imperial, debo dejar a vuestro buen juicio las disposiciones relativas a su administración. Si es vuestro deseo que yo ejerza el poder sobre el país conquistado como vasallo vuestro y fiel servidor, así sea; en caso contrario, lo entregaría al hombre que eligiesen Vuestras Majestades sin ningún tipo de vacilación. No recibiré en calidad de cesión y transferencia a mi persona por alguien diferente a Vos ningún país, ni ciudad, ni aldea que antiguamente formaran parte del poder imperial; es más, incluso las que fueran conquistadas con o sin asedio y que hayan sido vuestras, volverán a ser vuestras y no seré yo quien me meta en discusiones sobre este particular.

9. Tampoco aceptaré juramento de ningún cristiano, ni se lo prestaré a otro, ni firmaré acuerdo de ningún tipo

que tenga como objetivo vuestro daño o vuestro perjuicio y el de vuestro imperio. Tampoco seré vasallo de otro señor o de otro reino, grande o pequeño sin vuestra autorización: yo sólo tengo un único señor, al que prometo servir, Vuestra Majestad y la de vueatro amado hijo.

10. Repudiaré y haré frente con mis armas a los vasallos de Vueatra Majestad que acudan a mí con intención de rebelarae contra Vuestra Autoridad y pasarse a mi servicio. Por el contrario, recibiré a los otros bárbaros que deseen ponerse bajo mis órdenes, pero no como una peraona libre, lógicamente, sino que les haré jurar por Vos y vuestro muy amado hijo, me haré cargo de sua países en nombre de Vueatraa Majestadea y a partir de ese momento prometo llevar a cabo inexcusablemente las órdenes relacionadas con ellos.

11. Estaa aon las cláusulas relativas a todas las ciudades y países que eataban bajo el cetro de los deatinos romanos; reapecto a los enclavea que no han llegado a ser nunca vasallos de la Romania, me comprometo con un juramento a contar también los territorios agregados a mi poder con guerras y batallas, o ain ellas, como integrantea de vuestro imperio ya sean turcos, ya armenios, o en otras palabras, como alguien que conociera nuestra lengua diría, paganos o cristianos; acogeré a los extranjeros que se pasen a mí y deaeen así servirme con la idea de que también ellos van a ser vaaallos de Vuestras Majestades. Trasladaré también a éstos el compromiso de los juramentos prestados. Entre estos extranjeros pasarán a mi servicio aquellos que vosotros, siempre venerables emperadorea, estiméis adecuados; aquéllos que queráis adoptar bajo vuestra autoriad, si ellos están conformes, os los enviaré, y si no quieren y se niegan a serviros, yo no los aceptaré tampoco.

12. Llevaré la guerra sin cuartel a mi sobrino Tancredo, en el caso de que no deaee deponer parte de au enemistad hacia Vuestras Majestades ni liberar de su poder las ciudades de Vuestras Majeatades. Cuando, quiéraio él o no, las ciuadea aean liberadas, tomaré yo su mando, que me ha aido cedido por Vuestra Autoridad entre las posesiones entrega-

das mediante vuestro crisóbulo, cuyos nombrea serán expresamente detallados. Y todas aquellas ciudades junto con Laodicea de Siria que eatán fuera del grupo de laa que me han sido cedidas, sean adscritas a vuestro cetro. Tampoco daré acogida a los fugitivos de Vuestras Majestades, sino que los pondré en el camino de regreso y los obligaré a retornar junto a vueatraa Majestades.

13. Hago, además, las siguientea promesas junto a los puntos arriba expuestos para darle a eate pacto una más firme consistencia. Convengo en entregar como garantía de eatos acuerdos, para conservarlos inviolable e inquebrantablemente en el futuro, a los hombres que, estando ahora bajo mi mando, ocupen los países cedidos a mí por Vuestra Majestad, incluidas las ciudades y los pueblos que asimismo serán detallados nominalmente. También dispondré que estos hombrea hagan los más sagrados juramentos a fin de que conserven hacia vuestro imperio la recta lealtad que las institucionea de los romanos ordenan, y respeten todo lo estipulado en el presente acuerdo con suma exactitud. Lea haré jurar por las potencias celestiales y la ineludible ira de Dios, que si alguna vez conjurara contra Vuestras Majestades (¡ojalá no suceda, Salvador mío; ojalá no, juaticia divina!) se afanen ellos por todos los medios durante un período de cuarenta días en traerme de nuevo, tras mi rebelión, a la fidelidad de Vuestras Majestades. Pero esto sucedería, si es que pudiera ocurrir, cuando la locura o el furor me afectaran claramente o perdiera de forma evidente el sano juicio. Si me muestro maniático y obstinado ante sus consejos y las secuelas de mi furor acosan violentamente mi alma, entonces abjurarán de mí, me rechazarán por todos los medios y devolverán a Vuestra Autoridad aus fuerzas y su lealtad, y las regiones que ocupan por derecho mío, una vez las hayan deagajado de mi gobierno, serán entregadaa a voaotros y a vuestro bando.

14. Serán obligados a llevar estas acciones a cabo mediante juramentos, guardarán la misma fidelidad, vaaallaje y lealtad hacia voaotros que yo también he acordado y alzarán aus armas por vueatras vidas y honor terreno, como tampoco por vuestras imperiales peraonaa dejarán de ansiar el

combate para que no sufran ninguna penalidad motivada por algún enemigo, si es que ellos tienen conocimiento de la existencia de conspiraciones y peligros. Juro y pongo por testigo a Dios, a los hombres y a los ángeles del cielo que los obligaré a hacerlo y a actuar con energía, comprometidos por sagrados juramentos. De este modo, adoptarán acuerdos idénticos a los que he suscrito con vosotros, esté yo vivo o muerto, en lo que respecta a vuestras plazas y territorios y, en una palabra, en lo relativo a todos los lugares que están bajo la égida de vuestro imperio en occidente y que el oriente abarca. En ellos tendrá vuestro estado a vasallos obedientes y los empleará como fieles servidores.

15. Todos los que circunstancialmente han venido conmigo en esta misión también acatarán inmediatamente la fidelidad que yo he jurado y los pactos firmados con vosotros, los venerables Alejo, soberano de los romanos y el Porfirogéneto, emperador e hijo vuestro; todos los jinetes y hoplitas de mi ejército, a los que acostumbramos a llamar caballeros, que estén ausentes, cuando Vuestra Majestad mande emisarios a la ciudad de Antioquía, allí también pronunciarán ellos los juramentos y los acogerá el enviado de Vuestra Majestad, y yo, lo juro, dispondré que los hombres juren y asuman los mismos pactos sin cambio alguno. Además, contra aquellos ocupantes de ciudades y países que una vez estuvieron bajo el poderío del imperio de Constantinopla, y así lo quiera vuestra Majestad, acuerdo y juro declarar la guerra, entablar combate y armarme contra ellos. Mi ejército tampoco marchará contra aquéllos que vosotros no deseéis. Pues en todo queremos servir a vuestro poder y depender en toda acción y en todo deseo de vuestros deseos.

16. A todos los sarracenos y secuaces de Ismael que deseen pasarse al bando de Vuestra Majestad como desertores, una vez hayan entregado sus ciudades, no les pondré obstáculos a su decisión, ni intentaré cuidadosamente someterlos a mi mando, a no ser que, forzadas y acosadas en todas partes aquellas regiones por mi lanza, atemorizados por los peligros, volvieran su mirada a Vos y pusieran su salvación en pasarse a vuestro campo. Mas a todos ésos y a cuantos por su temor a la espada franca, para evitar una muerte

segura, os llamen venerables emperadores, no los contaréis entre vuestros cautivos, precisamente por ello, sino, lógicamente, a los que voluntariamente se pongan a vuestro servicio sin esfuerzos y penalidades por parte de nosotros.

17. Además, convengo en esto: que los soldados que deseen atravesar conmigo el Adriático desde Longibardía, también ellos jurarán y estarán conformes en servir a Vuestra Majestad; y, evidentemente, les tomará juramento un súbdito vuestro que vosotros mismos enviaréis con ese fin a la otra orilla del Adriático. Si se negaran a prestar juramento, no los dejaré atravesar por haber rehusado aceptar nuestras decisiones.

18. Es preciso, asimismo, detallar en el crisóbulo las ciudades y países cedidos a mí por Vuestras Majestades, elegidas por Dios, y exponerlos en el presente documento. Éstos son: Antioquía de Celesiria con su recinto y su distrito e, igualmente, Suecio, que está situado junto al mar; Dux con todo su distrito junto con el de Cauca, llamado antiguamente Lulo y el del Monte Maravilloso; Fersia con toda su región; San Elías, el distrito militar junto con las villas bajo su soberanía; el distrito militar de Borze y las villas a su mando; la región en torno al distrito militar de Sezer, que los griegos denominan Larisa, y Artac, Teluc, los distritos militares con cada recinto; junto a éstos, Germanicea y las fortalezas a su mando; la Montaña Negra y las plazas bajo su jurisdicción y la llanura entera que se prolonga a sus pies, evidentemente, sin el distrito de los Rupenio, los armenios León y Teodoro, que son súbditos de vuestra Majestad.

19. Junto a las localidades citadas el distrito militar de Pagras, el distrito militar de Palatzas, y el tema de Zume y todas las plazas y villas bajo su jurisdicción y la región que le pertenece a cada una. Todas estas localidades también constan en el crisóbulo de Vuestras Majestades, porque me han sido cedidas por Vuestra Divina Autoridad hasta el fin de mi vida, con el compromiso de que han de volver tras mi óbito al imperio de la Nueva Roma y emperatriz de las ciudades, Constantinopla, siempre y cuando guarde una muy pura fidelidad y una limpia lealtad hacia vosotros, los

siempre venerables y honorables emperadores, hacia vuestro imperio y trono y sea siervo y sumiso vasallo del cetro imperial.

20. Acuerdo y juro por Dios, que es venerado en la iglesia de Antioquía, que no habrá patriarca de nuestra raza en Antioquía, sino que lo será aquél que designen Vuestras Majestades de entre los que sean vástagos de la gran iglesia de Constantinopla. Ojalá suba al trono de Antioquía una persona tan sabia que actúe enteramente de modo patriarcal en elecciones y demás cuestiones eclesiásticas, de acuerdo con los estatutos de esta sede.

21. Hay partes excluidas del gobierno ducal de Antioquía por querer Vuestras Majestades reservarse total potestad sobre ellas. Son el tema de Podando,(...) junto a éstos el distrito militar de la ciudad de Tarso, la ciudad de Adana, los hogares de Mopso y Anabarza y, por resumir, todo el país de Cilicia, que el Cidno y el Hermón delimitan; además el distrito militar de Laodicea de Siria y, lógicamente, el distrito militar de Gabala, que quienes hablamos lengua bárbara llamamos Zebel, los distritos militares de Balanea, Maracea y el de Antárado con Antartus, pues también son ambos distritos militares. Estos son los lugares que, tras excluirlos Vuestras Majestades de todo el territorio bajo el poder ducal de Antioquía, los ha añadido al ámbito de sus dominios, una vez separados de aquél.

22. Me contento con las posesiones cedidas y las quitadas, me atendré a los derechos y privilegios que recibí de vosotros, no actuaré contra lo que he recibido. No sobrepasaré las fronteras y permaneceré en los territorios que me han sido dados, gobernándolos y recogiendo sus frutos hasta que deje la vida, como se ha estipulado. Tras mi muerte, como también ha quedado estipulado, retornarán a sus antiguos propietarios, por quienes fueron cedidos a mi autoridad. Pues ordeno a todos mis gobernadores y vasallos que, de acuerdo con mi última voluntad, devuelvan todos los territorios citados al cetro del imperio de los romanos, sin obrar tendenciosamente para nada al margen de la cesión y sin plantear duda alguna.

23. También juro y reafirmo este punto del acuerdo, para que sin retraso ni vacilación cumplan mis órdenes. Y sea también añadida al tratado la siguiente cláusula: como yo he suplicado a vuestro trono me compensara por lo que Vuestra Autoridad me había enajenado de los dominios de Antioquía y del ducado de esa ciudad y como los peregrinos lo habían suplicado previamente a Vuestras Majestades, Vuestra Autoridad accedió a compensarme con algunos temas, países y ciudades situados en oriente.

24. Es preciso también mencionarlos aquí nombre por nombre para que Vuestras Majestades no tengan duda alguna y yo obtenga una prueba sobre la que podría reclamar en un momento dado. Son éstos: todo el tema del país de Caalotis, cuya capital es Berea, que en lengua bárbara se denomina Calep; el tema de Lapara y todos los pueblos bajo su jurisdicción, esto es, Plasta, la ciudad de Conio, Romaina, la ciudad de Aramiso, la villa de Ameras, la ciudad de Sarbano, la fortaleza de Telcampson, a las que se suman las tres Tilias, Estlabotilin y las otras dos, el castillo de Esgenin, la ciudad de Caltzierin y sus pueblos, Comermoeri y el llamado Catlamatin, Sarsapin y la villa de Necra. Esas son las localidades que se hallan en Siria; las pertenecientes al centro del tema de Mesopotamia son las que se encuentran cerca de la ciudad de Edesa, el tema de Limnia y el tema de Aeto con todo su distrito.

25. No queden sin citar los apartados relativos a Edesa ni la cantidad de talentos anuales que me ha sido fijada por Vuestras Majestades, que Dios guarde, es decir, doscientas libras acuñadas en época de Miguel. Aunque me ha sido asignado a través del piadoso crisóbulo de Vuestras Majestades el ducado de (...) completo con todas las fortalezas y territorios bajo su jurisdicción, no se ha encomendado este gobierno ducal a mi exclusiva persona, sino más bien se me ha concedido por el piadoso crisóbulo que lo traspase al que yo desee, con la obligación por parte de éste de someterse a las órdenes y deseos de Vuestras Majestades como vasallo que es del mismo imperio y de la misma Autoridad y con una voluntad y unas intenciones acordes en los mismos puntos, en los que yo lo estoy con vosotros.

26. Respecto a ese particular, como yo me he convertido en vuestro vasallo y me incluyo en el ámbito de vuestras posesiones, debo percibir una cantidad anual del tesoro imperial, doscientos talentos con acuñación y valor del anterior soberano Miguel, traídos por un emisario nuestro enviado con una carta mía desde Siria a vuestra presencia, a la ciudad imperial, para que tome la citada cantidad con destino a nuestra persona.

27. Vosotros, los siempre venerables, honorables y augustos emperadores del imperio de los romanos, respetaréis en adelante el texto escrito en el crisóbulo por Vuestras Piadosas Majestades y observaréis las promesas. Yo, por este juramento, confirmo lo acordado entre vosotros y yo. Pues juro por la Pasión de nuestro clemente Salvador Cristo, por aquella invencible Cruz que padeció por la salvación de todos, y por los santísimos Evangelios que han asombrado a todo el mundo, y aquí presentes, juro con ellos en mi mano por la Cruz de Cristo asociada en mi pensamiento a la Corona de espinas, a los Clavos y a la Punta de la lanza de aquél que atravesó el costado del Señor y dador de vida, a Vos, el poderosísimo y santo emperador, nuestro señor Alejo Comneno y a vuestro coemperador, vuestro muy amado hijo, nuestro señor Juan Porfirogéneto, que todo lo pactado y dicho por mi boca para siempre guardaré y observaré sin transgresiones, que me ocupo y me ocuparé por siempre de vuestras posesiones, que no mostraré en lo más mínimo intenciones malvadas o dolosas hacia vosotros, sino que perseveraré en todos los acuerdos adoptados por mí y de ningún modo juraré en falso contra vosotros ni me encaminaré por un rumbo que anule las promesas, ni tendré ningún pensamiento opuesto al tratado, tanto yo como todos y cada uno de cuantos pertenecen a mi soberanía y constituyen el conjunto de mis soldados. Es más, incluso nos vestiremos la coraza contra vuestros enemigos y ofreceremos la diestra a vuestros amigos. Todos mis pensamientos serán y se encauzarán para beneficio y honra del imperio de los romanos. Ojalá cuente así con el auxilio de Dios, ojalá cuente con el auxilio de la Cruz y de los divinos Evangelios.

28. Esto fue escrito y los juramentos prestados en presencia de los testigos abajo expuestos, en el mes de septiembre de la segunda indicción del año 6617 (4).

Los testigos y firmantes ante quienes se realizaron estos trámites son los siguientes: los obispos muy devotos de Dios, Mauro de Amalfi y Renardo de Tarento junto con clérigos que los acompañan. El muy bendito abad del venerable monasterio de San Andrés de la isla de Brindisi, en Longibardía, y dos monjes suyos. Los guías de los peregrinos cuyos signos ellos trazaron con su propia mano y cuyos nombres fueron escritos por mano del obispo, muy devoto de Dios, de Amalfi al lado de los signos, el cual había venido como embajador del papa ante el soberano.

Los de la corte imperial: el sebasto Marino, Roger Tacuperto, Pedro Alifa, Guillermo Ganze, Ritzardo Printzitas, Yosfré Males, Umberto, hijo de Graül, Pablo Romano. Los procedentes de Dacia, apocrisiarios del cral, consuegro de su Majestad, el zupán Peres y Simón, y los apocrisiarios de Riscardo Siniscardo, el eunuco nobilísimo Basilio y Constantino el notario."

En conclusión, el soberano recibió de Bohemundo este documento escrito. Y él le correspondió con el arriba citado crisóbulo, firmado con tinta púrpura por la diestra imperial, como es tradición.

(4) 1108.

LIBRO XIV

CAMPAÑAS CONTRA TURCOS Y FRANCOS. ENFERMEDADES DEL EMPERADOR. LOS MANIQUEOS (1108-1115)

I. Campañas contra los turcos en Asia. Triunfos de Eumatio Filocales.

1. Así pues, una vez hubieron llegado a buen puerto los planes del soberano y confirmado el tratado arriba expuesto mediante el juramento de Bohemundo ante los sagrados Evangelios y la lanza con la que atravesaron los facinerosos el costado de Nuestro Salvador, éste solicitó el retorno por el camino que había seguido a su venida, poniendo al servicio de la autoridad y de los deseos del soberano a todos los hombres que estaban bajo su mando; asimismo pedía permiso para invernar dentro de los dominios de los romanos, pedía también abundantes suministros de vituallas y que, cuando pasara el invierno y se hubieran recuperado de sus muchas fatigas, les fuera permitido irse a donde quisieran. Nada más hacer esas peticiones, pudieron ver enseguida cumplidas sus demandas. En consecuencia, después de haber sido honrado con el título de sebasto y haber recogido abundantes riquezas, emprendió el regreso en dirección a su ejército. Lo acompañaba al salir Euforbeno Constantino, apellidado Catacalon, para evitar algún desagradable encuentro con nuestros soldados durante el camino y, en especial, para tomar las medidas precisas con vistas a que las tropas de Bohemundo acampasen en el lugar adecuado y seguro y poder dar satisfacción a las peticiones realizadas. Cuando éste hubo llegado a su campamento y entregado su ejército a los embajadores enviados por el soberano a tal efecto, embarcó en una monere y arribó a Longibardía. Tras sobrevivir no más allá de seis meses, pagó la deuda común.

2. El soberano estuvo prestando aún atención a los celtas durante un tiempo; cuando tuvo solucionados los asuntos pendientes con éstos, tomó el camino hacia Bizancio. Una vez allí, no se entregó para nada al reposo y al descanso, y estuvo meditando de nuevo sobre cómo los bárbaros habían reducido completamente a ruinas la zona costera de Esmirna hasta la misma Atalia y se sentía molesto por no haberles devuelto a estas ciudades su primitivo estado, ni haberles reintegrado su antiguo florecimiento, ni recuperado a sus moradores, que estaban dispersos por todas partes. En concreto, no se desentendió de la situación en la ciudad de Atalo y mostraba gran preocupación por ella.

3. Eumatio Filocales (era éste un hombre muy arrojado que no sólo superaba a los demás por el ilustre linaje al que pertenecía, sino también por su destacada inteligencia, que era liberal en su mano y en su mente, fiel a Dios y a sus amigos y leal como el que más a sus señores, pero que no había sido formado en las técnicas militares, pues no sabía mantener el arco y tirar de la cuerda hacia su pecho, ni cubrirse con el escudo; en lo demás, sin embargo, era muy hábil como en montar emboscadas y derrotar mediante todo tipo de ardides a sus enemigos), éste acudió al soberano y le pidió con empeño el gobierno de Atalia. El soberano, que conocía la sagacidad de su temperamento y de sus empresas y el éxito que lo acompañaba, fuera cual fuera y se dijera lo que se dijera, pues cuando se lanzaba a cualquier actividad, nunca fallaba con sus objetivos, por ello se dejó persuadir y le dio el mando de numerosas fuerzas con abundantes recomendaciones y la orden de que en toda circunstancia se condujera prudentemente.

4. Tras llegar él enseguida a Abido, atravesó el estrecho entre ambas ciudades y arribó a Atramicio. Ésta había sido en otro tiempo una ciudad densamente poblada; pero durante los saqueos a los que sometió esta zona Tzacas, acabó por reducirla a ruinas y borrarla del mapa. En todo caso, al ver la total destrucción de la importante ciudad, hasta el extremo de que parecía no haber sido habitada nunca por nadie, inmediatamente le devolvió su primitivo aspecto, y llamó de los lugares donde se hallaban a todos los supervivientes de sus antiguos moradores y, tras hacer llamar a mucha gente de diferentes procedencias, la repobló y le devolvió su antiguo esplendor. Una vez informado de que los turcos estaban asentados en Lampe, destacó una parte de sus fuerzas y la envió contra ellos. Éstos, al darles alcance, libraron un violento combate y obtuvieron pronto la victoria; y tan duramente se comportaron con los turcos, que arrojaron en calderos a sus recién nacidos y los hicieron hervir. Mataron a otros muchos y retornaron junto a Eumatio alegres y seguidos por los cautivos. Los turcos que lograron sobrevivir se vistieron de negro con el deseo de mostrar esta desgracia a sus compatriotas a través de las vestiduras y atravesaron todo el territorio ocupado por los turcos gimiendo y lamentándose, mientras narraban las tremendas calamidades que sufrieron, provocando el dolor de todos los hombres de armas y excitándolos a la venganza.

5. Eumatio, que había llegado a Filadelfia, se alegró por el éxito de la misión. Pero un archisátrapa de nombre Asan, que ocupaba Capadocia utilizando a sus habitantes como esclavos, cuando se enteró de lo que les había pasado a los citados turcos, tomó consigo sus tropas, mandó llamar a otros muchos hombres desde diferentes sitios hasta juntar un ejército de veinticuatro mil soldados y salió contra él. Pero Eumatio, que era un hombre muy hábil, como se ha dicho, no permanecía despreocupado en Filadelfia, ni se había relajado al abrigo de sus murallas, sino que enviaba por doquier observadores y, para que no se descuidasen, añadía el envío por detrás de otros exploradores, y los animó a estar tan alerta que permaneciesen despiertos toda la noche y escudriñaran cruces de caminos y llanuras.

6. Cuando uno de éstos vio en lontananza el ejército turco, acudió veloz a comunicárselo a Eumatio. Él, que era prudente y que poseía una inteligencia tan clara que sabía lo que debía hacerse y cómo poner en práctica sus planes en un lapso de tiempo imperceptible, conocedor además de que no poseía suficientes fuerzas para enfrentarse a tan gran cantidad de soldados enemigos, ordenó enseguida reforzar todas las puertas de la ciudad y prohibió que nadie subiera a las murallas y que nadie gritara ni hiciera sonar flautas o

citaras; en suma, confirió a la ciudad un aspecto tal que quienes vinieaen la creyeran completamente deahabitada. Asan llegó a Filadelfia, rodeó con au ejército las murallas y estuvo aguardando durante tres días. Como estaba claro que nadie se asomaba a las almenas, que las puertes astaban reforzadaa y que no diaponía de helépolis ni catapultas, considerando que el ejército de Eumatio era pequeño y por ello no se atrevia a salir, ideó otro plan denoatando a los defensorea de la plaza por au mucha cobardía y en medio de un completo desprecio hacia elloa. Separó a diez mil hombres de au ejército y loa envió contra Cerbiano, a otros (...) como si fueran en dirección a Esmirna y a Nimfeo y a loa restantes a Cliara y Pérgamo; una vez enviados todos a realizar les incuraionea, él se unió a los que partían en direccion a Esmirna (...).

7. Sin embargo, Filocales, que conocía laa intencionea de Asan, envió todas les fuerzas a au mando contra loa turcos. Éstas persiguieron a los que habían salido tranquilamente rumbo a Cerbiano, los alcanzaron, cayeron aobre ellos cuando amanecía el día y no se contuvieron a la hora de la matanza; y liberaron a todos loa prisioneros que llevaban loa turcos. Luego emprendieron la persecución de loa enemigoa que habían partido hacia Esmirna y Nimfeo; algunos hombres de la vanguardia, que se habían adelantado, libraron combate desde laa dos alas de la formación contra aquéllos y los vencieron completamente. Mataron a muchoa y obtuvieron gran cantidad de cautivoa; los supervivientes, que fueron escasos, en su huida general cayeron en los remolinos del Meandro y se ahogaron rápidamente. Es ése un río de Frigia, el más tortuoso de todos los ríoa debido a aus continuas curvas. Confiados por su segunda victoria estuvieron persiguiendo a los restantes. Pero lo que les pasó no fue otra coaa más que los turcos lea habían tomado una gran delantera. De este modo, volvieron entonces a Filadelfia. Eumatio, por su parte, tras verlos de vuelta y enterado de que se habían esforzado por luchar valerosamente y de que ningún adversario había escapado de aus manos, las recompensó con generosos regalos y les prometió enormes beneficios en lo sucesivo.

II. Movilización diplomática de Alejo contra Tancredo. Sitio de Tiro por Balduino y fracaso del mismo. Regreso de los embajadores enviados por el emperador sin haber logrado sus objetivos.

1. Traa la muerte de Bohemundo y ante el hecho de que Tancredo seguía en posesión de Antioquía, como si fuera su dominio, con la intención de quitársela sin reservas al soberano, el emperador estuvo reflexionando sobre los juramentos que se habían prestado respecto a esta ciudad y que fueron tranagredidos por esos bárbaros francos, y penaaba en las riquezas que había gastado, en las tremendas calamidades que había sufrido por su deseo de trasladar aquellos innumerables ejércitos desde occidente a Asia, a pesar de que tratara con hombres muy levantiscos y rebeldes, y en el envío con éatos de grandes ejércitos romanos en contra de los turcos por dos motivos: de un lado para que no acabaran siendo víctimas del cuchillo turco (mostraba interés por los francos como cristianos que eran), y de otro, para que, auxiliados por nuestros hombres, destruyesen unas ciudades lamaelitas, entregaran otras de acuerdo con los tratados a los emperadores de los romanos y se ensancharan así los dominios de los romanos, y que sin embargo, no había sacado ningún provecho para el poderío romano de tan enormes penalidades, fatigas y dispendios, antes al contrario, se reservaban con firmeza la ciudad de Antíoco y no nos cedían la posesión de ninguna de las demás poblaciones, no podía consentir, ni tolerar bajo ningún concepto el no replicarles de la peor manera y alejarlos de tan gran falta de sentido común.

2. El hecho de que fuera Tancredo quien se aprovechara de aquellos incontables regalos, de las montañas de oro, de la extrema atención que les había dispensado, de la masa de tropas auxiliares enviadas por él, y el hecho de que el imperio de los romanos no obtuviera ninguna compensación por su parte y de que los francos planearan sus particulares éxitos anulando convenios y pactos sin preocuparse por nada, desgarraba su alma sin saber cómo sobrellevar su insolencia.

3. Por ello envió una embajada a Tancredo, gobernador de Antioquía, reprochándole su falta y la tranagresión de los juramentos con el mensaje adjunto de que no estaba dispuesto a soportar que se le estuviera despreciando eternamente y que lo castigaría también a él por su ingratitud para con los romanos. Hubiera sido indigno y más que indigno gastar las riquezas más allá de toda cuenta, haber destacado los más ilustres regimientos de los romanos por toda Siria y por Antioquía misma en su afán por ampliar con todas sus fuerzas y voluntad los límites del imperio de los romanos y que Tancredo disfrutase de los placeres a costa de sus riquezas y fatigas.

4. Cuando recibió esta embajada, aquel bárbaro furioso y enloquecido, que no soportaba ni siquiera en el extremo de sus oídos la verdad de las palabras y la franqueza de los embajadores, actuó enseguida como suele hacerlo su raza e, hinchado de soberbia, se jactó de que colocaría su trono por encima de los astros y amenazó con atravesar las murallas de Babilonia con la punta de su lanza, hablaba y se expresaba en precisos términos sobre la valentía que caracterizaba a sus tropas y su incontenible ímpetu, y afirmaba que nunca dejaría escapar Antioquía, aunque los que fueran a enfrentarse con él portasen manos de fuego, y que él en persona se tenía por un Nino, el gran asirio, y que era como un gigante enorme e inabatible, erguido como una roca sobre el suelo, y consideraba a los romanos hormigas y los más cobardes de los seres vivos.

5. Cuando a su regreso los embajadores informaron de la insensatez del celta, el emperador se llenó de cólera sin que se le pudiera ya refrenar y quería ir inmediatamente a tomar Antioquía. Así pues, tras reunir a la élite del estamento militar y a todos los hombres del consejo senatorial, pidió consejo a todos. En ese momento todos rechazaron la posible expedición del soberano contra Tancredo, argumentando que antes era preciso ganarse a todos los condes que gobernaban los alrededores de Antioquía y al rey mismo de Jerusalén, Balduino, y sondear sus opiniones sobre si querrían cooperar con él en su campaña contra Antioquía; si tuviera constancia de que éstos eran enemigos de Tancredo,

entonces podría atreverse a marchar contra él; de no ser así, podría encauzar de otra manera la cuestión relacionada con Antioquía.

6. El soberano elogió este consejo, mandó buscar a Manuel Butumites y a uno que sabía la lengua latina, y los despachó en dirección a los condes y al rey de Jerusalén, después de haberles hecho abundantes recomendaciones sobre lo que debían tratar con ellos y con el propio rey de Jerusalén, Balduino. Dado que era imprescindible enviarles riquezas a causa del codicioso carácter latino, dio órdenes a Butumites para el entonces duque de Chipre, Eumatio Filocales, donde detallaba las instrucciones precisas para que le facilitara tantos barcos como le hicieran falta. A la par le entregó para los condes mucho dinero de todo tipo, de toda clase de formas y acuñaciones y de diversos valores. Ordenó asimismo a los ya citados y en concreto a Manuel Butumites, que tras recibir las riquezas de Filocales, atracaran sus naves en Trípoli, se entrevistaran con el conde Pelotrano, hijo de Isangeles, a quien nuestra historia ha hecho frecuentes menciones, le recordaran la fidelidad que su padre guardó hacia el soberano y, al tiempo de entregarle las cartas imperiales, le dijeran: 'No se te debe considerar como inferior a tu padre, por lo que debes observar también tú una fidelidad similar hacia nosotros. Que sepas que yo ya estoy a punto de llegar a Antioquía para castigar a quien no guardó aquellos venerables juramentos con Dios y conmigo. Tú esfuérzate en no colaborar para nada con él y en atraer a los condes al ámbito de nuestra fidelidad, de forma que no se vinculen a Tancredo bajo ningún otro concepto."

7. Arribaron, pues, a Chipre y tras hacerse cargo del dinero y de todas las naves que quisieron, navegaron inmediatamente rumbo a Trípoli. Después de fondear las naves en su puerto y desembarcar de ellas, se encontraron con Pelotrano y le dieron a conocer todas las órdenes recibidas del emperador. Al comprobar que aquél se inclinaba ante la voluntad del soberano, que se disponía a su favor y que, si fuera preciso, aceptaba morir por él, prometiendo incluso que acudiría a prosternarse cuando llegara a la región de Antioquía, con su visto bueno encargaron al obispo de Trí-

poll de las riquezas que traían, de acuerdo con las recomendaciones del soberano. Pues temía que los condes, si se enteraban de que los embajadores llevaban dinero, se lo apropiaran y, tras remitirlos a la capital con las manos vacías, empleasen las riquezas en provecho propio y en el de Tancredo. Por tanto, consideró preciso en primer lugar, que partieran de vacío y que, tras comunicarles todo lo que les fue encomendado por el soberano, sondearan sus opiniones, les prometieran la entrega de riquezas y les pidieran a cambio un juramento, por si estuvieran conformes en obedecer durante ese tiempo la voluntad del soberano, para finalmente cederles el dinero. En suma, como hemos dicho, los hombres de Butumites pusieron aquellos bienes bajo la custodia del obispo de Trípoli.

8. Balduino, al enterarse de la llegada de esos embajadores a Trípoli, por su avidez de dinero envió a su hermano Simón antes de que llegaran para invitarlos a venir. Ellos dejaron allí las riquezas con el consentimiento de Pelotrano, siguieron a Simón, el enviado de Jerusalén, y llegaron a presencia de Balduino, que estaba asediando Tiro. Éste, una vez los hubo recibido amablemente y honrado con toda cortesía, aprovechando que habían llegado ante él en el tiempo de cuaresma, los retuvo a su lado durante los cuarenta días, mientras sitiaba Tiro, como hemos dicho. La ciudad estaba protegida, además de por otros medios, por unas murallas inexpugnables que constaban de tres recintos en torno a ella. El círculo más exterior contenía al segundo y éste a su vez al de más adentro, que era el tercero. Eran como círculos que contenían unos a otros y que rodeaban la ciudad con un cinturón.

9. Balduino supo atacar previamente este conjunto de murallas para tomar posteriormente la ciudad, pues actuaban como corazas protectoras de Tiro y dificultaban el sitio. Éste, mediante algunas máquinas de asedio había destruido la primera y segunda líneas, y lo estaba intentando con la tercera. Pero, una vez destruidas las almenas, a continuación relajó el asedio. La hubiera tomado si se hubiera esforzado, pero como creía que tras esos avances podría ponerse en la ciudad con escalas, se dedicó al asedio como si ya

la tuviese en sus manos. Esto les proporcionó la salvación a los sarracenos; Balduino, que veía cercana la victoria, fue completamente repelido y quienes estaban en el interior de las redes, se libraron de sus hilos. El tiempo que perdía la negligencia de Balduino les permitió recuperar la iniciativa.

10. Tramaron la siguiente argucia. Pidieron en apariencia negociar la paz, pero en realidad, mientras se iban desarrollando las conversaciones de paz, se preparaban para la defensa y gracias a las expectativas que iban dejando en suspenso, tenían tiempo de tramar estratagemas contra los francos. Cuando comprobaron el enorme desinterés por el curso de la guerra en el que habían incurrido los sitiadores, llenaron una noche numerosas ánforas de cerámica con pez líquida y las lanzaron contra las máquinas que rodeaban la ciudad. Al estrellarse, necesariamente empaparon de ese líquido la madera. A continuación de ésta, les arrojaron antorchas encendidas y después repitieron la operación con ánforas llenas de nafta, que al contacto con el fuego inmediatamente comenzaron a lanzar llamas al aire, con lo que las máquinas de los sitiadores se vinieron abajo. Mientras iba amaneciendo el día, resplandecían también las llamas que inundaban el aire desde las tortugas de madera.

11. Los hombres de Balduino obtuvieron la recompensa que merecía su negligencia y de la que se arrepentían; pues el humo y el fuego les habían dado a conocer lo sucedido. Algunos soldados, que se hallaban en torno a las tortugas y que ascendían al número de seis, fueron capturados y el gobernador de Tiro, nada más verlos, les cortó las cabezas y las despidió mediante catapultas en dirección al ejército de Balduino. Al ver todo el ejército el espectáculo del fuego y de las cabezas, huyeron aterrados en sus caballos, como si se hubieran asustado por aquellas cabezas y a pesar de las continuas cabalgadas de Balduino, de sus llamadas a los fugitivos y de sus intentos de animarles por todos los medios. Pero era como si le cantara a los sordos; aquéllos, dándose en masa a la fuga, huían inconteniblemente por el camino y parecían más veloces que cualquier pájaro. Al final de la carrera tenían la fortaleza llamada por los lugareños de Acre, que se convirtió en refugio para aquellos veloces

cobardes. En todo caso, Balduino desistió, siguió desolado contra su voluntad a los que huían y escapó de la mencionada ciudad.

12. Butumites, por su parte, tras embarcar en las trirremes chipriotas (eran doce en total), bordeó las costas que llevaban a Acre, donde encontró a Balduino, y le dio a conocer todo cuanto el soberano le había ordenado comunicarle, y decía, añadiendo estas palabras a su mensaje, que el emperador había llegado a Seleucia. Ahora bien, este último informe no era cierto; sino que era una medida tomada para asombrar así al bárbaro y para que él lo dejara partir de allí. Pero el ardid no le pasó inadvertido a Balduino y recriminó duramente a Butumites por recurrir a las mentiras. Pues se había enterado antes gracias a alguna persona del paradero del soberano, es decir, de que había avanzado a lo largo del extenso litoral, que se había apoderado de las naves piratas que asolaban el mar y de que se había retirado enfermo de allí, como nuestra obra expondrá con mayor claridad más abajo. Tras replicar Balduino con esto a Butumites y reprochándole su mentira, dijo: "Tienes que venir conmigo hasta el Santo Sepulcro, de donde partirán mis embajadores para dar a conocer mis decisiones al soberano."

13. Ahora bien, nada más llegar a la Ciudad Santa empezó a pedirles el dinero que le había sido enviado por el emperador. Butumites dijo: "Si vosotros prometéis ayudar al soberano en contra de Tancredo, poniendo en práctica el juramento que prestasteis durante vuestro paso a Asia, entonces recibiréis el dinero dirigido a vosotros." Pero Balduino quería recibir el dinero, aun a costa de negarle la ayuda al emperador e incluso llegaba a enojarse con Tancredo por no poder recibirlo. Semejante carácter presenta toda la raza bárbara; se queda pasmada ante los presentes y el dinero, pero no hay nada que la haga trabajar en aquello para lo que le han sido facilitados los bienes. Así pues, una vez le hubo dado una escueta carta, lo despidió. Después de haberse encontrado los embajadores con el conde Yatzulino, que se encaminaba a venerar el Santo Sepulcro en el día de la Resurrección del Salvador, y de haberse entrevistado con él sobre el asunto que traían entre manos, al comprobar que

también él estaba de acuerdo con Balduino, se retiraron de allí sin haber logrado nada positivo.

14. Ante la noticia de que Pelcrano no se contaba ya entre los vivos, reclamaron la devolución del dinero que ellos habían dejado en depósito bajo la custodia del obispo. Pero el hijo de Pelcrano y el obispo de Trípoli dilataban interminablemente la devolución de los bienes. Y ellos les decían en tono amenazador: "Si no nos entregáis las riquezas, no sois auténticos vasallos del emperador ni le tenéis ningún tipo de fidelidad, como una vez la tuvieron Pelcrano y su padre Isangelos. Así pues, en adelante, no dispondréis de la generosa fuente de víveres procedentes de Chipre, ni menos aún, contaréis entre vuestros aliados al duque de Chipre, por todo lo cual terminaréis siendo víctimas del hambre." Ya que a pesar de todos los recursos puestos en práctica, fueran melifluas palabras, fueran amenazas, no lograban convencerlo de que entregara el dinero, creyeron preciso que el hijo de Pelcrano hiciera un solemne juramento de fidelidad al soberano y entregarle así sólo los presentes destinados a su padre, que eran monedas de oro y plata y diversos tejidos. Él se hizo cargo de éstos y prestó el solemne juramento de fidelidad al soberano. Tras darle el resto del dinero a Eumatio, emplearon los fondos en la adquisición de briosos caballos de Damasco, Edesa y Arabia. Una vez que hubieron pasado desde allí por el mar de Siria y el golfo de Panfilia, descartaron la posibilidad de continuar el viaje en barco por considerar que la tierra firme ofrece más seguridad que el mar, se dirigieron al Queroneso, donde estaba el soberano, y , una vez atravesado el Helesponto, se encontraron con el emperador.

III. Retirada de una flota procedente de Longibardía sin presentar combate. Incursión de los turcos, derrota de éstos y firma de un tratado con el emperador.

1. Puesto que los problemas caían sin descanso sobre él como los copos de nieve y puesto que del lado del mar los caudillos de Pisa, Génova y Longibardía se disponían a devastar con una flota todas las zonas costeras y por tierra el

emir Salaan estaba al llegar desde oriente en su ofensiva contra Filadelfia y las regiones del litoral, reconoció que debía salir de la ciudad imperial y acudir allí donde fuera posible combatir en ambos frentes. Llegó, pues, al Quersoneso; luego, tras hacer venir tropas terrestres y navales procedentes de todas partes y destacar un importante cuerpo de ejército, lo emplazó por el Escamandro hasta Atramicio, en el tema Tracesio. Estaba al mando de Filadelfia como general Constantino Gabras acompañado de una guarnición lo suficientemente numerosa para esa plaza, y el medio bárbaro Monastras hacía lo mismo con Pérgamo, Cilara y los pueblos de sus alrededores; las restantes ciudades costeras tenían a su frente a otros hombres que se distinguían de los demás por su experiencia militar y por su audacia. Muchas recomendaciones les hizo el soberano tales como que anduvieran alerta continuamente y enviaran observadores en todas direcciones que espiasen las incursiones de los bárbaros e informaran de ellas a cada instante.

2. En suma, una vez reforzado de esta manera el frente asiático, dirigió su atención a la guerra en el mar y ordenó a una parte de las fuerzas navales que atracasen en los puertos de Madito y Cela, que vigilasen sin descuidarse el estrecho que hay entre ambas localidades, que inspeccionaran la zona con naves ligeras y que observasen las vías marítimas sin descanso a la espera de la flota franca; a otra parte de las fuerzas les ordenó que defendieran las islas navegando a lo largo de su litoral, sin perder de vista las costas del Peloponeso, y que efectuaran una intensa labor de vigilancia de esta península. Y como era su deseo permanecer un tiempo en aquellas tierras, improvisó una residencia en un lugar apropiado y allí mismo invernó.

3. Cuando la flota aparejada en Longibardía y en los demás puntos de partida hubo soltado amarres y realizado la travesía, su jefe destacó cinco birremes y las mandó para que capturasen a alguien y obtuvieran información sobre el emperador. Tras la llegada de la flota a Abido, tuvo lugar un acontecimiento: una sola de las naves destacadas regresó junto a quien las había enviado, ya que los demás habían sido capturadas junto con sus remeros. Gracias a los informes de ésta los comandantes de las ya citadas escuadras tuvieron clara idea de lo relacionado con el soberano, de que había reforzado firmemente los frentes marítimos y terrestres y de que estaba invernando en el Quersoneso, para dar confianza a todos sus hombres; ya que no eran capaces de combatir contra las tácticas del soberano, tomaron los timones y cambiaron de rumbo.

4. Un celta perteneciente a la plana mayor de la flota separó su nave, una monere muy rauda (creo que con el consentimiento de sus comandantes), se encaminó en dirección a Balduino al que halló asediando Tiro, como hemos señalado anteriormente y le explicó todo lo concerniente al soberano y cómo la escuadra romana se había adelantado a capturar las naves de reconocimiento, como hemos dicho. También confesaba sin enrojecer que los jefes de la flota celta, al enterarse de que el soberano estaba tan preparado para hacerles frente, se volvieron por creer más conveniente regresar sin haber entrado en acción que ser derrotados en un combate con la flota romana. En suma, éstas fueron todas las noticias que aquel celta atemorizado y asustado aún por la presencia de la flota romana dio a Balduino.

5. Éstos fueron, pues, los acontecimientos que vivieron los celtas en el mar; pero la situación en el continente no se presentaba libre de turbulencias, ni se le había planteado al soberano sin preocupaciones. Un cierto Miguel de Amastris, que era gobernador de Acruno, tras urdir una sedición, se erigió en amo de la plaza y se dedicó a devastar terriblemente sus alrededores. Cuando se hubo enterado de esto el soberano, envió con grandes tropas contra él a Jorge, el hijo de Decano. Éste, después de un asedio de tres meses, se apoderó de esa ciudad y rápidamente envió a aquel rebelde al soberano. El soberano encomendó el gobierno de la plaza a otro y, "clavándole un dardo entre las cejas" (1), llenó de amenazas al hombre a quien, para meterle miedo, condenó aparentemente a muerte; pero pronto liberó al soldado de sus temores. Aún no acababa de ocultarse el sol en

(1) Sentido figurado: mirar fijamente.

el horizonte, cuando aquel prisionero se veía libre y el condenado a muerte se había encontrado con infinitos regalos.

6. Así era mi padre y emperador en todo momento, aunque sólo obtuviera a cambio la tremenda ingratitud de la gente, como le pasó antiguamente también al primer benefactor, Nuestro Señor, que hizo llover maná en el desierto, dio alimento en las montañas y permitió el paso a través del mar sin que se mojaran, para ser posteriormente rechazado, insultado, golpeado y por último condenado a la cruz por los facinerosos. Cuando llego a este punto, brotan las lágrimas delante de mis palabras y me siento agitada en el momento de tratar sobre este particular y hacer la lista de los ingratos; mas contengo mi lengua, aunque mi corazón desee vivamente detallarlos, y me digo sin cesar a mí misma lo del poeta: "Sopórtalo, corazón, que en una ocasión soportaste peores momentos." (2)

7. Ésos fueron los acontecimientos relacionados con aquel ingrato soldado; por otro lado, del grueso de las tropas enviadas por el sultán Saisan desde Corosan, una parte descendía por el sector de Sinao y otra marchaba por la que se denomina propiamente Asia. Cuando Constantino Gabras, a la sazón gobernador de Filadelfia, recibió informes sobre estos movimientos, tomó las fuerzas a su mando y tras alcanzarlos en Celbiano, él fue el primero de todos que soltó sus riendas contra ellos, dio a los demás la orden de hacer lo mismo y derrotó a los bárbaros. El sultán que los había enviado, cuando conoció tan enorme derrota, mandó embajadores al soberano y pidió la paz, mientras reconocía que de antaño deseaba ver la paz entre musulmanes y romanos. Pues sabía desde hacía tiempo de las hazañas del soberano en sus contiendas con todo el mundo y, ante las muestras que tuvo de esas gestas y conociendo el tejido por su borde y al león por las garras, había optado a pesar suyo por las negociaciones de paz.

(2) Od., XX, 18.

8. A la llegada de los embajadores de Persia, el emperador estaba sentado en su trono con aspecto temible y los maestros de ceremonia, tras situar en orden a los soldados de todas lenguas que habían sido seleccionados y a los bárbaros portadores de hachas, presentaron a los embajadores ante el estrado imperial. Él, tras hacerles las lógicas preguntas sobre el sultán y oír su mensaje a través de ellos, reconoció que ansiaba y quería la paz con todos, y como se percató con sus preguntas sobre la postura del sultán de que no todas las condiciones expuestas eran convenientes para el imperio de los romanos, envolviéndolos verbalmente con sus certeras dotes persuasivas y defendiendo ante ellos los planteamientos provechosos para él, acabó por convencerlos tras una larga conversación de que accediesen a sus deseos. Después, los despidió a la tienda preparada para ellos, sugiriéndoles que examinaran lo que había dicho y que si aceptaban de todo corazón las condiciones, ultimasen al día siguiente el pacto. Como se mostraron acordes con las propuestas del soberano, al día siguiente se concluyó el tratado.

9. El emperador no sólo prestaba atención a sí mismo, sino también a todo el imperio de los romanos. Mostrando mayor interés por los asuntos generales que por los suyos propios, adoptaba todo tipo de medidas para que todo lo que se dispusiera estuviese dirigido y enfocado a la soberanía de los romanos, con intención de que tras él y en tiempos sucesivos los acuerdos siguieran vigentes, si bien al final no tuvo éxito con sus objetivos. El mundo que venía tras él era distinto y los acontecimientos estaban avocados a caer en la confusión. Hasta entonces los elementos provocadores de disturbios estaban en calma y marchaban hacia una paz duradera y de (...) hubiéramos prolongado la paz hasta el final de los tiempos. Pero todos los beneficios desaparecieron con el emperador y sus esfuerzos resultaron vanos tras su muerte a causa de la incompetencia de quienes lo sucedieron con el ostro.

IV. Enfermedades del emperador y sus causas.

1. Los comandantes de la flota franca, cuando a través de los supervivientes de las cinco naves ligeras que habían enviado tuvieron seguras informaciones sobre la escuadra romana y sobre el hecho de que el emperador estaba en el Quersoneso aguardando su llegada con la escuadra ya aparejada, renunciaron a su primitivo plan sin tener ya el más mínimo deseo de aproximarse a los territorios de la Romanía. El emperador, después de invernar en Callópolis con la emperatriz (lo estaba acompañando por la enfermedad de sus pies, como hemos detallado en nuestra historia numerosas veces) y después de mantener la vigilancia durante el período de tiempo en que la flota de los latinos suele emprender navegaciones, volvió a la ciudad imperial. No había transcurrido mucho tiempo, cuando se anunció una invasión de los turcos procedente de todos los puntos de oriente y de Corosan con un contingente que llegaba a los cincuenta mil hombres. El emperador, en efecto, no pudo gozar siquiera de una mínima tranquilidad a todo lo largo de su reinado, ya que hubo de soportar guerras que surgían unas tras otras. Mandó, por tanto, llamar de todas partes a todo su ejército y, previendo el momento en que los bárbaros acostumbran hacer sus incursiones contra los cristianos, atravesó el estrecho entre Bizancio y Damalis.

2. Ni siquiera logró apartarlo de su tarea la agudización de los dolores de sus pies. Esta dolencia no había afectado nunca a ninguno de sus predecesores, de manera que no se podía pensar en que la enfermedad tuviera motivos hereditarios, ni que fuera originada por un régimen de vida fácil, como les suele ocurrir a los que llevan una existencia disoluta y son amigos de los placeres. Pero voy a detenerme para relatar cómo acabaron en ese estado sus pies. En una ocasión, por ejercitarse, estaba él jugando al polo en compañía de Tatikio, sobre quien en numerosas ocasiones he hablado. Éste, empujado por el caballo, cayó sobre el emperador, lo que provocó este dolor en la rótula y en todo su pie por la caída de un gran peso sobre él, pese a lo cual, no hizo alusión a que le doliese porque era muy sufrido y tras unos leves cuidados que le dispensaron, al pasársele el dolor, continuó con sus acostumbradas ocupaciones. Esta es la primera causa de la dolencia de los pies del emperador, pues los dolores locales atrajeron hacia sí a los dolores reumáticos.

3. La segunda y más efectiva causa de todas sus dolencias fue la siguiente. ¿Quién dejó de ver aquella infinita masa de celtas que iban llegando a la ciudad imperial, cuando empezaron a arrojarse sobre nosotros tras abandonar por doquier sus propios países? Entonces se hundió el emperador en un inmenso mar de preocupaciones porque gracias a muchos informes era consciente de que ellos soñaban con apoderarse del imperio de los romanos y, cuando veía que su número era mayor que el de los granos de arena y el de los astros, que todas las fuerzas romanas ni siquiera lo igualaban en una mínima parte, aunque se juntaran en un único ejército, sobre todo si la mayor parte de ellas se hallaban diseminadas guardando unas los valles de Serbia y Dalmacia, vigilando otras la zona en torno al Istro contra las invasiones de los cumanos y dacios, y estando muchas también encargadas de la defensa de Dirraquio, para que no volviera a ser capturada por los celtas, cuando el soberano se percató en conjunto de estos hechos, se dedicó por entero a los celtas y colocó en segundo lugar los demás asuntos.

4. A los bárbaros que se movilizaban en secreto y no sacaban a la luz su hostilidad los estuvo conteniendo con títulos y regalos, mientras reprimía los ímpetus de los celtas con todo tipo de recursos. Pero no menos debía también atender a los conflictos internos, ya que, sin tenerlas tampoco mayor temor, se esforzaba por estar vigilante con todos los medios para frustrar astutamente las conjuras. ¿Mas, quién podría describir el torbellino de malvados que se le vinieron encima? Actuando de maneras diversas con todos ellos y adaptándose, como podía, a las circunstancias, se dedicaba a lo que era urgente, usando las reglas de su arte como lo haría un experto médico.

5. Al amanecer, nada más salir el sol por el horizonte del oriente, se sentaba en el trono imperial ordenando diariamente a todos los celtas que entraran sin reservas, para que le comunicasen sus peticiones y, al mismo tiempo, para

intentar ganárselos mediante todo tipo de razones. Los condes celtas, que eran por naturaleza desvergonzados, atrevidos y codiciosos y que hacían gala de una intemperancia y una prolijidad por encima de toda raza humana en lo relativo a sus deseos, no se comportaban con decoro en su visita al soberano, sino que en su recepción a todos debía soportar, a éste, al otro y a continuación a aquél y al de más allá. Una vez dentro los celtas, no se ceñían al tiempo marcado por la clepsidra, como una vez fuera deseo de los oradores, sino que cada uno, quien quiera que fuese el que hacía aparición y deseara conversar con el soberano, tenía tanto tiempo como quería. Éstos, pues, eran tan inmoderados en su conducta y respetaban tan poco al soberano que no se preocupaban del paso de su turno ni temían la indignación de quienes los estaban mirando ni procuraban un hueco en la audiencia a los que venían detrás, reiterando sin contención sus palabras y sus peticiones. Su charlatanería y la insolencia y mezquindad de sus expresiones las conocen todos cuantos se interesan en investigar las costumbres de los hombres. A los entonces presentes la experiencia se lo mostró con mayor exactitud.

6. Cuando caía la tarde, después de haber permanecido sin comer durante todo el día, se levantaba del trono para dirigirse a la cámara imperial; pero tampoco en esta ocasión se libraba de la molestia que suponían los celtas. Uno tras otro iban llegando, no sólo aquellos que se habían visto privados de la diaria recepción, sino incluso los que retornaban de nuevo, y mientras exponían tales y cuales peticiones, él permanecía en pie, soportando tan gran charlatanería y rodeado por los celtas. Era digno de verse cómo una y la misma persona expertamente daba réplica a las objeciones de todos. Mas no tenía fin su palabrería impertinente. Cuando alguno de los funcionarios intentaba interrumpirlos, era interrumpido por el emperador. Pues conociendo el natural irascible de los francos, temía que con un pretexto nimio se encendiera la gran antorcha de una revuelta y se infligiera entonces un grave perjuicio al imperio de los romanos.

7. Realmente, era un fenómeno completamente insólito. Como una sólida estatua que estuviera trabajada en

bronce o en hierro templado con agua fría, así se mantenía durante toda la noche desde la tarde, frecuentemente hasta la media noche y con frecuencia también hasta el tercer canto del gallo y alguna vez hasta casi el total resplandor de los rayos del sol. Todos, agotados, generalmente se retiraban, descansaban y volvían a presentarse enfadados. Por ello ninguno de sus asistentes podía soportar tan prolongada situación sin reposo y todos cambiaban de postura alternativamente: el uno se sentaba, el otro doblaba la cabeza para reclinarla en algún lado, otro se apoyaba en la pared, sólo el emperador se mantenía firme ante tan grandes fatigas. ¿Qué palabras podrían estar a la altura de aquella resistencia a la fatiga? Las entrevistas eran infinitas, cada uno hablaba por extenso y chillaba desmesuradamente, como dice Homero [3]; cuando uno cambiaba de lugar era para cederle a otro la oportunidad de parlotear y éste mandaba buscar a otro y, a su vez, éste a otro. Y mientras ellos sólo debían permanecer en pie durante el momento de la entrevista, el emperador conservaba su postura inmutable hasta el primer o segundo canto del gallo. Y tras descansar un poco, salido de nuevo el sol, se sentaba en el trono y volvía a encajar nuevas fatigas y redobladas contiendas que prolongaban aquéllas de la noche.

8. Dicha dolencia, pues, hizo aparición en sus pies a causa de las razones expuestas. Desde entonces hasta su muerte, con intervalos de algunas temporadas, le estuvo atacando un reuma que le provocaba fuertes dolores. Él tan gran aguante mostraba que nunca salió de su boca una palabra de queja y decía: "Sufro merecidamente; estos dolores los tengo en justicia por la abundancia de mis pecados." Y si en alguna ocasión salía de sus labios una palabra de debilidad, hacía inmediatamente la señal de la cruz contra el demonio criminal y decía: "Huye de mi lado, pérfido, malditos sean tú y tus argucias contra los cristianos."

9. Queden, pues, aquí nuestras explicaciones sobre la enfermedad de sus pies; pero si alguien colaboró en esa en-

(3) Il., II, 212.

fermedad con una copa llena y mezclada para él con amargura, como en breve señalaremos para no decirlo todo ahora, e incrementaba sus dolencias, aunque la emperatriz untara con miel esa copa y la preparara para aliviarle la mayoría de sus males, siendo un incansable guardián del soberano, añádase también esta persona a nuestra historia y constituya una tercera causa de la enfermedad del emperador y no tanto una causa lejana, como la más próxima, como dicen los hijos de la medicina. Esa persona no se ausentaba tras efectuar su ataque, sino que lo acompañaba como los más perjudiciales de los humores en las venas, y es más, si prestáramos atención a su naturaleza, no sólo veríamos en él la causa de la enfermedad, sino con toda evidencia la propia enfermedad y el más grave síntoma. Mas debemos proseguir el relato y mordernos la lengua, para no apartarnos del camino principal, aunque me halle totalmente dispuesta para acometer a los perversos. Reservemos, pues, este asunto para un momento adecuado.

V. Campañas bizantinas contra los turcos: actuación de Eustatio Camitzes y victoria del emperador.

1. Quede ahí la descripción de la actitud de los celtas. Así pues, el soberano acampó en la orilla opuesta, en Damalis; es allí donde lo habíamos dejado en el momento de su paso. Pronto hicieron todos la travesía y acudieron como copos de nieve junto al emperador, que permanecía en el mismo sitio, mientras aguardaba la venida de toda la gente y esperaba que se le aliviara aquel fuerte dolor. Cuando contempló la luna llena, dijo el emperador a la augusta, que se hallaba presente a su lado, cuidando de la enfermedad de sus pies y aliviándolo de sus sufrimientos con todo tipo de atenciones: "Si los turcos quisieran llevar a cabo una incursión de pillaje, éste es el momento adecuado, y me molesta haber desperdiciado ya una ocasión tan favorable." Dijo estas palabras por la tarde; al amanecer el eunuco a cargo de la cámara imperial entró y anunció la incursión de los turcos contra Nicea y le mostró la carta de su gobernador, a la sazón Eustatio Camitzes, que trataba sobre los movimientos de aquéllos.

2. El soberano sin retrasarse un instante ni perder el tiempo y como si olvidara el dolor que lo estaba martirizando, tomó el camino hacia Nicea en un carro y con una vara en la mano derecha. Entonces los soldados, tras tomar consigo sus lanzas, se pusieron en marcha por escuadrones y alineados a sus dos lados; unos corrían junto a él, otros lo adelantaban, otros lo seguían alegres de verle lanzándose contra los bárbaros, pero entristecidos por el dolor que le impedía cabalgar. Él animaba a todos con sus gestos y sus palabras sonriéndoles dulcemente y arengándolos para que tuvieran coraje. Al cabo de tres días llegó a un lugar llamado Egialos, desde donde pensaba navegar hacia Ciboto. La augusta, al ver que éste tenía prisa por hacer la travesía, después de decirle adiós marchó a la ciudad imperial.

3. Cuando el soberano hubo llegado a Ciboto, vino a su presencia un hombre con la noticia de que unos sátrapas pertenecientes a la élite de ellos habían destacado a cuarenta mil hombres, de los que unos iban al asalto de Nicea y sus regiones limítrofes y que Monolico y (...) estaban devastando las zonas costeras. Los primeros, una vez hubieron asolado los territorios limítrofes con el lago de Nicea y Prusa, así como Apoloniade, acamparon allí mismo en torno a ésta y tras acumular todo el botín en ese sitio continuaron su avance al mismo ritmo y devastaron entonces Lopadio y toda la zona de sus alrededores hasta llegar a Cízico, que tomaron al primer asalto por la parte del mar sin que su gobernador opusiera la más mínima resistencia; más bien huyó cobardemente de la plaza. Luego informó de que Contogmes y el emir Mucumet, archisátrapas de gran rango, habían marchado por los montes Lencianos hacia Pemaneno, arrastrando un abundante botín y a muchos hombres capturados a punta de lanza, incluidos cuantas mujeres y niños habían perdonado sus armas. Monolico, por su parte, había vadeado un río llamado por los lugareños Bareno, que fluye desde un monte conocido por Ibis, en el que nacen también muchos y diversos ríos como el Escamandro, el Angelocomites y el Empelo, se había encaminado a Pario y Abido del Helesponto y había atravesado Atramicio y Cliara en unión de numerosos cautivos de forma incruenta y sin combatir.

4. Ante estos informes el soberano ordenó por carta que Camitzes, entonces con el cargo de duque de Nicea, siguiera a los bárbaros con quinientos soldados, que lo mantuviera al corriente de sus movimientos por carta y que no mostrara excesivo celo en trabar combate con ellos. Él, tras su salida de Nicea alcanzó a Contogmes, al emir Mucumet y a los demás en el lugar llamado Aorata y, como si se hubiera olvidado de las prescripciones del soberano, los atacó enseguida. Éstos, que esperaban al soberano, creyendo que era él quien atacaba, dieron la espalda aterrados. Pero cuando gracias a la captura de un escita y de la información que les facilitó, se enteraron de que era Camitzes, atravesaron las colinas y, dándose ánimos con tambores y gritos, convocaron a todos los congéneres que se habían dispersado. Éstos se dieron cuenta de la señal de convocatoria y fueron acudiendo sin excepción. Tras retornar por la llanura que se extendía próxima a los pies del lugar denominado Aorata, volvieron a reagruparse.

5. Camitzes, por su parte, una vez hubo acumulado todo su botín, no quiso llegar hasta Pemaneno, como hubiera sido correcto disponer en esas circunstancias (era un baluarte muy fortificado) y con su parada en Aorata tomó una errónea decisión opuesta a sus intereses. Los bárbaros, que estaban fuera de peligro, no se habían olvidado de Camitzes y lo estuvieron acosando con incesantes emboscadas. Cuando supieron que él aún permanecía en Aorata y que estaba organizando la cuestión del botín y los cautivos, emplazaron al instante las fuerzas a su mando en escuadrones y a la hora del alba cayeron sobre él. La mayor parte del ejército de Camitzes, al ver venir sobre ellos tan enorme masa de bárbaros, creyeron que lograrían salvarse huyendo; sin embargo él luchaba decididamente en unión de escitas, celtas y de los romanos que eran más valientes. Durante aquel encuentro cayeron la mayoría de ellos.

6. Camitzes, por su parte, abandonado con unos pocos, aún ofrecía resistencia. Pero al ser herido de muerte el caballo que montaba, cayó por tierra. Su sobrino, llamado Catarodon, desmontó de su propio caballo y se lo ofreció. Pero como era un hombre de gran peso y altura, no podía

subir fácilmente al caballo; por ello se retiró un tanto, se apoyó en una encina, sacó su espada y, perdida la esperanza de salvación, no cesó de dar mandobles sobre el casco, la espalda o incluso las manos de cuanto bárbaro osaba acercarse a él. Al ver los bárbaros que éste resistía mucho, que estaba matando a muchos de los suyos e hiriendo también a muchos, admirados extraordinariamente por el valor del hombre y asombrados por su firmeza, quisieron perdonarle la vida por estas cualidades. El archisátrapa Mucumet, que lo conocía de antiguo y que lo había reconocido en esta ocasión, reprimió el ímpetu de quienes se estaban enfrentando a él y, bajando del caballo, se le acercó junto con los que estaban a su lado y le dijo: "No prefieras la muerte a la vida; vamos, dame la mano y sálvate." Él, que se veía rodeado de tantos enemigos y no podía enfrentarse ya a tanta gente, le dio la mano a Mucumet. Éste lo montó en su caballo y le ató los pies para que no pudiera escapar fácilmente.

7. Éstos fueron los acontecimientos que le sucedieron a Eustatio; el soberano, por su parte, previendo la ruta por la que iban a pasar los enemigos, cambió de rumbo, atravesó por Nicea, Malagina y el lugar denominado Basílica (son valles y senderos intransitables que se hallan en la cima del Olimpo), descendió hasta Aletina y llegó a Acroco, dándose prisa por alcanzar la vanguardia de los turcos y así librar una dura batalla con ellos. Éstos, que ni siquiera guardaban el más mínimo recuerdo de lo que era un ejército romano, una vez hubieron llegado al cañaveral que se extiende por el valle, instalaron allí mismo de forma dispersa su campamento. Cuando fue informado el soberano, que había partido contra ellos, de que los bárbaros habían llegado a la llanura, situó su ejército a suficiente distancia del valle en posición de combate y lo organizó: puso al frente de la vanguardia a Constantino Gabras y a Monastras, dispuso las dos alas en escuadrones y encomendó la retaguardia a Tzipureles y a Ampelas, que tenían gran experiencia sobre la guerra desde hacía mucho tiempo. El emperador, que se colocó en el centro de la formación al mando de todas las falanges, cayó como un rayo sobre los turcos y entabló un violento combate con ellos.

8. Tras llegarae al combate cuerpo a cuerpo, cayeron muchos bárbaros y muchos también fueron conducidos como cautivos. Sólo se salvaron entonces quienes huyaron hacia al cañaveral; al soberano con una brillante victoria sobre los turcos se dirigió al cañavaral y puso su empeño en expulsarlos de allí. Paro los soldados, impotentes, no podían entrar por lo pantanoso y agreste del cañaveral. El emperador entonces cercó el cañaveral con sus soldados y ordenó que se la prendiera fuego desde un lado. Cumplida esta orden, una gran llamarada brotó hacia el cielo. Los que se habían refugiado en el cañavaral por huir del fuego iban cayendo en manos de los soldados; de todos aquéllos unos fueron víctimas de la espada, otros acabaron siendo conducidos ante el soberano.

VI. Muerte de Ampelas y Tzipureles. Liberación de Eustatio Camitzes y su retorno a Constantinopla.

1. En suma, estos fueron los acontecimientos relacionados con los bárbaros que descendieron de Carme; el amir Mucumet, cuando se enteró del desastre de los musulmanes de Carme, marchó al punto en busca del soberano junto con los turcomanos que habitaban en Asia y con otros más, de tal manera que se dio la circunstancia de que la misma persona perseguía y era perseguida. Pues los bárbaros al mando de Mucumet rastreaban las huellas del soberano y lo iban siguiendo; él, a su vez, iba tras los hombres de Carme, de forma que estaba encerrado en medio de ambos. Pero unos habían sido completamente vencidos y respecto a sus perseguidores aún estaban lejos de suponer algún peligro. No obstante Mucumet logró caer de improviso sobre la retaguardia del soberano y se topó con Ampelas. Él, que era consciente de estar con el soberano y por ello se comportaba más valerosamente, ya que además era una persona audaz, sin esperar un instante para recibir en cerrada formación el ataque de los turcos, se lanzó contra Mucumet. Lo seguía también Tzipureles.

2. Cuando estaban ambos en un viejo fuerte sin haber sido secundados aún por los soldados que mandaban, las

dio alcance Mucumet, que era muy valiente, e hiriendo con dardos al caballo de Ampelas, no al jinete, lo derribó por tierra. Al verlo los turcos y encontrándoselo en tierra, lo mataron. Cuando se percataron de que Tzipureles se estaba precipitando contra ellos impetuosamente, cubrieron de alas su caballo con los dardos, lo descabalgaron y lo mataron seguida con sus espadas. Los soldados que guardaban la retaguardia con la misión de defender a los hombres encargados de preservar la impedimenta y los caballos y repeler en lo posible a quienes los atacasen, al notar la presencia de los turcos, se lanzaron contra ellos y los pusieron totalmente en fuga.

3. Camitzes, que estaba entonces prisionero de los turcos, al ver la confusión surgida en el encuentro de la batalla y contemplar que unos huían y otros perseguían, como era un hombre de firme carácter, planeó su fuga y se puso en camino. Un catafractario celta, que se encontró con él, le cedió su caballo con el que dio alcance al soberano, cuando estaba acampado en la llanura del valle que se extiende entre Filadelfia y Acroco y que tiene una amplitud capaz de admitir la presencia no de un ejército, sino de varios. Al ver a Camitzes, tras acogerlo con una enorme alegría y agradecer a Dios el haberlo liberado, lo envió a la ciudad imperial, diciendo: "Cuenta todas las penalidades que has visto y sufrido y anuncia a los nuestros que, gracias a Dios, aún estamos vivos."

4. Cuando se hubo enterado de la muerte de Ampelas y Tzipurelas, dijo al soberano muy dolido en su alma por la muerte de aquéllos: "Hemos entregado dos y hemos recibido uno." Pues, cuando obtenía alguna victoria en combate, era su costumbre averiguar si alguno de sus soldados había sido capturado o si alguno había muerto por una mano enemiga; aunque hubiera puesto en fuga todas las falanges enemigas y se hubiera alzado con la victoria sobre ellas, si por casualidad había perecido uno de sus últimos soldados, no le concedía valor ninguno al hecho de la victoria y la consideraba realmente como una victoria cadmea o un perjuicio en lugar de un provecho. Tras dejar él como comandantes a Jorge Lebunes y a otros con soldados a su mando para que

vigilaran el país, emprendió victorioso el camino de reg... a la ciudad imperial.

5. Camitzes, pues, llegó a Damalis y subió a una barca en la guardia central de la noche y, como sabía que la emperatriz se encontraba en la zona superior del palacio, llegó a éste por la parte que da a la costa y golpeó en su puerta. A las preguntas de la guardia sobre su identidad, no quiso revelar su nombre y pedía que le fueran abiertas las puertas. Finalmente, tras aclarar a duras penas su identidad, se le permitió la entrada.

6. La augusta lo recibió contenta fuera de la puerta del dormitorio (que desde antaño se denomina Aristerio), y viéndolo ataviado a la usanza turca y cojeando de ambos pies por la herida que había recibido en el momento de la batalla, le ordenó que se sentara, mientras le iba preguntando en primer lugar por el soberano. Luego se informó de todo lo ocurrido; cuando se enteró de aquella nueva e inesperada victoria del soberano y viendo libre al cautivo, no sabía qué hacer de gozo. Le mandó descansar hasta que amaneciese y luego que saliera y anunciara a todo el mundo lo acontecido. Él se levantó temprano, montó a caballo con aquellas ropas que vestía a su llegada tras la sorprendente liberación de su cautiverio y marchó al foro de Constantino. Toda la ciudad acudió a su lado ansiosa de conocer más extensamente sus peripecias y, al mismo tiempo, deseosa de tener noticias sobre el soberano. Él, rodeado de muchos infantes y jinetes, relató con voz clara lo que había sucedido en la batalla, enumeró todas las adversidades que se habían acumulado sobre el ejército romano y, no menos, todas las argucias que había planeado el emperador contra los bárbaros y cómo se había alzado con una brillante victoria, que le reportó la satisfacción de una estupenda venganza; finalmente expuso su inesperada fuga de los bárbaros. A estas palabras todo el mundo lo aclamó y la algarabía de la aclamación ascendió hasta el cielo.

VII. Fuentes de información y método historiográfico de la autora. Su estado personal en el momento de la redacción de esta obra.

1. Así concluyó este asunto y Constantinopla estaba rebosante de comentarios sobre las gestas del emperador. Y es que en verdad se había enfrentado azarosamente a circunstancias difíciles, adversas a él y a los intereses de los romanos y se había visto sumido por entero en un cúmulo de desgracias; pero su virtud, su decisión y su energía hacían frente y plantaban cara a cualquier contratiempo. A ninguno de los emperadores precedentes habidos hasta hoy se le acumularon tantas complicaciones y penalidades provocadas por personas tan diversas de dentro y fuera del imperio, como encontramos en este soberano. Ya fuera porque los acontecimientos debían estar dispuestos de forma adversa a los romanos, con el consentimiento de Dios (por nada podría relacionar nunca la marcha de nuestros asuntos con el curso de los astros) ya fuera porque el poderío romano acabó viéndose reducido a este estado por la despreocupación de anteriores emperadores, el caso es que una multitud de problemas y una turbulenta inestabilidad coincidieron en el momento del reinado de mi padre.

2. Simultáneamente se habían rebelado el escita en el norte, el celta en el oeste y el ismaelita en el este, sin contar con los peligros procedentes del mar, sin los bárbaros que dominaban los mares, sin las innumerables naves piratas, que había aparejado la cólera de los sarracenos y coordinado la ambición y el odio de los vetones hacia el imperio romano. Efectivamente, todos tienen sus ojos puestos en él. Dado que por naturaleza es señor de todos los pueblos, el imperio de los romanos sufre a unos súbditos de comportamiento hostil que a la primera oportunidad, cada uno desde su lugar de origen, nos acosan juntos por tierra y por mar. En un principio las tareas de gobierno de nuestro imperio eran más llevaderas y prósperas, pero en el momento del reinado de mi padre, al tiempo de subirse al carro del imperio, en ese preciso instante, confluyeron por doquier todas las desventuras: el celta se había movilizado y mostraba la punta de su lanza, el ismaelita tensaba el arco y todos los

pueblos nómadas además del pueblo escita entero nos acosaban en pleno con sus infinitos carros.

3. Tal vez alguien que haya llegado a este punto de nuestra obra, podría decir mientras va leyendo estas líneas que mi lengua está comprada por la naturaleza. ¡Pero no, por los peligros del emperador en pro de los romanos; no, por las contiendas y desventuras que mi padre sufrió por los cristianos, yo no cuento ni escribo con alegría semejantes cosas sobre mi padre! Cada vez que veo que mi padre se equivocaba, abiertamente me aparto de la ley natural y me atengo a la verdad; que, aunque lo considere un ser querido, tengo por más querida la verdad. Cuando se tienen dos cosas queridas, como dijo en alguna parte un filósofo, es mejor preferir la verdad [4]. Yo cuento y escribo lo que sucedió sin omitir ni añadir nada de mi pluma.

4. He aquí la prueba: no me he remontado a tiempos muy alejados para escribir mi obra; aún hoy hay algunos supervivientes, de aquéllos que conocieron a mi padre, que me han contado hechos relacionados con él y de quienes no poca información histórica se ha reflejado en esta obra, aportando cada uno de ellos los primeros datos que su memoria les traía a colación y mostrando todos un acuerdo general. Por otra parte, pasábamos muchísimo tiempo al lado de nuestro padre y acompañábamos a nuestra madre. No fue nuestra vida de estilo doméstico, orientada hacia la sombra y la molicie, sino que desde la primera infancia, lo juro por Dios y por su Madre, hicieron presa en mí penalidades, tribulaciones y continuas desgracias que procedían tanto de fuera como de dentro. Respecto a éstas, no podría decir qué aspecto presenta mi persona; que se refieran a ese particular y lo detallen los que dependen del gineceo. En cuanto a las desgracias provenientes del mundo exterior a mí, glosar todas las que me sobrevinieron, cuando aún no superaba mi octavo año de vida, y todos los enemigos que la maldad de los hombres me procuró, precisa de un Sireno, de la grandilocuencia pindárica, del ímpetu de Polemón, de la Calíope

(4) Aristót. Eth.Nic., I, 4.

homérica, de la lira sáfica o de algún otro talento además de ésos. No existió penalidad pequeña o grande, cercana o lejana, que no se me viniera encima. Sin duda las tormentas descargaron sin piedad sobre mí desde entonces hasta ahora, y hasta el momento en que escribo estas líneas, el mar de mis desgracias me zarandea y las olas me acometen una tras otra. Pero me he olvidado de mi objetivo, arrastrada a detallar mis propias desgracias; por tanto ahora que he recobrado la compostura, remontaré la corriente, como si fuera río arriba, y volveré a mis primitivos propósitos.

5. Así pues, como dije, obtuve unas informaciones por mí misma, otras también por haberles conocido en detalle a través de los compañeros de armas del soberano y a través de algunos bateleros que nos transmitían a nosotros las noticias sobre los acontecimientos de las guerras; pero sobre todo, yo personalmente también se las oí relatar con frecuencia al soberano y a Jorge Paleólogo. He reunido la mayor parte del material sobre esta historia fundamentalmente mientras poseía el cetro del imperio el tercer emperador sucesor de mi padre [5], cuando cualquier adulación y mentira habían cesado con su abuelo, pues todo el mundo alaba al que ocupa el trono, pero no ofrecen la más mínima lisonja al que está muerto, por lo que cuentan los sucesos desnudos y los relatan tal como han sido.

6. Mientras lamento mis desgracias y lloro por tres emperadores, mi padre y soberano, mi madre, señora y emperatriz y, ay, mi esposo el césar, me doy la mayor parte del tiempo a la vida retirada y me dedico a los libros y a Dios. Ni siquiera se permite venir a nuestro lado a los hombres menos ilustres ni aun a aquéllos por cuya mediación podríamos conocer datos oídos casualmente a otros, como tampoco se lo permiten a quienes fueron los más allegados a mi padre. Pues hasta hoy, hace ya treinta años, lo juro por las almas de los muy bienaventurados soberanos, no he mirado

(5) Manuel I Comneno (1143-1180). La cuenta que hace Ana Comneno de los emperadores sigue la numeración inclusiva: Manuel I es el segundo emperador reinante tras Alejo I. Anteriormente, ocupó el trono Juan I Comneno, hijo de Alejo, (1118-1143).

ni he visto ni he tratado siquiera con un servidor de mi padre, ya que la mayoría han fallecido y los demás se mantuvieron al margen por temor a lo variable de las circunstancias. Pues, efectivamente, las autoridades nos decretaron esta cruel condena: no ser vista y ser odiada por la gente.

7. El material que he recopilado para mi historia, ha sido obtenido, bien lo sabe Dios y su Madre celestial, mi Señora, a partir a algunos escritos sin importancia y completamente descuidados y a partir también de ancianos vasallos que lucharon en las campañas de aquella época en que mi padre ostentaba el cetro de los romanos, los cuales sacaron provecho de las desgracias y se pasaron empujados por la turbación general al tranquilo estado de los monjes. Los documentos escritos que cayeron en mis manos eran sencillos de expresión y simples, se ocupaban de la verdad sin mostrar ninguna afectación y sin dejarse arrastrar por la grandilocuencia retórica. Las informaciones expresadas por los más ancianos eran del mismo estilo en palabras e ingenio que los escritos y a partir de ellos pude dar testimonio de la verdad histórica, conjuntando y confrontando alternativamente su versión con la mía, que era la que yo personalmente había oído en muchas ocasiones a mi propio padre. Con todos estos materiales como punto de partida ha salido a la luz el cuerpo entero de la verdad.

8. Continúe, pues, nuestra historia con lo que arriba dije sobre Camitzes, es decir, su huida de los bárbaros y su discurso público a los habitantes de la ciudad. Él relató, como hemos dicho, los sucesos y todas las argucias que había maquinado el emperador contra los ismaelitas; los moradores de Constantinopla, convertidos en una sola voz y una boca, aclamaban, vitoreaban al soberano, divinizaban, elogiaban su estrategia y no sabían cómo contener el gozo por él. Una vez enviado a su casa Camitzes, recibieron alegres tras unos días al soberano vencedor, triunfante, general invicto, invencible emperador, venerable soberano. Pero mientras unos se regocijaban así, él, cuando estuvo en el palacio imperial y hubo ofrecido votos a Dios y a su Madre, empezó a dedicarse a las tareas acostumbradas.

9. Una vez enderezado el curso de las guerras en el exterior y reprimidas las revueltas de los sediciosos, dirigió su atención a leyes y tribunales. En ambas circunstancias, la paz y la guerra, era el mejor administrador. Juzgó la causa de un huérfano, hizo justicia con una viuda y actuó con dureza contra todo tipo de injusticia; mientras, daba un poco de reposo a su cuerpo con cacerías y distracciones. Efectivamente, en estas actividades, como en las demás, se comportaba sabiamente, controlando su cuerpo y haciéndolo más sumiso a sí mismo. Pues lo sometía a enormes esfuerzos para entregarlo a continuación al reposo; y el descanso era para él un segundo trabajo: la lectura y examen de los libros, la ocupación en el mandato de "escudriñad las Escrituras" (6). Por otro lado, las cacerías y el juego del polo eran característicos, en segundo y tercer lugar, de mi padre mientras fue joven; porque el estado de sus pies aún no le había afectado a la actividad de la caza, como, según dice la maldición (7), una tortuosa serpiente que le mordiera su talón. Mas desde el momento en que surgió su enfermedad y alcanzó su punto álgido, desde ese instante se entregó a los ejercicios, cabalgadas y otros entretenimientos, ya que la ciencia médica le dio esas prescripciones, para que algo de la materia humoral se evacuara en las cabalgadas y se aliviara su grave enfermedad. Este padecimiento, como he dicho arriba, mi padre no se lo atrajo por otro motivo más que por las fatigas y esfuerzos en pos de la gloria de los romanos.

VIII. Alejo parte para combatir a los cumanos. Datos sobre la región de Filipópolis. Cruzada dialéctica contra los maniqueos.

1. No había aún transcurrido un año, cuando salió de la emperatriz de las ciudades durante la octava indicción en el mes de noviembre, ya comenzado el otoño, a causa de los rumores que se oían sobre un nuevo cruce del Istro por parte de los cumanos, y tras hacer llamar a todas sus fuerzas, las dispuso entre Filipópolis, en un lugar llamado Petritzo,

(6) Juan, V, 39.
(7) Gén., III,13.

Triaditza, el tema de Neso y la localidad de Buranitzoba en el Pariatrio, con órdenes de que cuidaran atentamente a sus caballos, de modo que al estar cebados pudieran llevar a sus jinetes en el momento de la batalla y él se quedó en Filipópolis. Es ésta una ciudad de la Tracia central. El Euro pasa por la ciudad en la dirección del viento del norte; este río fluye desde la cumbre de Ródope y haciendo muchos giros y meandros pasa a lo largo de Adrianópolis y desemboca, una vez han afluido a él otros muchos ríos, en el mar que bordea la ciudad de Eno.

2. Cuando hablo de Filipo no me refiero al macedonio, el hijo de Amintas, pues el origen de esta ciudad es más reciente que este Filipo, sino a Filipo el romano, que fue un hombre muy alto e invencible por su fuerza y vigor físico. Antes de que hiciera su aparición Filipo existía un populoso emplazamiento denominado Crenides, o como decían algunos, Trimus. Pero este altísimo Filipo, tras ampliar las dimensiones de la ciudad y rodearla de murallas, la convirtió en una de las más famosas ciudades de Tracia, construyendo en ella un enorme hipódromo y otros edificios dignos de admiración, cuyos restos alcancé a ver yo misma, cuando salí de viaje con el soberano hacia esta ciudad a raíz de un asunto.

3. La ciudad consta de tres colinas, cada una de las cuales está rodeada por una gruesa y elevada muralla; en el punto donde se inclina hacia la llanura y la planicie, la recorre una zanja que se halla junto al Euro. Según parece, esta ciudad fue en un tiempo una población grande y hermosa. Pero desde la época en la que los tauros y los escitas esclavizaron la ciudad, la plaza presentaba el estado con el que la hallamos durante el reinado de mi padre y por el que conjeturamos que había sido realmente una gran ciudad. Además sufrió la presencia de muchos impíos junto con las otras desgracias. Pues se apropiaron esta ciudad los armenios, los bogomiles, sobre quienes hablaremos posteriormente y sobre cuya herejía trataremos en su momento, y los muy infieles paulicianos, que eran secuaces de la herejía maniquea y seguidores de Pablo y Juan, como su nombre indica, quie-

nes abrazaron la impiedad de Manes y la transmitieron íntegra a sus discípulos.

4. Hubiera sido mi deseo hacer un repaso del dogma de los maniqueos, explicarlo resumidamente, para pasar enseguida a rebatir esos dogmas impíos. Pero como sé que todo el mundo estima ridícula la herejía de los maniqueos y, al mismo tiempo, porque tengo prisa en recuperar el hilo de mi historia, dejo de lado el refutarla. Por otra parte, sé que no sólo personas que profesan nuestra fe, sino incluso algunas como Porfirio, filósofo que mantuvo una dura oposición a nuestra religión, en muchos tratados, donde examina de forma muy sabia la cuestión de los dos principios, redujo al absurdo más completo el estúpido dogma de los maniqueos; no obstante, su principio de la unidad obliga a sus lectores a concluir en la unidad platónica o "el uno". Nosotros veneramos el principio de la unidad, pero no el que la circunscribe a una única persona. Y tampoco estamos próximos al uno de Platón; éste era, precisamente, "lo inefable" entre los griegos y entre los caldeos "lo secreto" y de él hicieron depender muchos otros principios terrenos y ultraterrenos.

5. Juan Tzimiscés, aquel admirable emperador, venció a estos discípulos de Manes, que eran más radicales y crueles en su forma de ser que Pablo y Juan de Calínice y que asumían el peligro hasta derramar su sangre, si fuera preciso, y, tras reducirlos al cautiverio, los deportó desde las regiones cálibes y armenias de Asia a Tracia, obligándolos a establecerse en Filipópolis, a fin de alejarlos de las ciudades fortificadas y de los baluartes que ocupaban para esclavizarlos y, simultáneamente, con intención de situarlos como guardianes muy firmes contra las invasiones provocadas por los escitas, que las poblaciones de Tracia habían venido sufriendo frecuentemente a causa de estos bárbaros; pues tenían por costumbre franquear los valles del Hemo y recorrer las llanuras que se extienden a sus pies.

6. Ésta del Hemo es una cordillera muy extensa y paralela al Ródope. Comienza el macizo en el Ponto Euxino, deja un tanto de lado las cataratas y llega hasta el mismo Ilírico; creo que, tras interrumpirse su prolongación por el

mar Adriático, de nuevo reaparece en la otra orilla, en tierra firme, y termina en los propios bosques hercinios. A ambos lados de su extensión se asientan muchos y muy ricos pueblos, los más septentrionales son los dacios y los tracios y más australes que los tracios son los macedonios. Los nómadas escitas, atravesando el Hemo en tiempos pasados, antes de que la lanza de Alejo y sus muchas contiendas los condujeran al total exterminio, acostumbraban a asolar malvamente el imperio de los romanos y sobre todo las ciudades más próximas a ellos, entre las que destacaba la antes muy mencionada Filipópolis.

7. Juan Tzimiscés, haciendo de sus enemigos de la herejía maniquea nuestros aliados, los enfrentó, como tropas aguerridas en el manejo de las armas, a los nómadas escitas; fue entonces cuando estas ciudades recuperaron el aliento, al verse libres de esas incursiones tan frecuentes. Sin embargo, los maniqueos, que eran por naturaleza independientes e inaubordinados, actuaron según es su costumbre y se doblegaron ante su propio carácter. Todos en Filipópolis, excepto unos pocos, eran maniqueos y ejercían un gobierno despótico sobre los cristianos allí asentados, rapiñando sus propiedades sin preocuparse poco o nada de las amonestaciones que les llegaban a través de los enviados del emperador. Su número fue aumentado y todo el entorno de Filipópolis acabó por ser herético. En ellos desembocó otro río salitroso, el de los armenios, y otro, el procedente de la muy vigorosa fuente de Jacob. Era, por así decir, la confluencia de todas las perversiones: los dogmas de estas comunidades diferían entre sí, pero todos coincidían con los maniqueos en su carácter levantisco.

8. Sin embargo, mi padre y soberano, que les opuso su gran experiencia militar, sometió a unos sin necesidad de combatir y condenó a otros al cautiverio tras una batalla. ¡Qué tarea realmente tan apostólica realizó y soportó este valiente! ¿Por qué no se le va a elogiar? ¿Porque no prestara atención a las tácticas militares? No, pues llenó oriente y occidente con sus estratagemas. ¿Porque no daba importancia a las palabras? No, pues había estudiado como ningún otro las divinas Escrituras con intención de afilar su lengua

contra los sinuosos argumentos de los herejes. Sólo él había logrado coordinar el poder de las armas con el de las palabras y vencía con el armamento a los bárbaros y con las palabras derrotaba a los infieles; igualmente entonces estaba armado para librar contra los maniqueos un combate apostólico en vez de militar. Yo me atrevería a llamarlo por ello el decimotercer apóstol. Aunque algunos adjudiquen a Constantino el Grande ese honor, a mí me parece que Alejo se encuentra al mismo nivel del soberano Constantino, o por si alguien se molestase, tras Constantino como apóstol y emperador.

9. Pues como dijimos antes, cuando llegó a Filipópolis por los motivos ya citados, aprovechando que los cumanos aún no habían hecho su aparición, se dedicó a una labor al margen de la primera, pero más importante que ésta: que los maniqueos abjurasen de su corrupta religión e introducirlos en nuestras dulces creencias. Los mandaba buscar por la mañana temprano y los estaba instruyendo en la auténtica fe hasta el mediodía, el atardecer y alguna vez incluso hasta la segunda o tercera guardia nocturna, mientras les probaba las desviaciones de su herejía. Estaban presentes a su lado Eustracio, obispo de Nicea, sabio en lo divino y en lo profano, que era más famoso por su dialéctica que quienes frecuentaban el Pórtico o la Academia; también estaba el hombre que ocupaba el trono episcopal de Filipópolis. Pero entre todos y ante todos el soberano tenía como asistente a mi césar Nicéforo, a quien había armado con el dominio de los libros sagrados. Muchos maniqueos entonces acabaron por acudir sin dudarlo un instante a los sacerdotes, confesar sus pecados y recibir el santo bautismo; y era digno de ver en aquellos momentos cómo muchos, superando a los famosos Macabeos, persistían en su propia religión aduciendo citas y testimonios de las divinas Escrituras en la creencia de que reforzaban con ellos su despreciable dogma. Pero gracias al continuo trato con el soberano y a sus frecuentes exhortaciones también la mayoría de ellos acabó por convencerse y recibieron el santo bautismo. En efecto, desde la salida de los primeros rayos solares por oriente hasta lo más profundo de la noche se prolongaba sin cesar la conversión y como no abandonaba tan extensas charlas pasaba la ma-

yor parte del tiempo sin comer, y todo esto tenía lugar durante el verano y en una tienda al aire libre.

IX. Los cumanos huyen al enterarse de la llegada de Alejo. Final de su actuación contra los maniqueos.

1. En tanto se producían estos acontecimientos y se entablaba aquella disputa dialéctica contra los maniqueos, llegó un mensajero desde el Istro anunciando el paso de los cumanos. El emperador se encaminó al Danubio sin perder tiempo, empleando a los soldados que tenía a mano. Ya en Bidine y como no encontraba a los bárbaros (porque, al haberse enterado previamente de la llegada del soberano, emprendieron la retirada en dirección al otro lado) destacó enseguida a algunos valientes soldados y las encomendó la persecución de los bárbaros. Ellos pronto marcharon tras éstos, atravesaron el Istro y los estuvieron persiguiendo durante tres días y tres noches. Cuando vieron que los cumanos habían atravesado un afluente del Danubio que fluye por aquella parte con las balsas que suelen utilizar para el transporte, volvieron junto al soberano sin haber efectuado acción bélica alguna.

2. El emperador se irritó porque los soldados no habían dado alcance a los bárbaros; sin embargo, consideró una victoria parcial el haber rechazado a los bárbaros sólo con su nombre y haber convertido a muchos herejes maniqueos a nuestra fe, con lo que había obtenido dos triunfos, contra los bárbaros mediante las armas y contra los herejes mediante piadosas palabras. Así pues, retornó de nuevo a Filipópolis y tras descansar un poco, de nuevo se estuvo dedicando a sus contiendas dialécticas.

3. El emperador mandaba llamar diariamente a Cutaón, a Cuaino y además de éstos a Folo, los cabecillas de la herejía maniquea, con idénticos defectos a los del resto de los maniqueos, hábiles a la hora de soslayar su error, duros como el diamante frente a argumentos persuasorios y muy hábiles en desvirtuar la palabra de Dios y desviarla malévo-

lamente hacia la extravagancia, y libraba con ellos un combate dialéctico. Era digno de verse un doble juego, el del emperador, que combatía con todas sus fuerzas para que se salvaran y la de quienes disentían para obtener una victoria cadmea. Aquellos tras se afilaban mutuamente, como dientes de jabalí, y tenían como finalidad rebatir las razones del soberano. Si alguna objeción se le escapaba a Cuaino, Culeón la retomaba y cuando Cutaón carecía de recursos, Folo, a su vez, asumía la defensa, o bien uno tras otro se iban levantando, como enormes olas que viniesen una sobre otra, frente a las argumentaciones y réplicas imperiales. Pero el soberano refutaba todas las objeciones como una tela de araña y cosía la boca de los impuros; pero, como no había forma de convencerlos, finalmente renunció a su objetivo ante la estupidez de estos hombres y los envió a la ciudad imperial, asignándoles como residencia las galerías que rodean el gran palacio. Pero ni mucho menos resultó vana su caza; aunque en aquella ocasión no cazara a esos cabecillas con sus palabras, diariamente conducía hacia Dios a un centenar tras otro de herejes, de modo que entre los que antes habían sido capturados por su elocuencia y los que ahora eran cautivados se sumaban cantidades infinitas, incontables, de miles y miles de hombres.

4. ¿Por qué hay que hablar y tratar de lo que todo el mundo conoce y cuyos testigos son el oriente y el occidente? El soberano fue astutamente convirtiendo a nuestra fe ortodoxa a todas las ciudades y países que estaban dominados por las diversas variedades de herejías. Repartió, pues, grandes presentes a los maniqueos convertidos que pertenecían a las clases superiores y los alistó entre los mandos del ejército; reunió a todos los demás que eran de clases modestas y, agrupando a los que eran agricultores y trabajaban con carros y bueyes junto con sus hijos y mujeres, les construyó una ciudad en un lugar cercano a Filipópolis, en la otra orilla del río Euro, los trasladó allí y la puso el nombre de Alexiópolis, también conocida por Neocastro, nombre éste que ha prevalecido, después de haberles distribuido a unos y otros tierras de labranza, viñedos, casas y bienes inmuebles. No les hizo donaciones fraudulentas ni parecidas a

los jardines de Adonis [8], que florecen hoy y mañana se marchitan, sino que les entregó sus regalos garantizados con un crisóbulo, permitiendo el goce de estas posesiones a los que entonces vivían y haciéndolas transmisibles a sus descendientes y a los descendientes de éstos; y si la línea masculina se agotara, en ese caso, las mujeres podrían heredar las concesiones. Así prodigaba él sus favores.

5. Quede aquí el relato de estos acontecimientos; pues la mayor parte de aquellos hechos han sido expuestos. Y que nadie lance reproches a la historia, como si hubiera que adoptar precauciones ante estos escritos. Entre los que aún viven hay muchos testigos de los sucesos que hemos contado y no se nos podría coger en falsedad. El soberano, una vez tomó las medidas precisas, levantó el campo de allí y trasladó su residencia a la ciudad imperial. De nuevo los mismos enfrentamientos y las mismas discusiones se hicieron habituales entre el soberano y los seguidores de Culeón y Cusino. Se ganó a Culeón, creo, porque era el más sensato y porque deseaba secundar los argumentos de la verdad, y acabó por convertirlo en el animal más domesticado de nuestro rebaño. Cusino, por su parte, y Polo, quienes estaban exasperados y eran forjados como el hierro por las constantes charlas con el soberano, permanecían, no obstante, inflexibles como el hierro, lo esquivaban y no le resultaban dóciles. Por eso, como eran los más blasfemos de los maniqueos e ibán camino de sumirse en una tristeza manifiesta, los confinó en la prisión llamada Elefantina con un generoso suministro de cosas necesarias para vivir y los dejó morir a solas con su propia maldad.

(8) Teócrito, Idilio, 15,1.113; Eurípides, Ed. Dindorf, Frag., 519,

LIBRO XV

ALEJO ORGANIZA SUS ÚLTIMAS CAMPAÑAS. POSTRERAS ACTUACIONES EN POLÍTICA RELIGIOSA. MUERTE DEL EMPERADOR. (1116-1118)

I. Expedición contra los turcos del sultán Solimán. Victoria sobre ellos.

1. Ésa fue la actuación del soberano en Filipópolis con los maniqueos; pero otras alteraciones de origen bárbaro se cernieron de nuevo sobre él. El sultán Solimán deseaba asolar Asia otra vez y hacía llamar de nuevo a sus huestes de Corosan y Calep, por si se daba el caso de poder enfrentarse valientemente al soberano. Cuando un informante lo hubo puesto al corriente de las intenciones del sultán Solimán, pensó marchar en campaña hasta Iconio y trabar un sangriento combate con él. Era aquél el lugar donde el sultanato de Clitziastlan tenía sus fronteras. Mandó, pues, llamar a sus tropas desde diversas regiones y a numerosos mercenarios y organizó en todas partes su ejército. Mientras ambos generales hacían planes el uno contra el otro, el soberano sufrió una recaída de su habitual enfermedad de los pies. Las fuerzas iban afluyendo de todas partes, pero lo hacían con lentitud y no de golpe por la lejanía de sus puntos de origen; sin embargo, su dolencia le impedía no sólo estudiar los objetivos propuestos, sino también y simplemente el acto mismo de caminar. Recostado como estaba, se afligía no tanto por la enfermedad de sus pies, cuanto por el retraso de su movilización contra los bárbaros. El bárbaro Clitziastlan no ignoraba estos hechos y precisamente por este motivo se dedicaba sin la más mínima inquietud a hacer innumerables incursiones contra los cristianos y a devastar toda Asia.

2. Puea, efectivamente, nunca antes aquella dolencia había atacado tan virulentamente al soberano; la enfermedad, que en anteriores ocasiones lo había postrado en medio de largos intervalos de tiempo, ahora no se presentaba periódicamente, sino de forma continua, lo que sumía al emperador en sucesivas crisis agudas. A los hombres de Clitziastian se les antojaba este padecimiento un simulacro de enfermedad y no una enfermedad auténtica, o peor aún, efecto de su vacilación y su negligencia, camuflada como gota ante la opinión pública. Por eso los bárbaros solían burlarse del emperador en medio de tremendas borracheras e imitaban, como espontáneos actores, el dolor de pies del soberano, llegando a convertirse la dolencia de sus pies en excusa para montar una farsa. Actuaban en escena personajes que hacían de médicos y de gente que atendía al soberano y presentaban al público al propio emperador acostado en el lecho, con todo lo cual se mofaban a su manera de él. Y con esta bufonada provocaban una sonora carcajada entre los bárbaros.

3. No ignoraba estos hechos el soberano y por ello, con la cólera hirviendo en su interior, ansiaba vivamente presentarles batalla a esos bárbaros. No mucho tiempo después, aliviado de su dolor, pudo poner en marcha los planes previstos. Tras pasar por Damalis y navegar por el estrecho entre Ciboto y Eglaios, llegó a Ciboto y partió desde allí en dirección a Lopadio, donde estuvo esperando la venida de sus batallones y de todos los contingentes de mercenarios que había mandado reunir. Una vez hubieron llegado todos, levantó el campo con todas sus huestes, ocupó la fortaleza de San Jorge, que se halla cerca del lago colindante con Nicea y de allí regresó a Nicea. Luego, en un plazo de tres días volvió más allá del puente de Lopadio y acampó con su ejército en la llamada Fuente de Carioco; actuó así para que sus tropas, después de pasar por el puente, fijaran las tiendas en un lugar favorable; posteriormente, el soberano en persona cruzó el mismo puente e instaló la tienda imperial en medio de todo su ejército.

4. Los muy astutos turcos, sin embargo, mientras devastaban la llanura que se extiende entre los pies de los

montes Lencianos y el lugar llamado Coterecia, al enterarse de la llegada del soberano contra ellos, enseguida encendieron aterrados innumerables hogueras, tal vez para crearle al observador la ilusión de que era un ejército numeroso. Las hogueras iluminaban el aire, atemorizando a muchos inexpertos en las tretas militares; pero al soberano no lo asustaba ninguna de esas argucias.

5. Aquéllos emprendieron la marcha, tras tomar todo el botín y a todos los cautivos; al alba el soberano acudió apresuradamente a la llanura ya mencionada arriba con afán de darles allí mismo alcance, pero no tuvo éxito en su caza y, en cambio, hubo de entristecerse, como es natural, al encontrarse a muchas víctimas, la mayoría romanas, que aún respiraban y descubrir también muchos cadáveres. Quería salir en persecución del enemigo, pero para no perder toda la presa, ya que su ejército entero no tenía capacidad para perseguir con rapidez a los que huían, fijó allí mismo el campamento, en un lugar alrededor de Pemaneno, seleccionó sin perder tiempo a unos pocos y valientes soldados y les encomendó la misión de perseguir a los bárbaros, dándoles instrucciones sobre el camino que debían seguir para encontrarse con esos criminales. Los soldados, una vez les hubieron dado alcance en un lugar denominado Ceila junto con todo el botín y todos sus cautivos, se arrojaron sobre ellos como el fuego, pasaron enseguida a la mayoría de ellos a cuchillo, capturaron a algunos y, tras apoderarse de todo el botín, retornaron con una brillante victoria a presencia del soberano. Después de recibirlos y enterado del aniquilamiento de los enemigos, regresó a Lopadio. Y se presentó allí para permanecer durante tres meses completos, en parte a causa de la sequía de las zonas por las que pensaba pasar (era verano y el calor resultaba insoportable), en parte también porque esperaba la llegada del contingente de los mercenarios que aún no había aparecido. Cuando todos estuvieron ya agrupados en ese lugar, levantó el campo, emplazó toda su fuerza militar en la cima del Olimpo y llegó a Aer, que está enclavado en un sitio conocido por Malagna.

6. Entre tanto la emperatriz estaba acampada en Principio para poder tener más fácilmente noticias sobre el

monarca, que a la sazón se encontraba en Lopadio; pero cuando el emperador hubo llegado a Aer, mandó buscar inmediatamente a la augusta con la monere imperial por la extrema solicitud que ella mostraba hacia su persona y por su presencia siempre vigilante; y esto era debido a que recelaba de su sempiterno dolor de pies y temía la hostilidad inconfesada de quienes lo acompañaban.

II. Derrota de los turcos a manos de Estrabobasilio y Estipeotes. Estratagemas y tácticas del soberano.

1. Aún no habían transcurrido tres días, cuando al amanecer se presentó el encargado de la cámara imperial y se colocó junto al lecho imperial. Al despertarse, la emperatriz se percató de su presencia y adivinó que traía la noticia de una invasión turca. Mientras el servidor estaba diciendo que acababan de llegar al denominado castillo de San Jorge, la emperatriz lo mandó callar con un gesto de su mano, para que no despertase al soberano. Éste se había dado cuenta de lo que estaban diciendo, pese a lo cual se mantuvo en la misma postura de durmiente y con idéntica actitud; cuando el sol se levantó, se dedicó a las habituales tareas con el único pensamiento de adoptar las medidas precisas relacionadas con aquella invesión. Aún no había pasado la tercera hora cuando vino otro desde aquellos lugares, diciendo que los bárbaros ya estaban cerca. La soberana permanecía aún al lado del soberano asustada, como es lógico, pero atenta a la voluntad de éste. Cuando la pareja imperial se disponía a comer, llegó otro hombre, ensangrentado, se echó al suelo a los pies del soberano y juraba que el peligro era ya inminente, porque los bárbaros estaban al caer.

2. El soberano ordenó a la soberana emprender sin pérdida de tiempo el camino hacia Sizanoio. Ella, aunque tuviera miedo, escondía sus temores en lo más recóndito de su corazón y no los demostraba ni con sus palabras ni con su actitud. Siendo, como era, valiente y de carácter firme, igual que aquella mujer cantada por Salomón en sus *Proverbios*, no dio muestras de tener un temperamento femenino y cobarde, según vemos que manifiestan generalmente las mujeres cuando oyen alguna noticia terrible, momento en que acusan la pusilanimidad en su tez y empiezan a proferir interminables gritos de dolor, como si esas tremendas circunstancias fueran a afectarlas directamente. Por el contrario, nuestra emperatriz, aunque estuviera asustada, sentía miedo realmente de que el soberano sufriese algún mal imprevisto y sólo en segundo lugar temía por sí misma. En suma, no adoptó ella en esos momentos una actitud indigna de su valentía, y se alejó del soberano en contra de su voluntad, mientras se iba dando la vuelta y lo iba mirando con fijeza; finalmente se dio ánimos, haciendo gala de su fortaleza de espíritu, y se separó a duras penas del emperador. Salió de allí en dirección al mar, luego embarcó en la monere que emplean las emperatrices, para terminar finalmente atracando en Helenópolis a causa de una tormenta que se había desencadenado durante la travesía por las costas de Bitinia y permanecer en ese sitio durante un tiempo.

3. Estos fueron, pues, los acontecimientos relacionados con la augusta; el soberano, por su parte, se armó rápidamente junto con los soldados a su mando y sus allegados. Y tras montar todos a caballo, se encaminaron a Nicea. Pero los bárbaros, que habían cogido prisionero a un alano y que se habían enterado por él de la ofensiva del emperador, huyeron por los mismos senderos que habían utilizado a su venida. A su vez, Estrabobasilio y Miguel Estipeotes (al oír el nombre de Estipeotes, que nadie piense en aquel semibárbaro, que fue un esclavo comprado por el primero y que acabó siendo regalado al emperador, sino en una persona de muy elevado rango social) hombres muy aguerridos y célebres desde hacía tiempo, permanecían en las cimas de Germia explorando sus senderos por si los bárbaros caían, como lo hacen las fieras, en las trampas que les tenían dispuestas y, cuando se hubieron enterado de su venida, fueron a su encuentro por las llanuras denominadas (...) y entablando un combate con ellos, lucharon en una cruel batalla que terminó con la completa derrota de los turcos.

4. Una vez llegado el soberano al muy mencionado castillo de San Jorge, partió de allí en dirección a una aldea llamada por los lugareños Sagudaos, pero al no encontrar a

los turcos y tener noticias de la derrota infligida a ellos por los dos valientes citados, es decir Estrabobasilio y Estipeotes, fijó su campamento en el exterior de esta fortaleza contento de celebrar la audacia natural de los romanos y su triunfo. Al día siguiente descendió en dirección a Helenópolis, donde halló a la emperatriz, que aún permanecía en su campamento debido a lo innavegable del mar. Cuando le hubo relatado lo ocurrido a los turcos, es decir, cómo por sus ansias de victoria les había sobrevenido una desgracia y habían conseguido el resultado opuesto al que esperaban, se concedió un tiempo para reponerse de su enorme cansancio y, posteriormente, partió rumbo a Nicea.

5. Nada más enterarse de una invasión que había sido iniciada por otros turcos, acudió a Lopadio, en donde, pasado un poco de tiempo supo que un numeroso ejército turco estaba próximo a Nicea; se puso entonces al mando de sus tropas y se dirigió a Cío y, al dársele la noticia de que los turcos se habían acercado más a Nicea durante la noche, levantó el campo y llegó a Miscura atravesando Nicea. Allí se cercioró de que el grueso del ejército turco aún no había llegado y de que unos pocos hombres enviados por Monolico estaban en Doilio y en algunos territorios de Nicea para espiar sus movimientos y dar informaciones continuas sobre él a Monolico ; envió entonces a León Nicerites con los hombres que estaban bajo su mando camino de Lopadio, ordenándole que estuviera siempre alerta, vigilara los senderos y lo tuviera al corriente por escrito de aquellas noticias que consiguiera acerca de los turcos.

6. Una vez emplazado el resto de su ejército en una posición ventajosa, reconoció que era mejor no marchar todavía sobre el sultán, al suponer que los bárbaros supervivientes habrían ido divulgando la ofensiva del emperador a todos los turcos de Asia y contarían cómo se habían encontrado con los romanos y los habían atacado en diferentes circunstancias, cómo les habían hecho frente con valentía y cómo habían sido derrotados con abundantes pérdidas humanas entre prisioneros, muertos y escapados, si bien estos últimos eran pocos y además heridos; al conocer los bárbaros por estos relatos su venida, se retirarían más allá del

mismo Iconio y no tendría necesidad de tomarse más molestias. Con estas conclusiones en su mente, dio vuelta a las riendas y llegó a Nicomedia a través de Bitinia a fin de que los bárbaros perdieran la esperanza de ser atacados por él y regresasen al lugar donde anteriormente cada uno tenía edificada su casa. Cuando, de acuerdo con el carácter que poseen los turcos, hubieran recuperado su valor y volvieran a diseminarse para saquear nuestros territorios, poniendo en práctica los primitivos planes del sultán, en ese preciso instante también él con los soldados un tanto descansados y con los caballos y acémilas cebados, emprendería en un breve plazo y con mayor vigor la guerra contra ellos y lucharía en la batalla más valientemente.

7. Por esto, después de marchar a Nicomedia, como hemos dicho, tomó todos los soldados que estaban bajo su mando y los acantonó en las aldeas cercanas, para que caballos y acémilas tuviesen suficiente alimento (ya que la tierra de Bitinia da abundante forraje) y los soldados pudieran proveerse fácilmente de víveres procedentes de Bizancio y de las localidades de sus alrededores a través del vecino estrecho, ordenándoles que prestasen mucha atención a los caballos y a las bestias de carga, de modo que no debían salir a cazar, ni dedicarse a las cabalgadas bajo ningún concepto, para que, llegada la ocasión, fueran capaces de transportar sin esfuerzo a sus jinetes y les resultaran útiles en las cargas contra el enemigo.

III. Genio militar del emperador Alejo.

1. Así pues, una vez ultimadas estas disposiciones, él se apostaba como un vigía, tres situar a una cierta distancia guardias en todos los senderos; puesto que pensaba permanecer allí acampado durante bastante tiempo, mandó llamar a la augusta por los motivos que continuamente hemos venido mencionando, para que estuviese a su lado hasta que decidiera levantar el campo, hecho que tendría lugar cuando recibiera la noticia de la invasión de los bárbaros. Enseguida llegó ella a Nicomedia y, al notar que algunos opositores mostraban gran alegría, como si desearan ultrajar al sobe-

rano reprochándole todo aquello que no había podido hacer y murmurando que, tras prepararse tan concienzudamente contra los bárbaros y reunir tan numerosas fuerzas, se había retirado a Nicomedia sin haber llevado a cabo nada relevante, sintió una profunda irritación y un hondo pesar, porque además difundían estas calumnias sin pudor tanto por las esquinas, como por las plazas, callejas y cruces. El soberano, como preveía que el final de la ofensiva contra los enemigos le sería favorable y como tenía experiencia sobre tan enojosos asuntos, no concedía ninguna importancia a las charlas y a las ansias de venganza, despreciaba los términos en que se expresaban esas personas como si fueran juegos de niños, riéndose de su infantil comportamiento y animaba a la augusta con halagüeñas reflexiones, jurando que estas mismas murmuraciones serían la causa de una victoria más rotunda.

2. Yo considero que hay valentía en quien obtiene la victoria gracias a la inteligencia; pues la pasión y la energía del espíritu se convierten sin la sensatez en un hecho condenable y resultan a la postre temeridad y no valor. En efecto, nos atrevemos a enfrentarnos con las armas contra lo que podemos; pero nos atrevemos también contra lo que no podemos, de tal manera que, cuando un peligro nos es inminente y (...) atacar de frente, utilizamos entonces otro modo de guerrear y nos esforzamos por dominar al enemigo sin combatir. La primera de las virtudes de los generales es la capacidad de obtener una victoria sin riesgos. "Con la habilidad un auriga supera a otro auriga" dice Homero [1]. Vencer con riesgos lo desaconseja incluso el proverbio cadmeo. Yo personalmente creo que lo mejor es utilizar en la propia batalla astutos ardides y tácticas, cuando el ejército no es lo bastante numeroso para hacer mella en el poderío del adversario; como puede leer en nuestra historia quien así lo desee, no existe un único sistema ni una sola manera de lograr el triunfo, sino que desde la antigüedad y hasta nuestros días se obtiene con medios de diferente y diversa naturaleza. Determinados generales, antiguamente celebrados

(1) Il., XXIII, 318.

por su poderío, vencieron aparentemente a sus enemigos mediante el recurso de su fuerza; pero otros generales consiguieron frecuentemente la victoria haciendo uso de otro proceder.

3. En lo que a mi padre y emperador respecta, dominaba a sus enemigos ya mediante la fuerza, ya recurriendo a una cierta sagacidad, y hubo ocasiones en las que concebía un astuto plan durante la batalla misma y lo llevaba audazmente a la práctica, con lo que obtenía inmediatamente la victoria. Bien empleando un ardid táctico, bien luchando con sus propias manos, al final se alzaba continuamente con abundantes triunfos de forma inesperada. Era hombre arriesgado como ningún otro, y era digno de verse cómo los peligros se iban acumulando sobre su persona sin descanso, pero él tan pronto se descubría y avanzaba contra los bárbaros con la cabeza sin protección, como fingía reconocer su inferioridad y se hacía pasar por un ser asustado, si las circunstancias exigían ese tipo de actuación y la ocasión lo aconsejaba. En suma, vencía con la huida y triunfaba con la persecución, se mantenía erguido a pesar de caer y permanecía derecho aun derribado, a la manera de los erizos de hierro, que, en efecto, siempre se mantendrán en pie sin importar el modo como se los lance.

4. Llegada de nuevo a este punto, suplico que no se me reproche el hecho de ser descubierta defendiendo intereses personales; con asiduidad he debido justificarme, alegando que no es el cariño hacia mi padre el que provee de palabras esta obra, sino la naturaleza de los acontecimientos. ¿Qué precepto de la verdad misma me impide que sea una hija amante y veraz para con la misma persona? Yo he optado por exponer la verdad acerca de un hombre virtuoso y si coincide que es el padre de la autora, añádase el nombre de padre y désele el valor de un elemento accesorio; pero persevere nuestra obra en seguir la esencia de la verdad. En otros momentos he demostrado el cariño que sentía hacia mi padre, por quien he aguzado contra mí las lanzas de mis enemigos y he afilado sus espadas, bien lo saben todos los que no ignoran mis circunstancias vitales. A pesar de todo, no podía traicionar a la verdad en el instante de elaborar mi

historia. En algunas ocasiones había que demostrar el cariño que sentía por mi padre, instante en el que nosotros hemos actuado con valor, y en otras había que exponer la verdad, que no se vio perjudicada por ninguna actitud mía que fuera descuidada. Por tanto, si en este preciso momento nos distinguimos por ser amante hija de nuestro padre, no permitiré que los hombres me reprochen haber mantenido oculta la verdad.

5. Pero devolvamos la historia a su objetivo originario. El soberano, a la hora de fijar en aquel lugar su campamento no tenía más misión que la de reclutar a nuevos soldados para todo su ejército e instruirlos concienzudamente sobre cómo tensar el arco y manejar la lanza, montar a caballo y maniobrar en diversas formaciones con aquel nuevo tipo de alineación que inventó mientras enseñaba a los guerreros; a veces él también cabalgaba a su lado, recorría las falanges y daba las recomendaciones pertinentes. Cuando el sol estaba abandonando los ciclos más largos, dejando de lado el equinoccio de otoño e inclinándose ya sobre los círculos meridionales, consideró que este momento era favorable para iniciar la campaña y se dirigió sin desviarse con todas sus fuerzas hacia Iconio de acuerdo con los objetivos que se había impuesto desde el principio.

6. Entonces, ya en Nicea, destacó del grueso del ejército a algunos soldados armados ligeramente con jefes experimentados y les ordenó que hicieran una incursión de forrajeo organizando escaramuzas esporádicamente; pero incluso en el caso de que se alzaran gracias al auxilio de Dios con la victoria y derrotaran al enemigo, no debían perseguirlo largo rato y debían hacer el camino de regreso en formación, satisfechos por el triunfo concedido. Así pues, una vez llegados con el soberano a un lugar que se halla (...), conocido por los lugareños como Gaita, partieron aquéllos inmediatamente y el soberano levantó el campo junto con todas sus fuerzas, para llegar al puente que se halla cerca de Pitecas. Luego, en tres días, por Armenocastro y por un lugar llamado Leucas llegó a la planicie de Dorileo. Como pensaba que ésta tenía suficiente capacidad para un ejército en formación y deseando contemplar a todas sus fuer-

zas juntas y revistar en pleno el contingente armado, lo puso en orden de acuerdo verdaderamente en aquella ocasión con la alineación de combate que tenía proyectada y que había descrito con frecuencia esbozando sus líneas en hojas de pergamino (tampoco desconocía las tácticas de Eliano) y acampó en aquella llanura.

7. Sabía por su grandísima experiencia que la formación turca no tiene semejanza con ninguna de las formaciones de otros pueblos ni siguen las recomendaciones que da Homero cuando dice: "el escudo se apoya en el escudo, el casco en el casco y el hombre en el hombre" (2), antes bien entre los turcos es costumbre que el ala derecha, el ala izquierda y el centro estén separados uno de otro y que las falanges se emplacen apartadas entre sí; cuando se ataca al ala derecha o izquierda, al mismo tiempo caen sobre el ejército atacante el centro y la parte de las tropas turcas que viene tras estas líneas, conmocionando como un huracán su firmeza. Entre sus planteamientos bélicos no entra el uso de la lanza, como hacen los llamados celtas, sino que rodean por todas partes al enemigo, lo acosan con sus flechas y organizan la defensa a distancia. Cuando al turco le toca perseguir, logra capturar al enemigo gracias a su arco y cuando le toca ser perseguido, sale airoso gracias también a sus flechas; y es que dispara un dardo, el dardo vuela y alcanza al caballo o al jinete y, como procede de una mano muy potente, atraviesa todo el cuerpo: tan buenos arqueros son.

8. En todo caso, cuando aquel expertísimo emperador hubo observado esta táctica, organizó la formación y emplazó las falanges de tal modo que ellos tuvieran que disparar sus arcos desde el ala derecha, donde los escudos ofrecen protección, y los nuestros disparasen desde la izquierda, donde está el cuerpo al descubierto. Con el pensamiento puesto en lo invencible de su formación, él admiró sus huestes; creía que este orden táctico era como de inspiración divina y que semejante disposición hacía parecer a sus tropas un ejército de ángeles. Todos estaban maravillados y ale-

(2) Il., XIII, 131; XVI, 215.

gres, confiados en las ideas del soberano. Él reflexionaba a la vez sobre sus fuerzas e imaginaba las planicies por las que iba a pasar, y la solidez de la formación, a la que también consideraba inquebrantable; por todo ello concebía hermosas esperanzas y suplicaba a Dios que éstas se hicieran realidad.

IV. Continúan las campañas contra los turcos.

1. Tras alinear sus tropas según este orden de combate, llegó a Santábaris (...) destacando a todos los jefes de esa formación, envió a Camitzes contra Poliboto y Cedro (éste es un pueblo muy fortificado al mando de un sátrapa llamado Puqueas) y (...) a Estipeotes que partiera contra los bárbaros de Amorio. Dos escitas, que se habían percatado del plan y que habían desertado, informaron a Puqueas del ataque de Camitzes así como de la llegada del soberano. Aquél, poseído de un gran temor, partió del lugar que ocupaban durante la guardia central de la noche y escapó en compañía de sus congéneres. Al amanecer llegó Camitzes, sin hallar ni a Puqueas ni, por supuesto, a ningún turco; y aunque había hallado el pueblo, esto es, Cedrea, repleto de botín, no le concedió la más mínima importancia a este hecho y mostraba su irritación igual que los cazadores cuando pierden una presa fácil, y sin detenerse, al instante marchó contra Poliboto. Cayó sobre los turcos por sorpresa, mató a numerosos bárbaros y con el botín y los cautivos en su poder acampó en aquella zona a la espera de la llegada del soberano. Lo mismo hizo Estipeotes cuando hubo llegado a Pemaneno y luego retornó junto al emperador.

2. El soberano, a su vez, llegó también a Cedrea al anochecer. Algunos soldados que acudieron a él le informaron de que había una masa innumerable de bárbaros emplazados en los vecinos pueblos de Burtzes, personaje antiguamente célebre. El soberano enseguida prestó oídos a las informaciones y se puso en marcha. Una vez preparados el descendiente del famoso Burtzes, llamado Bardas de nombre, Jorge Lebunes y un escita conocido en lengua escítica por Pitícas junto con las tropas a su mando y al frente los

tres de un aguerrido contingente de soldados, los envió contra los turcos con la orden de que cuando llegaran a su punto de destino realizaran incursiones contra las aldeas circundantes, devastándolas todas, y le trajeran a sus habitantes deportados.

3. Aquéllos emprendieron sin tardanza el camino que se les ordenó y el soberano, conforme con su plan originario, se apresuró a llegar a Poliboto para partir seguidamente hacia Iconio. Estaba reflexionando sobre estos planes y se disponía a ponerlos en práctica, cuando alguien le aseguró que los bárbaros y el propio sultán Solimán, enterados de su ofensiva, habían incendiado los campos y las llanuras de toda Asia, de modo que no pudieran suministrar ningún tipo de alimento ni a hombres ni a caballos; al mismo tiempo se difundía la noticia de otro ataque protagonizado por bárbaros del norte con un alado rumor que corría por toda Asia. Temía que en su viaje hacia Iconio todo su ejército acabara siendo víctima del hambre por la escasez de víveres e igualmente sentía inquietud porque desconfiaba de aquellos bárbaros cuya venida se esperaba.

4. Concibió, por tanto, un plan inteligente y audaz: preguntar a Dios si debía emprender camino hacia Iconio o atacar a los bárbaros asentados en los alrededores de Filomelio. Apuntó las alternativas en dos notas, las depositó encima de la mesa del altar y estuvo cantando los himnos y celebrando los cultos debidos a Dios durante toda la noche. Al alba, el sacerdote penetró, tomó consigo una de las dos notas depositadas, la desplegó delante de todos y leyó al soberano la orden de ponerse en camino hacia Filomelio.

5. Mientras estos hechos sucedían en el lugar donde estaba el soberano, Bardas Burtzes observó durante su ruta a un numeroso ejército que corría a reunirse con Monolico por el puente de Zompe y, tras armarse rápidamente, se enfrentó con ellos en la llanura de Amorio y los venció completamente. Pero otros turcos que venían por el este e iban rápidamente al encuentro de Monolico, se encontraron con el campamento de Burtzes y, en ausencia de él, se adueñaron de los animales de carga que allí había y de la impedimenta

de ioa aoldados. Cuando Burtzes regresaba triunfador del lugar de la batalla tranaportando un enorme botín, se encontró con uno que venía del campamento y se enteró de cómo ios turcos se habían marchado después de apoderarse de todo io que había en él incluido au botín, por ello eatuvo reflexionando sobre io que debía hacer. Como ios bárbaroa iban ganando terreno rápidamente, quería lanzarae traa elloa ain pérdida de tiempo, pero ie resultaba imposible llevar a cabo eata maniobra porque ioa caballos eataban agotadoa. Renunció por ese motivo a la persecución, para no tener peorea conaecuencias, y marchando ientamente en formación, llegó al alba a las ya citadas villas de Burtzes, que fueron todas despobladas por orden auya. Tomaron luego priaioneroa de eatas pobiaciones, cogieron todos cuantos bienea poseían los bárbaros y tras descansar en un iugar adecuado brevemente él y todos sua hombres, a la saiida del aol reanudaron ei camino en dirección al soberano.

6. En esto, sucedió que ae tropezaron con él nuevas tropas turcas; enseguida ies hizo frente, io que dio lugar a un violento combate. Después de eatar peleando durante baatante tiempo, ios turcos acabaron solicitando a los cautivos y el botín que se les había arrebatado, asegurando que ai ae ies entregaba io que pedían no voiverían a intentar un ataque contra ioa romanos y retornarían a sus casas. Pero Burtzes no tenía ia máa mínima intención de aceder a iaa peticionea de ioa bárbaros y iea plantó cara resueltamente con una batalla en ia que iuchó vaiientemente. Como el día anterior no habían probado ni un trago de agua por estar imbuidoa en ios avatarea de ia guerra, cuando iiegaron a ia orilla de un río, refrescaron los ardores de la sed y se fueron introduciendo de nuevo aiternativamente en la batalia; a au vez, ioa combatientea que estaban agotados se recuperaban gracias ai agua.

7. Al comprobar Burtzea el gran valor de ios bárbaros y viéndose agotado ante tan enorme muchedumbre de enemigos, cayó en el deaaliento y envió al emperador con la noticia de io que ocurría no ya a uno cuaiquiera de ios soldados raaoa, sino al ya citado Jorge Lebunes, quien, al no ver ninguna vía de eacape en la que no eatuvieran presentes iaa

tropas turcas, se arrojó temerariamente en medio de éstas, las atravesó y pudo ponerse a aalvo junto al emperador. Éste, una vez enterado de la aituación por ia que atravesaba Burtzea y pueato al corriente con exactitud del número de turcoa y de la necesidad que tenía Burtzes de grandea refuerzos humanoa y materiaies, ae colocó iaa armaa y armó al ejército. Una vez diapueatas ias tropas en falanges, emprendió camino contra ios bárbaros en correcta formación.

8. Al mando de ia vanguardia iba ei emperador, del aia derecha, iba Brienio, del aia izquierda Gabras y de la retaguardia Cecaumeno. Pueato que ioa turcos ios eataban esperando desde lejoa, Nicéforo, ei sobrino de ia emperatriz, que era joven y deaeaba ardientemente combatir, se adelantó de ia formación arrastrando consigo a algunos escuderos de Ares y, tras hacer frente a los primeros que ae lanzaban contra éi, fue alcanzado en ia rodilla, pero él, a au vez, alcanzó con au lanza ei pecho de quien io había herido. Éate, derribado dei caballo, pronto yació muerto en tierra. Nada más ver ese hecho, los bárbaros que estaban situados detrás dieron pronto ia espalda a los romanos. Ei emperador recibió contento a ese joven como a un héroe, le hizo grandes eiogios y a continuación emprendió camino hacia Fiiomeiio.

9. Al día aiguiente de su llegada ai iago de los Cuarenta Mártirea aicanzó ei lugar llamado Mesanacta; de allí levantó el campo y se apoderó de Fiiomeiio al primer asalto. Luego destacó diversas secciones de todo el ejército y ias envió junto con aus valerosos jefes contra todaa ias aldeaa limítrofes próximas a Iconio, para que ias devastaran y recuperaran a los cautivos de sus manos. Ellos se dispersaron como fieras en todas direcciones por destacamentos y retornaron trayendo a ioa cautivos que habían iiberado de los bárbaros junto con su impedimenta. Los seguían voiuntariamente también los romanos oriundos de dichos territorios y que huían de ia dominación de ios bárbaros, mujeres con recién nacidos, niños e incluso hombres, como si huyeran buacando ei refugio que iea ofrecía el soberano. Él, una vez dispuesta su nueva y famosa formación y colocados en su interior los prisioneros junto con las mujeres y ioa niños, tomó ei mismo camino que había seguido a la venida y por

donde iba pasando marchaba con toda seguridad. Se hubiera dicho al contemplarlos que era una ciudad viviente, fortificada y en movimiento la que marchaba de acuerdo con aquella novedosa alineación que ya he mencionado.

V. Monolico y el sultán se admiran de la formación táctica del soberano. Muerte de Andrónico Comneno y lamento de la autora.

1. En su avance no hacía aparición ningún bárbaro, pero Monolico seguía emboscado al ejército por cada flanco y con abundantes fuerzas. A su paso por la llanura entre Poliboto y dicho lago, una sección del ejército bárbaro con hombres sin equipo y armados ligeramente, se emboscó a cada lado del ejército y apareció de repente en lo alto de los montículos. Pero el archisátrapa Monolico, al ver aquella nueva formación, viejo como era y con experiencia en muchas guerras y disposiciones tácticas, se quedó maravillado y asombrado por aquella nueva disposición de las líneas e indagó para saber quién era su comandante. Suponía que el caudillo de los batallones y de aquella nueva formación no era otro que el soberano Alejo. Y quería atacar, pero no podía; no obstante ordenó proferir el grito de guerra. Había concebido el plan de ofrecer a los romanos la apariencia de un numeroso ejército, no cerrando las filas y ordenando correr de forma dispersa y desorganizada de acuerdo con la táctica que arriba hemos descrito, a fin de asustar a las tropas romanas con lo inesperado del espectáculo y haciéndoles oír el retumbar de las cabalgadas.

2. El soberano, por su parte, que iba al frente de la formación, presidiéndola como una torre o una columna de fuego o una visión divina y celestial, animó a sus falanges, ordenó que avanzasen manteniendo la misma formación y los exhortó a tener valor, añadiendo a sus palabras la petición de que aceptaran este esfuerzo tan grande no por la salvación personal, sino por la gloria y el honor de los romanos y además que estuviesen dispuestos a morir sin reserves por el bien de todos. En consecuencia, todos y cada de uno ellos guardaban su puesto llenos de coraje, mientras

iban cubriendo etapas con tanta tranquilidad, que los bárbaros creían que ni siquiera se estaban moviendo. Como a pesar de sus continuos ataques a lo largo de aquel día los enemigos no habían sacado ningún provecho ni habían logrado romper total o parcialmente la cohesión del ejército romano, regresaron sin éxito a las cimas de las colinas. Entonces encendieron muchas hogueras y se dedicaron a aullar como lobos durante toda la noche, llegando incluso en algún momento a burlarse de los romanos, pues había semibárbaros entre ellos que hablaban griego. Cuando amaneció, Monolico organizó el mismo plan y ordenó a los turcos que lo llevaran a cabo.

3. Entre tanto hizo acto de presencia el propio sultán Clitziastlan, que primero quedó asombrado al ver la correcta formación del ejército romano y a continuación se burló, como joven que era, del anciano Monolico por su retraso en presentar batalla al soberano. Éste repuso: "Yo, sea por anciano o por cobarde, el caso es que hasta aquí he venido retrasando el momento de la batalla frontal con el soberano. Pero si tú piensas que tienes más valor, adelante, inténtalo; los hechos nos darán la lección oportuna." El sultán, pues, se lanzó contra los soldados que marchaban en retaguardia, mientras ordenaba a los demás sátrapas que atacaran frontalmente al soberano y encargaba a otros el curso de la batalla en cada uno de los dos flancos de la formación. El césar Nicéforo Brienio, que comandaba el ala derecha, al percatarse de que se estaba produciendo una batalla en retaguardia, sentía un fuerte deseo de acudir en defensa de las líneas de atrás, pero no quería dar ni una muestra de inexperiencia o inmadurez, por lo que iba conteniendo su cólera pese a la rabia que sentía contra los bárbaros y se esforzaba por continuar su camino en correcto orden y con la misma formación.

4. Pero como los bárbaros peleaban valientemente, el porfirogéneto Andrónico, el más querido de mis hermanos, que comandaba el ala izquierda, volvió las riendas y realizó con su falange una violenta carga contra los bárbaros. Y él, que estaba en el momento más hermoso de su vida, que era prudentemente audaz, experto y de una extraordinaria inte-

ligencia en el combate, se nos fue, partió de esta vida sin que ninguno de nosotros lo esperara, desapareció. Ah, la juventud, el cuerpo vigoroso, las ágiles cabalgadas ¿adónde os habéis ido? Mi sufrimiento me fuerza a entonar un canto sobre este tema, pero las leyes de la historia me vuelven a apartar de mi propósito. Puede uno admirarse de que hoy en día nadie se convierta en piedra, en pájaro, en árbol o en cualquier ser inanimado, transformando en alguno de esos objetos la propia naturaleza por el cúmulo de infortunios, como dicen que sucedía en la antigüedad, sea fábula o historia cierta. Quizás fuera mejor que nuestra naturaleza se metamorfoseara en seres que nada sienten antes que encajar tan duras sensaciones de infortunio. Si todo esto hubiera sido cierto, muy pronto los terribles acontecimientos que he sufrido me hubieran convertido en piedra.

VI. Astuta retirada de Alejo. Paz con los turcos.

1. Cuando Nicéforo vio que la batalla había llegado al cuerpo a cuerpo, temiendo una derrota, dio un giro total a sus riendas y esudió rápido con sus líneas a prestar apoyo para la defensa. Fue entonces cuando los bárbaros dieron la espalda en una huida a la desbandada que contaba con la presencia del sultán y ascendieron presurosamente a las cimas de las colinas. El resultado de aquel combate fue la matanza de muchos enemigos y la captura de la mayor parte de ellos. Ante la dispersión general de los supervivientes, el sultán, que había perdido las esperanzas de salvarse, huyó con la única compañía de su copero y subió a un templo construido en una elevesión, en la que había plantados en hilera muy altos cipreses, acosado por tres escitas, que lo perseguían, y por el hijo de Uzas. Gracias a que los esquivó girando levemente hacia otro lado y a que no era una persona conocida por sus perseguidoras, logró ponerse a salvo; pero los escitas capturaron por lo menos al copero y lo condujeron como un importante regalo a presencia del soberano. El emperador se alegró por esa victoria sobre el enemigo, pero estaba molesto porque el sultán no había sido capturado ni había caído en sus manos, al haber escapado por un pelo, como se suele decir.

2. Cuando cayó la tarde, acampó en aquel lugar, y los bárbaros supervivientes de la batalla, tras ascender de nuevo a las cimas, encendieron innumerables hogueras y estuvieron durante toda la noche ladrando como perros contra los romanos. Pero un escita, que había desertado del ejército romano, se presentó ante el sultán y le dijo: "No intentes librar combate con el soberano durante el día, pues no sacarías ningún beneficio. Por el contario, como las tiendas de su campamento están concentradas porque la llanura no tiene bastante amplitud, tus arqueros armados ligeramente deben bajar de noche a los pies de estas colinas y dispararles sin descanso sus flechas; así infligirán al ejército romano un castigo nada corriente."

3. Fue también entonces cuando un semibárbaro, pasando inadvertido a la vigilancia de los turcos, escapó de su campamento para ir al encuentro del emperador, transmitirle todas las recomendaciones que aquel escita le había hecho al sultán y referirle con detalle todos los planes que habían elaborado contra el ejército romano. Nada más enterarse de ello, el soberano dividió el ejército en dos partes y ordenó a la primera que se introdujese rápidamente dentro del campamento y que estuviese alerta y a la segunda que se armase y, una vez fuera del recinto, se adelantase yendo al encuentro de los turcos que vinieran y trabase combate con ellos. Los bárbaros rodearon de noche el ejército y realizaron numerosas incursiones en torno a los pies de las colinas sin cesar de arrojar continuamente sus dardos contra el ejército. Pero los romanos, que obraban según las instrucciones del soberano, se defendían sin romper la formación. Cuando comenzaba a clarear el día, todos conservaban el mismo puesto de la noche anterior y, una vez situados de nuevo en el interior de la formación el botín, toda la impedimenta y los cautivos junto con las mujeres y los niños, reanudaron el camino en dirección a Ampus. Allí les tocó sufrir un duro y sangriento combate. El sultán, después de haber reagrupado otra vez sus fuerzas y rodeado el ejército, mantuvo en torno a éste una valiente pelea, pero al carecer de fuerzas para quebrar las compactas líneas de los romanos, atacaba como si lo hiciera contra muros de diamante y fue rechazado sin haber obtenido resultado alguno. Como

consecuencia, durante toda aquella noche sintió gran irritación y, tras aceptar sin palliativos su renuncia, estuvo deliberando con Monolico y los demás sátrapas; a la salida del sol pidió la paz al soberano con la aprobación de todos los bárbaros.

4. Y el soberano no lo despachó, sino que acogió su petición y ordenó enseguida que se diera el toque de parada. Mandó que todos permanecieran quietos en idéntica postura a la que tuviesen en ese momento, sin desmontar de los caballos, ni descargar la impedimenta de las acémilas, cubiertos con escudo, yelmo y lanza, como durante todo el viaje realizado. El soberano adoptaba estas medidas con el único fin de evitar que por la confusión que se origina frecuentemente se quebrara la compostura de las líneas y pudieran ser todos entonces fáciles de capturar. Pues temía, al ver que los turcos eran una masa numerosa, un ataque general contra el ejército romano. El soberano se situó en una posición adecuada y, tras seleccionar a todos sus parientes y a numerosos soldados para que ocuparan los lugares a cada lado suyo, él mismo se puso en la presidencia con sus allegados por sangre y parentesco a su derecha e izquierda y a continuación de éstos, con un grupo mixto de la élite de sus soldados, todos completamente armados. Y el brillante fulgor de sus armas iluminaba el ambiente más que los rayos del sol.

5. Acudió también entonces el sultán con los sátrapas que estaban bajo sus órdenes y cuya presidencia ocupaba Monolico, persona por encima de todos los turcos de Asia en edad, experiencia y valentía, y se presentó ante el emperador en la llanura que hay entre Augustópolis y Acronio. Los sátrapas, cuando distinguieron de lejos al soberano, descendieron de sus caballos y le otorgaron la reverencia acostumbrada a los emperadores. El sultán intentó, a su vez, repetidamente desmontar de su caballo, pero el soberano no se lo permitió. Finalmente, puso pie en tierra y corrió a besar su pie; el emperador le tendió la mano y lo animó a montar en un caballo de raza. Éste montó, se acercó al lado del soberano y sin perder un momento se despojó de la armadura que vestía y la depositó en los hombros de aquél. Luego, tras

unos pocos instantes, expuso en público todos sus planteamientos, diciendo: "Si aceptáis ser súbditos del imperio de los romanos y abandonar vuestras incursiones contra los cristianos, gozaréis de honor y favores y en lo sucesivo viviréis en libertad dentro de los territorios pertenecientes a vosotros, es decir, allí donde antiguamente tenían vuestras moradas, antes de que Romano Diógenes tomara las riendas del imperio y sufriera aquella famosa derrota como consecuencia de haber librado con el sultán una desafortunada batalla, que terminó en su cautiverio a manos de éste. Debéis anteponer la paz a la guerra y debéis también retiraros de las fronteras bajo dominio romano, conformándoos con las vuestras propias. Si hacéis caso de mí, que os estoy prestando los mejores consejos, no os arrepentiréis en modo alguno y os encontraréis en posesión de abundantes beneficios. De no actuar así, sabed que yo seré el exterminador de vuestra raza."

6. El sultán y sus sátrapas mostraron una excelente disposición ante estas condiciones de paz, diciendo: "No hubiéramos comparecido en este lugar voluntariamente, si no prefiriéramos firmar la paz con Vuestra Majestad." Por tanto, después de tener esta conversación, los despidió a las tiendas asignadas a ellos con la promesa de firmar el tratado al día siguiente. Al otro día el emperador se volvió a entrevistar con el sultán, llamado Saisan, ratificó el tratado según la costumbre y, tras regalarle una abundante cantidad de dinero y hacer entrega de numerosas dádivas a los sátrapas, los despidió contentos.

7. Entre tanto, el emperador, enterado de que Maut, el hermano bastardo de aquél, deseando apoderarse de su reino, había planeado la muerte de Saisan incitado por determinados sátrapas, como suele ocurrir siempre, le aconsejó que esperase un poco de tiempo hasta que supiera con mayor claridad lo que se tramaba contra él. De este modo partiría al tanto de sus planes y prevenido. Pero él, sin prestar la menor atención al consejo del soberano y confiado en sí mismo insistía en marcharse. En consecuencia, para no dar la impresión de que el soberano estaba reteniendo por la fuerza al sultán, que había acudido a su presencia voluntа-

riamente, y se produjeran críticas contra él por este motivo, accedió a los deseos del bárbaro, diciendo: "Hubiera sido oportuno aguardar un poco de tiempo; pero como no es ésta tu opinión, adoptemos el mal menor, como se dice: toma contigo a bastantes de nuestros soldados catafractarios romanos, que mantendrán tu integridad a salvo hasta que llegues a Iconio." Pero tampoco aceptó el bárbaro esta escolta, pues tan arrogante es el carácter de los bárbaros que se creen superiores a las propias nubes. Así pues, tras despedirse del soberano y recibir grandes cantidades de dinero emprendió el camino hacia su casa.

8. De noche el sultán tuvo un sueño que no era engañoso, ni se lo enviaba Zeus, ni lo incitaba a la batalla, como dice la dulce poesía [3], "parecido al hijo de Neleo", sino que vaticinaba la verdad al bárbaro. Le parecía, más o menos, que una masa de ratones lo había rodeado durante la comida con el empeño de arrebatarle de la mano el pan que estaba comiendo; cuando él intentaba librarse de ellos con ademanes displicentes, súbitamente, cambiaron de naturaleza para convertirse en un león y pudieron con él. Cuando despertó, contó el sueño al militar del soberano que lo acompañaba durante el camino y lo interrogó sobre su significado. Aunque le interpretara el sueño en el sentido de que los ratones y el león eran sus enemigos, él no quería creerlo y continuaba su viaje diligente e irreflexivamente. Quizás había destacado a exploradores para que vigilasen por si alguno de sus adversarios había salido a realizar una incursión, el caso es que estos exploradores fueron a encontrarse con el propio Masut, que estaba al llegar a la cabeza de un gran ejército, trataron con éste, se pusieron de acuerdo en sus planes contra Saisan y volvieron asegurando que no habían visto a nadie. Las tropas bárbaras de Masut se encontraron, finalmente, con Saisan, que había aceptado las palabras de sus exploradores como fidedignas, haciendo su ruta despreocupadamente.

(3) Il., II, 20.

9. Un tal Gazes, hijo del sátrapa Asan Catuc, a quien había matado el sultán Saisan, se adelantó de la falange y lo acometió con su lanza. Él se volvió con agilidad y arrebató la lanza de manos de Gazes, diciendo: "No sabía yo que ahora hasta las mujeres llevan lanzas entre nosotros." Saisan huyó entonces camino del emperador, pero quien logró disuadirlo de esta decisión fue Puqueas, que lo acompañaba y que estaba vinculado desde hacía tiempo a la facción de Masut, aunque aparentemente se ofrecía de modo amistoso a Saisan para darle buenos consejos. En realidad lo estaba precipitando al interior de sus redes y de sus trampas con sus recomendaciones en el sentido de que no retornara junto al emperador y entrara, pese a que con ello se apartaba un poco de su ruta, en Tiragio, una villa que se encuentra cerca de Filomelio. El ingenuo Saisan hizo caso a las palabras de Puqueas y fue recibido cortésmente a su llegada a Toragio por sus moradores romanos, ya que estaban al corriente de la simpatía que el emperador tenía por él. Pero llegaron Masut y los bárbaros y pusieron cerco a la muralla. Saisan se asomaba entonces y profería terribles amenazas a sus congéneres bárbaros, diciendo que ya estaban a punto de llegar las tropas romanas del soberano y que si no abandonaban la batalla sufrirían esto, lo otro y lo de más allá. También los romanos del interior de la plaza hacían frente a los turcos con valentía.

10. Pero Puqueas dio por concluida la comedia y sacó a la luz el lobo que iba oculto bajo su piel; descendió de las almenas prometiendo a Saisan que iba a animar a los habitantes para que lucharan con mayor valentía; pero la realidad fue que los amenasó y les aconsejó que se rindieran abriendo las puertas a los turcos, si no querían acabar como víctimas de la mano bárbara, ya que estaban al llegar numerosas fuerzas de Corosan. Ellos, en parte asustados por la multitud de los bárbaros que los asediaban y en parte convencidos por las advertencias de Puqueas, dieron paso franco a los turcos y, tras capturar al sultán Saisan, lo privaron de la vista; como carecían de un instrumento útil para esa tarea, se usó un candelabro que el soberano había regalado a Saisan. Se vio entonces cómo el receptáculo de la luz se convirtió en causante de sombras y oscuridad. Puesto que

aún podía vislumbrar alguna pequeña luz, cuando llegó a Iconio asistido por un guía, confió este hecho a su nodriza y ésta hizo lo mismo a su esposa. Llegada así esta noticia a oídos de Masut, perturbó el ánimo del bárbaro. Y él, encolerizado, encomendó a Elegmo (un sátrapa ilustre) que lo estrangulase con una cuerda. Así concluyó la vida del sultán Saisan por no echar cuenta en su temeridad a los consejos del soberano. El soberano, por su parte, continuaba su camino hacia la ciudad imperial, conservando perfectamente la formación en idéntico y correcto orden.

VII. Regreso de Alejo a Constantinopla. Desvelos del emperador por los menos favorecidos y por la educación de sus súbditos.

1. Al oír hablar de formación y falanges, cautivos y botines, general y jefes de batallones, alguien podría creer que está oyendo hablar de aquellas tácticas que todo historiador y poeta menciona en sus obras. Sin embargo, esta formación a todos les parecía nueva e inusitada, de unas características que nunca nadie había visto antes ni ha sido legada por la historia a la posteridad. Cuando iba camino de Iconio, esta formación marchaba en orden y llevaba un movimiento perfectamente compenetrado con el ritmo que marcaba la flauta. Se habría dicho al observar la falange entera que permanecía inmóvil cuando se movía y que andaba cuando estaba parada. Con sus líneas compactas y cohesionadas se parecía a las inconmovibles montañas, moviéndose todo el conjunto de la falange en sus desplazamientos como un único y enorme ser vivo que se moviera y se desplazara alentado por una única alma. Cuando llegó a Filomelio, tras liberar por doquier a quienes estaban bajo el yugo bárbaro, como arriba se ha dicho, introdujo en medio de la formación a cautivos, mujeres, niños y todo el botín y se puso en el camino de vuelta apaciblemente con un movimiento lento y semejante al de las hormigas.

2. Como había muchas mujeres embarazadas y otras muchas sufrían enfermedades, cuando una mujer estaba a

punto de dar a luz, tocaba la trompeta a una señal del soberano, todos se detenían enseguida y la formación entera se quedaba quieta en el mismo lugar. Nada más enterarse de que el parto había concluido, mandaba dar otro toque, que en este caso no era de los habituales, comunicando la puesta en marcha y animando a todos a caminar. Si alguien se estaba muriendo, de nuevo sucedía lo mismo y el soberano se presentaba en el sitio donde yacía el moribundo, llamaba a los sacerdotes para que cantaran los himnos postreros y para que le dieran las bendiciones al agonizante y, una vez se habían celebrado las honras fúnebres a los difuntos de acuerdo con las normas sagradas, hasta que el muerto no estuviera enterrado, no permitía que se moviera en lo más mínimo la formación. A la hora de comer, hacía llamar a todas las mujeres y hombres que estuvieran agotados por las enfermedades o la vejez, les ofrecía lo mejor de su comida y ordenaba a sus comensales que cumplieran también con esta obra de caridad. Su mesa era como un banquete divino, sin el fastidio de la presencia de instrumentos, flautas, tímpanos ni tipo alguno de música. Debido, pues, a la protección que otorgaba personalmente a esos desgraciados, cuando llegó a Damalis (era el atardecer) no quiso que se le celebrase una brillante recepción, ni que se organizara un cortejo imperial, ni quiso vistosos montajes, ni esperar al día siguiente para cruzar el estrecho, como hubiera sido preciso. Antes al contrario, embarcó inmediatamente en una monere y llegó a palacio a la hora en que se encienden las lámparas.

3. Dedicó el día siguiente entero al cuidado de cautivos y recién llegados. Repartió entre todos aquellos de sus allegados, que sabía llevaban una vida honesta, y entre los higumenos de los sagrados monasterios a todos los niños que habían quedado privados de padres y estaban sumidos en la amarga desgracia de la orfandad, y les recomendó que no los criasen como esclavos, sino como seres libres, considerándolos merecedores de una completa formación e intruyéndolos en las Sagradas Escrituras. También entregó algunos al orfanato que él había fundado y que estaba pensado más como escuela para quienes quisieran aprender, a fin de

que sus directores les enseñaran el ciclo completo de estudios [4].

4. En el sector que existe junto a la acrópolis, donde se abre el acceso al mar, había encontrado un templo de enorme tamaño bajo la advocación del gran apóstol Pablo y construyó allí, dentro de la ciudad imperial, otra ciudad. El propio templo estaba, como una ciudadela, en la parte más elevada de esa ciudad. La nueva ciudad se extiende a lo largo y a lo ancho sobre un número de estadios que cualquiera podría decir. En su interior fueron erigidas circularmente un conjunto abigarrado de viviendas, destinadas a ser moradas para los pobres y, lo que demuestra mayor caridad, hospicios para personas mutiladas. Es posible ver cómo esas personas, ciegos, cojos y gentes afligidas por otras desgracias, van acudiendo uno por uno. Diríase que es el pórtico de Salomón, viendo esta ciudad repleta de hombres que son víctimas de alguna clase de invalidez en todo su cuerpo o sólo en parte del mismo.

5. Este recinto circular era doble y gemelo. Los unos, hombres y mujeres mutilados, habitaban en la parte superior; otros se arrastraban en la parte inferior. En cuanto a las dimensiones del recinto son tales, que si alguien desea ver a esas personas y comenzara por la mañana, concluiría el recorrido al atardecer. Estas características tenía la ciudad y así eran también sus habitantes. Carecen de jardines, viñedos y de cualquiera otra cosa con cuyos cuidados ocupamos el período de la vida humana, y cada uno o cada una habita con la paciencia de Job la casa edificada para ellos; igualmente, el alimento y el vestido se los suministra personalmente la mano imperial. Y lo más insólito es que estos indigentes, como si fuesen señores con propiedades y con todo tipo de recursos, tienen como administradores y encargados de su subsistencia al soberano mismo y a los diligentes funcionarios que rodean al soberano. Pues allí donde surgía una propiedad agrícola emplazada en un buen sitio, lo mismo que si era accesible, la distribuía y ofrecía a estos

(4) El triuium y el quadriuium.

hermanos nuestros aquellas partes de las que manaban para ellos ríos de vino, el pan y todos los productos con los que además del pan se alimentan los hombres, de modo que el número de los que podían comer sobrepasaba todo cálculo. Tal vez peque de osada para algunos si dijera que la conducta del soberano recuerda el milagro de Nuestro Salvador, me refiero al de los siete mil y al de los cinco mil [5]. En aquel caso, con cinco panes se hartaron miles, como también era Dios quien hacía el milagro, y en éste, la caridad responde a aquel mandato divino. Y por otra parte, en aquella ocasión se produjo un milagro y en ésta era el suministro imperial el que proporcionaba los medios de subsistencia para nuestros hermanos.

6. Yo misma he llegado a ver a una mujer vieja asistida por una joven, a un hombre ciego guiado por manos de uno que sí ve, a personas sin pies que poseían pies, no los suyos propios, sino los de otros, a personas sin manos auxiliadas por las de otras personas, a criaturas recién nacidas amamantadas por otras madres, a paralíticos servidos por otros hombres robustos. Era doble la muchedumbre de los que recibían alimentos, pues unos se contaban entre los servidos y otros entre los servidores. El soberano no podía decirle al paralítico: "Levántate y anda", ni al ciego ordenarle ver, ni al que no tenía pies ordenarle andar. Ésta es una facultad sólo del Unigénito, que se hizo hombre por nosotros y vivió entre nosotros en aquellos tiempos por el bien de la humanidad. El soberano hizo aquello que estaba a su alcance: dar asistentes a cada mutilado y mostrar la misma solicitud por el disminuido que por quien gozaba de salud; en fin, si alguien deseara hacerse una idea de cómo era la nueva ciudad que mi padre edificó desde sus cimientos, debería imaginarla por cuadruplicado, o sea multiplicada por los que habitaban abajo y arriba y por quienes asistían a ambos grupos.

(5) Milagro de la multiplicación de los panes y los peces, Mat., XVI, 9-10.

7. ¿Quién podría contar el número de personas que comía diariamente, o el gasto diario o los recursos que aprovechaban a cada uno? A mi padre le atribuyo lo que quedó tras su paso. Pues él concretó los bienes procedentes de la tierra y del mar que estaban destinados a su sustento y también él les procuró todas las comodidades posibles. Hay un administrador al frente de esta poblad ísima ciudad, cuyo nombre es "El orfanato". Se la denomina "El orfanato" por la caridad que el soberano ha demostrado hacia los huérfanos y los soldados veteranos, a partir de lo cual el nombre que se generalizó fue el relacionado con su preocupación por los huérfanos. Hay secretarías para su administración, contabilidades de las dotaciones asignadas y de las posesiones de los pobres y crisóbulos que ofrecen a los acogidos firmes garantías.

8. Al templo del gran apóstol Pablo lo dotó con un importante y numeroso clero y con abundancia de lámparas. Si se visita este templo, se puede ver cómo cantan dos coros, uno a cada lado, alternativamente. Pues, como hizo Salomón, dispuso la existencia en el templo de los apóstoles de cantantes masculinos y femeninos. También organizó la función de las diaconisas. Asimismo dedicó mucha atención a las monjas extranjeras íberas, que antes iban de puerta en puerta cuando llegaban a Constantinopla; la solicitud de mi padre hacia ellas le hicieron erigir un enorme monasterio y dispensarles asimismo alimentos y ropas adecuadas. En suma, ya puede vanagloriarse el famoso Alejandro el macedonio por su Alejandría de Egipto, por su Buoéfale de Media o su Lisimaquia de Etiopía, que el soberano Alejo no se vanagloriaría tanto de las ciudades por él erigidas, que sabemos construyó por doquier, cuanto se enorgullecía de esta ciudad.

9. Si uno entra en dicha ciudad, tiene a la izquierda esos templos y sagrados monasterios; a la derecha del gran templo hay una escuela primaria para los niños huérfanos procedentes de toda variedad de razas, en donde un maestro imparte la clase y los niños se colocan en torno a él, unos atemorizados por las preguntas sobre gramática, otros es-

cribiendo la denominada esquedografía [6]. Allí es posible ver a un latino que se está instruyendo, a un escita que aprende griego, a un romano manejando textos griegos y a un griego iletrado que aprende a hablar correctamente griego; ésos eran los afanes de Alejo sobre la formación intelectual. En cuanto a la técnica de la esquedografía, diremos que es un invento de los más recientes y originario de nuestra generación. Dejo de lado a los Estilianos, a los llamados Longibardos, a cuantos trabajaron en la recolección de todo tipo de palabras, a los áticos y a los que han logrado figurar en la sagrada lista de nuestra iglesia, cuyos nombres omito. Pero es que ahora el estudio de estos maestros, de los poetas, de los historiadores y de sus experiencias no ocupa siquiera un lugar secundario; el único interés es el juego, los demás trabajos están prohibidos. Digo esto porque estoy irritada ante el completo desinterés por la formación general. Este hecho me consume el alma, porque yo he dedicado mucho tiempo a esos estudios y, cuando dejé las primeras enseñanzas, me encaucé por la retórica, me dediqué a la filosofía, me metí en ambientes de sabios, poetas y escritores y pulí la tosquedad de mi lengua; posteriormente condené gracias al auxilio de la retórica la complicada complejidad de la esquedografía. Sea, sin embargo, añadido a nuestra historia este excurso, aunque no como algo accesorio, sino como algo coherente con nuestra obra.

VIII. Alejo contra los bogomilos.

1. Después de estos hechos, cuando corría el año (...) de su reinado, se levantó una espesísima nube de herejes; la apariencia de la herejía era nueva, aún no conocida anteriormente por la iglesia. Dos doctrinas muy pérfidas y nefastas,

(6) BUCKLER, G.- Anna...; p. 178-181; p. 491. La esquedografía "era un procedimiento educativo muy extendido. Sobre una tableta (skhédon) el alumno escribía el pasaje de un autor para hacer un análisis gramatical sobre él, que abarcaba el estudio de las flexiones, la etimología, el sentido de las palabras. Por otra parte, se habían compuesto numerosos vocabularios de autores clásicos, como el Breviario de esquedografía del sabio Longibardo. Las palabras estaban agrupadas según su sentido (mitología, geografía, costumbres, etc.) (BRÉHIER, L.- La civilisation byzantine. París, 1970, p. 400)

conocidas en la antigüedad, se habían fusionado, una era la impiedad, por así decir, de los maniqueos, a la que también podríamos llamar de los paulicianos, y la infamia de los masalianos. Era ésa la corriente de los bogomilos, síntesis de masalianos y maniqueos. Según parece, existía incluso desde antes de la época de mi padre; pero había pasado inadvertida, pues la secta de los bogomilos tiene gran habilidad a la hora de fingir un comportamiento virtuoso. No podría vislumbrarse ni un pelo de mundano entre los bogomilos, pues su perversión está oculta bajo el manto y la cogulla. El bogomilo es sombrío, se tapa hasta la nariz, marcha a hurtadillas y su boca murmura quedamente; pero en su interior hay un lobo indomable.

2. Mi padre, entonándoles a estos seres clandestinos una melodía encantada, atrajo y sacó a la luz esta secta, que es tan nefasta como una serpiente escondida en un agujero. Como acababa de liberarse de los problemas que le habían planteado occidente y oriente, se dedicaba a los asuntos espirituales. Pues en todo dominaba a todos, en las materias de pedagogía derrotaba a los especialistas y en las batallas y tácticas superaba a quienes causaban asombro con sus armas.

3. La fama de los bogomilos se había extendido ya por todas partes (pues un cierto monje llamado Basilio, que escondía la herejía en su interior, había difundido muy astutamente el mal por doquier en unión de doce discípulos que llamaba apóstoles y arrastrando como discípulas a ciertas mujeres perversas y malvadas) y puesto que el mal estaba consumiendo, como el fuego, a muchas almas, se le terminó la paciencia al emperador y puso en marcha una investigación sobre el asunto de la herejía. Fueron conducidos a palacio algunos bogomilos que señalaron a Basilio como su maestro y cabeza rectora de la herejía bogomilita. Entre éstos, un tal Diblacio, que estaba detenido, se negaba a contestar durante el interrogatorio, por lo que fue entregado a la tortura; entonces acusó al llamado Basilio y a los apóstoles que él había elegido. En consecuencia, el soberano encargó de la búsqueda de este hombre a muchos de sus funcionarios. Y efectivamente, el archisátrapa de Satanael, Basilio,

fue descubierto con su hábito de monje, su rostro austero, su escasa barba, su elevada estatura y su habilidad para manipular la impiedad.

4. El soberano quiso desvelar enseguida mediante la persuasión lo que mantenía aquél oculto y lo mandó llamar con un pretexto piadoso. Se levantó y le cedió su asiento, compartió con él su silla y su mesa, le tendió todo el hilo de su caña de pescar con todo tipo de cebos clavados en su anzuelo, se lo dio a comer a ese monstruo devorador y con diversos medios vertió todo el veneno en ese monje astuto, portador del mal, fingiendo querer convertirse en su alumno, quizás no sólo él, sino también su hermano Isaac el sebastocrátor; simulando le reveló que todo lo que dijera sería asumido como si fuese un oráculo divino y que obedecería en todo sólo con que este malvadísimo Basilio se preocupara de la salvación de su alma. Y dijo: "Yo, veneradísimo padre (con esas dulces palabras untaba el emperador su copa para que vomitara su diabólica bilis negra), admiro tu virtud; te ruego me enseñes algunos de los preceptos que tu venerable persona predica, porque los de nuestra religión sólo hacen gala de simplezas y carecen por completo de virtud." Él se puso a esbozar sus concepciones y aquel auténtico asno que, a pesar de una cierta reticencia inicial ante esas palabras, se inflaba de vanidad con los elogios, arrastró hacia sí por todos lados la piel del león; pues, efectivamente, el emperador lo había hecho su compañero de mesa. Estaba presente a su lado, secundándolo en la trama el hermano del emperador y sebastocrátor.

5. El otro vomitó los dogmas de su herejía. ¿Y cómo fue? Se había desplegado una colgadura entre el gineceo y el lugar donde estaban los emperadores junto con ese infame, quien soltaba y revelaba abiertamente todos sus pensamientos tal como los tenía en su alma. El secretario iba tomando nota tras el cortinaje de lo que se estaba diciendo. Aquel charlatán se convertía aparentemente en maestro, el emperador fingía ser un discípulo y de la clase tomaba nota el secretario. Y ese visionario se tiró hacia adelante con todo lo decible y lo indecible a su lado, sin escatimar ninguno de los dogmas sacrílegos: despreció nuestra teología, difamó a

toda la estructura eclasiástica, llamó a los templos ¡ay de mí! a los sagrados templos, moradas del demonio y consideraba y estimaba algo abyecto el cuerpo y la sangre por nosotros conmemorados del primer patriarca.

6. ¿Qué ocurrió entonces? El emperador se quitó la máscara y desveló la trama; todo el senado había sido reunido y convocado el estamento militar junto a los que estaba también presente el sínodo de la iglesia. En aquella ocasión ocupaba el trono patriarcal de la capital del imperio Nicolás Gramático, bienaventurado entre los patriarcas. Se dieron a conocer los dogmas sacrílegos y la prueba era irrefutable. Pero el acusado ni tan siquiera rebatió a la parte acusadora, sino que inmediata y abiertamente pasó a exponer su postura, prometiendo resistir al fuego, a los latigazos y a infinitas muertes. Pues esos errados bogomilos están convencidos de que podrán soportar sin esfuerzo cualquier castigo, ya que, indudablemente, los ángeles los salvarán de la hoguera. Y aunque la mayoría de todos los presentes le reprocharan su impiedad, incluso todos los que habían tomado parte con él en su perdición, Basilio era el mismo: un bogomilo muy valiente e inflexible; a pesar de que lo amenazaron con arrojarlo a la hoguera y con otras penalidades, sostenía firmemente a su diablo y se abrazaba a su Satanael. Tras ser encarcelado, el emperador lo hacía llamar frecuentemente y frecuentemente lo exhortaba a que abjurara de su impiedad, pese a lo cual se mantenía firme ante los requerimientos del emperador.

7. No omitiremos el prodigio que lo tuvo por protagonista. Sucedió antes de que el emperador tuviera hacia él un comportamiento más duro y tras la confesión de su impiedad, cuando por aquel entonces había salido en dirección a un local situado en las proximidades de las habitaciones imperiales y que acababa de ser acomodado para él. Era el anochecer, las estrellas brillaban en lo alto en medio del aire puro y la luna iluminaba aquella noche posterior al sínodo. Una vez el monje dentro de la celda y a media noche, empezaron a caer piedras por sí mismas, arrojadas como el granizo contra la celda, sin que ninguna mano las lanzara y sin que ningún hombre apedreara a ese diabólico abad. Era, según parece, la cólera de los demonios airados que rodean a Satanael, que no soportaban la divulgación de sus dogmas al emperador y el despliegue por parte de éste de una pública persecución contra sus errores. Un hombre llamado Parasceviotes, encargado de vigilar a aquel viejo endemoniado, para que no pudiera hablar con nadie ni difundir su tremenda corrupción, aseguró con los más terribles juramentos que había oído cómo caían arrojadas las piedras junto con su ruido al chocar contra el suelo y las tejas y que había visto una continua e ininterrumpida lluvia de piedras, sin vislumbrar a nadie que las estuviera arrojando desde ninguna parte. Acompañaba también a las pedradas un súbito terremoto que sacudió el suelo e hizo gemir el techo. Parasceviotes, sin embargo, se mantenía seguro hasta que empezó a suponer que se trataba de una obra del demonio, como confesó; pero al notar que las piedras, por así decir, llovían del cielo y que aquel anciano heresiarca se había metido dentro y estaba encerrado, achacó la acción a los demonios y no sabía qué era lo que estaba pasando.

IX. Argucia de Alejo para distinguir a los bogomilos de los ortodoxos. Final de los bogomilos, excepto sus cabecillas.

1. Ya hemos dicho bastante sobre ese prodigio; hubiera sido también mi deseo explicar por entero la herejía de los bogomilos; pero me lo impide el pudor, como en alguna ocasión dice la hermosa Safo, puesto que yo, la escritora, soy una mujer, la criatura más honorable de la púrpura y el primerísimo de los vástagos de Alejo; además, lo que está en oídos de la gente merece el silencio. De hecho, quiero describir y exponer al completo la herejía de los bogomilos, pero para no manchar mi propia lengua omito esta exposición. Remito a los interesados en conocer con detalle la herejía de los bogomilos al libro denominado *Panoplia dogmática*, compuesto por prescripción de mi padre. En efecto, mi padre había mandado venir a un monje llamado Zigabeno, conocido de mi abuela materna y señora y de todos los integrantes del estamento eclesiástico, persona que había alcanzado las cimas de la literatura, incluida la retórica, que no era negligente y que conocía como ningún otro el dogma, y le ordenó

que describiese en detalle todas y cada una de las herejías y expusiese las refutaciones de los Santos Padres contra cada una; entre ellas está incluida, naturalmente, la herejía de los bogomilos tal como aquel impío Basilio la había predicado. Este libro lo tituló el soberano *Panoplia dogmática* y aún hoy conserva el libro este título.

2. Volvamos con nuestra historia a los momentos finales de Basilio. El soberano mandó buscar por doquier a los discípulos y correligionarios de Basilio, en especial a los llamados doce discípulos, sondeó sus creencias y resultaron ser claramente discípulos de Basilio. En efecto, el mal se había propagado y esta nefasta doctrina había llegado a afectar a importantísimas casas y a mucha gente. En consecuencia, condenó de una vez a la hoguera a esos enajenados, al director y a su coro. Cuando fueron reunidos los bogomilos que habían sido descubiertos, unos se afirmaron en su herejía, otro se opusieron duramente a los acusadores y rechaasron la herejía bogomilita; puesto que el soberano estaba decidido a no confiar en ellos y para que un buen cristiano no se confundiera con los bogomilos como un bogomilo, o por el contrario, para que ningún bogomilo escapase como si fuese cristiano, concibió un original sistema por el que se revelarían los auténticos cristianos.

3. Al día siguiente, pues, se sentó en su trono imperial. Había gran concurrencia de personalidades del senado, del sagrado sínodo y todos aquellos de los monjas nazarenos con formación intelectual. Tras ser conducidos ante el público todos los que eran acusados de la herejía bogomilita, el soberano volvió a ordenar el interrogatorio de cada uno. Como unos afirmaban que eran bogomilos y se agarraban con fuerza a su propia herejía y otros la rechazaban calificándose a sí mismos de íntegros cristianos y dando muestras de su radical negativa a ceder a pesar de las acusaciones que los demás les hacían, el emperador frunció el entrecejo y dijo: "Que se enciendan dos hogueras y se clave en tierra junto a una de ellas una cruz; luego, que se le dé, a todos los que quieran morir hoy en la fe cristiana, la opción de separarse de los demás y avanasr hasta la hoguera de la cruz; porque quienes persistan en su vinculación a la herejía bo-

gomilita, serán arrojados a la otra. Es mejor que los cristianos mueran en su fe que vivir siendo perseguidos como bogomilos e hiriendo las conciencias de la gente. Id, pues, cada uno de vosotros en la dirección que prefiráis."

4. Así pues, tras hacer estas declaraciones a los bogomilos, el emperador dio fingidamente por terminado el asunto. Inmediatamente los cogieron y se los llevaron ante una enorme muchedumbre que iba afluyendo de todas partes. Entonces fueron encendidas unas hogueras siete veces más amplias que las normales, como dice el melodа [7], en el lugar llamado Tzicanisterio. El fuego ascendía hacia el cielo; la cruz estaba erguida a un lado. Se les ofreció a los condenados la opción de marchar a donde fuera su deseo, ya que todos iban a ser quemados. Entonces, al ver el final inevitable, todos aquellos que eran ortodoxos avanzaron hacia la hoguera de la cruz para dar un auténtico testimonio de su fe; los infieles, por su parte, manteniendo su abominable herejía, se dirigieron a la otra.

5. Cuando estaban a punto de ser arrojados por igual a las hogueras, todos los presentes sintieron lástima por los cristianos que iban a ser quemados y se indignaban enormemente con el emperador, desconocedores de las disposiciones que había adoptado. Una orden imperial, dada con anterioridad, apartó a los verdugos de su misión. Así, con las ideas claras sobre quienes eran realmente bogomilos, tras dar abundantes recomendaciones a los cristianos falsamente delatados, los liberó y encarceló de nuevo a los otros lejos de los apóstoles del impío Basilio, que fueron separados del resto de los herejas. Posteriormente, los mandaba buscar a diario. El emperador en persona instruía a unos, animándolos continuamente a abjurar de su abominable culto, y ordenó a algunos otros notables del sagrado estamento eclesiástico que acudieran diariamente junto a ellos, los formaran en la fe ortodoxa y les aconsejaran que abandonasen la herejía bogomilita. Algunos de ellos cambiaron sus creencias por unas más juiciosas y fueron liberados de la prisión;

(7) Daniel, III, 19.

otros murieron recluidos en cárceles por herejes, si bien gozaron de una generosa provisión de alimentos y vestidos.

X. Fin de Basilio el cabecilla de los bogomilos.

1. Sin embargo, a Basilio, como auténtico e irreductible hereslarca, todos los notables del sagrado sínodo y de los monjes nazarenos e incluso el mismo patriarca Nicolás lo juzgaron merecedor de la hoguera. El emperador estuvo de acuerdo con ellos, ya que había hablado frecuentemente con él y había reconocido que era un hombre de mente retorcida e incapaz de renunciar a su herejía, por todo lo cual se erigió una gran hoguera en el Hipódromo. Se había cavado un profundo foso y se había apilado un montón de madera perteneciente a grandes árboles: el conjunto daba la impresión de una montaña. Luego, cuando la hoguera fue encendida, una abundante muchedumbre de gente comenzó a afluir en silencio por la arena y los graderíos del estadio a la espera de lo que iba a ocurrir. Al otro lado estaba clavada una cruz y se ofreció al impío una opción: si, aterrorizado por el fuego, avanzaba arrepentido hacia la cruz, sería liberado del suplicio de la hoguera.

2. Toda la masa de los herejes estaba presente viendo a su jefe Basilio. Pero él adoptaba una actitud despreciativa ante cualquier condena o amenaza y, aún de lejos, se rió de la hoguera; y alucinaba diciendo que unos ángeles lo arrebatarían de entre el fuego, mientras cantaba aquello de David: "Y a ti no se acercará a menos que lo mires con tus ojos [8]." Pero cuando el pueblo se apartó y le dejó ver sin impedimentos aquel aterrador espectáculo de la hoguera (iba sintiendo, efectivamente, el calor del fuego a pesar de la distancia y veía las llamas ascendiendo por el aire con un ruido como de truenos y las chispas que salían lanzadas al cielo por encima de la pirámide de piedra erigida en el centro del estadio), entonces aquel audaz personaje pareció atemorizarse y estremecerse ante la visión del fuego. Volvía continuamente sus ojos, daba palmadas con sus manos y se golpeaba el muslo, como quien está completamente angustiado.

3. No obstante, aunque fuera presa de ese estado de ánimo, su aspecto sólo daba la apariencia del diamante. Ni el fuego ablandó su alma de hierro, ni lo despertaron de su encantamiento las recomendaciones que el soberano le daba; por el contrario, o bien mantenía firmemente su postura sin concebir en lo más mínimo lo que le convendría, porque estaba poseído de una terrible locura provocada por el desgraciado final que lo esperaba, o bien, explicación que resulta más verosímil, el diablo, que se había apoderado de su alma, lo sumió en una profundísima oscuridad, el caso es que aquel despreciable Basilio se mantenía irremediablemente obstinado ante cualquier amenaza y temor, y se quedaba quieto mirando pasmado tanto a la hoguera, como a los asistentes. A todos les parecía realmente enloquecido, ya que no avanzaba hacia la hoguera, ni retrocedía, sino que estaba clavado e inmóvil en el lugar al que había sido conducido al principio. Como corrían abundantes rumores entre toda la gente sobre prodigios que se le atribuían, temerosos los verdugos de que los demonios que protegían a Basilio obraran, con el consentimiento de Dios, algún insólito prodigio, y el muy pérfido fuera arrebatado intacto de entre tanto fuego y fuera transportado a algún lugar repleto de público, dando pie a un nuevo error que sería peor que el primero, decidieron realizar una prueba.

4. Mientras profetizaba prodigios y se jactaba de que se le vería incólume entre las llamas, los verdugos tomaron su manto, diciendo: "Veamos si no prende el fuego en tus ropas" y lo lanzaron sin dilación a la hoguera. A tal punto de contento llegaba Basilio por el demonio que lo tenía engañado, que decía: "¿Véis cómo mi manto se va volando por el aire?" Los otros, viendo la tela por el borde, lo alzaron y lo arrojaron a la hoguera con las mismas ropas y calzado que vestía. Las llamas, como si estuvieran encolerizadas contra él, se ensañaron tanto con el impío que no se produjo olor a quemado, ni hubo transformación en el aspecto del humo; por el contrario, sólo apareció una leve línea humeante entre las llamas. Pues, en efecto, incluso los elementos se al-

(8) Salmos, XC, 7-8.

zan contra los impíos y, para hablar con sinceridad, son benévolos con los devotos de Dios, como antiguamente, cuando en Babilonia el fuego se apartó y obedeció a aquellos jóvenes creyentes y los rodeó como un habitáculo dorado [9]. En esta ocasión, cuando propiamente aún no lo habían agarrado quienes lo alsaron en alto, la llama parecía ya adelantarse para tirar del impío. En cuanto al resto de los que estaban destinados al mismo suplicio que Basilio, aunque el pueblo que asistía lo ansiara y forzara a arrojarlos también al fuego, el soberano no lo consintió y ordenó que fueran confinados en los pórticos y galerías del gran palacio; una vez concluido el espectáculo, la concurrencia se dispersó. Posteriormente, los infieles fueron conducidos a otra prisión, donde tras su internamiento murieron mucho tiempo después en su impiedad.

5. Estos fueron, así pues, el último trabajo y la última hasaña de aquellos prolongados esfuerzos y gestas del soberano, todos los cuales fueron novedosos y de una insólita audacia. Creo que la gente que fue entonces testigo de estos hechos y acompañante del soberano sigue asombrándose aún hoy de éstos y opinan que no tuvieron una visión real con aquellos acontecimientos, sino sueños e imaginaciones. Efectivamente, desde que, tras la subida al trono de Diógenes, los bárbaros invadieron las fronteras romanas a causa de las desgraciadas campañas contra ellos que este emperador protagonizó desde el primer momento, hasta el reinado de mi padre, el poderío bárbaro no había sufrido repliegues; antes al contrario, sus espadas y lanzas estaban afiladas contra los cristianos, hubo batallas, guerres y matanzas. Las ciudades habían desaparecido, las regiones asoladas y todo el territorio romano estaba manchado con asngre de cristianos. Unos cayeron miserablemente bajo las flechas y las lanzas, otros fueron arrastrados de sus casas y conducidos como cautivos a las ciudades de Persia. El miedo se enseñoreaba de todos y vivían ansiosos por ocultarse en cuevas, bosques, montes y montañas de las crueles circunstancias que sufrían. Entre éstos, unos imploraban por las penalidades que padecían, mientras eran llevados a Persia; otros, que aún eran libres, si es que quedaba todavía alguno dentro de las fronteras romanas, lloraban entre profundos gemidos a su hijo o a su hija; otro clamaba por su hermano o por su sobrino, muerto a temprana edad, y derramaban cálidas lágrimas, como las mujeres. No había entonces ningún pariente que no llorara y se lamentara. Con excepción de algunos pocos, es decir Tzimiscés y el emperador Basilio [10], desde entonces hasta mi padre, ningún emperador se había atrevido en absoluto a tocar con la punta de sus pies las tierras de Asia.

(9) Daniel, III, 19 y ss.

XI. Muerte de Alejo Comneno.

1. ¿Pero, por qué este excurso? Me siento a mí misma como si me estuviera apartando del camino, ya que mi primitivo propósito me señalaba una doble tendencia en esta obra: contar la historia y exponer la tragedia de todo lo que le aconteció al soberano, es decir, contar la historia de sus trabajos y verter en un triste canto todo lo que destrozó su corasón. Junto a esto pienso componer la narración de su muerte y el fin de su total existencia sobre la tierra. Pero recuerdo ciertas palabras paternas que me apartan de la historia y me impulsan a los lamentos y a los gemidos. Pues frecuentemente oía esto, le oía a mi madre y emperatriz encargarle a sabios la transmisión a las generaciones venideras, mediante la historia, de sus trabajos, de aquellas innumerables hazañas y luchas, así como entonar tristes cantos y llorar los infortunios por los que pasó.

2. Aún no había transcurrido un año y medio, cuando a su regreso de una campaña hizo presa en él otra terrible enfermedad, lo rodeó como una soga mortal y, a decir verdad, lo llevó al final y la ruina más completa. Dado que las dimensiones del tema lo requieren y como amante hija al mismo tiempo de mi padre y de mi madre desde que nací, voy a transgredir las normas de la historia para referir un

(10) Juan I Tzimiscés (969-976) y Basilio II (976-1025).

hecho que no deseo en absoluto rememorar, la muerte del soberano. Tras la celebración de un certamen en el Hipódromo, a causa del viento que en aquella ocasión soplaba fuertemente, los humores como si hubieran fluido y retrocedido desde las extremidades, afectaron a uno de sus hombros. La mayoría de los médicos ni siquiera comprendían la amenaza que se estaba cerniendo sobre nosotros por este hecho. Nicolás Calicles, así se llamaba, adivino de nuestros detestables males, decía temer que se retiraran de las extremidades y crearan una situación de peligro irreversible si se extendía a otras partes; sin embargo, no hubiéramos podido creer en lo que no queríamos creer.

3. Así pues, nadie excepto Calicles propuso una evacuación purgativa con determinados medios. Pues su cuerpo tampoco estaba acostumbrado a recibir purgantes y carecía totalmente del hábito de tomar medicamentos. De esto se aprovechaba la mayoría y, en especial, Miguel Pantecnes, quien prohibía terminantemente la purga. Calicles, por el contrario, les decía en un tono serio, previendo el futuro: "En este momento la materia se ha retirado de las extremidades y se ha proyectado sobre el hombro y el cuello; de no ser evacuada con purgantes, se deslizará más tarde hacia alguno de los órganos vitales, incluso el corazón mismo, y concluirá por generar una dolencia incurable." Estaba yo presente por orden de mi señora para ser árbitro en las deliberaciones de los médicos; yo misma estuve oyendo a quienes hablaban y estaba de acuerdo con las palabras de Calicles. Prevaleció, sin embargo, el parecer de la mayoría. Fue entonces cuando los humores del cuerpo del emperador, que lo habían atacado durante los días habituales, empezaron a remitir y el paciente recobró la salud.

4. Habían pasado así seis meses, cuando le sobrevino una fatal enfermedad causada tal vez por el enorme agotamiento que los asuntos diarios provocaban en él y por la acumulación de las cuestiones de gobierno. Yo lo oía cuando hablaba con la emperatriz como si le reprochara a ella la enfermedad: "¿Qué es este dolor que me viene cuando respiro? Quiero respirar profunda e intensamente para aliviarme el dolor de mi corazón; pero aun cuando lo intente muchas veces, ni en una ocasión puedo desprenderme de este peso agobiante. Es más, persiste en mi corazón como una pesada piedra, que me produce un corte al respirar. No puedo conocer la causa, ni el origen de este dolor. Y te digo más, alma mía amadísima, compañera de mis penalidades y de mis pensamientos, con frecuencia deseo bostezar, pero en medio del bostezo se me corta la respiración y me crea un sufrimiento enorme. Explícame, si lo sabes, qué es esta otra dolencia que me viene."

5. A su vez, cuando la emperatriz oía estas palabras y se enteraba de los sufrimientos que él experimentaba, creía estar padeciendo idénticos dolores, como si se le cortara también la respiración a ella; de tal manera la afectaban las palabras del soberano. Continuamente mandaba buscar a médicos sabios y los obligaba a que estudiasen la naturaleza de la enfermedad, así como les preguntaba sobre las causas próximas y remotas. Ellos echando mano a las arterias del emperador confesaban encontrar la apariencia de todo tipo de irregularidades en el pulso arterial sin poder dar con la causa. Sabían que la dieta del emperador no era propia de una existencia cómoda, sino austera, simple, propia en todo de la vida de un atleta o de un militar, todo lo cual evitaba en las materias las consecuencias de una dieta excesiva; por ello achacaban a otras razones los orígenes de esa opresión, y afirmaban que la causa primera de esta enfermedad no era otra más que la sobreabundancia de preocupaciones y sus continuas y hondas aflicciones, lo que motivaba que su corazón se inflamara y arrastrara a sí todas las materias residuales del resto del cuerpo.

6. Desde ese momento, la terrible enfermedad que atacaba al soberano no concedía ningún tipo de tregua y lo iba asfixiando como una horca. Tanto se incrementaba cada día la gravedad de su dolencia que ya no atacaba espaciadamente, sino de forma continua y sin descanso, hasta el punto de que el soberano no podía reclinarse sobre su costado y ni siquiera tenía fuerzas para respirar libremente el aire. En ese instante, se convocó a todos los médicos, a quienes se les estuvo exponiendo el estado de la enfermedad del soberano. Ellos se repartían las opiniones y en medio de esta

división de pareceres cada uno diagnosticaba una enfermedad distinta y daba el remedio para su curación de acuerdo con el diagnóstico. Ya se intentara la curación de una u otra manera, el caso es que el estado del soberano era crítico, pues no podía respirar libremente el aire ni por un instante. Se veía obligado a respirar sentado en una postura totalmente erguida; si en algún momento se recostaba boca arriba o sobre uno de los costados, ay, aquello se convertía en una trampa. No era capaz de inspirar ni expirar un poco de aire del exterior siguiendo el proceso de la inspiración y la expiración. Cuando el sueño misericordioso le venía, entonces acababa por asfixiarse. De modo que permanentemente, durante el sueño o durante la vigilia, lo acosaba el riesgo de la asfixia.

7. Como no se le habían administrado purgantes, recurrieron a una sangría; sin embargo de nada sirvió la sangría y volvió a encontrarse en igual estado, respirando trabajosamente y con el grave peligro de perder la vida entre nuestras manos por lo dificultosa que le resultaba la respiración. Sin embargo, su estado de salud mejoró gracias a un remedio elaborado con pimienta. Entonces nosotros, del gozo y de la alegría que nos embargaba, no sabíamos qué hacer y elevamos oraciones a Dios en acción de gracias. Pero todo era una ilusión; al tercer o cuarto día volvieron a atacarle al emperador las asfixias y la opresión de sus pulmones. Me temo que empeoró por efecto de aquel brebaje que extendió las materias y no sirvió de nada, como no fuera para situarlas en las concavidades de las arterias y agravar su delicado estado de salud.

8. A partir de esos momentos no era posible encontrar fácilmente ninguna postura de descanso, ya que la enfermedad estaba en su punto álgido. El emperador permanecía en vela desde el anochecer hasta el alba, insomne, sin recibir con normalidad ni alimentos, ni ningún otro remedio para su curación. No ya con frecuencia, sino permanentemente, veía yo a mi madre permanecer toda la noche junto al emperador, a la cabecera de su lecho, y sostenerlo con sus manos para aliviarle de algún modo el proceso de la respiración. Y vertían sus ojos lágrimas más abundantes que

las corrientes del Nilo. No es posible narrar todas las atenciones que tuvo con él a lo largo de noches enteras, ni la gran labor que realizó en su interés por la curación, mientras ideaba posturas y cambios y más cambios en la disposición de los cobertores. Pero nadie podía proporcionarle ni un momento de alivio, pues el soberano se veía acosado por una especie de horca que no lo dejaba en paz ni paraba de asfixiarlo.

9. Como la enfermedad no tenía remedio, el emperador se trasladó al sector meridional del palacio. Hallaba un cierto alivio a su opresión con el movimiento, por ello a la emperatriz se le ocurrió la idea de hacer que este movimiento fuera prolongado; tras adosar unas andas a la cabecera y a los pies del lecho imperial, encargó a unos hombres que lo levantaran y transportaran, mientras se iban relevando unos a otros en sus esfuerzos por la salud del soberano. Desde allí llegó al gran palacio de Mangana. Pero a pesar de esta operación la salud del emperador no experimentó ninguna mejoría. Como viera la emperatriz que el asunto de la enfermedad iba por mal camino y sin ninguna esperanza ya en el auxilio humano, rezaba a Dios fervientes oraciones de súplica por él, mientras hacía generosas donaciones a todos los templos para lámparas y para que cantaran continua y permanentemente los himnos y regalaba dinero a los habitantes de todos los lugares, fueran del interior o de la costa, mientras instaba a todos los monjes que habitaban en montañas y cuevas o incluso a los que llevaban una existencia solitaria a no cesar en sus oraciones e invitaba igualmente a todos los enfermos, a los presos en cárceles y a los reducidos a la miseria, que se veían convertidos en personas muy ricas, a las súplicas por la salud del soberano.

10. Cuando el vientre del soberano estuvo inflamado y había alcanzado una considerable hinchazón y como sus pies también estaban inflamados y el imperial cuerpo era presa de la fiebre, algunos médicos decidieron cauterizar prestando poca atención a dicha fiebre. Sin embargo todo tratamiento era inútil y vano; de nada sirvió cauterizar, antes bien, el vientre presentaba idéntico estado y la respiración era dificultosa. Al llegar los humores, como si fueran origi-

narioa de otra fuente, a la campanilla y afectar a lo que loa Aaclepiadas [11] denominan cielo de la boca, se inflamaron iaa encíaa, la faringe se hinchó y la lengua también se inflamó; a partir de ahí los conductos que atravieaa la comida ae eatrecharon y ae contrajeron hasta el límite, lo que provocaba la amenaza de una grave inanición por la imposibilidad de digerirla, aunque yo, bien lo sabe Dios, atendía con sumo cuidado a au alimentación y le daba de comer diariamente con mis manos unos alimentos que obligaba a preparar cocidos.

11. En todo caao, cualquier intento de rebajar la inflamación parecía (...) y todos los cuidados nuestros y de ios médicoa ae revelaban vanoa. Tras once días, durante ios cuales su enfermedad se mantuvo en una situación crítica, como estaba en un punto álgido y amenazaba peligrosamente (...) aiendo su estado, apareció una diarrea. Así se nos sucedían los maiea uno tras otro. No podíamos acudir ni a un remedio ni a otro, ni a los Asclepiades, ni a nosotros, los que cuidábamos del soberano, nl (...), y todo estaba perdido.

12. Por lo demás, nuestra situación era confusa y tormentosa, los asuntos se presentaban turbuientos y el temor y el peligro se cernían sobre nueatras cabezas. La augusta, que siempre mostraba su vaientía ante loa peligros que iban haciendo aparición, en aquellas circunstancias también hizo gala de extraordinario valor, plantando cara al sufrimiento que ie producía su pena y peleando como un atieta oiímpico contra aquei agudo dolor. Tenía herida ei aima y agitado ei corazón de ver al soberano en ese estado; sin embargo, hacía eafuerzos por superar estas terribles circunstancias; recibía mortalas heridaa, su sufrimiento le llegaba a ia médula, pero ies hacía frente. Sua lágrimas corrían a raudaies, la beiieza de su rostro se conaumía y su estado de ánimo estaba por los aueios.

13. Cuando corría el quince de agosto (era el jueves de aqueiia semana), día en el que se festeja ia Asunción de

(11) Los médicos.

nueatra Inmaculada Señora y Madre de Dioa, despuéa de que aigunos Aaclepiadas hubieron ungido por la mañana la cabeza del aoberano, medida que iea había parecido oportuna, volvieron a casa, no por desconsideración o porque aiguna necesidad les urgiera, aino porque conocían el peligro inminente que corría el soberano. Tres eran los principaiea médicos, el magistral Nicolás Calicies, Miguel Pantecnes, que había recibido el apeiiido de au linaje, y Miguel (...)libo, ei eunuco. La emperatriz, rodeada de todo el coro de loa parientes que la forzaba a tomar aiimentos (...) sin dormir ni un instante, ni (...) transcurrir todas iaa nochea sin repoao (...) ai cuidado del emperador (...) obedecía. Pero cuando el soberano sufrió una definitiva recaída, (...) se dio cuenta tras una impaciente eapera de que la (...) vida y ae arrojó sobre ei (...) ae lamentaba sin cesar, se goipeaba y iloraba por todos los maies que se le habían venido encima. Hubiese deseado abandonar la vida ai instante, pero no podía ver hecho realidad su deseo.

14. El emperador, aunque fuera a morir y ei sufrimiento io estuviera martirizando, como si fuera más poderoso que la muerte (...) ae preocupaba de ia emperatriz y transmitió sua inquietudea a una de sus hijas. Era ésta su tercer vástago, la porfirogéneta Eudocia. María actuaba como una nueva María, aunque no se aentara en aquella ocasión a los pies de mi señor como hiciera una vez aquella otra, sino, máa bien, se dedicaba a au cuidado pegada a la cabecera de la cama y le daba agua en un vaao, no en una copa, para que no le fuera siempre dificultoao beber, ya que encía, lengua y garganta estaban inflamadaa. Él, entonces, ie estuvo dirigiendo a ia emperatriz firmes y vaiientes conaejos, que fueron, sin embargo, ioa últimos: "¿Por qué te permites a ti misma atormentarte por nuestra muerte y nos obligas a apreaurar su inminente iiegada? ¿Es que no vaa a fijarte en ti y en los maies que ae van a preaentar y no vas a eaforzarte para no sumirte en el torrente de penas que te acosan?" Así le habió, y le abrió más aún la herida de su infortunio.

15. Yo experimentaba todo tipo de sensaciones y juro a ios amigoa presentea y a los hombrea futuros que leerán

mi escrito, juro por Dios que todo lo sabe, que mi estado nada tenía que envidiar al de los locos; antes al contrario era toda entera víctima de mi sufrimiento. En consecuencia dejé de lado la filosofía y las letras y puse todo mi interés sólo en mi padre, en servirlo, vigilando los movimientos de su pulso y ocupándome sin descanso en la respiración del soberano, o bien atendía a mi madre y le devolvía los ánimos. Pero (...) las partes y completamente incurables (...) el soberano no podía superar su postrera recaída y el alma de la augusta se apresuraba a partir con la del soberano.

16. Así estaba yo (...), aunque realmente, como dicen los Salmos [12], los dolores de la muerte entonces nos cercaron. Sentí que me volvía loca; estaba enajenada y no sabía qué hacer ni adónde ir, al ver que la emperatriz se sumergía en un mar de calamidades y que el soberano avanzaba con su último desmayo hacia el final de su vida. Pero, cuando pudo recuperarse de nuevo del segundo desvanecimiento gracias a que le derramamos agua fría y extracto de rosas por mi queridísima hermana María, mi padre ordenó los mismos cuidados a la emperatriz. De nuevo recayó en un tercer desvanecimiento y pareció oportuno cambiar la situación del lecho imperial (...) de los que nos ocupábamos de su cuerpo y (...) y trasladamos al soberano en la cama a otra parte, al cuarto piso del palacio para que al menos pudiera respirar un aire más fresco y se recuperase de su desmayo. Pues aquella parte miraba al norte y las habitaciones carecían por completo de (...) puertas.

17. El heredero del imperio había salido previamente hacia sus habitaciones, porque reconoció que el estado del emperador (...) se apresuró a partir y marchó rápidamente al gran palacio. La ciudad en esos instantes estaba agitada, si bien no enteramente (...). La emperatriz, por su parte, dijo entre lamentos: "Olvidémoslo todo, la diadema, el imperio, el poder, toda nuestra autoridad, tronos, dominios y comencemos los cantos fúnebres." También yo, olvidándolo todo, me lamentaba con ella, gemía (...) y se convulsionaban cla-

(12) Salmos, XVII, 5-6.

mando lastimosamente. Pero la reanimamos, pues el emperador estaba dando su postrer suspiro y, como se dice, estaba realmente agonizando.

18. Junto a su cabecera, la emperatriz estaba echada en tierra aún vestida (...) con el calzado púrpura y (...) estaba destrozada y no sabía cómo (...) la inflamación de su corazón. Algunos de los Asclepiadas habían vuelto y aguardaron un momento, mientras palpaban el pulso del emperador (...) luego las palpitaciones de su arteria (...); no obstante, decían mentiras piadosas en esos momentos y la (...) y daban grandes esperanzas, aunque aparentemente no fuera así. Pero esto lo hacían por precaución, ya que sabían que en el mismo momento en que el emperador abandonara la vida, también la emperatriz entregaría su alma a Dios. Sin embargo, aquella inteligente emperatriz no podía ni creerlos ni dejar de hacerlo. Confiaba en ellos porque conocía de antaño que eran buenos especialistas, pero tenía motivos para desconfiar porque veía que la vida del soberano estaba en un punto crítico. Como estaba en el fiel de la balanza, me miraba continuamente y esperaba mi dictamen, según era habitual en ella incluso en otras circunstancias diferentes, y esperaba lo que yo pudiera predecir. Mi señora y amadísima entre mis hermanas, María, ornato de nuestra familia, mujer firme, receptáculo de toda virtud, situada entre la emperatriz y el emperador, impedía a veces con su larga manga que ella mirara directamente al soberano.

19. Yo puse mi diestra de nuevo en la muñeca y estuve examinando el movimiento del pulso, mientras la emperatriz se echaba las manos a la cabeza para levantarse el velo (en la situación en que estaba, pensaba mudarse de vestido), pero yo la retenía cada vez (...) porque notaba un cierto vigor en el pulso. Me equivocaba (...), pues no era un cierto vigor lo que parecía (...) sino, una vez que el gran (...) de la respiración y la arteria y el pulmón se pararon. Tras soltar la mano del soberano y (...) a la emperatriz, volví a poner en la muñeca (...) carencia de pulso. Ella me llamaba la atención sin cesar, porque quería que le indicara el estado del pulso. Cuando de nuevo (...) palpé y reconocí que toda su fuerza iba cesando y que, finalmente, las arterias habían de-

jado de latir, yo misma incliné la cabeza, desolada y exánime, con la mirada fija en el suelo y sin decir palabra; y con mis manos en los ojos, me volví hacia atrás y empecé a llorar. Ella, al percatarse del hecho, totalmente desesperada, lanzaba grandes gemidos que resonaron con fuerza a enorme distancia.

20. ¿Cómo podré explicar la desgracia que envolvió a toda la tierra, cómo podré llorar mis sufrimientos? La emperatriz se quitó el velo, tomó una navaja y se cortó su famosa cabellera hasta la raíz; arrojó el calzado púrpura de sus pies y pidió las primeras sandalias negras que hallaran. Cuando quiso cambiar la ropa púrpura por la negra, no fue fácil encontrar vestiduras. Gracias al hecho de que la tercera de mis hermanas tenía ropas adecuadas a la ocasión y a las circunstancias de la viudedad, porque hacía tiempo había sufrido esta desgracia, la emperatriz, tras tomar las vestiduras, pudo ponerse de luto y se echó sobre la cabeza un simple velo de color oscuro. Entre tanto, el emperador había entregado a Dios su sagrada alma, y el sol de mi vida se ocultó (...). Los que no eran presa del sufrimiento proferían lamentos con sus voces, se golpeaban, gemían lastimeramente, alzaban sus voces al cielo (...) llorando por su benefactor, por quien les había (...) todo.

21. En suma, incluso ahora yo desconfío de que esté viva, de que esté escribiendo y relatando la muerte del soberano, toco mis ojos no vaya a ser un sueño lo que ahora estamos contando, o, al menos, un sueño, una ofuscación, un delirio, un extraño y monstruoso sufrimiento que me afecta a mí. ¿Cómo, si él ha desaparecido, me cuento entre los vivos y (...) los que existen, cómo no he entregado también yo el alma, cómo no he expirado inmediatamente después de que él expirara y no he perecido privada de los sentidos? Y si me he librado de este final, ¿cómo no me he arrojado desde un acantilado, desde un promontorio contra las olas del mar? He descrito mi vida con sus grandes penalidades (...). Pero no hay, como dice la tragedia [13], sufrimiento ni desgracia inspirados por Dios, cuya carga yo no haya soportado. Así Dios me convirtió en el receptáculo de grandes calamidades. He sido privada del gran astro del universo, el gran Alejo, cuya alma ciertamente dominaba sobre su desgraciado cuerpo.

(13) Eurípides, Orestes, 2

22. Se apagó también la más grande luz, mayor que la célebre y luminosa luna, el gran honor y renombre de oriente y occidente, la emperatriz Irene. Sin embargo nosotros vivimos y respiramos. Posteriormente, como los males han sobrevenido uno tras otro y grandes tormentas han descargado sobre nosotros, nos vimos obligados a ver la más terrible de las desgracias, la muerte del césar; y hemos sobrevivido entre tanta acumulación de infortunios. A los pocos días de su muerte, el dolor pudo conmigo y el arte me abandonó, arrojándome a un mar de desaliento y entre todas las desventuras sólo me irritaba el que mi alma estuviera presente en mi cuerpo. Sí, según parece, no hubiera (...) tenido una constitución de diamante o de alguna otra rara materia, también hubiera perecido enseguida.

23. Estoy muerta de haber vivido infinitas muertes. Sabemos por las narraciones de algunos autores que la famosa Níobe fue transformada en piedra a causa de su dolor (...). Luego, tras el cambio que la incluyó en la naturaleza inanimada, tuvo un sufrimiento inmortal dentro de su naturaleza inanimada. Pero yo soy más infeliz que aquélla, porque tras las mayores y últimas penalidades, he quedado viva para darme cuenta de otros males. Hubiera sido mejor (...) en una piedra sin vida, hubiera permanecido (...) privada de mis lágrimas y tan insensible a las calamidades (...). Soportar tan tremendas adversidades y que los hombres me hicieran pasar en palacio las más insufribles vejaciones de forma más infortunada que los males de Níobe (...). Las tremendas desgracias que llegaron hasta aquí (...) cesaron.

24. Hubiera bastado con la muerte de los dos emperadores, el fin del césar y aquellos padecimientos para acabar definitivamente con nuestro cuerpo y nuestra alma; ahora, como ríos que descienden desde elevadas montañas (...) corrientes de infortunios (...) como en un torrente que inunda

(...) mi casa. Tenga fin, en suma, mi relato, no sea que por describir mis pesares, resulte más intensa nuestra amargura.

INDICE DE NOMBRES PROPIOS DE LA ALEXIADA

El índice de nombres propios que se desarrolla a continuación expone en primer lugar con números romanos el libro correspondiente de la obra, a continuación, también en números romanos, el capítulo y, finalmente, en números arábigos el parágrafo en el que se halla el nombre. Un barra seguida de números romanos indica que el nombre propio en cuestión se halla en el mismo libro, pero aparece también en otros capítulos. Las aclaraciones sobre la situación de los lugares o el nombre original de los nombres bárbaros están extraídos de GAUTIER, P.- *Anne Comnène. Alexiade.* Index, Paris, 1976, que es el tomo IV y último de la edición de Les Belles Lettres de la *Alexiada*. Las aclaraciones sobre los personajes bizantinos tienen un inestimable estudio en la obra de SKOULATOS, B.- *Les personnages byzantins de l'Alexiade*, Louvain, 1980, obra a la que remitimos a aquellos interesados en tener información sobre los personajes bizantinos de esta obra.

La abreviatura *h.* indica la denominación actual del lugar citado; y *l.i.* indica que un lugar no tiene una localización segura. La abreviatura *or.* señala el nombre original de la denominación dada por Ana Comneno a algún bárbaro. Hemos omitido las aclaraciones de nombres propios que sean ya ampliamente conocidos.

A

Aarón: X,VIII,8; XIII,1,5,7,10.

Abido (puerto del Quersoneso tracio): IX,III,3,4; XI,V,3; XIV,I,4 /III,3 /V,3.

Abriiebo (fortaleza de Tracia, al noroeste de Adrianópolis): X,IV,10.

Academia: VIII,VI,5; X,II,1; XIV,VIII,9.

Acre (fortaleza de Palestina): XIV,II,11.

Acrida (h. Ohrid; en Macedonia occidental): IV,VIII,4; V,I,4 /IV,4 /V,1; XII,IX,6.

Acridio: V,V,1.

Acrido (en Tracia occidental): IV,IV,3.

Acroco (i.i.: en Frigia, entre Doriieo y Cotieo): XIV,V,7 /VI,3.

Acronio (i.i.: en Frigia, al sudoeste de Amorio): XV,VI,5.

Acruno (h. Afion Kara-hisar; en Frigia, al noroeste de Primneso): XIV,III,5.

Adana (en Cilicia): XI,XI,7; XIII,XII,21.

Admeto: I,III,3.

Adonis: XIV,IX,4.

Adralesto: XIII,IX,1.

Adrianópolis (h. Edirne; en Tracia): V,V,7; VI,XI,3 /XIV,4,7; VII,II,1 /VI,1; X,II,7 /III,3,4,5,6 /IV,1,2,9,10; XIV,VIII,1.

Adriático: PR,IV,2; I,XVI,1; VI,XI,3; VIII,VI,5; X,II,1 /V,4; XII,IX;1,2,4,6; XIII,XII,6,17; XIV,VIII,6.

Aer (h. Eribolo (?); en el extremo sur del golfo de Nicomedia): XV,I,5,6.

Aeto (i.i.; en Mesopotamia): XIII,XII,24.

Afrodita: X,V,7.

Agamenón: VII,III,1.

Agareno: II,III,2; III,III,5; X,V,5; XI,IV,3 /VI,3,4,5 /VII,1.

Agatónice (i.i.; fortaleza próxima a Adrianópolis): X,IV,10.

Agelao: IV,VIII,1.

Alacaseo: X,IV,1,2,4,5.

Alage (en los alrededores de Larisa, Tesalia): V,V,8.

Alania: VIII,IX,2.

Alano: I,XVI,3; II,IV,5; XIII,VI,1,2; XV,II,3.

Albertes: III,X,5.

Alcestis: I,III,3.

Alcibiades: VI,X,11.

Alejandría: VII,V,3; XV,VII,8.

Alejandrino: VI,VII,4.

Alejandro (Magno): PR,IV,1; I,VIII,4; VII,V,3; IX,V,1; XV,VII,8.

Alejo (duque de Corfú): XI,XII,5; XII,I,2.

Alemania: I,XIII,1,2,8; III,X,2; V,III,1,3,4,6,7.

Aletina (entre Doriieo y Cotieo, Frigia): XIV,V,7.

Alexiópolis (i.i.; al noroeste de Filipópolis, Tracia): XIV,IX,4.

Aliates: XIII,V,3.

Alifa (Pedro de; or. Pierre d'Aulps): IV,VI,8; V,V,1 /VII,5; XI,VI,1; XIII,IV,4 /XII,28.

Alopo: VII,VII,1.

Amalfi (en Campania, Italia): XIII,XII,28.

Amalfitano: VI,VI,4.

Amasea (en el Ponto) : I,II,3,4,7; XI,VIII,2.

Amasiano: I,II,6,7.

Amastris (ciudad costera de Paflagonia): XIV,III,5.

Ameras (l.l.; aldea de Capadocia oriental, en el tema de Licando): XIII,XII,24.

Amerimnes (califa fatimita Amir, 1101-1130): XI,VII,1,3.

Amicetes: IV,VI,1,4 /VI,8.

Amintas: XIV,VIII,2.

Amor: III,I,3; X,V,7.

Amorio (al sudeste de Dorileo, Frigia): XV,IV,1,5.

Ampelas: XIV,V,7 /VI,1,2,4.

Ampus (h. Ambanaz (?), al norte de Acruno, Frigia): XV,VI,3.

Anabarza (en Cilicia): XIII,XII,21.

Anastasio: X,V,2.

Ancira (Ancira de los gálatas): XI,VIII,2.

Andrés (San): XIII,XII,28.

Andronia (l.l.; en los alrededores de Larisa, Tesalia): V,V,3.

Anemas (Miguel y León): X,II,7; XII,V,4,5,6 /VI,1,4,5,6,7,9 /VII,1,4.

Anelio: XII,IV,5.

Anfión: III,XII,8.

Anfípolis (h. Neojori; cerca de la desembocadura del río Estrimón, Grecia): I,IX,5.

Angelocomites: XIV,V,3.

Aníbal: I,I,3.

Anquialo (en el golfo de Burgas, Tracia): VI,IX,6 /XII,1; X,II,6 /III,1,3 /IV,1,6; XIII,I,10.

Antárado (isla situada frente a la coste siria): XI,VII,4; XIII,XII,21.

Antartus (al sur de Laodicea de Siria): XIII,XII,21.

Antelio: XII,IV,5.

Antifonetes: VI,III,5.

Antíoco: IV,I,3; VIII,IV,4; XII,V,4 /VI,1.

Antioqueno: XI,IV,1 /IX,1.

Antioquía: PR,III,2; II,I,1; VI,IX,2,3 /X,1 /XII,1; X,II,2 /III,4; XI,III,1,3 /IV,1,3,4,5,6,7 /V,1 /VI,1,2,4,9 /VII,1 /IX,1,2 /X,2 /XI,7 /XII,1,2,5,6; XII,I,1,3 /II,2,4; XIII,XI,1 /XII,15,18,20,21,23; XIV,II,1,3,4,5,6,7.

Aorata (cerca de Pemaneno, Misia): XIV,V,4.5.

Apelcasem (or. Abul Qâsim, emir de Nicea, 1084-1092): VI,IX,1,2 /X,1,2,4,5,6,7,8,9,10 /XI,1,2,4 /XII,1,2,4,8; VII,VII,4.

Apeles: III,II,4.

Apolo: X,IX,8; XII,IV,5.

Apoloniade (h. Abuliond; en Misia junto al lago del mismo nombre): VI,XIII,1,3; XIV,V,3.

Apóstoles: XV,VII,8.

Apron (h. Kermian; al oeste de Aynadçik, entre Çorlu y Silivri, Tracia): VII,VII,3; X,XI,1.

Apulia: I,XIV,1,3 /XVI,1,2; III,XII,8; IV,I,2,4; VI,VI,3; XII,IX,4.

Aqueo: VII,II,6.

Aquiles: I,X,4; VII,II,6.

Arabe: XI,VII,1.

Arabia: VI,XII,5; XIV,II,14.

Aramiso (h. Yarpüz; en el tema de Licando, Capadocia oriental): XIII,XII,24.

Arbanita: VI,VII,7.

Arbano (región al oeste del lago de Acrida): IV, VIII,4; XIII,V,1,2.

Arcontópulo: VII,VII,1,2.

Ares: I,V,2 /VIII,6; II,X,2; V,IV,4; XI,IX,2 /XII,6; XII,II,3; XV,IV,8.

Aretas (i.i.; cerca de Constantinopla): II,VIII,5.

Argirocastro (h. 'Ollaiqa (?); al sureste de Balanea, en Siria): XI,XI,4.

Argonautas: XII,IX,1.

Ariebes: V,V,1; VIII,VII,1.

Aristerio: XIV,VI,6.

Aristófanes: I,VIII,2.

Aristóteles: V,IX,1,4.

Aristotélico: PR,I,2; V,VIII,5; XII,V,4.

Armenia: VI,IX,2.

Armeníaco (tema): I,II,5; XI,VIII,2,4 /XII,5; XIV,VIII,4.

Armenio: II,IV,6; VIII,VII,1; IX,VII,5; X,I,4; XI,IV,2,4,5 /VII,1 /IX,4; XII,II,2,3; XIII,XII,11,18; XIV,VIII,3,7.

Armenocastro (entre Nicea y Leucas, Bitinia): XV,III,6.

Aronio: XIII,I,5,7,10.

Arsaces: X,I,4.

Arsácida: XII,II,6.

Artac (h. Artah; al nordeste de Antioquía, cerca de Rihâniya, en Siria): XIII,XII,18.

Asan (or. Hasan, emir de Capadocia): XI,III,5; XIV,I,5,6,7.

Asan (Catuc; or. Hasan Katuh, oficial selyúcida): XV,VI,9.

Asclepíada: XV,XI,10,13.

Asia: II,I,1 /VIII,2; III,III,5; V,II,2; VI,IX,1 /X,1 /XII,1; VII,VIII,7; X,V,4,5; XII,I,3 /IV,3; XIII,V,1 /XII,1,6; XIV,II,1 /III,2,7 /VI,1 /VIII,5; XV,I,1 /II,6 /V,3 /VI,5 /X,5.

Asirio: III,III,3; XII,V,1; XIV,II,4.

Ason (cerca de Aulón, Epiro): X,VIII,3.

Aspietes: IV,VI,7; XII,II,1,2,3,6,7.

Aspro (en Tracia): VII,IX,7.

Astarot: X,V,7.

Astarté: X,V,7.

Atalia (h. Antalya; en la costa panfilia): XI,IX,3; XIV,I,1,2,3.

Atapacas (or. el âtâbeg de Damasco; en 1099 era Tughtekín): XI,VII,4,5.

Atenas: VI,VII,5 /X,11.

Atenea: III,III,4; IV,VI,5; XII,III,8.

Ateniense: VI,X,11.

Ater (cabo al norte de Cefalenia): VI,V,1,2.

Atico: XV,VII,9.

Atiras (h. Büyük Çekmece, entre Mesembria y Constantinopla, Propóntide): II,VI,10; X,IX,2.

Atlántico: PR,IV,2.

Atramiolo (h. Edremit Karatas, en Misia): XIV,I,4 /III,1 /V,3.

Atreo: VII,III,1.

Augustópolis (l.l.; al suroeste de Amorio, Frigia Salutaria): XI,III,6; XV,VI,5.

Aulón (h. Valona, en la cota del Epiro): I,XIV,1,4; III,XII,3; IV,II,1 /IV,1; V,III,4 /VII,5; VI,I,4 /V,1,2; X,V,9 /VIII,2; XII,VIII,7,8; XIII,V,1 /VI,4 /VII,2.

Ayax: X,VIII,9 /IX,8.

Azala (colina próxima a Nicea): XI,II,7.

B

Baane (lago al este de Nicomedia, Bitinia): X,V,2.

Babagora (montaña entre Elbasan y el lago de Acrida, Epiro): IV,VIII,4.

Babilonia: XI,VII,1,2,3; XV,X,4.

Babilonio: XI,VII,2; XII,I,3; XIII,VIII,3; XIV,II,4.

Bagdad: VI,IX,3.

Bageiardo (or. Abelardo): III,X,4.

Bagenecia (región del Epiro comprendida (?) entre Janina y Arta): V,IV,1.

Baiabista (h. Siderocastro; en Macedonia, al noroeste de Serras): XII,IV,4.

Baianeo (h. Baianyas-Bânyâs, al sur de Gabala, Siria): XI,VII,4; XIII,XII,21.

Balduino: X,X,6; XI,VII,2,3 /VIII,1; XIV,II,5,6,8,9,11,12,13 /III,4.

Baqueno: XII,VII,1.

Barcelona: I,XII,11.

Bardales: XI,VII,3.

Bardares/Bardario (río Vardar, Macedonia): I,VII,3; V,IV,4 /V,1.

Bardas: XI,IX,2,3,4.

Bareno (h. Gönen çay; río de Misia): XIV,V,3.

Bari: III,XII,8; X,VII,4; XII,IX,2.

Basilacio (Jorge): XII,V,4 /VI,3.

Basilacio (Manuel): I,IX,2.

Basilacio (Nicéforo): I,VII,1.2,3,5 /VIII,1,2,3,4,5 /IX,1,2,3,4,5.6 /X,1.

Basilea (entre Nicea y Nicomedia, Bitinia): VI,X,3.

Basílica (l.i.; desfiladero entre el Olimpo y Dorileo): XIV,V,7.

Basilio (II, emperador): V,VIII,2; XI,I,6; XV,X,5.

Basilio (eparca de Constantinopla): XII,IV,2.

Basilio (eunuco y nobilísimo): XIII,XII,28.

Basilio (monje bogomilo): XV,VIII,3,4,6 /IX,1,2,5 /X,1,2,3,4.

Beliatoba (l.i.; al noroeste de Kazanlâk, en el Balcán): VI,IV,3 /XIV,2,3,6.

Bellos Arboles (cerca de Querenos, Tracia): VIII,VI,3.

Bembetziotes: VII,I,1.

Benevento: I,XIII,6.

Benusio (Venusa, Lucania): VI,VI,3.

Beocio: X,VIII,1.

Beroe (h. Stara-Zagora; Tracia): VII,III,12 /IV,4 /VI,1; X,II,6.

Beroitas: XIII,VI,4.

Berrea (al oeste de Tesalónica, Macedonia): I,VII,3; V,V,1; XIII,XII,24.

Betrino (l.i.; aldea al oeste de Dristra): VII,III,6.

Bidine (h. Vidin; junto al Danubio, Bulgaria): XIV,IX,1.

Bigla (barrio de Constantinopla): VI,V,10.

Bitinia: PR,III,4; III,XI,1,4; VI,IX,1 /X,9; X,V,1.

Bitinio: III,XI,5; VI,X,1,4,5; XI,I,1; XV,II,2,6,7.

Bitzina (h. Tica-Dicina-Kamcija; río de Bulgaria oriental): VII,III,1.

Bizancio: I,XV,3 /XVI,4; II,VI,7 /VIII,5; III,II,2; V,VIII,5; VI,I,4 /II,2 /XI,3 /XII,4; VII,XI,6; VIII,II,2 /III,1,5 /V,9 /VI,5 /VII,5 /VIII,3.4 /IX,4; IX,I,2; X,IX,3; XI,XII,6; XII,III,1 /IV,2; XIII,I,1,6; XIV,I,2 /IV,1; XV,II,2,7.

Bizancio (recaudador): II,VI,6,7.

Bizantino: III,XI,1; VIII,III,1 /V,8; X,IX,4.

Blaquernas: II,V,2,8 /VI,1,3; VI,III,2; XII,VII,1; XIII,I,2.

Blaquernites: X,I,6.

Blisno (l.i.; al norte de la confluencia del Marica y el Sazlyka, Tracia): VI,XIV,5.

Bodino (en Macedonia): V,V,1.

Bodino (Constantino; Constantino Bodin, kral de Zeta, 1081-1116): I,XVI,8; III,XII,1; IV,V,3 /VI,9; VI,VII,7; VII,VIII,9; VIII,VII,2.

Bohemundo: I,XIV,4 /XV,5; III,XII,3: IV,II,3.4 /VI,1; V,III,1,3,4 /IV,1,2,3,5,8,7,8 /V,1,2,3 /VI,1,2,3,4 /VII,2,3,4; VI,V,1 /IX,1; X,V,10 /VI,7 /VIII,1 /IX,1,2 /X,5 /XI,1,5,7,8,9;

XI,I,1,3 /III,1,2,4,5 /IV,2,3,4,5,6,7 /VI,9 /VII,7 /IX,1,2 /X,5,6,7,9,10 /XI,3,5,6,7 /XII,1,2,3,4; XII,I,1,2,5,6 /II,1 /III,8,9 /IV,3,4 /V,3 /VIII,1,2,4,5,7,8 /IX,1,3,4,7; XIII,I,4 /II,2 /III,9,11 /IV,1,2,3,4,5,6,7,8 /V,1,2,4,7 /VI,4,5,6 / VII,2,5 /VIII,1,4,5,6,7 /IX,1,2,7,8 /X,1,2,3 /XI,2 /XII,4,28; XIV,I,1 /II,1.

Bolcano (or. Valkan, zupán de Rascia): VII,VIII,9; VIII,VII,4,5; IX,IV,1,2,3,4,5,6 /X,1; XII,IV,4.

Bolcano (Esteban): IX,X,1.

Boliso (al norte de la isla de Quío): VII,VIII,6.

Bontitza (h. Vonitsa, en el golfo de Arta, Epiro): VI,VI,1.

Borilo: I,VII,1 /XVI,2,3,4; II,I,3 /IV,3,4 /XII,4,6; VII,II,5.

Boritilas: I,XIV,3.

Borze (h. Qalat Berzé, al nordeste de Laodicea, Siria): XIII,XII,18.

Bósforo: III,XI,1,4; VI,IX,1 /XI,3.

Botaniates (Nicéforo): I,IV,1,2,3 /VI,7 /VII,1 /XII,4,6,7,9 /XV,2,4 /XVI,2,6,7; II,I,1,2 /V,1,2,3 /VI,10 /IX,1 /XI,1,2,3,5,7 /XII,5; III,I,1,4 /II,5 /IV,5 /IX,4; IV,V,5 /VII,2; V,I,4; VI,IV,2; VII,II,5 /VIII,7.

Botrento (h. Butrint; en el extremo sur de Albania, Epiro): III,XII,3; VI,V,2,3,9.

Boúsa (h. Vjosa, río al norte de Aulón, Epiro): X,VIII,1.

Branas (Nicolás): IV,IV,1; VI,XIV,3.

Branea (h. Vranje; en el curso superior del Morava, Macedonia): IX,IV,6.

Brienio (rebelde): X,II,7.

Brienio (Juan): I,V,2,4.

Brienio (Nicéforo): I,IV,1,2,4,5 /V,1,2,3,4,5,6,7,8,9 /VI,1,3,4,5,6,7,8,9 /VII,1 /IX,2; II,VI,10; IV,VII,2; VII,II,3,5,6; X,II,7 /III,3,4,6.

Brienio (Nicéforo, esposo de Ana Comneno): PR,III,1; X,IX,6; XIII,XI,2; XIV,VIII,9; XV,IV,8 /V,3 /VI,1.

Brienio (conde latino): V,VI,1,2,3,4 /VII,1,5 /VIII,1; VI,I,4 /V,1 /VIII,1.

Bríndisi: I,XV,1,3 /XVI,1; III,XII,2,7; VI,V,3; XII,VIII,3; XIII,XII,28.

Bucéfalo: XV,VII,8.

Bucoleón: III,I,5.

Bulcardo (or. Burchard): III;X,4,6.

Bulgaria: VIII,VII,3.

Búlgaro: II,VI,3; VII,III,4; VIII,III,4 /IV,5.

Bulgarófigo (h. Babaeski; entre Lüleburgaz y Havsa, Tracia): VII,VII,1 /XI,6.

Buranitzoba (h. Branicevo; al sur de la confluencia del Danubio con el Miava, Serbia): XIV,VIII,1.

Burtzes (Bardas y otros): III,IX,3; XV,IV,2,5,6,7.

Buses (río del Epiro, al norte de Aulón): XIII,V,5,6 /VI,5.

Butumites (Manuel): VI,X,5,6,7; IX,I,7 /II,2,3,4; X,VII,5 /XI,10; XI,I,2,3 /II,3,5,6,7,10 /III,1,3 /IX,2,3,4 /X,7; XIV,II,6,7,12,13.

C

Cabalicas (Alejandro): VII,VIII,7.

Cabalion (en la costa de Epiro, cerca de Aulón): X,VIII,1,3.

Cabasilas (Alejandro): IV,IV,3; XIII,V,1,2 /VII,1.

Cadmeo: XIV,VI,4 /IX,3.

Cadmo: XV,III,2.

Calatades (barrio de Constantinopla): X,III,5.

Calaure (al noroeste de Selimbria, Tracia): I,V,2.

Calcedonia (en la costa asiática, frente a Constantinopla): I,XIII,4; V,II,4,6; VII,IV,1.

Calcopracia (barrio de Constantinopla): V,II,4; VI,III,5.

Caldea: VIII,IX,1.

Caldeo: V,VIII,3; XIV,VIII,4.

Calep (h. Alepo, Siria): VI,IX,3; XIII,XII,24; XV,I,1.

Cales: VI,XIV,1.

Cálibes: XIV,VIII,5.

Calicles (Nicolás): XV,XI,2,3,13.

Calinice: XIV,VIII,5.

Calintzes (Nicetas): XI,VIII,5.

Calíope: VII,XI,1; XIV,VII,4.

Caliópolis (h. Gelibolu, en el Quersoneso tracio): XIV,IV,1.

Callo (l.l., monasterio): III,IV,4.

Calipario: IX,II,4.

Caltzlerin (fortaleza de la Capadocia oriental, en el tema de Licando): XIII,XII,24.

Cam: PR,II,2.

Camatero (Gregorio): IX,VIII,1.

Camires: V,V,2; X,IV,5.

Camitzes (Eustatio): VIII,IX,6,7; XI,V,6; XIII,V,1,2,3 /VII,1; XIV,V,1,4,5,6 /VI,3,5,8; XV,IV,1.

Cáncer: III,XII,4.

Canina (al sur de Aulón, Epiro): I,XIV,4; XIII,V,1,7 /VI,4.

Cantacuzeno: X,II,6; XI,IX,3 /XI,1,2,3,5,6,7; XII,II,1; XIII,V,3,4,5,6 /VI,1,2,4,5,6 /VII,1.

Cantzus: VII,IX,1.

Capadocia: III,IX,3; VI,X,1; XIV,I,5.

Capadocio: I,VIII,4.

Capricornio: I,XVI,1.

Capua: III,X,1.

Carambis (promontorio de Paflagonia, al este de Amastris): VIII,IX,5.

Caras: XIII,V,2.

Caratices: VI,IX,3,5 /XII,1.

Caratzas (Argiro): VII,III,6; VIII,VII,4,5; X,IV,10.

Carices: IX,II,1.

Cariópolis (h. Hayrabolu, al sur de Bulgarófigo -h. Babaeski-, Tracia): VII,I,1 /VII,1,3.

Carisio: II,X,4.

Carme (i.i., Misia): XIV,VI,1.

Carón: III,VIII,1.

Cárpato (isla situada entre Creta y Rodas): IX,II,1.

Carpiano (barrio de Constantinopla): II,VII,4.

Cartaginés: I,I,3.

Carzanes (h. Erzen, río al este de Dirraquio, Epiro): IV,V,1 /VII,1 /VIII,4; XIII,V,6.

Casio (hashishiyun): VI,XII,5,6,8.

Casiotis (distrito de Alepo, Siria): XIII,XII,24.

Casope (puerto del norte de Corfú): VI,V,5.

Caspace: XI,V,3,4.

Castamonites (Nicetas): VII,III,6 /VIII,2,3; XII,V,4.

Castoria: V,V,1,2 /VII,3,5 /VIII,1; VI,I,1.

Catanances: VI,VII,5.

Catarodon: XIV,V,6.

Catismatin (h. Kertizmen, al sur de Albistán, Capacodia): XIII,XII,24.

Catranes: VII,IX,1 /X,1,2.

Cauca (h. Gebel al-Aqra, macizo montañoso al suroeste de Antioquía): XIII,XII,18.

Cecaumeno (Catacalon): IX,VIII,4 /XI,6.

Cecaumeno (Miguel): XI,V,6; XIII,V,1; XV,IV,8.

Cedocto (llanura entre Heraclea y Selimbria, Tracia): I,IV,5.

Cedrea/Cedro (entre Primneso y Amorio, Frigia): XV,IV,1,2.

Cefalas (León): V,V,3,4.

Cefalenia: VI,VI,1; XI,X,1.

Cela (fortaleza del Quersoneso tracio, entre Sesto y Madito): XIV,III,2.

Celesiria: XII,II,1; XIII,XII,18.

Celia (al este de Larisa, Tesalia): V,V,3.

Celia (i.i.; al suroeste de Brusa, Bitinia): XV,I,5.

Celtíbero: XII,IX,2.

Celta: I,I,2 /IV,4 /V,3 /VIII,6; III,X,1; IV,IV,8 /VI,2,3,6,8 /VII,1,3,4 /VIII,2; V,I,5 /II,5 /IV,2,3,4,5,6,8 /V,1,2,8 /VI,2,3,4 /VIII,1; VI,I,1 /II,2 /X,2,4 /XIV,4,7; VII,VIII,5,6; VIII,III,5 /V,5 /VII,1; X,V,4,5,6,7,10 /VI,3,4 /VII,5 /IX,7 /X,1,2 /XI1,5,9,10; XI,I,2,3,5 /II,2,4,5,6,7,9,10 /III,3,4,5 /IV,5,6 /V,1 /VI,1,2,3,4 /VII,1 /VIII,3 /IX,2 /XI,4,5,7; XII,I,3 /II,1,2,7 /IV,1,2 /VII,3 /VIII,6,7,8 /IX,2; XIII,IV,4 /V,1,3,5,6,7 /VI,1,2,4,5,6 /VII,1,2,3,4,5 /VIII,1,2,3,5,6 /X,1; XIV,I,2 /II,5 /III,4 /IV,3,4,5,6 /V,1,5 /VI,3 /VII,2; XV,III,7.

Cerbiano (región a suroeste de Filadelfia, Lidia): XIV,I,6,7 /III,7.

Cesarópolis (al suroeste de Serras, cerca de Dravisko): IX,VIII,4.

Ciboto (Civetot, en el golfo de Nicomedia): XI,I,1 /VIII,2; XIV,V,2,3; XV,I,3.

Cioladas: XII,IV,3.

Cidno (h. Tarsous-çay: río de Cilicia): XIII,XII,21.

Cidoniates (León): III,II,5.

Cien Colinas (l.i.; en la Bulgaria oriental, cerca de Preslav): VII,V,2.

Cilicia: XI,IX,2,3,4 /XI,7; XII,II,2,3 /III,1; XIII,XII,21.

Cilicio: PR,III,4; I,IV,4; XII,II,5.

Climiniano (Eustatio): VI,X,9; X,IV,5; XI,X,9; XIII,I,1.

Cío (en el interior del golfo del mismo nombre, Bitinia): VI,X,5; XI,II,3; XV,II,5.

Ciparisio (entre Cío y Nicea, Bitinia): VI,X,6; IX,VI,1.

Cipsela (h. Ipsala; al oeste de Rusio-Kesan, Tracia): VII,VI,4,6.

Cirenea/Cirene (en la costa norte de Chipre): IX,II,1; XI,IX,3.

Ciro: X,IV,1.

Cisabo (monte Ossa de Tesalia): V,V,3.

Citzes: X,IV,6.

Cízico: II,III,1,2,3 /IV,2; VI,XIII,1,3 /XIV,4; XIV,V,3.

Clareles (Guillermo; or. Guillaume Claret): XIII,VIII,6.

Clempina (al noroeste de Cavala, Macedonia oriental): I,IX,5.

Cliara (en el valle entre Kirkagaç y Soma, Lidia): XIV,I,6 /III,1 /V,3.

Clitziastlan (or. Qilidj Arslan I, sultán de Nicea, hijo de Solimán, 1092/93-1107): VI,XII,8; IX,III,2,3,4; XI,III,5.

Clitziastlan (or. Shâhinshâh, sultán de Iconio, 1107-1116): XV,I,1,2 /V,3 /VI,1.

Clizomene (Clazomene, Jonia): VII,VIII,1.

Cnido (en Caria): XI,X,3.

Cobar: X,V,7.

Coma (ciudad y región situada entre Eumenea y Apamea, en Frigia): I,IV,4; II,XII,4; III,I,1 /IX,1,3 /XI,2; XI,V,6.

Comateno: I,V,3,6.

Comermoerl (pequeña población de Capadocia oriental, en el tema de Licando): XIII,XII,24.

Comiscortes: IV,VIII,4.

Comneno (los): II,I,4,6 /II,2 /III,4 /IV,2,3,4,5 /V,1,2 /VI,4,5,9 /VIII,4,5 /IX,1,2 /X,1,2 /XI,1,3,7 /XII,1,3; III,I,1 /II,1,6,7 /V,1.

Comneno (Adriano, hermano de Alejo): III,IV,2; VII,I,2 /III,6,8 /IV,4; VIII,VIII,3; IX,VII,3.

Comneno (Alejo, emperador): PR,I,2 /III,2; I,I,1,3 /II,1,2 /III,2 /IV,4 /V,1,2,3,4,5,7 /VI,1,2,3,6,7,9 /VII,1,3,4 /VIII,1,3,5 /IX,2,6 /XV,2,4 /XVI,4,5,8; II,I,1,3,5 /II,2,4 /III,1,2 /IV,2,3,4,7,8,9 /VI,3,6,9 /VII,1,2,3,5,6,7 /VIII,4 /IX,2,3,4,5 /X,3 /XII,2,3; III,I,5 /II,1,2,6,7 /III,1,2,4 /IV,1,3,6 /V,2,3 /VIII,1,10 /IX,1 /XI,4 /XII,1; IV,VI,7 /VIII,2; V,I,3,4 /VI,3 /VIII,2; VI,V,2,8 /IX,1 /XI,3 /XIV,3; VII,II,5,6 /V,2,3 /VII,1 /VIII,7 /XI,1,4; VIII,II,4,5 /VI,5; IX,VI,1; X,II,3 /IV,2 /V,2; XI,XII,5; XII,V,2,3 /VIII,5 /IX,5; XIII,III,3 /IV,6,7 /XII,3,4,15,27; XIV,VIII,6,8; XV,V,1 /VII,8,9 /IX,1 /XI,21.

Comneno (Alejo, hijo del sebastocrátor Isaac): XII,IV,3 /VIII,1; XIII,III,3,11,12 /VIII,5,6 /X,1.

Comneno (Ana): PR,I,2; VI,VIII,3.

Comneno (Andrónico, hijo de Alejo): XV,V,4.

Comneno (Eudocia, hija de Alejo): XV,XI,14.

Comneno (Isaac, emperador): I,III,4; III,VIII,5,7; XI,I,6.

Comneno (Isaac, hermano de Alejo): II,I,1,2,4,5 /II,2 /III,1,2,4 /V,8 /VII,1,3,4,6,7; III,II,2 /III,5 /IV,1,7; IV,IV,1; V,II,3,4 /IX,5; VIII,VIII,1,4 /IX,2; X,II,2 /VII,2; XII,IV,3 /VI,3; XIII,X,2; XV,VIII,2.

Comneno (Juan, hermano del emperador Isaac): II,I,1; IV,IV,3; XI,I,6.

Comneno (Juan, emperador): PR,III,2; XII,IV,4; XIII,XII,2,3,4,27.

Comneno (Juan, hijo del sebastocrátor Isaac): VIII,VII,3,4,5 /VIII,2,3,4; IX,I,1 /IV,4,5,6; X,VII,2; XII,IV,4.

Comneno (Manuel, padre del emperador Isaac): XI,I,6.

Comneno (Manuel, hermano mayor de Alejo I): I,I,1; II,I,1 /V,1.

Comneno (María, hija de Alejo I): X,III,5; XV,XI,14,16,18.

Comneno (Nicéforo, hermano de Alejo I): III,IV,2.

Comneno (Teodora, hermana de Alejo): X,II,3.

Conio (h. Hunu; población al noroeste de Arabiso, en la Capadocia oriental): XIII,XII,24.

Constantino (el Grande): II,V,2 /XII,4; VI,X,10 /XIII,2; XII,IV,5; XIV,VI,6 /VIII,8.

Constantino (eunuco, prefecto de la mesa imperial): XIII,I,8.

Constantino (halconero): VII,IX,2.

Constantino (notario): XIII,XII,28.

Constantinopla: I,XIII,4; III,IX,3; IV,IV,1; V,IV,2 /V,3 /VIII,2,5 /IX,6; VI,III,4 /V,10 /X,4; VII,II,9 /IX,1; VIII,VII,4 /VIII,1; IX,V,1; X,X,3; XI,VI,4 /IX,3; XII,IV,5 /V,5 /VII,1 /IX,2; XIII,XII,7,15,19,20; XIV,VII,1,8; XV,VII,8.

Contogmes: XIV,V,3,4.

Contopagano: XIII,V,2,3 /VI,2.

Contostéfano (los): XII,VIII,8 /IX,2; XIII,VII,2.

Contostéfano (Esteban): XIII,VII,2.

Contostéfano (Isaac): XII,VIII,1,2,3,4,7; XIII,I,4 /VII,2,3,4.

Coprisiano: XIII,IV,5.

Corifó (Corfú, isla del mar Jónico): I,XVI,2; III,XII,4; VI,V,3,7; XI,X,1 /XII,4,6; XII,I,1.

Corone (h. Coron; ciudad costera del Peloponeso, al suroeste de Calamata): XI,XI,2.

Corosan (Jorasán, ente Irak e Irán): VI,XII,4,7,8; XI,IV,1,3 /VI,2 /VII,6 /VIII,2,4 /IX,1; XIV,III,7 /IV,1; XV,I,1 /VI,10.

Cortarea (desfiladero del Balcán): X,II,6.

Cos: XI,X,3.

Cosmas: III,II,3,6,7 /IV,4 /V,4.

Cosmidio: II,VI,1; X,IX,1 /X,4 /XI,3.

Cotereola (en Misia, cerca de Lenciana): XV,I,4.

Cotrone (Crotona, en Calabria, en el golfo de Tarento: I,XII,8.

Crenides (antiguo nombre de Filipópolis): XIV,VIII,2.

Creso: II,IV,8.

Creta: IX.II,1 /III,1 /VI,3.

Cretense: IX,II,1; X,XI,7.

Cristo: III,VI,4; XIII,XII,27.

Cristópolis (h. Cavala, en la Macedonia oriental): IX,V,5 /VII,2.

Cruz (Venerable): IX,II,3.

Cuarenta Mártires (iglesia de Constantinopla): II,V,3; V,VIII,5;

Cuarenta Mártires (lago de Frigia, al norte de Filomelio, h. Ak sehir göl): XV.IV,9.

Cuaresma: XIV,II,8.

Cule (al noroeste de Cariópolis, Tracia): VII,I,1,2.

Culeón: IV,IV,3; V,III,2; XIV,IX,3,5.

Cumano: VII,III,3 /V,1,3 /VI,1,2,3; VIII,IV,2,3,4,6 /V,1,2,5,6 /VI,1,3,4,5 /VII,2; X,II,2,4,5,6,7 /III,1,2,4,5,6 /IV,1,3,4,5,6,7,9,10,11; XIV,IV,3 /VIII,1,9 /IX,1.

Curico (puerto de Cilicia, al este de Seleucia): XI,X,9 /XI,1.

Curpagán (or. Karbuqâ, emir de Mosul): XI,IV,3,4,6 /VI,2,8.

Curticio (Basilio): I,IX,2; V,V,7; VI,XII,4; XII,V,4.

Cusino: XIV,IX,3,5.

Cutzomites (Jorge): VII,III,6.

CH

Chipre: IX,II,1,4 /III,1; XI,IV,3,4,6,7 /VIII,5 /IX,3 /X,6,8,9; XIV,II,6,7,14.

Chipriota: XIV,II,12.

D

Dabateno: III,IX,3; X,II,6; XII,VII,1.

Dacio: III,VIII,6; VII,I,1; X.V.6; XIII,XII,28; XIV,IV,3 /VIII,6.

Dafnucio (en Tracia, a ocho kilómetros de de Constantinopla): IX,V,1.

Dalaseno (Adriano): III,VIII,1.

Dalaseno (Ana): II,V,1,3,5; VI,VII,5.

Dalaseno (Constantino): VI,IX,6; VII,VIII,3,4,5,6,10; VIII,V,5; IX,I,3,8 /III,1,3.

Dalmacia: I,XVI,8; IV,V,2; VI,VII,7; VII,VIII,9; VIII,VII,4; IX,I,1 /IV,2,3 /V,1 /X,1; XIV,IV,3.

Damalis (frente a Constantinopla, en la costa asiástica): II,VIII,1,2 /IX,1 /XI,1; III.II,5 /XI,1,5; VI,XII,1; X,XI,9; XIV,IV,1 /V,1 /VI,5; XV,I,3 /VII,2.

Damasco: XI,VII,4; XIV,II,14.

Danubio: VI,XIV,1; VII,I,1 /II,7; VIII,VI,3,4 /IX,7; X,II,6; XIV,IX,1.

David: II,VII;5; VI,III,4; X,VIII,8; XII,III,10; XV,X,2.

Decano (Jorge): VIII,IX,6,7; XIV,III,5.

Decano (Nicéforo): XIII,I,1.

Decato (en Tracia, cerca de Constantinopla): VIII,I,3.

Demetrio (esclavo de Aarón): XIII,I,5,6,9.

Demetrio (San): II,VIII,3; V,V,6; XII,IV,4 /VI,2.

Demóstenes: II,VI,6: VIII,VI,5; X,II,1.

Delfinas (en Tesalia, al oeste de Larisa): V,V,3.

Deure (h. Debar; junto al Drin, al norte de Acrida): XII,IX,6; XIII,V,1,2.

Deuriota: XIII,V,2.

Diabolis (l.i.; al sur o al oeste del lago de Acrida): V,I,4; XIII,II,3 /IV,1 /V,4 /VIII,1.

Diampolis (h. Yambol; en Tracia, junto al Toundza): VII,II,1 /VI,2; X,III,1.

Diblacio: XV,VIII,3.

Dídimo: IX,X,2.

Dimilia (llanura de Tracia al este de Atiras): VIII,II,2.

Diógenes (Constantino): X,II,2,3.

Diógenes (León): IV,V,3; VII,II,3 /III,5,8; IX,VI,1,4 /IX,4; X,II,2.

Diógenes (Nicéforo): IV,V,3; VII,II,3 /III,5,9.11; IX,V,2,3,5 /VI,1,3,4,5 /VII,1,2,3,4,7 /VIII,1,2,3,4 /IX,1,2,4,6 /X,1,2,3.

Diógenes (Romano): PR,III,2; I,I,1 /XII,6; II,I,1 /VIII,5; IV,V,3; VI,IX,2; VII,III,5,6; IX,VI,1; X,II,2; XV,VI,5 /X,5.

Diógenes (pseudo): X,II,2 /IV,2,4.

Dioniso: VI,XI,3; X,V,7.

Dirraquio: I,IV,2 /XVI,1,2,3,4,5,8; III,IX,4 /XII,1,2,3,4,8; IV,I,1,2,3 /II,2,3 /III,2 /IV,4,5 /V,1,2 /VI,3 /VIII,4; V,I,1 /III,4; V,I,1 /III,4; VI,V,10 /VI,4; VII,VIII,9; VIII,VII,3,5 /VIII,2,4; X,V,9 /VII,2,3,4,5 /XI,2; XII,IV,3 /VIII,1,2,7 /IX,2,3,4,5,7; XIII,II,2,3,4 /III,2,6,8,9,10 /VII,2,5 /VIII,1,5,7 /IX,3 /X,2 /XI,2; XIV,IV,3.

Doclano: I,III,4.

Dolilo (l.i.; en Bitinia, región de Nicea): XV,II,5.

Doménico (palacio de; llanura de Tesalia, al suroeste de Elason): V,VII,1.

Dorileo (h. Eski-sehir; Frigia): XI,III,4; XV,III,6.

Dormiclón: III,VI,6; XV,XI,13.

Dracón: III,XI,5; X,VI,4.

Drimón (h. Drin; en Macedonia, sale del lago de Acrida): XII,IX,5,6.

Dristra (Silistra; junto al Danubio): VI,IV,4 /XIV,1; VII,II,1 /III,2; VIII,V,9.

Ducas (los): II,VII,2,3,7; III,II,1,7; V,VIII,4.

Ducas (Andrónico, antepasado): III,III,3.

Ducas (Andrónico, primogénito del césar Juan): III,III,3.

Ducas (Ana): II,VI,3.

Ducas (Constantino, antepasado): III,III,3.

Ducas (Constantino, emperador): III,II,6 /III,3: IV,VI,7.

Ducas (Constantino, hijo de Miguel VII): I,X,2 /XII,2,7 /XV,2,3; II,II,1,3; III,I,2 /IV,5; VI,VIII,3; IX,V,4,6 /VII,2.

Ducas (Constantino Exazeno): XII,V,4; VIII,6.

Ducas (Constancio): IV,V,3 /VI,7.

Ducas (Irene): PR.I,2; II,VII,7; III,II,1,7 /III,1,3,4; VII,II,6; XII,III,8; XV,XI,22.

Ducas (Juan, césar): I,XII,6; II,V,8 /VI,4 /VII,1,2; III,II,3,6.

Ducas (Juan, nieto del césar): II.VI,4 /VII,1; VII,VIII,8,9,10; IX,I,3,4,5,6,7,8,9 /II,1,2; XI,V,2,3,4,5.

Ducas (Miguel, emperador): I,I,3 /III,4 /IV,1,2 /X,2 /XII,2,6,8,9,10 /XV,2,3,5; II,I,1; III,I,2 /II,3,6 /IV,5 /IX,1; IV,I,3,4 /II,1,3; V,VIII,4; VI,VIII,3; IX,V,5 /VI,1; XIII,XII,26.

Ducas (Miguel, nieto del césar): II,VII,1; V,VII,1,2; VII,III,9; VIII,IV,4.

Dux (h. Dûqsâ; llanura de de Suwaidiya, o Seleucia, al suroeste de Antioquía): XIII,XII,18.

E

Edesa (h. Urfa; en Osroene): XI,VII,3 /VIII,1; XIII,XII,24,25; XIV,II,14.

Efesio: XI,V,1,5.

Egeo: I,IV,4.

Egialos (en el golfo de Nicomedia, frente a Ciboto): XIV,V,2; XV,I,3.

Egino (en ela costa de Paflagonia, cerca de Carambis): VIII,IX,5.

Egipcio: I.IV.4; VI,VII,4,5.

Egipto: V,VI,3; VI,XI.3 /XIII,4; VII,V,3; XV,VII,8.

Elcanes (or. Il-Khan): VI,XIII,1,2.4; X,VI.3.

Eleemon: XI,X,4.

Elefantina (prisión de Constantinopla): XIV,IX.5.

Elegmo: XV,VI,10.

Elena (Santa): VI,XIII,2.

Eleuterio: VI,VII,5.

Eliano: XV,III,6.

Elías (conde): X,VII,3.

Elías (San): XIII,XII,18.

Eliso (h. Lesha; ciudad al norte de Dirraquio): XII,IX,4,5,6,7.

Emilio (Paulo): I,I,3.

Empelo (río; h. Kara-dere, en Misia): XIV.V,3.

Eno (h. Enez; en Tracia): VIII,III,5 /IV,1; XIV,VIII,1.

Enrique (IV de Alemania): I,XIII,1,2,8,9,10 /XIV,3.

Epidamno: I.VII.2 /XVI,1.3; III,XII.8; V,VIII,5; VI,VI,4; VII,VIII,9; IX,I.3; X,VII,5 /VIII,4; XII,IX,2,3,4,5; XIII,II,2.

Epiro: III,XII,8.

Erimanto: I,IX,6.

Escaliario: VI,XIII,4; X,II,6; XIII,V,2.

Escamandro: XIV,III,1 /V.3.

Escipión: I,I,3.

Escita: I,V,2,3,6,9 /XVI,2,3,4; II,II,4; III,III,3; V,II,5; VI,III,3 /IV,4 /XII,1 /XIII,4 /XIV,1,2,3,4,5,6,7; VII,I,1,2 /II,1,2,3,5,7,8,9 /III,1,2,3,4,5,7,8,9,10,11,12 /IV,2,4 /V,1,3 /VI,2,3,4,5,6 /VII,2,3 /VIII,6 /IX,1,2,3,5,6,7 /X,1,2,3,4 /XI,1,3,4,5,6; VIII,I,1,2,3,4,5 /II,1,2,3,4 /III,1,2,5 /IV,1,2,3,4,5,6 /V,1,5,6,7,8,9 /VI,1,2,3,5 /VII,4; IX,IV,1; X,III,5 /IV,7,10; XII,VIII,4,5 /IX,7; XIII,1,5,9 /VI,1,6 /VIII,2; XIV,V,4,5 /VII,2,3 /VIII,5,6,7; XV,IV,1,2 /VI,1,2,3 /VII,9.

Esciero: XII,V,5.

Esciero (Bardas): XI,I,6.

Escolas: I,IV,4 /V,8 /VI,1 /IX,1.

Escopia (h. Skopje; en Macedonia occidental): V,V,1; IX,IV,3,6.

Escotino (l.i.; al suroeste de Cariópolis, en Tracia): VII,I,1,2.

Escutario (l.i.; al noroeste de Adrianópolis, en Tracia): X,IV,10.

Esfentzanio (h. Svecan; casi en la confluencia del Ibar y el Sitnica; en Macedonia): IX,IV,3,4,5.

Esgenin (al este de Arabiso; en la Capadocia oriental): XIII,XII,24.

Esguritzes: IV,VII,2.

Eslavo: II,I,3.

Eslopimo (l.i.; al noroeste de Strumica; Macedonia): XII,IV,4.

Esmirna: VII,VIII,3,10; IX,I,2,3,7,8,9 /III,1; XI,V,1,3,4,5; XIV,I,2,4,6,7.

Esmirneo: VII,VIII,1; XI,V,4.

Espaca (Ispahan (?); en Iran): VI,XII,2.

Esparetra: XII,III,8.

Esquines: II,VI,6.

Esquiza (h. Giarim Burgas (?); en el extremo norte del lago de Regio, Tracia): II,VI,10.

Estagirita: XIII,I,3 /IV,1.

Esteban (conde de Blois): XI,VI,1.

Estiliano: XV,VII,9.

Estipeotes: XV,II,3.

Estipeotes (Miguel): XV,II,3,4 /IV,1.

Estiabotilin (en el tema de Licando; Capadocia oriental): XIII,XII,24.

Estlanitza (h. Giannitza (?); al oeste de Tesalónica, Macedonia): XII,III,1.

Estrabo (Estrategio): XI,X,10.

Estrabobasilio: XV,II,3,4.

Estraboromano: II,V,5,7.

Estrategio: XIII,I,8,9.

Estrugas (al noroeste de Acrida; en Macedonia): V,IV,4.

Estrumpitza (h. Strumica, Macedonia): XII,IV,4.

Etíope: IX,VI,4.

Etiopía: XV,VII,8.

Eubulo: I,XII,11.

Eudocia: III,II,5; IX,VI,1,3.

Eudoxo: VI,VII,2.

Eufemiano: II,V,5.

Euforbeno (Alejandro): VI,XIII,1,2 /XIII,2; IX,I,7; XII,VIII,6; XIII,VII,2.

Euforbeno (Constantino Catacalon): I,V,3,6; X,II,7 /III,1,5 /IV,5 /VI,5; XI,IX,3; XIII,X,1,2.

Euforbeno (Jorge): VII,II,1,7; X,II,6.

Euforbeno (Nicéforo): X,III,5.

Éufrates: VI,XI,3.

Euripo: II,III,4; XI,II,2.

Euro: II,VI,8; VI,XIV,5,7; XIII,I,4; XIV,VIII,1,3 /IX,4.

Europa: X,V,4; XII,IV,3; XIII,XII,1.

Eustracio: XIV,VIII,9.

Ezebán (cerca de Larisa): V,V,3.

F

Fersia (h. al-Atârib; entre Antioquía y Alepo, en Siria): XIII,XII,18.

Fidias: III,II,4; XII,IV,5.

Filadelfia (h. Alasehir; en Lidia): XI,V,6: XIV,I,5,6 /III,1,7 /VI,3.

Filareto: VI,IX,2.

Fileas: X,IX,2.

Filipo (macedonio): XIV,VIII,2.

Filipo (romano): XIV,VIII,2.

Filipópolis (h. Plovdiv; en Tracia): VI,IV,3 /XIV,5; VII,II,1 /VI,4; VIII,VII,3 /VIII,1,2 /IX,7; IX,I,1; X,VII,5; XIV,VIII,1,2,5,7,9 /IX,2,4; XV,I,1.

Filipos (en Macedonia): I,IX,5.

Filocales (Eumatio): IX,II,4; XI,VII,4 /X,6; XIV,I,3,4,5,6,7 /II,6,14.

Filocales (Manuel): IX,V,2.

Filocales; VIII,IV,6.

Filomelio (h. Aksehir; al sur de Amorio, Frigia): XI,VI,1,4; XV,IV,4,8,9 /VI,9 /VII,1.

Flandes: VII,VI,1 /VII,4; VIII,III,5; XI,VI,8 /VIII,1.

Focas (San): VIII,IX,4; X,IX,1.

Focea (en la costa Jonia, al noroeste de Esmirna): VII,VIII,1.

Folo: XIV,IX,3,5.

Francia: X,V,5 /VII,1; XI,VI,1; XII,I,1.

Franco: I,VI,1; IV,II,3 /IV,3; V,V,5; X,V,4,8 /VII,3 /X,7 /XI,9; XI,II,2 /VI,2 /VII,2 /VIII,2 /X,1 /XI,1,7 /XII,6; XII,IX,2;

XIII,II,2,3 /III,4 /IV,4 /IX,1,8 /XII,1,16; XIV,II,1,2 /III,2 /IV,1,6.

Frigia: XIV,I,7.

Fuente: I,XVI,4; V,VIII,5.

Fuente de Cariceo (en Bitinia, cerca de Lopadio): XV,I,3.

G

Gabala (al sur de Laodicea de Siria): XI,XI,4, XIII,XII,21.

Gabras (Constantino): XIII,VII,1; XIV,III,1,7 /V,7; XV,IV,8.

Gabras (Gregorio): VIII,IX,2,6,7; IX,I,1.

Gabras (Teodoro): VIII,IX,1,2,3,4,5; XI,VI,6.

Gadira (h. Cádiz): XIII,III,3.

Gaita (primera esposa de Roberto Guiscardo): I,XII,8 /XV,1; IV,VI,5; VI,VI,3.

Gaita (en Bitinia): XV,III,6.

Galabatzes: IX,I,4.

Ganze (Guillermo, Guillermo de Gante): XIII,XII,28.

Garidas (Eustracio): III,II,7 /IV,5; V,IX,5; X,II,5.

Gazes (or. ghazi): XV,VI,9.

Genesio (Gregorio): III,VIII,4.

Génova: XII,I,2; XIV,III,1.

Genovés: XI,XI,1,2,3.

Geranio (barrio oriental de Constantinopla): XIII,I,1.

Germanicea (h. Maras, en Comagene): XIII,XII,18.

Germánico: XII,IX,2.

Germano: XI,XII,6.

Germano (familiar de Botaniates): I,XVI,2,3,4; II,I,3 /IV,3,4.

Germia (l.i.; en Misia): XV,II,3.

Geta: III,VIII,6.

Gilpracto: II,X,2,3.

Glabinitza (l.i.; cerca de Dristra; junto al Danubio): III,XII,7; V,I,1; XIII,V,3,4.

Glicis (Aqueronte, h. Vijosë (?); en Epiro): IV,III,2,3.

Glosa (en Epiro, cabo cercano a Aulón): III,XII,4.

Godofredo (Godofredo de Bouillon): X,V,10 /IX,1,2,3,10 /X,1,2,5,6 /XI,1; XI,I,1 /VI,9 /VII,1,3 /VIII,1.

Goloe (h. Skenderlli (?); un poco al noroeste de Karnobat): VII,II,1,9 /III,12 /VI,2; X,III,1 /IV,11.

Gonates: XI,I,6,7.

Gorgona: III,II,4,

Gramático (Nicolás): XV,VIII,6.

Grandemane (Guillermo): XI,VI,1.

Graúl (Raúl): XIII,XII,28.

Griego: I,XII,3; III,XII,8; V,VIII,3,8; X,VIII,6 /IX,8; XI,XII,3; XIII,X,4 /XII,18; XIV,VIII,4; XV,VII,9.

Guido (Guy, hermano de Bohemundo): VI,V,2,9; XIII,IV,5,9 /V,2,7 /IX,8 /X,2.

Guillermo (conde normando): V,V,1.

Guillermo (sobrino de Isangeles): XI,VIII,5.

Gules: I,VIII,3; V,IV,8; VII,III,6.

H

Hades: VII,IX,2; XII,III,8.

Hálicas (en Bitinia, entre Cio y Nicea): VI,X,6.

Halis: XI,VIII,2.

Halmiro (h. Kalivri, en la Tracia oriental): I,IV,5.

Hemo (Hemo, h. Balkan): VII,II,3,5; XIV,VIII,5,6.

Hébdomo (barrio occidental de Constantinopla): III,IV,4.

Hebraice (al suroeste de Iconio): XI,III,5.

Hebreo: VI,V,10; XI,VI,9.

Héctor: X,VIII,9.

Helena (hija de Roberto Guiscardo): I,XII,2,4,7 /XV,4; IV,V,5.

Helenópolis (en el golfo de Nicomedia, Bitinia): X,IV,1,2,5; XI,VI,7; XV,II,2,4.

Helesponto: I,IV,4; XIV,II,14 /V,3.

Heraclea (del Ponto; h. Eregli): III,IX,3.

Heracles/Hércules: I,III,3 /IX,6 /X,1; III,XI,5; VI,XI,3; X,V,4 /IX,8; XIII,VI,6 /VII,3;

Herbio (or. Hervé, arzobispo de Capua): III,X,1.

Hercinio: XIV,VIII,6.

Hermano (or. Hermann): III,X,1.

Hermón (Píramo; h. Hurman-çay, Cilicia): XIII,XII,21.

Herodes: I,XIV,1,2.

Hialeas (Nicéforo Exazeno): XI,V,4; XII,V,4,6 /VIII,6; XIII,I,4.

Hidrunte (h. Otranto, Italia): I,XIV,3 /XV,1 /XVI,1; III,XII,2; VI,V,3; XII,VIII,2.

Hiero (en el extremo norte del Bósforo): X,X,4.

Hierro (puerta de): II,V,8.

Homérico: II,VI,6; IV,VIII,1; V,VII,2; VII,VIII,10; X,II,1 /IX,8; XIV,VII,4.

Homero: PR,II,2; I,X,4; II,X,2; IV,VI,5; V,VII,3; VI,V,2; VII,II,6 /XI,1; X,VIII,1 /X,3; XII,III,7; XIII,III,1; XIV,IV,7; XV,III,2,7.

Hungría: V,VII,4; X,V,10.

Huno: VII,V,2.

I

Iberitzes: II,XII,1.

Ibero: VI,IX,4; XV,VII,8.

Ibis (monte de Misia): XIV,V,3.

Iconio (h. Konya; en Licaonia): XV,I,1 /II,6 /III,5 /IV,3,4,9 /VI,7,10 /VII,1.

Iglesia Blanca (en la orilla del Vardar, al noroeste de Tesalónica): V,V,1.

Ilírico: I,VII,2 /XVI,2; III,X,1 /XII,7; IV,I,2,4; V,III,1,3,4; VI,V,2,3 /VII,1 /IX,1 /XII,1; VIII,VII,4; X,VII,4; XII,I,1 /IV,3 /VIII,1,2,5,7; XIII,VII,2,3,4,5 /VIII,5; XIV,VIII,6.

Illrlo: I,XVI,3; III,IX,4.

Iluminado: X,I,6.

Indio: VII,V,3.

Indo: VI,XI,3.

Inmortales: I,IV,4 /V,3,4 /VI,3; II,IX,4; IX,II,4.

Isangeles (or. Raymond de Saint-Gilles, conde de Toulouse): X,XI,9; XI,I,1,3,6,7 /VI,8 /VII,4,5,6,7 /VIII,1,2,4,5 /XI,6; XIV,II,6,14.

Ismael: X,V,2; XI,VI,2,9; XIII,XII,16; XIV,VII,2.

Ismaelita: X,V,7 /VI,4; XIV,II,1 /VII,8.

Isócrates: XIV,VII,4.

Istro (Danubio): III,VIII,6; VII,II,1,7 /III,2,3,4 /V,1 /VI,2; XIV,IV,3 /VIII,1 /IX,1.

Itaca: VI,VI,1.

Itacense: II,XI,6.

Italia: V,VIII,1,5.

Italiano: I,V,2; V,VIII,1,5; XII,VIII,5 /IX,4.

Italo (Juan): V,VIII,1,2,3,4,5 /IX,3,4,5,6,7; X,I,1.

J

Jacobo: XIV,VIII,7.

Jafa (en Palestina): XI,VII,1,2.

Jantas: IV,III,2.

Jasón: XII,VIII,7.

Jericó (h. Oricos, en Epiro, al sur del golfo de Aulón): I,XIV,4; IV,III,2; XIII,V,1,7 /VI,4.

Jerigordo (en Bitinia, al noroeste de Nicea): X,VI,2,3.

Jero: XII,V,5.

Jerogipso (h. Corlu dere, río de Tracia): VII,XI,1.

Jerusalén: VI,VI,1,2 /IX,3 /VII,VI,1; X,V,5 /IX,1; XI,VI,7,9 /VII,1,3 /VIII,1,5 /X,1; XIII,XII,1; XIV,II,5,6,8.

Jifilino (Juan): III,II,6.

Job: XV,VII,5.

Jorge (San): II,XII,1; III,IV,7; V,V,2; VI,I,4 /XI,4 /XI,II,1,4,7 /VII,1; XV,I,3 /II,1,4.

Juan (hijo de Calinice): XIV,VIII,3,5.

Juan (San): III,IV,4; XI,V,1; XII,IV,2.

Judío: VII,III,4.

L

Lacedemonio: VI,X.11; VII,VII.1.

Lago Sagrado (en Tracia, cerca de Anquialo): X,II,6.

Lampe (en Frigia, entre Conas y Apamea): VI,XII.2; XI,V,6; XIV,I,4.

Landulfo (gran duque): XI,X,2,4,7 /XI,1,2; XII,VIII,8 /IX,2; XIII.VII,2,5.

Landulfo (jefe de los sajones): I,XII,7.9.

Laodicea (de Frigia): XI,V.6.

Laodicea (de Siria): V,VII,4,7 /IX.1 /X,6,7 /XI,3,4,5,6; XII,II,1: XIII,V,4 /XII,12,21.

Lapara (en Capadocia oriental, cerca de Albistán): XIII,XII,24.

Lardeas (en Tracia, tal vez Hisariak, al oeste de Karnobad): VII,II,1.

Larisa (de Tesalia): V,V,1,2.3.5,8 /VI.4 /VII,1,4; X,IX,1. /XI,2;

Larisa (de Siria): XIII,XII,18.

Latino: I,XIII,4; III,IX,5 /XII,8; IV,I,3 /VI,6,8,9; V,IV,2,5,6 /V,5,7 /VI,1,3 /VII,2,3/ VIII,5,8; VI.I,2,3 /VI,4 /VIII,1 /X,7 /XII,1 /XIV,4.7; VII,III,6,8 /VI,1 /VII,3 /VIII,5 /IX,2; X,V,5,9 /VI,4.6,7 /VII,5 /VIII,2,5,7,9 /IX,4,5,6,7,9,10 /X,6,7 /XI,5,6,9; XI,I,5 /II,1,2,3 /III,4,6 /IV,1,4,6 /VI,7 /VII,2,3,5 /VIII,1,2 /IX,7 /XII,6; XII,VIII,5; XIII,IX,1 /X,2; XIV,II,6 /IV,2; XIV,II,6 /IV,1; XV,VII,9.

Lebunes (Jorge): XIV,VI,4; XV,IV,2,7.

Lebune/Lebunio (l.l.; en Tracia, al noroeste de Eno): VIII,IV,6 /V,5.

Lenciana (en Misia, al sur de Cízico): XIV,V,3; XV,I,4.

Leo: III,XII,4.

León (metropolita de Calcedonia): V,II,4; VII,IV,1.

Léucade: XI,X,1.

Leucas (al este de Nicea, Bitinia): XI,III,4; XV,III,6.

Leucusia (h. Nicosia, Chipre): IX,II.1,3.

Líbano: XI,VII,6.

Libia: VI,XIII,4.

Libotanio (en Tesalia, al oeste de Larisa): V.V.8.

Licnitis (lago de Acrida): XII.IX,6.

Licostomio (en los alrededores de Tricala, Tesalia): V,V,7 /VI,3 /VII,3.

Lidia: PR,III,4.

Lidio: PR,III,4; VI,XIV,7.

Limnia (l.l.; cerca de Edesa, en Mesopotamia): XIII,XII,24.

Lipenio (h. Lipijan; en Macedonia): IX,IV,1,2,4.6 /X,1.

Lisímaco: VII,V.3.

Lisimaquia (en Etiopía): VII.V,3; XV.VII,8.

Lobitzo (en Bulgaria): III,VIII,8.

Longibardía: I.XI,1,2 /XII,1.11 /XIII.7 /XIV,1,2.3 /XVI,2; III.X,4 /XI,5; IV,I,4 /III,1, /V,4; V,III,1,3,6,7 /V,1 /VIII,2,5; VI,III,3 /V,1; X,V,8.9,10 /VII,3,4 /VIII,2,3; XI,X,9; XII,I,1,5,6

/IV,4 /VIII,2; XIII,I,4; VII,2,4,5 /VIII,5 /XII,17,28; XIV,I,1 /III,1,3.

Longibardo: XI,XII,6; XV,VII,9.

Longiniade (en Cilicia, al norte de Tarso): XI,XI,7.

Lopadio (en Bitinia, en el extremo occidental del golfo de Apoliniade): VI,XII,2; XIV,V,3; XV,I,3,5,6.

Lulo (entre Antioquía y Alepo; h. Djebel Barakat): XIII,XII,18.

M

Macabeo: XIV,VIII,9.

Macedonia: VII,II,1.

Macedonio: PR,IV,1; I,V,2 /VIII,5; IV,IV,3; VII,V,3; XIV,VIII,2,6; XV,VII,8.

Madito (puerto del Quersoneso tracio): XIV,III,2.

Madre de Dios: I.XVI,4; II.V.6; II,V,8 /VI,3; IV,II,3; V,VIII,3; VI,III,5 /IX,5; XII,VI,2,7; XIII,I,2; XIV,VII,8; XV,XI,13.

Mahoma: VI,XIII,4.

Malstromillo: XIII,IV,4.

Mal Costado (i.l.; en Epiro, al sureste de Dirraquio): IV,VII,1.

Malagina (en Bitinia, al al sureste de de Nicea): XIV,V,7.

Malagna (i.l.; en Bitinia): XV,I,5.

Male (Yosfré): XIII,XII,28.

Maleas (cabo al sur del Peloponeso): XI,XI,2.

Mamista (Mopsuesta, en la Cilicia oriental): XI,XI,7.

Manes: XIV,VIII,3,5.

Manetón: VI,VII,2.

Mangana: III,IV,7; XV,XI,9.

Manganes (Jorge): II.VIII,4 /X,1.

Maniac: VIII,IV,2,3.

Maniacate: VII,IX,2.

Maniqueo: IV,IV,3; V,III,2; VI,II,1.3,4 /IV,2 /V,1 /VI,2; VII,III,2; XIII,I,7; XIV,VIII,3,4,7,8,9 /IX,1; XV,I,1 /VIII,1.

Manos (las, pasaje de palacio): XII,VI,8,9.

Maraceo (en la costa siria cerca de Balaneo): XI,VII,4: XIII,XII,21.

Maraces: XI.V,5.

Marasin (h. Maras; en la Capadocia oriental): XI,IX,4.

Marcapin (h. Marqab; en Siria): XI,XI,4.

Marcela (en Tracia; i.l.): VII,VI,2,3.

Marcos (San): VI,V,10.

María (de Alania): I.IV.1 /XII.7 /XVI,2; II,III,4; III.I,2,5 /II,1,3,6 /IV,5,6 /V,1; IX,V,4,5 /VIII,2.

María (de Bulgaria): II,VI,3.

Mariandeno: X,V,2.

Marino (de Nápoles): XIII,IV,4 /IX,1,8 /XII,28.

Masagetis: XII,III,8.

Masaliano: XV,VIII,1.

Mascabeles (Guillermo; or. Guillaume Mascabelle): I,XI,2,4,5,6,7,8.

Masut (or. Masud I, hermano bastardo del sucesor de Shâ-hinshâ, 1116-1155): XV,VI,8,9,10.

Máurice: IV,III,1.

Mauro: XIII,XII,28.

Maurocatacalon (Gregorio): VII,II,3 /III,4,5.

Maurocatacalon (Mariano): X,III,6 /VIII,5,7,9,10; XIII,VII,1,5 /VIII,5.

Maurocatacalon (Nicolás): VII,I,1,2 /II,3 /III,6 /XI,6; X,IV,10 /VII,2 /VIII,3,4.

Mauropótamo (río de Tracia al norte de Eno): VIII,V,1.

Máximo (el Confesor): V,IX,3.

Meandro: XI,V,5,6; XIV,I,7.

Mecran (l.l., población del tema de Licando, en la Capadocia oriental): XIII,XII,24.

Medo: XV,VII,8.

Melfi (en Lucania): I,XII,11; V,I,1,2; VI,V,10.

Meliseno (Nicéforo): II,VIII,1,3 /IX,1 /X.1 /XI,1,2,5; III,IV,1; IV,VI,2; V,V,7; VII,III,6 /IV,4; VIII,III,1,4 /IV,5 /VI,3 /VIII,3; X,II,6.

Melitene(en la Capadocia oriental): VI,XII,8.

Meneiao: I,VIII,4; III,I,2.

Meroe (Etiopía): VI,XI,3.

Mesampela (en Bitinia, al oeste de Nicomedia): XI,II,1.

Mesanacta (en Bitinia, al oeste de Nicomedia): XV,IV,9.

Mesopotamia: VI,IX,3.

Mesopotamites (Jorge): VII,IX,7.

Mesto (río de la Macedonia oriental): XIII,I,4.

Metaxas: V,II,4.

Metimne (ciudad de la costa norte de Lesbos): VII,VIII,2.

Metimnes: V,III,1.

Micaelas: I,XVI,8; III,XII,1.

Midas: II,IV,8.

Migideno: V,VI,4; VII,VI,6.

Miguel (eunuco y copero): VIII,IX,6.

Miguel (eunuco y médico): XV,XI,13.

Miguel (gobernador de Aoruno): XIV,III,5.

Miguel (gran copero): XI,IX,2,3.4.

Miguel (pariente político de los Comneno): III,I,1.

Miguel (San): IV,VI,6.

Milio: II,XII,4.

Milo (l.l.; en Epiro): XIII,II,3 /V,4,5 /VI,2.

Miscura (l.l.; en Bitinia, cerca de Nicea): XV,II,5.

Misia: I,VII,3.

Misio: III,VIII,6.

Mitilene: VII,VIII,10; IX,I,3,4,9.

Mitilenio: IX,I,7,8.

Mocro (macizo montañoso al noroeste de Acrida): XII,IX,6.

Mocro (rey búlgaro): VII,III,4.

Modeno (Miguel): XIII,X,3.

Mogiena (en Macedonia, al norte de Bodena): V,V,1.

Moisés: X,VIII,8.

Monastras: VII,IX,7 /X,2; VIII,V,5; X,II,7 /IV,10; XI,II,7,9,10 /IX,4 /XI,5,7; XII,II,1; XIV,III,1 /V,7.

Monolico: XIV,V,3; XV,II,5 /IV,5 /V,1,2,3 /VI,3,5.

Monomacato (Jorge): I,XVI,2,3,4,5,7,8; III,IX,4 /XII,1.

Monómaco (Constantino): III,IV,7 /VIII,2; V,VIII,2.

Montaña Negra (h. Nur dagh; al noroeste de Antioquía): XIII,XII,18.

Monte Maravilloso (en la orilla derecha del Orontes, al suroeste de Antioquía): XIII,XII,18.

Mopso (v. Mamista): XII,II,4; XIII,XII,21.

Morobundo: II,VI,4.

Mosinópolis (en la Macedonia oriental): VI,II,3.

Mucúmet: VI,XII,8; XIV,V,3,4,6 /VI,1,2.

Musa: X,II,1; XII,III,7.

Musulmán: XIV,III,7 /VI,1.

Muzaces: IX,VIII,1,2.

N

Nampites: IV,V,3 /VI,2,4,6; VII,III,6.

Nápoles: XIII,IV,4.

Naupacto: I,XVI,1.

Navato: VI,XII,7; X,VII,1.

Neantzes: VII,VI,5 /IX,,1,3,4,5; VIII,IV,6.

Neleo: XV,VI,8.

Nemeso (h. Limassol, Chipre): IX,II,3.

Nemitzo: II,IX,4,5.

Neocastro (l.l.; en Tracia, cerca de Filipópolis): XIV,IX,4.

Nicea: III,XI,1; VI,IX,1,2 /X,1,2,3,7,8,9 /XI,1,4 /XII,2,3,8; VII,VII,4; X,VI,1,3,4 /XI,10; XI,I,1,2,4,5,6 /II,1,3,4,5,6,8,10 /III,3 /V,2,3; XIV,V,1,2,3,4,7 /VIII,9; XV,I,3 /II,3,4,5 /III,6.

Nicea (la pequeña; h. Havsa, en Tracia): VII,II,9 /XI,6; X,IV,6,9.

Nicerites (León): VII,II,9; VIII,IX,7; XIII,V,1; XV,II,5.

Nicolás (patriarca): X,I,5; XV,VIII,6 /X,1.

Nicolás (San): II,V,4; IV,V,2 /VII,1; X,IX,3 /VIII,5.

Nicolás (subsecretario): VII,II,8.

Nicomedia: III,XI,4; VI,X,3,9; VII,VII,4; VIII,III,5; X,V,2; XI,I,1; XV,II,6 /III,1.

Nicópolis (en Epiro, al norte de Preveza): I,XVI,1.

Nilo (monje herético): X,I,1,4,5.

Nilo (río): XV,XI,8.

Ninfeo (al este de Esmirna): XIV,I,6,7.

Nino: XIV,II,4.

Níobe: XV,XI,23.

Normandía: I,X,1,2 /XI,1.

Normando: I,X,4; X,III,5 /VI,1,2,3,4; XI,VIII,3,5.

Niso (h. Nish; en Serbia): XIV,VIII,1.

Noé: PR,II,2.

O

Odiseo: II,XI,6.

Olimpo: XIV,V,7; XV,I,5.

Opo (Constantino): IV,IV,3; VI,XIII,3,4; VII,VIII,3,4,5; X,I,1.

Orestes: II,I,4.

Orestiada (región cuya capital es Adrianópolis): II,VI,10; IV,IV,1; X,III,5,6.

Orfeo: PR,IV,1.

Ostrobo (h. Arnissa; en Macedonia): V,V,1.

Ozolimne (en el este de Bulgaria; l.l.): VII,V,1,2,3.

P

Pablo (maniqueo): XIV,VIII,3,5.

Pablo (San): I,XII,7; XV,VII,4,8.

Pacuriano (Gregorio): II,IV,6,7; IV,IV,1 /VI,2, V,III,2; VI,XIV,3.

Paflagonia: III,IX,3.

Pagras (en Siria, al norte de Antioquía): XIII,XII,19.

Paipert (or. Baiburt, en Armenia): XI,VI,6.

Palamedes: I,III,1; II,II,4.

Palas: IV,VI,5.

Palatza (l.l.; en Siria al noroeste de Antioquía): XIII,XII,19.

Paleólogo (Jorge): II,VI,1,2,3 /VII,1 /X,2,3 /XI,3,4; III,II,1 /IX,4 /XII,1,2; IV,I,1,3 /II,1,5,6 /IV,4,5,6,7,8 /V,2 /VI,7 /VIII,4; VI,I,2,3,4; VII,II,3 /III,3 /IV,1,2,3,4; VIII,II,2,4,5 /V,5; X,II,6; XI,III,2; XIV,VII,5.

Paleólogo (Nicéforo, hijo de Jorge): XV,IV,8.

Paleólogo (Nicéforo, padre de Jorge): II,XI,7 /XII,1,3; IV,VI,7.

Pales (cabo al norte de Dirraquio): X,VII,4.

Palia (cabo al norte de Dirraquio, probablemente sea el mismo del anteriormente citado): IV,II,3.

Panfilia: I,IV,4.

Panfilio: PR,III,4; XIV,II,14.

Pánfilo: VII,I,1.

Pantecnes (Miguel): XV,XI,3,13.

Panucomites (Nicetas): IV,IV,3; XII,I,3.

Paradunabo (tema del Paristrio): VIII,IX,7.

Parasceviotes: XV,VIII,7.

Pargiaruc (or. Barkiyârûq, sultán selyúcida, 1092-1105, hijo de Malik-shâh): VI,X,3,7.

Pario: XIV,V,3.

Paristrio (región del Danubio): VI,IV,4; VII,II,3; X,II,4.

Pasaron (puerto del norte de Corfú): VI,V,5.

Patara (puerto de Licia): XI,X,3.

Patrocio: III,II,3 /IX,1; X,II,4.

Pauliciano: VI,II,1; XIV,VIII,3; XV,VIII,1.

Paurae (en Paflagonia, h. Bafra): XI,VIII,4.

Peania: VI,X,11.

Pechenego: VII,III,2,12 /IV,2,3 /VI,6 /VII,3 /VIII,1; VIII,IV,3 /V,1,2.

Pedro (el ermitaño): X,V,5,10 /VI,1,3,4,5,7 /IX,1; XI,VI,7.

Pedro (San): X,VII,3.

Pegasio: X,X,2.

Pegaso: IV,VII,2.

Pelagonia (h. Bitola; en Macedonia occidental): V,V,2; XIII,IV,1.

Pelctrano (or. Bertrand, hijo de Raymon de Saint-Gilles): XIV,II,6,7,8,14.

Pelecano (en Bitinia, en el extremo norte del golfo de Nicomedia): X,IX,11 /X,5 /XI,10; XI,I,1 /II,1,10 /III,1.

Peloponesio: XI,X,3.

Pemaneno (en Misia, al sur de Cízico): VI,XIII,3; XIV,V,3,5,; XV,I,5. Pemaneno (en Frigia, cerca de Amorio): XV,IV,1.

Penélope: II,XI,6.

Pentegostis: IX,V,4.

Peres: XIII,XII,28.

Pérgamo: XIV,I,6 /III,1.

Periblepto: III,I,1.

Pericles: VI,III,3.

Periquites: XI,X,3.

Peristlaba (h. Preslav; en la Bulgaria oriental): VII,III,4.

Pérnico (al suroeste de Sofía, Bulgaria): IX,V,5.

Persa: I,I,1; VI,III,3 /IX,1 /X,11 /XI,4 /XII,2; VII,VII,4; XIII,VIII,2.

Persia: I,II,2: VI,XII,4.5 /XIII,4; XIV,III,8; XV,X,5.

Petra (l.i.: desfiladero del Epiro): XIII,V,4.

Petria: II,V,8.

Petritzo (h. Petric, en Macedonia): IX,V,5; XIV,VIII,1.

Petrula (l.i.: en el Epiro): XIII,II,3 /IV,8 /V,1 /VII,1,5.

Petzeas: XI,V,5; XII,II,1.

Pílades: II,I,4.

Pindárico: XIV,VII,4.

Pirro (Jorge): V,VI,2; VII,IX,6.

Pirro (rey de Epiro): III,XII,8.

Pisa: XI,X,1; XII,I,2; XIV,III,1.

Pisano: XI,X,2,3,4,6,9.

Pitecas (en Bitinia, entre Nicea y Malagina; l.i.): XV,III,6.

Piticas: XV,IV,2.

Plabitza (l.i.; en Tesalia, cerca del Ossa): V,V,3.

Plasta (Albistân; en la Capadocia oriental): XIII,XII,24.

Plata (lago de; en Tracia, cerca de Constantinopla): X,IX,3.

Platón: PR,I,2; V,IX,1; VI,VII,2; X,II,1; XIV,VIII,4.

Platónico: V,VIII,5; XII,V,4; XIV,VIII,4.

Pliscoba (al este de Bulgaria): VII,III,1.

Podando (tema de; en el sur de Capadocia): XIII,XII,21.

Polemón: X,II,1; XIV,VII,4.

Poliboto (en Frigia, al sur de Amorio): VII,IX,1,2; XI,V,5,6; XV,IV,1,3 /V,1.

Polícleto: III,III,1; XIII,X,4.

Poliorcetes: XII,IX,3.

Polobos (en Macedonia, al oeste de Skopje; h. Tetovo): V,V,1 /VII,5; IX,IV,6.

Ponto Euxino: I,IV,4; III,IX,3; V,II,6; VII,II,7; VIII,IX,4; VIII,IX,4; XI;I,3; IX,I,2; XIV,VIII,8; XV,VII,4.

Pórfira/Púrpura (la sala): VI,VIII,1; VII,II,3,4; XV,IX,1.

Porfirio: V,IX,1; XIV,VIII,4.

Pórtico: VIII,VI,5; X,II,1; XIV,VIII,9.

Prebentza (or. Richard, conde de Salerno): X,VIII,2,4,10.

Preneto (h. Kara-mürsel; en el golfo de Nicomedia): VI,X,4.

Principato (probablemente, Ricardo del Principato): XIII,IV,5.

Principo: XV,I,6.

Printzitas (Ritzardo; Ricardo del Principato): XIII,XII,28.

Procio: V,IX,1.

Propóntide: III,XI,1; VI,IX,1 /X,1; VIII,IX,4; X,IX,1 /X,1 /XI,9.

Prosuc (or. Bursuq ?): VI,X,3,8 /XI,1.

Frusa: XIV,V,3.

Pselo (Miguel): V,VIII,3,4,5.

Psilo (en el sur de Tracia): XIII,I,4.

Psilo (Basilio): XIII,I,7,9,10.

Pudilo: X,II,6.

Pulcases: VI,X,1 /XII,8.

Punteses (probablemente Raúl de Pontoise): V,V,1.

Puqueas: XV,IV,1 /VI,9,10.

Putza (l.l.; al norte de Adrianópolis, en Tracia): X,IV,2,4.

Puzano (or. Buzan): VI,IX,1 /XII,1,2,3,7.

Q

Quele (en Tinia, junto al Mar Negro): X,V,2.

Querenos (en Tracia, al norte de Eno): VIII,III,5 /IV,1 /VI,3.

Querobacos (en Tracia): VIII,I,1,2,3,5; XIII,I,3,10.

Querosfactes (Constantino): III,X,2,4,5.

Querson (en Crimea): X,II,3.

Quersoneso: VIII,III,2; XIV,II,4 /III,1,3 /IV,1.

Quilmara (en el Epiro, al sur de Aulón): X,VIII,2; XII,VIII,7,8.

Quíos: VII,VIII,2,3,4,5,10; XI,V,1.

R

Radeno: III,I,1.

Raimundo: I,XII,11.

Ramel (en Palestina): XI,VII,1,2,3.

Rapsomates: IX,II,1,2,3,4.

Raúl (conde cruzado): X,X,1,3 /XI,1.

Raúl (embajador de Roberto Guiscardo): I,XV,2,3,4,5,6.

Rebenico (en Tesalia, al suroeste de Larisa): V,V,8.

Réctor: I,XII,6,7,8 /XV,5,6.

Redesto (h. Tekirdag; en Tracia, junto a la Propóntide): VI,VII,4.

Refugio: II,V,4.

Renaldo (or. Renauld): V,V,1.

Renardo (or. Renard, obispo de Tarento): XIII,XII,28.

Ricardo: XIII,IV,5.

Riscardo Siniscardo: XIII,XII,28.

Ritzardo: XIII,VI,2.

Roberto: I,X,1,3,4 /XI,2,4,5,6,7,8 /XII,2,4,5,6,7,8 /XII,2,4,5,6,7,8,9,10,11 /XIII,1,6,7,10 /XIV,3,4 /XV,5,6 /XVI,1,5,7,8,9; III,VI,3 /IX,1,4,5 /X,1,2,4 /XI,5 /XII,2,5,6,8; IV,I,2,3,4 /II,1,2,3,5 /III,1,2 /IV,1,4,5,6,7 /V,1,3,4,6 /VI1,2,3,4,5,6,7 /VII,1,4,5 /VIII,2,3; V,I,1,2,3,4 /II,2,4 /III,1,3,6,7 /IV,1,2 /V,1. /VII,4; VI,V,1,3,4,5,6,8,9 /VI,1,2,3,4 /VII,1,6,7 /VIII,2, /IX,1; XI,XII,5,7; XIII,XII,4.

Rodas: XI,V,1 /X,3,5.

Rodomero: VIII,IV,5; XI,II,7,9,10.

Ródope: XIV,VIII,1,6.

Roger (hijo de Dagoberto): I,XV,5,6; XIII,IV,4 /IX,1,8 /XII,28.

Roger (hijo de Roberto Guiscardo): I,XIV,3 /XVI,1; III,XII,2; V,III,3,4,5; VI,V,2.

Roma: I,XII,8 /XIII,1,6,9,10 /XIV,3; III,X,1; V,III,6,7 /VIII,5; VII,II,4; VIII,V,1; X,VII,3,4; XI,XII,2; XII,VIII,4.

Roma (la nueva): XIII,XII,19.

Romaina (h. Hisn ar-rummâna: en la Capadocia oriental): XIII,XII,24.

Romania: III,VI,5; XIII,XII,11; XIV,IV,1.

Romano: PR,III,2 /IV,1; I,I,1,2,3 /II,1,2,3 /IV,1,4 /VI,9 /IX,1 /X,2 /XII,2,5,6,7,8,10 /XIII,6,10 /XV,3,4,5,6 /XVI,2; II,IV,3 /IX,4; III,II,2 /VII,2 /VIII,6,7 /IX,1,5 /XI,2,4 /XII,8; IV,I,2 /II,2 /III,1,2 /V,4,5 /VI,3,6,7,9 /VII,1,4; V,1,4 /II,1 /III,5 /IV,1,2,3,5,6,7 /V,8 /VI,1 /VIII,1,5; VI,I,4 /V,10 /VI,1 /VIII,5 /X,5,6 /XI,3,4 /XIV,1,2,3,7; VII,I,1,2 /II,1,2,6 /III,8 /VII,1 /VIII,1,3,5,6,7 /IX,1 /X,4 /XI,4,5; VIII,II,1,2,3 /IV,6 /V,5,6,9 /VI,1 /VII,4; IX,I,6,7,9 /III,2,4 /IV,3,4,5 /X,1; X,II,2,4 /III,2,3,5,6 /IV,2,6,7,8,10 /V,9 /VI,7 /VIII,2,3 /XI,7,11 /X,2,6 /XI,7; XI,II,2,6,9. /III,5 /IV,1,3 /VIII,2 /IX,1,2 /X,2,3,4,5,7,9 /XI,1,3,4,5; XII,I,1 /V,2,3,6 /VII,3 /VIII,4,5 /IX,2,3; XIII,I,3 /II,1,2,3,4 /V,2,4 /VI,5 /VII,1,4 /VIII,5 /X,4 /XII,4,6,11,13,15,22,27; XIV,I,1 /II,1,2,3,4 /III,4,7,8,9 /IV,1,2,3,6 /V,5,7 /VII,1,2,7,9 /VIII,2,6; XV,I,5 /II,4,6 /IV,6,8,9 /V,1,2 /VI,2,3,4,5,7,9 /VII,9 /X,5.

Romano (maniqueo): XIII,I,7.

Romano (Pablo): XIII,XII,28.

Romano (San): X,IX,7.

Rosmices: XIII,VI,1,2

Rupenio (León); XIII,XII,18.

Rupenio (Teodoro): XIII,XII,18.

Rusio (h. Ruskiöy-Kesan; en Tracia, al este de Cipsela): VII,IX,1,6,7.

Rusiota: VII,IX,6.

S

Sabiduría (Santa): II,V,2 /XII,6.

Sáfico: XIV,VII,4.

Safo: XV,IX,1.

Sagudaus (h. Sögüt, en Bitinia, cerca de Nicea): XV,II,4.

Saisan (or. Shâhinshâh, sultán de Iconio): XIV,III,1,7; XV,VI,6,7,8,9,10.

Sajón: I,XIII,7,9.

Salabria (río Peneo de Tesalia): V,VI,3 /VII,3.

Salerno: I,XII,8,11 /XIII,6,7 /XIV,3 /XV,2; V,III,6,7; VI,V,1.

Salomón (jefe húngaro): VII,I,1.

Salomón (rey bíblico): XII,III,8.; XV,II,2 /VII,4,8.

Salomón (Juan): V,IX,2; XII,V,4,5,6 /V,3,4,5.

Salvador: VIII,IX,6; X,VI,6 /IX,5 /X,2; XIII,XII,13,27; XIV,I,1 /II,13; XV,VII,5.

Samos: IX,I,9; XI,X,3.

Samuel: VII,III,4.

Sangaris (h. Sakarya, en Asia Menor): X,V,2.

Sanisco: IV,VI,1; V,III,3.

Santábaris (en Frigia, al noroeste de Amorio): XV,IV,1.

Sarbano (en la Capadocia oriental): XIII,XII,24.

Sardes: XI,V,1.

Sármata: III,VIII,6; V,VII,2; VI,XIV,1; VII,I,1 /III,6; X,IV,9.

Saro (h. Seihun-çay, en Cilicia): I,IV,4.

Sarón (id. precedente): XII,II,4.

Sarraceno: IV,IV,3; X,V,5; XI,V,4 /VI,9 /VII,1 /XI,4; XIII,XII,16; XIV,II,9 /VII,2.

Sarraceno (oficial de Bohemundo): V,V,1; XIII,V,2.

Sarsapin (en la Capadocia oriental): XIII,XII,24.

Satanael: XV,VIII,3,6,7.

Satzas: VI,XIV,1.

Saúl: III,V,1.

Sedecías: VII,III,4.

Seleucia: XI,X,9,10; XIV,II,12.

Sepulcro (Santo): X,V,5,10 /VI,6,7 /VII,1 /IX,1 /X,2 /XI,7; XIV,II,12,13.

Serbia (población de Macedonia): V,V,1.

Serbia: IX,IV,3; XIV,IV,3.

Serbio: IX,IV,2.

Serblias: V,IX,2.

Serras: IX,V,4 /VII,3.

Sestlabo: VI,XIV,1.

Seth: VI,VII,1,4.

Seutlo (islote cercano a Rodas): XI,X,5.

Sezer (h. Qalat Segar, en Siria): XIII,XII,18.

Siaus (or. çaus): VI,IX,4,5,6 /XII,1.

Sice (Gálata): XI,X,8.

Siceotes: II,XII,1.

Sicilia: V,VIII,1,2.

Siciliano: V,VIII,1.

Sidera (desfiladero, en el Balcan): VI,XIV,7; VII,III,1; X,IV,10,11.

Sidera (fortaleza, en Bitinia, cerca de Nicomedia): X,V,3.

Silvestre: X,IV,9.

Simeón: VII,III,1.

Simón (zupán de Dacia): XIII,XII,28.

Simón (primo de Balduino): XIV,II,8.

Sinadeno: II,II,1; IV,V,,3 /VI,7.

Yoanaces (Basilio Curticio): V,V,7; VII,I,2 /III,6 /XI,6; VIII,VI,4.

Yoanicio: I,VII,5 /VIII,2 /IX,3.

Yoanina (h. Janina): V,I,1 /IV,1,2.

Z

Zacarías: IV,VI,7.

Zacinto: XI,I,1.

Zebel (en Siria): XIII,XII,21.

Zeto: III,XII,8.

Zeus: IV,VIII,1; XV,VI,8.

Zigabeno (Eutimio): XV,IX,1.

Zigo (el Balcan): VIII,VI,4; X,II,6 /III,1 /IV,10.

Zigo (macizo montañoso al oeste de Macedonia): IX,I,1 /IV,2,3,5.

Zoe: III,II,5; VI,III,3.

Zompe (puente sobre el río Sangario, al noroeste de Amorio): XV,IV,5.

Zópiro: X,IV,1.

Zume (tema al noroeste de Antioquía): XIII,XII,19.

1. LISTA DE PATRIARCAS DE LA ÉPOCA DE ALEJO COMNENO

Cosmas I Jerosilimites (1075-1081)

Eustacio Garidas (1081-1084)

Nicolás III Gramático (1084-1111)

Juan IX Agapito (1111-1134)

(Extraído de MAIER, F.G.- *Bizancio*, Madrid, 1974, p. 382)

2. EMPERADORES ANTERIORES A ALEJO COMNENO

Miguel VII Ducas (1071-1078) = María de Alania = Nicéforo III Botaniates (1078-1081)

Constantino Ducas
(primer prometido de Ana Comneno)

(Extraído de OSTROGORSKY, G.- *Historia del estado bizantino*, Madrid, 1983, p. 569)

/X,7 /XI,8,10; XI,I,2,3,4,5 /II,2,7,9,10 /III,4,5,6 /IV,1,2,5,6 /V,2,5,6 /VI,1,2,4,5,8,9 /VII,5 /VIII,3,4,5; XII,II,2; XIII,V,1,2 /VI,1 /XII,5,11; XIV,I,4,5,6,7 /II,1 /IV,1 /V,1,7 /VI,2,3; XV,I,4 /II,1,4,5,6 /III,1,6,7 /IV,1,5,6,7,8 /V,2 /VI,3,4,5,9,10.

Turcomano: XIV,VI,1.

Tutac: I,II,1,2,3,4,5.

Tutuses (or. Tutush): VI,IX,1,3,4 /XII,5,6,7.

Tzacas (Chaka): VII,VIII,1,2,3,4,5,6,7,9,10 /IX,1; VIII,III,2; IX,I,2,3,4,5,6,7,8,9 /III,1,2,3,4; XI,II,5 /V,1,2,3; XIV,I,4.

Tzelgu: VII,I,1,2.

Tzerpenterio: X,VII,3.

Tzibisco (en Tesalia, cerca de Tricala): V,V,2.

Tzimiscés: XIV,VIII,5; XV,X,5.

Tzintziluces (Andrónico): XI,VII,4,7.

Tzipureles: XIV,V,7 7VI,2,4.

Tzitas: XI,II,4 /VIII,2,4,5.

Tzurulo (h. Çorlu, en Tracia): II,IV,6 /VI,3; VII,XI,1,2; X,IV,5.

U

Ubo (conde normando; or. Hugo): XIII,VI,2 /IX,7.

Ubo (hermano del rey de Francia; or. Hugo de Vermandois): X,VII,1,2,3,4,5 /IX,10.

Umberto: XIII,XII,28.

Umbertópulo (Constantino): II,IV,7; IV,IV,3; VI,XIV,4; VIII,V,5 /VII,1; X,II,6.

Uresis (or. Uros): IX,X,1.

Urselio (or. Roussel de Bailleul): I,I,1,3 /II,1,2,3,6,7 /III,1,2,3,4 /X,1; II,I,1,2.

Uzas: V,VII,3; VII,III,6 /IX,7 /X,2; VIII,V,5; X,IV,10; XV,VI,1.

Uzo: VII,V,2.

V

Válaco: V,V,3; VIII,III,4; X,II,6 /III,1.

Varego: II,IX,4; IV,V,3; VII,III,6.

Venecia: IV,II,6; V,I,1; VI,V,6,10; XII,I,2.

Veneciano: IV,II,2,4,5,6 /III,1,2 /VI,4 /VIII,4; VI,V,4,5,6,7,9 /VI,4.

Vetón: XII,IX,4; XIV,VII,2.

Virgen: I,XVI,4.

Velco (or. Welf): I,XIII,7.

Y

Yámblico: V,IX,1.

Yapigia: I,XV,1.

Yasites: V,IX,2.

Yatzulino (or. Jocelin de Courtenay): XIV,II,13.

Telémaco: II,XI,6.

Teluc (h. Duiûk; cerca de Aintâb, en el norte de Siria): XIII,XII,18.

Teodoro (San): IV,VI,1; VIII,II,1; IX,VII;3.

Teodoto: I,V,5.

Termas (en Tracia, al noroeste de Burgas): X,II,6.

Tesalia: I,V,2.

Tesalio: I,V,2; IV,IV,3.

Tesalónica: I,VII,2,3 /IX,3,5; II.VIII.3; IV.IV,5; V,I,4 /V,6 /VII,4; X,VII,3; XII.I,6 /III,1 /IV,1,3,4; XIII,I,3 /II,1 /IV,1.

Tesalonicense: I,IX,3.

Teucro: X,IX,8.

Tigranes: X,I,4.

Tifón: I,VII,3.

Tigris: VI,XI,3.

Tilia (en el tema de Licando, cerca de Albistân): XIII,XII,24.

Timoro (en el Epiro): XIII,VI,6.

Timoteo: PR,IV,1.

Tinia: III,XI,1,4.

Tiragio (en Licaonia, al este de Filomelio): XV,VI,9.

Tiro: XII,I,3; XIV,II,8,9,11 /III,4.

Tirofagia: II,IV,9; VIII,I,1 /II,4.

Togortac: VIII,IV,2; X,III,6.

Tomiris: XII,III,8.

Tornicio (Pedro): I,VIII,5.

Torrente Profundo (río de Tracia, cerca de Constantinopla): VIII,III,1.

Tracesio: XIV,III,1.

Tracia: I,IV,5; II,IV,6; XIV,VIII,1,2.5.

Tracio: I,V,2; II,VI,3,8; XIV,VIII,6.

Transfiguración: III,VI,6.

Trapezunte: VIII,IX,1; XII,VII,1.

Traulo: VI,IV,2,3,4 /XIV,2.

Triaditza (h. Sofía, Bulgaria): III,VIII,7; XIV,VIII,1.

Tribunal de los Escitas (l.i.; al noreste de Pliscova): VII.III,1.

Tricala (en Tesalia): V,V,2,3 /VII,3.

Trimus (antiguo nombre de Filipópolis): XIV,VIII,2.

Trinidad: VI,VI,3.

Trípoli: XI,VII,5,6,7 /VIII,5 /XI.4; XIV,II,6,7.8,14.

Trogiodita: VI,XI,3.

Tule: II,IX,4 /XI,7; VI,XI,3; XII,IX,2.

Turco: I,I,2 /II.2 /IV,4 /V,3 /VI,1,2,3,4.6; II.III,1 /VI,8,9; III.IX,1,3 /XI,1,5; IV,II,1 /IV,1,5; IV,II,1 /IV,3 /VI.9; V,VI.4 /VII,2; VI,IX,1,2,4 /X,2,3,7,9 /XI,2,4 /XIII,2; VII.VII,4 /VIII,3,4,8; VIII,III,2: IX,I,9 /VII,5; X,IV,6 /V,1,5 /VI.1,4.5.7

Sinao (h. Simav, en Misia): XIV,III,7.

Sinesio: VII,VI,2,3,4 /IX,7; VIII,VI,1,2.

Sínope (puerto de Paflagonia): VI,IX,3,5,6 /XII,1.

Sirena: XIV,VII,4.

Siria: PR,III,4; I,IV,4; IX,II,3; X,VIII,4; XI,X,1 /XII,5; XII,II,2,4; XIII,XII,12,24,26; XIV,II,3,14.

Sirio: PR,III,2,4; XI,V,4.

Solimán (sultán de Iconio, or. Shâhinshâh): XV,I,1 /IV,3.

Solimán (sultán de Nicea; sultán de Nicea, or. Suiaimân ibn Qutuimish): III,XI,1; VI,IX,1,2,3 /X,1 /XII,1,5,8.

Sosco (en Macedonia, entre Ostrobo y Berrea): V,V,1.

Sostenio (junto al Bósforo): VIII,IX,4; X,X,1.

Sozópolis (en Tracia, junto al mar Negro): V,II,6; XII,VI,5.

Sudi (puerto de Siria, en la desembocadura del Orontes): XI,IV,3 /XII,2.

Suecio (h. Suwaiduya; en Siria, al suroeste de Antioquía): XIII,XII,18.

T

Tacuperto (or. Dagobert): XIII,XII,28.

Tancredo: XI,III,2 /IV,5 /VII,7 /IX,1,4 /XI,6 /XII,1,6; XII,I,1 /II,2,3,4,5 /VIII,2; XIII,XI,1 /XII,12; XIV,II,1,3,5,6,7,13.

Tangripermes: XI,V,1,5.

Tanisman (Ghâzi ibn Danishmend, 1084?-1104): XI,III,5.

Tanisman (Ghâzi Gümüstegin, 1104-1134?): XII,VII,3.

Tapares (or. sultán selyúcida Malik-shâh): VI,XII,7.

Tarcanlotes: I,V,2; X,II,7.

Tarentino: III,XII,8.

Tarento: XIII,XII,28.

Taronites: XII,VII,1,3 /VIII,1.

Taronites (Juan, eparca de Constantinopla): XIII,I,3.

Taronites (Juan, hijo de Miguel): X,II,6; XII,VII,2,3.

Taronites (Miguel): III,IV,2; IX,VI,5 /VIII,4.

Tarso: XI,VI,1 /XI,7; XII,II,1; XIII,XII,21.

Taticio: IV,IV,3; VI,X,2,3,4,5,7 /XI,7 /XIV,4,6,7; VII,III,6 /VII,3; IX,V,5 /VII,1 /IX,3; X,II,6; XI,II,4,5 /III,3,4 /IV,3 /IX,1 /X,2,8; XIV,IV,2.

Tatu: VI,XIV,1; VII,III,3; VII,V,1.

Tauro: XII,II,4 /IV,5; XIV,VIII,3.

Taurocomo (i.i.; en Tracia, entre Cipsela y Cariópolis): VII,VI,6; X,IV,6.

Teano: XII,III,3.

Tebena (en el Ponto): XII,VII,1.

Tecla (Santa): III,VIII,5,8,10.

Telcampson (or. Til Hamdûn, en la Cilicia oriental): XIII,XII,24.

CLASICOS UNIVERSALES

1. **El Arpa de Birmania.**
   Michio Takeyama (Traducc. Fernando Rodríguez-Izquierdo Gavala).

2. **Epistulae ex Ponto II.**
   Ovidio (Edic., traducc. y coment. de Ana Pérez Vega).

3. **La Alexiada.**
   Ana Comneno (traducc. Emilio Díaz Rolando).

3. CUADRO DINASTICO DE LA FAMILIA DE ALEJO COMNENO

(Extraído de BUCKLER, G., *Anna Comnena. A Study*, London, 1968)